

T.C. Boyle



# Encierro en Riven Rock



Lectulandia

Basada en una historia real, esta novela mezcla tragedia y comedia en dosis corrosivas. Stanley McCormick, un heredero multimillonario y esquizofrénico, vive confinado en la inmensa mansión de Riven Rock. Allí está alejado del mundo y, sobre todo, de las mujeres, a quienes ama con una pasión que asume las formas de un odio incontrolable y agresivo. Hay dos personas que velan por él: su esposa, la hermosa Katherine, que busca por todos los medios una cura para su marido, y el extraño enfermero Eddie O'Kane. El tejido de estas tres vidas le sirve a T. C. Boyle para hacer una disección satírica, y a la vez dramática, de la sociedad norteamericana de principios de siglo, y de las absurdas relaciones entre el amor y la autoridad.

«En las seguras manos de Boyle esta extraña historia americana se convierte en una insólita exploración de la misoginia, la enfermedad mental y el lado oscuro del amor». The New Yorker.

**Lectulandia**

T. C. Boyle

# **Encierro en Riven Rock**

**ePub r1.0**

**Castroponce** 07.05.2017

Título original: *Riven Rock*  
T. C. Boyle, 1998  
Traducción: Manuel Pereira  
Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Karen Kvasha

---

## AGRADECIMIENTOS

El autor quisiera agradecer a Armond Fields, Frank y Sheila McGinity, James Emerson y Cindy Knight la ayuda prestada en la recopilación de datos para este libro.

El sexo es un talento y yo no lo tengo.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, *Del amor y otros demonios*

PRÓLOGO

1927

Un mundo sin mujeres



---

Durante veinte largos años, veinte tediosos años que transcurrieron con el amodorrado rumor de una gotera, Stanley McCormick no vio a ninguna mujer. No vio a su madre, ni a sus hermanas, ni a su esposa. Ni a una enfermera, ni a una bibliotecaria; tampoco a las niñas con trenzas que iban al colegio, ni a las solteras que barrían sus porches, ni a las amas de casa que regateaban en las tiendas de comestibles; no vio tías guarras, ni a ninguna de esas jovencitas vestidas a la última, ni a las niñas partidarias del sufragismo. No era cuestión de preferencias. Stanley amaba a su madre, a su esposa, a sus hermanas, a las madres de otras personas, a sus esposas, hermanas e hijas, pero las quería demasiado, con una pasión tan incendiaria que se parecía al odio, con un ardor indistinguible de la saña, y fue precisamente así, amando y odiando, como fomentó todos sus problemas precipitándose en un mundo sin mujeres.

Tenía veintinueve años cuando se casó con Katherine Dexter, una mujer poderosa, bella, saludable y prestigiosa, una mujer tan combativa y feroz como la madre de Stanley, con unos ojos que partían el corazón y una voz tan tersa y pura que era como una droga. Tenía treinta y un años cuando sintió por primera vez la fría dentellada lobuna de las sábanas restrictivas y entró en el solitario mundo de los hombres. Se había quedado en blanco, no podía recordar nada. Sufrió un bloqueo mental. Vio cosas que no estaban allí, cosas atroces, feas, las criaturas más secretas de su imaginación, cuyo resplandor era mucho más intenso que cualquier otra cosa viva que hubiera visto jamás, y oyó voces hablando sin boca, sin laringes ni lenguas, y cada vez que levantaba los ojos estaba en presencia de la masculinidad.

El calendario desgranaba los años lentamente. Stanley cumplió cuarenta años, luego cincuenta. Y durante todo ese tiempo vivió en compañía de un solo sexo, única y exclusivamente rodeado por un solo sexo: hombres de velludas muñecas que lo coaccionaban con sus miradas y cuyas voces, siempre ásperas y como acatarradas, despedían mal aliento; hombres sudorosos, que transpiraban viscosamente, con unos sudores que brillaban en sus barbillas oscureciendo los sobacos de sus camisas sudadas. Era como formar parte de una hermandad estudiantil que nunca sale del club, como estar enclaustrado en un monasterio o marchar con la Legión Extranjera francesa, marcando el paso a lo largo del vasto e impracticable desierto, y sin un solo oasis a la vista. ¿Y cómo se sentía Stanley en esa situación? Nadie se tomó la

molestia de preguntárselo. Por supuesto que no lo hizo el doctor Hamilton —ni el doctor Hoch, ni el doctor Brush, ni tampoco el doctor Meyer. Pero de haberse puesto a pensar en su circunstancia, en la extravagancia y las privaciones que entrañaba, si tan sólo le hubiera dedicado un minuto a esa reflexión, habría sentido un negro e irritante abismo abriéndose en su interior, como si estuviera rajado por la mitad, cual un gemelo siamés cercenado y separado de su otro yo. Era un marido sin esposa, un hijo sin madre, un hermano sin hermanas.

Pero... ¿por qué? ¿Por qué tenía que ser así? Porque estaba enfermo, muy enfermo, y lo sabía. Y sabía por qué estaba enfermo. Por culpa de ellas, por culpa de las zorras, por culpa de las mujeres. Ellas eran las únicas culpables. Y si alguna vez volvía a ver a su esposa, o a su madre o a Anita o a Mary Virginia, ya sabía lo que tenía que hacer, no le cabía la menor duda, eso era tan seguro como que el sol sale todos los días y el mundo da vueltas alrededor de su eje. Las embestiría, a Katherine, a Mary Virginia, a la Primera Dama, a cualquiera, y les demostraría de lo que es capaz un hombre de verdad, y tendrían que pagarlo muy caro, eso es lo que haría. Así estaban las cosas, y por eso hacía diecinueve años que vivía en Riven Rock, la hacienda de treinta y cinco hectáreas que el dinero de su padre le había comprado, en aquella mansión de piedra con ventanas enrejadas y la cama atornillada al suelo, que daba al remachado escudo azul del Pacífico y a la adamantina barrera de las Islas del Canal, en aquel aislado paraíso donde no deambulaba ni respiraba ninguna mujer.

PRIMERA PARTE

## La época del doctor Hamilton

---

## ¿QUE CÓMO SU MANO...?

¿Que cómo su mano entró en contacto con la blanda y mofletuda cara de su esposa, esa cara irritante como un erizo o un abrojo con la que compartía la almohada connubial todas las noches...? Eso era un misterio para O’Kane, un enigma tan indescifrable como la concha nacarada del cielo y la lluvia que caía con furia empedernida sobre toda aquella parte tan aburrida de la tierra. No era tarde, el reloj aún no había dado las diez. Y no estaba enfadado. En todo caso, aún no. Al contrario, andaba de parranda —corrompiéndose, como diría ella—, se lo estaba pasando en grande, cantando «es un muchacho excelente» y dando vivas y gritando «¡a la bim, bom, bam, ra, ra, ra!». Había estado de juerga con Nick, con Pat y con Mart, y con el doctor Hamilton, sí, con él también. Estaba celebrando su futuro que acababa de iluminarse como si hubieran encendido un interruptor, dando la luz, inundándolo de una luz que irradiaba a borbotones por sus fosas nasales, los oídos, la boca y sin duda también por el ano, aunque aún no había tenido ocasión de mirarse allá atrás, pero no dejaría de hacerlo, a la larga lo haría. Y luego volvió a casa, y allí estaba ella, acechando en la sala, como una rata enfurruñada y engrifada, rechinando los dientes, dispuesta a saltar sobre él y darle un zarpazo.

Él no pensaba pegarle —sólo lo había hecho una vez, quizá dos—, no estaba enfadado, sólo estaba... molesto. Y cansado. Exhausto. El escándalo que ella armó, y el bebé berreando en el cuarto de atrás, y la manera tan agresiva en que ella acercaba su cara a la suya, una y otra vez, como un balón de voleibol, un balón moreno, cosido e inflado con aire hasta tener la presión reglamentaria, y que ni siquiera le permitiera festejarlo con sus amigos, después de los dos meses que se había pasado echando los hígados, lleno de indecisión, y cuando aquella cara a guisa de balón inflado se acercó a él por quizá quincuagésima vez, lo remató pegando duro, con un ataque sobre la red, como si aún estuviera en la escuela jugando en un terreno de voleibol. Eso sí que la hizo estallar, y después de eso ya no hubo paz para él, ella se sumergió en un pozo artesiano, un pozo de petróleo, estallando contra él en lágrimas, ira y sangre, y en lo único que podía pensar —rehuyendo aquellas mejillas bañadas en lágrimas hasta quedar tan agotado y exhausto que caía en una negrura más profunda que el último y agonizante parpadeo de conciencia— era en la señora McCormick —*Katherine*— y en lo distinguida que era esa dama, y Rosaleen pegada a él como un papel atrapamoscas y aullando hasta hacer añicos las ventanas, derrumbando el techo, estremeciendo los cimientos de las casas donde los vecinos dormían a pierna suelta, resquebrajando la tierra y haciendo que la ciudad entera se abismara en una falla de la corteza terrestre.

Aquel día por la mañana, muy temprano, todo había sido diferente. Al amanecer, cuando despertó, la vio a su lado. Vio unos párpados tersos como pétalos y las pestañas y los labios y la frágil composición de su rostro, y tuvo ganas de besarla; hubiera querido rozar con los labios el tenue vello de sus mejillas, pero no pudo. No podía esperar a que ella despertara, ni tampoco su hijo. Todo estaba demasiado tranquilo, la luz submarina, el sigiloso tictac del reloj, los primeros cantos de los pájaros, y no quería verse obligado a hablarle de los McCormick, ni de la reunión, ni de sus temores y esperanzas —apenas se conocía a sí mismo. Ayer por la noche había tirado sus pantalones de franela al pie de la cama, y ahora se escabullía desnudo hasta la sala con su mejor traje, el de *tweed* de Donegal, doblado en un brazo, y con una nueva muda de ropa interior en el otro, para vestirse silenciosamente, como un ladrón en una sastrería. Entonces salió a la calle y entró en una nueva vida.

Corría el año 1908 y acababa de cumplir veinticinco. Le faltaba un pelo para llegar al metro ochenta, tenía la complexión de boxeador heredada de su padre (quien le sacó partido al prototipo en una serie de victoriosos combates sin guantes en la década de los noventa) y los nostálgicos ojos verde mar heredados de su madre, incluyendo dos manecillas de reloj color avellana en el ojo derecho, inflexiblemente marcando las tres en punto, al menos en esta vida. Su madre siempre le decía que aquel ojo cronométrico le traería suerte —mucho suerte y fortuna— y cuando él lo ponía en duda, escéptico incluso a los diez y a los once años, ella se limitaba a señalar la evidencia e insistía en que la hora estaba predestinada.

—Pero... ¿y tú? —le preguntaba él, mirando las descoloridas paredes del apartamento de cuatro habitaciones que compartían con su abuela, su tío Billy, sus cuatro hermanas y tres primos—. ¿Dónde está tu buena suerte de las tres en punto?

Y ella le cogía la cara entre sus manos, el tacto más suave del mundo, y susurraba:

—Está aquí mismo, aquí mismo, entre mis manos.

La mañana pasó volando. Primero fue al pabellón de White Street, donde habían instalado al señor McCormick para mantenerlo alejado de la perturbadora influencia de los demás pacientes, y luego se dirigió al McLean y advirtió que iba a llegar tarde. Tomó por un atajo, cruzando la extensión de césped que crecía frente a la administración del hospital, en un día lluvioso como una bayeta de fregar platos, a pesar de que estaban a últimos de abril y él hubiera hecho sacrificios a los dioses con tal de ver un rayo de sol; iba a llegar tarde y apretó el paso maldiciéndose por haberse dejado el sombrero y la gabardina en el salón de las enfermeras mientras las mangas de su Donegal y los pantalones chorreaban como esponjas empapadas. Debía llevar aquel traje, porque cuando el sastre que llegó de Ballyshannon se estableció en la pensión que estaba en la esquina de su casa, su madre le dijo que debería aprovechar la ocasión para encargarse un elegante traje a medida, porque si iba a trabajar con su

cerebro en vez de con su lomo, tenía que parecer un hombre de clase distinguida, y él se gastó dieciocho dólares en aquella indumentaria. Dieciocho dólares, en contante y sonante moneda yanqui, que se había ganado en el Manicomio de Boston limpiando a pulso las paredes salpicadas de sangre, vómitos y otras cosas mucho peores. Y allí estaba ahora con aquel traje empapado, con el agua chorreándole por la espalda y salpicándole los tobillos, y fatídicamente seguro de que aquello estaba encogiéndose, pero ¿qué más daba? Faltaban dos minutos para los once, los mechones de pelo mojado le tapaban los ojos y el doctor Hamilton estaba esperándolo. Si todo salía bien, podría comprarse seis trajes.

No le gustaba llegar tarde —era una negligencia, y el doctor Hamilton insistía mucho en las tres *P*, como él las llamaba: puntualidad, pundonor y profesionalidad— y O’Kane ya se estaba poniendo nervioso, sintiéndose como un trozo de carne en la sartén mientras volaba sobre el mojado césped. Le sudaban los sobacos y su pelo colgaba como hebras de sogas en la frente. No le gustaba llegar tarde, pero se había entretenido en White Street, y luego en la sala del hospital, y todo por culpa de los simios. Simios y monos, sí, señor. No podía pensar en otra cosa. Y también resultó divertido porque era uno de esos días en que estaban excitados, muy violentos —no había habido luna llena, ni ningún brusco cambio climático, ni siquiera la ligera variación que va de un cielo cargado de nubes a un torrencial aguacero—, y mientras apretaba el paso cruzando la extensión de césped, podía oír a sus espaldas la algarabía procedente del pabellón de máxima seguridad del hospital, podía oír a Katzakis, el Griego Loco, y a ese otro que apodaban el Hombre del Delantal, gritándose improprios, ululando exactamente como simios. Eran muy violentos, y él los conocía a fondo —no le quedaba más remedio que conocerlos después de siete años en la profesión—, pero su experiencia con los hominoideos, como el doctor Hamilton los llamaba, era limitada. Y era lógico que así fuera. El sur de Boston, Danvers y Waverley no eran precisamente junglas tropicales.

De hecho, aparte de los normales encuentros de su infancia con el mono del organillero, las barracas del circo, el zoológico y esa clase de cosas, sólo había estado una vez muy cerca de un mono, y fue en un bar. Había ido una tarde al Donnelly’s a tomarse una cerveza y a charlar un poco, y de pronto descubrió que a su lado, en la barra, había un hombre sentado con un chimpancé tuerto atado a una correa. Por un trago de whisky de centeno, seguido de un vaso de cerveza, el hombre hacía que el chimpancé se sacara el miembro y orinara en una copa que luego él se bebía como si fuera el más puro whisky irlandés de cuarenta y tres grados, y encima se relamía. Cuando el hombre apuró el tercer trago, paseó la mirada por el bar y retó a todos los clientes, apostando medio dólar al que se atreviera a echar un pulso con aquella cosa —aquel mono escuálido, tuerto y medio calvo que apeataba a mil demonios, como si, empapado en su propia orina, le hubieran dejado secándose al sol durante una semana —; y enseguida los clientes armaron un tumulto, dándose codazos y empellones, soltando tacos, exaltados por el desafío. Finalmente, Frank Leary, un cabeza

cuadrada, vociferador y grande como un toro, que se ganaba la vida poniendo traviesas en las vías férreas, se dispuso a echar el pulso, y aquella cosa le aferró la mano y en un periquete le aplastó la muñeca contra la barra y no lo soltó hasta que las lágrimas asomaron a los ojos de Leary.

Aquella experiencia no sirvió exactamente para convertir a O’Kane en un experto en hominoideos, él hubiera sido el primero en admitirlo, así que ayer, tras salir del trabajo, se había pasado una ardua hora en la biblioteca hojeando una enciclopedia con la vana esperanza de aprender algo —cualquier cosa— para impresionar a la señora McCormick. O, si no para impresionarla, algo que al menos le permitiera conservar un mínimo de decoro si de repente a ella se le antojaba interrogarlo sobre el tema. O’Kane nunca había estado en la biblioteca, un lugar más húmedo que una lavandería china y tres veces más frío, cuya iluminación era tan primitiva como los hominoideos y tan escasa como la luz que la enciclopedia arrojaba sobre el tema de los simios. «Los simios», leyó, «son animales inteligentes, los primates vivientes que guardan mayor semejanza con el hombre. Son comunes en los parques zoológicos y en los circos. También abundan en las leyendas y cuentos folclóricos de muchos países». Al cabo de un rato se levantó y puso el libro en la estantería y se fue tranquilamente al Donnelly’s para fijar en su cerebro aquella vasta acumulación de conocimientos con la ayuda de un par de whiskies mnemotécnicos.

Y ahora estaba llegando con retraso y con los pantalones de su mejor traje ya encogidos hasta los tobillos mientras se preguntaba cómo se las iba a ingeniar para comunicarle a la señora McCormick, a la Reina de Hielo en persona, la asombrosa noticia de que los monos eran animales muy comunes en los parques zoológicos y en los circos. Pero cuando se acabó el césped, saltó por encima del muro, cruzó por el camino de lajas y empezó a subir la escalera principal del edificio, las múltiples maravillas de su congestionado cerebro le sorprendieron —los monos salieron volando de su cabeza y estaba pensando en California. Mejor dicho, no estaba pensando exactamente, sino que tuvo una súbita visión, el vívido recuerdo de un lugar de allí, con palmas datileras rielando bajo la dorada licuefacción del sol y naranjos con frutas hinchadas como nalgas y un pequeño chalé, o como le llamen allí a eso, en un rincón acogedor; y aquello era raro, realmente muy extraño, pues nunca en su vida había estado al oeste de Springfield. Al cabo de un minuto se dio cuenta de que esa imagen debía de ser una evocación de las etiquetas de las cajas de naranjas, uno de esos marbetes que hacen que a uno le entren ganas de dejar de palear nieve, dejarlo todo en el acto y coger el próximo tren hacia el oeste. Sea como fuere, real o imaginario, allí estaba aquello —*California*— flotando con su exótico esplendor en su imaginación, donde un momento antes estaban los monos.

Y por último, cuando subió la escalera y rebasó las grandes puertas de cristales biselados y entró en el vestíbulo que olía indistintamente a engrudo, a cera, a carbón y a polvo, pensó en su Rosaleen, su dolor y su alegría, su dulce, cachonda y belicosa mujer de labios en forma de trébol, recién casada con él hacía tres meses y madre de

su hijo de ojos verdes, Edward Junior. ¿Qué diría cuando él le anunciara que se trasladaban a California a causa del señor Stanley McCormick, quien hasta hacía poco trabajaba en la Fábrica de Segadoras McCormick y en la Compañía Internacional de Cosechadoras, a causa del señor McCormick y de un hatajo de monos? ¿Y cómo reaccionarían su madre y sus hermanos con sus orejas de coliflor deformadas por los golpes, y su achaparrado padre, aquel viejo gruñón que todavía quería despellejarlo vivo por haberla dejado encinta? Como si solamente fuera culpa suya, como si también su hija no hubiera visto y aprovechado su oportunidad —y como si él no se hubiera portado correctamente con ella, y ahora no estuviera cómodamente instalada en su pisito de Chestnut Street, con su bebé y sus flamantes cortinas y todas las cosas que una mujer puede desear.

Pasó por delante de la oficina del doctor Cowles en un rígido trote que le entumecía las piernas, alisándose el pelo a manotazos, luchando con el nudo de la corbata para ajustarlo y contorsionando los hombros de forma que encajaran en el empapado traje, y lo más que pudo hacer para saludar a la señorita Ianucci, la mecanógrafa del doctor Cowles, fue dedicarle un breve gesto de la mano. La señorita Ianucci era una espagueti italiana que, al parecer, nunca conseguía encontrar una blusa lo suficientemente grande para acomodar sus domingas y que nunca dejaba de toquetearse los labios cruzando y descruzando las piernas cada vez que O’Kane tenía tiempo para detenerse a charlar con ella —cosa que hacía siempre que pasaba por allí, a menos que estuviera corriendo como si fuera a apagar un incendio. La gente siempre estaba quejándose de los inmigrantes —que si los italianos, que si los polacos, que si los espaguetis, que si los gitanos<sup>[1]</sup>, y su padre era uno de los más elocuentes y vehementes, aunque él había llegado dentro de un barril vacío de whisky a bordo de un vapor no hacía ni treinta años—, pero si por él fuera, ya podían dejar entrar a todas las señoritas Ianucci que quisieran. Y sería un chollo eso de ponerse al pie de la plancha, en el muelle, emitiendo juicios críticos sobre ésta o aquella: No, *a aquella de allí devuélvela al barco; sí, aquella que está más plana que una tabla de planchar. ¿Y ésta? Ésa sí, ésa nos la quedamos. Pase por aquí, señorita, entre en esta habitación para examinarla, sólo será un minuto, por favor.* Un hombre puede crear toda una raza, una nueva casta basándose sólo en las tetas —o en las caderas o las piernas o las narices respingonas y las orejas bien planas. No hay más que ver lo que están haciendo con los perros...

De todas maneras esta vez no le quedaba más remedio que limitarse a saludarla con la mano porque sabía cuánto significaba aquella reunión para el doctor Hamilton —y para sí mismo, para él y para Rosaleen—, así que siguió por el pasillo mientras la señorita Ianucci le dedicaba la sonrisa más empalagosa del mundo sin dejar de jugar con un dedo entre sus labios, chupeteándose, cruzando y descruzando las piernas. Pasó sucesivamente por delante de otras tres oficinas, haciendo un esfuerzo para abstenerse de emprender una carrera. Antes de dejar atrás el retrato de John McLean, le echó un vistazo con el rabillo del ojo. Decididamente era un filántropo



serio y empelucado que había dado cien mil dólares, allá por 1818, para inaugurar aquella honorable institución y, aunque llevaba retraso, aunque parecía un demonio y el miedo y la esperanza se mezclaban en su sobaquina e iba dejando un reguero de gotas de sudor como si estuviera a mediados de julio y llevando en andas a toda la familia McCormick, con monos y todo, cuesta arriba hasta la cima de una colina, no pudo dejar de pensar, durante un fugaz instante, en lo que sería capaz de hacer con cien mil dólares —y que por supuesto no sería fundar ninguna institución caritativa, como no fueran los Fondos Benéficos Fiduciarios de Edward James O’Kane. Pero basta de palique. Eran las once y tres minutos y ya estaba allí, al final del pasillo, con la lengua de un palmo, medio empapado en lluvia y sudor, con ojos de loco, llamando respetuosamente a la barnizada puerta del doctor Hamilton.

Detectó el rumor de una conversación al otro lado de la puerta, y se le cayó el alma a los pies. Era lo que tanto había temido desde que salió de casa y entró en las enconadas y grises fauces del alba, lo que tanto le preocupaba mientras vaciaba orinales y bajaba a tirones a los crispados lunáticos aferrados a los barrotes de las ventanas o a los mongólicos renuentes a salir de las camas: ella ya estaba allí. Lo cual significaba que llegaba con retraso. Oficialmente. Se maldijo para sus adentros y de nuevo llamó a la puerta, esta vez un poco más enérgicamente, y se sintió incluso peor cuando el murmullo cesó abruptamente, como si estuviera interrumpiendo algo. Se produjo un angustioso silencio durante el cual se le ocurrió pensar descabelladamente que ellos estaban conspirando para dejarlo fuera de todo el asunto, y entonces oyó al doctor Hamilton susurrando: «Debe de ser él», y no tuvo la suficiente presencia de ánimo, pues toda su serenidad se había evaporado en un instante. «Pase», gritó el doctor, y O’Kane sintió que se sonrojaba, abrió la puerta y entró en el despacho.

Lo primero que notó fue el fuego, un abundante fuego, crepitante e indolente, una llamarada cuyo suave resplandor lamía los paneles de madera que revestían las paredes proyectando tenues fulgores sobre la colección de réplicas de cera de cerebros humanos que atesoraba el doctor. Era la primera vez que O’Kane veía fuego en aquella chimenea, pues ni siquiera la encendían en las heladas brumas de enero o de febrero. Pero allí estaba ardiendo aquel fuego que absorbía la humedad del aire creando una atmósfera sosegada y acogedora, sin duda calculada de antemano por el doctor Hamilton. Aquello le cogió por sorpresa, era realmente una sorpresa, al igual que la bandeja de canapés, la tetera y la garrafa de jerez dispuestas en la mesa baja, frente al sofá, y O’Kane, que ya tenía un alto concepto de Hamilton, le otorgó otro tanto.

—¡Ah, hola, Edward! —ronroneó el doctor levantándose y saliendo de detrás de su escritorio para estrecharle la mano a O’Kane—. Precisamente estábamos a punto de empezar.

Cualquiera que hubiera presenciado esa interpretación teatral no habría advertido en aquel apretón de manos nada sino una manifestación de efusión y cordialidad, pero O’Kane sintió la oscura sangre de la ansiedad y la irritación palpitando a través

de los dedos macilentos y el frío nicho de la palma del doctor: O’Kane había cometido un error, había llegado tarde, acababa de violar el precepto de las tres *P* poniéndolo todo en peligro. A pesar de las advertencias que la víspera le hiciera el doctor, a pesar de haberse saltado el desayuno y de haber salido temprano de casa, a pesar de ponerse la bata blanca por encima del traje y la corbata para ahorrar tiempo, a pesar de haber arrojado violentamente a los monos de la jungla de su mente, uno a uno, minuto a minuto, había llegado con retraso. Empezaba con mal pie. Estaba listo.

Torpemente, con la cara enrojecida, demasiado corpulento para su traje encogido y descollando entre todos los presentes igual que un troglodita esgrimiendo un garrote, O’Kane sólo atinó a agachar la cabeza y murmurar una excusa. La señora McCormick ya estaba allí —la señora McCormick más joven, la esposa, no la madre. Ella era la que ahora mandaba allí, y la vieja señora McCormick, la madre del señor McCormick, estaba de regreso en Chicago, sentada en su nido dorado, poniendo sus huevos de oro, y contando las ganancias. Por lo que se refería al cuidado de Stanley —el señor McCormick—, ella le dejaba el campo libre a la mujer más joven. Al menos de momento.

Ya que O’Kane no llevaba sombrero ni gabardina, sólo tenía que ajustarse un poco el nudo de la corbata e inclinarse profundamente para saludar a la señora McCormick y a la dama que, rápida como un resorte, surgió a su lado en el sofá. Se sintió momentáneamente confuso. Parecía que siempre tuviera que sentirse perturbado en presencia de la señora McCormick: ya cuando le abría la puerta cual un lacayo para que ella entrara majestuosamente en el vestíbulo de White Street, ya cuando trataba de responder en la medida en que su afasia se lo permitía a cualquiera de sus múltiples preguntas sobre la evolución positiva —o no— de la terapia de su marido. Era una dama de sociedad, sí señor, fría como un cadáver ambulante, toda envuelta en pieles, plumas y pedrería, y O’Kane no formaba parte de la sociedad. Ni remotamente. Ni siquiera formaba parte de la sociedad que aspiraba a formar parte de la sociedad. Era un currante, hijo de un currante, nieto de un currante, y todo a su alrededor lo llevaba de vuelta a los monos —o a Adán y Eva, según lo que cada cual prefiera creer. Sin embargo, cada vez que la veía, encerrada en la reluciente concha dura y fría de su hermosura de Back Bay, él suspiraba por ser lo que no era, ardiendo en deseos de impresionarla o de hacerla reír o de acercarse a su oído y susurrarle algo obsceno, todo lo cual exigió de él un tremendo esfuerzo de voluntad cuando se inclinó para tomar las yemas de sus dedos enguantados para luego volverse a la señora mayor de edad que estaba a su lado, una mujer con cara aplastada como la de un búho, enmarcada en el alborotado plumero que hacía las veces de sombrero, una mujer que le parecía conocer tan bien como a su propia madre pero que no podía ser... exactamente... no se parecía a...

Pero entonces se sentó —en la silla más cercana al fuego— con una inofensiva sonrisa bailándole en el rostro, otra vez con el sudor resbalando por sus axilas, y necesitó un momento para recuperar el aliento y dejar que el recuerdo regresara a él

estruendosamente. Aquella señora mayor, vestida como la esposa del director de una funeraria, era la madre de la señora McCormick, la señora Dexter. Claro que sí. Ahora el doctor Hamilton estaba diciendo algo, pero O’Kane no le escuchaba. Se limitó a mover los músculos del cuello y a sacudir nerviosamente los hombros hasta captar la atención de la señora Dexter a quien le dedicó una sonrisa de oreja a oreja, la amable mueca del bienaventurado.

—Buenos días, señora Dexter —dijo con su acento de Killarney heredado de su padre irlandés arrastrándose en su vozarrón, aunque tratara de reprimirlo.

El doctor Hamilton hizo una pausa en medio de lo que estuviera diciendo para dirigirle una extraña mirada.

—Buenos días, señor O’Kane —dijo la vieja dama animadamente, y eso pareció tranquilizar al doctor, así que prosiguió:

—Como iba diciéndole, señora McCormick, si los términos son aceptables para usted, y para su señora madre, por supuesto, pienso que haremos un buen trato. He hablado con la señora Hamilton y con los hermanos Thompson, y todos están de acuerdo en trasladarse, para el mejor cuidado y bienestar del señor McCormick, desde luego. Edward, aquí presente, puede hablar por sí mismo.

O’Kane se acomodó en la silla. Fue en ese preciso instante cuando comprendió todo lo que aquel asunto significaba para él: era empezar de nuevo, emprender una nueva vida en una región del país que le era tan desconocida como el lado oscuro de la luna. Era exactamente eso, ni más ni menos: en California no había cielos tristes, ni nevaba, ni tampoco había lodo mezclado con nieve a medio derretir, ni lloviznaba; allí no se congelaban los cagajones de los caballos en la calle, ni la vida te agobiaba al punto de casi hacerte perder la noción de que estabas vivo. Con media hectárea de naranjos un hombre podía vivir holgadamente —naranjos que prácticamente crecían solos, sin siquiera el rumor del trabajo, pues bastaba que las semillas cayeran en la tierra— y con cuatro hectáreas un hombre podía hacerse rico. Allí había oro. Había petróleo. Allí estaba el Pacífico. Allí había sol.

—Oh, yo estoy de acuerdo, desde luego —dijo tratando de evitar los ojos de la esposa.

Por cierto, ¿qué edad tendría? No podía tener más de treinta años, y allí estaba él, un robusto irlandés de la parte norte de Boston, con sus anchas espaldas y sus ochenta y seis kilos, que por rutina le sostenía la mirada a los locos más locos, y ahora le daba miedo mirarle a los ojos. Haciendo un esfuerzo, levantó la vista para captar un ángulo general cercano a la mujer.

—Aunque eso signifique para siempre —concluyó O’Kane.

—¿Y su esposa... la señora O’Kane? —Al principio creyó que aquella voz procedía del techo, como suelen creer muchos pobres diablos en la sala del hospital, pero luego se dio cuenta de que la vieja dama estaba moviendo los labios. Procuró mostrarse alerta mientras la cara de pájaro se acercaba a él—: ¿Cómo cree que se sentirá ella?

—¿Rose? —La pregunta le había cogido por sorpresa. Imaginó a su esposa en la cocina del humilde piso, removiendo una olla de caldo con patatas, ignorante como un zapato, conflictiva, grosera y chillona; pero con un corazón de oro, con más buenos sentimientos que cualquier otra mujer, la madre de su hijo—. Supon... supongo que..., realmente aún no se lo he dicho, pero estará encantada, estoy seguro.

—Eso significa que tendrá que dejar atrás todo lo que ella conoce: sus padres, sus relaciones, sus antiguas compañeras de escuela, las calles donde creció —insistió la señora Dexter, mientras él se preguntaba qué coño se traía ella con él. Ambas estaban observándolo, madre e hija, y eran dos pájaros con sus picos preparados, esperando el más leve movimiento en la hierba—. ¿Y de dónde ha dicho que era?

Él no había dicho nada. Sintió la tentación de decir que era de Beacon Hill, para dar una dirección en Commonwealth Avenue, pero no lo hizo.

—De Charlestown —murmuró, mirando fijamente a sus mojados y resplandecientes zapatos. Podía sentir los ojos de la joven taladrándolo.

—Y en cuanto a usted —dijo la señora mayor—, ¿está preparado para decirle adiós a sus padres durante el tiempo que tarde el señor McCormick en ponerse bien de nuevo?

Se hizo un silencio. El fuego crepitaba, y él sintió el calor de la chimenea propagándose desde las bocamangas de su chaqueta, recorriendo sus costados, hasta instalarse en las encogidas hombreras.

—Sí, señora —dijo lanzándole una mirada a la mujer más joven—. Así es. Realmente lo estoy.

Y entonces, por suerte, Hamilton reanudó la conversación.

—Lo más importante —dijo, o más bien susurró con el tono narcotizante que solía emplear con sus pacientes— es el señor McCormick. Lo mejor para todos será que traslademos al paciente tan rápido como podamos, instalándolo en el ambiente apropiado de California. Eso será especialmente beneficioso para el paciente. Ante todo, lo que él necesita es un entorno tranquilo, donde desaparezcan las tensiones que le condujeron al bloqueo mental. Sólo entonces podemos esperar que... —Y aquí vaciló. La señora McCormick se había aclarado la garganta, eso había sido todo: un carraspeo, pero eso bastó para pararlo en seco.

El doctor Hamilton —doctor Gilbert van Tassel Hamilton, futuro autor de *El sexo en el matrimonio*, así como de un «Estudio de las tendencias sexuales en los monos y mandriles»— era joven en aquel entonces, sólo tenía treinta y un años, pero gastaba una perilla y se peinaba hacia atrás el pelo castaño en un intento de añadir algo a su edad. Llevaba unos quevedos con armadura de acero, idénticos a los del presidente, y siempre iba vestido con trajes y chalecos de color ceniza y con una corbata que era de un azul tan insondablemente oscuro que muy bien podía pasar por negro, como si quisiera evitar cualquier exhibición de color capaz de socavar su sentido del deber y sus elevados propósitos. («Evite la ropa de colores vivos», le aconsejó a O’Kane el día que lo contrató, «eso tiende a excitar a los catatónicos y alarma a los

paranoicos»). Su juventud le confería la solidez de una roca, exceptuando un desconcertante tic, tan leve que acaso él mismo no era consciente de esa contracción involuntaria de sus músculos: cada treinta segundos más o menos sus ojos desaparecían rápidamente detrás de sus párpados en un movimiento convulsivo tan instantáneo que era como mirar una máquina tragaperras en su última revolución. Ni que decir tiene que cuando estaba nervioso o agitado, el tic se tornaba más pronunciado. Y ahora, mientras miraba a la señora McCormick en actitud expectante, sus pupilas empezaron a vibrar en una ligera danza preliminar.

O’Kane también la estaba mirando. No podía dejar de mirarla, siempre que no implicara un intercambio visual. Estaba fascinado con ella, era todo un ejemplar, esa clase de mujer que uno sólo entrevé fugazmente —una silueta detrás de la cortina de la ventanilla de ese largo y dinámico milagro que era un automóvil Packard, un perfil efímero y señorial en medio de un enjambre de maleteros y porteros, ese rostro que nos mira desde la fotografía de un libro—, ¿y cómo iba a compararla con su Rosaleen? Sentada allí, apenas posada en el borde del sofá, adoptando esa postura de academia para señoritas, manteniendo en alto su mentón partido, rígida y engreída como la saeta de una veleta, con aquel vestido de satén azul que probablemente costaba más de lo que él ganaba en seis meses, hubiera podido ser una extraterrestre, el fruto supremo, la rutilante culminación de una nueva especie superior, si no fuera por una cosa: su marido estaba loco, loco de remate como el Hombre del Delantal o Katzakis el Griego, o cualquiera de los demás, y ningún principio conductista, ni siquiera todo el dinero del mundo, podrían cambiar eso.

—En cuanto a los monos... —dijo ella, y O’Kane se dio cuenta de que era la primera vez que ella abría la boca desde que él había entrado en la oficina.

La voz de Hamilton se fue debilitando hasta casi extinguirse, convertida en el susurro de un susurro:

—¿Sí? —preguntó en un hilo de voz, repantigado detrás del escritorio y dejando que todo su peso descansara indolentemente en su nalga izquierda, el doctor en su oficina, como si no pasara nada, nada en absoluto—. ¿Qué pasa con ellos? Si hay algo que usted...

—¿De veras cree que son necesarios, lo son realmente... en su opinión, doctor Hamilton? Comprendo que eso tiene su atractivo para un joven psicólogo tan prometedor como usted, y que desplazarse hasta la costa oeste y desarraigar a su familia y dejar a sus pacientes de aquí, del McLean, ha de tener su compensación —y aquí ella levantó un dedo imponiéndole silencio, pues él había vuelto a levantarse y su boca ya empezaba a moverse en el nido de su perilla— y también sé que su laboratorio de hominoideos es algo muy importante, además de su sueldo, los gastos que implica el traslado y la nueva ubicación y otros desembolsos, pero... ¿realmente existe alguna esperanza de que esos *monos* contribuyan a la cura de Stanley?

Le había dado pie a Hamilton quien, tras un fugaz tic de sus ojos, se explayó en un discurso tan acelerado que hasta a un baterista le hubiera resultado difícil seguir.

Él no hacía promesas —el caso de su marido era más complejo de lo que creyó al principio, muchísimo más complejo—, pero personalmente había atendido docenas de casos tan graves como el de Stanley, y había visto cómo aquellos pacientes daban pasos agigantados hacia la recuperación, incluso hasta restablecerse por completo, con los cuidados adecuados. Se estaban produciendo nuevos avances, no solamente en el tratamiento de la demencia precoz —o esquizofrenia, como ahora empezaban a llamarle—, sino a lo largo del espectro del estudio psicológico de la conducta humana, nuevas personalidades como Freud, Jung y Adler habían comenzado a emerger contribuyendo con nuevos criterios y enriqueciendo la obra de Charcot, Krafft-Ebing, Havelock Ellis y Magnus Hirschfeld. O’Kane había oído todo eso antes, y se dejó llevar, amodorrado por el calor de la chimenea, sintiendo la pesada tela de los pantalones adhiriéndose a sus muslos igual que una segunda piel —y la comezón, una comezón de mil demonios. La voz de Hamilton zumbaba, hipnótica, soporífera, la oscuridad más allá de las ventanas era como el telón de fondo de algo situado entre el sueño y la vigilia. Volvió en sí cuando el doctor finalmente volvió al asunto de los simios.

—... y mientras que el conductismo aún *está* en pañales —dijo Hamilton— y el nuestro estará entre los primeros laboratorios de hominoideos del mundo, Katherine (*Katherine*, ahora estaba llamándola *Katherine*), yo estoy realmente convencido de que mi profundo estudio de los primates menos desarrollados nos conducirá a una serie de avances en el esclarecimiento de la conducta humana, particularmente en lo relacionado con las tendencias sexuales.

Ahora sí que se le había ido la lengua, pensó O’Kane, había puesto el dedo en la llaga, tocando el tema que no se discute en presencia de terceros, eso que los hombres y las mujeres descubren entre dos solamente y en la oscuridad. Observó la cara perfectamente serena de la esposa, con sus labios cicateros y la naricita respingona y las esculpidas orejas, esperando una reacción. No hubo ninguna. Ni siquiera pestañeó. Ella era una científica —la primera mujer que había obtenido un diploma de bachillerato en ciencias en el Instituto Tecnológico de Massachusetts— y ninguna peculiaridad de la naturaleza humana podía perturbarla. Estaba hecha de hielo. De toneladas, montañas de hielo —era un glaciar con forma humana, la Reina de Hielo, eso era.

—Sí, comprendo —dijo ella, frunciendo los labios y fulminando con una mirada a O’Kane, quien en el acto se marchitó, como si hubiera sido él quien sacara a colación el tema—, pero los monos y los seres humanos son cosas absolutamente distintas. Francamente, no veo cómo puede hacerse ningún descubrimiento a partir de... —y aquí ella hizo una pausa, justo un segundo— las inclinaciones sexuales de los simios y los monos, ni mucho menos cómo pueden aplicarse al caso de mi esposo. No consigo verlo.

Aquél era un momento crítico, y O’Kane, impulsado por el calor qué emanaba del fuego, estimulado por el bochorno reinante en la oficina y agujoneado por el súbito

temor a que el proyecto —naranjos, chalé y todo lo demás— estuviera a punto de desmoronarse como un castillo de naipes, de pronto improvisó un discurso de su propia cosecha:

—Pero nosotros cuidaremos de él con el mayor esmero, señora, los hermanos Thompson y el doctor Hamilton, y también el doctor Meyer, y yo. Él ha pedido especialmente que lo atendamos nosotros, usted lo sabe, y sentimos por él una verdadera... una verdadera compasión que no siempre experimentamos con los demás pacientes..., es tan caballeroso, quiero decir, que se está curando a pasos agigantados. Y admito que en materia de monos, mejor dicho, hominoideos, ni siquiera sé el abecé, pero soy joven y tengo disposición y puedo aprender, ya lo creo que puedo. Ya lo verá.

Se hizo un silencio. La señora McCormick —*Katherine*— parecía asustada, como si los muebles o la percha de los sombreros súbitamente hubieran empezado a hablar, pero la señora de más edad parecía satisfecha: exhibía una especie de benevolente sonrisa de vieja dama, y el doctor Hamilton, cuyos ojos saltaban, hizo una pausa para acariciarse la barbita puntiaguda sólo con afán de impresionar antes de abrir fuego con su artillería pesada.

—Tienes razón, Edward, para todos nosotros será un proceso de aprendizaje, y para la ciencia en general, y más allá del bienestar que proporcionaremos al señor McCormick, tenemos una excelente oportunidad de hacer algo bueno y valioso en pro del género humano, y, lo que es más —abriendo los brazos en un amplio ademán teatral—, en pro de cada pobre enfermo como su marido, Katherine. —Le sostuvo la mirada. Hablaba lentamente, prolongando las sílabas, aminorando el ritmo hasta convertir cada palabra en una parrafada—: Y también en pro de cada esposa que sufre.

Las palabras del doctor flotaron en el aire brevemente, la lluvia tamborileaba en las ventanas, las réplicas de cera —cuerpos callosos, médulas oblongadas, glándulas pineales— resplandecían como si tuvieran vida propia. Muy vagamente, tan vagamente que O’Kane no podía estar seguro de estarlo oyendo realmente, llegó hasta ellos el alarido angustioso del Hombre del Delantal, cuyo eco se abría paso bajo la lluvia. Y entonces, de buenas a primeras, la señora McCormick, Katherine, la Reina de Hielo, empezó a llorar. Todo comenzó con un agudo sollozo, como si la hubieran pinchado con un alfiler, y entonces el hielo se derritió y ella estaba llorando a lágrima viva.

Ella trató de ocultar el rostro debajo del ala de su sombrero mientras se inclinaba para sacar un pañuelo del bolso, pero O’Kane alcanzó a ver su semblante al desnudo y transfigurado, estrujado como una flor, y vio desplegarse el dolor en aquellos brillantes ojos aislados. Para él fue una revelación: después de todo, era humana y, más que eso, era una mujer, intensamente hembra, y nunca más femenina que en aquel momento. Los hombros de Katherine se estremecían, y su respiración se convirtió en un jadeo, e incluso cuando su madre alargó una mano para consolarla,

O’Kane sintió que algo cedía dentro de él. Hubiera querido levantarse y consolarla, tocarla, cogerle la mano, pero lo único que pudo hacer —asándose en su silla mientras las llamas chasqueaban y sentía que se le formaba un nudo en la garganta y el doctor daba paseítos retorciéndose las manos— fue murmurar: «Cálmese, cálmese», una y otra vez, como un idiota.

Y entonces ella levantó la vista, con las llamas reflejándose en sus ojos rutilantes, iluminando sus húmedas mejillas hasta hacer que su semblante resplandeciera como el de una santa martirizada por los caníbales. Cuando ella habló, al cabo de un largo y desgarrador momento, lo hizo en voz tan suave y tan baja, tan baja, que uno apenas podía oírla.

—¿Y usted piensa mantenerse fiel a su prohibición, verdad?

Eso cogió por sorpresa a Hamilton. Buscó a tientas el borde del escritorio que estaba a su espalda, se sentó a medias un instante y volvió a levantarse de un salto, como si la silla estuviera electrizada.

—¿Prohibición? ¿A qué se refiere?

En un hilo de voz la mar de triste, ella dijo:

—A la prohibición de que mi marido reciba visitas.

Hamilton dejó escapar un suspiro de aflicción tan vibrante y profundo que sonó como si estuviera vomitando los pulmones. Sus ojos saltaron repetidas veces.

—Lo siento —dijo.

—¿Ni siquiera su esposa?

Pero ya el doctor movía la cabeza diciendo que no, igual que un metrónomo humano, y O’Kane, soldado a la silla en pasmado silencio, pudo ver cómo el médico empezaba a asumir aquella cara tan larga que sería su mejor atributo de seriedad en el futuro. Era un maestro negociando y sabía perfectamente cuándo transigir y cuándo mantenerse firme:

—Ni siquiera su esposa —dijo.

Mucho después de que Hamilton se hubiera ido, al igual que Nick y Pat Thompson, quienes alegaron deberes conyugales, O’Kane estaba sentado ante su cerveza y un plato de judías frías, unos huevos medio hervidos, arenque salado y galletas, junto con Martin, el tercero y menor de los hermanos Thompson. Eran más de las nueve, y el bar era una virulencia de luz y ruido en contraste con la fría lluvia y las calles desiertas que les rodeaban. O’Kane cogió un huevo —sintiéndose medio hervido él mismo gracias al bendito whisky y a la excelente y purificadora cerveza de Boston que corrían por sus venas—, y empezó a descascararlo como si fuera el exquisito y frágil cráneo de un niño —o el de un mono. Aunque Mart tenía los ojos vidriosos y el pelo pringoso le caía a ambos lados de la raya igual que el collar de un urogallo, observaba a O’Kane con una especie de ensimismada fascinación, como si nunca antes hubiera visto nada igual. Era cabezón, de anchas espaldas, igual que sus



hermanos, pero todavía era joven —sólo veinte años— y del tórax para abajo era tan delgado que se quedaba en nada. O’Kane dispuso meticulosamente los pedacitos de cáscara de huevo en la superficie de la mesa sin mantel, uno a uno, luego se comió la mitad del huevo de un mordisco y lo regó con un lingotazo de cerveza.

—Creo que debería irme ya a casa —suspiró Mart—. Porque mañana tengo que levantarme a trabajar muy temprano.

—Sí, sé lo que quieres decir —dijo O’Kane, pero aquello no era más que una formalidad. Él no quería irse, todavía no. Se sentía como... terminando su huevo, con ganas de echarse algo en el estómago, y luego tomarse otra cerveza. No más whisky, pensó: ya tenía bastante. Eso lo tenía muy claro.

Rosaleen le esperaría. Mejor dicho: ya hacía más de tres horas que le esperaba, y estaría esperándole como un cuchillo asesino, furioso, afilado, calentado al rojo vivo, y chillaría cada vez más y más hasta alcanzar una tesitura estridente, el registro vituperioso del reproche. Le tildaría de borracho, de trepa, de ser un títere de los McCormick, y se burlaría de sus trajes de *tweed* y diría pestes de California.

—¿Otra cerveza? —preguntó O’Kane.

Alguien en la barra, detrás de ellos —él no se molestó en volverse para ver quién era—, gritó: «¡Oye, tú, tonto del culo, si hubiera sabido que iban a salar la maldita cosa en vez de ahumarla o incluso acecinarla, por chillar tanto, habría entregado intacto el puto cadáver del animal al orfanato!».

Mart se demoró un largo y perverso minuto en responder a su invitación. Sus ojos, de suyo pequeños, parecían aún más pequeños en contraste con su desproporcionada cabeza, y mientras O’Kane los escrutaba lleno de esperanza, ya imaginando el amarillo burbujear de la última e insípida cerveza, aquellas pupilas se contraían rápidamente hasta no ser más que unas manchitas distantes y grisáceas, unos cuerpos planetarios vagamente reveladores en medio del universo de aquel enorme rostro. Mart se encogió de hombros. Alargó una mano hasta la pantorrilla para rascarse.

—No veo por qué no —dijo finalmente, y su pronunciación podía haber sido más diáfana, mucho más diáfana—. Vale —añadió—. Claro que sí. Venga, otra cerveza.

Eran los residuos de la fiesta del equipo: los vasos medio vacíos, las judías frías y los arenques, los gritos y la tufarada de los crapulosos desconocidos que los rodeaban, la noche de abril muerta y deslavazada, y la lluvia babeando en los cristales de las ventanas, y, por encima de todo, la lenta y tenue luz embriagadora que emanaba de la dorada hermandad de California. Saldrían dentro de dos semanas en un vagón especial: un coche-cama bautizado *Mayflower*, hecho de encargo por la Compañía Pullman, con cerraduras en las puertas y ventanas provistas de mecanismos de cierre, y O’Kane era el único que advertía la prístina y luminosa belleza de aquel nombre resonante. Era todo un presagio. En realidad, eran peregrinos, iban a dejar atrás Plymouth Rock y el norte de Boston y Waverley para ir al paraíso en la costa oeste, donde crecen el hibisco y los naranjos, y los dátiles

llueven de las palmeras como una recompensa por estar vivos.

Nunca más tendrían que comprar otro cubo de carbón. Y ya podían ir tirando sus abrigos junto con las apolilladas bufandas y los guantes. Y, por si fuera poco, nada más subir a bordo de aquel tren con el señor McCormick, ganarían el doble de lo que ganaban en el McLean. Lo cual significaba para O’Kane cuarenta dólares semanales, y él abrigaba la esperanza de que los vaqueros, los que cultivaban pomelos, los magnates del petróleo, los *hidalgos* y las *señoritas*<sup>[2]</sup> de Santa Bárbara, le dejarían algo de la piñata. Le bastaba cerrar los ojos un minuto y dejar vagar la imaginación para sentir ya esos cuarenta dólares en el bolsillo, dos billetes de diez y uno de veinte, o quizá cuatro de diez u ocho de cinco. Cuarenta hojas de papel verde lechuga, un saco entero de tintineantes monedas de plata. Se sentía como si le hubiera tocado la lotería.

Pero entonces volvió a acordarse de Rosaleen. La vio tan vívidamente como si estuviera allí, de pie frente a él, taladrándole con la mirada, apretando los labios de rabia y rencor, con sus diecinueve años y ya empezando a engordar, y siempre pidiéndole más y más y más, como si él fuera una cornucopia —o un McCormick—. Era de las que armaba broncas tremendas cuando él salía del trabajo y se iba de copas, aunque sólo fueran un par de copas, aunque cayera en sábado, porque era como una niña, una cría, siempre temerosa de perderse algo divertido; pero si le daban a probar un chupito, bebía más que el caballo de un cervecero. Eso era seguro. Y no había fuerza en el mundo que le hiciera abandonar a su mamá y a su papá y a sus dichosos hermanos para irse a recorrer medio mundo con un tipo como él, y él tenía que estar más zumbado que los locos y los retrasados mentales del hospital si pensaba que ella iba a mudarse tan siquiera un centímetro, ella para quien sólo la idea de ir a Waverley ya representaba un suplicio de padre y muy señor mío. Ya se lo había advertido, una y otra vez, que *prefería irse al infierno antes que mudarse a California*, escupiendo esas cuatro sílabas en su rostro, como si fueran las agrias semillas de una fruta putrefacta.

Sintió algo así como un retortijón de tripas. Era el bendito whisky quemándole las entrañas en un océano de cerveza, inmoldando la endurecida albúmina del huevo, como papel quemándose, y se preguntó fugazmente si no estaría enfermo. Ahuyentando esa idea, se volvió en el asiento y gritó «¡Camarero!» en dirección al bar, pero sin ningún propósito específico. El gentío no era más que una cosa borrosa, sólo eso. «¡Camarero! ¡Ponga dos más aquí!».

El doctor Hamilton había pagado las dos primeras rondas, la mar de generoso, como si fuera una criatura de carne y sangre, y un amigo de los trabajadores. Eso fue hacia las cinco y media o las seis de la tarde, aún quedaba un poco de luz al otro lado de las ventanas, aunque con la lluvia y la triste oscuridad apenas podía distinguirse el día de la noche. A O’Kane jamás se le hubiera ocurrido describir al doctor como una persona sociable, ni siquiera alegre —siempre estaba muy preocupado, quisquilloso con los detalles, era demasiado científico—, pero aquella noche se le veía bastante

achispado, al menos teniendo en cuenta su talante habitual, incluso hizo un par de chistes viejos y pesados, y brindó por «el saludable sol y los suaves céfiros de California». Se le veía tan satisfecho y ufano que tenía el rostro encendido hasta la raíz de su perilla: iba a llevarse a California a sus monos, y a partir de ese momento sería conocido como el psiquiatra personal de Stanley Robert McCormick, uno de los McCormick de Chicago. Por supuesto, uno de los especialistas más exigentes en su campo, el doctor Adolph Meyer, supervisaría su trabajo, pero el doctor Meyer estaba a cinco mil kilómetros, en su madriguera del Instituto Patológico de Nueva York —a cinco mil kilómetros muy lejanos.

Todos formaron cola para estrecharle la mano al doctor cuando se fue del bar (al cabo de una hora o algo así, en el transcurso de la cual sólo bebió una cerveza rancia, como una solterona que ha salido de casa para celebrar el hecho de haber ganado el tercer premio en un concurso de jardinería), y todos se sentían de lo más bien. Entonces Nick pagó una ronda de whisky, y O’Kane se descubrió relatándoles a todos en la mesa la reunión de aquella mañana, con todos sus pelos y señales. Los Thompson estaban sedientos de detalles —aquello también concernía a sus vidas y profesión, y a la vida de sus familias— y se apretaron unos contra otros en el reducido espacio de la mesa, juntando las cabezas y la tosca arquitectura de sus hombros. A diferencia de O’Kane, no habían sido invitados a la reunión, porque O’Kane era jefe de enfermeros y la mano derecha del doctor Hamilton, y ellos no lo eran, a pesar de que tanto Nick como Pat eran más viejos que él y llevaban más tiempo en el hospital McLean. Ninguno parecía resentido —o al menos no lo daban a entender—, pero a pesar de eso, O’Kane se sentía obligado a rendirles un informe lo más detallado posible, con todas sus dramáticas luces y sombras, y también adornando el relato, desde luego. Era irlandés y le gustaba que lo escucharan.

Les contó lo mucho que había sudado tratando de llegar a tiempo, nervioso y poco seguro de sí mismo, cómo corrió a través del mojado césped con los gritos del Griego y del Hombre del Delantal a sus espaldas y cómo defraudó a la señorita Ianucci pasando deprisa por delante de su escritorio y dejándola allí plantada con sus intranquilas piernas y aquellas tetas incorsetables que se salían por el escote de su tirante blusa, y luego describió a la señora McCormick, cómo iba vestida y cómo la vieja dama, la señora Dexter, le había interrogado. Todo aquello era divertido, le hacía disfrutar. Pero cuando llegó a la parte de la señora McCormick —de Katherine— llorando, no fue capaz de abordar debidamente el tema, ni siquiera pudo empezar.

—Era como una niña —dijo, tratando de ilustrar la metáfora con las manos—, una niña perdida. Se derrumbó y rompió a llorar allí mismo, en la oficina de Hamilton, y ni su madre ni nadie podía hacer nada para consolarla. Eso fue tan..., vamos, que me sentí como si fuera yo el que estaba llorando.

—Sí, claro —dijo Nick gruñendo mesuradamente, como un perro encadenado, el humo del cigarrillo obligándole a guiñar los ojos hasta no ser más que un par de cuchilladas en su inexpresiva cara—. Y supongo que eso demuestra que es humana,

tan humana como nosotros, pobres paletos.

Pat soltó una risita disimulada. Mart paseó su mirada por la mesa. Se oyó un estrépito en la barra, seguido de una palabrota y una ligera salva de aplausos. Nick estaba sentado allí, enorme, mirando a O'Kane con los ojos entornados.

De pronto O'Kane sintió la rabia ardiendo en sus venas —¿qué coño sabrían ellos? No estaban allí, ninguno estaba allí— y sin pensarlo dos veces estaba defendiéndola a ella, a la Reina de Hielo.

—Puedes ser todo lo duro que quieras con ella, Nick, y yo también lo era... hasta esta mañana. ¿Sabes qué la hizo llorar? El doctor Hamilton. «Prohibidas las visitas», le dijo, «ni siquiera su esposa», y eso pudo con ella. Ama a su marido, sin importarle cuán loco esté, y quiere estar con él..., es tan sencillo como eso. Y me importa un rábano lo que digas.

Se quedaron en silencio un momento, dando caladas a sus cigarrillos mientras reordenaban solemnemente los vasos en la mesa, los tres mirando a O'Kane con idéntica expresión. Entonces Pat, reflexivamente:

—Dicen que ella está metida en esto por el dinero. Su marido está confinado en el manicomio, y mientras tanto ella dispone de todos esos millones de los McCormick.

—Y legalmente está autorizada a hacerlo —dijo Nick aplastando la colilla en el cenicero. Su cabeza flotaba como un globo oscilando encima de la mesa, atada al tenso cordel de su cuello—. Por lo menos mientras la familia McCormick no la soborne o anule el matrimonio. En resumidas cuentas, es su esposa, ¿no? Pero aparte de todo eso..., yo creo que Eddie está un poco enamorado de ella, ¿verdad que sí, Eddie? —Se reclinó en el asiento, cruzándose de brazos y mirando de reojo a sus hermanos—. ¿Quién va a ir a darle la mala noticia a Rosaleen..., ¿acaso tú, Pattie? ¿Qué me dices, Mart?

Bruscamente los tres empezaron a dar palmadas en la mesa, hurgándose las orejas con los meñiques, mientras O'Kane esbozaba una vergonzosa sonrisa y agachaba la cabeza, participando del ritual. Pero por dentro estaba furioso: ellos no lo entendían, no habían estado allí, no *la* habían visto.

—Pero como iba diciendo —siguió Nick, con la voz tan enronquecida por el humo y el alcohol que parecía el croar de una rana—, aparte de todo eso el doctor Hamilton tiene toda la razón: al señor McCormick hay que prohibirle terminantemente las visitas, sobre todo la de su esposa. No puede recibir ni a su madre, ni a su hermana, ni a ninguna mujer, si vamos a eso. No después de lo que le hizo a aquella pobre enfermera de Rhode Island, ¿cómo se llamaba..., Florabelle? ¿Christabel? Algo así.

—Arabella —dijo O'Kane—. Arabella Doane.

Nick se limitó a asentir con la cabeza, y esta vez nadie sonrió. Todos se quedaron contemplando los túneles de cerveza de sus vasos, estirando las piernas debajo de la mesa, mirando fijamente al techo o dejando vagar distraídamente las miradas por el bar, como si estuvieran allí por primera vez. Mart reprimió un eructo, tapándose la

boca ligeramente con el dorso de la mano.

—Eso fue un crimen —dijo Nick finalmente—, un verdadero crimen. Y francamente, eso hace que me pregunte qué hago yo trasladándome hasta California por un hombre como ése.

O’Kane no dijo nada. Estaba pensando en Arabella Doane. Era una sombra en un rincón remoto de su memoria, un gato que uno coge para acariciarlo y que, cuando deja de ronronear, lo devuelve al suelo. Recordaba su cabellera —un pelo asombroso, exactamente del color de los duraznos maduros— y el medallón que siempre llevaba con una miniatura de Florence Nightingale, la Dama de la Lámpara. O’Kane sabía lo de ese medallón porque había jugueteado con él cuando colgaba entre sus pechos, y conocía el sabor entre ácido y dulzón de su boca, igual que una manzana partida en dos, y el extraño olor asilvestrado que emanaba de su cuerpo cuando ella se despertaba. Eso fue antes de que el señor Stanley McCormick la agrediera, sí señor, y si no hubiera sido porque ella se separó a tiempo para chillar, allí habría ocurrido algo espantoso, con policía incluida y quizá hasta el director de pompas fúnebres... Ahora ella había quedado atrás, en Rhode Island, con su madre, pero recordaba su expresión de aquel día, cómo sus ojos habían desaparecido misteriosamente en la nada y cómo se había quedado tan sin color, tan apagada, que uno podía ver cada pestaña y cada pelo en su rostro, como pinceladas de aceite, y aquel recuerdo le produjo una infinita tristeza.

En el mostrador del bar, dos borrachos en mono de trabajo empezaron a cantar a dúo una lúgubre y tartamudeante versión de *Con el dulce paso del tiempo*, dejando caer las cabezas sobre la pulimentada barra de caoba, y O’Kane se sintió tan deprimido que era como si una montaña se hubiera derrumbado sobre él. Estaba cometiendo un error, estaba seguro de eso, todo aquel asunto era una equivocación, total e irreparable, y California no era sueño, sino una pesadilla, un terreno de arena movediza, una trampa. Un hombre como ése, Arabella Doane, Katherine Dexter McCormick. Con el dulce paso del tiempo, cantaban los borrachos, ahora secundados por un coro de estropajosas voces aguardentosas que parodiaban la promesa del estribillo: «Nos encontraremos en esa bella orilla».

Pero entonces Pat le dio un codazo a su hermano y dijo:

—El hombre está tocado del ala, Nick..., no puedes echarle la culpa de eso. Él necesita ayuda, eso es todo, igual que los demás.

—Es verdad —se oyó decir O’Kane, y el mal rato había pasado. Lo que le había sucedido a Arabella Doane era lamentable, horrible, desmesurado, pero ahora tenían una misión, y la misión se llamaba señor Stanley McCormick. Él estaba mejorando, ellos estaban sanándolo, y cuando estuviera bien, él los recompensaría y entonces todos tendrían sus naranjales y sus chalés y todo lo demás. De eso se trataba, ése era el plan.

Súbitamente, y quizá debido al whisky —claro que era por eso—, fue presa de un extraño acceso de euforia, algo así como un cohete estallando en sus entrañas, y

apenas pudo contenerse. Le entraron ganas de levantarse y bailar, encabezar un desfile, surcar las cataratas del Niágara a bordo de un barril.

—¡Venga —dijo—, ánimo, Nick! Se supone que esto hay que celebrarlo, ¿no?

Y al instante, poniéndose de pie tan rápidamente que la sangre palpitó en sus oídos, rugió: «¿Quién brinda conmigo?», y los Thompson se levantaron de sus sillas cual estatuas cobrando vida y entrechocaron sus vasos en una percusión jubilosa.

—¡Por California! —gritó, y su voz subió una octava hasta ahogar las fúnebres e inconexas divagaciones de los borrachos en la barra—. ¡Por California!

Pero ahora sólo estaban O’Kane, Mart y los arenques. Hacía mucho que los borrachos cantores se habían ido, al igual que Nick, Pat y el doctor Hamilton. Las galletas estaban correosas, los huevos, sosos y acorchados. Y allí estaba la última cerveza, servida en un mojado posavasos de corcho, justo igual que la primera. Él se la llevó a los labios, pero aquello no olía bien —hedía a vinagre, como a moho, igual que el caliente y amarillo fluido en el vaso del chimpancé— y, sin probarla, se levantó de la mesa, no sin antes decirle adiós a un fantasmal Mart de ojos apagados, y se dirigió a la puerta, donde alguien oportunamente le lanzó su sombrero y su abrigo a la cara. Ya en la calle, a cinco manzanas de su casa, el viento soplaba la lluvia derramándola por el cuello de su camisa.

No era tan tarde —las nueve y media en su reloj—, pero no había ni un alma en las calles, ni siquiera un vagabundo solitario, y todo estaba silencioso, todo menos el incesante siseo de la lluvia. Los escaparates eran vitrinas llenas de nada, agujeros perforando la noche, y los árboles arañaban los débiles globos de las farolas. Le dolía la cabeza. El traje se le encogía en los sobacos, y los bajos del pantalón ya estaban de nuevo empapados, y apenas podía arrastrar los pies de tanto que pesaba su ropa. Se detuvo en la primera esquina para mirar al cielo y oler la noche, pero no había nada que oler excepto los mojados adoquines y el frío, si es que el frío huele a algo. Se quedó allí parado un momento, solitario en medio de la oscuridad, hasta que estuvo seguro de que su cuello estaba chafado y el traje tan irremisiblemente encogido que no tenía remedio, y entonces dobló la esquina y se fue directamente a casa con su esposa.

---

## EVA

La primera mujer que Stanley McCormick vio —que realmente vio, de la misma manera que Adán vio a Eva— fue a su hermana, Mary Virginia. Stanley tenía nueve años en aquel entonces, y era un niño flaco, precoz y reservado, con ojos asustados y un instinto notable para hacer madrigueras. Echaba mano de cualquier cosa para meterse debajo —camas, sofás, construía murallas con almohadas en el vestíbulo o con sillas de tijera en el salón de baile de alta bóveda. Eran sus escondites secretos, sus guaridas y escondrijos, donde podía esconderse de su hermano Harold, ocultarse del maestro de piano y eludir a la institutriz, a sus hermanas y a cualquiera de los almidonados y narizones misioneros que acudían a su casa diariamente, invitados a desayunar, a tomar el té o a cenar. Pero más que todo, cuando se escondía con una bolsa de caramelos y un libro de Julio Verne o de James Fenimore Cooper a la tenue luz de una lámpara, lo hacía para quedar a salvo de su madre. De su madre, cuyo amor podía pulverizar rocas y sacar a todos los planetas de sus órbitas hasta estrellarlos en su cama, de ella era de quien más necesitaba escapar, y también con quien más quería estar.

Ocurrió en mayo de 1884, poco después de la muerte de su padre. La casa estaba de luto riguroso —la ciudad de Chicago estaba de luto, la nación, todo el vasto mundo sin techo— y Stanley no sabía qué hacer consigo mismo. Era su primera experiencia con la muerte, y más que la muerte en sí, lo que le trastornaba era el hecho de no saber qué esperaban de él, aparte de poner una cara triste. ¿Acaso debía darse golpes en el pecho, lanzarse escaleras abajo, quejarse como hacía Mary Virginia? La gente le daba palmaditas en la cabeza, se agachaban para susurrarle cosas al oído y escudriñar sus asustados ojos. ¿Esperaban verlo llorar a lágrima viva?, ¿era eso? ¿O debía armarse de coraje, como un hombre?

Su madre no lo ayudaba. Ella nunca dejaba de moverse, ni siquiera estando sentada, con la cara destrozada por el dolor al punto de parecer una maleta arrastrada de puerto en puerto, y adondequiera que fuera estaba expatriada de él —de él, de Stanley, su último hijo, su bebé— por una falange de dolientes profesionales encargados de acompañar el féretro. Él quería portarse correctamente, deseaba ser bueno, acongojarse adecuadamente, salir airoso, agradarle a ella, pero cada vez que levantaba la vista para obtener su aprobación, lo único que veía eran pelos y orejas y nucas. Todas las cabezas convergían en ella, las espaldas formaban un muro movedizo, había una inesperada eclosión de brazaletes negros y, al nivel de sus ojos, sólo podía ver manos que desaparecían y reaparecían como en un acto de prestidigitación, grandes nudillos, venosas manos centelleando con sortijas y

sosteniendo copas y sándwiches, los sirvientes presurosos de aquí para allá en medio de los estruendosos plañidos. Él estaba allí, asustado, con sus pantalones cortos y un cuello almidonado que le apretaba demasiado, tratando de que nadie tropezara con él. Nunca hubiera imaginado que la muerte fuera tan estrepitosa.

Y aquello era cada vez más estrepitoso. Llegaban telegramas sin cesar, llovían los periódicos con titulares y panegíricos en primera plana. Los empleados de la Fábrica de Segadoras McCormick mandaron una réplica de la segadora confeccionada con cinco mil gardenias impecables, con la rueda principal simbólicamente rota, y cuatrocientos obreros, en una solemne doble fila, pasaron arrastrando los pies por delante del catafalco. Presidentes, primeros ministros, sultanes, visires, grandes visires y emperadores enviaron sus condolencias. Cyrus Hall McCormick, inventor de la segadora, multimillonario, condecorado con la cruz de honor de la Legión Francesa, viejo, excéntrico, con su cabeza de toro, nada cariñoso, reumático, estertóreo y tiránico, había muerto a los setenta y cinco años. Muerto y de cuerpo presente, allí en el salón, en su ataúd, tan pálido como un sapo conservado en un frasco de formol.

Cuando llegó el momento de presentar sus últimos respetos, Stanley fue conducido al salón por su hermano mayor, Cyrus Junior. Cyrus Junior era en aquel entonces un joven barbudo de veinticinco años que de buenas a primeras se encontró al frente de un negocio que recaudaba en bruto setenta y cinco millones de dólares anuales y a quien todo el mundo decía que se parecía mucho a Papá. Stanley no conseguía ver el parecido. Su padre era un viejo, la persona más vieja de cualquiera de los dos sexos que jamás hubiera visto, tenía sesenta y cinco años cuando Stanley nació, setenta en la época en que Stanley empezaba a tener conciencia de sí mismo, y, finalmente, era un fósil demacrado y desalmado, tan prehistórico e inconcebible como el huevo de un dinosaurio. A Stanley le gustaban los dinosaurios —le gustaba soñar con los dientes desgarradores del gran carnívoro y el blindaje que los protegía, incluso le gustaban los más lentos y pequeños—, pero no le gustaba su padre. O antes no le gustaba.

Y cuando se acercó al ataúd, apretando débilmente la enorme mano blanda de Cyrus que quemaba la suya como un horno, igual que una locomotora de vapor, igual que la lava, sólo se sintió culpable. No sintió dolor, ni experimentó sensación de pérdida, sino sentimiento de culpabilidad. La gente le miraba y veía un hijo desconsolado, pero lo que ellos no sabían era que cuando su madre reunía a la familia cada noche para rezar por el restablecimiento del padre, Stanley agachaba la cabeza y le suplicaba a Dios que se llevara al viejo Rey de la Segadora para siempre. Y Dios le había escuchado, porque Stanley no amaba a su progenitor y proveedor como un hijo debía amarle —él le temía, le temía y lo detestaba y retrocedía ante sus atronadores estertores y se apartaba de sus sarmentosas y retorcidas manos lacadas y del hedor como a cosa venenosa muriéndose y pudriéndose que emanaba de sus dilatadas fosas nasales obstruidas por pelos encanecidos. Era terrible no amar a un padre, un pecado



que reverberaba a través de los abismos del infierno y aullaba en los oídos del mismísimo diablo. Stanley era un parricida, un ingrato, un gusano. Y solamente tenía nueve años.

Pero allí estaba el féretro, enorme, grande como una barca y tan bruñido que uno podía verse la cara reflejada en él, y no sólo en el latón o el oro o lo que fuera, sino también en la madera. La caja estaba en alto, encima de una tarima, en el centro de aquel salón familiar con sus antiguos muebles franceses y sus paredes revestidas y la bóveda del techo con una pintura al fresco que representaba un cielo de verano repleto de nubes algodónadas y pájaros volando, lo que hacía que el féretro pareciera incluso más grande. Era la nave a bordo de la cual zarparía el Rey de la Segadora en su último viaje, para descender a un lugar siempre oscuro y húmedo, donde los insectos perforarían su carne, poniendo huevos y multiplicándose..., y luego iría al cielo, porque el padre de Stanley era una buena persona que había servido a la humanidad y también a Dios, alimentando a las multitudes, igual que Jesucristo; Stanley sabía eso y nunca lo negaría. Lo sabía porque su madre se lo había dicho. Se lo había dicho una y otra vez hasta hacer que él creciera con esa letanía de las bondades de su padre en contraste con la imagen viviente de aquel hosco anciano, resentido e intratable, hundido en la silla de ruedas en el pasillo de la planta alta.

Stanley sentía las piernas plomizas, tenía los pies pegados al suelo. Debía de haber doscientas personas allí entre amigos, parientes y desconocidos, todos apiñados, y él no podía verles las caras, ni siquiera podía levantar la cabeza. Miraba al suelo, estudiando el lustre de sus botines completamente abrochados, viendo cómo se adherían y se despegaban de la alfombra, pegándose y liberándose, paso a paso, cada vez más y más cerca. A pesar de que las bebidas y los sándwiches se habían acabado, toda la casa seguía oliendo a bebestibles y comestibles, y aquel salón en particular. Olía igual que una cocina, apestaba a canapés, a salchichón ahumado, a caviar y a algo más, algo indefinible; supuso que sería un perfume. Pero no la clase de perfume que se echan las mujeres, sino algo más profundo, más áspero, intenso y astringente. Estaba preguntándose qué clase de perfume sería y en que quizá lo conocieran el director de pompas fúnebres y sus silenciosos ayudantes, que se movían alrededor del cadáver frotándose las manos avariciosos; estaba pensando en eso cuando de pronto Cyrus Junior le despachurró la mano, con un súbito y violento apretón, y Stanley levantó la vista para ver allí mismo, frente a él, las brillantes andas del ataúd imitando la piedra, y la nariz de su padre muerto sobresaliendo, igual que un mórbido y lívido champiñón brotando de la tierra después de una tormenta. Se sintió mareado, como si le hubieran anestesiado con éter, y casi se le aflojaron las rodillas —como si carecieran de huesos, como si sus piernas ya no le sostuvieran— y entonces surgió su madre, por una esquina del féretro, para abrazarlo.

Ella se arrodilló en las sombras como una suplicante, cual viuda de maharajá arrojándose en la pira funeraria, y él vio que su hermana Anita también estaba allí, con sus dieciocho años y desolada, su rostro ceñudo como un campo devastado, y

Missy Hammond, la institutriz, con la abultada giba que la desfiguraba, mirándole fijamente, con tristeza, desde las coaguladas salpicaduras rojas de sus ojos. Y Harold —Harold estaba arrodillado junto a ellas, con los hombros caídos y las manos unidas en actitud de rezar, Harold, su confidente y compañero de juegos, apenas dos años mayor que Stanley y ya todo un virtuoso de la sinuosidad que sólo pensaba en lanzar el balón y en obligar a su rival a soltarlo y en que el contrario se lo quitara a él, y helo aquí transformado en un doliente profesional, tan falso y servil como cualquiera de los ayudantes del director de pompas fúnebres. Aquello fue una conmoción. Harold quería a su padre, realmente le amaba, y Stanley no. La vergüenza le encendió el rostro, y ocultó la cara en el vestido de su madre.

Y entonces, de alguna manera, se encontró en lo alto de la tarima, con su madre, contemplando fijamente el loco rostro de sus sueños. Allí yacía su padre, monstruoso en la muerte, enorme como un gigante o un ogro, boca arriba, como si estuviera durmiendo, con los ojos cerrados, la barba luchana proyectada hacia arriba en una espuma gris amortajándole la garganta y el mentón, y la nueva corbata que le habían puesto para enterrarlo en..., pero no estaba durmiendo, estaba muerto, y había una rigidez en sus recién afeitados carrillos y una oquedad en las cuencas de los ojos, y tantas y tan profundas arrugas en las bolsas que ni todos los polvos juntos del director de pompas fúnebres las podían encubrir. Stanley hizo lo que pudo para parecer triste, afligido, compungido y con el corazón partido, su madre estaba a su lado, los clérigos revoloteaban alrededor igual que una bandada de cuervos, las tías y unos perfectos desconocidos maullaban y lloraban amargamente frotándose los ojos, pero él sólo conseguía manifestar cómo se sentía: asustado. Hubiera querido salir corriendo, apartarse de su madre y de su insuperable poder para mantenerlo allí, y escapar antes de que descubrieran la verdad en sus ojos, antes de que el rígido y putrefacto cadáver perfumado de su padre se incorporara de pronto, tieso en el ataúd, y rugiera maldiciendo su perfidia. Y hubiera podido hacerlo, hubiera podido salir por la puerta como alma que lleva el diablo y avergonzarlos a todos allí, de no haber sido por Mary Virginia.

Durante todo ese tiempo ella había estado esperando el momento de entrar en escena, llorando y rechinando los dientes, prisionera del dolor, pero ahora, finalmente, había llegado su hora. Stanley no era consciente de eso. Sólo era consciente de sí mismo, andando de aquí para allá en la tarima, sin saber qué hacer, con toda aquella gente mirándole y ardiendo en deseos de echar a correr, esconderse, hacer una madriguera, aborreciendo a su madre por obligarlo a permanecer allí, y a los que acompañaban el féretro por invadir su casa, y a su padre por morir y, en primer lugar, por haber vivido. Se daba cuenta vagamente de que alguien había desaparecido, alguien vital, pero no quería pensar en eso, ni preocuparse, y solamente quería morir, morir en el acto y acabar con todo aquello de una vez..., hasta que oyó el primer grito anonadador de su hermana. Todo cambió en ese momento. Súbitamente se encontró fuera de sí mismo, flotando en el techo del salón junto con

los pájaros pintados desde donde observó a su hermana mayor desconcertando a la entristecida multitud de caras largas con la virulencia de su dolor.

Mary Virginia entró en el salón como un rayo, vestida con un camisón negro, vaporoso como una prenda de ropa interior; con los brazos desnudos, descalza, el pelo rizado y montaraz y azotándose la cara con las manos, y todo eso en la cresta de aquel primer chillido que iba en aumento. Todos en la sala, incluida la todopoderosa Mamá, se quedaron helados, mejor dicho, no helados, sino fundidos como sílice y rápidamente enfriados hasta alcanzar la inanimada fragilidad del cristal. Pero ese primer chillido que helaba el corazón no era más que el preludio, una obertura, una promesa de lo que vendría después. El siguiente grito, prolongado y operístico, en un crescendo, en una sucesión de desgarradores alaridos que sonaban como si estuvieran destripando a algún animal y comiéndoselo vivo, recorrió las paredes y el techo esmaltando aquellos rostros cristalizados de ojos vidriosos hasta que no existió nada que no fuera Mary Virginia McCormick, fuente y apoteosis del dolor.

Irrefrenable, casi irreconocible, abriendo la boca en un rictus de dolor, agitando y retorciendo los miembros con la exaltación de una fuerza avasalladora, ella corrió a lo largo de la alfombra, entre las nubes de salchichón ahumado y las emanaciones balsámicas, pasó por delante de los que acompañaban el féretro y los ayudantes del director de pompas fúnebres y los miembros de su propia familia, subió a la tarima, saltó la barandilla y de un brinco cayó dentro del ataúd como si se hubiera zambullido en una piscina. «¡Soy yo!», gritó, revolcándose encima del difunto, pataleando y trillando lo que quedaba del Rey de la Segadora hasta que a los ojos desolados de Stanley pareció que el cadáver había vuelto a la vida en un macabro ensayo general de sus peores temores. Nadie se movió. Nadie respiraba. «¡Papa!», sollozaba ella, «¡soy yo, Mary Virginia!», y agarraba por el cuello al rígido cadáver mesándole la reanimada barba. «¿No me reconoces?».

Era una lástima, todos estuvieron de acuerdo, porque Mary Virginia era la belleza de la familia, un golpe de dados genéticos que sólo tenía lugar una vez en cada generación. Y era tan talentosa como bonita, con facilidad para los idiomas y muy hábil dibujando y como pianista, instrumento que tocaba con la sutileza y la compasión de una mujer con el doble de su edad y con el coraje y la fiereza de un hombre. Tenía veintitrés años y no estaba casada cuando murió su padre, aunque no le faltaban pretendientes, pues sus atractivos físicos se veían realzados por la seducción que ejercía la fortuna de su padre. Después de presentarse en sociedad, en el transcurso de dos años, recibió tres peticiones de mano. Su madre —Nettie Fowler McCormick, todo un poder en la sociedad de Chicago y una casamentera sin rival— convocó al consejo de familia en todas y cada una de las tres ocasiones y, aunque los pretendientes estaban bien relacionados y eran de familias adineradas, Papá tuvo que llevarles aparte y disuadirlos de que aspiraran a la mano de su hija. Lo cual era una

vergüenza, una auténtica vergüenza. Pero los McCormick eran escrupulosos hasta rayar en la rigidez, y opinaban que no les quedaba más remedio que dejar que los jóvenes en cuestión se enteraran un poco de lo que les esperaba.

La triste verdad era que Mary Virginia estaba enferma, no siempre, y casi nunca de un modo evidente. La suya era una enfermedad que parecía intensificarse a medida que crecía, extendiéndose y alargándose hasta acomodarse en su interior, como la piel de una anaconda. Desde que cumplió los trece años se había ido tornando cada vez más distante, alejándose de las cosas y de las obligaciones del mundo, como si alguna fibra esencial de su mente se hubiera deshilachado. En ocasiones no parecía reconocer a sus padres, ni a la institutriz, ni a sus propios hermanos. No comía. No hablaba. Se pasaba horas y horas hincada de hinojos, sobre sus magulladas rodillas, rezando frenéticamente, histéricamente, cantando himnos de alabanza a Dios hasta hacer que aquello pareciera una maldición. Otras veces parecía asfixiarse, precipitándose de habitación en habitación, dejándose llevar por el pánico, con la cara cianótica, ahogándose y boqueando como si no estuviera rodeada de aire. Y luego no podía dormir, a veces durante días, y semanas, y Nettie se aterrorizó cuando entró sigilosamente en su alcoba, a las dos o tres de la mañana, y la vio acostada, rígida, arrobada en la contemplación de algún universo privado, despierta, pero tan inconsciente de la presencia de su madre que cualquiera diría que estaba ciega y sorda.

A los quince volvió a la vida, resucitada, hiperquinética, desprendiendo chispas por los dedos y riéndose a mandíbula batiente de la gran broma del mundo, acelerando y aminorando el paso, y volviéndolo a acelerar hasta corretear a tontas y a locas por todas las habitaciones en un trote espasmódico, entre convulsiones, que eran como una cruel parodia del defecto físico de la pobre Missy. Tan pronto era desamorosa, completamente desprovista de emoción, como apasionada, ardiente como una amante con Nettie, agarrándose frenéticamente a ella a la hora de acostarse, prolongando un beso de buenas noches hasta convertirlo en una tortura. Deambulaba dormida, decía galimatías, asustaba a sus compañeras de colegio. Y poco después de cumplir los dieciséis años, empezó a automutilarse.

La primera en darse cuenta fue una de las niñeras, una chica francesa llamada Marie Lherbette. Nettie estaba en el salón, hecha un ovillo en una silla Luis XVI frente a un ilusionado y bien alimentado joven cuyo pasaje para China ella había accedido a pagar en nombre de la Sociedad de Misioneros Presbiterianos. En la mesa había una bandeja de canapés y una tetera debajo de una cubierta hecha en croché por su abuela en los primeros días del siglo. El joven estaba exponiendo un complicado razonamiento sobre la mentalidad asiática, lamentándose de la falta de influencia cristianizadora en una civilización tan antigua pero tan corrompida, cuando Marie Lherbette llamó a la puerta y, tras entrar en la sala, hizo una profunda genuflexión.

—¿Sí? —dijo Nettie—. ¿Qué sucede, Marie?

La niñera clavó los ojos en el suelo. Tenía veinte años y, a su manera, era bastante

bonita, y obediente, pero a juicio de Nettie era demasiado..., bueno, demasiado franchuta para ser del todo confiable.

—Si la señora me permite, ¿podríamos hablar en privado?

—¿Ahora? ¿No ves que estoy ocupada?

—Es que —la niñera buscó la palabra adecuada— es muy grave lo que tengo que decirle.

—¿Grave? —Nettie echó un vistazo a la cara de Marie y luego se levantó pidiendo disculpas al joven. Al cabo de un rato, estaba siguiendo a la niñera por la escalera en dirección a las habitaciones de los niños.

—¿De qué se trata? —preguntó—. ¿Es Anita? ¿Mary Virginia?

—Es la señorita Mary Virginia —susurró la niñera volviéndose sin dejar de subir apresuradamente por la escalera para luego enfilear el corredor tomando carrerilla en una sucesión de nerviosos taconazos. Nettie se esforzaba por no quedarse atrás, con la saya ceñida a las rodillas y obstinadamente adherida a sus tobillos, la alfombra siseando bajo sus pies, los muebles petrificándose. Y cuando por fin entraron en la alcoba de su hija, Nettie vio a Mary Virginia acostada en la cama, en su trance de insomnio, desnuda, sólo con las medias puestas, vio perfectamente sus huellas digitales ensangrentadas en el empapelado floreado y los arroyuelos relucientes que se desvanecían poco a poco resbalando desde sus partes íntimas a lo largo del interior de los muslos como si algún animal la hubiera mordido.

La llevaron al hospital McLean, en Waverley, Massachusetts, donde la punzaron, la pellizaron, la apretaron, la pesaron, la midieron, la auscultaron, la analizaron y fue interrogada por los mejores especialistas en el campo de la psiquiatría que el dinero de McCormick podía conseguir —lo cual es como decir a todos—. Lamentablemente, los expertos no se ponían de acuerdo. Éste opinaba que sufría de neurastenia; este otro, de demencia alucinatoria; y aquel otro, de demencia precoz. Todos querían que se quedara ingresada para tenerla en observación —y para su propia protección—. Ella no volvió a hacerse daño, exceptuando dos punciones casi imperceptibles que se infligió con una plumilla en la axila derecha, pero durante el viaje desde Chicago en el coche-cama Pullman, empezó a sostener apasionadas conversaciones con fantasmas salidos de la nada, y en dos ocasiones trató de arrojarse del tren. Afortunadamente, Cyrus Junior estaba allí para impedirselo, pero Nettie estaba abrumada con aquella cruz.

Seis semanas, habían dicho los médicos. Por lo menos. Y así, reducida casi a la postración, entre la crisis de nervios de Mary Virginia, la enfermedad de Papá y sus hijos muertos de ganas de verla en Chicago, Nettie decidió alquilar una casa en Waverley y mandar a buscar a Harold y a Stanley. Aquél era uno de los más remotos recuerdos de Stanley. Missy Hammond y su niñera francesa, Marie, se los llevaron a él y a Harold en un viaje de vacaciones que duró seis semanas —¿y acaso sabía él cuánto duraban seis semanas? ¿Y cuántos días tenía una semana? ¿Y cuál era la primera letra del alfabeto? Sí. Y recorrieron todo el camino, con el *chucu-chucu-*

*chucuchú* del tren, atravesando el gran estado de Illinois, atravesando Indiana — ¿podía pronunciar *Indiana*?— y Pensilvania y Nueva York hasta Massachusetts, donde estaban Mamá y su hermana mayor. Su hermana mayor estaba enferma, muy enferma, pero pronto se pondría bien y entonces todos volverían a casa.

Stanley tenía dos años en aquel entonces, Harold cinco. Del viaje recordaba una intensa y deslumbrante sensación de verdores, un mar de verdor en movimiento al otro lado de las ventanillas, vasto y oceánico, un mundo inconcebiblemente grande. Y de la casa de Waverley no recordaba nada, excepto que el sol estaba allí para iluminar aquel nuevo, extenso e indiferenciado universo de verdor, y que el tupido hierbal que crecía más allá del patio era un lugar donde había serpientes. Su mamá les había hablado de ellas, unas cosas largas y duras como látigos con el falso brillo de un obsequio navideño envuelto en papel de regalo, caramelos envenenados y letales que él nunca debía tocar. Eso era lo que recordaba de aquel viaje a Massachusetts en el verano de 1877, eso y a su hermana mayor. Que estaba enferma.

Mary Virginia mejoró en el McLean. No hubo ningún remedio milagroso, ciertamente no era la clase de curación que Nettie esperaba y exigía de los médicos a quienes acosaba día y noche, pero por lo menos las conversaciones imaginarias habían cesado y en las paredes no volvieron a aparecer estigmas de sangre. Todos regresaron juntos a casa, de vuelta a la mansión construida con rojiza piedra caliza en Rush Street, con la sala de fiestas donde cabían doscientas personas y el establo calentado a vapor donde estaban los caballos y las cabras y las vacas (al Rey de la Segadora le encantaba la leche recién ordeñada) y cinco años después el poni que le regalarían a Anita con motivo de su decimosexto cumpleaños. Mary Virginia creció y se puso más bonita, pero hubo que sacarla del colegio para señoritas de Kirklands antes de la graduación, porque la señorita Nevelson, su maestra de latín, tenía una cabeza desmontable y, cuando se la ponía, se la enroscaba al revés, y Mary Virginia no podía soportar esa visión —justo la clase de cosa que siempre había aborrecido—, de modo que Nettie tuvo que contratar un profesor privado para que le impartiera clases en casa. Tras unos años de tenue paz, a los dieciocho, Mary Virginia volvió a enfermar, víctima de miedos amorfos, y hubo que hospitalizarla; esta vez durante seis meses.

Después vino un período de tiempo relativamente tranquilo durante el cual ella aparecía en las habitaciones de la casa, a cualquier hora de la noche, como un alma en pena —pero plácida, agradecida— y luego gradualmente, como en la revelación de algún acontecimiento natural, se volvía más excitable, y en su excitación, se entregaba al piano. Súbitamente se despertaba al amanecer, y aporreaba el teclado con una furia que hubiera petrificado a Chopin y aun a Liszt, machacando y golpeando insistentemente el instrumento hasta que sus dedos se enervaban y había sangre en las teclas, pero entonces seguía tocando con los codos, con el mentón, incluso con los dientes, y así durante horas, a veces hasta siete u ocho horas seguidas, y nada podía sacarla de su arrobó, ni disuadirla. Nettie no habría tenido ningún

inconveniente si se tratara de una ejecución amable, decente, una melodía discernible. Pero no, lo que su hija interpretaba era una orgía atonal, bárbara, sin sentido, bestial, y aquello era perturbador, desde luego que lo era, y Mary Virginia estaba perturbada, así que Nettie decidió poner fin a esa situación.

Una noche, mientras Mary Virginia yacía en trance en su alcoba, Nettie hizo que sacaran el piano y lo mandó a la casa de su cuñado, en East Erie Street, en calidad de préstamo permanente. Nettie se consideraría bienaventurada si nunca más volvía a oír un acorde de piano. En cuanto a Mary Virginia, se levantó al amanecer como de costumbre, fue al lugar donde antes estaba el piano, y sin decir ni una palabra, cayó de rodillas y empezó a rezar. Se pasó todo aquel día con su noche rezando, y siguió rezando al otro día, incluyendo la noche, y también el siguiente día. Eran unas estentóreas jaculatorias que retumbaban de manera discordante, resonando en la sagrada quietud del santuario de McCormick como el atroz martilleo de cincuenta y seis teclas de marfil.

Esta vez tuvo que seguir rezando en el hospital, pero cuando se acercó la fecha de su veintiún cumpleaños, regresó a casa, más o menos en un estado de trance apacible. Nettie no quería celebrar una fiesta de presentación en sociedad, pero el Rey de la Segadora insistió. ¿Qué iba a pensar la gente? ¿Que la hija mayor de Cyrus Hall McCormick estaba loca? ¿Que no confiaba en ella? ¿Que su vida estaba acabada antes de empezar? ¡Tonterías! Ella tendría su puesta de largo igual que cualquier otra jovencita de su edad y de su clase, y aún más, sería una gran fiesta a escala McCormick, una escala concebida para dejar chiquitos a los Armour, a los Swift y a los Pullman. ¿Estaba claro?

Lo estaba. Y en febrero, en medio de una ola de frío, Nettie abrió la casa a seiscientos cincuenta invitados, quienes fueron obsequiados con champaña y ostras por un ejército de sirvientes y agasajados con una cena para cincuenta comensales en la biblioteca, seguida de un baile de etiqueta que duró hasta las doce de la noche en la sala de fiestas del tercer piso. Fría como la luna creciente, con un vestido de crepé blanco y guantes franceses de tres botones, Mary Virginia permanecía tranquilamente de pie —algo triste y aletargada— en la comitiva de bienvenida, junto a sus padres, Cyrus Junior, y seis graduadas del colegio para señoritas Kirklands vestidas de blanco, sonriendo a cada uno de los seiscientos cincuenta invitados.

—Buenas noches —les decía, uno por uno, con una voz ajena a su cuerpo y a su gloriosa, resplandeciente cara—, mi nombre es Mary Virginia McCormick y estoy encantada de que haya venido en ocasión de mi puesta de largo.

No hubo plegarias, ni chillidos, ni diálogos con interlocutores imaginarios, y todo transcurrió muy bien hasta que Johnnie Hand, el director de la orquesta, accedió a la petición de la homenajead y la dejó sentarse al piano. Mary Virginia se inclinó sobre las teclas frunciendo el ceño en un esfuerzo de concentración mientras los invitados, los músicos y los criados adoptaban una actitud risueña, prestos a dejarse cautivar, y entonces atacó algo que al principio mostraba un vago parecido con una polonesa de

Chopin, pero que enseguida degeneró en la discordante, hórrida y obscena cacofonía que su madre conocía tan bien. Las corteses sonrisas se extinguieron una tras otra, el director de la orquesta parecía consternado y afligido, y a la señora Eulalia Titus, de Prairie Avenue, hubo que ayudarla a ir hasta el lavabo de señoras pues le sobrevino uno de sus ataques.

Al cabo del primer minuto Nettie trató de poner fin a aquello con aplausos o algo así, y el público respaldó ese gesto obedientemente, con entusiasmo, y por un instante los esfuerzos de Mary Virginia quedaron ahogados bajo una marea de aplausos, pero cuando los aplausos amainaron, ella siguió tocando. Con la cabeza inclinada sobre el teclado, los codos aleteantes, toda dedos y nudillos y centelleantes muñecas, torturaba el instrumento con variaciones inconcebibles para cualquier oído civilizado. Al cabo de cinco minutos, Nettie lo intentó de nuevo, gritando «¡Bravo!» y dando una palmada tan enérgica que pensó que se había dislocado las muñecas. Y de nuevo el auditorio siguió la pauta de Nettie, con gratitud, gritando un «¡Bravo!» en tono de súplica que ya casi sonaba a toque de retreta. Pero Mary Virginia siguió tocando y tocando hasta que la sala de baile se quedó vacía y Cyrus Junior y uno de sus discípulos de Princeton la cogieron por las muñecas y abrieron sus dedos separándolos con fuerza de la última y ensordecedora nota que reverberó a través del salón como el eco final de un bombardeo.

Sí. Y ahora ella estaba de luto por su padre.

Al principio —al menos durante unos segundos— Stanley se comportó correctamente. Nadie le prestaba la menor atención; todos estaban mirando a Mary Virginia, a su hermana mayor, a la salvadora embistiendo en el último minuto para intimidarlos a todos y rescatar a su hermanito, y él sintió que flotaba, realmente sentía que volaba por los aires..., pero cuando ella pasó de largo por su lado y se lanzó sobre esa fría cosa muerta que solía ser su Papá, Stanley cayó a plomo del techo, igual que en el tiro al pichón. Aquella era su hermana mayor, el ángel con apariencia humana que acostumbraba a llevarlos a pasear al parque, a Harold y a él, ella era el crisol de perfección que lo arrojaba en las tardes de invierno para ir a patinar y a tomar chocolate caliente en el lago y que le susurraba al oído cuando él tiritaba y le mimaba cuando cogía un resfriado, y ahora le ignoraba. Ella no venía a salvarlo a él..., ni siquiera le había mirado.

Alguien chilló. Se armó un gran revuelo en la tarima, varias personas se precipitaron sobre el ataúd, la cara de Mamá estaba encendida con el súbito fuego infernal de su furia, Harold permanecía boquiabierto, Missy y Anita se mordían los nudillos como si fueran costillas de ternera o alitas de pollo, y Stanley desapareció. Tan pronto como su madre le soltó la mano, se esfumó en medio de la confusión, entre las sillas estrepitosamente volcadas, la gente que gritaba y la atorbellinada multitud de cuerpos enormes. No se quedó para ver cómo su hermano mayor y sus



tíos Leander y William forcejeaban con la hermana mayor para separarla de su padre muerto, no vio la furia y la perplejidad reflejadas en la cara de Mary Virginia, ni sus sacudidas, ni los mordiscos y los puntapiés que propinó a diestro y siniestro hasta que su camisón quedó hecho jirones dejando al desnudo la arañada carne de las caderas. No, él corrió sin parar escaleras abajo hasta el ropero de roble donde guardaban la ropa blanca y allí excavó su madriguera.

Después, mucho después —pasada la medianoche— se aventuró a salir al pasillo. No había asistido a la cena y Mamá no vino a buscarlo, lo cual significaba que estaría sufriendo una de sus jaquecas y maullando como una prisionera en su alcoba. Pudo oír a Marie llamándolo, y luego a Missy y a Anita, pero él estaba en lo más profundo de su madriguera entre las toallas y las sábanas. Él no las necesitaba —no necesitaba a su hermana mayor, ni a su madre ni a nadie—, incluso, aunque las necesitara, tampoco podía hacer nada. Tras haber trepado al último estante de ese guardarropa, avanzando palmo a palmo hasta acurrucarse clavando su hombro derecho contra la áspera e inacabada superficie de la tabla de arriba, era impotente. Dentro de él había algo que estaba tratando de salir a dentelladas, algo que se había tragado, algo vivo, y eso no le dejaba respirar ni mover los brazos ni las piernas, ni siquiera levantar la cabeza para ver dónde aquella cosa le acuchillaba, desgarrándole la piel de su barriga con sus garras y dientes y llenando ese hermético espacio con una barba que no dejaría de crecer hasta que no quedara sitio en el armario, ni tampoco aire. Para Stanley, un buen chico, un niño listo, un niño agradable y normal, aquello fue el principio del terror. De ahora en adelante, no tendría dónde esconderse.

La tarde se transformó en noche, y mientras tanto Stanley permanecía allí, rígido, escuchando los envolventes sonidos de la casa, el ajeteo de los sirvientes en el vestíbulo, sus murmullos y el estruendoso tintineo de la vajilla de plata y de cristal. Reprimió el hambre, renunciando a comer, consumiéndose, yaciendo allí tan inmóvil como el cadáver de su padre en el salón de arriba. Sin embargo, al final fue una necesidad fisiológica la que le obligó a salir de su guarida: tenía que mear.

Para cuando se bajó del ropero y asomó la cabeza en la puerta para cerciorarse de que no había moros en la costa, tenía tantas ganas de orinar que se apretaba las manos contra el vientre, y se apretaba el pito, aunque Mamá no le permitía llamarlo así. Tampoco se llamaba pene, al menos no en el vocabulario de Mamá. No, aquello no era más que una cosa sucia que los niñitos al nacer traían colgando con un sucio propósito y él no debía tocársela nunca, excepto para hacer pipí, ¿había quedado claro? Para él no estaba nada claro, pero cada vez que ella se lo preguntaba, asentía con la cabeza, mirando al suelo y rehuendo su mirada, deseoso de huir.

El pasillo estaba desierto. Alguien había dejado una lámpara encendida al final del corredor, frente a la habitación que seguían llamando el cuarto de los niños, y había otra luz en el cuarto de baño, junto a la entrada. No se oía ningún ruido en la casa. Los dolientes ya se habían ido a sus casas con sus zapatones, sus pieles, sus alhajas y sus acongojadas caras, y los demás se habían ido a dormir; después de todo,

el funeral estaba previsto para el otro día por la mañana. Stanley se apretaba el bajo vientre. Dos diminutos agujones le apuñalaban allí abajo, a ambos lados, justo encima de las ingles. Contuvo la respiración un momento, alerta, y luego se dirigió apresuradamente al cuarto de baño, cerrando la puerta tras de sí. Estaba orinando — más bien aliviándose, pues aquél era el único alivio que había experimentado en todo el día— cuando a través del espejo vio que a sus espaldas alguien abría lentamente la puerta.

—Estoy aquí —gorjeó, ocultando la cara instintivamente en actitud vergonzante. No hubo respuesta, pero el casi imperceptible rechinar metálico de las bisagras, la puerta abriéndose inexorablemente, el ruido de su orina en la taza de porcelana, le provocaron una súbita turbación y una especie de hervor en la corriente reprimida que ya no podía contener. Echó un nervioso vistazo por encima del hombro, pensando que sería Harold.

—¡Sólo un minuto! —gritó, pero era demasiado tarde.

No era Harold quien estaba allí de pie, en el pasillo, sino Mary Virginia, descalza y con su camisón. Miraba asombrada, como si nunca antes hubiera visto un cuarto de baño, ni a Stanley. En cuanto a Stanley, trató de meterse a la fuerza el pene en la bragueta antes de terminar y se chorreó con la orina caliente meándose encima. Sucio, sucio, sucio, ya podía oír los regaños de su madre. Sonrojado, con la sangre zumbando en sus oídos, se apartó del inodoro.

Mary Virginia se quedó allí un rato largo, meciéndose en sus pies, hacia delante y hacia atrás, con unos pies tan blancos que parecían fulgurar contra las baldosas del suelo ajedrezado.

—Stanley el duende —dijo por fin, y había algo raro en su voz. Pronunciaba mal y lentamente, como si tuviera algo en la boca—. El pequeño trago —dijo—. El niño que puede chasquear los dedos y desaparecer.

Stanley miraba los pies de su hermana balanceándose en el suelo, fascinado por el modo en que sus prensiles dedos se adherían y se despegaban de las baldosas.

—No tengas miedo —dijo ella, y con una mano se alborotó el pelo—, me han dado sedantes, eso es todo. Para preservar mi paz de espíritu. Y para que así yo pueda descansar.

Stanley trató de sonreír. Se sentía incómodo con el pantalón y los calzoncillos mojados, que ya se estaban endureciendo en la bragadura, y además estaba hambriento y cansado, exhausto después de la tensión y el terror que le habían invadido mientras estuvo escondido en aquel armario tantas horas.

Mary Virginia —la Gran Hermana—<sup>[3]</sup> le devolvió una pálida sonrisa, y luego, sin más ni más, como si él no estuviera allí, se levantó el camisón y se sentó en la taza del retrete. Ella miró al vacío y él oyó el intenso siseo de su orina mientras apartaba la vista para lavarse las manos. «Siempre lávate las manos», le decía su madre, «siempre». Stanley estaba perplejo. Le ardía la cara de vergüenza. Necesitaba a su madre.

Pero entonces Mary Virginia empezó a reírse, una risita ronca que lo asustó haciendo que se diera la vuelta a pesar de sí mismo.

—Stanley el depresivo —dijo ella—. Tú siempre tan deprimido, Stanley... ¿Cuál es el problema? ¿Es Mamá? —Y luego—: Apuesto a que nunca antes habías visto a una mujer haciendo pis, ¿verdad?

Stanley negó con la cabeza. Las piernas de su hermana eran blancas, más blancas que sus pies, y tenía recogido el camisón hacia el regazo, por encima de las rodillas.

—Las mujeres nos sentamos cuando hacemos pipí, ¿no lo sabías? Porque nosotras no tenemos ese pito como los niños, somos diferentes.

Ella se levantó torpemente, como si no pudiera conservar el equilibrio, y murmuró algo que él no captó. Entonces dijo:

—¿Quieres verlo?

Él no sabía qué hacer. Él sólo estaba allí en el lavabo, petrificado, mirando cómo su hermana mayor se sacaba el negro camisón por la cabeza hasta quedar toda blanca por doquier. Intensamente blanca. Blanca como una estatua. Y vio sus pechos, duros y blancos bajo el fulgor de la lámpara de gas, y su ombligo, y el lugar donde ella hubiera debido tener un pene, pero donde sólo había pelo, rubio vello.

—¿Lo ves? —dijo su hermana con lengua estropajosa, y por un minuto él creyó que ella tenía un caramelo en la boca, y que le daría uno; solamente estaba tomándole el pelo, eso lo explicaba todo.

Pero él sabía que no había ningún caramelo, y lo único que quería era echar a correr, huir al ropero donde lo había pasado tan mal que ya nunca volvería a darle un minuto de alivio, correr a los brazos de su madre, correr a donde Harold, a donde Missy, a donde Anita, arrojarse en los brazos de cualquiera, pero no lo hizo. Siguió allí, en el cuarto de baño, mirando fijamente la incandescente blancura del cuerpo desnudo de su hermana mayor, que era muy bella y estaba muy enferma, hasta que se puso el camisón cubriéndose de nuevo con la negra monotonía de su luto.

Después de eso, a raíz del funeral, de las cartas de condolencia y del negro crespón, Mary Virginia se fue. Stanley no recordaba cuándo exactamente —podía haber sido una semana después del funeral, dos semanas o un mes—, pero Mamá se encargó de hacer los preparativos, y la Gran Hermana se fue. Él nunca le contó a nadie lo de aquella noche en el cuarto de baño, ni siquiera a Harold, pero ese recuerdo le acompañó mucho después del funeral, como un profundo y enconado foco de vergüenza. Las niñas eran diferentes de los niños y las mujeres de los hombres, todos sabían eso, pero ahora Stanley era el único entre sus amigos y compañeros de escuela que sabía cómo y por qué eran diferentes, y era un conocimiento que no había pedido, un conocimiento que complicaba sus sueños haciendo que se alejara asustado de su madre, de Anita, de Missy y de las demás mujeres que desfilaron por su vida. Miraba sus caras, sus cabellos, sus pies, y sabía cuán blancas eran debajo de las faldas, una

blancura más pálida y descolorida que el vientre de los batracios, con unos pechos colgando allí como muñones de algo desaparecido, y aquella cicatriz entre las piernas, allí donde debería haber carne. Era una visión lacerante, como tener una pesadilla estando despierto, más de lo que cualquier niño de nueve años hubiera podido soportar durante un período de tiempo tan largo que se prolongó esa primavera y un verano en las Adirondacks antes de empezar por fin a desvanecerse.

A partir de entonces Mary Virginia visitaba Rush Street sólo una vez al año, siempre en compañía de su doctora, una mujercita de labios delgados y aspecto varonil cuyos grandes ojos saltones fascinaban tanto a los niños que no podía verla sin reírse. Eran visitas breves: dos o tres días seguidos que mantenían a Mamá y a Anita tan agitadas, nerviosas y temerosas que cualquiera hubiera pensado que Mary Virginia era una anarquista con una bomba de relojería escondida haciendo tictac, pero de hecho era más dócil que una vaca y casi tan gorda. Su última visita a Chicago tuvo lugar en 1892, por Navidades, e invadió la casa con un huracán de sirvientas, enfermeras vestidas de blanco y equipajes. Stanley ya no era un niño. Ese otoño había empezado el primer año en Princeton, estaba enfrascado en mil cosas, había crecido penosamente hasta llegar al metro noventa y dos, sobrepasando en estatura a sus discípulos, y hacía meses que no le dedicaba ni un solo pensamiento a su hermana loca; ella se había ido, perdiéndose de vista, pues era un estorbo para él y la familia. Pero cuando él la vio aquella Navidad, bajando las escaleras igual que una sonámbula o sentándose a la mesa para cenar al lado de su hombruna loquera, le impresionó el cambio que se había operado en ella. Su hermana mayor, la bella, se había transformado en una solterona pegajosa como una lapa y demasiado gorda que rompía a llorar si uno dejaba de hablar con ella tan siquiera un minuto.

Mary Virginia permanecía casi todo el tiempo encerrada en su habitación, y con la vorágine de las fiestas, los regalos, las canciones y los brindis, Stanley la vio muy pocas veces. De hecho, durante los tres días que estuvo en la casa, él estuvo con ella sólo una vez: después de la comida del último día, cuando ella de pronto lo rodeó con el brazo y le pidió que la sacara a dar una vuelta por el jardín. Soplaban un viento muy fuerte y lloviznaba y su falda se iba a chafar, pero ambas, Mamá y la doctora de ojos saltones, le lanzaron una mirada, y él salió con ella.

Stanley no era muy bueno charlando, pero parlotó con la abotargada luna que era su cara, pues temía que si dejaba de hablarle, ella se dispararía a hablar, y así dieron dos vueltas al jardín sin que ella dijera ni pío. Estaban pasando por segunda vez por debajo de la glorieta deshojada cuando de golpe y porrazo ella tiró de su brazo y lo estrechó contra sí, cara a cara, como si estuvieran bailando un minué. Ella trató de decirle algo, pero tartamudeaba y pronunciaba las palabras tan lenta y pesadamente que eran sinfonías de indescifrable significado, completamente ininteligibles, incluso para su doctora. La llovizna le perlaba las pestañas y las cejas brillando en su sombrero. Hacía frío. Él la miró a los ojos y vio que estaban inundados de locura.

—St... Stanley —dijo ella, haciendo un esfuerzo—. Hermanito...

Estaba hinchada y blanca, fofa y pastosa, y él sabía cuán blanca era debajo de su ropa —lo vio en un relámpago, toda aquella escena repitiéndose en aquel instante—, y mientras su hermana loca de remate con su grasienta cara se agarraba a sus brazos, echándole el aliento en la cara, sintió que empezaba a ponerse dura en una súbita conmoción de vergüenza y deseo. Y también de odio. ¿Qué estaba haciéndole ella? ¿Qué coño quería de él? ¿No podía irse y dejarlo en paz? Trató de rechazarla, empujándola, pero ella se aferró a él, atrayéndolo hasta que sus caras estuvieron a unas pulgadas, y él vio sus labios agrietados impregnados de sangre, su lengua moviéndose contra su paladar como una criatura anfibia saliendo a gatas del lodo.

—St... Stanley —tartamudeó, luchando para expresarse a pesar de la pronunciación estropajosa debida a su enfermedad—. Tú eres mi favorito, de veras lo eres, ¿y sabes por qué?

Él no sabía por qué. Sentía palpitations entre las piernas. Él era miembro del Club de Guitarra y Mandolina y del equipo de tenis y tenía que terminar una tesina para el semestre sobre la poesía de Robert Herrick y dentro de dos días regresaría en tren a Nueva Jersey. Había un perro ladrando en algún lugar. Ahora podía oler el aliento de su hermana, olía a carne de ternera y a salsa.

—Porque tú... porque tú y yo somos exactamente iguales.

---

## «PSYCHOPATHIA SEXUALIS»

Era su segundo día fuera de Boston, en la Línea Central de Nueva York, y ya habían dejado atrás Massachusetts, y también la mitad de Nueva York. O’Kane estudiaba el itinerario y disfrutaba cuchicheando los nombres de las paradas para sus adentros: Albany, Schenectady, Herkimer, Utica, Syracuse. Para él eran exóticos puertos de escala, lugares que él había oído mencionar durante años pero que nunca había pensado ver; ciudades cuyos nombres sentaban tan bien en la lengua de los bateristas y otros trotamundos que él se encontraba cuando se zampaba unos frijoles con huevos fritos en la fonda o se bebía un whisky en el bar, todo el tiempo haciendo el mayor esfuerzo para no parecer un ignorante, el cateto y provinciano que era. Se bajó en Albany y caminó hasta el final del andén y regresó, sólo así podría decir que había estado allí; pero, fuera de eso, realmente no encontraba mucha emoción: le atemorizaba sin cesar que de pronto el tren echara a andar alejándose de la estación y dejándolo allí, palpitante, en medio de la polvareda. Y de todas maneras, ¿qué había allí que valiera la pena ver? Vías ferroviarias. Basura. Una paloma muerta con las patas rígidas como fallebas y media docena de petrificados desechos humanos.

Schenectady, Utica y el resto las vería por la ventanilla, pero él quería estar despierto, alerta y preparado para bajar cuando pararan en Buffalo, donde McKinley había exhalado el último suspiro, y quería ver la frontera canadiense cuando pasaran por Ontario en su trayecto hasta Detroit. Su madre le había regalado una nueva cámara Kodak para que dejara constancia del viaje y luego le enviara las fotos a ella y obedientemente fotografiaba tanto lo pintoresco como lo cotidiano —el serpenteante río, un caballo solitario en el campo, la parte trasera de un granero pidiendo a gritos una mano de pintura—, pero era Buffalo lo que él quería capturar y conservar. Eso y Canadá. Y el oeste, por supuesto.

Nick y Pat estaban al final del vagón en un asiento de tapicería roja acolchada, jugando a las cartas y fumando puros de cinco centavos, como si fueran nababs en un viaje de inspección a sus plantaciones de té. El doctor Hamilton estaba en su compartimiento, frunciendo el ceño sobre un libro encuadernado en cuero e ilustrado con dibujos de monos en su medio ambiente, y Mart estaba en el compartimiento delantero, sentado frente al señor McCormick. Y ya que el señor McCormick estaba tranquilo —en realidad catatónico, con las piernas dobladas, la mirada clavada en el techo y su cabeza rígida, petrificada en el aire, a quince centímetros de la almohada—, O’Kane no tenía nada que hacer como no fuera asomarse a la ventanilla para ver pasar el paisaje y esperar a que llegara la hora de relevar a Mart en el compartimiento del señor McCormick. Contemplaba el paisaje más allá del intermitente fantasma de

sus propias reflexiones, en la neutra humedad de la tarde deslavazada, y veía el mismo telón de fondo de árboles, el mismo desfile de colinas y barrancos que venía viendo desde hacía día y medio, siempre la misma escenografía servida como en bandeja de plata, demasiado decorado, un prolongado y continuado hartazgo visual. Una ciudad pasaba como un rayo, igual que una alucinación: un par de calles, ropa colgando de una cuerda, un perro husmeando algo en un patio lleno de lodo. Y luego árboles. El bostezo de un agricultor. Más árboles.

O’Kane se levantó y estiró los brazos. En el fondo, tenía un vago deseo de salir del compartimiento y recorrer el tren hasta el coche-comedor, donde imaginaba al negro camarero sirviéndole una taza de café negro quizá acompañada de algún dulce, tal vez un helado de vainilla con un poco de jengibre de Cantón espolvoreado por encima, o unas galletas Bent’s, o incluso una porción de tarta. El *Mayflower* era el último vagón en un tren de catorce vagones, más locomotora y ténder, y puesto que el doctor Hamilton decidió que era demasiado peligroso arriesgarse a llevar un cocinero con ellos, siempre comían en el vagón restaurante —como si en su estado actual el señor McCormick pudiera hacerle daño a alguien. Hamilton ni siquiera autorizó al mozo de los coches-cama a entrar en los compartimientos para ponerlos en orden, de modo que era una cosa más que los enfermeros tenían que hacer, aunque O’Kane no podía quejarse, ya que él era el principal culpable de que aquello empezara a convertirse en un muladar, acumulando periódicos, platos, vasos sucios y otras cosas por el estilo, y olvidando dónde dejaba caer los calcetines y los pantalones en el estrecho compartimiento que compartía con Mart. Pero la comida era excelente, la mejor que había probado jamás, una cena de seis platos, empezando con un consomé y antes del postre y el café un surtido de quesos, realmente de primera, un lujo asiático. Por supuesto, todo eso era posible porque lo pagaban los McCormick. Nick le había dicho que ellos habían comprado veinte pasajes de primera clase para todo el trayecto desde Boston hasta Santa Bárbara sólo para tener el privilegio de enganchar un vagón privado.

Pero estaba cansado. Y pensó que si nadie le necesitaba, podría ir paseando despacio hasta el vagón restaurante y estirar un poco las piernas, y quizá conseguiría algo más que una taza de café; estaba decidido a estar despierto cuando llegaran a Buffalo. Cruzó las manos en la nuca, arqueó la espalda y se estiró de nuevo. Hacía dos noches que no dormía bien. La noche anterior, a causa de la excitación de ponerse finalmente en camino, estremecido por el incesante traqueteo del tren que aceleraba los latidos de su corazón hasta hacerle creer que formaba parte de un cuerpo de tamboreros, *rat-tat-tat*, marchando alegremente hacia ¡Califor-nia-guay! Y la anterior a ésta, porque había estado retozando con Rosaleen, pues era su última noche juntos bajo el techo del lindo pisito de Chestnut Street que, de alguna manera, había devenido una piedra atada a su cuello, una piedra grande y ahuecada llena de muebles, cachivaches, cacharros, cacerolas y fruteros, amén del bebé, como un dogal apretándole la garganta mientras él se hundía rápidamente en el agua. Pero era la

última noche, y ella estaba encantadora y húmeda, y lo abrazó tan ardientemente que él sintió hervir su sangre y se pasaron toda la noche haciéndolo. Previamente se habían reconciliado, olvidando sus discrepancias, y ella le preparó una deliciosa chuleta de cordero y patatas parisinas con jalea de menta, como a él le gustaba, y luego el bebé tibio y blando se quedó dormido en sus rodillas como un angelito. ¿A quién vas a escoger, le preguntó él a quemarropa, a tu marido o a tu padre? Y ella se derriñó dedicándole una mirada llena de coquetería y complicidad: A ti, Eddie, a ti, y así fue. Ella se reuniría con él dentro de un mes o cosa así, al igual que las esposas de Nick y de Pat y los niños, por cortesía de los McCormick, una vez que todo estuviera arreglado en California. Lo cual era perfecto. Eso opinaba él.

El tren se encabritó bajo sus pies y él volvió a ser un chiquillo esquiando, lanzándose por la colina que estaba detrás de la fábrica de pegamento, pero enseguida recuperó el equilibrio y se dirigió a Nick:

—Voy a estirar un poco las piernas y quizá me tome una taza de café..., ¿alguien quiere que le traiga algo?

Nick estaba de mal humor. No le gustaba viajar. En una ocasión había hecho todo el trayecto desde Washington, D. C. hasta Boston para asistir al entierro de su padre, y no fue en ningún vagón privado, como ya les había recordado cien veces, y cuando finalmente llegó su padre ya estaba dos metros bajo tierra y el corazón de su madre destrozado para siempre, así que ella cogió y se murió tres meses después. Y de no haber sido por Pat y por Mart, y por su preocupación para que ellos se abrieran camino en la vida, él no estaría viajando ahora. Ni siquiera se molestó en levantar la cabeza, y O’Kane tuvo que repetir la pregunta para que finalmente Pat desviara la vista de sus cartas y le dijera:

—No, gracias, Eddi..., no quiero nada.

O’Kane se quedó allí de pie un momento mientras el vehículo rodaba y corcoveaba bajo sus pies, con las lámparas oscilando como sopladadas por una brisa fantasmal y la misma escenografía resbalando velozmente a ambos lados, como si nunca fueran a darle alcance —lo cual no era cierto, por supuesto, porque ellos estaban dejando todo eso atrás, eso y todo un montón de cosas más que estaban por venir— y entonces decidió que sería mejor visitar a Mart y al doctor para ver si querían algo. Había aprendido a caminar por el tren dando pasos más cortos que de costumbre, ajustándose al movimiento del vagón, pero se le enredaron los pies y acabó arrastrándolos por la larga lengua roja de la alfombra, igual que un borracho cuando se va a la cama. Sorprendido por un bandazo, chocó con la pared del compartimiento del doctor, pero la puerta estaba cerrada y de dentro no salía ningún sonido, así que pasó de largo hasta llegar al último compartimiento a mano izquierda, el del señor McCormick, y asomó la cabeza por la puerta.

Mart estaba allí, sentado al lado de la cama, a la luz de una lámpara de gas, con un libro abierto. Era uno de los libros del señor McCormick: un grueso y primoroso volumen titulado *El lobo de mar*, uno de los doce o cosa así que la señora



McCormick insistió en entregarles poco antes de que salieran de Boston. Ella apareció en el andén quince minutos después de que subieran a su esposo al tren para instalarlo en su compartimiento, y O’Kane fue el único a quien ella abordó, aunque Pat y Mart estaban allí con él, en medio de un torbellino de maleteros trajinando, rodeados de equipajes, y echando los bofes mientras trataban de subir al tren dos baúles del tamaño de ataúdes donde se leía: HAMILTON.

—Señor O’Kane —gritó ella acercándose deprisa por el andén con un vestido color uva Catawba, y acompañada por el enano de su chófer con cara de comadreja.

O’Kane se quedó boquiabierto. No la había vuelto a ver desde aquella mañana en el McLean, y ahora estaba allí, gritando su nombre en un lugar público, como si fuera la cosa más natural del mundo, vivaracha y efusiva, con sus enérgicos tobillos acuchillando la falda y exhibiendo unas oscuras medias estriadas y unos zapatos abrochados con hebillas. Ella se abrió paso sin ningún esfuerzo a través del gentío, y a él le sorprendió constatar cuán alta era, más alta de lo que recordaba —un metro setenta o setenta y cinco, y eso sin contar sus tacones. O’Kane ensanchó su sonrisa lentamente, casi cautelosamente, y antes de que pudiera ponerse presentable, ella estaba delante de él, con el sombrero de ala ancha y el velo adornado y sus guantes rojos como uvas Catawba. Era un imbécil. Un mentecato. En vez de decirle «hola», le dijo «¿qué desea?», como si fuera un vendedor en una tienda de zapatos.

El chófer le echó un vistazo. O’Kane le tenía antipatía desde la primera vez que se vieron —o fueron obligados a verse—. Era un pequeñajo, era aún más pigmeo de lo que al principio parecía, especialmente en contraste con la señora McCormick, o sea, Katherine. El tipo llevaba una de esas gorras que tanto se parecen a las que gastan los monos de los organilleros, y venía cargado de paquetes envueltos en papel de embalar.

—Temíamos que ya se hubieran ido. —Ella jadeó, aspirando cada sílaba para demostrar que realmente venía casi corriendo. Estaba sonrojada, ¿o eran imaginaciones suyas? Y si así fuera, ¿qué interés tenía él en que estuviera ruborizada? Eso no era asunto suyo. Ella le sostuvo la mirada y él trató de no acobardarse—. Yo estaba con mi madre muy lejos, en Brookline, y he llegado hasta aquí a toda carrera embistiendo..., pero dígame: ¿mi esposo se encuentra bien? ¿Está cómodamente instalado?

—¡Oh, sí! —le aseguró O’Kane—, no hace ni quince minutos lo subimos al tren y hemos dejado a Nick en el compartimiento con él, pero desde luego aún sigue con el bloqueo mental y realmente no parece estar muy consciente de lo que le rodea...

Ella no dijo nada. Aunque no estaba autorizada a verlo, debía conocer perfectamente bien el estado en que se encontraba su esposo. O’Kane ya había vivido esas experiencias, demasiadas veces para llevar la cuenta. Los pacientes con catatonía se agarrotaban a tal punto que no caminaban, ni comían, y se volvían totalmente mudos, como si nunca hubieran tenido la capacidad de hablar. Así ocurría con el señor McCormick, quien solía quedarse rígido como una estatua viviente para de

pronto, sin previo aviso, desencadenarse toda una serie de violentas contorsiones, como si toda esa energía reprimida, esos miedos y esa furia estallaran súbitamente dentro de él como una ampolla. Hacía un mes que ellos estaban alimentándolo a la fuerza, metiéndole un tubo en la boca, dándole gachas por un tubo, y ni él, ni Nick, ni ninguno de los demás enfermeros, exploraban la garganta del paciente para cerciorarse de que estaba tragando y no asfixiándose con la comida. Así había muerto, en el manicomio de Boston, una muchacha de dieciocho años, pues toda la comida se atascó en el paso a sus pulmones, y O’Kane también recordaba el caso de un viejo que murió quemado cuando metieron su rígida apariencia en una bañera sin que nadie se molestara en comprobar la temperatura del agua, y el viejo estaba tan catatónico que no hizo ningún gesto de dolor, ni gritó, ni nada.

Ella miró al suelo y luego levantó la vista y miró por encima del hombro de O’Kane, hacia donde Pat y Mart sudaban tinta tratando de levantar uno de los baúles del doctor para meterlo en el vagón.

—He traído algunas cosas para él —dijo, y ésa fue la señal para que el chófer, sin ceremonia, se deshiciera de los paquetes, descargándolos en brazos de O’Kane. Había seis paquetes, y pesaban como si estuvieran llenos de lingotes de oro.

—Sobre todo son libros —aclaró ella—, pero he incluido dos cajas de sus chokolatinas favoritas, de esas envueltas en papel de aluminio que venden en la tienda Schrafft, y algunos artículos de escritorio por si acaso..., bueno, por si estuviera en condiciones de escribir. Y si mi marido no mejora lo bastante para leer, confío en que tanto usted como los demás enfermeros se sienten a su lado y le lean en voz alta. Usted no puede imaginar lo importante que es eso.

No se podía decir que O’Kane fuera un gran lector, pero dudaba que eso pudiera sacar al señor McCormick de su estado actual, pues no creía que ni siquiera la segunda venida de Cristo, acompañado del trompeteo de todos los ángeles, hubiera tenido algún efecto en él. Pero ella pagaba las facturas, y O’Kane ya estaba camino de California.

—Por supuesto, para nosotros será un placer leerle —dijo, tratando de esbozar una sonrisa de insondable sinceridad, la misma que solía usar con todas las mujeres y las chicas que se cruzaban en su camino hasta que Rosaleen lo pescó—. De eso puede estar segura.

Pero ahora, balanceándose suavemente en el oscilante pasillo y mirando fijamente la descabellada silueta de su patrón y el ancho y erizado cogote achatado de Mart dando cabezadas sobre el libro abierto, confirmó que, en cualquier caso, el señor McCormick iba a tener que soñar sus propias novelas en su pobre imaginación preñada de alucinaciones.

—Oye, Mart —dijo—, voy a por una taza de café y quizá algo para picar..., ¿quieres que te traiga algo?

Mart se volvió en su asiento y le dirigió una mirada ausente, las desplegadas alas del libro que tenía sobre las rodillas alzaron el vuelo por encima de su regazo. Los

tres hermanos Thompson habían nacido con enormes cabezas, como de perros bulldogs —y era un prodigio que su madre sobreviviera a sus partos—, y, sin embargo, eso no parecía afectarles tanto como a los hidrocefálicos que podían verse en la sala del hospital. A nadie se le hubiera ocurrido confundir a ninguno de los tres hermanos con un genio, pero se desenvolvían bastante bien —especialmente Nick—, y Pat y Mart eran capaces de dar la vida por uno. A Mart no se le daban muy bien los números, y una simple operación de división estaba más allá de sus posibilidades, pero le gustaba leer y, aparte de tener muy separadas las cejas y una frente enorme, si se pasaba por alto que tenía que mandar a hacerse los sombreros especialmente a medida, nadie hubiera advertido nada raro en él. Además, hablando en plata, para inmovilizar en el suelo a un paranoico delirante, no hacía falta ser un Thomas Alva Edison, ni tampoco para sacar a un hatajo de bobos al patio a la hora de la calistenia.

—¿Es un buen libro? —preguntó O’Kane.

—¿Eh? —Mart se rascó el cogote, con sus dedos romos muy abiertos—. Oh, sí, claro que sí. Es un cuento de marineros.

O’Kane lo intentó de nuevo.

—¿Quieres que te traiga una taza de café del coche-comedor?

Mart tenía que pensarlo. Se quedó mirando a O’Kane mientras el tren se estremecía violentamente a lo largo de sus enganches, tronando sobre un terreno accidentado, recordándoles que, a pesar de las apariencias, no estaban en ninguna casa, ni en un hotel, ni en un bar, sino deslizándose rápidos como una centella, rasgando la noche a velocidades superiores a las que ningún ser humano había soñado viajar.

Súbitamente el libro se cerró de golpe, igual que un par de quijadas, y salió volando hasta caer en una esquina del compartimiento; O’Kane se aferró al marco de la puerta para no irse de cabeza contra el pecho de Mart. Sin dejar de agarrarse, miró instintivamente al señor McCormick, pero su patrón seguía allí, imperturbable, igual que antes, aguantando la sacudida del tren igual que una hilacha en una manta. Tenía los ojos húmedos y la mirada impertérrita, y un hilo de baba se escapaba por la comisura de su boca resbalando a través de la mejilla. Tenía una expresión de lo más extraña, a mitad de camino entre la apacible sorpresa y un terror atroz, como si se le hubiera perdido algo trivial —un paraguas, el talonario—, para de pronto encontrarlo sepultado debajo de un montón de cadáveres podridos. Peinado con una escrupulosa raya, iba vestido de cuello y corbata, con el traje que los McCormick insistían en ponerle a guisa de atavío de diario, como si esperasen que de un momento a otro fuera a levantarse de la cama, sacudiéndose y regresando a la oficina.

—Café negro —dijo finalmente Mart—. Dos terrones de azúcar. Dentro de poco me relevas, ¿no?

Sin soltarse del marco de la puerta mientras el tren aceleraba entrando en una recta y las ruedas se estabilizaban en un suave y apaciguador zumbido, O’Kane sacó su reloj.

—Aún falta una hora o así —dijo—. Lo que voy a hacer es sentarme un rato en el vagón restaurante o quizá en el coche-club, sólo para cambiar de paisaje...

No hubo respuesta. Mart se quedó mirándole.

—Mart, es una broma, lo del cambio de paisaje, ¿entiendes? —O’Kane señaló la ventanilla y la oscuridad que empañaba el cristal. El otro seguía sin caer en lo que le quería decir. Se encogió de hombros y se dio por vencido—. De cualquier manera, dame veinte o treinta minutos y estaré de regreso con tu café, ¿vale?

El tren se estremeció otra vez. Una súbita y violenta sacudida balanceó el vagón cual lancha de remos, y el libro resbaló por el suelo, regresando a Mart, como si lo hubieran arrastrado con un cordel. Distraído —él nunca decía malo ni bueno—, Mart simplemente se agachó para recoger el libro y lo hojeó hasta encontrar la página donde se había quedado. Entonces se reacomodó en el asiento y se aclaró la garganta.

—Ahora, recuerde esta parte de la historia, señor McCormick —dijo dirigiéndose a un punto de la pared situado exactamente encima de la almohada y de la petrificada máscara que era la cara de su patrón—. El tiburón le arrancó de una dentellada el pie a Mugridge y Humphrey se dio cuenta de que él sabía quién era la dama.

No hubo ninguna reacción en el señor McCormick, y mientras O’Kane se volvía para irse, pudo oír a Mart empezando a leer con voz suave, vacilante: «Entre los más vívidos recuerdos de mi vida se encuentran los de los acontecimientos que tuvieron lugar a bordo del *Ghost* durante las cuarenta horas que siguieron al descubrimiento de mi amor por Maud Brewster...».

O’Kane volvió sobre sus pasos dirigiéndose a la parte delantera del vagón, ajustando su giroscopio interno a los tumbos y amagos del tren, deleitándose con la idea de pasar por el coche-salón para tomarse un par de estimulantes whiskies antes del café. La bebida no le hacía nada, aunque había sido la pérdida de su padre —y antes la de su abuelo paterno—, y lo mismo podía beber que dejar de hacerlo. Sin embargo, esta noche necesitaba beber, y mientras más lo pensaba, más se le hacía la boca agua, experimentando por anticipado el mordisco del alcohol en su garganta, incluso sintiendo la marejada de la sangre transportando pequeñas señales de whisky al cerebro. Llevaba el nuevo traje que había encargado en Sears Roebuck, incluso antes de que se estropeará el de *tweed* de Donegal —las dos señoras McCormick habían insistido en que todos los que atendían al señor McCormick siempre fueran correctamente trajeados, como caballeros, porque el señor McCormick era un caballero y estaba acostumbrado a la compañía de caballeros— y se detuvo un momento para admirar su reflejo en la puerta acristalada y enrejada con barras que comunicaba con el siguiente vagón. Esta noche estaba de lo más elegante, pensó, con su lujoso Hecht & Co., a cuadros negros y azules, con el lustroso nudo de la corbata negra y la flamante camisa de cuello duro: parecía un pez gordo, alguien que hubiera invertido su dinero en cítricos o en petróleo en Goleta. Y, por más señas, el traje solamente le había costado trece dólares con cincuenta centavos, sin embargo, ese desembolso había agotado sus ahorros haciendo que Rosaleen chillara y revoloteara

por la casa igual que una bruja en su escoba.

Así las cosas, acababa de introducir su llave en la cerradura de la puerta del vagón cuando cobró conciencia de un agudo siseo a sus espaldas, como si alguien estuviera desinflando un balón, y ni siquiera cuando miró hacia atrás para ver a Mart volando por los aires en un desafío de la gravedad, ni siquiera entonces comprendió lo que estaba sucediendo. Sólo lo comprendió medio segundo después, cuando vio salir del compartimiento al señor McCormick, y entonces O’Kane hizo la asociación de ideas en menos de lo que dura una diástole: el señor McCormick se había escapado. Había salido de su catatonía, de su enredo, de su petrificación. Y ahora andaba suelto. O’Kane hizo la conexión, pero también cometió un grave error. Atrapado en la dinámica de los acontecimientos —Mart yacía arrumbado en la alfombra igual que una vieja manta, mientras Nick y Pat ya se levantaban dejando sus cartas para interceptar a su patrón y benefactor quien arremetía encolerizado por el pasillo en un arremolinado frenesí de brazos, piernas y puños—, rápidamente O’Kane se dispuso a acometerle y olvidó quitar la llave de la cerradura.

El señor McCormick era grande, de eso no había duda, tenía treinta y tres años y estaba en la flor de la vida. Sus brazos eran musculosos y de gran envergadura, y cuando le daba un ataque era tan fuerte que quizá incluso hubiera podido enfrentarse al mismísimo Gran John L.<sup>[4]</sup> Nunca vacilaba. Apretando las mandíbulas, con los ojos tan hundidos en sus cuencas que ya no eran ojos humanos, se abalanzó sin decir palabra, y Nick le gritaba: «¡No, no, señor McCormick, no, no!», tratando de atajarlo por la derecha mientras Pat lo intentaba por la izquierda.

Sus esfuerzos fueron en vano. A Nick se le escapó su presa y cayó de bruces sobre una mesita de caoba en medio de una explosión de cristal, y Pat, que se las había arreglado para coger por el cuello al señor McCormick, recibió media docena de violentos codazos en el abdomen y cayó al suelo como una gabardina mojada. El señor McCormick no entraba en razón. El señor McCormick era presa de sus demonios, y sus demonios aullaban pidiendo un cruento sacrificio. Amonestarlo era perder el tiempo, no tenía sentido gastar saliva inútilmente tratando de persuadirlo con simples palabras, así que O’Kane inclinó su hombro y lo embistió impetuosamente a lo largo del pasillo tratando de interceptarlo como un jugador de fútbol jugando a la defensiva. Desgraciadamente, el señor McCormick, tras liberarse de Pat con una patada, también venía corriendo a toda leche y los dos chocaron de cabeza en el centro del vagón.

Chocaron, de eso O’Kane estaba seguro, pero a partir de ahí las cosas eran un poco borrosas. Algo afilado y óseo, acaso un miembro que daba vueltas, tal vez un codo, calcáreo y duro, entró en contacto con su arco superciliar izquierdo y por un momento no estuvo seguro de dónde estaba, y ni siquiera sabía quién era. En cambio, el señor McCormick ni siquiera resollaba y de alguna manera consiguió mantenerse de pie, moviendo codos y rodillas como cuchillos, mientras soltaba una especie de prolongado gemido, cabruno y estúpido. «¡Ooooouuuuut!», parecía estar diciendo.

«¡Ooooouuuut!». Y entonces O’Kane se puso de rodillas, Pat y Nick afanándose desesperadamente a sus espaldas, el doctor, sacado de la cama y lívido, gritando ininteligibles órdenes, y el señor McCormick ya estaba en la puerta en cuya cerradura había una llave, y la llave giró bajo la presión de los largos, diestros y muy cuidados dedos del señor McCormick.

O’Kane vio la llave y pensó que el corazón le iba a estallar. ¿Qué coño estaba haciendo? ¿Qué se proponía? Aquélla era su llave en la cerradura y el doctor Hamilton llegaría a tiempo para verlo y lo pondría como un trapo, quizá hasta le despidiera por negligencia, por violación de las tres P («No permitir jamás que un paciente tenga acceso a las llaves, ¡jamás!»). Incluso ahora, mientras se abalanzaba desesperadamente, O’Kane pudo ver las arboledas preñadas de naranjas y los patios llenos de jazmines y las melancólicas *señoritas*<sup>[5]</sup> disolviéndose cual un espejismo. Precipitándose a través del vagón con todas sus fuerzas, con Nick y Pat pisándole los talones, sólo alcanzó a ver horrorizado cómo el señor McCormick abría violentamente la puerta enrejada, ya a punto de precipitarse en el siguiente vagón... ¿Y qué clase de vagón era aquél? Un coche-cama. Un Pullman con pinturas murales, con candelabros, con asientos de tapicería verde acolchada convertibles en literas, y con... *mujeres*. Había mujeres en aquel vagón.

—¡Detenedlo! —rugió Nick—. ¡Tiene una llave!

Pero era demasiado tarde para detenerlo. Ya había entrado en el otro vagón, zarandeado por el tren, convertido en un par de hombros vapuleados que se hacían más pequeños a medida que se adentraban en el túnel del pasillo. Cuando O’Kane llegó a la puerta del coche-cama, el señor McCormick estaba al final de ese vagón, asustando a los pálidos pasajeros que despertaban para verle, entre bostezantes y boquiabiertos, y ya había un señor de edad tumbado en la alfombra, igual que una mosca aplastada, y el tren seguía a toda mecha, trepidante y ruidoso, dejando el mundo a oscuras con el violento ímpetu del movimiento. O’Kane era el que más corría cuando estudiaba en la secundaria, era un atleta innato, así que echó el resto, saltando por encima del viejo, apartando a codazos a pasajeros, maleteros y revisores, pero el señor McCormick seguía aventajándole, resollando y corcoveando y alargando las piernas al máximo como si fueran zancos. Cuando llegó a la parte delantera del vagón, abrió de un tirón la puerta y desapareció en el siguiente coche.

Probablemente lo que pasaba por la cabeza de O’Kane en aquel frenético momento no era muy distinto de lo que bullía en el enrevesado cerebro de su patrón, un arremolinado proceso instintivo que suplanta los pensamientos dejando que el sistema límbico se haga cargo de ello: era algo tan sencillo como perseguir y huir. O’Kane era belicoso, rápido, un hombre duro que podía sobrevivir a cualquier cosa, en cualquier lugar, en todo momento, y estaba decidido a salirse con la suya. ¿Y Stanley? Stanley era como un muelle comprimido al máximo y luego de pronto liberado, un corcho saliendo disparado de la botella, una bala perdida buscando la pared donde incrustarse.

Finalmente O’Kane lo alcanzó en el coche-comedor, pero sólo porque el señor McCormick se había entretenido con alguien sentado a una de las mesas, alguien que tuvo la desgracia de pertenecer a un sexo que despertaba tanto su Némesis como su obsesión: una mujer. Había corrido a lo largo de tres vagones, bamboleándose y zigzagueando en su maníaco modo de andar, encorvando la espalda, aparentemente afanoso de recorrer todo el tren, pasando por el tónder y por la trepidante locomotora hasta sentarse en el salvavidas para atrapar insectos con los dientes durante el resto del viaje hasta California. Pero había una joven mujer sentada en el restaurante, de espaldas a la locomotora, cenando entre candelabros con una señora mayor, que podía ser su madre o una compañera de viaje, y O’Kane vio horrorizado cómo el señor McCormick paró en seco, volvió la cabeza como un caballo tascando el freno, y al momento caía sobre ella. Mejor dicho, él no cayó, sino que más bien se zambulló en ella. Los platos volaron cayendo al suelo, la comida se desparramó en todas direcciones, la señora mayor dejó escapar un aullido que estuvo a punto de descascar el barniz de las paredes.

—¡Señor McCormick! —gritó O’Kane igual que un alumno encargado de la disciplina en el patio de recreo, lanzando zarpazos, tratando de agarrar los anchos hombros de Stanley que se movían rápidamente de arriba para abajo, desesperado por despegarlo de su víctima como si fuera una cinta de celo y deseando que todo volviera a ser como antes. La dama jadeaba sin cesar, debatiéndose debajo de aquel inexplicable peso mientras el señor McCormick le rompía en mil pedazos el vestido. Incluso se las apañó para hacer a medias su número de exhibicionismo, desgarrando el corpiño y estrujando el sombrero de la mujer como si fuera guata mientras O’Kane conseguía cogerle el brazo derecho, doblárselo a la espalda y aplicarle una persuasiva llave.

—Eso no está bien, señor McCormick —le dijo—, usted sabe que no está bien —le repitió una y otra vez, como si fuera una plegaria, pero no sirvió de nada.

Con sólo un brazo, el señor McCormick seguía metiéndole mano a la mujer, su codo subía y bajaba como si estuviera sacando una red del mar, hundiendo la mano izquierda en la región más vulnerable de la joven, y —esto era lo que más mortificaba a O’Kane— aprovechando que estaba cerca para sacar su pálida lengua y lamerle el cuello a la muchacha como si fuera el barquillo de un helado.

—¡Alto! —se desgañitaba O’Kane, apretándole hacia arriba el brazo doblado a la espalda y obligándolo a retroceder con todas sus fuerzas, pero seguía siendo insuficiente.

Fue entonces cuando llegó Nick. En medio del pandemónium, del pataleo, de los chillidos y de las inútiles protestas, entre las copas rotas y los platos volcados y el asado Long Island derramado en el regazo de la señora mayor, Nick se arrimó a O’Kane y le asestó a su patrón un puñetazo en la nuca que lo desmadejó en el acto. Juntos tiraron de él separándolo de la enloquecida joven y lo sacaron a empujones por el pasillo, igual que si fuera un traje vacío, dejándole la tarea de dar excusas y

explicaciones a Hamilton, a Pat y a un pálido y despeinado Mart, quienes acababan de entrar por la puerta del vagón.

El doctor tenía el rostro enrojecido. Sus lentes destellaban colgando de un cordón a la altura de las clavículas y sus ojos daban vueltas como bolas de billar después del primer tacazo.

—¡Atadlo con sábanas! —fue todo lo que pudo decir mirando primero la floja silueta del paciente, luego a O’Kane y a Nick, y después, la devastación provocada en el comedor. Las luces parpadearon, el tren se balanceó. Una docena de ansiosos rostros los miraban desde las mesas llenas de platos con rosbif Wellington, filetes Delmonicos y pichones asados—. Y no lo desaten hasta que llegemos a California.

Ahora era de noche. El tren corría velozmente con un lúgubre y tenue estruendo, taladrando un agujero a través del monótono vacío rumbo a Buffalo y las estaciones más hacia el oeste. Habían bajado las luces de las lámparas y el vagón estaba a oscuras exceptuando un embudo de luz en un rincón apartado, donde Mart, con una borla de algodón y gasa decorando su ancha frente abombada, barajaba las cartas jugando al solitario. Nick y Pat se habían retirado a su compartimiento, desde el cual salía un sostenido trémolo de ronquidos en contrapunto con el sordo traqueteo del tren. El señor McCormick estaba en su compartimiento al final del vagón, despierto y más rígido que una tabla, envuelto en una red de sábanas mojadas tan retorcidas que parecían torniquetes y sin nadie que lo vigilara, al menos no en ese momento. O’Kane había relevado a Mart y su deber consistía en estar sentado a la cabecera del paciente, leyéndole en voz alta alguna novela de Jack London, o de Dickens, o la *Historia natural de California*, de Laphroig, hasta que las ventanas se volvieran traslúcidas con el amanecer, pero O’Kane no estaba en su puesto. No, estaba sentado frente al doctor Hamilton en el estrecho compartimiento de este último, aguantando un sermón sobre la naturaleza de la responsabilidad, la aptitud para la vigilancia y las tres P.

—Francamente, no hay nada que justifique que hayas dejado esa llave en la cerradura —estaba diciéndole Hamilton en un tono de voz que, a pesar de su obvia agitación, no superaba su acostumbrado susurro. Las lentes presidenciales lanzaban dagas de luz contra las paredes del compartimiento. Gesticulaba con las manos y se acariciaba espasmódicamente la perilla.

O’Kane cambió de posición en su asiento. Según sus cálculos, era la duodécima vez que surgía el problema de la culpabilidad, y ahora, como en las once ocasiones precedentes, O’Kane fruncía la boca y agachaba la cabeza ofreciéndole a Hamilton esa apariencia que su madre definía como «el niño de coro en su lecho de muerte».

—Tenemos que comprender, todos y cada uno de nosotros, el peligro que representa el señor McCormick en su estado actual, no solamente para los demás, sino también para sí mismo —prosiguió el doctor—. ¿Ha visto lo que le ha hecho a



esa joven en apenas treinta segundos? Es espantoso. Y puedes creerme, sé muy bien hasta dónde puede llegar la conducta de un psicópata sexual.

O’Kane no tenía mucho que comentar al respecto. Estaba esperando a que el doctor terminara para salir del compartimiento, cumplir con su penitencia al lado del paciente y salir de aquello de una vez, dejar que la vida siguiera y que amaneciera y que Buffalo apareciera en el horizonte igual que un sueño luminoso. Y también estaba esperando otra cosa, algo que Hamilton no podía adivinar y que jamás hubiera sospechado: estaba esperando a que el doctor le permitiera retirarse para darse una escapadita hasta el coche-salón y echarse un par de lingotazos de whisky que le calmaran los nervios y aliviaran el tedio de las próximas horas —si es verdad que antes no necesitaba beber, ahora sí que lo necesitaba.

Pero el doctor aún no había terminado. Estaba haciendo sufrir a O’Kane hasta avergonzarlo, hasta que comprendiera la jerarquía del equipo médico del señor McCormick y lo que él esperaba de sus subalternos, porque no estaba dispuesto a tolerar otro fallo en la seguridad como el de aquella noche, aunque eso significara introducir ciertos cambios en el personal, y confiaba en que O’Kane hubiera captado el mensaje.

—De más está decir —dijo, tirando de su barbita con una mano mientras manoseaba la pipa con la otra— cuánto significa la salud y el bienestar del señor McCormick para todos nosotros, para mí y para la señora Hamilton, para ti y tu mujer, para tus colegas y sus esposas. Ésta es una oportunidad única, y no voy a permitir que negligencias, conductas poco profesionales ni trabajadores poco cualificados pongan eso en peligro.

O’Kane observó los dedos temblorosos del médico mientras apretaba el tabaco en la cazoleta de la curvada pipa, abocinada como una corneta, que luego encendió. Nunca le había visto tan exasperado y eso no le gustó, pero nada de nada. Tampoco le gustaba que lo sermonearan. Y mientras conservaba una apariencia ecuánime y contrita, por dentro su rabia crecía, imaginando que alargaba la mano rompiéndole al doctor aquel cuello largo como un tallo y frágil como una cerilla, para nunca más tener que volver a oír otra palabra.

Hamilton apagó la cerilla sacudiéndola en el aire mientras lo observaba por encima de la pipa.

—Lo que quiero decir es que mucho me temo que lo perderemos si se suelta otra vez.

—¿Que lo perderemos? ¿No pensará que es un suicida, verdad?

—¡Bah! —El doctor agitó la mano con impaciencia y apartó la vista con repugnancia, chupando enérgicamente la pipa. El humo ascendió en un colérico penacho. No consideraba que aquel comentario fuera digno de una respuesta.

O’Kane estaba irritado.

—Puede que yo no tenga su experiencia clínica, ni su educación, pero puedo garantizarle que he visto más casos de demencia precoz de lo que usted pueda...

—Esquizofrenia —corrigió el doctor—. La clasificación de Kraepelin, literalmente, «temprana locura»..., no es ni la mitad de útil que la clasificación del doctor Jung. —El olor del tabaco quemado llenó el compartimiento hasta que no hubo otro olor en el mundo. El humo se enroscaba alrededor de la lámpara estrangulándola, resbalando sobre las páginas del libro de los monos abierto en la cama, echando un velo sobre el compartimiento—. Míralo de esta manera — prosiguió Hamilton, disertando como de costumbre— *esquizo* significa ‘escisión’, y *frenia*, ‘mente’. Un esquizofrénico, como el señor McCormick y su hermana antes que él, tiene la mente dividida en dos<sup>[6]</sup>, y esa enfermedad hace que se retire de nuestra realidad sumergiéndose en una segunda realidad de su propia creación, una especie de pesadilla en estado de vigilia, algo que está más allá de todo lo que podemos imaginar, *Edward*. —La manera en que pronunció su nombre ya era en sí un insulto, una bofetada en pleno rostro. Quería decir: aquí el que manda soy yo, y usted es un inculto—. Y si no crees que esta clase de paciente es absolutamente capaz de hacer lo que sea con tal de escapar de esa pesadilla, incluyendo la autoagresión de la más extrema violencia, entonces significa que eres mucho menos observador de lo que yo pensaba.

—Sí, sí, muy bien..., vale, esquizofrénico. Me da igual. —O’Kane estaba acalorado, enfadado, humillado por toda aquella absurda escena. Había dejado la llave en la cerradura. Había cometido un error. Lo admitía. Pero Hamilton no le dejaría irse—. Llámeme como quiera a esa enfermedad —dijo O’Kane, y no pudo dejar de alzar la voz—, pero soy yo quien los ve tan bloqueados que se aferran crispando los dedos a la taza del retrete y, en la alta noche, mientras usted está en su cama, soy yo quien tiene que limpiar con una manguera lo que ellos han manchado con su propia, su propia...

—No pongo en duda tu experiencia, Edward..., después de todo, te he contratado, ¿no es así? Solamente estoy tratando de ponerte al corriente de algunas de las características especiales de este caso. La mayor amenaza para el señor McCormick es él mismo, y si quieres vivir en California y pasearte a la sombra de esos naranjos de que tanto hablas, tendrás que estar alerta las veinticuatro horas del día. No podemos permitirnos el lujo de que se repitan los sucesos de esta noche, no podemos. Y no lo permitiremos. Por muy cruel que esto pueda sonar, de no haber sido por la feliz coincidencia de que esa joven estaba allí, no dudo ni por un instante que el señor McCormick hubiera abierto la puerta del primer vagón lanzándose al vacío en medio de la noche... Y, por cierto, ¿se ha fijado en lo mucho que se parece a Katherine?

—¿Quién?

—Esa joven... ¿Cómo se llama?

—Brownlee —dijo O’Kane—, Fredericka Brownlee. Es de Cincinnati —añadió, no porque fuera un dato relevante, sino porque le encantaba aquel sonido: *Cincinnati*—. Según pude averiguar, regresa a su casa, procedente de Albany, donde su madre y ella estaban visitando..., creo que a la tía de su madre.

La referencia a Katherine lo cogió por sorpresa, no veía el parecido y le resultaba odioso admitir que Hamilton tuviera razón, por lo menos aquella noche, pero quizá, después de todo, se parecieran en algo. Ella era más joven que la señora McCormick —tendría veintidós o veintitrés años— y realmente no pertenecía a su clase, pero había algo en sus ojos, en el mohín de su boca y en la manera en que echaba hacia atrás los hombros y te sostenía la mirada, como desafiándote a cualquier cosa, desde una partida de ajedrez hasta una carrera de cien metros, y en todo eso era igual a Katherine, o al menos así se le antojó a O’Kane. Ambas compartían ese rasgo distintivo que caracteriza a las mujeres acostumbradas a salirse con la suya, esas que querían el derecho al voto y llevar pantalones y fumar y ponerlo todo patas arriba... y que tenían el dinero para hacerlo.

Hamilton le había ordenado que le acompañara a visitar a la señorita Brownlee, con el talonario abierto de par en par. Eso fue después de que consiguieran dominar al señor McCormick y cuando ella se hubo cambiado de ropa y curado los dos rasguños sin importancia en su mejilla izquierda debido a que Stanley le había aplastado y restregado la cara contra la áspera tapicería del asiento. Por razones obvias, era una reunión delicada, pero el doctor Hamilton se desenvolvió a las mil maravillas, risueño, genial, hablando suavemente, un as de la manipulación, y O’Kane, después de haberle dado un dólar a cada uno de los maleteros y un billete de cinco al viejo caballero que había sido revolcado y pisoteado en la alfombra, no tenía otra cosa que hacer como no fuera mostrarse compasivo y exhibir una sonrisa de arrepentimiento cuando la ocasión lo pedía. La señora Brownlee, con gesto ofendido, dijo que no podía creer que hubiera un monstruo tan depravado capaz de atacar a una niña inocente sin previo aviso y sin que mediara la más mínima provocación, y nada menos que en un lugar público, y que eso, en su opinión, no se resolvía con excusas, ni siquiera con una indemnización económica, sino que exigía la intervención de la policía y de los tribunales de justicia, por no mencionar a las autoridades de la Línea Central de Nueva York, quienes eran los principales culpables por permitir que esa clase de persona viajara en el tren.

Hamilton ronroneaba y sonreía bobaliconamente rizando los labios, deshaciéndose en excusas y mitigaciones, intercalando ráfagas de breves suspiros mientras la señora mayor lo asaeteaba con todas las amenazas habidas y por haber, menos con la flagelación de las plantas de los pies y la crucifixión. Mientras tanto la señorita Brownlee bajaba los ojos, mirando primero sus manos entrelazadas a la altura del regazo, y luego a la oscuridad que resbalaba por la ventanilla, y por último a O’Kane. Había pasado un susto de muerte, estaba psíquicamente traumatizada tras una humillante y viciosa agresión, pero ahora estaba aburrída —o al menos eso le parecía a él—, profundamente aburrída, y lo único que quería era olvidarse de todo el asunto. Y ahora miraba directamente a los ojos de O’Kane para ver si él también se aburría, y había cierta complicidad en esa mirada, un no sé qué desafiante, incluso cierto coqueteo.

O’Kane le devolvió la mirada, sin decir nada, dejando que el médico llevara el peso de las negociaciones —quinientos dólares fue la cifra que finalmente pactaron, y eso gracias a que la señora Brownlee decidió hacer una excepción por tratarse del apellido McCormick, y se comprometió a silenciar todo el asunto y a abstenerse de hacer cualquier mención ante tribunales y abogados—, y no podía dejar de mirarla tal como lo había hecho media hora antes, cuando ella yacía sangrante e impotente bajo el peso del señor McCormick, con la cara retorcida de miedo, y eso le produjo una extraña sensación. Él la había salvado y debería sentirse caritativo y puro, debería acordarse de Arabella Donae, pero no lo hizo: lo que quería era verla desnuda, desnuda y servida como un postre en el suave mantel de su bamboleante litera. Tenía una costra de sangre justo debajo del pómulo y una mancha en la comisura de la boca, la impecable tez, blanca como el hueso, lucía empañada y desteñida, y él miraba aquella mancha y se sentía lascivo y cachondo, igual que cuando Rosaleen rodaba en la cama, se le subía encima y ponía su cara en la suya, debajo de la cortina de su cabellera, respirando en su cara hasta que él despertaba en medio de la oscuridad con una sacudida de excitación. Sabía que no era correcto, que era inadmisibile, pero era así.

—¿Realmente cree que se parece a la señora McCormick? —preguntó O’Kane al cabo de un rato.

El doctor no había contestado a su comentario con respecto al itinerario de las Brownlee, acaso porque consideraba que tanto Cincinnati como Albany eran destinos mucho menos exóticos de lo que le parecían a O’Kane. Con la pipa entre los dientes apretados, removi6 las nalgas en su asiento y cogió el libro de los monos con ambas manos, mirando rápidamente a O’Kane como si le sorprendiera constatar que aún seguía allí.

—Me parece que es obvio —murmuró, y sus ojos saltaron mecánica y cansinamente. El sermón había terminado. El médico parecía soñoliento, ya con ganas de acostarse, pensando ahora solamente en sus pijamas, en su cepillo de dientes y en sus simios—. No digo que esa chica tenga ni la centésima parte del encanto y el refinamiento de Katherine —suspiró, reprimiendo un bostezo—, pero físicamente, no me cabe la menor duda de...

Durante los últimos quince minutos O’Kane no había deseado otra cosa que escapar de aquel mísero compartimiento, le ardían las orejas, la perspectiva de tomarse un whisky le atormentaba la lengua dilatando su garganta, pero ahora remoloneaba, demorando en marcharse, perplejo:

—O sea, ¿quiere decir que de todas las mujeres que él podía haber atacado en el tren... la escogió a ella adrede? ¿A pesar de estar sufriendo un ataque de nervios?

Los ojos del doctor parpadearon soñolientos detrás de las lentes. Bostezó otra vez y se encogió de hombros mientras el tren volvía a sacudirse súbita y ruidosamente.

—Sí. En efecto. Pudo haber agredido a cualquier mujer... o incluso, como ya dije, podía haberse arrojado del tren..., pero la eligió a ella.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué iba a querer atacar a una mujer que le recordaba a su propia esposa?

La pregunta quedó en el aire un momento, el traqueteo del tren era estruendoso y llenaba el vacío; en lo más hondo de su corazón, O’Kane ya sabía la respuesta.

Hamilton suspiró. Se meció en el borde de la litera, expeliendo humo y esbozando una tenue sonrisa.

—*Psychopathia sexualis* —dijo.

O’Kane no estaba seguro de haberlo oído entre la sacerdotal escofina del latín y las impetuosas ruedas del tren que magnificaban cada mella y cada fractura en los rieles rugiendo en sus oídos:

—Perdón —dijo—, ¿qué ha dicho?

Pero en vez de repetirse, Hamilton puso a un lado la pipa y se agachó para sacar una maleta de debajo de la litera. La abrió y O’Kane vio que estaba llena de libros. Tras revolverlos un poco, el médico sacó un grueso volumen encuadernado en piel de color sangre seca.

—La obra de Krafft-Ebing —gruñó, dejando caer el libro en las rodillas de O’Kane—. Ahí tienes..., para que te instruyas, Edward.

La noche transcurrió sobre ruedas hasta convertirse en mañana. Buffalo llegó y pasó. Fortificado por tres vasos de whisky seguidos por otras tantas cervezas, O’Kane se sentó bajo el fulgor de la lámpara de gas y estudió las facciones inexpresivas de su patrón. El señor McCormick estaba de nuevo bloqueado, petrificado e inmovilizado, más quieto que una gárgola o un sujetalibros, pero ahora estaba en una posición más reposada, aprisionado por las sábanas igual que una momia egipcia que se pulverizaría si no fuera por sus envolturas. Aquello era lamentable, pensó O’Kane, un espectáculo más triste que todo lo que había visto en el Manicomio de Boston o en los dos años que llevaba trabajando en el McLean. El señor McCormick era un hombre apuesto de verdad, tan guapo como cualquier actor de teatro o cualquier político —es decir, si uno pasaba por alto su mirada de loco—, y helo aquí, en la flor de la vida y con toda su riqueza y su educación y una esposa como Katherine, reducido a esto. Era como un animal. Incluso peor, pues por lo menos un animal sabe asearse por sí solo.

O’Kane observó el rostro de su patrón buscando señales de vida —los labios crispados, la inflexible mandíbula, la nariz como un pedazo de acero injertado en la cara y la mirada fija de sus ojos azules extraviada en la nada— mientras se preguntaba qué estaría pensando o si realmente estaba pensando en algo. ¿Sabría que estaba viajando? ¿Sabría que se dirigía a California? ¿Sabría algo de las naranjas, de los limones y de la cantidad de dinero que un hombre podía hacer allí? Pero en ese caso, ¿qué iba a hacer con el dinero? Tenía más dinero del que cien hombres podían necesitar, y mira todo el bien que eso le había procurado a él.

En el transcurso de la última hora, O’Kane había estado leyendo, pero no en voz alta, ni tampoco era *El lobo de mar*. No, el libro abierto entre sus manos era el que el doctor Hamilton le había prestado, y que le había dejado atónito. Era nada menos que una enciclopedia de las perversiones sexuales —lo mismo daba la retórica decididamente clínica del autor y sus títulos y grados académicos. Toda una caravana de caníbales eróticos, pederastas, sátiros, sádicos, sedientos de orina, maníacos sexuales, pedófilos y otras malas hierbas que ni la imaginación más calenturienta podía inventar, desfilaban por aquellas páginas, en fila india, y cada obscena obsesión era aún más asquerosa que la anterior. Aquello era realmente escandaloso, aunque los momentos culminantes de la traducción estaban en latín para edulcorar el impacto del contenido, y O’Kane tenía que orientarse por el contexto, apoyándose en una vívida imaginación y en su precoz entrenamiento como monaguillo, para sacar algo en claro.

Estaba enfrascado en la lectura de una parte titulada «Asesinatos lujuriosos (La lujuria potenciada hasta el sadismo, la lascivia homicida convertida en antropofagia)», con el alcohol actuando en su cerebro como un masaje químico, totalmente inconsciente de dónde estaba ni qué estaba haciendo, cuando el señor McCormick súbitamente emitió un hondo sonido gutural. Era un croar o un gemido, esa clase de ruido profundo de regurgitación que hacen los perros cuando tratan de expulsar un chorro de vómito. Pero entonces, tan abruptamente como empezó, el ruido cesó, y el señor McCormick no volvió a mover ni un solo músculo, sus pupilas seguían fijas y la cabeza petrificada encima de la almohada, como si su cabeza fuera el trampolín y la almohada, la superficie del agua de la piscina.

De pronto volvió a gemir y sus labios se entreabrieron: «Uh-uh-uh-uh-uh», dijo.

—¿Señor McCormick? ¿Se encuentra bien? —O’Kane extendió una mano para tocarle el hombro y tranquilizarlo. Lo cual dio lugar a un chirrido en aumento, semejante a la vibración de una rueda de trinquete, o una puerta de bisagras oxidadas abriéndose: «Eh-eh-eh-eh-eh».

—Todo está bien. Yo estoy aquí con usted. Soy yo, O’Kane. Siga descansando..., necesita reposar.

—Eh-eh-eh-eh-eh.

Los ojos no se movían, ni siquiera para pestañear. Mantenía los dientes apretados y en lo profundo de su garganta, aquel garfio resbalando sobre una rueda dentada, chirriando, crujiendo, parecía estar raspándole con una escofina los huesos y el esmalte de los dientes.

—Cálmese, cálmese —murmuró O’Kane—. ¿Quiere que le lea un poco, es eso lo que quiere?

Y de pronto, tras inclinarse dejando en el suelo a Krafft-Ebing y cogiendo a Jack London, cayó en la cuenta. Los libros de aventuras que narraban la vida de marineros eran demasiado aburridas —todos aquellos mástiles y foques y esas atormentadoras jerigonzas rimadas de los *cockneys*<sup>[7]</sup>. Detestaba los relatos de mar. Siempre los había odiado. Y entonces una idea le pasó por la cabeza, tuvo una inspiración maravillosa,

brillante y perversa. «¡Qué demonios!», pensó, con el whisky corriéndole por las venas en su marcha triunfal hacia el cerebro, la lengua y las yemas de los dedos que pasaban las páginas. Para que te instruyas, Edward.

—Vamos a ver —dijo, hojeando el enorme volumen que sostenía en sus rodillas —: coprofilia, cortadores de cabelleras, mutilación de cadáveres, ah, aquí está. Oh, esto le va a gustar mucho, señor McCormick. Realmente le va a encantar.

Y entonces, con la precisa y modulada voz que quince años atrás las monjas le habían enseñado, arrancándola de lo más profundo de su ser, empezó a leer en voz alta mientras el tren trepidaba atravesando la noche y su único oyente yacía rígido y cautivado: «Caso 29, el carnicero de niñas de Augsburgo».

---

## FALSO, MEZQUINO, PUERIL Y PRESUMIDO

A lo largo de su vida los hombres siempre habían defraudado a Katherine Dexter. Le habían fallado de tantas maneras que ya había perdido la cuenta: unos de manera activa y con maldad premeditada, otros pasivamente, incluso sin proponérselo. Ellos la dejaban en la estacada cuando más los necesitaba, partiéndole el corazón, interponiéndose en su camino, cerrándole las puertas, levantando rápidamente las barricadas. A ella no le gustaba generalizar, pero si lo hacía encontraba que el hombre medio era falso, mezquino, pueril y presumido, el típico bravucón de la clase en el patio a la hora del recreo, con esa tendencia a la adiposidad por naturaleza y por falta de ejercicio, a la que luego adaptaba sus deformes trajes y el ridículo bañador que se ponía para presumir de sus simios miembros en la playa. Informal, bocón, exigente, con un fuerte sentimiento tribal, defendía sus prerrogativas igual que el jefe de un clan escocés, convencido de que todo el mundo tenía que hacerle reverencias y que había que llevarle su pipa y el periódico y el café exactamente como a él le gustaba, azucarado, con nata fresca y con un ligerísimo sabor a achicoria. ¿Y por qué? Porque los hombres eran los patriarcas y proveedores de la tierra y se les debía obediencia, porque así eran las cosas, ya que de ese modo lo había dispuesto Dios, Él mismo un hombre.

Katherine soltó un suspiro. Se sentía cansada, maniática, desorientada, había empezado a moquear y podía sentir el inicio de un dolor de cabeza. Había embalado sus cosas en la costa este, en medio de un sostenido frenesí de inventario, comprando y empaquetando, acompañada por su madre, que era más un estorbo que una ayuda, y encima había viajado en tren durante seis días. Y ahora estaba allí, sentada en el sofá de la sala de su suite en el Hotel Potter, en la próspera Santa Bárbara, con fascinantes vistas a la playa de azúcar moreno, frente al desnudo y deslumbrante vientre del océano, a punto de ser, como de costumbre, defraudada una vez más.

Esta vez los hombres en cuestión eran Cyrus Bentley, un calvo parlanchín, un pequeño funcionario de los McCormick que nunca paraba de hablar, ni siquiera para respirar, como si se tratara de una especie de truco, igual que un comeafuegos o un tragaespadas; y su cómplice, el doctor Henry B. Favill. El doctor Favill era un hombre alto, elegante y glacialmente imponente que estaba desmesuradamente orgulloso de sus antepasados indios comedores de perros, tenía un matrimonio infeliz y unos ojos en los que sólo se veía el signo del dinero de los McCormick. Ellos eran en la familia el apoderado y el médico, respectivamente, sólidos hombres que frisaban los cincuenta, universalmente admirados, excesivamente consentidos y acostumbrados a salirse con la suya. El tema de la reunión era Stanley. Stanley había



proporcionado el pretexto para las previas relaciones entre Katherine y aquellos dos caballeros, quienes en esas ocasiones siempre se cuidaban de referirse a él por su nombre de pila y nunca por «el señor McCormick», ni «su esposo», ni tampoco «el paciente», a fin de sostener previas peticiones. Ellos cuidaban de los intereses legales y médicos de la familia desde que ella era una niña en el Colegio de la Señorita Hershey, en Boston, y lo hacían a las claras, sin dejar lugar a dudas, diciéndole que ella era la intrusa allí.

Katherine tenía treinta y dos años, una recién casada que muy bien podía ser una viuda. Stanley estaba fuera de su vida ahora, encerrado en la prisión de su mente desgarrada, pero ella confiaba en su recuperación, siempre esperanzada, y no se dejaba amedrentar por nadie. Katherine se inclinó sobre el frutero de naranjas recién cortadas y rodajas de piña que se alzaba en la mesa, como una manopla, entre ella y los dos hombres, e interrumpió a Bentley en medio de una parrafada sin puntos ni comas:

—De modo que lo que me están diciendo, crudamente, es que quieren sobornarme..., ¿no es así?

Bentley estaba inclinado hacia delante en la silla, frotándose ociosamente el lugar de su pantorrilla derecha donde la liga del calcetín le apretaba la carne, pero ahora, de un respingo se enderezó igual que uno de esos campaneros mecánicos esculpidos en un reloj aldeano en el Tirol. Antes de que ella terminara, él estaba balbuceando y fanfarroneando con toda el alma.

—De ninguna manera, de ninguna manera —dijo, y se levantó para empezar a pasearse por la habitación, protestando y porfiando y agitando las manos como banderas de tregua—. Sólo se trata de que la familia piensa que bajo estas circunstancias quizá sería más conveniente para usted que el matrimonio se disolviera... o que se anulara, cosa que podemos arreglar sin ningún problema..., y por supuesto, lo primero que tenemos en mente es su bienestar y alojamiento y, por favor, perdóneme si me siento obligado, por mi formación legal, a adjuntar una suma específica en consideración a...

Ella no iba a dejar que la liaran, aunque estuviera exhausta, con la nariz goteando, y por mucho que le doliera la cabeza. No iba a permitir que la trataran como a una niña, reduciéndola al silencio, como una de esas casquivanas y sobrealimentadas viudas, gracias a las cuales ellos se habían forrado, y ella conocía a esa clase de mujeres, flojas como leche aguada, revoloteando por ahí, sin saber qué hacer, hasta que el grande y fuerte abogado y el grande y fuerte doctor se hicieran cargo de sus más mínimas desgracias y tribulaciones.

—¿Y qué pasa con el juramento que hice cuando me casé? —dijo ella, procurando pronunciar cada palabra a pesar de tener presionado el pañuelo a su recalcitrante nariz—: «En la salud y en la enfermedad», señor Bentley. ¿Qué tiene que decir a eso?

Se hizo un silencio. Por una vez, Bentley no dijo nada —al menos no

inmediatamente. Ella miraba más allá de él, por la ventana abierta que daba a la terraza y al mar y a las extrañas islas rodeadas de color pardo al otro lado del Canal.

—Mi marido me necesita —agregó—, ahora más que nunca. ¿No se le había ocurrido pensar en eso?

Era el turno de Favill. Descruzó las piernas y plantó sus grandes pies firmemente en la alfombra, como si estuviera listo para saltar sobre ella.

—Pero ése es justamente el problema, Katherine. Él no la necesita a usted, no según el doctor Meyer, y hasta su propio doctor Hamilton opina lo mismo. Las mujeres lo trastornan. Lo sacan de quicio. Y si no hubiera sido por... —se calló insinuante, mirándola desde sus ojos color de paté de hígado.

—¿Si no hubiera sido por qué? —montó en cólera ella.

Había sido un largo y frustrante día, la culminación de una semana, de un mes, de un año de frustraciones. Aquella mañana se había visto obligada a desayunar con su suegra y con la hermana cuerda de Stanley, Anita, y la atmósfera había sido tan ácida que todo lo que probaba sabía a pomelo mezclado con vinagre, y luego se pasó el resto de la mañana con el nuevo chófer rechinando neumáticos por un interminable laberinto de polvorientas carreteras, en uno de los dos automóviles Packard que los McCormick insistieron en que tuviera Stanley, buscando los famosos manantiales de aguas termales de Montecito, donde ahora mismo su madre estaba poniendo en remojo sus artríticas articulaciones mientras Katherine estaba sola aquí rechazando el ataque de los perros de caza de los McCormick.

—Vamos —exigió—, dígalo de una vez: que si no hubiera sido por mí, no estaría como está. ¿Es eso lo que quería decir?

Favill no había dejado de mirarla, sin siquiera pestañear. Le importaban un rábano ella y su patrimonio Dexter que se remontaba a la fundación de las colonias y seis siglos en Inglaterra antes de eso, o el hecho de que tuviera su propia fortuna y pudiera comprar y vender a diez caciques indios: a él lo único que le importaban eran los McCormick, unos advenedizos de primera generación, salidos de las quimbambas, allá por Virginia, gentes que ni siquiera podían lamerle las botas al padre de ella.

—Más o menos —dijo él.

—No hay ninguna necesidad de ser grosero, Henry —cloqueó Bentley, dando vueltas alrededor de ellos igual que un árbitro en una pelea de boxeo. Puso las manos en el respaldo de la silla en la que había estado sentado un momento antes y se inclinó hacia delante con un aire de falsa intimidación, un abogado a carta cabal.

—No hay ninguna necesidad —dijo dirigiéndose ahora a Katherine—. Pero si usted me perdona, nosotros tenemos razones para creer que..., ¿cómo decirlo?..., que dado el estado mental y físico de Stanley durante el período de sus relaciones conyugales, el matrimonio nunca fue, en fin... —Alzó las manos al cielo, igual que un puritano en un espectáculo erótico—. Usted tiene formación científica, Katherine. Y creo que sabe lo que le quiero decir, desde un punto de vista biológico, si no desde un punto de vista legal.

¡Conque ésas tenemos! Repentinamente se sintió muy cansada, cansada y derrotada. ¡Los muy bastardos! Insensibles, increíblemente hipócritas y descarados, husmeadores de sábanas ajenas. Ellos iban husmeando tras la pista de cada vergonzoso rastro de bilis, de cada chismorreos, interrogando a amas de llaves, criadas y mayordomos, extrayendo testimonios de su suegra y de las hermanas y hermanos de Stanley y del equipo de psiquiatras que ellos habían contratado para echarlos sobre él como un enjambre de moscas desde que tuvo su crisis nerviosa, y pensaban que algo sabían de ella, que podían chantajearla, avergonzarla, intimidarla y doblegarla. Pero se equivocaban. No cedería, de ninguna manera. Permaneció allí sentada, como un monolito, aunque estaba afectada hasta los tuétanos y un centenar de noches acudió a su recuerdo en una devastadora ráfaga y el aspecto de la cara de Stanley, y su susto, y la rabia, y la inflexible e inexpugnable fortaleza de su ultrajada carne y de su mente impactada. Estaba allí sentada, luchando contra la irritación en las amígdalas y la sinusitis. Si su madre hubiera estado allí, ellos no se habrían atrevido a decirle una cosa así. O si hubiera estado su padre. Pero su madre estaba remojando sus huesos en una bañera de estaño llena de caliente agua mineral en medio de unos polvorientos eucaliptos en las colinas, y su padre había muerto dieciocho años atrás, otra decepción.

Muy bien, decidió, si era eso lo que querían, lo tendrían. Se puso de pie, levantándose tan abruptamente que Favill brincó en la silla rebotando igual que una pelota. Bentley parecía profundamente afligido —o quizá era sólo que estaba estreñado.

—¿Ha considerado nuestra propuesta...? —empezó él, intercambiando una mirada con Favill—. O mejor, necesita usted algún tiempo para considerarla, porque en tal caso estaríamos perfectamente de acuerdo en ello, es decir, nosotros, yo...

Ella seguía callada. Sólo estaba allí de pie, sintiendo cómo se multiplicaban los latidos de su corazón, con el sombrero firmemente encasquetado, como un yelmo, mirándolos fijamente para avergonzarlos.

—No tengo que enseñarles la puerta —dijo finalmente, y no pudo evitar el filo cortante en su voz—. Pueden decirles a los McCormick que primero muerta que sobornada, que ningún precio podrá doblegarme, que ni todo el oro del mundo me hará ceder, ni siquiera un ápice. Cuando todos ustedes estén en sus tumbas, yo seguiré casada con Stanley, y él se pondrá bien, sí que se pondrá bien, ¿me han oído? ¿Ha quedado claro?

La siguiente decepción fue Hamilton. Aunque andaba de puntillas alrededor de ella, haciendo lo imposible para engatusarla, susurrándole melosamente, con su tic en los ojos, tratando de no molestarla lo más mínimo, arrastrándose y casi besando la tierra que pisaban sus pies, seguía sin ceder en el asunto que más le importaba a ella: autorizarla a visitar a su esposo. Sólo con que pudiera ver a Stanley una hora, ella

sabía que podía ayudarlo a salir de su situación. El simple hecho de verla produciría en él una chispa que le haría despertar, así tenía que ser, pues según todo parecía indicar, él podía pensar que ella le había abandonado. Incluso en el peor de los casos, suponiendo que su reacción fuera, bueno, adversa, ya sería algo, al menos sabría que ella seguía allí y que había alguien además de esos enfermeros de caras chupadas que se preocupaba por él. Hacía exactamente un mes que Stanley estaba en Riven Rock, un mes que ella le había dado a Hamilton, de buen grado, aunque estaba tan preocupada que apenas podía dormir, sintiéndose como un zombi o un alma en pena arrastrando los pies, rondando por los pasillos de la casa de su madre en Commonwealth Avenue y sin ánimos para ir al teatro, ni a conciertos, ni siquiera para salir a cenar. Y ahora quería ejercer sus derechos y prerrogativas como esposa, y no incidentalmente como la patrona que firma los talones del doctor y financia su colonia de simios. Ya había esperado bastante, había sido muy paciente, había escuchado todas las excusas habidas y por haber. Había llegado la hora. Aquella noche —estaba decidida a ello— vería a Stanley.

Pero primero, mientras el sol brillaba intensamente sobre el mar, salpicando las pálidas paredes y los exóticos árboles hasta hacer que todo resplandeciera y goteara con una espesa luz oleaginosa, Katherine tomó un baño para purificarse de Bentley y Favill y de la tenaz contaminación de los McCormick. Sabía que le tenían manía, en particular su suegra, la mujer más agobiante y egoísta que haya parido madre, pero de todas maneras le sorprendió comprobar cuánto la despreciaban como para echarle los perros y azuzarlos contra ella sin pensarlo ni dos veces —y nada menos que su primer día en Santa Bárbara. Eso le dolió, sumándose a su dolor de cabeza, su resfriado y todo lo demás. Ella no buscaba aprobación —no le importaban lo más mínimo los McCormick y su patético círculo de amistades, ni siquiera buscaba afecto, sino sólo un poco de urbanidad, era lo menos que se podía pedir. ¿Qué pensaban que era ella, un capricho pasajero de Stanley? ¿Otra conquista de los McCormick..., otra adquisición? ¿Acaso pensaban que eran los únicos que se preocupaban por él, desvelados toda la noche y tan nerviosos que ni siquiera podían comerse una tostada sin devolverla? Era ella quien estaba con él cuando sucumbió a su primera crisis de nervios. Fue ella quien vio sus ojos reculando en las órbitas, la que le vio arremeter contra las paredes y los muebles, derribando todo lo que se cruzaba en su camino. Ella fue la única que oyó sus desvaríos y tuvo que encerrarse en la alcoba y esconderse en el armario hasta que creyó que iba a morir asfixiada, ella y nadie más fue la que tuvo que salir corriendo de su casa como si estuviera en llamas. ¿Y dónde estaban entonces los McCormick?

Allí de pie, en el cuarto de baño del hotel, oyendo el estruendo del agua llenando la gran bañera de porcelana mientras el demencial sol se ensañaba con las ventanas y algún insólito pájaro graznaba en el penacho de una palmera como si estuviera medio muerto, esperando a que algo viniera y le rematara, Katherine tuvo ganas de llorar otra vez. Jamás se había sentido tan enferma y miserable, ni siquiera cuando no la

admitieron en el MIT<sup>[8]</sup> obligándola a avanzar a rastras a lo largo de los cuatro años de ciencias básicas que los varones cursaban en el instituto de forma rutinaria. Aquello no era justo. Ni razonable. Ni siquiera decente. Podía comprender a Favill, al menos era un hombre de verdad, de largos huesos, ancho de espalda, por cuyas venas corría la sangre de un jefe ottawa y que por tanto era capaz de aplastar a sus adversarios en un combate justo; pero Bentley, Bentley era un parásito, un gusano que para ganarse la vida tenía que reptar por los intestinos de un animal mucho más importante o, cuando menos, más grande. Ella no respetaba a ninguno de los dos, pero mucho menos a Bentley, pues ni siquiera era un hombre.

Katherine examinó su imagen en el espejo, mirando fijamente en lo profundo de sus ojos hasta que el mal rato pasó. Era una maña que había aprendido de pequeña, una manera de enfocar su ira cuando ellos trataban de vencerla, y ellos siempre trataban de derrotarla: los niños, los hombres, los abogados malintencionados, tanto los administradores presumidos como los maestros hipócritas. Todavía recordaba el club de ajedrez que ella había organizado en la escuela, en Chicago, antes de que su padre muriera y se mudaran a Boston. Era una buena escuela, la mejor de la ciudad, para niños de las clases adineradas; una escuela que no reparaba en gastos docentes —maestros, libros e instalaciones recreativas—, pero para Katherine lo mejor de todo aquello era que no había segregación sexual. Chicos y chicas se sentaban juntos en el aula, todos con igual acceso a la sabiduría acumulada en el mundo y estimulados a competir como iguales. Y cuando Katherine inauguró el club, su maestro, el señor Gregson —un hombre joven, aunque prematuramente avejentado, con una barba partida en puntas afiladas y la mirada ausente de un funámbulo en la cuerda floja— la estimuló. Al principio. Pero pronto se cansó de ganarle tan fácilmente a las demás niñas, quienes en principio sólo tenían un interés marginal por el juego, y entonces empezó a jugar con los niños. Y los chicos jugaban ese juego de guerra como si en verdad fuera una guerra, sin percatarse jamás de que la reina era el poder detrás del trono y el rey un pobre tullido que saltaba con un pie, dando un solo paso cada vez; poco menos que un mendigo apenas capaz de superar a un peón, *él* era el objeto del juego y todos lo sabían. El club duró dos semanas y media, y Katherine desafió a todos los contendientes, y la cola de niños esperando para ser el primero de su hermandad en ganarle a la niña, era una fila en la que a veces había hasta cuatro o cinco chicos esperando. Pero entonces, de golpe y porrazo, el señor Gregson descubrió una oscura prohibición contra los juegos de tablero, una prohibición profundamente enterrada en el código de la escuela, y el club fue disuelto.

El vapor subía. El agua siseaba con un sordo borboteo. Ella sintió el frío de las baldosas en las plantas de los pies y la tenue caricia del humo contra su piel, y eso la calmó. Se encorvó sobre la bañera y se desplegó la cabellera sacudiéndola. Suelto y sin horquillas, era una avalancha de pelo, incontenible, el pelo de una mujer salvaje, una amazona, y echó hacia atrás la cabeza y se lo peinó con los rígidos dedos hasta hacer que pareciera aún más salvaje. Con la palma de la mano limpió el espejo

empañado, y retrocedió para tener una mejor visión. Vio a una joven mujer desnuda de ojos rutilantes y pelo montaraz, un cuerpo tenso como la cuerda de un arco gracias a las calistenias que tanto la hacían sudar cada mañana, un cuerpo feroz, duro y puro como el de cualquier atleta, aunque todos la vieran sólo como un objeto decorativo, otra bonita cabeza vacía, buena para adornarla con un sombrero, y una inútil boquita hecha para parlotear sobre el tiempo y picar entremeses con un palillo. Pero ella era algo más que una frívola mujer de la llamada buena sociedad, era Katherine Dexter McCormick, y era inflexible. No la vencerían, no la harían doblar la cerviz. Había luchado tenazmente en el Instituto Tecnológico contra todos los machos del personal docente y un noventa y nueve por ciento de los chicos del alumnado que ponían el grito en el cielo ante la idea de una chica estudiando ciencias, y ahora volvería a luchar. Contra los McCormick. Eran unos pobres diablos, gente primitiva. No valía la pena que les dedicara ni un solo pensamiento más.

Abrió la puerta. «¡Louisa!», llamó, asomando la cabeza mientras unos dedos de vapor se aferraban a sus tobillos y el agua salía del grifo con un rugido.

La criada acudió corriendo. Un flaca y activa muchacha de una devota familia de Brookline que debía imaginar que California era la antesala del paraíso a juzgar por la expresión de su cara. Atravesó a toda prisa la habitación cargando una pila de toallas de un metro de espesor. Katherine cogió las toallas sin preocuparse de cubrir totalmente su desnudez. Louisa apartó la mirada.

—Saca mi falda azul, la de crepé, y la blusa de terciopelo. Y mis perlas..., quiero decir, la gargantilla. —Hizo una pausa, estrechando las toallas contra su cuerpo, el sol inundaba ahora la habitación, en un torrente de luz, el vapor escapaba del cuarto de baño formando volutas—. ¿Qué te pasa? ¿Louisa?

La muchacha la miró y volvió a rehuir su mirada:

—¿Señora?

—No deberías ser tan tímida conmigo. Seguramente habrás visto antes a otras mujeres desnudas..., ¿o es que no las has visto, Louisa?

De nuevo aquella mirada, cohibida y acoquinada, como si el cuerpo humano fuera una ofensa, y súbitamente Katherine evocó a una chica que había conocido en Suiza cuando tenía dieciséis años: Liselle, la de las manos cuadradas y la lengua musculosa, la primera lengua aparte de la suya que Katherine había sentido en su boca.

—¿Señora? —repitió la criada, aún sin atreverse a mirar, súbitamente fascinada por algo en el suelo, justo a la izquierda de donde Katherine estaba parada.

—Nada —dijo Katherine—, no es nada. Ya está.

Esa tarde, a las cinco, mientras el sol seguía asomándose perversamente por encima de los arbustos y el oculto pájaro insistía en reiterar su dolor, el automóvil llegó para recoger a Katherine y a su madre. Katherine aún no estaba lista, aunque estuvo toda la tarde preparándose, y cuando desde la recepción avisaron que el chófer había

llegado, ella estaba sentada ante el tocador, poniéndose horquillas en el pelo recogido en un austero moño y ajustándose un sombrero de terciopelo negro sobre el peinado, como si fuera una tapadera. Ya no le moqueaba la nariz —y se preguntaba vagamente si no sería alérgica a algún polen indígena de California—, pero el dolor de cabeza no se iba, persistiendo detrás de sus globos oculares como el débil redoble de una nube cargada de electricidad presta a reventar en cualquier momento. Más que nada, tenía ganas de irse a la cama.

En cambio, su madre estaba alegre, mostrándose desenvuelta y llena de energía tras haberse escalfado durante tres horas y pico en las efervescentes aguas del balneario, y cada vez que Katherine la miraba a través del espejo, la veía detrás de ella, de lo más animada probándose un nuevo sombrero, un sombrero que en opinión de Katherine hubiera sido mejor no sacarlo de la caja. Nunca jamás. Y que habría que enterrar en un cofre, como un artefacto de la civilización que había avanzado inconteniblemente desde los tiempos babilónicos hasta llegar a ese apoteósico sombrero. El sombrero en cuestión —un Gainesboro negro y turquesa con tantas plumas saliendo extravagantemente en todas direcciones que cualquiera diría que era una pareja de ánades reales apareándose encima de la cabeza de su madre— era absolutamente inoportuno. Josephine estaba vestida de negro, su color desde que había enviudado hacía dieciocho años, y aunque a Katherine no le hubiera importado que su madre introdujera en su indumentaria una pequeña nota de color, ahora no era el momento. Era algo fuera de lugar. ¿Qué pensaría Stanley si la viera así..., o cuál sería su reacción ante semejante sombrero? Y Katherine no pudo dejar de recordar aquel día, justo en la tercera semana de su luna de miel, cuando él montó en cólera y destrozó diecisiete de los más preciados sombreros de su madre, la mitad de los cuales habían sido comprados en París.

Pero estaba demasiado preocupada con su propio vestido —el cual hasta ahora se había puesto y quitado una docena de veces— para inquietarse por el atuendo de su madre. Finalmente, y aunque el clima era un poco caluroso para eso, se conformó con un conjunto de lana veneciana color gris paloma, y una blusa de seda blanca de cuello cerrado. Dada la excitabilidad de Stanley, no quería llevar nada provocativo, pero tampoco había ninguna necesidad de parecer una ama de llaves, y por eso se había pasado buena parte de la tarde yendo y viniendo por la franja de alfombra entre el espejo de cuerpo completo y el armario, ensayando ora ésta, ora aquella combinación, y consultando a su madre y a Louisa hasta que estuvo satisfecha. A Stanley siempre le había gustado verla vestida en tonos grises, o al menos eso pensaba ella recordándolo cuando se lo pedía, y confiaba en que aquel detalle le devolvería a la realidad, que hiciera saltar alguna chispa del recuerdo que le ayudara a traerlo de vuelta al mundo.

Al otro lado de la ventana, las palmas crujió opresivamente agitadas por una súbita brisa que soplaba desde el océano, y el irritante pájaro, fuera lo que fuera, descubrió un nuevo y atroz registro dentro de su lúgubre graznido —*raw, raw, raw*—

y mientras su madre cruzaba la habitación dando taconazos por enésima vez con su ridículo sombrero, Katherine estuvo a punto de chillar. Estaba hecha un manojo de nervios, ¿y cómo no iba a estarlo? Luchando con los McCormick y sus perros, viajando casi cinco mil kilómetros en medio de una interminable sucesión de sacudidas, saltando sobre los rieles, en un traqueteo infernal que le destrozó cada músculo como si la hubieran echado dentro de una mezcladora, toda su vida trastornada por culpa de la rabieta de loco de Stanley y aquella catatonía que lo convertía en una estatua viviente. Hacía seis meses que no lo veía, y se sentía tan indecisa y expectante como en su noche de bodas.

Todavía estaba mirándose quisquillosa en el espejo —no estaba correctamente peinada, y el sombrero tampoco acababa de convencerla—, cuando el timbre de la recepción sonó por segunda vez para recordarles que su chófer estaba en el vestíbulo del hotel.

—Vamos, querida —la presionó Josephine, asomándose de pronto en el espejo detrás de ella—, no debemos hacer esperar al pobre Stanley..., quiero decir, si es que realmente lo vamos a ver esta vez.

Exasperada, Katherine se levantó del taburete y cogió al tuntún el chal, el bolso y las chocolatinas y las revistas que pensaba llevarle a Stanley, y su madre, siempre solícita a su lado, empezó un soliloquio sobre el tema de la decepción y la serie de falsas alarmas que ya habían sufrido en Waverley, diciéndole que no podía soportar ver a su hija tan deprimida, siempre con ese aspecto tan acongojado y que no debían hacerse demasiadas ilusiones, porque nadie sabía decir a ciencia cierta si el pobre Stanley se había adaptado a su nuevo ambiente, si es que podía hablarse de adaptación.

El pobre Stanley. Así era como su madre siempre se refería a él, incluso antes de su crisis nerviosa, cuando aún era el hombre más guapo y bien plantado y bienhablado que hubiera pisado el umbral de la mansión de su madre en Commonwealth Avenue, como si ya hubiera sido capaz de detectar la fragilidad de su alma igual que un zahorí descubriendo agua en las entrañas de la tierra.

—No sé, madre —dijo Katherine, volviéndose a ella mientras la criada les abría la puerta—, realmente no sé. Pero el doctor Hamilton prometió en su última carta..., es decir, en realidad no prometió nada, pero dijo que se sentía optimista, porque este cambio de aires le haría mucho bien a Stanley, sobre todo tratándose de un clima tan saludable, y la verdad es que no veo ninguna razón...

—Tal como lo sospechaba —dijo Josephine, entrando a zancadas en el resplandeciente vestíbulo del Hotel Potter, en medio del frufú de sus faldas y del aleteo de su sombrero que iba dejando una brisa a guisa de estela—. No dirás que no te advertí.

Y luego subieron al automóvil, arreglándose los velos, poniéndose encima de las rodillas unas mantas para evitar el polvo, mientras el chófer, un hombrecillo tenso con un cuello de pelos erizados, tostado por el sol al igual que sus orejas de soplillo,



luchaba con el volante y las palancas de cambio moviendo enérgica y coléricamente los hombros. Katherine y su madre estaban detrás de él, en el asiento tapizado en piel, tan expuestas a los elementos como lo estarían en una calesa, y después de la primera milla o así, cuando salieron del ancho bulevar que se extendía paralelo a la playa para circunvalar una cala llamada The Salt Pond, Josephine empezó a quejarse.

—No me explico cómo alguien puede acostumbrarse a estas máquinas atronadoras —gritó por encima del expectorante rugido del motor—. Es insoportable el olor que despiden y el ruido que hacen. Yo sigo prefiriendo un silencioso y agradable coche tirado por caballos, mejor aun tirado por una yegua de temperamento tranquilo.

—Sí, madre —replicó Katherine a través de la gasa de su velo—, y se supone que los caballos no apestan a nada..., ni que van dejando cagajones a lo largo del camino desde aquí hasta Maine, tanto a la ida como a la vuelta.

Por primera vez desde que había llegado empezaba a pasarlo bien, el dolor de cabeza desaparecía, la nariz ya se había secado, y el aire fresco que venía del océano estaba impregnado con el perfume de un millón de flores, cítricos en flor, *Pittosporum undulatum*, jazmines. Realmente aquel lugar no estaba nada mal —ella había pensado que aquello sería el salvaje oeste, hombres con sarapes y bigotes chorreados, mujeres con mantillas, una desolación total—, pero el Potter le había sorprendido (realmente era un hotel de primera clase, sin nada que envidiarle a cualquiera de la costa este), lo mismo que las encantadoras casas de adobe y las grandes villas italianas que entreveía a través de las cortinas de eucaliptos. Había una sorprendente atmósfera cultural, un esplendor de civilización en aquel lugar, lo cual no le privaba de sus bellezas naturales, con sus vistas oceánicas y la oscura textura de sus montañas recortándose contra un infinito cielo despejado. Era una especie de Newport tropical, una combinación de la Riviera con Palm Beach. O mejor aún, el País de los Comedores de Lotos, «donde siempre parece que es por la tarde».

Al menos por una vez, pensó ella, los McCormick habían acertado. (¡Y, oh, cómo habían hecho campaña para traer a Stanley a la costa oeste, Nettie todas las noches empollando la idea, igual que una fiera echada encima de sus presas, llevándolas de aquí para allá por el salón, colgando de sus apretadas e inflexibles mandíbulas, mientras Bentley y Favill hacían sonar los tambores de sacrificio y la hermana Anita entonaba plañidos rituales!). Ahora que estaba aquí, ahora que estaba realmente en el coche, camino de Riven Rock, con el sol saltando entre los árboles y la brisa perfumada besándole los labios a través del velo, Katherine podía comprobar lo acertado de la idea. Era lo que Stanley necesitaba. Ni más ni menos. Aquel lugar le haría ponerse bien.

—Lo que más me molesta de esta manía de conducir automóviles —comentó su madre con un chillido— es que es tan..., oh, no sé..., enervante. Y no dudo ni por un instante que toda esa *manía de conducir* contribuyó a la enfermedad del pobre Stanley.

El chófer dobló rápidamente a la izquierda para esquivar un bache, y luego corrigió la dirección de nuevo, sólo para entrar inmediatamente después en una sucesión de baches que convertían aquel trecho de carretera en un rallador de queso.

—Me volvería loca si tuviera que soportar esto mucho más tiempo, y pensar que él lo hacía *gustosamente*, como una especie de afición o pasatiempo.

La referencia a la pasión de Stanley por los automóviles era un poco mortificante: una pasión que Katherine nunca compartió, pero que se sentía obligada a defender por lealtad de esposa.

—Eso es totalmente absurdo, madre, y lo sabes muy bien. En cualquier caso —gritó—, conducir lo calmaba.

Stanley había sido uno de los primeros en el país en tener un automóvil, como ahora le llamaban a aquellas máquinas, y siempre insistía en conducir personalmente, de modo que el chófer le acompañaba solamente para ayudarlo en caso de una emergencia mecánica. De hecho —y su madre lo sabía tan bien como ella—, de no haber sido por aquella manía automovilística, ella y Stanley jamás se hubieran encontrado. De eso hacía casi cinco años. Fue durante el verano del último año en el instituto, ella había ido a un centro de veraneo en Beverly con un grupo de jóvenes amigos —Betty Johnston y su hermano Morris, Pamela Huff, las Tretonnes— para dormir por las mañanas, nadar, montar a caballo, jugar al tenis y olvidarse del sistema circulatorio de los reptiles y de la tesis que pendía amenazadora encima de su cabeza. Estaban jugando al croquet una tarde cuando Stanley súbitamente apareció, andando a trancos en lo alto de la colina y ella lo vio a través de la aglomeración de aros y estacas<sup>[9]</sup>, con aquellos anteojos de automovilista y un gabán tan cubierto de polvo que parecía que lo hubieran rebozado previamente para algún banquete caníbal. ¡Y qué casualidad que él apareciera por allí y que milagrosamente la reconociera de la clase de baile a la que asistían juntos cuando tenían trece y doce años respectivamente, en Chicago, y que le encantara evocar esos dulces recuerdos y cien cosas más! Había llegado hasta allí en automóvil. Estaba recorriendo el país en coche. O por lo menos esa parte del país que está entre las Adirondacks y Boston.

Katherine no podía menos de sonreír ante aquel recuerdo, pero entonces, mientras el chófer la conducía por el camino que llevaba al manantial de aguas termales y las sombreadas inmediaciones de Montecito, ella empezó a preguntarse por qué su madre había sacado a relucir el tema de Stanley conduciendo: ¿sería sólo para provocarla? ¿Para ensanchar el abismo que ya existía entre ella y su esposo? ¿Para inclinar la balanza en favor de la anulación del matrimonio, del divorcio, y de un acuerdo económico? Miró de reojo aquel bulto que saltaba y que era su madre con el disparatado sombrero y el ondulante velo que le daba una presumida expresión fantasmal, y entonces lo supo.

—¿Madre?

—¿Sí, querida? —gritó su madre.

—¿Por casualidad has estado hablando con el señor Bentley? ¿O quizá con el

señor Favill?

No hubo respuesta. El motor gemía rumiando; un par de feos pájaros de plumas relucientes levantaron el vuelo apartándose de la calzada, dejando tras de sí una larga, húmeda y picoteada tira de carne. «Gallinazos comunes», suspiró hablando consigo misma, «*Cathartes aura*», pues era automático en ella eso de clasificar todo lo que se moviera en el mundo. Escudriñó el perfil de su madre a través del fantasmal velo que se pegaba a su cara y sintió que se le caían las alas del corazón. El dolor de cabeza volvió. Su sinusitis regresó en oleadas. Se sintió traicionada.

—¿Hablaste con ellos? —gritó en medio del viento.

—Lo siento, querida —gritó su madre, arrimándose a ella y formando bocina con las manos—, no puedo oírte.

—Sí que puedes —gritó Katherine—. Te has reunido con ellos, ¿verdad? ¿Lo hiciste?

Pero lo único que a su madre se le ocurrió decir, mientras los hombros del chófer saltaban junto con el vehículo, que tan pronto salía de un bache para caer en otro, con toda la carrocería vibrando, fue:

—¡Qué caballeros más amables!

Después de eso, siguieron en silencio, atravesando las polvorientas calles de Santa Bárbara para desembocar en los polvorientos caminos carreteros de Montecito, «el Edén de los millonarios», como decían los periódicos, el lugar adonde acudían los magnates ladrones, los industriales, los potentados del desayuno prefabricado y otros de la misma ralea para escapar de la nieve y andar de pendoneo por sus grandiosas haciendas en medio de un delirio botánico de plátanos, limas, naranjas chinas y aguacates. Katherine ya estaba predispuesta a aborrecer aquel lugar —¿por qué siempre los McCormick tenían que dirigirlo todo entre bastidores? ¿Qué había de malo en Waverley y en Massachusetts? ¿Acaso nunca nadie se había curado allí? Pero ahora, con su buen humor estropeado de nuevo, empezaba a detestar de verdad aquel sitio. Había belleza por doquier, intensa, física, inmediata, pero sus ojos estaban velados y era una belleza empalagosa, destructiva y odiosa, esa clase de belleza detrás de la cual se ocultan la serpiente y el escorpión... y los McCormick. Incluso cuando el chófer dobló en el manantial de aguas termales y cogió por el camino que llevaba a Riven Rock y pasaron por la verja principal y la mansión de piedra apareció ante ella cual un castillo de hadas, la casa de la Bestia erizada de rosas, la casa de Stanley, ella se esforzó para no experimentar nada.

Entonces el motor tosió y se apagó con un último resuello tuberculoso, y el silencio cayó sobre ellas como una bendición. Josephine fue la primera en librarse del velo, el cual llevaba prendido al imponente precipicio de su sombrero. Inclinandose para sacudirse el polvo, no sin antes quitarse la manta de las piernas con un puntapié, comentó irónicamente que la casa era un poco ostentosa, ¿a que sí?

Sí que lo era. Claro que sí. ¿Qué otra cosa hubiera podido esperarse de los McCormick? Katherine se quitó el velo y se alisó el cabello alborotado por el viento

mientras el pequeño chófer —Roscoe o algo así— acudió de prisa para abrir la portezuela y ayudarla a bajar. Pero ella no estaba aún preparada —haría las cosas con calma— y se quedó allí sentada un momento mirando las ventanas obnubiladas por el sol mientras se preguntaba si Stanley estaría detrás de alguna de ellas, si estaría contemplándola en ese preciso instante. Esa posibilidad hizo que se cohibiera, y sus manos revolotearon involuntariamente alisándose la cabellera de nuevo.

La historia de aquella casa, tal como ella la conocía, era la cosa más triste que ella hubiera podido concebir. Su suegra la había mandado construir como un refugio para Mary Virginia a finales de la década de los noventa, un sanatorio privado con un solo paciente —ojos que no ven, corazón que no siente—, y ellos no podían haber encontrado un lugar más distante de la buena sociedad de Chicago, a menos que la hubieran enviado en barco a Alaska o a las islas Salomón. Aquél era el lugar donde Mary Virginia podía estar a solas con su doctora, sus enfermeras, las fregonas, las cocineras, las lavanderas y la horda de jardineros sicilianos que transformaron lo que había allí —un soñoliento naranjal con una granja de madera medio derrumbada— en una verdadera hacienda con verdaderos terrenos que no estaría fuera de lugar en Grosse Pointe o Scarsdale. Nettie había contratado en Boston a la empresa de arquitectura de Shepley, Rutan y Coolidge para que diseñaran la mansión —de dos pisos, al estilo de las misiones españolas, con arcos de medio punto y una torre a un lado— y también contrató a un conocido botánico, el doctor Francisco Franceschi, para que supervisara la arquitectura paisajista, con sus ciento cincuenta especímenes de dafnes importadas de Japón, su campo de golf de nueve hoyos y todo lo demás. Y eso era triste. Porque los McCormick sentían que si invertían suficiente dinero en aquel lugar, podrían tranquilizar sus conciencias, respirar aliviados, cerrar el capítulo de aquella hija y hermana lamentablemente loca.

Pero aquello era aún más triste, porque Stanley estaba allí por aquel entonces, con su carácter dulce, vigoroso, ingenioso. Tenía veintiún años, se había graduado en Princeton, y era dueño de una amable sonrisa tímida y de unos ojos que se clavaban en una hasta hacerte sentir que en el mundo no existía nadie más. Él había ido con su madre para apoyarla moralmente y para ayudar en los preparativos de la instalación definitiva de su hermana. Pero a él no le bastaba simplemente con ayudar: Stanley era un perfeccionista, un fanático, un maniático de los detalles. Todos los días se reunía con el doctor Franceschi, interrogaba a los albañiles y arbolistas, absorto en el estudio de los planos con los jóvenes arquitectos Shepley, Rutan y Coolidge, supervisando la construcción, quitando una pared aquí, añadiendo un patio allá, y una ventana más allá, siempre una ventana. Fue él quien sugirió trasladar el alojamiento de la paciente de la planta baja a la alta —para que disfrutara más de las vistas— y fue él quien diseñó personalmente la habitación de arriba, desde las molduras de las ventanas hasta los marcos de las puertas, pasando por las baldosas del baño.

Y eso era lo que más la afectaba ahora, la ironía que entrañaba todo eso, pues lo más triste era que el pobre Stanley había diseñado su propia prisión y nunca lo supo.

Ni él, ni nadie. Tenía todas las promesas del mundo —miembro de media docena de clubs en la universidad, editor del periódico universitario, presidente del comité del Casino, un prodigio jugando al tenis, erudito, pintor, atleta, poeta, con la riqueza de los McCormick a su disposición, y todas las puertas abiertas—, y cuando Mary Virginia se mudó a Arkansas para estar con su nuevo doctor, nadie sospechó que Riven Rock no sería otra cosa que un lugar feliz, un punto de reunión para escapar del invierno, una de las seis casas que McCormick tenía desparramadas por todo el país. Pero Stanley aún prometía. Claro que prometía. A manos llenas. Todavía era joven y tenía tiempo de sobra para hacer algo con su vida y dejar su impronta en el mundo, a condición de que volviera a ponerse bien. Ése era el primer paso. Eso era lo que importaba, y contra eso nadie podría hacer nada, ni todos los abogados, ni los médicos ni las sofisterías de los McCormick.

Katherine aún no se había movido. El sol se derretía en las ventanas, el cielo bostezaba, la quietud era absoluta. Su madre ya había bajado del auto en un revuelo de plumas, poco menos que una pajarera, y ahora estaba mirándola fijamente con sus ojos claros, con esa mirada analítica que ella recordaba de su infancia, cuando padecía amigdalitis o indigestión y ella la escudriñaba para saber si tenía esas enfermedades. El chófer, tan enjuto y fibroso y vibrante cuando estaba al volante, ahora parecía un muerto viviente, una estatua, allí de pie ante la portezuela, esperando para ayudarla a bajar del estribo del Packard.

—¿Katherine? —dijo Josephine—. ¿Te encuentras bien?

—Muy bien —se oyó decir a sí misma.

—Porque si no lo estás —prosiguió Josephine— no tenemos por qué hacer todo esto hoy, podemos dejarlo para cuando no estés tan agotada por tu viaje...

Entonces ella se puso en pie, dominándolos, disponiéndose a descender del coche mientras las ventanas lanzaban destellos de luz y la mano en forma de garra del chófer súbitamente surgió ofreciéndole apoyo, y ella observó su propio pie guarnecido con encajes flotando en el aire, a punto de posarse en la tierra ignota del manicomio privado de su marido.

—Ya te he dicho que estoy muy bien —dijo, y de nuevo su voz dejó traslucir ese dejo de aspereza y exasperación—, ¿no me has oído?

Su madre se calló, apretando los labios en su mejor imitación de zaherida, pero estaba demasiado embriagada con California y sus aguas termales para abrigar ningún resentimiento real, y demasiado preocupada por lo delicado de «la situación de Stanley» —como ella empezaba a llamarle a eso— para llevar las cosas más lejos. En silencio, siguiendo al chófer y caminando tan frías y estiradas como dos extrañas buscando sus asientos en la ópera, Katherine y su madre subieron por el camino, ascendiendo los grandes bloques de piedra de los peldaños de la entrada principal, y llamaron tirando de la campanilla. O’Kane apareció en la puerta incluso antes de que los ecos de la campanilla se hubieran extinguido en una serie de sordas reverberaciones que parecían refugiarse en las enormes tinajas de barro que estaban a

ambos lados de la entrada. Parecía asustado. Parecía como si estuviera esperando a otra persona. O a nadie en absoluto.

—Buenas tardes —consiguió balbucir, cediéndoles el paso y tratando de esbozar una sonrisa.

—Buenas tardes —dijo Katherine bruscamente, más bien para salir del paso y sin devolverle la sonrisa, estaba demasiado agitada para sonreír, demasiado triste y enojada y pesimista, y la torpeza de O’Kane le irritaba. ¿Qué significaba aquello? ¿A quién estaban esperando? Pero era absurdo: alguien les había enviado el automóvil, y mientras desayunaban su suegra había hablado por los codos de los encantos de Riven Rock y de la ilusión que le hacía que ella viera la hacienda y diera su aprobación. Entonces... ¿sería Hamilton? ¿Vendría con sus ojos saltarines a contarle que Stanley había empeorado y que no podía ver a su propio marido, en su propia casa, después de aquella miserable espera de pesadilla que ya duraba seis meses, después de haber hecho todo ese viaje soportando la trepidación del tren que le molió los huesos, provocándole una terrible sinusitis, y levantándole aquel atroz dolor de cabeza?

—¡Oh, señor O’Kane —chilló su madre detrás de ella—, qué alegría volver a verle! ¿Qué tal se siente en California? Apuesto a que está echando de menos a su esposa. ¿Hmm? ¿Verdad que sí?

Katherine quería estranglarla. Hubiera querido dar media vuelta y gritarle: «¡Cállate, madre, cállate!», pero incluso antes de que pudiera apreciar los crímenes contra el buen gusto que en materia de mobiliario había perpetrado la madre filistea y pueblerina de Stanley, ya estaba preguntándole bruscamente a O’Kane:

—¿Dónde está mi esposo? —Y al mismo tiempo se adentraba en el zaguán medio decidida a empezar a abrir puertas al azar.

O’Kane le dio con la puerta en las narices al chófer y se precipitó hacia ella mientras Nick Thompson se levantaba de una silla, poniéndose al pie de la escalinata que conducía a la planta alta por si hacía falta interceptarla.

—¿Está en el piso de arriba, verdad? —preguntó ella dirigiéndose a los embotados ojos y la bulbosa cabeza del mayor de los Thompson.

Parecía haber alfarería por todas partes, estanterías llenas de cacharros, tiestos, cuencos, vasos, tazas, cachivaches hechos de un opaco barro de color moreno. El lugar era horrible —parecía un burdel español, una plaza de toros, y ella experimentó el súbito deseo de hacer añicos hasta la última cerámica y baratija andaluza en un devastador frenesí de estrépito y polvo, porque sabía que en ese momento estaban deteniéndola para que no subiera la escalera, lo veía en sus ojos y en la manera en que ellos abrían los codos y se preparaban como si ella fuera una de las locas que ellos solían encerrar bajo llave en el McLean, dentro de una celda salpicada de mierda. Ya ella tenía, un pie en el primer peldaño cuando O’Kane la alcanzó, pero no se atrevía a tocarla, de eso nada, así que de un brinco saltó tres escalones y, volviéndose hasta quedar frente a ella desde una posición más elevada, desplegó los

brazos en un gesto de explicación, el gran hombre, el tramposo, el impostor, la decepción en carne y hueso.

—Por favor, señora McCormick, no —dijo—. El doctor Hamilton ha dicho...

—Apártese —dijo ella.

—Señora McCormick —suplicó, con la cara afligida y abriendo las sólidas manos, y ahora Nick estaba a su lado, mientras la madre de Katherine tiraba del codo de su hija para hacerla retroceder—. Lo siento, realmente lo siento mucho, pero el doctor Hamilton ha dicho que su esposo no puede recibir ninguna visita, quiero decir, todavía no, y especialmente ninguna visita *femenina*, debido a lo ocurrido en el tren, o sea, el incidente...

—¿Qué incidente? —Ella sintió que se le paraba el corazón—. ¿De qué está usted hablando?

Katherine vio a O’Kane intercambiar una mirada con Nick Thompson, y entonces Nick, con su gran cabeza y pletórico de músculos, dijo que lo mejor sería que ella hablara con el doctor y O’Kane estuvo de acuerdo, diciendo que sí repetidas veces con la cabeza, golpeando bruscamente con su barbilla en las clavículas, y la madre de ella dijo que sí, que eso sería lo mejor, en el tono de voz que ella usaba con los gatos cuando arañaban sus muebles.

El pulso de Katherine se aceleró como una traca de petardos chinos. Sentía tambores sonando en la cabeza. Tuvo que hacer un esfuerzo para abstenerse de chillar.

—Muy bien —dijo, deshaciéndose de la mano de su madre y esforzándose por conservar la serenidad del timbre de su voz—, hablaré con el doctor. ¿Dónde está?

Los dos hombres en la escalera intercambiaron otra mirada.

—Está fuera —dijo O’Kane al cabo de un momento.

—¿Fuera? —Katherine estaba atónita. Ella había hecho todo ese viaje ¿y Hamilton ni siquiera estaba allí para darle la bienvenida?—. ¿Qué está haciendo, tomando el fresco?

—No —empezó Nick, encogiéndose cohibido mientras se aflojaba de un tirón el nudo de la corbata con un dedo índice romo—, está ahí fuera con los...

—Con los simios —interrumpió O’Kane—. O monos. Verá, no hace ni una hora estuvo por aquí ese capitán de barco, el de Mindanao, con el primero de los dos monos, o sea, hominoideos, en una jaula de mimbre. Había oído decir que el doctor Hamilton estaba buscando hominoideos y vino hasta aquí en el carro de Baldessare Dimucci, el encargado de estercolar las tierras, y, ¡uf!, los monos, perdón, los hominoideos, tenían fiebre o estaban resfriados o algo así, y el doctor Hamilton tenía que verlos en el acto, porque si no lo hacía, bueno, pues temía que ellos...

Entonces Katherine alzó la voz, no pudo evitarlo. No era correcto mostrar la más mínima emoción delante de los empleados —con eso sólo conseguía rebajarse a su nivel, lo sabía de toda la vida—, pero no pudo contenerse, no allí, ni en ese momento.

—¡Basta! —gritó—. Me importan un rábano el estercolero y sus monos. Yo

quiero ver a mi marido. Y si no puedo verlo, quiero saber por qué. Ahora mismo quiero que me llevéis a donde está el doctor Hamilton, ¿o queréis que os deje sin empleo a todos, hasta la última persona en estas tierras, y que lo empiece todo de nuevo?

Sesenta segundos más tarde, no sin antes haber decidido que era mejor que su madre se quedara atrás «sosteniendo una agradable charla con el señor Thompson», Katherine ya estaba fuera, siguiendo a O’Kane a través del jardín hasta la parte trasera de la casa. De no haber estado tan cabreada, hubiera podido apreciar lo que el doctor Franceschi había logrado con sus deslumbrantes arreglos de dafnes y jaras, con los torrentes de gazanias, las aves del paraíso de largos pétalos, las capuchinas del tamaño de platillos, pero eso tendría que esperar. Lo único que ella veía era una indiferenciada masa de vegetación y la nuca de O’Kane, donde el sedoso pelo rubio se unía formando una V hasta perderse en el blanco cuello de su camisa. Atravesaron el jardín por un sendero que los condujo a un claro poblado de doradas hierbas que llegaban a la cintura, donde dos vacas moteadas los miraron estúpidamente, y finalmente entraron en la densa sombra de un bosquecillo de robles de talla mediana.

—¡Doctor Hamilton! —gritó O’Kane, y en su voz vibró una extraña nota de advertencia, como si estuviera dando a entender que no venía solo. Acortó los pasos, avanzando despacio entre las sombras, con Katherine pisándole los talones. Hacía calor. Ella podía sentir el sudor en su frente, en la raíz del pelo, justo debajo de su sombrero.

—¿Edward? —la voz del doctor llegó desde algún lugar a mano derecha, surgiendo incorpórea desde el enrevesado laberinto de lianas culebreantes y una maraña de ramificaciones formando bóvedas—. ¿Ya han llegado? —gritó la voz—. Porque si es así, vas a tener que entretenerlas un minuto, dándoles evasivas, hasta que yo...

—La señora McCormick está aquí conmigo —gritó O’Kane, y en ese instante el doctor apareció, materializándose fuera de la sombra donde dos macizos troncos grises se intersectaban cual espadas cruzadas a menos de nueve metros de distancia. El médico estaba en mangas de camisa, con el cuello desabotonado, y parecía haber algo en su pelo, una extraña materia, caspa o lanilla o algo así..., ¿o acaso era paja?

—¡Katherine! —gritó, acudiendo a toda prisa entre terrones de tierra amarilla, con los zapatos polvorientos y unos pantalones que parecían acabados de usar para limpiar establos—. ¡Qué alegría volver a verla!

Ella le permitió que tomara su mano mientras él se retorció, rebajándose y disculpándose por presentarse en aquella facha y, más que nada, por no haber estado en la casa para darle la bienvenida personalmente, pero la culpa era —aquí dejó escapar una risita, nerviosa y aguda— de los hominoideos, los monos, porque ella no podía imaginar la suerte que habían tenido con el capitán Piroscz y tenía que echarles un vistazo, sólo un vistazo, porque eran tan, tan *monos*...

En ese preciso instante se oyó un largo chillido inhumano procedente de la



arboleda que crecía un poco más adelante, donde un homúnculo cubierto de piel los escudriñaba asomándose entre las hojas y haciendo muecas.

—¡Ajá, conque ahí estás, diablillo! —le regañó Hamilton, y se acercó al homúnculo poco a poco, alargando una mano para ofrecérsela como si estuviera invitando a aquella cosa a danzar—. Ven —gorjeó—, ven con papá.

El mono —Katherine lo reconoció de haberlo visto en sus prácticas de laboratorio como un *Macaco rhesus*— simplemente miró fijamente al doctor con sus ojos en forma de platillos. Era un ejemplar bastante poco atractivo, del color de la mostaza dejada secar toda la noche en el filo de un cuchillo, con el pelaje gastado y lleno de trasquilones y la piel salpicada de llagas abiertas y oscuras costras. Algo no parecía funcionar muy bien en una de sus manos y tampoco en los ojos, donde tenía algo así como una película o telaraña cubriéndole la córnea. Cuando Hamilton estuvo a un metro y medio del mono, engatusándolo y tirándole besitos, la cosa soltó otro aullido y desapareció en el dosel vegetal que colgaba encima de sus cabezas.

El doctor dejó caer la mano dándose una palmada en el muslo y dejó escapar una risita.

—Lo siento, Katherine —dijo, y ella advirtió que él no estaba preocupado en absoluto—, lamento haberle hecho sufrir todo esto..., lo que pasa es que están muy cachondos, eso es todo. Y quizá no debí haberlos soltado, pero se les veía tan patéticos en esa estrecha jaula de bambú, y me dio lástima pensar que no habían podido estirar sus miembros durante la travesía del Pacífico, probablemente desde que fueron capturados en las junglas orientales..., además, aquí es donde he decidido crear las instalaciones para que ellos vivan y tengo la intención de darles la mayor libertad posible.

Hizo una pausa, como si estuviera pensando en otra cosa, y entonces dio unas palmadas y se retorció las manos como si estuvieran mojadas y quisiera exprimir el agua de los dedos.

—Y bien —dijo—. ¿Qué tal?, ¿cómo se siente?

Katherine estaba a punto de decirle que no se sentía nada bien, que estaba agotada a fuerza de preocupación y de tanto viajar, y también bastante irritada, asombrada y desconcertada tras comprobar que los secuaces del doctor se atrevían a impedir que ella viera a su esposo, y que ella exigía una aclaración inmediata de todo aquello, pero no pudo decir nada. Porque en ese momento, mientras el doctor permanecía allí con aire gacho y O’Kane trazaba círculos con el zapato en el polvo y el declinante sol ponía cobrizas las ramas de los árboles, ¡paf!, el mono se dejó caer aterrizando de lleno en la cabeza de Hamilton, clavándole los dedos en el pelo y bufando como un gato acorralado. Pero eso no fue todo: casi al instante se le unió otro mono, que llegó volando por los aires para adherirse fuertemente al hombro del doctor, como un tractor. «¡Screee-screee!», se mofaban ambos animales, boxeando furiosamente uno con el otro mientras los quevedos del doctor enganchados al cuello con un cordel, saltaban ora a la izquierda, ora a la derecha. Y luego, tan abruptamente como

aparecieron, volvieron a desaparecer, perdiéndose como rayos entre las ramas, igual que fantasmas.

Katherine no pudo evitarlo. Estaba furiosa, enloquecida, dispuesta a verter sangre, pero ante el absoluto desamparo reflejado en la cara del puntilloso médico, ante semejante despliegue de energía primitiva, tuvo que reírse. Dicho sea en su honor, el doctor también se rio. Y O’Kane, el boxeador, que había palidecido ante el espectáculo de los diminutos hominoideos que no podían pesar ni la veinteva parte de lo que él pesaba, también participó, aunque con retraso, con una risotada que concluyó en gemido.

—No suelen escuchar la voz de la razón —resopló Hamilton, chistoso y alegre, con las lentes colgando airosamente del cuello, viendo en el suelo el cuello de su camisa estrujado. Los monos subieron muy alto a las copas de los árboles, chillando y emitiendo diversas llamadas, ululatos temblones y trinos nerviosos. O’Kane seguía haciendo círculos en la tierra con la punta del zapato. Katherine se llevó un pañuelo a la boca, reprimiendo un estornudo.

—¡Ah! —exclamó Hamilton—, yo conozco el paño, pueden estar seguros. —Y soltó una extraña risa—. Conozco a esos demonios..., son peores que mis pacientes.

Ahí fue cuando la alegría se desvaneció en el aire, tan totalmente como si hubiera sido chupada por el vacío. Katherine estaba que echaba chispas. Ahora, súbitamente, lo único que sentía era ultraje.

—Quiero ver a mi esposo —dijo, y su voz sonó tajante y fría.

Hamilton frunció el ceño. Su apariencia era odiosa, ridícula, con las mangas manchadas de orina de mono y el pelo lleno de hilachas: era un hombre y, por tanto, denegaría su petición.

—Yo pensaba escribirle —dijo el médico.

---

## GIOVANNELLA DIMUCCI

O’Kane estaba soñando con Rosaleen —o con alguien parecido a ella, un plateado súcubo de carne ardiente y emplumados labios flotando en el aire fuera de su alcance— cuando despertó, como cada mañana, por culpa del estrangulado canto del maltrecho gallo de Sal Oliveirio. Inmediatamente después se oyó el mugido de las vacas y una confusa disquisición en italiano a tres o cuatro voces, y luego, al poco rato, sintió el olor de la leña quemada y el potente aroma del café y los huevos crepitando en la sartén. No se levantó enseguida —esa mañana no entraba a trabajar hasta las ocho—, sino que se quedó allí mirando fijamente al techo y la tenue luz que barnizaba la ventana, con la esperanza de volver a dormirse para ver si podía reenganchar el sueño. Estaba empalmado —parecía que últimamente siempre tuviera una erección, de día y de noche, y eso era porque estaba haciendo la vida de un monje en una celda conventual— y empezó a toquetearse al ritmo lento de la añoranza, pensando en Rosaleen, en la chica del tren, en Katherine, hasta que se desahogó y pudo quedarse relajado en la cama.

Pero no consiguió dormirse otra vez, lo cual era un coñazo porque dormir era un refugio contra el tedio y él estaba aburrido, tenía que admitirlo: sentía comezón, estaba inquieto y se moría de aburrimiento. Eso sucedía a mediados de julio y ya llevaba siete semanas en California, viviendo en una de las habitaciones con suelo de tierra destinadas a los criados de la casa, mientras los sirvientes —espaguetis en su mayoría, aunque había una pareja de españoles o mexicanos mezclados con ellos— se hacinaban en las cabañitas que estaban detrás de la mansión de piedra. Mart estaba en la habitación contigua, pero Nick y Pat se habían mudado a la ciudad en cuanto llegaron sus familias, y supuestamente Rosaleen llegaría con ellos, de eso hacía dos semanas, pero O’Kane la convenció para que aplazara el viaje. Le dijo que aún no había podido encontrar una vivienda decente para ella y el crío, lo cual era verdad: no la había encontrado. Por supuesto, él había ido a la ciudad exactamente cuatro veces desde que había llegado, pero cuando andaba por allí —de noche, en compañía de Mart y Roscoe LaSource, el chófer— no buscaba apartamentos.

Eso le sabía mal, y echaba de menos a su hijo —y a Rosaleen, y quizá hasta a sus padres y al tío Billy y a sus hermanas—, pero quería vivir solo la experiencia de California, quería absorber lo más que pudiera de ese lugar tan irreal, como de otro mundo, donde los lagartos lamían las rocas y las flores eran como árboles y el océano se extendía hasta China. Aquello era tal como lo había imaginado, sólo que mucho más rico y complejo, como si todo lo que él había imaginado de California no fuera más que la primera página de una enciclopedia de imaginerías. Había helechos de

seis metros de alto, árboles que dejaban caer cortezas en vez de hojas, palmas tan delgadas como postes de faroles, y flores, flores por doquier: un mundo de flores. Aquello era más seco de lo que él había imaginado —no había caído ni una gota en todo el tiempo que llevaba allí, descontando la neblina que se instalaba por todas partes haciendo que el sueño mañanero se prolongara— y jamás hubiera sospechado que Riven Rock y toda aquella gran finca quedaran tan lejos de la ciudad, por lo menos a nueve kilómetros de distancia. Quizá debería comprarse una bicicleta, o buscar el modo de que le salieran alas. ¡Santo cielo, pensándolo bien, se sentía tan prisionero como el pobre señor McCormick! Y eso era lo que más extrañaba: los bares, las tiendas, el pavimento, las luces de la ciudad, la civilización.

Nunca había vivido en el campo, nunca se había despertado oyendo cantos de gallos ni mugidos de vacas, jamás había convivido tanto tiempo con forasteros, es decir, italianos. Estaban por todas partes, arrastrando los pies por los polvorientos caminos con sus pantalones bombachos y las camisas manchadas de sudor, picando piedras, podando setos vivos, escardando con azadones los huertos, por no mencionar la costumbre de darles palmadas en el trasero a cada vaca y a cada cabra que se encontraban en el campo seis veces al día, y la de varear la ropa lavada en grandes barreños fuera en el patio, o la de andar ganduleando por la casa, barriendo y pasando la fregona a paso de tortuga, siempre con caras de mugrienta resignación. Pero se lo pasaban bien, los italianos. La mayoría hablaba inglés, o al menos una versión, y Mart conseguía descifrar aquella jergonza, así que se pasaba muchas noches sentado en una roca entre los naranjos con Sal y Baldy y algunos otros, pasándose una jarra de vino tinto o de ese brebaje aguardentoso que ellos llaman grapa. Y sus mujeres no estaban del todo mal, las jóvenes en particular. Eran más bucólicas que la señorita Ianucci, pero un par de aquellas mozas realmente habían conseguido llamar su atención.

Y las naranjas. Allí estaban colgando de los árboles, igual que las manzanas o los duraznos de la costa este, y no pasaba un día sin que él las probara por la mañana; deambulando entre las perfumadas arboledas, llegaba a coger dos o incluso tres naranjas y chupaba las mondas mientras caminaba, con el sol dándole en la cara, los colibríes flotando en las flores como trocitos de hojas coloreadas suspendidas en el aire y las montañas irguiéndose ante él, todo envuelto en una niebla igual que en una pintura al óleo.

Pero con todo eso, no podía dejar de pensar en Rosaleen mientras salía de la cama, se echaba un poco de agua en la cara, se peinaba hacia atrás y estudiaba su mentón en el espejo preguntándose si podría dejar de afeitarse hoy. Quizá podría hacerla venir, los McCormick pagarían el viaje. Luego podría alquilar una vivienda en el centro de la ciudad, en una de esas calles próximas a la vieja misión española, todas sombreadas con árboles, y así estaría cerca de los bares, las cafeterías, las cantinas y la lavandería china, y él podría desahogarse cada noche y nunca tendría que despertar con el cacareo de las putas gallinas, ni sentirse tan solo y

descorazonado. Eso estaba pensando, de pie ante el espejo, haciéndose el nudo de la corbata, disfrutando de antemano con las primeras nociones del desayuno —las tortas de Sam Wah y los tres huevos pasados por mantequilla con una loncha de jamón frito y el recién horneado pan que ya podía oler—, cuando se le ocurrió mirar la carta que estaba encima de la mesita de noche. Era de Rosaleen y había llegado hacía dos días, y aunque ya la había leído seis veces de cabo a rabo, en su actual estado de ánimo no pudo resistir la tentación de cogerla distraídamente. Y una vez en su mano, casi involuntariamente, la desdobló y la alisó en la fría superficie de mármol:

Querido Eddie:

El sol brilla y compré un nuevo par de pantalones cortos para Eddie Junior gracias por el dinero. Es tan lindo y yo te extraño tanto cada noche, y tengo tantas ganas de sentir tu cosa dentro de mí que soy como una muerta de hambre oliendo en el aire el olor a beicon que alguien cocina al lado. Eddie envía los billetes de tren porque Mildred Thompson y Ernestina y todos los hijos se fueron de la ciudad hace semanas y te hecho mucho de menos.

Te ama y está ambrienta de ti,

*Rosaleen*

Podía oír su voz y verla en una espasmódica secuencia de posturas, la mayoría eróticas, tan parpadeantes y fugaces como en una de las películas de Edison, y eso le enterneció. Pero entonces le echó otro vistazo a aquellos garabatos inclinados hacia la izquierda y a esa ortografía de alguien que nunca había pasado de tercero de primaria y se preguntó en qué diablos estaría pensando cuando se casó con ella. En septiembre, cuando ella le comunicó que estaba embarazada, mientras salían del bar de Brophy & Grill de vuelta a la casa, cogidos de la mano, bajo un cielo estrellado y ella con los labios hinchados como esponjas cuajadas de miel que él no cesaba de lamer, tenía que haber echado a correr y nunca mirar atrás, debería haberse escapado a Alaska, a Siberia, a cualquier lugar. Pero no lo hizo. Y se casó con ella. De pie ante el altar, juró ante Dios y el padre Daugherty vivir con ella el resto de su vida. Sí. Pero ahora ella estaba en Waverley, de regreso en el seno de su familia, de vuelta con su padre y su madre y sus hermanos medio imbéciles de caras mantecosas, y él estaba allí, en California, sin nada que le preocupara en el mundo. Y eso no tenía vuelta de hoja.

Mart estaba en el comedor, encorvado sobre su plato y masticando con una impasibilidad de autómatas cuando O’Kane llegó para desayunar. El doctor y la señora Hamilton aún no se habían levantado. Ambos estaban provisionalmente alojados en una de las habitaciones de los invitados del ala este, con su bebé chillón, hasta que encontraran una casa apropiada en la vecindad. Los sirvientes comían en otro comedor, al fondo de la casa, y al señor McCormick le daban de comer sus enfermeros, a través de un tubo, a las nueve en punto. Así que esa mañana, con el palidísimo sol suspendido en la etérea neblina que se enroscaba alrededor de la casa asemejándola a un barco fantasma, sólo estaban Mart y O’Kane tomando el desayuno.

—¡Buenos días, Mart! —graznó O’Kane, levantando a medias la cobertera que tapaba la bandeja mientras la criada, una solterona cuarentona y asexuada que respondía al nombre de Elsie Reardon, revoloteaba alrededor con una jarra de zumo de naranja recién exprimido en una mano y una reluciente cafetera plateada en la otra.

Mart gruñó un saludo. Acababa de lavarse el pelo, que se peinaba hacia delante para disimular su bulbosa frente, y el pelo, aún mojado, formaba un casquete compacto encima de su cabezota en forma de bombilla. Tenía un trozo de huevo pegado a la barbilla.

—No sé cómo puedes aguantar esto —suspiró O’Kane, dejándose caer en la silla frente a él—. Quiero decir, siendo soltero y estando aquí, en medio de ninguna parte, mientras que tus hermanos están en casa follando todas las noches y hasta el doctor Hamilton se trajo a su mujer..., y los espaguetis con sus macarronas andan por ahí en esas cabañitas, follando como perros. Yo no puedo aguantarlo más. Creo que me voy a volver loco aquí.

Mart parecía interesado en el tema. Dejó a un lado el tenedor, se limpió el mentón con la servilleta. Escandalizada, Elsie les sirvió el café, y salió desconcertada del comedor.

—¿Y qué pasa con Rose?

O’Kane se encogió de hombros.

—Yo estoy hablando de ahora, de hoy, de esta noche. Yo estoy acostumbrado a follar, ¿sabes? ¡Claro, mira con quién estoy hablando!..., probablemente nunca has echado un buen polvo en tu vida, ¿verdad?

Mart protestó y, aunque débilmente, O’Kane advirtió que había dado en el clavo.

—Es como este jamón. —Y levantó la loncha rosada, clavada en su tenedor, recién salida de la sartén, un iridiscente jamón curado con humo—. Si Elsie no te lo hubiera dado esta mañana, podrías pasar sin él. Pero si deja de dártelo durante dos, tres días, una semana..., ¿sabes lo que te quiero decir? Y el sexo..., bueno, pues es una necesidad física también, exactamente igual que comer y hacer de vientre y beber agua...

—Y beber whisky —agregó Mart con una maliciosa sonrisa—. No te olvides del whisky.

O’Kane le devolvió la sonrisa.

—¿Qué te parece si le pedimos a Roscoe que nos lleve esta noche a la ciudad?

Entonces empezó la rutina de la mañana. Darles las «buenas noches» a Nick y a Pat, quienes acababan de terminar sus turnos nocturnos, y decirle «¡hola!» al señor McCormick, que estaba en la cama inextricablemente enroscado en sí mismo, doblado como un chicharrón; y luego había que quitarle el camisón y recoger y limpiar todas las inmundicias que dejaba en las sábanas, empaquetarlo todo y mandarlo a la lavandera, y después vendría el momento de meter en la ducha al señor

McCormick, que era cuando O’Kane evocaba a Robert Ogilvie, el director del Manicomio Peachtree, en Stone Mountain, Georgia, quien solía colgar a todos sus catatónicos de un bastidor para luego meterlos en una gran bañera de metal, dejándolos allí todo el día y la noche, y sólo les cambiaba el agua cuando se cagaban. Nada de manchas, ni olores, ni lavandería; sólo un tapón y un grifo. ¡Eso sí que era progreso!

—No parece que esté muy bien esta mañana —observó O’Kane en cuanto entraron en la habitación y se asomaron a la asquerosa cama y vieron la posición que el señor McCormick había adoptado.

Mart estaba en Babia. Simplemente meneaba su gran cabeza ahora rodeada por un flequillo seco y miraba fijamente a su patrón como si fuera un mueble.

—Lo he visto peor.

A veces, por las noches, el señor McCormick se acurrucaba como un feto en el útero, y de alguna manera se las arreglaba para doblar un pie detrás del otro entrelazándolos de un modo que parecía bastante incómodo, incluso muy doloroso, un poco a la manera de un contorsionista o un swami hindú. Respiraba con dificultad, las costillas subían y bajaban como si acabara de participar en una carrera de quince kilómetros, y mantenía los ojos abiertos, mirando fijamente sus manos entrelazadas, apretadas en un nudo gordiano, pero sin reaccionar ante ellos. Así que no tenían más remedio que sacarlo de la cama tal como estaba, cogiéndolo por los sobacos y por las nalgas, y transportarlo hasta la ducha, donde el chorro de agua le quitaría algo de su costra de churre y ellos podrían eliminar el resto con una pastilla de jabón Palmolive y dándole friegas con un cepillo, y así era todos los días, excepto que hoy había asumido una postura bastante complicada. En resumidas cuentas, era una extraña sensación tener que llevar cargado a un hombre de esa manera, una persona adulta en pelotas que valía nadie sabía cuántos millones y, sin embargo, tan soso y tan desprovisto de vida como un trozo de carne de ternera colgando de un gancho en la carnicería. Solamente sus ojos estaban vivos, y no expresaban gran cosa: sólo saltaban rápidamente hacia las agujas de agua que saltaban en el suelo de la ducha o hacia la luz restallando en las ventanas, y luego volvían a apagarse.

Era un espectáculo espeluznante. Perturbador. A pesar de que O’Kane había experimentado eso con muchos pacientes a los que había bañado, uno a uno, en el Manicomio de Boston, a veces hasta veinte seguidos, regándolos con una manguera como si fueran cerdos en una pocilga, de todas maneras aquello seguía afectándole. ¿Cómo podía alguien vivir así? ¿Era eso vivir? ¿Y qué era lo que hacía que el mecanismo se rompiera, que el normal se volviera anormal, que un hombre como el señor McCormick, que lo tenía todo y más, perdiera incluso la facultad de darse cuenta de su propia suerte?

—Me gustaría que saliera de este estado, Mart —comentó cuando acabaron de acostarlo de lado debajo de la alcachofa—. Aunque se ponga violento de nuevo..., cualquier cosa es preferible a esto.

—¿Estás bromeando? —dijo Mart frotándose la ceja izquierda donde su patrón le había asestado un puñetazo en el tren. El vapor subía del suelo. El agua siseaba contra las baldosas. El señor McCormick, con la piel brillando y el pelo como un oscuro solideo ceñido a sus sienes y formando un remolino en el cogote, empezó a gruñir suavemente.

—Piénsalo bien, Mart..., es Stanley McCormick, uno de los hombres más ricos del mundo, y ni siquiera lo sabe. Lo que te quiero decir es que yo puedo estar borracho como una cuba y no saber ni dónde estoy, puedo quedarme dormido en una callejuela y despertar en la playa con un montón de cangrejos corriendo por encima de mi cuerpo, pero yo siempre sabré que soy Eddie O’Kane.

Mart no parecía comprender lo esencial. Sólo miraba fijamente la encorvada forma acostada en las baldosas y sacudía la cabeza.

—Yo quiero que se quede así para siempre, amable y tranquilo.

Y entonces bajó la voz, porque uno nunca podía estar seguro de qué estaba pensando el señor McCormick o qué podía retener.

—Si él se pone bien, no nos necesitará más, eso dalo por seguro..., y entonces ¿qué será de nosotros?

A las nueve, después de aplicarle un masaje al señor McCormick para distender un poco sus músculos, y no sin antes desenredarle los pies, Mart le abrió las mandíbulas haciendo palanca con una clavija de madera, y O’Kane metió a la fuerza el tubo de alimentación entre sus dientes. (Y el señor McCormick tenía unos dientes fuertes, pero se estaban poniendo amarillos porque no era capaz de cepillárselos). El tubo consistía en un canuto de bambú que un cazador de cabezas hubiera podido usar como cerbatana, encima del cual se colocaba un embudo de cocina y, como desayuno, el señor McCormick tenía lo mismo que ellos —jamón, huevos, tostadas y café—, pero todo eso Sam Wah, el cocinero chino, lo había reducido minuciosamente a unas espesas gachas negras. Mientras O’Kane se afanaba en alimentarlo, encima de su paciente con la boca desmesuradamente abierta igual que un pichón en el nido esperando el tedioso goteo del puré, limpiándole reiteradamente las comisuras y la barbilla y pellizcándole la nariz para estimular el reflejo de tragar, no podía dejar de pensar en la falta de progreso del señor McCormick en los últimos dos meses.

Él no siempre había estado así. Dos años atrás, cuando llegó por primera vez al McLean, acababa de perder el juicio y el pronóstico era bueno. Estaba muy perturbado, por supuesto, particularmente los dos primeros días, insultando a cualquiera que se le acercara y gritando más que una orquesta toda clase de improperios contra Jack London, su padre, los dentistas, la Compañía de Cosechadoras y las mujeres, especialmente las mujeres, gritando «coño» y «raja» y «puta» hasta que las paredes vibraban y su cara se quedaba tan descolorida como una resma de papel blanco esparcida en la nieve; pero al cabo de una semana de estar atado con las sábanas, salió de su enajenación. De pronto se había calmado, se volvió razonable, comportándose como todo un caballero capaz de vestirse solo por las



mañanas, sin ningún tic nervioso ni otros disparates, paseándose por la sala charlando y bromeando con los demás pacientes y con sus parientes, hasta que la gente empezó a tomarle por uno de los médicos. Y el señor McCormick, a quien tanto le gustaba bromear, jugaba a interpretar ese papel, dando consejos, deambulando por los pasillos del brazo de los decepcionados padres de los demás pacientes, el primo de Bayonne, el sombrío hermano y el ceñudo esposo, y hasta con las mujeres se mostraba amable, la cortesía en persona, y siempre con la más dulce, afable y solícita voz que O’Kane jamás hubiera oído.

Al cabo de una semana él había distinguido a O’Kane —llamándole «Eddie» y pidiendo especialmente sus servicios— y juntos daban largos paseos por los jardines del sanatorio, jugando al golf, al croquet, al tejo y al ajedrez. El señor McCormick insistía en que se habían equivocado con él —sólo había estado un poco nervioso a causa del exceso de trabajo, eso era todo—, y hablaba y se vestía tan maravillosamente y siempre tenía una sonrisa tan radiante para todo el mundo, que O’Kane casi le creyó. Por las tardes mantenía a la sala embelesada con los cuentos de sus viajes —y él había estado en todas partes, todas las capitales de Europa, en Egipto, y hasta en Albuquerque, Carson City y San Francisco—, y los hechizaba a todos, a médicos, enfermeros y pacientes, con sus chistes. Siempre estaba gastando bromas: no bromas pesadas, ni chocarrerías, como era tan frecuente en la mayoría de los pacientes, él no tenía nada que ver con eso. Nada de cuentos verdes. Y a pesar de que los chistes en sí eran de los tiempos de Maricastaña («¿Qué le dice la brisa a la tela metálica de la ventana? No te enfades, sólo estoy pasando por aquí»), él se deleitaba tanto contándolos —y su cara se despejaba con el regalo de su sonrisa, achinando los ojos hasta ser sólo ranuras— que resultaban irresistibles, aunque uno ya los hubiera oído diez veces.

Todos se sentían optimistas. Todos estaban encantados. Un poco nervioso, eso era todo. Pero de pronto, una mañana, a raíz de una prolongada visita de su esposa, ya no volvió a salir de la cama. La sonrisa había desaparecido, los chistes quedaron muertos y sepultados. No podía hablar, ni oír, ni ir al retrete, ni limpiarse después de defecar. El doctor Hamilton, el doctor Cowles y el doctor Meyer trataron de hacerle entrar en razón, hablándole hasta que sus gargantas se secaron, suplicándole, reprendiéndolo, lisonjeándolo y amenazándolo —incluso hicieron venir desde Múnich al augusto doctor Emil Kraepelin para que intentara algo—, pero el señor McCormick sólo parecía sumergirse cada vez más y más en sí mismo, igual que si estuviera hundido hasta el cuello en arenas movedizas, contra lo cual nadie en el mundo podía hacer nada. Poco después de eso, agredió a la enfermera Doana —Arabella— y de nuevo tuvieron que atarlo con sábanas.

La esperanza era que California pudiera devolverle la razón, pero hasta donde O’Kane sabía aquello era inútil. Al menos hasta ahora el señor McCormick estaba más bloqueado que nunca, tan profundamente sepultado debajo de sus montañas de fobias y alucinaciones que ni siquiera reconocía a sus enfermeros. Y a nadie parecía

preocuparle: lo habían enviado a Riven Rock atado y tan inconsciente como un pavo de primera, y sanseacabó, ojos que no ven, corazón que no siente. A nadie parecía preocuparle, menos a la señora McCormick, es decir, Katherine. Ella seguía allí, al pie del cañón, mucho después de que se marcharan la madre del señor McCormick, su hermana y el señor Harold, ella seguía visitando la finca cada mañana, sin falta, sondeando a Hamilton y a los enfermeros, interrogando a las criadas, al mayordomo e incluso al cocinero con su macarrónico inglés. ¿Qué desayuna mi esposo? ¿Tiene buen apetito? ¿Tiene buena cara? O’Kane ya la había visto dos veces gateando entre los arbustos con unos impertinentes de ópera, afanosa de vislumbrar a su esposo cuando lo sacaban en silla de ruedas a la terraza. Pero Nick y Pat habían perdido todo interés, tratando a su patrón como si sólo fuera otro orate babeante en la sala de los violentos, Mart no parecía preocuparse en modo alguno, y Hamilton estaba tan ocupado con sus simios, buscando una casa y apaciguando a su esposa alterada tras la mudanza de Massachusetts, que últimamente no tenía tiempo ni para asomar la cabeza por la puerta.

Y en medio de todo eso, ¿dónde quedaba O’Kane? Allí, en aquel lugar tan remoto, en medio de un hatajo de espaguetis y con un calambre en las ingles que era como una fiebre, esperaba entre bastidores a que el señor McCormick se pusiera bien de nuevo y le recompensara por su diligencia y su lealtad, esperaba el día en que sus propias naranjas colgaran succulentas de las ramas y por fin pudiera salir al centro del escenario y dejar que el drama de su propia vida empezara.

Por la tarde O’Kane estaba sentado en la improvisada recepción de arriba, detrás de la puerta enrejada que separaba la habitación del señor McCormick de la escalera, jugando al solitario y abriendo de golpe su reloj de bolsillo cada treinta segundos para constatar personalmente el lento paso del tiempo, cuando el doctor Hamilton llegó tartamudeando, subiendo de dos en dos la escalinata, resollando.

—¡Edward! —gritó—, ¡Edward, tienes que venir a ver esto!

O’Kane levantó la vista de las cartas, alegrándose de esa distracción. Le echó una mirada a Mart y, más allá, al lío de formas que yacía en medio de la cama y que era el señor McCormick, y sólo entonces se levantó para abrir la reja, siempre consciente de las tres P.

—¿De qué se trata? —preguntó, haciendo girar las llaves en las cerraduras—. ¿Otro hominoideo?

En la sala iluminada por el incansable sol de California entrando a chorros a través de las ventanas de la planta alta, la cabeza del doctor parecía fulgurar. Últimamente se había dejado crecer el pelo, exhibiendo blancas estrías contra el lustroso castaño de su pelo, y O’Kane se asombró al descubrir que sus entradas empezaban a profundizarse. ¿Y cuándo había empezado a suceder aquello? Su cara también estaba algo cambiada..., las facciones parecían haberse alargado y había algo

más, algo extraño..., claro, se había afeitado la barba.

—Usted se ha quitado la barba —se oyó decir a sí mismo O’Kane.

El doctor agitó la mano como si dijera adiós, como si no mereciera la pena hablar de eso, pero sí lo merecía, porque esa barba era su principal atributo psiquiátrico, la copia exacta de la barba del doctor Freud. ¿Cómo iba a practicar la psiquiatría sin una barba? Era inconcebible.

—A mi esposa no le importa —explicó Hamilton, aún jadeando— y además con los hominoideos la perilla se convertía en un estorbo... Mary temía que mi barba se llenara de pulgas. O de algo peor. Pero basta de hablar de mi barba..., quiero enseñarte algo, Edward, algo realmente asombroso, lo mejor que hemos tenido hasta ahora. Venga, vamos, ¿a qué estás esperando?

Entonces bajaron la escalera, pasaron por la cocina y salieron por la puerta de atrás, encaminándose hacia el laboratorio de los hominoideos. El doctor estaba tan excitado que poco faltaba para que empezara a trotar. O’Kane pudo oír los chillidos y los aullidos de los monos mucho antes de que llegaran al sendero que se abría paso serpenteando a través de los robles, y también podía olerlos: un virulento hedor a fruta podrida llena de ceras, a sudor y vómito de hominoideos y una peste homicida a pelaje de mono coagulado con excrementos. Y ahora podía llamarlos monos, al menos cuando Hamilton no estaba escuchándole, porque eso era lo que eran: nueve *Macacos rhesus* y un par de oliváceos mandriles. Simios que no resultaban tan fáciles de conseguir. El doctor había enviado cartas a todos los que comerciaban con animales exóticos, a los circos y a los parques zoológicos a lo largo de la costa, pidiendo chimpancés, pero no había ninguno.

No obstante, había conseguido algunos monos, y otros estaban de camino. Después de que los dos primeros, que eran como ratas, murieran desangrados por las orejas y los anos, el doctor tuvo suerte y pudo comprarle nueve más de golpe a uno de los millonarios de la zona, un excéntrico que tenía toda una colección de animales salvajes sueltos en sus propiedades —avestruces, canguros, boas, impalas y esos antílopes enanos que llaman dik-dik— y localizó los mandriles en un decrepito zoológico de Muchas Vacas, México, donde unos cuantos pesos cundían mucho. O’Kane se alegraba de no tener que cuidar de aquellos bichos, y no habían pasado dos semanas cuando Hamilton empezó a soltarle indirectas, pero al final terminó contratando a dos pequeñajos flacos y morenos, un espagueti y un mexicano, para que construyeran las jaulas y las regaran con mangueras sacando las pestilentes montañas de mierda cada mañana.

Los monos no le llamaban mucho la atención a O’Kane, le recordaban demasiado a los dementes babeantes y a los lanzadores de mierda con los que había tenido que lidiar los últimos siete años, y ésa era una época que quería dejar atrás, para siempre. Ahora era el jefe de enfermeros de Stanley McCormick, y dentro de poco sería el dueño de un naranjal o tendría un pozo petrolífero, pavoneándose por el vestíbulo del Hotel Potter, tocado con un panamá, con su propio automóvil esperándole fuera

aparcado. Por supuesto, mientras estuviera bajo la férula de Hamilton, lo menos que podía hacer era fingir interés por los hominoideos, pero realmente no veía la utilidad de todo aquello; ni toda una selva de monos curaría la enfermedad del señor McCormick. Por lo que había podido observar, a Katherine tampoco le gustaban mucho los hominoideos, aunque ella se mostraba dispuesta a aprobarlos con la esperanza de que los experimentos de Hamilton pudieran conducir a la cura de su esposo, y consumía buena parte de cada visita allí, bajo los árboles, oyendo las interminables peroratas de Hamilton sobre la micción, el autoerotismo y la frecuencia de apareamiento de los hominoideos. El médico había bautizado a los monos con nombres tales como *Maud*, *Gertie* y *Jocko*, y la manera en que hablaba de ellos hacía pensar que era el padre de todos. («Ayer *Jocko* copuló con *Bridget* seis veces, y dos veces con *Gertie*», decía, y también: «En cuanto meto a *Jimmy* en la jaula de *Maud*, ella asume la sumisa postura sexual y ofrece su vulva»). A juicio de O’Kane, todo aquello era un poquito, en fin, excesivo. Sin contar que era bastante morboso.

Pero allí estaba Hamilton, entre el risueño espaguete y el risueño hispano, listo para quitar con el índice y el pulgar un sucio mantel a cuadros que parecía cubrir una jaula. Estaba radiante como un mago. Los monos chillaban y apestaban. La luz del sol se filtraba suavemente entre los árboles.

—¿Preparado, Edward? *Voilà!*

El mantel revoloteó en el aire hasta caer a tierra y la jaula quedó al descubierto. En su interior había una aglomeración de miembros cubiertos de pelaje anaranjado que más bien parecía un amontonamiento de pencas de palma hasta que empezó a agitarse. O’Kane vio dos ojos líquidos, y unas fosas nasales que estaban como excavadas con gubia en una llanta de caucho: la desnuda cara de un simio.

—¡Jesús, María y José! —exclamó—. ¿Qué diablos es eso?

—Un *orang-hutan* —articuló el doctor—. Etimológicamente: el hombre de la selva. Su nombre es *Julius*, y ha llegado desde Borneo, por cortesía de uno de los colegas del capitán Piroscz, Benjamin Butler, del *Siam*. —La sonrisa del doctor devoró su cara—. Es nuestro primer simio.

O’Kane dio un paso atrás cuando Hamilton alargó una mano para abrir la puerta metálica de la jaula. Estaba acordándose del chimpancé tuerto en el bar de Donnelly y en cómo aquel bicho había agarrado la mano de Frank Leary —¡y mira que tiene narices que un simio haga algo así!

—Todo está bajo control —le tranquilizó el doctor—, está absolutamente domesticado. Lo criaron como animal de compañía. Vamos, *Julius* —le arrulló, endulzando su voz hasta el hipnótico susurro que usaba con sus orates y lunáticos—, vamos, ahora puedes salir. —Un par de naranjas, seductoramente mostradas, era el incentivo.

—¿Está seguro de...? —empezó a decir O’Kane.

—Oh, sí, no hay nada de qué preocuparse —dijo Hamilton sin volverse a mirarlo—. Le tenían en la cubierta del barco desde que era un bebé y todos lo querían, toda

la tripulación, y no querían deshacerse de él, pero, claro, ya había crecido tanto que se volvió demasiado peligroso, pues casi no cabía allí entre tantos aparejos y vasijas de brea caliente y todos esos chismes... Vamos, eso es, buen chico.

Silenciosamente, la raída y anaranjada criatura se desplegó revelándose y salió de la jaula, caminando con los nudillos, escarranchada sobre sus largos y erizados brazos, igual que una araña gigante. O’Kane dio otro paso atrás y los dos celadores intercambiaron una mirada nerviosa: aquel animal era casi tan grande como ellos, y ciertamente pesaba más que los dos juntos. Y, por supuesto, al igual que el resto de los hominoideos, apestaba más que una barcada de ahogados.

*Julius* no parecía estar muy interesado en las naranjas, pero igual se las zampó en dos bocados, casi sin masticar, como si fueran pastillas para caballo, y se alejó bamboleándose por el polvo hasta donde estaban los monos y los mandriles, pegados a las puertas de sus jaulas y chillando pasmados. Intercambió varios fluidos con ellos, y aunque los otros arañaron la tela metálica y enseñaron los dientes, se mantuvo impasible, con expresión de desánimo, y luego se sentó en la tierra para olerse lujuriosamente los dedos de las manos y de los pies antes de subir perezosamente al árbol más cercano, como un señorón colgante, donde enseguida se quedó dormido. O muerto. Era difícil saberlo, estaba tan inanimado y desfigurado, que era como si alguien hubiera tirado un lío de alfombras mojadas en la horqueta del árbol.

O’Kane podía sentir los ojos de Hamilton clavados en él.

—¿Y bien? —le preguntó el doctor—. ¿Qué me dices? Magnífico, ¿no?

Los dos celadores salieron del gran recinto cercado que Hamilton había diseñado como un área comunal donde sus hominoideos pudieran «Interactuar», como él decía, y se dedicaron a montar los diversos aparatos de los misteriosos experimentos del doctor. Los monos, encerrados bajo llave en sus jaulas individuales, los vigilaban con brillantes ojos. Sabían lo que significaban los experimentos del doctor: comer, luchar y joder, y no necesariamente en ese orden. O’Kane no encontraba palabras con que expresarse.

—No pareces muy entusiasmado, Edward —observó Hamilton, con el mentón afeitado más pálido que el resto de su cara, lívido como la carne que yace debajo de un vendaje. Sus ojos saltaron rápidamente.

—No, no es eso..., es que estaba pensando si podrá conseguir más, ejem, hominoideos iguales a ese anaranjado. Debe de ser bastante difícil. Tengo que confesar que nunca había visto nada igual.

—Oh, sí que es difícil. Pero son simios lo que necesitamos, Edward. Los *Macacos rhesus*, al igual que los mandriles, son excelentes para los experimentos, y somos afortunados al tenerlos, pero los simios son nuestros primos más cercanos, y cuantos más podamos tener, más profundos, y relevantes, serán mis estudios. ¿Te das cuenta?

O’Kane estaba dibujando con la punta de su zapato una serie de círculos concéntricos en la arcillosa tierra amarilla. Quería echar un trago. Quería una mujer.

Quería estar en el centro de la ciudad, con Mart y con Roscoe LaSource, apoyando los codos en una pulimentada barra de caoba y con un plato de cacahuets salados al alcance de la mano.

—Escuche, doctor Hamilton —dijo cabizbajo, sin dejar de mover el zapato en la tierra—, hay algo que me pregunto, y no quisiera que sonara irrespetuoso o que pareciera que estoy cuestionando su método de trabajo en modo alguno, pero realmente no acabo de ver cómo se supone que todo esto ayudará al señor McCormick. Lo que quiero decir es que los monos están aquí afuera, haciendo su vida rutinaria, y él está allí retorcido como un alambre trenzado y, puede que me equivoque, pero no aprecio en él ninguna mejoría.

Los ojos del doctor saltaron un par de veces, y O’Kane pensó en una rana toro tratando de tragarse algo atascado en su garganta. Hubo un largo silencio, los monos emitieron un nervioso y suave trémolo anticipándose a su liberación dentro del gran recinto vallado, y la brisa cambió de dirección sutilmente para concentrar sus olores. O’Kane se preguntaba si no habría ido demasiado lejos.

—Ante todo, Edward —dijo finalmente Hamilton, y sus ojos se asomaron anfibiamente amenazadores detrás de la reluciente superficie de sus lentes—, quiero decirle cuánto me place ver que usted se toma tanto interés en el estado del señor McCormick. Como ya he dicho, él es la llave para todo lo que hacemos aquí, y ese hecho siempre hemos de tenerlo muy presente. El doctor Kraepelin puede calificar su caso de incurable, pero tanto el doctor Meyer como yo discrepamos de ese diagnóstico..., no hay motivos para pensar que no experimentará, si no una cura total, al menos una mejoría de sus síntomas y una gradual reintegración en la sociedad.

Se oyó un súbito crujido procedente de la gran jaula, seguido de unos tacos gritados a dúo por el mexicano y el italiano —*puta/puttana, puta/puttana*— y O’Kane miró hacia allí para ver a los celadores manipulando torpemente una estructura de madera alegremente pintada del tamaño de un piano. O’Kane recordó que era el pasadizo que el doctor había diseñado para comprobar las habilidades mentales de sus monos: había cuatro salidas, y los monos tenían que recordar cuál no estaba cerrada, y detrás de la puerta en cuestión estaba el premio de un plátano. Al instante Hamilton volvió la cabeza cabreado, con una voz incendiaria:

—¡Cuidado con eso, imbéciles! Si desconcháis la pintura os lo descontaré del salario, podéis estar seguros que lo haré. —Y luego chapurreó en italiano, ¿o era en mexicano? Las venas brotaron en su cuello y la cara se le puso más roja que los tomates que los espaguetis sembraban detrás de sus cabañas. O’Kane estaba impresionado.

Estuvo despotricando contra ellos en sus propios idiomas durante un buen par de minutos, y luego se volvió a O’Kane como si nada hubiera sucedido, convertido de nuevo en el hombre más frío del mundo, su voz reducida al habitual hipnótico susurro.

—Es cierto que el caso del señor McCormick es difícil, Edward, y puedo

garantizarle que me perturba muchísimo ver cuán profundamente bloqueado está ahora, pero con tanto mayor motivo debemos tomar medidas extraordinarias, e ir hasta donde nadie ha llegado en un intento por descubrir los apuntalamientos psicológicos de la conducta infrahumana (me refiero a la conducta sexual), de modo que podamos aplicarlos a nuestra propia especie y, específicamente, al señor McCormick, cuya generosidad ha hecho posible que empecemos todo esto.

Pero ¿cuánto tiempo tomaría eso? Eso era lo que O’Kane quería saber. ¿Seis meses? ¿Un año? ¿Dos? ¿Tres?

—Pero la última vez que recayó jugaba al golf conmigo —se oyó decir de repente — y ahora ni siquiera puede hablar. ¿Y usted me está diciendo que una banda de monos u hominoideos, o como quiera llamarlos, apareándose entre sí seis veces al día, van a sacarlo de la cama?

De nuevo un silencio. El doctor se dio una palmadita en el bolsillo de donde sacó la pipa, tabaco y una cerilla. Se tomó su tiempo para encender la pipa, sin dejar de observar a O’Kane. Él era el que mandaba allí y no permitiría que le desafiaran ni le provocaran.

—Como ya te he dicho, Edward —dijo, enfatizando su nombre de pila de manera irritante—, tal como afirman Charcot, Breuer y Chrobak, y confirma el brillante *Drei Abhandlungen sur Sexualtheorie* del doctor Freud, todos los trastornos nerviosos tienen, en el fondo, un componente genital. ¿Acaso te atreves a dudar que el problema del señor McCormick es sexual? Tú viste con tus propios ojos cómo atacó a aquella mujer en el tren y a aquella enfermera en el McLean, ¿cómo se llamaba?

—Arabella Doane —dijo O’Kane mecánicamente.

—El sexo es la raíz y la causa de toda actividad humana, Edward, desde que nos levantamos por la mañana para ir a trabajar hasta el proceso de conquista de las naciones, pasando por la invención de la bombilla eléctrica, la adquisición de un nuevo abrigo, servir la comida en la mesa y mirar a cada mujer que pasa como si fuera una pareja potencial. El sexo es el principio y el fin de todo, nuestra razón de ser, la fuerza de la vida que no puede negarse.

El doctor se había acercado un paso. O’Kane podía ver los oscuros cañones como granitos de pimienta en su mentón.

—Somos animales, Edward, nunca lo olvides..., y los animales, estos hominoideos que no parecen impresionarte nada, un día nos revelarán nuestros más recónditos secretos.

Como si esta última frase fuera lo último que tenía que decir en escena, uno de los monos, haciendo las veces de apuntador, empezó a aullar en un orgasmo de éxtasis. Los ojos del psiquiatra despedían llamaradas:

—Nuestros secretos sexuales —agregó en un débil hálito.

Fue precisamente en ese momento, cuando el doctor terminó de musitar esas palabras, que O’Kane vio por casualidad a Giovannella Dimucci cruzando por el sendero que estaba detrás del doctor, envuelta en un brillante rayo de sol. Llevaba un

par de chanclos y pudo ver sus tobillos desnudos asomando por debajo del dobladillo de la falda, arrastrando tras de sí una luminosa cabellera, con sus pechos estremeciéndose contra el tejido de la blusa y moviendo los brazos con rítmica gracia mientras desaparecía en un recodo del camino. O’Kane volvió a mirar al médico, a los monos colgando en sus jaulas, entre lujuriosos y esperanzados, y al gran bulto anaranjado en la horqueta del árbol. Se limpió el sudor de la cara con la mano, como si quisiera borrarlo todo. Estaba sudando a mares, y era consciente de la correspondiente sequedad en su garganta, el anhelo de agua del santo muerto de sed en el desierto.

—Bueno —dijo con un suspiro, como si tuviera que irse de mala gana—, es un hermoso simio lo que ha conseguido, doctor, y le agradezco que se haya tomado la molestia de mostrármelo y de explicarme todas esas cosas..., ahora estoy más tranquilo, pero... pero tengo que volver a la casa... Mart estará preguntándose dónde estoy. Así que, bueno, adiós.

Giovannella Dimucci era la hija de Baldessare Dimucci, quien transportaba el estiércol desde la granja lechera de Crawford en una chirriante carreta tirada por un caballo para vendérselo a los cultivadores de naranjas y a las prósperas viudas con macizos de flores y un cuarto de hectárea de terreno. Ella tenía diecisiete años y unos hermosos hombros, era apasionada y diligente, y desde hacía una semana trabajaba en la cocina mientras la criada de plantilla, una mujer encorvada como una verruga que respondía al nombre de señora Fioccola, se recuperaba del nacimiento de la última de sus doce hijas, todas hembras. O’Kane la alcanzó cuando subía la escalera de la parte de atrás, con un cubo vacío y sucio en la mano.

—Giovannella —la llamó, y la vio volverse y reconocerlo con una sonrisa que inundaba sus labios y sus ojos.

—Eddie —dijo ella, y ahora le tocaba a él sonreír—. ¡Qué sorpresa verte a esta hora del día!

Ella dejó el cubo en el peldaño y dejó que su sonrisa floreciera. Hubo un movimiento detrás de la puerta protegida con tela metálica: en la cocina, Sam Wah y otra de las criadas, O’Kane no supo cuál, fregaban una montaña de platos. Desde el garaje, en la otra esquina de la casa, llegaba el sonido de Roscoe reparando los coches: ora el rugido de un motor resollando, ora el débil y agradable olor de la gasolina. Aún sonriendo, chupándose un dedo, Giovannella dijo bajando la voz:

—¿No se supone que tendrías que estar ahora con el señor McCormick? ¿O cambiaste el turno?

O’Kane se acercó a ella, como si estuviera en un trance, y se sentó a sus pies en el peldaño más abajo. Podía oler el perfume de su cuerpo, la fragancia del jabón en sus manos, la tufarada agria y avinagrada del balde sucio.

—Sí, sí, lo cambié —dijo guiñando los ojos, entornándolos para poder ver sus



hombros, su cabeza y el moreno camafeo de su cara aureolados por el sol—. Veo que estás muy enterada de mis horarios, ¿eh?

No se ruborizó, pero la sonrisa vaciló un instante antes de volver a aflorar en su rostro. Furtivamente, por encima del hombro, Giovannella le echó un vistazo a la silueta de Sam Wah, luego se recogió las faldas y se sentó desenfadadamente al lado de O’Kane.

—Claro que estoy enterada. Conozco los horarios de todo el mundo aquí..., incluido el del señor McCormick.

—Chica lista —dijo él.

—Sí, soy muy lista —dijo con un leve rastro de acento.

Tenía nueve años cuando su padre emigró de Marsala y era tan americana como cualquiera, incluso tanto como Rosaleen, pero era más morena, muy morena, morena como ni en sueños podría serlo ningún irlandés. La piel de Rosaleen era blanca como la porcelana, caliza, lunar, tan pálida que las venas azules resaltaban en sus tobillos, en las muñecas y entre sus pechos; la de Giovannella era como el té de Darjeeling sumergido en la tetera y lentamente vertido en una taza de leche caliente. O’Kane estaba enamorado de aquella piel. Quería lamerle los dedos, las manos, los pies.

—Es un hombre muy peligroso —dijo O’Kane para apartar esa idea de su cabeza.

—¿Quién?

—El señor McCormick.

El sol, las flores, el suave cacareo de las gallinas, el rugido del motor. Giovannella enarcó las cejas.

—Es lo que llaman un maníaco sexual..., ¿sabes lo que es eso?

Ella no lo sabía. O al menos eso dio a entender.

—Él necesita..., bueno, tiene esa necesidad física todo el tiempo, de mujeres, ¿entiendes? Y se pone violento. Si no satisface su deseo, empieza a repartir golpes a diestro y siniestro, y si se le presenta la oportunidad, ataca a las mujeres, a cualquier mujer..., aunque sea su propia esposa.

El semblante de Giovannella se ensombreció y él se preguntó si no habría ido demasiado lejos, si no la habría asustado, pero luego la máscara se disolvió y ella se arrimó a O’Kane, poniendo una mano en su codo:

—A mí eso me suena a la descripción del hombre medio.

Súbitamente O’Kane estaba ardiendo. Fue como si una bomba incendiaria hubiera estallado en su interior, tres alarmas sonando y los bomberos del pueblo acudiendo a toda prisa.

—Oye —le dijo—, ¿sabes que realmente me caes muy bien? Eres una auténtica bromista, pero esto aquí es tan aburrido, ¿no te parece? Lo que quiero decir es que pienso que puedo pedirle a Roscoe que nos lleve esta noche a la ciudad en uno de los Packards, claro, si quieres venir... conmigo, quiero decir..., o sea, juntos.

Ella volvió a mirar hacia atrás por encima del hombro, como si alguien pudiera estar escuchándolos. Bajó la cabeza y sus ojos adoptaron una astuta y sigilosa mirada.

Su padre nunca la dejaría salir, O’Kane sabía eso, sin embargo Baldy no sospechaba que O’Kane fuera un hombre casado. Ésa era la relación que los italianos establecían con sus mujeres —especialmente con sus hijas. Las cuidaban de todos los machos entre las edades de once y ochenta años, a menos que se tratara de un cura, y por muy borrachos que estuvieran con su Bardolino y su grapa, siempre tenían un ojo abierto, vigilando, alertas, preparados para el ataque. Estaba convencido de que ella le diría que no, seguramente esgrimiría como pretexto la prohibición de su padre y el lumbago de su madre, diría que tenía que cuidar de sus desarrapadas hermanitas y de sus hermanitos descalzos, o que tenía que quedarse en la cocina guisando entre marmitas de pasta y *fagioli*, pero lo sorprendió. Apretó los labios, tomó una bocanada de aire, dejó vagar la mirada por el patio y luego, mirándole directamente a los ojos, susurró:

—¿A qué hora?

O’Kane estaba borracho cuando subió al automóvil, borracho cuando le dijo a Roscoe que se hiciera a un lado en el oscuro camino del molino de aceite mientras Mart se movía inquieto en el asiento delantero, y Giovannella, toda vestida de blanco, salió corriendo descalza de un claro entre las adelfas subiendo de un salto al vehículo, sentándose junto a él, con sus zapatos en la mano y oliendo a ajo, a albahaca y a mantequilla derretida a tal punto que se le hacía la boca agua; y estaba borracho mientras Roscoe manipulaba la palanca de cambio y Mart miraba directamente al frente, sin volver la cabeza ni una sola vez, y Giovannella se acomodaba debajo de su brazo, acercando su mejilla a la de él.

Lo pasaron muy bien en la ciudad, los cuatro fueron a comer a una cafetería y se atracaron de patatas fritas y bocadillos de huevo con ketchup, lo cual hizo que se le pasara la borrachera a O’Kane lo bastante para poder concentrarse en la manera en que Giovannella chupaba la pajilla que salía de su refresco de zarzaparrilla, y luego fueron al bar-restaurant de Cody Menhoff, donde O’Kane reavivó sus fuegos con whisky y cerveza hasta que prácticamente la forzó en un banco frente al Hotel Potter. Y lo más curioso fue que a Giovannella no pareció molestarle, sino que más bien le devolvió sus ardores en justa reciprocidad, y cuando ella volvió a saltar del auto y desapareció en el claro entre las adelfas, igual que una dulce aparición, ya era pasada la medianoche y O’Kane estaba enamorado.

Durante el fin de semana ella dejó que él le hiciera de todo, a cielo descubierto, bajo las estrellas, cerca del Arroyo de las Aguas Termales, donde pasaron horas enteras, desnudos, en una colcha que la abuela de O’Kane había cosido a la luz de una vela en otro tiempo, en Killarney. O’Kane se esmeraba en sacarla antes de correrse, pero Giovannella era imprudente y apasionada, revolcándose y debatiéndose debajo de él, agarrándose a sus hombros y pegándose a su cadera con tal ferocidad que casi resultaba imposible despegarse de ella, y cada vez que él sentía aquella ráfaga incontenible brotando de sus entrañas, aquello era una especie de lucha libre, como una guerra, algo tan terrible y bello como el nacimiento y la muerte y la

resurrección. Pero él era más fuerte, y acababa imponiéndose. Ya había preñado a una muchacha y que lo colgaran si iba a preñar a otra.

Giovannella se incorporaba temblando bajo la deslavazada luz de la luna y sollozaba viendo el derramado esperma de O'Kane, tocando con los dedos el brillante charco en su bronceado abdomen tenso como el parche de un tambor, y entonces se chupaba la punta de los dedos hasta que sus labios brillaban también.

—Eddie —gimoteaba una y otra vez—, ¿acaso no me amas? ¿No quieres hacerme un bebé? Eddie, eso es un pecado, un pecado mortal, y tú no me amas, yo lo sé, no me amas.

Él le musitaba tonterías, prometiéndole villas y castillos, luego ella se quedaba callada un minuto y él tomaba un largo trago de vino y le pasaba la jarra a ella y ella también bebía, con los pechos temblando y balanceándose libres al empinar los codos, y él posaba las manos en aquellos pechos para detenerlos, y se los chupaba para que dejara de sollozar, y al poco rato volvían a las andadas, enredados como adversarios, como amantes.

No conseguía saciarse de ella. Todos los días, sin falta, sentía su tacto, todo el mundo devenía táctil, su cuerpo despedía electricidad, la ropa le estorbaba, la sábana en su cama le daba picazón ciñéndolo como si fuera un cilicio. Quería estar desnudo. Quería estar con ella, tocarla, paladearla, saborearla, recorrer con los dedos su cabellera, sus pechos, e introducirlos en la húmeda seda de su grieta. Ya no le escribía a Rosaleen. No abría sus cartas. Ella estaba muerta y sepultada y, por tanto, también Eddie Junior, un error, una misteriosa excrecencia crecida de la nada, un montón de levadura, un hongo venenoso, un cáncer, esa cosa salida de un forcejeo breve y cachondo con ropa invernal, en una noche fría, en un frío establo. «Giovannella», suspiraba para sus adentros, susurrando aquel nombre incluso cuando metía al señor McCormick en la ducha o escuchaba la cantilena del doctor sobre sus monos o se sentaba a desayunar con el pobre y simplón Mart y hablaban del estado del tiempo. «Giovannella», suspiraba, «Giovannella Dimucci».

Al cabo de un mes, una noche, cuando fue a la ciudad con Mart y Roscoe, no pensó en ella. Estaba borracho, muy borracho, y se puso a nadar con ropa en la Playa del Oeste y estropeó sus zapatos y un excelente pantalón. Despertó a las cuatro de la madrugada con un taladro perforándole de parte a parte la cabeza, tan muerto de sed como un nómada del desierto, y de algún modo ella estaba allí, en su habitación, a horcajadas sobre él, con los puños cerrados, bisbiseando para sí misma. «¡Hijo de puta!», le gritó en cuanto abrió los ojos en la oscuridad, las duras pepitas de los nudillos de sus puñetazos lloviendo en su barbilla, en las orejas, en la boca, en una borrasca de golpes. Él trató de hacerla callar, temiendo que Mart pudiera oír desde el cuarto contiguo, o peor aún, que Hamilton los oyera al fondo de la casa, y la agarró por los antebrazos manteniéndolos en alto para desviar sus golpes, pero estaba demasiado debilitado y mareado y los puños de ella daban en el blanco una y otra vez. O'Kane se retorció, arqueando las caderas, tratando de salir de debajo de ella,

ahora soltando tacos, sintiéndose ultrajado y violado, sintiendo el gusto de su propia sangre en sus labios; pero ella hizo un movimiento de torniquete con los muslos y la resaca conspiraba contra él, así que finalmente se resignó a cubrirse la cabeza con los brazos y a esperar a que ella acabara.

Cuánto tiempo duró aquello, él no podía decirlo, pero cuando ella sollozaba, dándole puñetazos y arañándole los antebrazos con sus dientes y uñas, se echó hacia delante hasta pegar su cara a la suya y él pudo sentir la furia de su respiración en la desnuda superficie de sus ojos, sus labios, sus pómulos. El aliento de Giovannella era metálico. Ácido. A tal punto que lo marchitaba a él.

—Yo hubiera sido capaz de matar por ti —siseó ella—, hubiera matado a mis padres, a mis hermanas y a mis hermanos, hubiera matado a todo el mundo.

Y entonces se fue. Saliendo por la ventana, perdiéndose en la noche, para regresar al jergón de paja que compartía con sus hermanas Marta y Marietta en la oscura estrechez de la turbulenta casa de los Dimucci.

Al otro día se reconciliaron y volvieron a hacer el amor una y otra vez, en todas las posiciones que él podía soñar o inventar, y ella le arañaba la espalda suplicándole que se portara como un hombre, como un esposo, y que se quedara dentro de ella hasta hacerle un bebé, pero él decía que no y volvían a reñir y a pelear por ese motivo. Saciados, jadeando, relucientes de sudor, yacían uno junto al otro en la colcha debajo de los árboles, silenciosos como enemigos, hasta que ella se levantaba y se vestía y se iba sin decir ni pío. Entonces él no se dejaba ver durante un par de días y no la veía. Había tomado la precaución de poner un candado en su ventana, y eso le supo mal, pero no podía permitir que el doctor Hamilton la sorprendiera trepando por allí para entrar en su habitación. O Katherine, ¿qué pasaría si ella se enteraba de eso? O Kane fue a la ciudad, a la casa de Nick, para celebrar el cumpleaños de Ernestine y beber suficiente cerveza como para hacer flotar un barco, y ni siquiera una vez susurró para sí mismo el nombre de Giovannella. Ella no volvió a aparecer de día por Riven Rock —la señora Fioccola ya había regresado a la cocina y Giovannella no tenía nada que hacer allí—, y sólo se la veía por las noches, fisgando por los alrededores y lanzando piedrecitas al cristal de la ventana de O’Kane. Los guijarros llovían como granizo. La ventana trepidaba en su marco de hierro. Los perros empezaban a ladrar, y en dos ocasiones los sirvientes salieron enfurecidos de sus cabañas a perseguir fantasmas por el patio. ¿Y cómo se sentía O’Kane? Estaba irritado. No tenía ninguna necesidad de aquello. Ella era una especie de loca, una arpía, y él lo único que quería era una muchacha, quería inocencia, suavidad, la tierna complacencia del amor.

Transcurrió una semana, y O’Kane se aficionó a ir andando hasta la ciudad por la noche, nueve kilómetros a la ida y otros nueve a la vuelta, evitando a los italianos que se reunían después de cenar en la gran roca del huerto para jugar a las damas, tocar la concertina y beber grapa; él trasnochaba hasta la una y las dos de la mañana con Nick y Pat, oyendo los suaves ronquidos de su benefactor, evitando ir a la habitación hasta

que se sentía tan agotado que ya no podía evitarlo. Para su alivio, no hubo más pedradas en la ventana, no más sobresaltos en medio de la noche. Giovannella había desaparecido. Todo había pasado. Y él estaba tratando de adaptarse a esa triste realidad, sintiendo un poco de nostalgia y tristeza, cuando en la despejada mañana de un sábado salpicado de flores, Baldessare Dimucci y su hijo mayor, Pietro, llegaron en su traqueteante carreta llena de estiércol y aparcaron frente al garaje. Elsie Reardon subió a verlo.

—Ahí abajo hay dos hombres preguntando por usted, Eddie —le dijo, asomándose a la reja que aislaba el alojamiento del señor McCormick—. Dos espaguetis.

Esa tarde, cuando Hamilton lo citó a la biblioteca después de su turno de trabajo, O’Kane no pensó que tuviera nada que ver con lo ocurrido, pues normalmente el doctor quería cambiar impresiones sobre la mejoría —o el empeoramiento— del señor McCormick. Y si no era eso, quería hablar hasta el cansancio de las deposiciones de *Julius* o las de *Gertie*, y de cuántas veces *Jocko* la montaba mientras *Mutt* los miraba. Pero tan pronto como entró en la biblioteca y vio a la señora McCormick y a su madre allí sentadas, como jueces amigos de la horca, y al doctor con una cara tan larga que le llegaba al suelo, supo que algo malo iba a pasar. Incluso antes de que Katherine dijera «buenas tardes, señor O’Kane, siéntese, por favor», con su tono de voz más frío y la madre le dirigiera su acostumbrada sonrisa rápidamente desvanecida y el doctor se aclarara la garganta ostentadamente dejando que la luz rebotara en sus lentes para que así uno no pudiera ver sus ojos saltando, O’Kane ya estaba pensando en cómo iba a justificar el pequeño contratiempo acaecido en el patio, sacándose de la manga circunstancias atenuantes y construyendo un inexpugnable muro de verdades a medias, plausibles ficciones y mentiras a secas.

Durante años, en sus relaciones con las mujeres —relaciones que habían sido amplias, incluso prodigiosas—, él había aprendido que lo mejor era negarlo todo siempre. Y así trató de hacerlo con Dimucci padre e hijo, pero los Dimucci, coléricos y prestos a actuar rápidamente —fruto supremo de siglos de mortales enemistades entre clanes e inmutables códigos de honor campesinos—, no tragarón.

—¡Eddie! —gritó el viejo para que toda alma viviente pudiera oírlo en un kilómetro a la redonda—, has perjudicado y deshonrado a mi hija Giovannella y ahora tienes que casarte.

Mientras tanto su hijo, que no pasaba del metro cincuenta de estatura y tenía la cara como un zorro con la pata cogida en una trampa, le miraba ferozmente, lleno de odio. No quisieron entrar en razón. O’Kane trató de decirles que ellos ya no estaban en Sicilia, que aquél era un país libre y que Giovannella era una mujer hecha y derecha y tan culpable como él: muy culpable, por el modo en que se contoneaba por la cocina, haciendo pucheritos con la boca y sin sostén, con las tetas sueltas debajo de

la blusa, como frutas maduras dentro de un saco; pero lamentablemente, cuando llegó a la parte de las frutas maduras, Pietro arremetió contra él, y lo agarró por el cuello pegándolo a la pared como una mariposa clavada en la caja de un entomólogo.

Todo eso le había sentado muy mal. Él no era un monstruo. No quería ofender a nadie. En todo el tiempo que estuvo con Rosaleen solamente se había apartado del buen camino un par de veces, sin contar a Giovannella, y eso sólo cuando su barriga de embarazada era tan grande que ya no podía —o no quería— satisfacerle. Ella se negaba a usar su boca, ni siquiera su mano, y francamente se ponía de muy mala leche con sus peticiones, como si él estuviera pidiéndole que matara al Papa o vendiera su alma al diablo o algo por el estilo. Y en ambas ocasiones siempre hubo algún Judas que lo traicionó; él sospechaba de su hermano mayor, su cuñado Liam, quien siempre andaba metiendo las narices en lo que no le importaba, o de su amiga de colegio, Irene Norman, que trabajaba en la cafetería de Bisby y se enteraba del cotilleo de la ciudad tres veces al día, así que Rosaleen armó la gorda, como si le hiciera falta algún pretexto para estallar. Él lo había negado todo. Le dijo que quienquiera que estuviera llenándole la cabeza con toda esa mierda era una persona miserable y malévolamente que no merecía el menor crédito, pero de todos modos Rosaleen siguió chillando hasta dejar sus pulmones en carne viva, abollando todos los cacharros y las cacerolas de la casa. «¡Admítelo!», exigía chillando. «¡Admítelo!», susurraba después de una noche en vela junto a él, sollozando, «confiésalo y yo seguiré contigo», pero él sabía más que eso, sabía que si soltaba prenda tendría que estar oyéndola hablar sobre Eulalia Tucker y sobre Lizzie, la esposa de Bartholemew Pierson, cada minuto de cada hora de cada día durante el resto de su vida.

Pero ahora, en la biblioteca, rodeado por los exquisitos y dorados lomos de los centenares de libros encuadernados en piel que en las últimas semanas Katherine había almacenado en las estanterías de madera de teca, listos para el día de la recuperación de su esposo, no sabía qué hacer. ¿Cuánto sabían ellos? ¿Cuánto les importaba aquel asunto? ¿Acaso era un negro esclavo para que lo azotaran y lo reprendieran acosándolo con cada pequeño detalle de su vida privada? Eso estaba pensando mientras se sentaba tratando de sostenerle la mirada a Katherine, sin tener que clavar los ojos en sus zapatos. Hubo un momento de atroz silencio, durante el cual él oyó la llamada de un mono cuyo eco se multiplicaba desesperadamente sobre los campos.

—¿Y bien? —dijo él finalmente, tomando la iniciativa—. ¿Puedo hacer algo por ustedes?

Katherine se irguió en su asiento, poniéndose más rígida. Llevaba un vestido de terciopelo, de ese regio tono purpúreo que solía gastar monseñor O'Rourke durante la Cuaresma y los domingos de Adviento, y un sombrero con un penacho de plumas a juego. Como de costumbre, su postura era impecable: rodillas y pies muy juntos, alineados con esmero, la espalda tan rígida que era cóncava, manteniendo la barbilla alta y los labios herméticamente apretados.

—Claro que puede —dijo ella, y sus ojos no le dieron tregua—. Tal vez, señor O’Kane, pueda darnos una explicación sobre ese incidente..., mejor dicho, esa relación... con esa chica campesina.

Él trató de mirarla sin pestañear, procurando irradiar inocencia, humildad, mostrándose dispuesto a servir en todo lo que pudiera para aclarar que en el peor de los casos se trataba de un simple malentendido, pero no pudo. Los ojos de Katherine eran balas silbando, disparos en la oscuridad. Él miró a su madre, pero era como si no estuviera allí, inmersa en sus propios sueños, y luego a Hamilton, pero él estaba imitando a Katherine.

—Bien —dijo O’Kane, tratando de esbozar su sonrisa más encantadora, esa que según su madre podía resucitar a los muertos, sonriendo y mirando a Katherine—, no es más que una chiquillada inocente, es una colegiala encaprichada, eso es todo. Verá, la chica en cuestión estaba cubriendo una vacante aquí temporalmente en la cocina mientras la señora...

Katherine lo interrumpió. Ella estaba tan tiesa como una escoba en su sillón, que ahora, al inclinarse tanto hacia delante, él pensó que iba a astillarse partiéndose en dos.

—¿Se ha dado cuenta, señor O’Kane, de que ahora soy yo la que manda aquí? —dijo ella, y enseguida él advirtió el filo de impaciencia en su voz.

No era momento para improvisaciones: ella era la que llevaba la batuta y él era la orquesta.

—Sí, señora —dijo, y lo dijo en serio.

En los últimos meses ella estaba redecorando la casa, cambiando las sombrías pinturas españolas, ordenando que arrumbaran los muebles negros y los cacharros de cerámica en el desván del garaje y sustituyéndolos por marinas y escenas del oeste, modernos sillones y sofás de esquinas cuadradas con bajos respaldos, cortinas que devolvían la luz, y haciendo que el lugar dejara de parecer una versión del McLean en la costa oeste y que pareciera el hogar de un hombre importante y sano que sólo tenía una ligerísima, insignificante, indisposición pasajera. Había contratado un nuevo jefe de jardineros, un arquitecto paisajista y media docena de nuevos espaguetis y mexicanos. Y aunque los McCormick seguían siendo los dueños de la casa y el señor McCormick le pagaba un alquiler mensual a su madre, todas las decisiones, por triviales que fueran, dependían de Katherine. Ella estaba al frente de todo. De eso no cabía la menor duda.

—Me alegro —dijo Katherine—, porque quiero que lo tenga bien presente cuando oiga lo que tengo que decirle.

O’Kane recorrió con la mirada a los presentes. El doctor se movía inquieto en su silla; la vieja dama sonreía vagamente.

—He hablado con las partes interesadas, señor O’Kane, y lo hice en italiano, para estar absolutamente segura de los hechos, y encuentro su conducta reprensible. Usted ha jugado con el cariño de esa muchacha, señor O’Kane, y lo que es aún peor, se ha

aprovechado de ella. Perjudicándola, como dicen ellos. ¿Acaso se figura que una hembra es tan sólo un objeto, señor O’Kane, un pedazo de carne puesto en esta tierra para satisfacer su lujuria? ¿Es eso lo que piensa?

O’Kane inclinó la cabeza, pero estaba tan enfurecido que echaba humo. Le importaba un bledo quien fuera ella, no tenía ningún derecho, él no era un esclavo, era un hombre libre:

—No —dijo.

Hubo una pausa. La luz del sol relucía en los lomos de los libros, en el cristal de la librería. La vieja dama, la madre de Katherine, parecía estar tarareando para sí.

—Ahora bien, el doctor Hamilton dice que usted es un excelente enfermero — prosiguió Katherine, con la voz tensa— y me consta personalmente la devoción que le profesa a mi esposo, pero créame, si no fuera por eso ya estaría despedido. ¿Ha quedado claro?

—Sí —dijo croando, croando igual que una rana, igual que algo que uno aplasta de un pisotón.

—Porque mientras usted trabaje para el señor McCormick es su representante ante la comunidad y usted se conducirá como corresponde a su norma moral intachable o tendrá que buscarse otro empleo. Eso sin mencionar el hecho, que es quizá lo más triste de todo el asunto, de que usted es un hombre casado. Usted hizo unos votos sagrados, señor O’Kane, ante Dios y los hombres, y no hay ninguna excusa para abjurar de ellos. Me ha decepcionado, realmente me ha decepcionado.

O’Kane no tenía nada que decir. La muy zorra. La entrometida y jactanciosa lagarta de Back Bay. ¿Cómo se atrevía a tratarlo como si fuera un colegial? ¿Cómo se atrevía? Pero se contuvo, porque los naranjos y el señor McCormick eran la mejor oportunidad que había tenido en toda su vida. ¡Ella ya vería! Un día de éstos. Un día de éstos él le mostraría de lo que era capaz.

—Hay algo más —dijo ella, relajándose finalmente en el abrazo del sillón, aunque sus pies seguían clavados al suelo—. He sacado dos billetes de segunda clase a nombre de su esposa. Espero que esté aquí este fin de semana o a principios de la que viene.



---

## LOS ARREOS

La segunda mujer que Stanley McCormick vio en cueros fue una francesa, una prostituta callejera que respondía al nombre de Mireille Sancerre y cuya ropa interior era de un rojo tan subido que parecía un campo de amapolas súbitamente revelado bajo la mortecina bombilla de su alcoba.

—¿Te gusta mirar? —le preguntó coqueta mientras él yacía paralizado entre las sábanas perfumadas con pachulí, viendo aquellas cosas sedosas que caían flácidamente alrededor de ella dejando al descubierto su blancura, esa blancura que él tanto aguardaba, temía y ansiaba. Tenía veinte años, hacía cuatro meses se había graduado en Princeton y era un aprendiz en el estudio de arte de monsieur Julien, en la rue de Clichy, en Montmartre. Su hermano Harold, que se había graduado junto con él en junio, acababa de casarse con Edith Rockefeller, y su madre, para mitigar la pena de Stanley, se lo había llevado en un viaje por Italia y a ver las antigüedades de Europa con el fin de distraerlo. Fue maravilloso viajar juntos, Stanley y su madre, saboreando la oportunidad de estar solos después de la separación de la universidad, pero reñían a propósito de los planes de Stanley de quedarse en París durante unos cuantos meses para estudiar dibujo. A juicio de Nettie, la ciudad más inicua y corrupta de Europa era el lugar menos indicado para que su hijo menor residiera por su cuenta por primera vez en su vida, pero Stanley argumentaba que París era la meca del mundo del arte, condición *sine qua non* para la realización de cualquier artista, y protestaba diciendo que nunca volvería a tener una oportunidad así.

—¡Madre —gritó con la cara descompuesta y los ojos como avispones enloquecidos zumbándole en la cara mientras daba carreras enfurecido de aquí para allá a lo largo de la dorada suite que ocupaban en el Hotel Elysée Palace—, es la gran oportunidad de mi vida, mi oportunidad para estudiar con un maestro francés antes de regresar a Chicago y volver a los arreos! Y sólo tengo veinte años. Luego estaré en la Fábrica de Segadoras hasta que me muera.

Nettie, entronizada en su sillón, crispando los labios:

—No.

—Pero madre, ¿por qué? ¿No me he portado bien? ¿No he terminado mi carrera con buenas notas, llenándote de orgullo? Incluso con mejores notas que Harold, cien veces mejores. Y sólo te estoy pidiendo una cosa de nada.

—No.

—Por favor.

—No. Y punto. Conoces perfectamente bien las tentaciones que asaltarían a un joven de naturaleza tan noble, todos los días, en una ciudad como ésta, un lugar

siempre lleno de extranjeros de la peor calaña, adictos a la obscenidad, siempre enarbolando sacrílegos criterios y burlándose de la moral y de la vida juiciosa, y no vayas a pensar ni por un minuto que no he visto cómo esos franceses con sus caras de cerdos sonrían afectadamente a espaldas nuestras..., ¿y qué me dices de tu salud? ¿Has pensado en eso? ¿Quién cuidará de ti si esa fiebre egipcia vuelve a atacarte de nuevo? Sigues estando delicado de esa fiebre, lo sabes, y no tienes buen aspecto, el color de tu cara es poco menos que aterrador. ¿Eh? ¿Qué me dices? No te oigo, Stanley.

Él no respondió, aunque consideraba que tenía buen color, tal vez un poco paliducho, pero nada grave. Mientras se paseaba preocupado por la sala, de pronto se detuvo ante el espejo y vio una cara que apenas reconocía: las pupilas fijas y las mejillas chupadas, un aspecto demacrado que le asustó. Era verdad, tenía que recuperar los kilos que había perdido durante su ataque de fiebre tifoidea, pero ¿dónde mejor que en la capital gastronómica del mundo?

—¿Y qué me dices de tu temperamento nervioso? —insistió su madre—. Qué va, no puedo dejarte aquí, ni hablar del peluquín..., estaría postrada de preocupación durante todo el viaje de regreso. ¿Es eso lo que quieres? ¿Es eso?

No, Stanley no quería eso, y lo sabía todo sobre la gravedad de la afección cardíaca de su madre y lo mucho que ella le necesitaba y cuán absolutamente desgarrada se iba a quedar sin él si la dejaba sola un par de meses, especialmente ahora, precisamente ahora que Harold y Anita se habían ido de casa y ella tenía que regresar a esa inmensa mansión vacía, toda para ella sola, y estar allí únicamente acompañada por la servidumbre, pero por primera vez en su vida se enfrentó a ella. Durante dos semanas no la dejó en paz, ni siquiera un minuto, implorando, importunándola, dándose golpes de pecho, meditando tristemente, frunciendo el ceño y cerrando de golpe las puertas hasta poner a los sirvientes nerviosos, y finalmente, a regañadientes, ella cedió. Encontró un lugar muy conveniente para él en una irreprochable pensión en Buttes-Chaumont regentada por una señora de mediana edad, de Muncie, Indiana, la señora Adela van Pele, una piadosa presbiteriana que regentaba aquella pensión mientras su marido, el famoso evangelista Mies van Pele, convertía a los cazadores de cabezas a lo largo del río Rajang, en Borneo; y además sostuvo una larga conversación con monsieur Julien, quien le aseguró que su hijo dibujaría solamente los temas más decentes —es decir, naturalezas muertas y paisajes— y nunca nada que fuera ni remotamente corporal. Satisfecha, pero llorando y tirándose de los pelos, Nettie emprendió el viaje de regreso, sola. Y fue la misma noche de la partida de su madre —de hecho, al volver de despedirla— cuando Stanley, con la sangre zumbándole en los oídos, se tropezó con Mireille Sancerre.

O mejor dicho, fue ella la que tropezó con él. Él deambulaba por una calle desconocida cerca de la Gare du Nord, preguntándose qué era lo primero que iba a hacer, sin prestar la menor atención a lo que le rodeaba. ¿Qué tal si se iba a comer al primer restaurante que se le antojara, donde nadie le riñera a causa de lo que eligiera

del menú ni despreciara sus gustos culinarios? ¿No sería mejor irse de copas al café para ver a la gente pasar? También podría ir a ver un espectáculo, uno de ésos tan excitantes y de los que tanto había oído hablar en la universidad, o incluso, si era capaz de reunir el coraje suficiente, podría ir a un tenderete y comprarse una de aquellas barajas cuyos naipes traían imágenes por el dorso y regresar sigilosamente a su habitación para examinarlas con tranquilidad antes de que la señora Van Pele le pillara y lo engatusara para cantar himnos en alabanza de Dios, de la Virgen y de los santos hasta la hora de acostarse.

Por supuesto, cuanto más se sentía tentado tanto más luchaba contra sus deseos impuros, pensando en lo piadosa que realmente era la señora Van Pele, y en lo buena que resultaba su compañía, y en cuán generoso era de su parte que elogiara su voz, cuando Mireille Sancerre tropezó con él. Pero no fue un topetazo cualquiera, no esa clase de contacto azaroso que se produce en los entreactos del teatro o entre los visitantes de una pinacoteca o un museo, fue una colisión de cabezas, con abundancia de carne y hueso. No hacía ni un minuto Stanley iba por la calle aturdido, a paso largo, y ahora estaba enredado, literalmente abrazado a una joven mujer, una hembra, cuyo repertorio de perfumes estallaba en sus fosas nasales mientras los enormes ojos azorados de la chica parecían querer salirse de sus órbitas, como boyas hundidas y súbitamente lanzadas al cielo por las olas.

—¡Oh, señor, perdón! —boqueó ella—. ¡Le pido mil disculpas!

Y entonces, sin que él supiera cómo, en cuestión de segundos, ella le convenció para que abandonara todos los principios que siempre había considerado sagrados, tirando por la borda hasta la última gota de ética y formación religiosa que había mamado desde la cuna, y la acompañó a su apartamento. No hubo presentaciones, ni poemas de Elizabeth Barret Browning recitados, ni intercambio de escudos de armas, ni preliminares de ninguna clase. Tres minutos después de aquel encuentro, Stanley iba por la calle, del brazo de aquella espléndida criatura de lujo, esa *poupée* con colorete, yendo a no se sabe dónde, pero dispuesto a matar a cualquiera que se atravesara en su camino.

—Vaya, vaya —dijo ella mientras dejaba caer las rojas prendas cual pétalos de una flor deshojada para mostrar toda esa escalofriante nulidad que había debajo y los duros pechos y la negra diana de vello exactamente en el centro del lienzo—, ¿conque te gusta mirar, eh? —Y entonces hizo desaparecer su dedo índice y el cordial, como en un truco de magia, justo allí en el centro de aquella negra diana, y él dijo no, atragantándose como si tuviera un erizo en la garganta, no, él no quería mirar, no podía mirar, se sentía mareado y su sangre bombeaba igual que la famosa catarata adonde todas las novias y los novios de Estados Unidos iban a celebrar su luna de miel y, por favor, si era tan amable, ¿podía apagar la luz?...

Por la mañana, no sabía dónde estaba y, al principio, ni siquiera quién era. Era una criatura de la naturaleza, eso era todo, un nexo de indiferenciadas sensaciones latiendo, y aparentemente tenía ojos que se abrían y veían, y oídos que registraban los

sonidos que subían de la calle, y las ingles le palpitaban, llenas de vida. Descubrió que estaba en un cuchitril decorado con mal gusto, con botellas de vino vacías en el tocador, descoloridos platos en remojo dentro de un barreño en el suelo, huevos en una cesta, manzanas, una cenefa de crepé cutre y desaliñada delineando el perímetro del techo, ropas de mujer amontonadas en un rincón. Se quedó un rato mirando a su alrededor, y estaba fuera de sí mismo, de veras lo estaba, porque había algo oscuro en su interior que sabía lo que había hecho regodeándose en ello, queriéndolo olfatear una y otra vez, y él se negaba a dejar que esa cosa oscura saliera a la luz.

Finalmente, después de que el sol invadiera las cortinas para iluminar los pies de la cama y trazar una serie de paralelogramos en el suelo, Stanley se incorporó. Estaba solo. Sabía que estaba solo desde que abrió los ojos y empezó a absorber sensaciones igual que una esponja, pero no quería admitirlo porque eso sería dar el primer paso para recordar el nombre de Mireille Sancerre. Pero ahora estaba allí sentado en la cama recordando ese nombre —rozando sus labios como un beso fatal—, y todo lo que había hecho se volvió contra él con la fuerza de un rayo, en un chillido de acusación. Estaba desnudo, como su madre le trajo al mundo, y en la cama de una desconocida: la cama de Mireille Sancerre. Lentamente, con el pavor y renuencia de un miedo rayano en la histeria, deslizó sus dedos por el abdomen y se tocó el vello del pubis, unos pelos endurecidos y encostrados, barnizados con los jugos de Venus y, luego, con un pánico cervical, una mezcla de odio y renunciación, se tocó el pene.

Su pene. Allí estaba, entero y vivo, y aquello empezó a crecer en su mano como si fuera una cosa terrible salida de un cuento de hadas, el tallo de judías que crece incontenible rompiendo el techo y perdiéndose en el cielo, y apartó la mano con asco. ¡Oh, qué había hecho, qué había hecho! Era un retorcido simoníaco. Estaba condenado. Condenado al infierno y a la perdición. Quería convertirse de nuevo en un estudiante, regresar indemne a su habitación con sus libros, sus banderines y sus arreos de cuero, los que usaba desde que descubrió el pecado de su propia polución. En aquel entonces no era más que un estudiante de segundo año, pero aquello había empezado; y era el fin, a partir de ahí toda su vida sería más sucia, y progresivamente más indecente y todos y cada uno de nosotros un animal hociendo en esa inmundicia. La primera vez que él despertó con la húmeda evidencia de su depravación en las sábanas, fue directamente a la talabartería más cercana y compró una brida y una caja de herramientas para trabajar el cuero. Faltando a clases, trabajó furiosamente en aquello, afanosamente y aprendiendo a fuerza de errores, pero con todo su celo de perfeccionista, hasta que, a la hora de cenar, la obra estaba terminada. Dos muñequeras y dos tobilleras de cuero, unidas por las anudadas tiras de las acertadas riendas, unos correajes con los que se ataba cada noche. Gracias a aquellos arreos nunca más podría tocarse a sí mismo mientras dormía y soñaba, ni cuando despertaba medio atontado en el voluptuoso limbo del amanecer. ¡Y cuánto no hubiera dado por tener ahora aquellos arreos...!

Pero era demasiado tarde. Por supuesto que sí. El daño ya estaba hecho, había

dado rienda suelta a sus instintos bestiales y había deshonrado a una mujer, a Mireille Sancerre, y ahora sólo podía hacer una cosa: casarse con ella. Por el bien de su alma y la de ella. Sí, claro que sí. Era lo único que podía hacer. Esa convicción le inspiró la sensación de una nueva vida, y enseguida se bajó de la cama y buscó al tuntún su ropa, pero... ¿qué hora era? No encontraba su reloj, ni el alfiler de su corbata, el que su madre le había regalado cuando se graduó en Princeton, aquél con los tres zafiros destellantes que ella decía que no hacían juego con sus ojos..., y entonces, mientras se ponía el pantalón y la chaqueta y se registraba los bolsillos, se quedó atónito, como un hombre que sale tambaleante del tren descarrilado para descubrir que también su billetera ha desaparecido en el accidente. Pero, desde luego, al instante comprendió que Mireille Sancerre se había adueñado de sus cosas, como un desembolso inicial para resarcir la hipoteca de su perdición, y ella tenía todo el derecho a hacerlo, todo el derecho a quedarse con todo lo que él poseía... Después de todo, era la única que podía hacerlo: era su esposa.

Stanley se quedó sentado en aquella cama toda la cojeante mañana y la decrepita tarde, temeroso de mostrar su rostro en la calle, con toda la depravación enconándose en sus ojos vergonzosamente malvados y en su boca sensual, y aunque estaba tan sediento que podía gatear un kilómetro por una sola gota de agua y tan hambriento como un carnívoro enloquecido aullando en la jungla, no salió de la habitación. De vez en cuando, hacia el atardecer, se encontró a sí mismo entrando en aquel armario de ropa blanca la víspera del entierro de su padre y había allí una voz áspera y cruel que lo desollaba, una voz que desgarraba la carne de sus huesos, y él no podía moverse aunque quisiera. El sol empezó a ponerse, cada vez más pálido, hasta morir. Por fin, cuando todo estaba a oscuras, como boca de lobo, regresó a aquella cama en el cuchitril de Mireille Sancerre que olía a vegetales fermentados y a desperdicios de carne podrida, y entonces supo que había llegado el momento. En un instante se puso de pie y se precipitó a la puerta que había estado mirando fijamente todo el día, la puerta que daba a un sombrío hueco de escalera que apestaba a sudor, y sin pensarlo dos veces bajó atolondradamente, ajeno a las caras asustadas en los rellanos y los gritos a su espalda, bajando la escalera hasta salir a la calle. Allí dio un traspie y cayó, sintió un agudo dolor en la palma izquierda y en la rodilla también, pero se levantó, recuperó el equilibrio y corrió, corrió hasta que no pudo correr más.

Dos semanas después, Harold pasó por la pensión de la señora Van Pele para visitarle. Le acompañaba Edith —estaban de luna de miel en Europa y acababan de llegar al continente después de pasar una semana en Londres—, y Edith se irguió como un botón de oro entre los cojines del mejor sillón de la señora Van Pele con una copa del mejor jerez de la señora Van Pele en las rodillas mientras Harold subía a la planta alta para ver a Stanley y hacerlo bajar. Desafortunadamente, Stanley no estaba para visitas, por lo menos no al principio. Harold lo encontró en la cama, echado de lado en las sábanas, con los tobillos y las muñecas complicadamente atados a su espalda; tenía la cara vuelta a la pared y no se volvió cuando su hermano entró en la

habitación.

—¡Stanley! —gritó Harold efervescente de entusiasmo, rebotante de alegría, millonario a los veintidós años, embriagado con nueva esposa y sus viajes y su inquebrantable alianza con los Rockefeller—. ¡Levántate —exclamó—, Harold está aquí! ¡Vamos, hermanito, sal de la cama y ven a tomar un poco de champaña con nosotros, tenemos que celebrarlo!

Pero Stanley no salía de la cama, apenas si levantó los ojos. Mientras Harold lo miraba, estupefacto, los hombros de Stanley empezaron a estremecerse, sus ojos se nublaron y empezó a llorar con la respiración entrecortada en una sucesión de ásperos y prolongados resuellos que parecían succionar todo el aire de la alcoba.

—¿Y esto qué coño es, Stanley? —dijo Harold, y el entusiasmo había desaparecido de su voz—. ¿Sigues enfermo? ¿Es esa cosa egipcia?

Al cabo de unos minutos luchando para controlar los resuellos:

—Peor aún —graznó Stanley—, mil veces peor. He perdido mi alma inmortal.

Tardó casi una hora en sacarle la historia tirándole de la lengua, pues Stanley vacilaba y se andaba por las ramas con eufemismos, con los ojos ardiendo de vergüenza mientras hablaba sin parar de arrepentimiento, expiación y eterna condenación, y aquello duraba tanto que en dos ocasiones Harold tuvo que bajar a la sala para consolar a su esposa, de la cual se divorciaría veintiséis años después por amor a una voluptuosa cantante de ópera, Ganna Walska, y en ambas ocasiones se sentó para tomar el té. Stanley le contó que hacía ya dos semanas que buscaba a la infortunada chica llegando incluso a contratar a un detective privado para que la encontrara, pero todo en vano. Resultó que estaba demasiado preocupado por la enormidad de su crimen para fijarse en el nombre de la calle, ni en el barrio, donde despertó aquella fatídica mañana, y aunque desde entonces, cada noche, había recorrido las callejuelas y los callejones menos frecuentados en las inmediaciones de la Gare du Nord, no había podido localizarla. No conocía su dirección, ni sabía dónde trabajaba, ni cuáles eran sus relaciones, y a pesar de todo, estaba decidido a hacer lo correcto con ella: decidido, en pocas palabras, a casarse con ella.

Cuando Harold oyó eso, en el ambiente cargado de la habitación, con su petulante esposa que esperaba impaciente y viendo a la dueña de la casa entrar de puntillas por la puerta con su máscara de trágica y el servicio del té, no pudo sino experimentar alivio. Solamente a Stanley se le podía ocurrir ser tan incorregiblemente ingenuo, pensó, el casto Stanley, Stanley siempre criado bajo las faldas de mamá; y aunque no quería reírse de su ingenuidad —era una situación delicada, lo sabía—, al final no pudo contenerse.

—¿Y eso es todo? —dijo echándose a reír a carcajadas, soltando un aullido que su esposa pudo oír abajo poniéndose aún más inquieta, irritada, haciendo muecas y jurando que se la iba a pagar—, Stanley, Stanley, Stanley —dijo finalmente, y la risa brotó de nuevo en cascadas, igual que una perturbación atmosférica, y no había forma de que dejara de reír—. ¿No te das cuenta? Esa mujer es una prostituta, *une putain*,

una puta. Ha estado contigo del mismo modo que ha estado con otros mil hombres más. Es tan pura como Belcebú..., y encima va y te despluma. ¿Por qué crees que desapareció? Porque el alfiler de zafiros de tu corbata y tu reloj de oro y los billetes de cien francos de tu billetera le darán para pasarse seis meses de vacaciones en el mejor hotel de Marsella o de Saint-Tropez o en cualquier otro lugar por el estilo.

Ahora Stanley se había incorporado, mirando fijamente el oscuro líquido de su taza de té, igual que un suicida dejándose tentar por el Sena. Dijo con un nudo en la garganta:

—Tengo que casarme con ella.

—No seas absurdo.

Ahora Stanley le estaba mirando fijamente con aquellos hinchados y sufrientes ojos, los ojos del anacoreta y del enloquecido santo martirizado.

—Para ti es muy fácil decirlo..., tú eres un hombre respetable. Estás casado. Estás limpio de impurezas.

Con la paciencia agotada, Harold andaba de aquí para allá dando zancadas, con la taza de té vacía en la mano. Se estaba haciendo tarde, Edith estaba furiosa y Stanley, el pobre iluso Stanley, estaba haciéndole perder su precioso tiempo. Decidió hacer un último intento, acercándose a él.

—Es una marrana, Stanley, una profesional. No le debes nada, ni dinero, ni redención..., yo en tu lugar, estaría preocupado por haber contraído alguna enfermedad, y no por el matrimonio. Es una locura. Eres un loco. Un irresponsable. —Súbitamente estaba gritando—: ¡No te vas a casar con una puta!

—No es una puta.

—Sí que lo es.

—No lo es. Tú ni siquiera la conoces.

—Y entonces, ¿por qué te dejó estar con ella? ¿Por qué te llevó a su casa? ¿Eh? ¿Por qué crees que ella hace la calle?

Stanley guardó silencio un largo rato mientras se miraban mutuamente disgustados, cada uno preguntándose probablemente qué tenía que ver con el otro. Procedente de la planta baja, se oía el apenas perceptible zumbido de las banalidades de la señora Van Pele dándole la tabarra a Edith, aburriéndola hasta convertirla en una estatua fúnebre sedente. Finalmente, cuando Harold comprobó que ya no podía quedarse más tiempo y estaba a punto de salir dando un portazo y mandando al infierno a su hermanito con sus santos escrúpulos, Stanley exclamó:

—¿Y qué voy a decirle a Madre?

Después de eso, Stanley nunca volvió a apartarse del buen camino. Volvía directamente a casa después de sus lecciones con monsieur Julien y, para llenar sus atardeceres, cuando no rezaba con la señora Van Pele o la entretenía con sus sonoras interpretaciones de *Macedonia* y *A buen seguro la bondad y la misericordia del*

*Señor me acompañarán toda la vida*, recibía lecciones de canto del renombrado tenor Antonio Sbriglia. No pensaba en las barajas, ni en las obscenas ni en las otras, no experimentaba el deseo de frecuentar cafés, ni siquiera restaurantes, no volvió a hablar de casarse con Mireille Sancerre ni con ninguna otra. Perfeccionaba su modesta pericia artística bajo el magisterio de monsieur Julien, produciendo una serie de bocetos al carboncillo del Pont Neuf visto a diversas horas del día, desde la salvaje tranquilidad del amanecer hasta el miasmático y melancólico atardecer lleno de golondrinas volando, y se volvió un experto reproduciendo manzanas de Cézanne. Se sentía verdaderamente ofendido por los excesos de Toulouse-Lautrec y de Degas, y aunque monsieur Julien le apremiaba para que empezara a estudiar las formas humanas, se negó rotundamente. Dos meses después de la partida de su madre para Estados Unidos, él volvía a su patria en barco.

En el transcurso de los siguientes seis años, Stanley vivió con su madre en la fortaleza familiar del 675 Rush Street, aferrado a la puesta en escena de su infancia igual que un sello pegado en un álbum de filatelia. Por supuesto, ahora disponía de su propia habitación que daba al jardín y tenía un baño privado, pero el cuarto de los niños donde había pasado la mayor parte de su vida se mantenía intacto, y las paredes eran una ensalada de olores para el recuerdo, desde la aguda puñalada del ungüento de alcanfor que usaba su reumático padre para frotarse los tobillos y las rodillas hasta el eco fantasmagórico del perfume francés de Mary Virginia y el persistente moho oscuro de un beagle muerto hacía mucho y que respondía al nombre de *Digger*. Trabajaba a tiempo completo en la Fábrica de Segadoras, de la cual Cyrus Junior era presidente, y Harold, vicepresidente, haciendo malabarismos con sus horarios para compaginarlos con sus cursos en la Universidad de Northwestern, donde estaba estudiando derecho contractual. Oficialmente, él era interventor en la compañía, pero Nettie lo estaba preparando también para el puesto de superintendente del departamento legal, para de ese modo concentrar todos los intereses vitales de los McCormick en las manos de sus hijos, siguiendo el modelo de los Médicis.

En cuanto a su vida social, Stanley sólo tenía dos amigos de Princeton —uno de los cuales vivía en Nueva York y muy de vez en cuando viajaba al medio oeste—, y los compañeros que su madre le elegía entre los aburridísimos y autocomplacientes vástagos de las más rigurosas y devotas familias mercantiles de Chicago. Después de unos cuantos experimentos fallidos, ella decidió excluir a las señoritas de sus cenas y de sus juegos de cartas, concluyendo que Stanley, cuya salud seguía siendo delicada, no estaba preparado en modo alguno para las tensiones emocionales del noviazgo y la boda, del mismo modo que ella tampoco estaba dispuesta a renunciar a él, en cualquier caso, no por ahora. Lógicamente, algún día se casaría, eso era ineludible, pero todavía era demasiado joven, demasiado tímido, y aún necesitaba la guía de su madre.

En la primavera del segundo año en casa, cuando la debacle parisina empezaba a borrarse de su memoria (aunque la cara de Mireille Sancerre solía aflorar en su



recuerdo en los momentos más inoportunos, como cuando hacía su examen final en contractuales o encargaba media docena de camisas a la joven morena que se marchitaba en la tienda de Twombly), accedió a acompañar a su madre a Santa Bárbara para ver los arreglos de la casa de Mary Virginia. El semestre de primavera acababa de concluir, y en connivencia con su hermano se había tomado seis semanas de permiso en la Fábrica de Segadoras. Habían decidido que alguien debía acompañar a la madre durante todo el tiempo que durara la penosa experiencia de instalar a Mary Virginia de una vez por todas, y puesto que Anita tenía que cuidar de su hijo, y Cyrus Junior y Harold estaban demasiado dedicados a los negocios para abandonarlos en aquel momento (un momento hartamente difícil, debido a la despiadada competencia de Deering, Warder, Bushnell y Glessner y la encarnizada batalla por entrar en los mercados de la India y de la Indochina francesa), Stanley fue el elegido.

A él le daba absolutamente lo mismo. Aunque se esmeró en ocultarlo, la verdad era que de un tiempo a esta parte no se sentía muy bien. Eran sus nervios, eso y una cierta intensificación de sus pequeñas manías compulsivas, tales como lavarse las manos una y otra vez hasta que se le quedaba la piel en carne viva, o sumar una columna de cifras quince o veinte veces porque cada vez que terminaba tenía miedo de haber cometido un error y cada vez que hacía la verificación comprobaba que no se había equivocado, pero pensaba que igual hubiera podido equivocarse de no haber estado tan vigilante, o evitar la letra *R* en los legajos de sus ficheros porque era una letra diabólica, esa que gruñía en sus oídos con ininteligibles acusaciones y encarnizadas vibraciones críticas. También trabajaba muy duro, presionándose a sí mismo, poniéndose muy alto el listón entre sus clases de derecho y la clase de trabajo que su madre esperaba de él en la Fábrica de Segadoras. Con Cyrus y Harold en la retaguardia, se alegraba de cambiar de aires. Estaba tan contento que se descubrió silbando mientras hacía el equipaje, los mismos baúles que había traído de Francia, y aunque se empantanó un poco a la hora de escoger qué debía llevar para el viaje y qué no —redactó largas listas formando columnas triangulares en pedacitos de papel, trozos de cartulina, en cualquier cosa que cayera en sus manos, para enseguida perderlos—, finalmente se las arregló para meter todo lo que necesitaba en tres baúles y una hilera de maletas más y unos cuantos bolsos de mano, todo tan recargado que los portadores de la estación casi quedaron postrados. Y la mañana en que partieron, con el sol tan radiante que todas las cosas parecían estar iluminadas por dentro, él sintió que salía de lo más profundo de un subterráneo.

El primer día que pasó en el tren no hizo nada sino sentarse ante la ventanilla con un libro cerrado en el regazo. El campo era un masaje para la retina y contemplaba el sol de Chicago deslizándose hacia el oeste para entrar en Missouri y guerrear con las nubes. Durmió bien y comió mejor (su madre había llevado un reducido número de sirvientes, incluyendo el cocinero noruego), y al tercer día estaba tan relajado que empezó a sentirse inquieto. Fue entonces cuando Nettie sugirió que le echara un vistazo a los planos de la casa de Mary Virginia, para saber qué pensaba, porque ella

tenía sus dudas respecto a la sala de música, preguntándose si debería estar en el ala este o en el ala oeste, dependiendo de la luz del sol y de la inclinación de Mary Virginia a tocar el piano por la mañana o por la tarde; de todas maneras, ¿era eso realmente importante teniendo en cuenta el pletórico brillo de sol que siempre había en California? ¿Qué pensaba él?

Stanley cogió el tubo con los planos enrollados como si fuera un chaleco salvavidas y él un hombre lanzándose al mar desde la barandilla de un barco que se hunde. Los desplegó en la mesa y los estudió durante horas, ajeno a todo, a su madre, a los sirvientes, a las llanuras amarillas de Texas y a los lejanos y polvorientos vaqueros en sus lejanas y polvorientas monturas. Con una escuadra en T y un puñado de recién afilados lápices, empezó a destacar una serie de modificaciones, desplazando paredes, diseñando alzadas donde nadie las había previsto, incluso bosquejando arbustos y la extraña y oscura silueta de una indefinida Mary Virginia sentada al piano o paseándose por el patio.

¿Que qué pensaba de los planos? Que eran totalmente erróneos, un insulto, un producto de la ineptitud profesional y de la carencia de meditadas nociones. ¿Qué pensaba? Que a Shepley, a Rutan y a Coolidge deberían despedirlos por incompetentes, que cualquier tonto de la calle hubiera podido hacer aquello con un diseño más práctico y agradable, y que el aparejador de los arquitectos en Santa Bárbara hubiera tenido que llevar su mesa de dibujo consigo. Pero lo único que le dijo a su madre fue «Si te parece bien, me gustaría sugerir algunos cambios...».

Finalmente se quedaron en California casi cuatro meses, alojados en el Arlington (el Potter, con sus vistas al mar, sus seiscientas habitaciones y su vajilla de porcelana especialmente hecha para el hotel y valorada en veintiún mil dólares, no se terminó de construir hasta 1903), y durante todo ese tiempo Stanley alteró hasta los más mínimos detalles de los planos originales, desde la altura de los dinteles hasta el tipo de moldura que debían tener los cuartos de la servidumbre. Y día tras día —a veces hora tras hora— volvía a alterarlo todo, obsesionado, obstinado, absorto en la rutina de su impecable concentración. Inevitablemente, eso provocó algunas desavenencias con los que habían sido contratados para construir la casa: los arquitectos Shepley, Rutan y Coolidge desistieron al cabo de un mes, al igual que el aparejador, y los arquitectos suplentes, llegados desde Boston, no aguantaron ni una semana. Stanley no se inmutó. Ni tampoco Nettie. Ella tenía fe en su hijo, y además le gustaba verlo tan preocupado por el bienestar de su pobre hermana, de modo que lo alentó a continuar, estimulándolo para que dejara fluir a raudales toda la intensidad de los Fowler en sus proyectos, en la belleza ortogonal de sus dibujos y en las proyecciones geométricas de la fachada con sus adorables nubecitas de arbustos y los moradores circulando entre las habitaciones; *era* el Fowler revelándose en él, la perfecta imagen del padre de ella, sin desdorar a los McCormick, en modo alguno, pero ella sabía que ése era su hijo. Y eso lo veía ella en la tenacidad con que él perseguía a aquellos arquitectos y aparejadores, incluso a los albañiles sicilianos: nada se le escapaba. Y si

a veces sufría indecisiones, pues bien, eso también era un rasgo de los Fowler, y sólo demostraba que se entregaba apasionadamente a la obra, poniéndose a prueba una y otra vez, cuestionándolo todo.

Tal como estaban las cosas, la construcción no empezó en serio hasta que Nettie y Stanley regresaron a Chicago, cuando el arquitecto más ecuánime que encontraron fue capaz de avanzar prontamente y sin que le hicieran preguntas. Stanley volvió a su anterior estilo de vida —los cursos de responsabilidad extracontractual y de contabilidad, en la gran oficina de la planta alta de la Fábrica de Segadoras donde la tiránica *R* estaba acechándole entre las carpetas, las cenas con su madre y con cualquier Chester, Grover o Cornelius cuya amistad ella juzgara conveniente— y olvidó todo lo relacionado con Mary Virginia, la casa de su confinamiento, California. Pero dejó su huella en aquella hacienda, no sólo por el elaborado esquema de alteraciones que llevó a cabo en la casa, sino de la forma más esencial: poniéndole un nombre.

Cuando Nettie adquirió aquella propiedad todos la conocían simplemente como «finca Stafford», por el nombre del hombre a quien ella se la compró: O. A. Stafford, quien se la había comprado al coronel Greenberry W. Williams, quien a su vez se la había comprado a José Lugo y a Antonio González, *dueños*<sup>[10]</sup> de las tierras originalmente mexicanas. La gente había empezado a referirse a la finca, donde aún estaba la casa de dos plantas de Stafford con sus naranjos, los olivares y el jardín de plantas carnosas, como «finca McCormick». En opinión de Stanley, eso no era apropiado. La finca colindante, cuyo propietario era I. G. Waterman, se llamaba Mira Vista, y los Goulds, en la vuelta del Molino de Aceite, tenían La Favorita. Luego estaban Piranhurst, Riso Rivo, Las Terrazas, Cuesta Linda, Arcadia<sup>[11]</sup>. Si la casa de Mary Virginia y aquellas tierras iban a ser de algún modo reflejo de su clase y rango social, había que encontrar un nombre adecuado, y mientras Cyrus, Harold y Anita seguían indolentemente en sus asuntos en Chicago y su madre pasaba cada vez más tiempo solazándose en los jardines del hotel, el asunto empezó a inquietar a Stanley. De hecho, durante el último mes de su estancia, la ausencia de un nombre para designar aquel lugar se convirtió en una obsesión tan grande como antes lo fueran los pésimos planos, y Stanley se quedaba despierto hasta altas horas de la noche consultando diccionarios españoles e italianos, absorto en el estudio de los mapas de la Toscana, de Extremadura y de Andalucía, buscando fuentes de inspiración.

Y de pronto, una tarde de la última semana de su estancia en California, se le ocurrió cuál sería el nombre de la hacienda. Estaba recorriendo la finca con su madre y con el doctor Franceschi, el experto en arquitectura paisajista, explicándoles con lujo de detalles su opinión acerca de las cariátides, la estatuaria en general y la función de los surtidores en un entorno donde lo natural se asociara con lo artificial cuando, al salir de un accidentado sendero, entraron en un prado salpicado de robles cuyos troncos se inclinaban todos en la misma dirección. Los árboles se erguían silueteados contra las montañas, bajo el peso del sol, con sus ramas proyectándose

como los brazos de un grupo de patinadores que simultáneamente pierden el equilibrio. Corría el mes de octubre, la estación de claridad evaporizante, el cielo retrocedía regresando a los más recónditos goznes de las tinieblas. Las mariposas flotaban tenuemente sobre las altas hierbas amarillas. Los pájaros cantaban entre las ramas.

—¡Qué árboles más curiosos, doctor Franceschi! —dijo Nettie, haciendo visera con la mano para protegerse del sol—, todos crecen torcidos de la misma manera, como si alguien los hubiera doblado.

El doctor Franceschi era un cincuentón flaco, vegetalmente barbado, con manos gesticulantes y unos ojos secos y rápidos como los de los lagartos que se escabullen por la tierra y lamen las rocas.

—Son los vientos predominantes en la región los que hacen eso —dijo tan a media voz que pareció sonar como un solo de flauta—, los vientos que soplan desde las montañas esquilándolo todo. Aquí les llaman «ponientes», a los vientos, quiero decir.

—¿Qué es aquello de allí? —dijo Stanley, apuntando a un árbol que desafiaba el esquema, conservando su tronco vertical y las ramas tan uniformemente distribuidas como los dientes de un tenedor. El árbol estaba a unos noventa metros de distancia, pero él podía ver que había un anillo rocoso rodeando su base, un collar petrificado que parecía ceñirlo rígidamente.

—¡Oh, eso! Sí, pensaba mostrarles ese árbol tan particular. Es una curiosidad local.

Y entonces avanzaron a campo traviesa, Nettie compacta y animada, el desenvuelto horticultor dando saltitos como un balletómano, Stanley casi corriendo a paso largo, con unas zancadas tan majestuosas que hacían que la locomoción pareciera una forma de planeo. Mientras ellos se acercaban, Stanley vio que el macizo bloque de piedra arenisca que ceñía al árbol estaba rajado en dos, y que el árbol parecía brotar de la grieta.

—Muy curioso —dijo el doctor Franceschi—, una de esas anomalías de la naturaleza. Verán, hace unos años hubo una vez una bellota que cayó desde aquel árbol de allí —y señaló—, o quizá desde este otro, quién lo sabe, y cayó encima de esta roca explosionada, donde encontró un foco nutritivo, y les garantizo que aquella bellota no pudo buscar un medio ambiente menos prometedor, de eso pueden estar seguros...

Pero ya estaban allí y ahora Stanley tocaba con manos fascinadas la roca, esa cosa maciza que le llegaba al pecho, grande como una carroza fúnebre, áspera al tacto y tenazmente caliente con la radiación del sol. Aquello era la quintaesencia de los huesos de la tierra, sólida piedra, impenetrable, impermeable, el símbolo de lo más imperecedero, y allí estaba aquella grieta dividiendo en dos la roca, rajándola como si fuera un metro de tela barata, y todo por culpa de una cosa tan pequeña e insidiosa como una bellota...

riven rock...

así se llamaba el lugar donde estaba ahora y nadie tenía que decírselo ni susurrarle encima como si ya fuera un cadáver y menos con ese hedor a sexo ilícito en los dedos como los dedos de eddie porque eddie había sucumbido a las mujeres y él podía oírlo y olerlo y sentir en su inmanencia las piernas prensiles de las hembras allá afuera en el patio y riéndose en las cabañitas yendo de puntillas por la cocina y oh el señor mccormick nunca podrá enterarse nunca deberá saberlo nunca sabrá nada de eso un hombre como él incapaz de controlar sus deseos perversos y mi prima nancy cooper en Sacramento me contó una vez la historia de un hombre como él que estaba más bien dotado que un garañón y tenía una mujer una negra que iba a verlo a pie diez kilómetros a la ida y diez kilómetros a la vuelta simplemente para poder sentirlo dentro de ella y si uno cree a nancy y yo la creo aquel semental la tenía demasiado grande para esa negra y por eso ella murió debajo de él en un exceso de placer y apoplejía y él se la sacó y se ligó a otra negra igual que ella sólo que más grande...

pero dejemos que sigan cuchicheando dejemos que se pongan encima de él y eleven sus plegarias como si estuviera muerto —«Piénsalo bien, Mart, es Stanley McCormick, uno de los hombres más ricos del mundo, y ni siquiera lo sabe»— y dejemos que violen todos sus orificios con sus tubos y sus mangueras y lo acuesten de lado en la ducha que es como un martirio chino o la gota de agua siempre cayendo en la cabeza hasta perforar el cráneo y qué se habían creído ellos que él era eddie y mart y el doctor gilbert van tassel hombre-mono hamilton acaso pensaban que podían violarlo así sin nada con qué cubrirse ni un lugar donde ocultarse más desnudo que una rata y por qué simplemente todos ellos no lo dejaban en paz su madre y katherine y cyrus el presidente y harold el vicepresidente y también anita con sus grandes e hinchadas tetas sebosas y sus manos insinuantes como si él fuera una especie de animal de compañía o un crío...

pero eran sus nervios y estaba bloqueado eso era todo sólo una situación pasajera no era como lo de mary Virginia su hermana loca de atar con su cuerpo desnudo como una blanca pesadilla y en cualquier momento él se levantaría igual que hizo en mclean la primera vez pero no lo haría porque lo que ninguno de ellos entendía ni apreciaba y en particular katherine quien solamente quería encaramarse encima de él y hacer que su pene desapareciera dentro de ella igual que los dedos de mireille sancerre y no lo dejaba en paz ni un segundo ni un minuto ni una hora siempre rondando por allí siempre al acecho incluso ahora mismo sabía que ella andaba por los alrededores con sus prismáticos y poniendo cara de lástima una cara tan tensa como un exprimidor de limones pobre Stanley pobre pobre Stanley lo que ellos no entendían era que él no podía mover ni un músculo para salvar su vida porque los jueces no lo permitirían ellos aullarían y chillarían aborreciéndole si tan sólo se atrevía a mover la lengua cuando eddie con su peste a sexo le metía a la

*fuerza ese tubo en la garganta los jueces que no le dejaban moverse y gritar sus pecados a los cuatro vientos pereza y depravación y desviaciones sexuales y su condición de interventor ni la presidencia y ni siquiera la vicepresidencia ni la corrupción de su alma y la impotencia con su esposa y el engaño de su madre los jueces gritándole y humillándole con sus labios retorciéndose como una palada de lombrices a través de las negras y nudosas barbas de simios que cubren sus bocas y sus chillones y húmedos coños...*

*pero toda la noche él permaneció allí echado y todo el día y hoy era martes como siempre era martes y martes sería otra vez y martes de nuevo hasta que todos los meses cayeran igual que las hojas de un árbol y los años también y él les suplicaba a los jueces que lo liberasen y conmutaran su tiempo de condena por buena conducta aunque sólo fuera para evitar el pecado aunque sólo fuera para volver a ponerse sus arreos aunque sólo fuera una vez sólo una vez más...*

---

## STANLEY DE LOS MONOS

Cuando Rosaleen descendió del tren —más flaca y más pálida de lo que él recordaba, con la lozanía irlandesa en las mejillas y sus ojos como charcas dejadas por la marea, llenándose, vaciándose, y volviéndose a llenar, y con el pequeño Eddie muy crecido en sus brazos—, O’Kane se quedó perplejo: sintió el oceánico tirón de una ola arrastrándolo hacia ella, y no podía resistirse, ni quería hacerlo, sino sumergirse en esa corriente como un buzo.

—¡Rose! —gritó, abriendo los brazos, y quería besarla allí en público, quería poseerla en el andén, entre los helechos, ¿y cómo iba a aguantarse hasta que llegaran al recién pintado apartamento en Micheltorena Street con el jardín y la pileta para pájaros en la parte trasera y la cama descomunal como la regala de una embarcación que Ernestine Thompson le había ayudado a escoger? Estaba temblando. Estaba enamorado.

Ella no decía nada. Sólo se agarraba a él, con la sorprendente fuerza de sus brazos, y el niño lleno de energía entre ellos, como un sacramento vivo, con los cabellos dorados y vestido con uniforme azul de marinero, ronroneando, balbuceando y despidiendo un olor a carne fresca, su carne, la de Eddie O’Kane.

—Estás preciosa, Rose —murmuró él, aún abrazado a ella pero dando ahora un paso atrás para verla mejor—, nunca has estado tan bella, ni siquiera la noche que nos conocimos en casa de Alice Dundee.

Estaba poniéndose sentimental, con los ojos aguados de emoción, igual que cuando ellos cantaban viejas canciones en el Donnelly’s, y él hubiera querido decirle más cosas, quería susurrarle intimidades en la blanda concha blanca de su oreja y aspirar la fragancia del champú en el mechón de pelo allí ensortijado, pero advirtió la presencia de un hombre en traje de etiqueta con cara de amargado que los estaba mirando, y se mordió la lengua. Aquél no era el lugar más indicado.

La gente pasaba por delante de ellos en el andén, gente elegante, los ricos que venían para sumergirse en las aguas termales y disfrutar de todas las delicias que los hoteles podían ofrecer, y enseguida se sintió cohibido. Una vieja dama con un par de perritos mimados color albaricoque a juego con su vestido se detuvo para mirarlos boquiabierta, como si ellos fueran una pareja de espaguetis recién desembarcados y él se sintió incómodo, conturbado, y sólo quería salir de todo aquello, dejar atrás esa situación tan delicada y llevarla a casa.

Y entonces, sin avisar, ella empezó a llorar y él rechinó los dientes. Ella decía su nombre con voz entrecortada —«¡Eddie! ¡Oh, Eddie!»— y era un grito de guerra, una acusación, una lanza arrojada y arrancada de nuevo de su carne. Él la soltó y ella

miró a lo lejos, mordiéndose los labios, antes de llevarse una mano cansada a los ojos para frotárselos suavemente con la manga de la blusa, una blusa nueva, oro viejo, el color de las últimas hojas que quedaban en el olmo al finalizar el otoño, descolorida y retorcida en el viento.

—¡Cuatro meses, Eddie! —dijo, y su voz se desvaneció en una serie de truncados sollozos que eran como hipos, *erp, erp, erp*. Y tras lanzarle una mirada incendiaria, en un arranque de inspiración, le dijo—: Mi padre hablaba pestes de ti todos los días, pero yo sabía que no me abandonarías, Eddie, lo sabía.

Y acto seguido ella le ofreció el niño, empujándolo con gesto impaciente, como si fuera un premio envuelto en papel de regalo, esa criatura que él había dejado de ver siendo un bebé, con sus piernas gordezuelas y la mirada entre asustada y asombrada, como si no reconociera a su propio padre, ¿y en eso consistía aquel premio? O’Kane no podía cogerlo, todavía no, y levantó las manos en un gesto de impotencia.

—Mira cómo ha crecido —dijo ella forzando la voz hasta convertirla en un chirrido—, ¿a que no pensabas que estaba tan grande?

Y a continuación desplegó todo un glosario de voces infantiles, una retahíla de ñoñerías como *cuchicuchi-miniñito-chirriquitico-la-cosita-más-bonita-de-su-mamaíta*, al tiempo que meneaba la cara bañada en lágrimas, enojada y esperanzada, subiendo y bajando la cabeza como un títere manipulado por una cuerda y rozando la nariz con la de Eddie Junior hasta que finalmente lo descolgó, cogiéndolo con una mano enguantada, y los pies del niño tocaron el pavimento con sus desgastados zapatitos blancos de muñeco y se quedó allí sonriente y triunfante.

—A que está hecho todo un hombrecito este *cuchicuchi-tan-chirriquitico*, ¿eh? ¿Eh? —arrulló Rosaleen mientras la gente revoloteaba a su alrededor y los vagones frenaban rechinantes y O’Kane seguía de pie, erguido en el último resplandor del sol crepuscular, sin saber qué hacer, con las manos colgando flácidas a ambos lados y una sonrisa medio como de asombro bailándole en el rostro.

Roscoe los esperaba al final del andén, el automóvil estaba a su disposición, cortesía de Katherine y del doctor Hamilton, quienes le habían dado a O’Kane la tarde libre. Roscoe se arregló la gorra de chófer, de lo más correcto, de lo más circunspecto, y le echó una mano a O’Kane con el equipaje mientras Rosaleen y el crío se sentaban en el asiento de atrás, y luego salieron de la estación, subiendo por la cuesta que era State Street y entrando en el regazo azul y tembloroso de las montañas que colgaban encima de la ciudad como una mortaja de humo.

—¡Qué automóvil más lujoso! —ronroneó Rosaleen, pero no sonreía, todavía no —, ¿sabes que es la primera vez que monto en uno, lo sabías?

Él la miró a hurtadillas, estudiando su perfil debajo del inflexible arco de su sombrero, su muchacha de pelo castaño, su esposa, y le besó la comisura de la boca lo más tiernamente posible haciendo que ella se volviera y le devolviera el beso, sólo un besito, con unos labios tan fríos como las piedras del océano.

Estaba encantada con el apartamento, él podía notarlo, aunque se puso exigente y



melindrosa durante media hora, diciendo cosas como: «Oh, Eddie, ¿y tú le llamas a esto un sofá, y a eso *cortinas*, y qué cama más rara..., está barnizada o qué?» mientras despreciaba en silencio las vistas, como si él pudiera regalarle otro océano y otra colección de islas, pero eso era para salvar las apariencias, simplemente para establecer su papel, o más bien restablecerlo, ella en casa y él en Riven Rock ganando un buen sueldo como una pieza esencial del engranaje de la maquinaria McCormick. Durante todo ese tiempo, el niño se portó como un santo. Gateaba por la habitación, metiéndose cosas en la boca y sacándolas de nuevo, todas brillando de baba, y luego cayó en un sueño tan profundo que parecía estar en coma, ni siquiera emitía un resoplido ni un quejido. Para entonces el sol casi se había puesto, las paredes de la sala estaban iluminadas como la pulpa de un melocotón, todas las cosas resplandecían rosadas, todo iba de maravillas —excepto la cosa más importante.

Rosaleen estaba en la cocina, metiendo la cabeza en el aparador, inspeccionando la nevera. Ya había revisado todo eso dos veces y O’Kane estaba empezando a pensar que ella estaba eludiéndolo. Habían pasado cuatro meses. Estaba ofendida y enojada, y tenía derecho a estarlo. Él estaba de pie ante la ventana, incómodo en medio del silencio, el apuesto Eddie O’Kane con su ojo derecho marcando la hora de la suerte, las tres en punto, y a pesar de toda su labia, he aquí que no sabía qué decir, ni cómo empezar a hablar: ¿con una excusa, una súplica? ¿O quizá debería tan sólo acercarse y tocar a aquella desconocida tan excitantemente apoyada en el borde del fregadero?

—¿Tienes hambre? —preguntó él finalmente.

Ella se dejó llevar al dormitorio, despacio y despreocupada, y le dirigió una intensa mirada.

—Estoy hambrienta, Eddie —dijo, y su voz tuvo en él el mismo efecto que ese primer sorbo de whisky cuando el bar está iluminado como un cielo estrellado y todo es posible—. Hambrienta de ti —añadió.

Y así fue, Eddie O’Kane y la dicha doméstica. Elsie Reardon se mudó a la habitación que él dejó vacante en los alojamientos de los sirvientes y Roscoe iba a buscarlo cada mañana a las siete y media después de dejar en sus casas a Nick y a Pat. Mart no estaba demasiado contento, pues tenía que pasar la primera hora de su turno sentado solo con el señor McCormick en el intervalo cuando se producía el cambio de turnos, y quizá también estaba un poco envidioso, acostumbrado a estar con O’Kane y suspirando por encontrar una novia y hacer su propia vida, pero era tan tímido y se le trababa la lengua con tanta facilidad que se paraba en seco si una chica tan sólo le miraba. Katherine y su madre hicieron las maletas y regresaron al este a finales de octubre; entretanto el doctor Hamilton consiguió otra docena de monos Dios sabe dónde, y *Julius*, el orangután anaranjado, al no tener congénere para aparearse, olfatearlo y orinarlo —para deleite del doctor—, quedó en libertad, a modo de compensación, y andaba por donde le daba la gana, apareciendo como en un acto de

prestidigitación ora en el tejado del garaje, ora en la cocina, irguiéndose encima de un taburete de tres patas y con un sudoroso vaso de leche firmemente aferrado en su mano de araña. Y en la casa de O’Kane, en el apartamento de tres habitaciones que le alquiló a un viajante de municiones jubilado que se llamaba Rowlings y que vivía en la planta alta vigilando cada uno de sus movimientos, Rosaleen, que no era muy hacendosa que digamos, hacía todo lo posible para desplazar las montañas de basura de un rincón a otro, mientras se pasaba una buena hora cada tarde inmolando un trozo de carne en el nuevo fogón de acero marca Acme.

Pronto llegó el invierno, sin frío, sin nieve, con el brillante sol derramándose como oro licuado, con los siseantes aguaceros que ponían la tierra patas arriba haciendo crujir los cantos rodados en el Arroyo de Aguas Termales, como si fueran los dientes de un bóxer, mientras las hojas de todos los árboles se mantenían verdes como el Jardín del Edén. O’Kane le envió a su madre fotografías de las palmas y las flores en invierno y ella le escribió contándole que nadie en el vecindario podía creer aquello, que hubiera un clima así, y que allí estaban viviendo un invierno glacial, que su primo Kevin estaba en cama con una enfermedad pulmonar a la que los médicos no encontraban remedio y que el tío Billy sufría de una fiebre intermitente, pero que ella estaba bien, si uno descontaba la ciática que era como el mismísimo tridente del diablo atravesándola cada quince segundos, día y noche, y que su padre, toquemos madera, seguía tan fuerte como el día que colgó los guantes de boxeo, conservado en alcohol, como un pez en un frasco, y ni siquiera tenía catarro. O’Kane no se quejaba del clima —no echaba de menos la nieve ni siquiera un poquito, ni siquiera en Navidades—, pero a medida que transcurrían los días, Rosaleen empezaba a irritarle.

El apartamento resultaba demasiado pequeño. La razón era que, aunque le había parecido suficientemente grande el día que lo alquiló, ahora el crío siempre andaba por ahí, caminando por todas partes, berreando todas las noches igual que un gato desollado vivo y llenando de excremento los pañales como si fuera el auténtico genio de la mierda. Su travesura favorita consistía en revolver y registrar el cubo de la basura, que Rose nunca vaciaba, y cada vez que se estaba quieto durante más de cinco minutos seguidos, uno podía estar seguro de encontrarle acurrucado detrás del sofá con un hueso medio roído en la boca o una monda de naranja blanqueada por el moho. Y eso era lo gracioso, lo de las naranjas. Cuando O’Kane era niño, costaban cinco centavos cada una, el precio de una cerveza, y él sólo las veía en Navidad, y sólo si tenía suerte. Y ahora se ahogaba en una avalancha de naranjas, una canasta costaba sólo cinco centavos, y a él ni siquiera le gustaba aquel sabor, demasiado empalagoso, casi venenosamente dulce, y con todo ese zumo resbalándote por la barbilla y poniéndote pegajosos los dedos.

¡Ah, Rosaleen! Era tan zonza, estúpida como una almeja, siempre machacándolo con sus cotorreos sobre corte y costura, y los patrones, ¿y qué era más bonito, el azul o el amarillo?, que a veces le entraban ganas de levantarse de un salto y estrangularla. Y no hablemos de sus labores, más bien de la ausencia de ellas. Era tan guarra y

desorganizada como su pálida madre y sus tuberosos hermanos, sucios irlandeses, chabolistas irlandeses, que ni siquiera eran dignos de besar el dobladillo de la falda de su madre en cuya casa él jamás había visto ni una mota de polvo, a pesar de que eran bastante pobres. Rosaleen estaba engordando otra vez, y eso lo ponía frenético, porque cada vez que la miraba, con la grasa instalándose en las caderas y los muslos, con los pechos hinchándose como globos a tal punto que apenas podía ponerse derecha, estaba seguro de que estaba preñada de nuevo. Y eso no podía soportarlo. No a su edad, no cuando él aún tenía toda una vida por delante. Quizá no fuera correcto, pero tal como él lo veía, la carga de otro chiquillo podría mandarlo al manicomio —y tendrían que encadenarlo al señor McCormick y entonces podrían encolerizarse y desvariar uno con el otro y mearse encima de sus pantalones al unísono. En fin, y para decirlo en plata, como hubiera dicho su padre, era inevitable que poco a poco empezara a buscar aventuras fuera del hogar.

Al principio salía dos noches a la semana, los viernes y los sábados, ¿y qué culpa tenía él de eso? De vez en cuando —si podían pagar a una niñera para que se quedara con el pequeño Eddie— llevaba a Rose con él, y tenía que soportar que le echara a perder la noche, viéndola borracha como una cuba y sufriendo el incesante zumbido de su voz cada vez que él se llevaba un vaso a los labios —«¿Eddie, no te parece que ya está bien?» y «Vámonos a casa, Eddie, estoy aburrida» y «¿Cómo puedes soportar este lugar?». Aquellas dos noches pronto se convirtieron en tres y luego en cuatro, y él empezó a escaparse para encontrarse con otros amigotes en el bar de Cody Menhoff. A veces, sólo por puro placer, se tomaban un chupito y una cerveza en cada bar de la ciudad y luego todos se metían en un coche e iban hasta el Paso San Marcos y más allá, hasta la taberna de Mattei, en Los Olivos, y él regresaba a casa a las tres de la mañana, con aliento etílico, absolutamente pestilencial. Desde luego, eso desterraba la sonrisa de la cara de Rose. Se abalanzaba sobre él como una arpía y sus broncas hacían estragos en el apartamento, y fuera en el porche, pues los muebles salían volando, con el niño berreando, y el viejo Rowlings subrayando cada grito, aullido y llanto con un indignado y seco golpetazo dado desde arriba.

La primavera empezó en febrero y duró hasta finales de mayo y fue un período glorioso, con el mundo vegetal amotinado; cada brisa, una vaharada de especias. Los sábados por la tarde llevaba a Rosaleen y a Eddie Junior al parque o iban en tranvía hasta la playa, donde él se tendía en la arena con una cerveza apoyada en el pecho y mirando fijamente al cielo mientras se bronceaba como un espagueti. La Reina de Hielo —Katherine— regresó en mayo y no volvió a hablarle ni una palabra de Rosaleen ni de Eddie Junior, sólo era «¡Hola!, ¿qué tal?», «¡Adiós!» y «¿Qué tal está mi marido y qué ha comido hoy?»; inflexible como de costumbre, el invierno en persona, acudió con sus abogados al Palacio de Justicia de Santa Bárbara y consiguió que declararan incapaz a su marido.

O’Kane se enteró del asunto una noche que no pudo volver a casa después del trabajo: Roscoe había llevado a la señora McCormick a un baile de disfraces en la

ciudad y no estaría de regreso hasta muy tarde. Lo último que deseaba era quedarse allí, y lo más seguro era que Rosaleen lo pondría como un trapo, arruinándole la comida, reprochándole que estaba trabajando como una esclava en la cocina desde las tres y todo ese rollo, pero él no tenía elección, a menos que se fuera andando hasta la ciudad, lo cual no quería hacer. De modo que engatusó al cocinero chino y le sacó un plato de carne picada con patatas fritas, col y jamón —y hubiera sido capaz de asesinar por una cerveza o incluso un vaso de vino, pero no había ni una gota de alcohol en toda la casa y sus relaciones con Sal y el resto de los peones espaguetis que trabajaban en la finca de los McCormick se habían enfriado mucho a raíz del follón de la Dimucci; así que cogió el plato y un vaso de suero de leche y subió la escalera para ver si Nick quería pasar el rato jugando una partida de póquer.

Nick estaba sentado detrás de la puerta enrejada del salón del piso superior con un periódico abierto en el escabel que estaba a sus pies, y Pat adormilado en una silla reclinada contra la pared, al lado de la puerta abierta que daba al dormitorio del señor McCormick.

—No puedo irme a casa —dijo O’Kane, dejando su plato en una consola para sacar las llaves y abrir la pesada puerta de hierro—, así que tendré que quedarme por aquí y ver qué tal se lo montan los enfermeros del turno de noche. ¿Alguien quiere jugar una partida de póquer?

Nick no quería. En cualquier caso, no en ese momento. Pat se despabiló, le echó un vistazo al señor McCormick, quien al parecer dormía —aunque era difícil saberlo porque últimamente estaba demasiado bloqueado y sin vida—, y dijo que sí, que jugaría un par de manos.

—Por cierto —dijo Nick como quien no quiere la cosa—, ¿has visto lo que salió en el periódico?

O’Kane estaba cruzando el salón, pensaba dejar el plato y el vaso en el aparador mientras sacaba la mesa de juego, y ahora estaba paralizado en medio de una zancada.

—¿Dónde está el periódico?

—Aquí mismo.

O’Kane se inclinó rígidamente por detrás de Nick, como un monaguillo extendiendo el plato, sólo que en vez de un cepillo para sacarle las limosnas a los feligreses, su plato contenía jamón y patatas, y además él no era ni remotamente un monaguillo. Miró por encima del hombro de Nick hacia donde el grueso y romo dedo de su colega apuntaba, y allí estaba la fría verdad de la Reina de Hielo, en letras de cuerpo seis:

LA TUTELA DEL SEÑOR MCCORMICK PASA  
A MANOS DE SU ESPOSA

La señora Katherine Dexter McCormick, esposa de Stanley Robert McCormick, de Riven Rock, Montecito, presentó hoy en el Tribunal Superior una solicitud para declarar a su marido incapacitado mentalmente. El señor McCormick, el hijo más joven del difunto señor Cyrus Hall McCormick, inventor de la segadora mecánica, fue

víctima de una enfermedad mental poco después de haber contraído matrimonio con la señora McCormick, en 1904. El honorable señor Baily M. Melchior, juez del Tribunal Superior, ha designado tutora a la señora McCormick, junto con Henry B. Favill y Cyrus Bentley, ambos de Chicago.

—¿Y qué me dices ahora de la pobre y acongojada esposa, Eddie?... Ella le ama y quiere estar con él, ¿no era eso lo que decías? —Nick lo miraba entornando los ojos desde la gran calabaza de su cabeza. Deslizó un dedo a lo largo de la solapa de su chaqueta sonriendo irónicamente como si acabara de ganar una apuesta con muchos puntos de ventaja. Desde el fondo del salón, Pat dejó escapar una estrangulada risita que sonó como un ladrido.

O’Kane se encogió de hombros.

—Se acabó el amor entre ella y yo —dijo, y estaba pensando en el sermón que Su Alteza Imperial le había echado por el insignificante asunto del cariño de una muchacha, como si ella tuviera la más vaga noción de lo que ocurre entre un hombre y una mujer, y aquello aún le dolía, porque ninguna mujer iba a decirle a él lo que tenía que hacer, y mucho menos si eso significaba inmiscuirse en sus asuntos privados—. Yo estoy haciendo esto en consideración al señor McCormick, y no movería un dedo por ella, si quieres que te diga la verdad.

—Eso me sorprende mucho —tronó Nick, aún en tono burlón, con los ojos brillantes, jugando al gato y al ratón—. Tú eras el único que estabas enamorado de ella..., y de eso no hace mucho. ¿No es verdad, Pat?

El plato se enfriaba en su mano. Afuera, al otro lado de las ventanas, el cielo empezaba a oscurecer. Se estaba haciendo tarde, y él sabía que Rosaleen estaría poniéndose nerviosa, la sartén quemándose en la cocina, la basura hasta los tobillos, el crío en cuclillas detrás del sofá con alguna porquería en la boca y ella colérica, sacando de un tirón la botella que escondía detrás de la nevera donde a nadie se le hubiera ocurrido buscarla. Pensó en llamar por teléfono al viejo Rowlings para que le transmitiera un mensaje, pero ¿para qué iba a molestarse? De todas maneras, ya ella estaría cabalgando en su escoba. Le lanzó una mirada a Pat y luego volvió a mirar a Nick con otro encogimiento de hombros.

—Todo lo que puedo decirte es que he abierto los ojos.

Nick se volvió a medias en su silla, macizo, con su cuello de toro y unos hombros que parecían haber sido inflados con una bomba neumática.

—Tal como te dije desde el principio, ella es una buscadora de oro, ¿no te lo dije?

—No voy a defenderla, nunca más, pero en ese punto sigo pensando que estás en un error. Si no me equivoco, ella tiene sus propios millones que le dejó su padre..., y ese castillo en Suiza y todo lo demás. Así que ¿para qué iba a necesitar el dinero de su marido?

—¡Ajá! ¿Estás oyendo eso, Pat? «¿Para qué iba a necesitar el dinero de su marido?». ¡Venga ya, Eddie, despierta de una vez! ¿Alguna vez en tu vida has conocido a alguien que piense que ya tiene suficiente dinero? Cuando uno es rico, sólo piensa en ser más rico.

O’Kane aún no había soltado el plato, ni el vaso de suero de leche. Estaba empezando a sentirse como un camarero. Y también tenía hambre, pero allí había algo que debía quedar aclarado..., o por lo menos discutido a fondo.

—Y te diré otra cosa —agregó Nick, y sacó de un bolsillo de la camisa un cigarrillo previamente liado y se lo puso en la boca— y es esto —dándole una palmadita al periódico—: ahora sí que tu señora Katherine McCormick tiene el camino despejado.

—¿Qué quieres decir?

La llamarada de la cerilla, un tufillo azufroso.

—¿Todavía no caes? Él es incapaz y ella controla el testamento que le hizo redactar al día siguiente de la boda —en el que probablemente se lo deja todo a ella —, y ahora ella puede ir de acá para allá por todo el país y hacer lo que le venga en gana en todos los niveles de la sociedad, porque cuando alguien le pregunte «¿Dónde está su esposo?», a ella le bastará con llevarse un pañuelo a los ojos y decir: «El pobre está encerrado en Riven Rock con sus enfermeros..., y está como un cencerro».

Pat dejó escapar otra risita. Ahora estaba completamente despierto, y había puesto su silla firmemente sobre sus cuatro patas y se encorvaba hacia delante, apoyando los codos en los muslos:

—¿Así que tú piensas que ella está saliendo con otros hombres? En secreto, quiero decir.

—Llámale a las cosas por su nombre, ¿por qué no te atreves a hablar sin tapujos, Patrick? —dijo Nick expulsando el humo por la nariz; una neblina azul se depositó en su regazo y luego ascendió, desviándose, irradiando sus rasgos romos y la brillante vastedad de la cúpula de su frente—. Lo que tú quieres decir es que está puteando, ¿no?

—Es incorrecto hablar así de ella y vosotros lo sabéis —se oyó decir a sí mismo O’Kane, e inmediatamente lo lamentó. Otra vez estaba defendiéndola.

—¿Incorrecto? —dijo Nick como un eco—. ¿Y por qué no? ¿Acaso piensas que porque es la esposa de un milloneti es mejor que tú? ¿Crees que a ella no le pica entre las piernas igual que a las demás mujeres?

Era una perspectiva estimulante, la Reina de Hielo en celo, pero O’Kane no tuvo posibilidad de aquilatarla. Porque justo entonces se produjo un movimiento en la habitación detrás de Pat, y cuando levantó la vista el señor McCormick estaba de pie en la puerta.

Al principio nadie se movió, y ellos podían haber estado representando la escena final de una obra de teatro, poco antes de que bajaran el telón. Una pausa que duró una eternidad, amplificando los sonidos más ínfimos de la casa hasta hacer que cada uno crujiera y rechinara igual que un chillido. Y entonces, muy lenta y deliberadamente, O’Kane se acercó al aparador donde dejó el plato y el vaso, para quedarse con las manos libres..., por si acaso.

—¡Señor McCormick! —exclamó afablemente y con sorpresa, como si estuviera

saludando a un viejo amigo encontrado en la calle, e intercambió una mirada con Pat, advirtiéndole que no hiciera ningún movimiento brusco—. Buenas tardes, señor. ¿Cómo se siente?

Nick había doblado el periódico, y aunque no se puso de pie, se notaba que estaba listo para saltar si era necesario; Pat, a unas pulgadas del señor McCormick y casi impotente, atrapado en la silla, miraba a su patrón con ojos inquietos. Por primera vez en dos semanas o más el señor McCormick salía de la cama y, que ellos recordaran, era la primera vez que se levantaba sin ayuda de nadie. La última vez se había puesto violento, oscilando entre un estado de absoluta inmovilidad y el frenesí de la energía desencadenada, semejante a un globo inflado e inflado hasta estallar, y a O’Kane y a Mart les había tocado dominarlo. Pero ahora simplemente estaba allí, de pie, con pijama azul almidonado, cargado de espaldas y escorado a la derecha, pues tenía los músculos de una pierna debilitados por la falta de uso. No parecía haber captado la pregunta.

—Usted debe de sentirse mejor —comentó O’Kane. Era vital entablar una conversación con él, era el primer paso..., se había despertado saliendo de su estado vegetativo, regresando al mundo real tras una larga estancia en el otro.

El señor McCormick miraba directamente al frente, sin ver bichos, ni demonios, ni ojos resbalando por las paredes:

—Yo..., yo..., ¿ya es la hora de la comida? Estaba pensando en comer... —Y luego añadió—: He estado durmiendo, ¿verdad?

A pesar de toda su experiencia y del cinismo que eso engendraba, O’Kane estaba encantado, eufórico: ¡el señor McCormick estaba hablando! No solamente estaba hablando, sino que sus palabras tenían sentido —o casi— y no repartía golpes a diestro y siniestro, ni blasfemaba ni escupía ni agredía a sus enfermeros como si ellos fueran los secuaces del demonio. Tenía hambre, eso era todo, como cualquier otra persona. En un relámpago, O’Kane vio por anticipado las semanas y meses venideros, imaginó el tubo de alimentación tirado a la basura, vio al señor McCormick utilizando el retrete, bromeando de nuevo, metiendo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, sacando su talonario, «permítame que yo me encargue de ese terreno en el que está interesado, Eddie...».

—¡Hola, señor McCormick! —Nick le ofreció su silla en el rincón de la sala, y Pat, con la cara colgando como un cuadro a la altura de la cintura del señor McCormick, se hizo eco del saludo.

—Mi esposa —dijo el señor McCormick, y fue como si ellos no existieran, pues enfocó sus ojos en algún punto en la distancia, atravesando las paredes y los campos hasta llegar a ese baile de disfraces en Arrellaga Street.

Avanzó arrastrando los pies, inestable, como patinando en un camino de grava, moviendo los brazos para conservar el equilibrio.

—Katherine —dijo, y el nombre pareció sorprenderle, como si no fuera él quien lo había pronunciado, como si de algún modo las sílabas hubieran caído del aire

combinándose espontáneamente.

Siguió avanzando, arrastrando los pies. Entonces vaciló. Y se detuvo. Finalmente, moviéndose con la mueca de dolor de un hombre que camina por encima de una alfombra de carbones ardientes, llegó al centro del salón, con los hombros temblando violentamente.

—Madre —dijo, y ahora estaba mirando directamente a los ojos de O’Kane—, debo de haberme quedado dormido...

—¡Señor McCormick! —levantó la voz O’Kane a regañadientes, gritándole a alguien que se ahogaba en el mar, las olas rompiendo, los arrecifes cada vez más cerca, pero él no podía dejar que volviera a hundirse, no podía—. Señor McCormick, *sir*. ¡Buenas noches! ¿Le apetece comer algo? Mire, mire aquí —dijo gesticulando hacia el plato que estaba en el aparador, haciendo señas como un policía de tráfico—, ¿no ve que hemos preparado su cena? Excelente jamón, está delicioso. Aquí está, tenga, pruebe un bocado..., a usted le gusta el jamón, usted sabe que le gusta.

Y súbitamente estaba allí, ante el aparador, pálido como el agua, en pijama, descalzo, con sus largos brazos, escorado como una planta enferma sostenida por un rodrigón, y estaba comiendo, tragándose los coagulados grumos de patatas, masticando, con los ojos encendidos, había vuelto a la normalidad, el primer paso...

Pero no fue así.

Los tres enfermeros le vieron comer en silencio, metiéndose la comida en la boca con las dos manos, deglutiendo y rechinando los dientes, lamiéndose los dedos y limpiándose las palmas en las solapas del pijama, y eso estaba muy bien, un pequeño milagro, hasta que los demonios se apoderaron de él y se volvió violentamente hacia ellos empuñando el tenedor de O’Kane. Ahora se sentía perseguido, acorralado como un animal, la vieja fiebre renacía en sus ojos.

—¡Mi esposa! —gritó—. ¡Quiero a mi esposa! ¿Me oyen?

La voz de O’Kane era un largo hilo de sirope, la voz más razonable y tranquilizante del mundo:

—Señor McCormick, soy yo, Eddie O’Kane. Y mire, aquí están también sus amigos, Nick y Pat. Su esposa no está aquí..., usted lo sabe. Usted ha estado durmiendo, eso es todo. Soñando. Y aquí está su comida, que está buenísima, hecha como a usted le gusta.

El señor McCormick cortó el aire con un espático tajo, manejando el tenedor como una daga. Los dedos de sus pies descalzos se aferraron al suelo. Apoyaba su peso ora en un pie, ora en el otro.

—Tú —balbuceó—. Ellos, ellos..., Katherine. Quiero e... echarle un polvo, quiero hacérmelo con ella, y tú la vas a traer aquí ahora mismo. ¿Me... me has oído? ¿Me oyes?

¿Cuánto de lo que antes estaban hablando había oído él por casualidad? O’Kane estaba pensando en eso cuando le hizo señas a Pat con los ojos y éste empezó a acercarse palmo a palmo, cuidadosamente, de puntillas. «¿Crees que a ella no le pica



entre las piernas igual que a las demás mujeres?».

Y entonces, justo antes de arrojar el tenedor al rostro de O’Kane, haciendo añicos el plato y el vaso y derribando el aparador hasta golpear la espinilla de Pat, el señor McCormick bajó la voz dándoles un fugaz respiro.

—Quiero fo... follármela —dijo a media voz, meneando la cabeza, y muy bien podía ser un niño diciéndole a su madre qué regalo quería por su cumpleaños, y entonces, sólo entonces, estalló.

Le dio un tajo con el tenedor a O’Kane en la mejilla, debajo del ojo derecho, y éste pudo oír la barahúnda en el suelo, detrás de él, mientras Pat daba un salto y el señor McCormick, con pasos vacilantes pero con la asombrosa destreza de los trastornados y como si fuera de otro mundo, volcó el aparador y se alejó dando brincos. Se oyó un lúgubre alarido en el aire, una navajazo histérico, un sonsonete: «¡No, no, no se acerquen!», gritaba el señor McCormick en cuclillas en un rincón, en una postura de luchador, mientras O’Kane y Nick se arrojaban aterrizando en el embaldosado para cogerlo por las piernas de un tirón.

Fue una lucha breve, pero salvaje, a brazo partido, en el transcurso de la cual el señor McCormick se soltó dos veces corriendo hasta la puerta enrejada como si pudiera salir por allí, pero esta vez no había ninguna llave en la cerradura, y finalmente lo derribaron en el cuarto de baño, donde trató de agarrarse de la puerta forcejeando contra ellos tres tirando de él. El que dio la nota fue Nick. Perdió los estribos. Maldiciendo, con los ojos como vetas oscuras en la lívida y furiosa pulpa de su cara, fue el primero en pasar la puerta del cuarto de baño, e ignorando todas las reglas —sólo golpear con la mano abierta, nada de puñetazos, usar solamente las piernas y los hombros, y únicamente tratar de contener al paciente, no avasallarlo—, de pie detrás del señor McCormick, empezó a propinarle puñetazos como mazazos, el ruido seco de la carne chocando con la carne, jamás en la cara, nunca en la cara, golpeando a su patrón y benefactor repetidamente en el pecho y el abdomen hasta que se derrumbó en el suelo de baldosas. Pero eso no le bastaba a Nick —estaba poseído, embrutecido, tan loco como Katzakis o el Hombre del Delantal o Gunderson, el gran sueco con sus bíceps como rodillos que mató y decapitó a su esposa y a su hija y mantuvo a raya a seis hombres durante tres horas hasta que finalmente tuvieron que cloroformizarlo. Nick no se detuvo. Siguió golpeando al señor McCormick una y otra vez, aunque el señor McCormick era un bulto en el suelo con las manos encima de la cabeza, gritando: «¡No, no, no!».

—¡Nick! —rugió O’Kane, agarrándolo por los potentes brazos que subían y bajaban, sintiendo surgir esa furia desde dentro de sí, ese incontenible ímpetu hormonal que hace de cada uno de nosotros un maníaco en potencia. Antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo, levantó a Nick, y lo separó violentamente de su víctima, no sin antes conectarle un puñetazo en pleno rostro, en medio de esa sudorosa esfera a guisa de cara que hervía como una cacerola puesta al fuego.

—¡Eddie! ¡Nick! —gritó Pat tratando de separarlos en medio de una trapisonda

de cuerpos y de miembros, y de pies perdiendo el equilibrio, mientras el señor McCormick, hecho un ovillo, en posición fetal sobre las frías baldosas, pero con un ojo abierto, un brillante ojo de loco, asistía a la bronca enloquecida que tenía lugar encima de él. Nick arremetía ahora contra O’Kane, encarándolo, y gritando «¡Hijo de puta, te voy a matar!», y la furia de su voz amplificadas en la acústica del reducido espacio hizo que el cuarto de baño se convirtiera en una caja de resonancia, en la antesala del infierno.

Todo era muy desagradable —abusar del señor McCormick estando indefenso y precisamente cuando salía de su neblina; la pelea con Nick que había sacado a flote toda la desconfianza y el rencor que debía de estar incubándose entre ellos como una víbora cobriza a la que le pisan la cola, aunque él nunca lo habría admitido, aunque lo hubiera sospechado; la sombría perspectiva de la bronca de campeonato que le aguardaba cuando regresara a casa y se enfrentara con Rosaleen—, pero para O’Kane, en esa noche infausta, aquello no fue más que el principio.

En cuanto Pat los hubo separado a él y a Nick, se volvió y salió airado de la habitación, con los nudillos despellejados, y Nick lo persiguió enloquecido, dejando al señor McCormick en el suelo, casi en estado de coma.

—¡Vete, largo de aquí, apestoso hijo de puta! —bramó Nick—. ¡A fin de cuentas no sé qué cojones estás haciendo aquí... éste no es tu turno, imbécil!

O’Kane bajó la escalera y salió por la puerta sin despedirse de nadie, y luego se adentró por la carretera, engullido por la oscuridad. Las luces se extinguían a su espalda y la oscuridad lo ceñía, había en el aire un olor a charcas dejadas por la marea, y la fría panza de la niebla se enganchaba desgarrándose y desparramando sus tripas en las copas de los árboles. Ni corto ni perezoso, siguió andando.

Ocho kilómetros. Tenía ampollas en los pies —no estaba muy acostumbrado a esas caminatas— y sangraba por el corte debajo de su ojo, donde el tenedor se había clavado, y tenía el labio superior partido e hinchado. Durante todo el camino iba despotricando de Nick. Nick, que tenía treinta y cuatro años y estaba resentido con O’Kane porque O’Kane era más joven, más listo, más guapo, porque O’Kane era jefe de enfermeros y él no. Bueno, ¡pues que se joda! O’Kane le había puesto un ojo a la funerala, y a lo mejor le había hecho algún otro daño que no era tan evidente, pero mañana iba a sentir los dolores en el cuerpo, eso era seguro. Mientras caminaba la rabia iba disminuyendo y la niebla descendía y el frío de la noche lo arrojaba —se estaba volviendo un blando, tan adicto al sol como los lagartos encaramados en las rocas, ¿y sería capaz de volver a adaptarse a Boston? Dos coches se acercaron, pero iban en dirección contraria. Y luego, para empeorar las cosas, llegó a State Street cinco minutos después de que pasara el último tranvía.

Lo que necesitaba era una copa. O dos. Pero por alguna insondable razón —nacimiento, muerte, el fin del universo y de todas las cosas asequibles al hombre— el

bar de Cody Menhoff estaba cerrado a las diez menos cuarto de un jueves, a mediados de mayo, mientras los hombres expiraban anhelando echarse un trago, y se quedó allí pasmado ante la puerta cerrada, lamiéndose la postilla del labio, hasta que oyó un grito procedente de la acera de enfrente.

—¡Eh, colega! —gritó alguien—. ¿Estás buscando donde echarte un trago?

Fue a parar a una taberna en el barrio hispano, el hervidero de casuchas de ladrillos y destartalados gallineros donde vivían todos los mexicanos y los chinos que trabajaban en los hoteles y donde uno siempre podía encontrar un trago y una puta —no es que buscara esto último, no especialmente. Lo que se encontró fue a sí mismo bebiendo el sucio y oscuro líquido de una sucia y oscura copa con un personaje con gorra de visera y mostachos militares que hubiera podido ser Porfirio Díaz en persona, a juzgar por lo que O’Kane sabía. Pero a él le daba lo mismo. Él no tenía prejuicios: mexicanos, espaguetis, chinos, alemanes, irlandeses, todos eran iguales para él. Pidió otra ronda y se bebió un par de aquellas cervezas mexicanas que olían como si hubieran sido destiladas a través de la bragadura de un calzoncillo empercudido. Sí, señor, a eso sabían. «¡Sulad! ¿Cómo es que dicen ustedes? ¡Salud! Vale. ¡Salud!»<sup>[12]</sup>.

Llevaba allí más o menos una hora, lo suficiente para olvidarse del labio partido y del dolor irradiando de un lugar encima de la sien izquierda, donde Nick le había encajado dos rechazos que fueron como cañonazos, y de pronto se le antojó que quería ver algunas caras americanas durante un rato y vagó por las calles hasta un lugar en el que había estado antes una o dos veces. Había un gran jolgorio allí adentro. Aquello estaba lleno de vida. Vio un montón de sombreros de mujeres, altos peinados recogidos con horquillas, hombres en mangas de camisa. El pianista se había ido y un borracho, un tío que le pareció haber visto en el bar de Menhoff, cantaba deslizando los dedos por el teclado en una pantomima:

No tuvieron en cuenta la última voluntad del moribundo  
lo enterraron en la solitaria pradera  
en una cajita de seis por tres pies.  
Y ahora sus huesos se pudren en la solitaria pradera.

Tenía una voz espantosa, el borracho, la mar de quejumbrosa y evocadora, y O’Kane le preguntó si sabía *Carrick Fergus*, y sí la sabía, pero no tenía el rollo de papel perforado, así que tenían que conformarse con *Las calles de Nueva York*, la cual cantaron dos veces, O’Kane armonizando, y luego *Alexander’s Ragtime Band*. De tanto cantar les dio sed, así que se sentaron a una mesa y O’Kane pidió whisky para los dos y ni siquiera se preocupó de pedir ningún chupito para beber inmediatamente después; y estaba allí sentado, sintiéndose efusivo, contándole al borracho —cuyo nombre era Joe no sé qué— la vida y milagros del señor McCormick y cómo por fin se había despertado igual que la Bella Durmiente y cómo él, O’Kane, acabó con un tenedorazo en la mejilla y el labio partido y una contusión en la sien, cuando de

pronto vio a Giovannella Dimucci, sentada al otro lado del salón, en el restaurante, con un hombre que le tenía el brazo echado por encima del hombro mientras le susurraba algo al oído. Pero Giovannella no miraba al hombre que estaba con ella, sino a O’Kane.

¿Quién puede decir lo que experimenta un hombre en un momento así? ¿Qué cables se le cruzan súbitamente chisporroteando, qué encrucijadas olvidadas y calzadas arteriales surgen rugiendo a la vida de golpe y porrazo? O’Kane se levantó de un salto de la silla sin decirle ni una palabra a Joe no sé qué, quien estaba en mitad de un incoherente monólogo que giraba en torno a la pérdida de su sombrero, su billetera y su zapato izquierdo, y salió disparado a través del concurrido salón en una especie de trance. Sentía sus caderas compactas como pistones, podía sentir la potente musculatura de sus piernas contrayéndose y relajándose y volviéndose a contraer con cada zancada mientras balanceaba los hombros en rítmico pavoneo, con el corazón latiendo fuerte y constante, y todo lo veía claro. No miraba a Giovannella ni al hombre que estaba con ella, en cualquier caso no a su cara: tenía los ojos clavados en aquel brazo que insinuaba tantas cosas, el brazo que él quería partir en mil pedazos. De nada hubiera valido decirle que Giovannella tenía derecho a ir a donde y con quien ella quisiera, y que no era asunto de nadie, salvo de sí misma, averiguar cuándo y cómo aquel inconsciente brazo había ido a caer tan casualmente encima de su hombro. Era inútil. La suerte estaba echada. De nada hubieran servido las palabras.

O’Kane fue derecho a la mesa y arrancó el brazo del hombro de Giovannella del mismo modo que hubiera podido desgajar la rama de un árbol y descubrió, para su consternación, que aquel brazo pertenecía a un cuerpo. Hubo allí un crujido de tendones, huesos, cartílagos; el susto inicial y luego la indignación de aquel joven fornido, un rubio granjero, vestido con un desteñido mono azul que cubría el tronco de aquel árbol tan particular.

—No puedes hacer eso —dijo O’Kane, queriendo dar a entender un montón de cosas, y cuando el brazo espontáneamente trató de reafirmarse en el hombro, él volvió a apartarlo de un zarpazo y le mostró a aquel pueblerino el ensangrentado corte debajo de su ojo y la contusión en la sien y el labio que se había puesto amarillo de pus, y el joven granjero desistió. Y aún sin mirarla, ni siquiera de reojo, O’Kane alargó la mano, cogió a Giovannella y la obligó a levantarse—. ¡Vámonos! —le ordenó, respondiendo con sus ojos de loco furioso a la mirada aviesa del compañero del joven granjero, no fuera cosa que también él quisiera que le torciera y le desenrajara el brazo. Y luego, como si Giovannella pudiera abrigar alguna duda a propósito de sus intenciones, redujo su voz a un primitivo gruñido y adoptó un tono de urgencia—: ¡Ahora mismo!

Giovannella estaba cabreada. Luchó con él a cada paso a través del laberinto de mesas, en el vestíbulo y más allá de la puerta, en la calle desierta. Nadie le salió al paso —el granjero y su amigo de mirada hostil apenas lo miraban por encima de sus

cervezas—, ¡y que se atrevieran a seguirlo, que intentaran venir a por él, que se iban a enterar de lo que vale un peine! O’Kane la arrastró media calle hasta que ella logró zafarse, separándose como una boxeadora profesional y golpeándole con toda su fuerza, exactamente allí donde más le dolía, justo donde el tenedor del señor McCormick le había desgarrado la carne, así que por un fugaz e intenso instante, sintió como si toda su cara estuviera despegándose de los huesos cual máscara de caucho.

—¡Mal nacido! —chilló ella.

—¿Yo? —O’Kane estaba escandalizado, aguijoneado por la amargura que le producía la absoluta desmesura de su reacción. ¿Estaría loca? ¿Sería eso?—. Eras tú la que estabas en ese garito con el brazo de un pelmazo encima de tu hombro igual que una...

Ella volvió a golpearlo y estaba levantando el brazo para atizarle otro golpe con el montoncito de nudillos que era su puño izquierdo, cuando él la cogió por la muñeca. Rápida como un rayo, Giovannella se dispuso a golpearlo con la otra mano, pero él también le atrapó la muñeca. Y no estaba pensando nada, pero en algún lugar de su conciencia registraba la sensación de agarrar firmemente aquellas dos delicadas muñecas palpitantes, tibias como pájaros, un par de gorriones cogidos al vuelo, aprisionados en las garras de sus manos invencibles, y eso era electrizante. Una fuerza electrizante que se adueñó de él, y ahora no había dios que pudiera detenerle:

—... igual que una puta vulgar —dijo.

Ella le escupió. Lo pateó con rodillazos como navajazos. Lo insultó primero en italiano y después en inglés. Eso no tenía la menor importancia. Porque él estaba en posición de superioridad y la tenía agarrada por las muñecas y no la dejaría ir, no de momento, quizá nunca.

La arrastró calle abajo en una torpe danza, ambos resbalando y deslizándose, avanzando de medio lado, hasta que encontró una arboleda al final de los terrenos del Hotel Potter, y ni que decir tiene cuál fue el desenlace. A pesar del poderío de sus encantos, de los subyugadores ojos negros y del cuerpo glorioso, juvenil y pletórico de fuerza, él era más seductor y persuasivo —y más poderoso—. Ella lo comprendió al final, después de que él la tratara de modo brutal, quizá demasiado brutal. Y cedió enroscándose con él debajo de los galanes de noche cuyas flores perfumaban la oscuridad sin estrellas, pegando su piel desnuda a la suya, y sollozó por él, sollozó tan fuerte que él pensó que iba a partirse en dos, y entonces, sólo entonces, la soltó para hacerla sentir todo el calor que emanaba de él como si la sangre hubiera sido sustituida en sus venas por aquel whisky tan ardiente que lo quemaba todo desde las benditas costas irlandesas. Y allí permanecieron acostados en la hierba, durante horas, hablando quedamente y besándose y dejando que la niebla descendiera semejante al vaho de algo inconcebiblemente enorme y arrollador, y esta vez, cuando él la atrajo hacia sí de nuevo, no tuvo que forzarla.

¡Ah, sí! Sí. Pero todo idilio tiene un final, como muy bien sabía O’Kane, y con

demasiada frecuencia termina con viscosidades y picaduras de insectos y un dolor de cabeza. Todo terminó con la salida del sol, un desgarrón en la niebla que se transformó en llovizna, y el angustioso graznido de algún pájaro extraviado. Giovannella le miró con ojos de novia embelesada y él supo que se había pasado de la raya.

—Yo te prometo —dijo él—, yo te juro... —Y la estrechó entre sus brazos, en medio de una vorágine de sentimientos encontrados de culpabilidad y remordimiento y miedo y autodesprecio, y a pesar de todo, al mismo tiempo, sintiéndose henchido y a punto de estallar con otro sentimiento, algo que se parecía peligrosamente a... pues, bueno, al *amor*.

Con el corazón palpitante, el traje hecho una birria, su cara aún peor, entró en el hotel, mientras Giovannella esperaba tiritando entre los árboles, y telefoneó a Roscoe. Roscoe acababa de levantarse, estaba a punto de desayunar en la cocina de Riven Rock mientras Sam Wah le farfullaba en chinglés. Nick y Pat bebían café negro, preparándose para terminar su turno y regresar a sus hogares en el coche de Roscoe, quien después pensaba pasar a recoger a O’Kane en la puerta de su apartamento en Micheltorena Street. O’Kane le dijo que de eso nada. Le dijo dónde estaba, recordándole al chófer todo lo que había hecho por él en el curso de los últimos meses y la hermandad que los unía cuando iban de juerga por las tabernas en los días previos a la llegada de Rosaleen, y Roscoe estuvo de acuerdo en renunciar al desayuno, bajar un momento hasta el Hotel Potter para recoger a Giovannella, dejarla en el camino que iba al molino de aceite, allí donde el claro mostraba sus adelfas, y luego llevar a O’Kane al trabajo.

Cómo se las arregló para hacer todo eso en tan poco tiempo es algo que O’Kane nunca sabría.

Se aseó lo mejor que pudo en el cuarto de baño que antes compartía con Mart y que ahora Mart compartía con Elsie Reardon, eludiendo al mismo tiempo a Pat y a Nick. Roscoe mantuvo la boca cerrada. Ellos ni siquiera sabían que O’Kane estaba allí, nada hacía sospechar que no estuviera en su casa esperándolo como cada mañana para ir en auto hasta la finca e iniciar el cotidiano ritual de asear al señor McCormick y darle de comer a la fuerza (cosa que hacía todos los días menos los sábados, cuando el doctor Hamilton se sentaba al lado de su patrón y mecenas, con la puerta cerrada excepto para dejar pasar a un par de espaguetis con sus fregonas). Mart había oído la versión de sus hermanos de los sucesos de la noche anterior, pero no parecía muy dispuesto a emitir un juicio crítico —tan lento como cabezón, le daba lo mismo echarle la culpa a Nick que a O’Kane. Y O’Kane se pasó casi todo el día repitiendo su propia versión en voz alta, con la esperanza de que Mart se pusiera de su parte — pues la sangre tira, pero el whisky más, y todo eso—, mientras trataba de borrar del recuerdo la imagen de Giovannella reprochándose lo indeciblemente estúpido que había sido para volver a echarle leña a aquel fuego, con o sin amor. En el fondo, lo que se negaba a abordar en la turbia periferia de su conciencia, ni siquiera durante

una infinitesimal fracción de segundo, era el problema mayor que hacía que todos los demás parecieran tan insignificantes como el epitafio que un día figuraría en su lápida: Rosaleen.

Esa mañana la telefoneó a las ocho y derramó una espesa gelatina de mentiras en el micrófono, contándole que el automóvil se había averiado a tal punto que ni siquiera pudieron ponerlo en marcha a empujones y que, además, el señor McCormick había vuelto a la vida en un súbito frenesí golpeándolo en la cabeza y en el pómulo y que tenía que ver cómo tenía el labio y que por todas esas razones finalmente se vio forzado a pasar una triste noche monástica compartiendo la cama con Mart, quien, por supuesto, estuvo roncando todo el tiempo. Rosaleen guardaba silencio al otro lado del hilo telefónico y él podía imaginarla en la estrecha sala del viejo Rowlings, con la música de fondo del viejo Rowlings despotricando y soltando tacos en algún lugar, y Rosaleen mordiéndose el labio según su costumbre cuando estaba de uñas, con los ojos a punto de echar chispas, posando un resbaloso pie encima del empeine del otro.

—Esta noche sin falta estaré en casa después del trabajo —le dijo—. ¿Vale?

La voz de ella llegó retumbando igual que una bola negra en la bolera, incierta, falsa, y con todo, ya estruendosa:

—Sí, Eddie. Vale.

Y luego anocheció. Y él se fue a casa.

Ella estaba esperándolo en la puerta de la calle, con Eddie Junior a horcajadas en su cadera, como un escudo, y él pensó en el pesado escudo de cuero que Cuchulain acostumbraba a esgrimir y en toda la feroz sangre de sus ancestros guerreros hirviendo en las venas de Rosaleen, quien, para completar la imagen, también empuñaba una escoba —una escoba cuyo verdadero uso ella ignoraba por completo. O’Kane abrió la cancela y entró en el jardín y aunque todavía le dolía la cabeza y le escocía el labio y le palpitaba la sien y estaba hecho polvo, más agotado que nunca en su vida, no las tenía todas consigo, le daba en la nariz qué algo olía radicalmente mal en aquella bienvenida, e inmediatamente se puso en guardia.

—¡Hola, cariño! —exclamó, y el saludo dejó traslucir un sordo eco de desesperación y falsedad. Ella le dio la callada por respuesta, pero frunció los labios enseñando los dientes y él notó que estaba haciendo un esfuerzo para contenerse hasta que él estuviera dentro de la casa y la puerta se hubiera cerrado tras de sí.

—¡Mentiroso! —gruñó cuando él la rozó al pasar entrando en el basurero que era la sala.

*¿Cómo lo sabía ella?*

*¿Qué sabía ella?*

Sus neuronas inactivas, debilitadas, se despabilaron súbitamente. No le quedaba más remedio que enfrentarse a su acusadora y responder hábilmente a cada nueva imputación con una nueva mentira.

—¿De qué estás hablando?

La cara de Rosaleen estaba crispada, igual que la cara de los hominoideos del doctor sometidos a sus experimentos, reflejando odio, deseos homicidas y una infinita sed de sangre.

—Ayer por la noche estabas en el centro de la ciudad, en el bar de Huff, borracho como una cuba. Zinnia Linnear te vio.

—Dile que tiene que ir al oculista.

—¡No me mientas, hijo de puta!

—Te lo juro, he pasado la noche en Riven Rock. Mira. Mírame a la cara, ¿por qué no lo haces? ¿Eh? ¿Ves esto? El señor McCormick me lo hizo y me pasé la noche igual que un monaguillo en la cama de Mart, con Mart roncando más que un aserradero, te lo juro por Dios.

Ella no se ablandó, ni lo más mínimo. Se guardaba algo más en la manga, él lo sabía, algo que ella tenía en reserva para sacarlo del arcón y arrojárselo. El crío, cabalgando en la cadera de su madre, le extendió una manita.

—Pa... pá —dijo—, pa... pa... íto.

—Estabas con una mujer —dijo ella, en voz baja, premonitorio redoble de la tormenta aún no del todo formada—. Con una espagueti.

Trató de eludirla, de esquivarla, de esconderse, intentó cambiar de tema, despejar el ambiente de malas vibraciones, dándole a ella una oportunidad de calmarse e ingerir el denso paliativo de sus mentiras, pero ella no lo hizo. Adondequiera que fuera, allá iba ella, con el niño al retortero, a guisa de escudo, chillando como una gaviota:

—¿Quién es? ¿Eh? ¿Alguna puta que encontraste debajo de una piedra? ¿Te acostaste con ella? ¿Lo hiciste?

Él entró en el dormitorio para cambiarse de camisa, ¿acaso un hombre que ha estado trabajando duramente dos días seguidos, sudando los sobacos con el esfuerzo de mantener a su familia, no podía disfrutar de un momento de paz ni siquiera en su hogar, el hogar cuyo alquiler él pagaba trabajando doce horas diarias? No, no podía. Ella también entró en el dormitorio, ululando, y cuando él salió a empujones escapando a la cocina, buscando el consuelo de la botella medio vacía que ella escondía detrás de la nevera y que no quería que él descubriera por vergüenza e hipocresía, recibió un aluvión de gritos —«¡Dime quién es! ¡Dime quién es!»— hasta que finalmente no aguantó más, ningún hombre hubiera podido aguantarlo, aunque fuera ciego, sordo y paralítico.

No pensaba ponerse violento. No quería. No lo había planeado. Eso siempre le sabía mal. Pero la situación reproducía exactamente aquella vez, en Waverley, cuando la cara de Rosaleen, como un balón inflado, se le acercaba una y otra vez, mientras él estaba al otro lado de la red, a punto de dar un remate, y sin embargo, esta vez todo era distinto, radicalmente diferente, porque allí estaba el niño, cabalgando en la cadera de su madre y aullando como si ya se hubiera quedado huérfano. O’Kane adoraba aquel crío y no quería perjudicarlo —a él, a Eddie Junior, su hijo—, también



adoraba a Rosaleen, sí que la amaba, pero ella seguía acercándose a él, la blanca luna de su cara, el gran balón cosido, y cuando finalmente él golpeó esa esfera inflada cada vez más cercana, la odiosa y retorcida cara interrogadora de su esposa, cuando su paciencia se acabó, cuando se consumió la última gota de paciencia de Job, cuando los desecados huesos de todos los papas y mártires castañetearon en sus tumbas dejando escapar un alarido homicida, fue más bien una cuestión de reflejos que cualquier otra cosa. Una vez, sólo la golpeó una vez. Y lo hizo con certeza, de la misma manera que un hombre compasivo sacrifica a su caballo o a su perro favorito, mientras agonizan, golpeándoles lo bastante fuerte para impedir que sigan sufriendo.

Corría el mes de mayo cuando el señor McCormick fue declarado incapaz y Giovannella empezó a dejarse ver de nuevo por Riven Rock a todas las horas del día y de la noche, y Rosaleen, con una ligerísima desviación en el caballete de la nariz semejante a un signo de interrogación al revés y los ojos a la virulé, como el antifaz de un ladrón nocturno, hizo las maletas, cogió al niño con un moretón en el muslo, tomó el portante y cogió el tranvía hasta la estación de trenes, pero para O’Kane todo sucedió tan fulminante y virulentamente que apenas estaba seguro del año en que vivía, y mucho menos del mes. ¿Y qué tal está Rosaleen? Todos se lo preguntaban, especialmente gente como Elsie Reardon. ¿Y el niño? Están muy bien, insistía O’Kane, y se consolaba evocando los recientes detalles de los pueriles arrobamientos y las adorables travesuras del pequeño Eddie, pero la procesión iba por dentro, aquello le partía el alma, y se emborrachaba casi todas las noches y lloraba hasta quedarse dormido en las sosegadas aguas de aquella gran arca de madera que hacía las veces de cama y que él había comprado para mantener a flote su felicidad, y durante un mes estuvo desolado, y a lo largo de un mes tergiversó los hechos, inventándose historias inverosímiles, hilvanando un entramado de vanas ilusiones, engañándose a sí mismo, hasta que por fin tuvo que admitir que Rosaleen se había ido a Massachusetts a cuidar de su achacosa madre. Y de su padre. Y de su hermano con cáncer en los huesos y a los dieciséis chiquillos.

Todo eso le dolía. Y aquello nunca debería haber sucedido. Pero él sabía quién tenía la culpa, él mismo, por supuesto, un hombre que simplemente no estaba preparado para el yugo del matrimonio y la familia. Y también Katherine tenía la culpa. Sí, la señora McCormick. La Reina de Hielo. Porque si no hubiera metido la nariz donde no la llamaban, nada de aquello habría ocurrido. Él se hubiera quitado de la cabeza a Giovannella —o a cualquier otra—, esperando el momento oportuno, y cuando hubiera estado preparado, realmente preparado, entonces otro gallo hubiera cantado.

En cuanto acabó el mes, liquidó su cuenta con el viejo Rowlings y alquiló una habitación en una pensión no lejos de la estación de trenes y desde donde se podía ir fácilmente a pie al bar de Menhoff, a la taberna de O’Reilly y a las cutres cantinas del

barrio hispano. Vendió los muebles a quien se los comprara, y mira por dónde, Zinnia Linnear, como una especie de buitre con venas azules, fue la primera en la cola para adquirir la gigantesca cama, el tocador y el juego de vajilla de porcelana de segunda mano, cuyos platos estaban casi todos descascarillados. Hubo fuegos artificiales cerca del muelle Stearns aquel 4 de Julio y debía de haber trescientas barcas, todas con lámparas de queroseno, esparcidas sobre la resplandeciente superficie del mar, como estrellas bajadas del cielo. O’Kane recordaría ese 4 de Julio en particular, no sólo por la concatenación de desafortunados sucesos que desembocaron en aquel día, sino porque Giovannella estaba allí con él, al final del muelle, con su espléndido rostro iluminado una y otra vez por las chisporroteantes estelas rojas, blancas y azules.

Fue más o menos por esa época —julio, quizá agosto— cuando el señor McCormick regresó de nuevo a la vida. Una mañana se levantó de la cama y entró en el cuarto de baño como si nada, pidió su desayuno y el periódico. O’Kane estaba estupefacto, incluso Mart, a pesar de ser tan lento para experimentar sorpresa (o cualquier otra emoción, si vamos a eso), parecía impresionado. De hecho, los dos se quedaron mudos cuando el señor McCormick, vestido con pijama y batín, se sentó a la mesa en el salón de la planta alta y untó mantequilla en su tostada con los modales de un hombre que se sienta a desayunar antes de salir para la oficina. Era una escena absolutamente normal, incluso prosaica, salvo por el hecho de que usaba una cuchara para untar mantequilla en la tostada, pues el doctor Hamilton había prohibido todo utensilio cortante o punzante de resultas del incidente del tenedor. Cuando el señor McCormick, con la mayor urbanidad, terminó de comer sus huevos con la cuchara, se limpió delicadamente la boca con la servilleta y abrió el periódico, O’Kane mandó a Mart en busca del doctor Hamilton..., el doctor tenía que ver aquello.

Hamilton acudió corriendo. Irrumpió en el vestíbulo de la planta baja y subió la escalinata de dos en dos, y aún jadeaba sordamente mientras se alisaba el pelo hacia atrás y se arreglaba el nudo de la corbata en el rellano que estaba al otro lado de la puerta enrejada del salón de la planta alta. Hizo cuanto pudo para entrar caminando de un modo desenfadado, como si pasara por allí por casualidad, pero al parecer no podía controlar los pies, pues iba dando traspiés mientras cruzaba el salón. O’Kane lo observó mientras daba vueltas muy despacio alrededor del paciente, con los ojos saltando detrás de sus quevedos, los labios moviéndose en silencio, como si estuviera ensayando un discurso; el señor McCormick, absorto en la lectura del periódico, cuyas páginas sostenía rígidamente en alto a sólo unas pulgadas de su nariz, no pareció darse cuenta de su presencia. Y entonces, titubeando, como si temiera romper el hechizo, Hamilton trató de entablar una conversación con el señor McCormick.

—Buenos días, señor McCormick —dijo en su acostumbrado susurro—, tiene muy buen aspecto.

No obtuvo respuesta.

—Bueno —dijo el doctor, frotándose las manos enérgicamente, como hacen los hombres de negocios, y moviéndose en la periferia del campo visual del señor

McCormick, cada vez más cerca de él—, hace un día maravilloso, ¿no le parece?

Tampoco obtuvo respuesta.

—Y a usted se le ve muy bien en un día tan soleado... y eso nos llena de alegría, ¿no es verdad, Edward? ¿Eh, Martin? Y señor, señor McCormick, no me cabe la menor duda de que se siente mejor, ¿no? —una pausa—. ¿Estoy en lo cierto?

Muy lentamente, como si fuera el actor de una farsa apartando las cortinas para revelar su sonrisa maquillada, el señor McCormick bajó el periódico, descubriendo primero el nacimiento de su pelo, luego la frente, los ojos, la nariz y, por último, con un ademán triunfal, la radiante sonrisa de oreja a oreja que incluía hoyuelos en las mejillas. El señor McCormick estaba sonriendo, sonriendo a más no poder, y uno podía ver la luz en sus ojos mientras le dirigía una mirada afectuosa al recíprocamente risueño semblante del doctor Hamilton.

—¿Y usted quién es? —le preguntó en el tono más dócil.

El médico no pudo impedirlo: sus ojos saltaron tres veces en rápida sucesión —*blip, blip, blip*—, moviendo los hombros como si quisiera deshacerse de alguna bestia invisible que estuviera aferrada a su chaqueta siseándole al oído, y dijo:

—¡Cómo, señor McCormick, soy yo, el doctor Hamilton, Gilbert..., su médico! —Y abrió los brazos—. Y mire, aquí están sus viejos amigos, Edward O’Kane y Martin Thompson. Pero, dígame, ¿cómo se siente?

Stanley seguía sonriendo. O’Kane también sonreía ahora, del mismo modo que Mart. Los cuatro estaban estirando los músculos faciales hasta el límite, derrochando buena voluntad a mares, y cualquiera hubiera creído que acababan de oír el mejor chiste del mundo.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó el señor McCormick, y sin el menor rastro de vacilación en la voz, sin tartamudear, sin muletillas, nada de lengua de estropajo.

El doctor Hamilton se volvió a O’Kane y a Mart como si acabara de decir la cosa más jocosa del mundo, luego volvió a mirar al señor McCormick, sin dejar de frotarse las manos y con el tic de sus ojos en un paroxismo de nerviosa energía, y siempre sonriendo, sonriendo como si ésa fuera la manera convencional de llevar el rostro:

—¡Cómo! Estamos en Riven Rock, señor McCormick..., en California. En la casa que usted diseñó para su hermana, Mary Virginia..., seguramente lo recuerda. Es un lugar muy bonito. Y confortable. ¿No tropezó con ninguna dificultad a la hora de diseñar esta casa?

—Yo... yo... —Y de nuevo volvió el viejo tartamudeo, la mirada extraviada, a la vez perdida y huidiza, pero siempre sonriendo—. No..., no me acuerdo..., pero creo que..., creo que he estado enfermo, ¿verdad?

Hamilton, poniéndose grave, la sonrisa desterrada:

—Sí, es verdad, señor McCormick, estuvo enfermo. Pero mírese ahora, alerta, saludable y radiante de felicidad... ¿Se acuerda de su enfermedad, de su naturaleza, de algo de lo que experimentó?

El señor McCormick se volvió a O’Kane y le guiñó un ojo; realmente lo guiñó, como si fuera un viejo amiguete en un bar.

—Sí —dijo y la sonrisa se ensanchó más aún—. Fue un res... resfriado, ¿no?

El cambio se prolongó tres días. El señor McCormick se levantaba solo por la mañana, se duchaba (a veces durante dos horas seguidas), desayunaba, leía el periódico. Conversaba, incluso hacía chistes. Y aunque estaba muy cansado, exhausto tras el largo y penoso esfuerzo, podía moverse sin demasiada dificultad, cojeando de una pierna y tambaleándose, como si estuviera en una cuerda floja encima de un precipicio insondable. Todavía necesitaba que le ayudaran a vestirse, pues se frustraba fácilmente al no saber ponerse correctamente una camisa o una chaqueta y reiteradamente trataba de meter ambos pies en una pernera del pantalón. Pero aun así, todos estaban de lo más animados, especialmente O’Kane. El señor McCormick estaba saliendo de su nebulosa. Por fin.

Pero tal como resultaron las cosas —y era triste constatar que quien vive de ilusiones muere de desengaños—, O’Kane estaba concibiendo falsas esperanzas. Aquellos tres días de lucidez, aquellos tres días de dramática y visible mejoría, de levantar el velo, de liberación, no fueron más que el presagio de la peor recaída del señor McCormick. Nadie podía preverlo. Ni siquiera el doctor Hamilton, quien inmediatamente le puso un telegrama a Katherine, ahora de regreso en Boston, anunciándole a bombo y platillo la noticia del mejoramiento de su marido. Tampoco podía preverlo ella, quien contestó enseguida con otro despacho telegráfico: ¿ESTÁ COMIENDO? STOP ¿SE VISTE SOLO? STOP ¿LEE EL PERIÓDICO? STOP ¿PUEDO VERLO? STOP ¿PUEDO IR A VERLO AHORA MISMO? Optimista, con las velas infladas por la fresca brisa del especulativo y esperanzador diagnóstico, pero precavido, siempre precavido, el doctor le envió otro telegrama que decía: TODAVÍA NO. STOP.

Y fue una buena idea. Por lo que sucedió en el turno de O’Kane cuatro días después de que el señor McCormick despertara de su estado vegetativo, algo asombroso, para decirlo eufemísticamente. O’Kane nunca había visto nada igual, y eso que creía que ya lo había visto todo. Menos mal que nadie tenía la culpa, lo cual fue como un alivio para todos, pero si él hubiera rascado a fondo en el sedimento de culpabilidad, podría haber señalado a una candidata: a Katherine, otra vez a Katherine. Ella actuaba con la mejor intención del mundo, eso él no podía negarlo, pero justamente debido a que actuaba de buena fe —y porque era la zorra más fisgona, presumida y castradora que hubiera podido imaginar en su peor pesadilla— no podía dejar de meter la nariz en donde no la llamaban.

El problema esta vez fue con la ventana del cuarto de baño del señor McCormick. Katherine no podía pasar por alto ese detalle. Después de terminar con la planta baja, rehaciendo el lugar a su imagen y semejanza, sepultando en el olvido los muebles de los McCormick, los cuadros, las cerámicas y los cacharros ahora arrumbados en el garaje —cuando lo hubo cambiado todo, desde la pintura de las paredes hasta las cortinas y las alfombras—, empezó a obsesionarse con el primer piso, el piso que ella

nunca había visto, el piso donde no podía entrar por orden estricta del doctor Hamilton. Le daba vueltas a eso constantemente —o al menos, daba vueltas alrededor estudiando las paredes exteriores, las ventanas y el tejadillo de la terraza—, siempre espiando para vislumbrar a su marido con unos gemelos de teatro. Inevitablemente tenía que encontrar algo que no fuera de su agrado, y resultó ser la ventana del cuarto de baño.

Le molestaban las barras de hierro. Hacían que el lugar se pareciera demasiado a una fortaleza —o un manicomio. Tras consultarlo con Hamilton, trajo a un joven arquitecto y una cuadrilla de italianos que quitaron los barrotes de dos centímetros y medio de grueso, que estaban en perfecto estado, y aprovechando que el señor McCormick yacía en trance en su dormitorio, los sustituyeron por persianas de acero. Las persianas habían sido diseñadas para que un hombre hecho y derecho, de la estatura y del peso del señor McCormick, no pudiera meter el brazo por ninguno de los intersticios ni llegara a tocar el cristal que estaba detrás, y, por supuesto, las habían fabricado siguiendo unas normas de resistencia y durabilidad que impidieran que fueran dobladas o destrozadas, proporcionándole al señor McCormick un lugar por donde escaparse. Lo que el arquitecto no tuvo en cuenta fue la ingenuidad del señor McCormick —ni su fuerza. Especialmente cuando le daba un ataque de nervios.

Aquel cuarto día, casi al finalizar el turno de O’Kane y Martin, el atardecer se cernía sobre la mansión, los pájaros gritaban, el sol colgaba de una cuerda, las islas con sus arriscados relieves se destacaban contra el doble espejo del mar y el cielo. Mart estaba en el salón, devanándose los sesos para resolver un crucigrama con el fin de mejorar su vocabulario, y el señor McCormick se había acostado a echar un sueñecito antes de cenar. O’Kane estaba sentado en una silla frente a Mart, con los pies apoyados en un alféizar, mirando fijamente al cielo. Estaba pensando en su cuarto de la pensión y en la comida sosa e indigesta hecha de vegetales grasientos y demasiado recalentada que probablemente su casera le serviría a la hora de cenar —y en su primera copa, y en Giovannella— cuando oyó el inconfundible sonido de cristales rotos cayendo cual pesada lluvia en el suelo pavimentado de abajo.

Ni corto ni perezoso, saltó de la silla como un atleta y fue como un rayo hasta la alcoba del señor McCormick, la cual encontró vacía, y entonces fue al cuarto de baño, cuya puerta estaba cerrada por dentro. No exactamente cerrada, pues no tenía echado el cerrojo, sino obstruida. Al parecer, el señor McCormick había afincado algo a la fuerza —algo voluminoso— debajo del pomo de la puerta. O’Kane manipuló él pomo y empujó con el hombro la inexpugnable puerta, experimentando un mal sabor de boca, esa sensación de pánico en las amígdalas, un sabor cruel, acelerado e implacable. Gracias a Dios Mart estaba a sus espaldas, y enseguida entre los dos derribaron la puerta, para lo cual Mart retrocedió cinco pasos y luego embistió la plancha de roble con el ímpetu de un buey. Una, dos, tres veces, hasta que finalmente la puerta cedió, astillándose en sus bisagras y cayendo sobre una barricada

de muebles en medio de un estropicio. ¿Y de dónde había sacado el señor McCormick los muebles? Del despojado y saqueado dormitorio que estaba a sus espaldas. Mientras ellos entretenían sus ocios en la sedante plenitud de la tarde avanzada, descifrando crucigramas y contemplando indolentemente el paisaje a través de la ventana, silenciosamente el señor McCormick había desmantelado su alcoba levantando un baluarte contra la puerta para cubrir su fuga.

Sí, su fuga. Porque de eso se trataba —la puerta obstruida por la barricada, el cristal hecho añicos, la implosión de la paz del amodorrante y lánguido atardecer en el Paraíso, tal como O’Kane iba a descubrir inmediatamente. Trepó por el plano de la puerta, la cual se inclinaba ahora en un ángulo de cuarenta y cinco grados, justo a tiempo para ver al señor McCormick desapareciendo a través de una brecha abierta en las persianas, tan amplia y desigual que parecía como si un proyectil de obús la hubiera perforado, aunque en realidad era obra del señor McCormick, apelando a toda su fuerza, su ingenuidad y un madero de cerezo de diez centímetros de espesor que alguna vez fue la pata de una mesa. O’Kane gritó, con un hirviente potaje de ideas en la cabeza: las tres *P* bullendo junto con el sermón que el doctor Hamilton le soltó en el tren, la furia recriminatoria de Katherine y el severo y enloquecedor repiqueteo de la frase «tendencias suicidas». Así que se precipitó a la ventana y metió la cabeza por el hueco asomándose horrorizado al vacío, esperando ver cualquier cosa, esperando lo peor. Lo que vio fue al señor McCormick, con los ojos profundamente hundidos en la máscara de su cara, afanándose ferozmente, descolgándose por la tubería de desagüe con toda la agilidad de un..., bueno, de un hominoideo.

Cuando O’Kane llegó abajo, saliendo como una exhalación por la puerta principal y doblando precipitadamente la esquina de la casa, el señor McCormick ya se había evaporado. «¿Por qué», se preguntaba, «por qué coño siempre tiene que hacer estas cosas en mi turno?», y entonces se puso en marcha, frenético, incontenible, corriendo por el patio y llamando a grito pelado a Roscoe, pidiendo ayuda a los jardineros, a los domésticos de la casa y a cualquiera de los italianos que estuviera cortando ajo en cubitos o dando cabezadas sobre un vaso de vino en sus destartaladas cabañas, mientras los perros ladraban, las gallinas volaban, y todo se convertía en un huracán de miedo y alarma.

—¡El señor McCormick se ha escapado! —vociferaba, y en eso llegaron Mart y Roscoe y una multitud de hombres morenos y sudorosos empuñando azadones y tijeras podadoras—. Encierren a sus mujeres en casa —les gritó— y desparrámense todos por la finca... y si alguno lo encuentra, que no intente acercarse a él, sólo manténgase a distancia y manden a buscarme a mí o al doctor Hamilton.

Estaban llevando a cabo una sistemática batida por los arbustos, describiendo círculos cada vez más amplios alrededor de la casa, todos bajo las órdenes de O’Kane, cuando el doctor Hamilton apareció de prisa y corriendo, surgiendo como un relámpago de entre los árboles, procedente de la zona donde estaban las jaulas, con

una bata blanca de laboratorio salpicada con la caca de sus monos y mandriles, por no hablar de la de *Julius*, el orangután. Pasó como una cuchillada por el huerto, por el patio, y fue derecho a donde estaba O’Kane, quien estaba buscando en los arbustos, entre los dafnes que crecían al oeste de la casa.

—¡Oh, Dios mío! —jadeó el doctor, sin aliento, con los ojos dando vueltas, y siguió repitiendo lo mismo una y otra vez, resollando—: ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

—No puede estar muy lejos —dijo O’Kane—, sus piernas no se lo permiten. No está en condiciones de correr.

El doctor se limitó a quedarse allí de pie mientras una afilada cuña de sol declinante le cortaba el lado derecho de la cara, ahora con el tic extendido a su mejilla y la comisura de la boca.

—¿Cómo sucedió? —balbuceó—. ¿Quién estaba...? ¿Cuándo sucedió...?

—No hace ni diez minutos. Se nos escapó por los pelos..., abrió un agujero en las nuevas persianas con un palo.

—¡Mierda! —Y el médico dejó escapar una retahíla de tacos sin el más mínimo rastro de su acostumbrado susurro terapéutico—. ¿Cuál es la finca más cercana... Mira Vista, ¿no es así? ¿Quién vive allí ahora..., hay mujeres allí?

Su cara era una cosa pequeña, enrojecida e hinchada gracias al bronceado que había adquirido en compañía de los hominoideos, tenía el pelo empapado en sudor, y el sudor resbalaba zigzagueando desde sus sienes hasta delinear las apretadas líneas de las mandíbulas.

—Tenemos que avisarles. Hay que llamar a la policía. Que traigan a los sabuesos.

—Pero no podrá llegar muy lejos..., casi tiene que recorrer cuarenta hectáreas corriendo para llegar allí... Lo único que me preocupa es la posibilidad, bueno, la posibilidad de la que hemos hablado antes, que igual podría intentar...

—Eres un idiota —gritó el médico, ya descontrolado—, un imbécil redomado. ¿En qué coño estabas pensando? ¿Por qué supones que lo teníamos encerrado bajo llave? Ahora mismo podría estar detrás de cualquiera de esos puñeteros arbustos, y mientras nosotros estamos aquí chachareando sobre él. Acción, eso es lo que necesitamos, no una sarta de preguntas dignas de descerebrados al estilo de «qué haríamos si»... o «qué pasará si»... Tenemos que, tenemos que... —Y entonces se calló abruptamente y salió disparado en dirección al garaje.

Cayó la noche, y aún no había señales del señor McCormick. Recobrando su ecuanimidad, Hamilton decidió no involucrar a la policía por temor a las posibles repercusiones, pero todos los vecinos en un radio de dos kilómetros y medio fueron avisados y todo hombre disponible, incluyendo los Dimucci, acudieron para ayudar en la búsqueda. El número de linternas era limitado —dos de la casa y una que apareció en el cofre del tesoro de Roscoe, en la caja de herramientas del garaje—, y los jornaleros registraban entre los matorrales con farolillos y antorchas, a pesar del riesgo de provocar un incendio forestal. Roscoe fue a buscar a Nick y a Pat y se

unieron a la búsqueda, pero O’Kane, picado por la forma en que Hamilton le había criticado y aún resentido con Nick, se fue por su propia cuenta llevándose una de las linternas.

Era la estación seca, la alta hierba de los campos había pasado del dorado al blanco; a lo largo de los dos arroyos que confluían en la finca las torpes ranas, clamorosas en su proliferación, llenaban la oscuridad con la líquida pulsación de sus amores y combates de batracios. O’Kane cogió hacia el sur, siguiendo por el Arroyo de las Aguas Termales hasta donde se unía con el Arroyo de Aguas Frías, y luego volvió a dirigirse al norte atravesando las tierras ceremoniales de los indios que habían quedado dentro de la finca, pues pensaba que el señor McCormick podía haberse sentido atraído por el agua o por el tupido juncar y los robledos que ensombrecían las orillas —muy bien podría estar agachado una semana sin que lo encontraran, sobre todo en la oscuridad. El haz de luz de la linterna —un artilugio que O’Kane nunca había visto hasta que llegó a Riven Rock— destacaba las extrañas ramas y los cantos rodados, alisándolos hasta reducirlos a una especie de bidimensionalidad, como si estuvieran pegados al telón de tinieblas, y O’Kane resbalaba entre las piedras del lecho, cegado por la luz. Al principio recuperó el equilibrio, pero luego patinó con una piedra y cayó de bruces entre los cantos rodados arrastrados por el agua, acunando la linterna contra su pecho y despellejándose ambas rodillas. Se quedó allí tendido un momento, evocando serpientes de cascabel, de ojos malvados y explosivos, y renunció al arroyo para adentrarse por senderos más civilizados.

Entonces vio las parpadeantes luces en la distancia, oyó algún que otro grito —ora en inglés, ora en italiano—, pero los ignoró. Siguió buscando solo, pero ya estaba aburrido, cansado de todo aquel asunto, así que volvió sobre sus pasos hacia la casa, rodeando las zonas de césped y atravesando mecánicamente, perseverantemente, el Jardín de los Tréboles, pasando por delante de los invernaderos y la amenazante pared del garaje hasta que estuvo suficientemente cerca de los simios para olerlos. Aquellos hominoideos, es decir, aquellos monos y mandriles lo bastante desgraciados para proporcionar las semillas del molino teórico de Hamilton. O’Kane había presenciado bastantes experimentos del doctor, así que estaba en condiciones de opinar, y pensaba que todo eso no eran más que chorradas. Aparte de hacer correr a los monos a través de una jaula de madera a guisa de pasadizo con varias puertas interiores, lo único que Hamilton y sus sórdidos ayudantes hacían era incitar a los monos para que se follaran unos a los otros —o a cualquier otra cosa que tuvieran a mano. Una vez, O’Kane había visto a los espaguetis metiendo un perro callejero en una de las jaulas y, efectivamente, los monos empezaron a chillar desde sus perchas y uno tras otro se follaron al perro. También metieron un coyote. Los monos se lo follaron. Echaron dentro de la jaula una serpiente toro de dos metros y medio de largo. Los monos se la follaron y luego la mataron y se la comieron. Hasta donde O’Kane sabía, lo único que Hamilton había establecido era que los monos se lo



follaban todo, y cómo se suponía que eso se aplicaría al señor McCormick y al resto de los esquizofrénicos del mundo era algo que no podía, ni quería, adivinar.

Pero ahora se sentía atraído por los monos, casi irresistiblemente, avanzando hacia el recinto poderosamente apestoso, con su aire viciado debajo de los árboles, con los susurros de sus moradores nocturnos, un rumor que era como una lejana brisa peinando un claro exuberante de helechos. Aquel sonido le calmó, y por un minuto se olvidó del señor McCormick y del hedor de los monos. Y de pronto, se puso en guardia.

Los monos habían empezado a sisear y a chillar igual que lo hacían a la luz del día, y el ruido fluía hacia él, rebotando y regresando deprisa a las jaulas que estaban en la oscuridad, un poco más hacia delante. Apretó el paso, el haz de luz acarició las grandes y retorcidas ramas de los robles y luego recorrió la tela metálica de la gran jaula central que se levantaba hasta la copa de los árboles. O’Kane advirtió un movimiento en lo alto de la jaula, lo cual era inexplicable, pues a todos los monos los metían en sus jaulas individuales al anochecer, sin embargo, allí había un ruido estrepitoso, demasiado estrepitoso —el suave susurro de hacía un momento se había transformado en una barahúnda de candados entrechocando, de pestillos trepidantes y puertas zarandeadas—, y pudo ver los minúsculos cuerpos corriendo de aquí para allá, detrás de la tela metálica. La luz dio vueltas en derredor en su inestable mano, se le enganchó un pie en una raíz, y estaba tratando de descifrar lo que estaba sucediendo, cuando de pronto todos los hominoideos empezaron a chillar lo suficientemente alto para despertar a los muertos en sus tumbas.

¿Qué coño era aquello? Allí, en lo alto de la jaula central, entre las ramas, advirtió un movimiento. Se acercó más, adentrándose en los chillidos y el hedor, esforzándose para mantener firme el chorro de luz, y entonces, como en un relámpago, empezó a verlo todo más claro. En aquellas ramas no había monos: eran criaturas demasiado grandes, demasiado grandes. No eran monos, sino dos simios: uno rutilantemente desnudo, blanco como un fantasma, y el otro peludo, fornido, encorvado y feo, y ambos movían al unísono sus manos allí donde se unían los muslos del otro, dos manos que centellearon en la obscena luz hasta que O’Kane, que ahora sí lo había visto todo fielmente, apagó la linterna.

¡Gracias a Dios!

SEGUNDA PARTE

## La época del doctor Brush

---

## EL AMOR ES LEAL, LA ESPERANZA MURIÓ

El titular, allí impreso para que todo el mundo lo viera en negritas del cuerpo treinta, fue para Katherine como una bofetada. Las mejillas se le tiñeron de rubor. Sintió las lágrimas asomándose a sus ojos, y de repente su corazón latía contra las costillas como un pájaro enjaulado: EL AMOR ES LEAL, LA ESPERANZA MURIÓ. Y aquello iba a peor, de mal en peor: FAVORITA DE LA SOCIEDAD SE AFERRA A SU MARIDO DEMENTE: ÉL ESTÁ INSTALADO EN UNA MANSIÓN EN MONTECITO; SU ESPOSA LO VISITA, PERO NO LO PUEDE VER. Primero miró a Carrie, cuya cara no reveló nada, y después a su criada, Louisa, que parecía como si se hubiera tragado una rata viva, y por último a su anfitriona, la señora Lavinia Littlejohn, quien acababa de pasarle el periódico, ya abierto por la página diecinueve. La señora Littlejohn exhibía esa sonrisa vacía que la madre de Katherine parecía padecer cada vez más y más últimamente, como si para una mujer de su generación, sonreír fuera una especie de tic nervioso.

—Yo, ejem, pensé que querrías verlo, querida —dijo la señora Littlejohn, y la sonrisa flaqueó por un momento, vacilante, pero entonces resurgió más intensa que nunca.

Katherine se mantuvo absolutamente rígida, mirando fijamente el periódico desplegado en su regazo hasta que las letras empezaron a derretirse y a mezclarse, y entonces, sumida en la vergüenza, levantó la vista para contemplar otra vez la habitación. Louisa estaba saliendo por la puerta que daba al salón principal, donde una docena de mujeres iban y venían taconeando enérgicamente, dándoles los últimos toques a las pancartas, a los letreros y charlando en voz baja como si fueran soldados a punto de entrar en combate. La señora Littlejohn seguía mirándola, seguía sonriendo con esa sonrisa maternal, y Carrie, Carrie Chapman Catt, la amiga especial de Katherine y su compañera de armas, miraba por la ventana con ahínco.

—No sé qué decir —murmuró Katherine—. Es tan... tan humillante ver mi intimidad así violada. Es como si me hubieran violado.

Carrie la miró directamente a los ojos. Frunció los labios y emitió un suave chasquido de reproche:

—Después de dos años en el Movimiento, creía que ya estabas acostumbrada a eso. ¿No has visto lo que han escrito sobre mí? Pero llévate el periódico a otra habitación, siéntate en un rincón tranquilo, y lee el artículo. Hasta el final. De veras, ahí no hay nada sobre ti aparte de elogios. Y no dejes que los titulares te afecten; están pensados para que sean insípidos y de mal gusto. Así es como se venden los periódicos.

Sí, pero ella hubiera querido mantener el apellido de los Dexter fuera de todo eso,

y el nombre de Stanley también. Y sus esperanzas y sus penas más profundas, su matrimonio, su sufrimiento; ¿cómo se atrevían? ¿Cómo se atrevían a publicar una sola palabra sobre su vida privada? Podían aullar «¡No al Reino de la Enaguas!» cuanto quisieran, porque eso formaba parte del privilegio de vivir en una democracia, daba igual lo desatinado que fuera, pero había ciertas cosas que tenían que mantenerse sacrosantas.

—Vamos —insistió Carrie, ahora en tono maternal mientras la señora Littlejohn armonizaba chasqueando la lengua, y los pañitos que adornaban las mesas irradiaban solícitos—, vamos, léelo. Te hacen quedar como una santa, Kat, de veras; y es publicidad, buena publicidad para que la gente no pueda menos que solidarizarse con nuestra causa.

Katherine no podía dar crédito a sus oídos. Carrie Chapman Catt, la mujer a quien ella más admiraba, hasta el punto de adorarla, la misma que había fundado la Asociación Nacional para el Sufragio de la Mujer y que le exigió a su segundo y dócil marido (ahora dócilmente difunto) cuatro meses de libertad absoluta al año y el dinero para hacer campañas a favor del derecho al voto femenino, estaba dispuesta a ofrecerla a la gentuza en aras de la mera *publicidad*. Katherine se sintió profundamente herida. Y en ese momento no supo qué era peor, si el hecho de que sus trapos sucios hubieran sido ventilados en público por un grupo de gacetilleros y chupatintas o la sangre fría de su ídolo a la hora de usarla para su pragmatismo político. Apretó los dientes. Se puso en pie. Sin decir una palabra a ninguna de las dos mujeres salió de la habitación, muy indignada, y subió la escalera hasta el aposento que la señora Littlejohn les había destinado a ella y a Carrie durante su campaña entre los parranderos del 4 de Julio, en la playa Nantasket.

La casa estaba cerca de Hull y daba a la bahía de Hingham, la bahía que se abría al océano de verdad, al frío y sombrío Atlántico, y allí no había palmeras, ni céfiros, ni loros ni monos ni naranjos ni nada que oliera a frivolidad ni a sensualidad. Katherine se arrellanó en un sillón junto a la ventana y leyó el artículo como si estuviera tragando agua después de jugar tres partidos de tenis:

No es un caso de amantes separados por la muerte, sino una separación en vida, y si hiciera falta superar esa frontera no sería ninguna barrera gastar millones de dólares. En este caso no es un héroe, sino una heroína la que nos da una lección de constancia, y sus amistades más íntimas, pertenecientes a la clase más alta de Nueva York, Boston y Chicago, le hacen reverencias con una admiración nacida del respeto. La heroína es la bella, intelectual y realizada señora Katherine Dexter McCormick, la joven esposa de Stanley McCormick, cuyo padre fue el cerebro de la corporación gigante de segadoras, una institución cuya riqueza nadie puede calcular con exactitud.

Stanley McCormick está loco, aquejado por alguna forma de demencia. Vive en California, en una mansión exclusivamente dedicada a él, en la elitista ciudad de Montecito, donde mora una colonia de millonarios jubilados.

Las letras huían como hormigas a través de la página, acumulándose en grandes palabras negras que la miraban fijamente con sus cabezas y sus pinzas, y entonces las frases la mordieron y la picaron y le pusieron los pelos de punta, bella, intelectual, realizada, loco: ¿cómo se atrevían? ¿Cómo se atrevían? Y luego, hacia el final de la

página, todas las heridas se convirtieron en una:

El doctor Hamilton no le permite ver a su marido, mucho menos conversar con él. Y, no obstante, sin inmutarse, la señora McCormick viaja a Montecito cada año, en diciembre, para pasar las Navidades cerca del hombre que ama.

Stanley McCormick no sabe que su esposa está de visita en las inmediaciones. Y ella lo sabe, y aunque daría su vida por ayudarlo, tristemente se aleja del sanatorio y se consuela dando paseos solitarios por los alrededores.

La mansión está rodeada por un jardín que es un regalo para la vista. Se refieren a él como un auténtico Jardín del Edén con su flora tropical, palmeras, largas y tortuosas entradas para coches y bosques en miniatura. La señora McCormick olvida mientras pasea, escuchando el canto de los pájaros, mirando con penetrante interés una colección de animales salvajes atendida por el doctor Hamilton, la mayoría de los cuales pertenecen a la tribu de los monos. Existe una razón científica para esta colección, pero ésta sólo la conocen los científicos.

Hubiera querido romper el periódico en mil pedazos y arrojarlo lejos de ella, pero no lo hizo, no lo podía hacer, y aunque intentó no pensar en Stanley —su Stanley, sólo suyo, ni de su madre, ni de su hermana, ni de sus hermanos, ya nunca más—, aunque se había entregado en cuerpo y alma al sufragismo como un medio para olvidar, allí estaba otra vez, todo su dolor privado, ofrecido para excitar el morbo de la plebe en sus cocinas con piso de linóleo. ¿Qué pensaría su madre? ¿Y su padre? Debía de estar revolviéndose en su tumba.

*La esperanza murió*, por favor. ¿Qué sabían ellos? Habían estado husmeando, sonsacando y fisgando lo bastante para escuchar algo acerca de la colonia de hominoideos, y ni así eran capaces de entender su propósito o la esperanza que representaba. Aquello era obsceno. Irresponsable. Periodismo sensacionalista del peor. ¿Y con quién habían estado hablando? Con Hamilton, eso era seguro. Con algunos de los empleados... ¿O’Kane? ¿Nick? Ella misma recordaba haber concedido una entrevista, una de las muchas relacionadas con su trabajo para Carrie y la Asociación Nacional para el Sufragio de la Mujer, pero jamás hubiera imaginado que se inmiscuirían en su vida personal como si ella fuera Evelyn Nesbit o Sarah Bernhardt o alguien así. Y se equivocaban de medio a medio: la esperanza estaba muy viva, aunque se hubiera mojado con la llovizna constante de los años. Hacía más de cinco años que no veía a Stanley cara a cara, desde que estaba en el McLean, y había empeorado tanto antes de su reciente mejoría, entre su evasión por las persianas y su recaída otra vez en la oscuridad total, había descendido tanto que era como si hubiera estado sepultado durante todo ese tiempo, pero había esperanza, sí que la había. Sus enfermeros le habían enseñado a caminar otra vez, y a comer, y a veces recuperaba la lucidez, al menos eso le dijeron..., y la ciencia, la ciencia estaba dando pasos agigantados constantemente, con las investigaciones glandulares y la psicoterapia, con Freud, Jung, Adler. Había esperanza, esperanza a raudales, y ella nunca se dejaría vencer por la desesperación... ¿Por qué no habían publicado eso?

Se quedó allí sentada unos minutos, con el periódico en el regazo, contemplando por la ventana la bahía restregada por bandas estrechas de nubes que eran como muelles de acero enrollándose y desenroscándose encima de la superficie acerada del agua, oyendo las voces de las mujeres en el salón de abajo, voces que le llegaban

flotando fragmentariamente. Y entonces volvió a leer el artículo, el artículo que trataba de ella, la bella e intelectual Katherine Dexter McCormick, y se fijó en el último párrafo, el que la canonizó:

Uno de los amigos de la señora McCormick dijo el otro día: «El temperamento de esa mujer es una lección ejemplar para el mundo. Yo diría que vive encima de un volcán y que es la mujer más infeliz del mundo. Yo sé de su popularidad infinita entre los círculos sociales más importantes del este, y sé cuán fácil sería para ella abandonar a su esposo enfermo y vivir una vida normal, pero ella se ha consagrado al señor McCormick y si no recibe su recompensa en esta vida, seguramente la recibirá en la otra».

A pesar de sí misma, a pesar del demonio de la publicidad, de su ira, de su desilusión y de la promesa que en silencio se hacía ahora de no volver a hablar jamás con los periodistas, no pudo menos que sentir un arrebató de gratitud al leer esas líneas impresas en una tinta tan barata que le manchaba los guantes —porque, a fin de cuentas, tenían razón.

Eran las cuatro menos cuarto cuando Carrie y la señora Littlejohn fueron a buscarla, y ninguna de las dos hizo referencia al artículo de marras —aquello pertenecía al pasado, ya estaba olvidado, apenas había sido un diminuto adoquín en la gran alameda que conducía hacia la igualdad.

—Todas están listas —dijo Carrie, agitada, dando zancadas por la habitación para recoger su sombrero del tocador en un aluvión de codos y brillantes alfileres ante el espejo—, a pesar de que hace un tiempo horrible, incluso podría llover, y no hago más que preguntarme cuántos bañistas andarán por la orilla y si todo esto no será simplemente otra gran pérdida de tiempo.

Katherine ya estaba de pie, recogiendo su bolso, el parasol y alisándose el vestido como si se preparara para una batalla —y era una especie de batalla, los antisufragistas eran tan antipáticos como cualquier turba, y seguro que estarían allí, burlándose y silbando, con sus caras crispadas y feas y llenas de odio. También estarían borrachos, por lo menos la mitad, con manchas de tabaco en las camisas y las uñas pringadas de grasa y los dedos teñidos de nicotina y embadurnados con toda clase de mugre, aullando como animales, grandes bestias salidas de alguna pesadilla darwinista, enloquecidas por la testosterona. Le tenían miedo al voto femenino. Miedo a la abstinencia de alcohol. Increíblemente les tenían miedo a las mujeres.

—¿Y las autoridades locales? —preguntó ella, poniéndose al lado de Carrie para arreglarse el sombrero ante el espejo—. ¿El sheriff o quien sea? ¿Todavía nos están amenazando con negarnos el derecho a hablar?

Carrie se volvió ante el espejo para lanzarle una mirada.

—¿Tú qué crees?

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? Desafiarlos.

En el entablado del paseo marítimo se tropezaron con el sheriff del condado de Norfolk y dos de sus ayudantes. El sheriff era un viejo, tan viejo que uno apenas lo creía vivo al mirarle, y sus ayudantes eran enormes debido a un exceso de gula,

balones de grasa gemelos exprimidos dentro de las doncellas de hierro<sup>[13]</sup> que eran sus uniformes de color pútrido.

—Necesitarán un permiso para realizar su concentración aquí —resolló el sheriff, paseando su cansina y acuática mirada de tortuga por todas las caras: desde el témpano de hielo que era el rostro de Carrie hasta el campo minado que configuraba el semblante de Katherine. Detrás de Katherine había catorce mujeres agitando las banderas violetas, blancas y doradas del Movimiento y blandiendo pancartas en las que se leía ¿HASTA CUÁNDO TENDRÁN QUE ESPERAR LAS MUJERES POR LA LIBERTAD? NO MÁS IMPUESTOS SIN REPRESENTACIÓN y, la provocación más fuerte, ¡NO NOS PISOTEEN!

—No tenemos ningún permiso —respondió Carrie como si estuviera gritando con un megáfono, todos la miraron, una multitud empezó a formarse alrededor de ellas, los niños acudían corriendo—; como muy bien sabe usted, sus compinches del juzgado nos lo han denegado, pero nos amparan ciertos derechos inalienables garantizados por la Primera Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos, el derecho a la libertad de expresión y a la libertad de reunión pacífica, y pensamos ejercerlos.

—No dentro de los límites del condado de Norfolk, no lo harán —dijo el sheriff ásperamente, cerrando su mandíbula como una trampa.

«¡Vuelve a tu cocina, abuela!», se mofó una voz, y allí estaban, los patriotas del 4 de Julio sin afeitar y barrigones, aglomerados alrededor con sus sonrisitas de cerveceros, pero también había mujeres en la multitud que estaba creciendo, mujeres con las cabezas altas y semblantes orgullosos, mujeres que querían enterarse de lo que pasaba. De repente Katherine sintió que iba a estallar, y no pudo reprimirse, no allí, no en ese momento, no frente a esa barbarie descerebrada, no ante tanto negativismo y escarnio. Se volvió rápidamente para enfrentarse con los provocadores chistosos y ya eran unos treinta o cuarenta, como si hubieran estado esperando ese momento toda la mañana, con ganas de divertirse con sus burlas sangrientas para aliviar el tedio de chupar de la botella entre empujones, llenándose mutuamente los oídos con cuentos sucios y chistes verdes, ¿cómo se atrevían a tratar a Carrie Chapman Catt de abuela, por favor? De repente estaba gritándole a uno de los monstruos más grandes y con aspecto más estúpido de la muchedumbre, y le daba igual si era el que había proferido aquel sarcasmo o no.

—Y usted vuelva al bar de donde ha salido, borracho vulgar —le espetó sintiendo que la sangre le subía a sus mejillas como un géiser—. ¡Son los borrachos como usted los que no deberían tener derecho a votar, y no las mujeres decentes y sobrias!

Eso desencadenó la tormenta, sí, señor, no la tormenta en el sentido literal, la que se estaba gestando entre las nubes y tronando sobre el mar en una retícula entretejida de relámpagos, sino el huracán de aullidos testiculares que sólo esperaba un pretexto para estallar en toda su ira. Las palabrotas más vulgares llovieron sobre ellas, rodeadas de caras gruñonas, y un tomate demasiado maduro surgió de la nada para desparramar su pulpa maloliente sobre el escote de Katherine. Durante todo ese

tiempo, la voz de Carrie ordenaba: «¡Al agua, damas! ¡Si no nos permiten hablar en la tierra del condado de Norfolk, entonces propagaremos nuestro mensaje desde el mar!».

Alguien empezó a gritar:

¡Adelante, salgamos del error,  
dejemos atrás la noche,  
adelante venciendo la oscuridad,  
adelante hacia la luz!

Y se pusieron en marcha, a lo largo del paseo marítimo, bajando y atravesando la arena donde se hundían sus tacones, oyendo a bocajarro gritos, burlas y risotadas, y no dejaron de marchar hasta que entraron en el oleaje, dieciséis en total, y luego diecisiete, ahora dieciocho, las olas las golpeaban como una fuerza hostil, sus vestidos se habían puesto perdidos, sus zapatos chafados, y seguían gritando mientras el sheriff echaba bravatas y resollaba tratando de interceptarlas y los bravucones las bombardeaban con repollos podridos, desperdicios y algas marinas, cualquier cosa que les cayera en las manos.

El viento se enfureció y las olas las golpearon violentamente. Carrie habló y estaba más llena de fuego de lo que Katherine la hubiera visto nunca, y no, las mujeres de Estados Unidos no estaban esperando, no estaban pidiendo, estaban exigiendo sus derechos y exigiéndolos aquí y ahora. Y luego le tocó hablar a Katherine, con el olor a limpio de la sal de la espuma quitándole la peste agria del tomate prendido en su pecho como una letra escarlata<sup>[14]</sup>, y ella no se limpiaría la blusa, no les daría esa satisfacción. Habló improvisadamente y después no podía recordar lo que había dicho, pero sí recordaba cómo lo había sentido, la intensidad y la euforia del fragor de la batalla, clavando sus palabras como bayonetas en el mismísimo corazón de la multitud que se había congregado en la orilla para escucharlas.

—¡Vuelve con tu marido! —gritó un idiota justo antes de que empezara la tormenta, la tormenta literal, con su feroz azotaina de viento, lluvia y hasta granizo, la que vació la playa dejándola a ella pregonando en el desierto de mudas arenas, dirigiéndose a las gaviotas ajenas a cuanto les rodeaba y a las hermanas que la cogieron por las manos. «Mi marido», pensó, y sus compañeras cantaban la *Marsellesa* allí al viento, a la lluvia y a las olas, cantaban *Por todos los santos*, «mi marido prácticamente no existe».

Y luego salieron tambaleándose del oleaje y corrieron descalzas por la playa, como colegialas en un picnic interrumpido por un chubasco, atolondradas y haciendo caso omiso de todo, entre carcajadas, cada vez más eufóricas, incluso riéndose tontamente, mirándose extáticas unas a otras hasta que los chóferes las metieron chorreando y



tiritando en los sedanes gemelos Pierce Arrow de la señora Littlejohn, un Cadillac y un Chalmers Six que les había prestado para ese día un vecino inválido de la señora Littlejohn que simpatizaba con la causa. Y una de las dos mujeres que espontáneamente se habían unido a ellas en el oleaje —Delia Bumpus, propietaria de una pensión en Quincy— también se sumó al festivo viaje de regreso a casa de la señora Littlejohn. Era una auténtica conversa, una mujer robusta, cuya risa resultó contagiosa cuando todas salieron de los coches y se reunieron alrededor de la chimenea del salón entre oleadas de tazas de té, mantas, toallas y albornoces distribuidos por un ejército de sirvientes.

—Pensé que estabais todas locas —rugió, levantándose las faldas frente al fuego y dejando ver las medias—, ¡y tenía razón!

Todas rieron y todas querían hablar al mismo tiempo, con voces agudas impregnadas de excitación.

—¿Viste la cara del sheriff cuando Carrie le cantó las cuarenta?

—¡Dios mío, sí!

—Pensé que iba a morir allí mismo de un ataque de apoplejía.

—Debe de tener setenta años.

—¿Setenta? Tenía cien años...

—¿Cómo? ¿No lo has reconocido? Es el abuelo de Matusalén...

Risas y aplausos.

—Os diré una cosa, si él hubiera sido el único macho interponiéndose entre nosotras y el derecho al voto, yo solita le habría derribado de un solo soplo, así: ¡puf!

Más carcajadas haciendo vibrar las delicadas tazas de porcelana con caldo de carne y té a la naranja. El fuego chisporroteaba y chasqueaba, las mujeres se arrellanaron en sillones en una atmósfera de solidaridad, de hermandad, repantigadas entre copas y platillos, un vago olor a leña quemada impregnaba el aire que parecía barnizado con la intensidad de un sueño en vigilia, las flores recién cortadas brillaban en una luz anilina, los cuadros colgaban encima de sus cabezas como halos, y mientras los criados salían de la cocina llenando las mesas de embutidos, tostadas, caviar, ciruelas y frambuesas, la tempestad caía con fuerza en las ventanas haciendo temblar el entarimado. Katherine, con el pelo mojado pegado a la frente se sintió niña de nuevo mientras se lo secaba con una toalla que olía a césped soleado —podría haber estado en el gimnasio de la escuela de la señorita Hershey después de la calistenia, respirando en el aire el dolorido y dulce olor de las chicas sudorosas, un sudor conquistado a fuerza de duro ejercicio, un sudor que era igual al de cualquier chico u hombre. Estaba radiante, derritiéndose. Sentía que era de caucho, de melaza, puro jarabe de arce derramándose en un molde.

—¡Sí, sí, sí! —gritó Maybelle Harrison, esposa de un magnate de la industria textil, con una tostada en la boca. Estaba de pie frente al fuego, alta como una amazona, con el pelo envuelto en el gran turbante blanco de una toalla—. Para mí el momento supremo fue el discurso de Katherine, ¡qué discurso tan emocionante,

Katherine, de veras, de primera! —gritos de júbilo y aplausos—, porque fue entonces cuando Maude Park de repente desapareció debajo de una de aquellas enormes olas y volvió a emerger lanzando varios resoplidos, como una marsopa...

Todas eran hermanas: Maybelle Harrison al lado de Lettie Strang, institutriz de las nietas de la señora Littlejohn, Jane Roessing intercambiando cumplidos con Delia Bumpus, que trabajaba en la casa de huéspedes y no tenía ni la menor idea de clase o posición social. Ése era el espíritu del Movimiento, el espíritu de las mujeres sin hombres, el espíritu de Lisístrata y de Safo, exactamente el ambiente que Katherine había soñado cuando se apuntó al naciente club de mujeres en el MIT, entrando a paso largo por la puerta para abrazar a las tres criaturas que temblaban como ciervas y que estaban tan confusas e inseguras como ella, pero no por eso menos decididas. Se estiró cómodamente y acunó la taza caliente en sus manos, oyendo repiquetear la lluvia en las ventanas, envuelta en el flujo de risas y charlas, y pensó: «Así es como debería ser el mundo».

Pero no era así, y ella lo sabía mejor que nadie.

No había santuario, ni castillo encantado, ningún refugio seguro lleno de refinamientos y mujeres jubilosas, a no ser que una misma lo construyera. Y no lo había construido, no podía, no cuando se tienen catorce años y se es tan dependiente de un padre como él lo estaba de Su caprichoso Dios en Sus caprichosos cielos. Porque ésa era la edad que tenía, catorce años, cuando el mundo de los hombres se le vino encima, con sus columnas, contrafuertes, y todo el andamiaje.

Fue en primavera, más o menos un mes después del fiasco del club de ajedrez, y el carruaje acababa de llevarla de la escuela a su casa (ya no había ninguna razón para permanecer allí hasta más tarde, y el señor Gregson no parecía capaz de mirarla a los ojos, sin importar lo que hiciera para agradarle, como si fuera ella la que no tenía razón). Su madre no estaba —estaba tomando el té en algún lugar, o igual asistía a una función benéfica— y su hermano Samuel estaba en Harvard. La casa permanecía extrañamente silenciosa, los sirvientes en la cocina, los gatos durmiendo en los alféizares. Estaba leyendo un libro —*Middlemarch*, todavía recordaba el título—, devanándose los sesos tratando de comprender a Dorothea Brooke cuya sed de saber era tan absorbente que desperdició su vida inútilmente por un viejo rezongón, una momia asexual como era Casaubon, cuando de pronto sonó un golpe en el pasillo, como si alguien hubiera abierto la puerta de repente y echado un saco de harina a la alfombra. Los gatos levantaron las cabezas. Katherine dejó el libro. Y de nuevo se oyó el ruido, ahora más fuerte, más definido, como si un segundo saco hubiera sido arrojado contra la pared rebotando contra el primero. Sobre todo por curiosidad —pensó que sería su madre y un par de dependientes acarreando algún nuevo mueble demasiado grande para subirlo por la escalera trasera—, se puso las zapatillas y fue a la puerta para averiguar.

No era su madre. No había dependientes, ni sacos de harina, ni aparadores para la vajilla ni otomanas envueltas en papel marrón. Cuando abrió la puerta vio a su padre

en el pasillo, apoyado contra la pared y apretando los dientes en una mueca casi maníaca, como si intentara abrirse paso a empujones a través de los revestimientos de madera; detrás de él, la puerta abierta de par en par a la suave calina del sol y las ramas de los árboles en flor a lo largo de la calle.

—¿Padre? —dijo, más extrañada que alarmada, pues nunca le había visto regresar a casa antes de las seis—. ¿Te encuentras bien?

Él fijó sus ojos en ella, cosa extraña. Katherine no pudo escuchar nada en ese momento, ni el ruido del tráfico en la calle, ni los gritos de los niños en el jardín de la casa de al lado, como si se hubiera quedado sorda. Pero entonces un único ruido empezó a penetrar en su conciencia: el fuerte y abrasivo rechinar de los dientes de su padre, hueso contra hueso, de repente tan potente como el sordo ruido de un molino triturando granos. Se acercó a él, sin tiempo para pensar ni maravillarse ni siquiera temer, extendiendo los brazos para recibirlo, abrazarlo, protegerlo, y de repente fue como si la pared lo despidiera hacia el centro del pasillo, con unas piernas que estaban muertas, y su padre pasó por delante de ella como un ciego, tambaleándose, alargando inútilmente las manos hacia la puerta de la biblioteca.

Aquél era su padre, Wirt Dexter, uno de los grandes jurisconsultos de su tiempo, hijo del fundador de Dexter, Michigan, nieto del secretario del tesoro de John Adams, cincuenta y nueve años de edad y ni un solo día enfermo en toda su vida, Papá, *Pater*, el hombre alrededor del cual Katherine había moldeado su existencia como un percebe adhiriéndose al casco de un buque naufragado, hundido en lo más profundo del mar. Era intrépido, inquebrantable, el defensor de causas impopulares, el hombre de hombros anchos y sonrisa suave que tiernamente le cortaba la carne en tiras mágicas cuando era demasiado pequeña para masticar y que se quedaba a su lado leyéndole un libro de cuentos cuando no podía dormir. Y ahora, macilento, incapaz de hablar, con las muelas rechinando como discos de piedra y las piernas paralizadas, se tambaleaba pasando por delante de Katherine como si ella nunca hubiera existido.

Cómo él consiguió abrir la puerta, entrar y cerrarla con llave tras de sí, ella nunca lo sabría, pero era una de las cosas más valientes que había visto hacer en su vida, un acto de voluntad tan monumental que aún hoy la maravillaba, aunque el dolor que le causó era como bilis subiendo por su garganta. La puerta se cerró fuertemente. Ella al fin pudo gritar, golpeando la puerta:

—¡Padre! ¡Papá, papá!

—¡Vete! —rugió—. ¡Maldita sea, lárgate!

Y entonces ella lo escuchó arrastrarse por la alfombra, sacudiéndose en el suelo como un perro derregado, derribando la lámpara estrepitosamente. Las criadas la rodearon en el pasillo con sus caras asustadas, la señora Muldoon y Nora y Olga, y no había ninguna esperanza en el mundo, porque él se estaba muriendo, muriéndose detrás de aquella puerta cerrada con llave para salvarla del horror, a su hija, a su Katherine.

Un mes después del entierro, su madre le informó que partirían de Chicago en

cuanto pudiera arreglarlo todo. ¿Y adónde iban? A Boston, para estar cerca de Samuel, que era ahora la esperanza de la familia. Y lo era, Samuel, una gran esperanza, un gran hombre *ab ovo*, su padre en miniatura, muy trabajador, consciente, serio, magnético, más viejo y más sabio a los veintiún años que la mayoría de los hombres de treinta o incluso de cuarenta, tan convencido de su carrera en pro del bien público como cualquiera de los Dexter que le habían precedido. Katherine se vio privada de todo. No sabía qué hacer. Tenía catorce años. Se fue a Boston con su madre —un lugar provinciano, constreñido y exigente, estrangulado por el dominio de la sociedad— y se agarró a la boya de su guapo y exitoso hermano mayor mientras la marea subía y la mar se encrespaba. Y estuvo bien, fue lo mejor que pudo hacer, hasta que una tarde, cuatro años después, Samuel contrajera una fiebre repentina, un sarpullido violeta que le hacía parecer como si lo hubieran martilleado por todas partes, y murió antes del amanecer.

—¿Katherine? ¿Estás con nosotros?

Ella levantó la vista de su taza de té y allí estaban todas inmersas en su solidaridad, el olor a cabelleras mojadas, guedejas de mujeres, y a pastel y humo de leña y caldo de carne, y ella volvió al presente, sonriendo triunfalmente a Jane Roessing.

—Sólo estoy un poco cansada —dijo—. O no exactamente cansada, más bien como si acabara de dar un largo paseo por el bosque. Relajada. Calmada. Pero también estimulada.

—¿Wordsworthiana?

Katherine rio.

—Seguro, la pasión rememorada desde una tranquilidad serena y todo eso. Pero de momento me siento más bien como Lucy Stone o Alice Paul.

Se desplazó en el sofá y le dio unas palmaditas al cojín que estaba a su lado.

Jane se recogió la falda y se sentó desenfadadamente en el lugar indicado. Era de Filadelfia, tenía más o menos la misma edad de Katherine, y se había casado con un hombre bastante mayor que ella, una especie de industrial que había abogado por los derechos de las mujeres, y que al morir, ocho años atrás, le había dejado todo a ella. Desde entonces, Jane había consagrado toda su energía y recursos materiales al Movimiento, viajando por el país y ayudando a organizar secciones locales, y en la primavera había estado en Washington con Inez Milholland para la gran marcha de protesta. Tenían docenas de amigos en común, pero por alguna razón Katherine no la conoció hasta la víspera, durante la cena de recepción que ofreció la señora Littlejohn. A ella le había gustado desde el principio. Jane era una dinamo, una de esas mujeres animadas y enérgicas que siempre parecen ser más altas de lo que son, siempre alerta, divertida, ladeando la cabeza y zigzagueando por el salón de la señora Littlejohn con una cabellera de color oxidado que crecía de manera optimista sin que importara la presión del sombrero, del peine o de las horquillas. Sus ojos eran de un color verde claro, suaves y delicados, como porcelanas de la dinastía Song, y siempre

parecía conservar el aplomo, comportándose sabiamente —no a la manera de los sabios por acumulación, no necesariamente, sino de una forma traviesa, como la payasa de la clase, la chica con la lengua más afilada del colegio.

—Carrie me mostró el artículo del periódico —dijo, extendiéndose para recogerse el pelo con las manos como si quisiera abarcarlo todo, como si estuviera sacudiendo un arbusto para recoger las bayas—. De veras creo que es muy patético, las partes que tratan de ti, quiero decir. —Hizo una pausa. Dejó errar su mirada verde por la habitación y luego la depositó en Katherine—. Debes de haber sufrido mucho.

Katherine bajó la cabeza. Era la primera expresión de simpatía que había escuchado en años y le entraron ganas de llorar delante de todo el mundo, golpearse el pecho, apoyar la cabeza en el regazo de la mujer que estaba su lado y sollozar hasta que todo el dolor y la antipatía de los McCormick y sus subalternos hubiera desaparecido, toda la ferocidad de la lucha con Stanley y sus tutores y la cruz que era Riven Rock, la desolación de ser una esposa sin marido, siempre la que no debería acudir a esta o aquella reunión. («Señora McCormick», la llamaban, «señora McCormick, ¿le llamo un taxi?». Y sonaba como un chiste). Ella no pudo responder. Lo intentó, pero nada salió de su boca.

Ahora Jane se había pegado a ella en el sofá, y Katherine podía oler la exótica y rica humedad de la raíz de su pelo y sentir el calor de su muslo apretado contra el suyo, y, de algún modo, el brazo de Jane estaba en su hombro y la estaba meciendo, muy suavemente, hasta que lo único en lo que pudo pensar fue en el esquife que tenía cuando era niña, en el lago Michigan, y en la suave brisa que venía desde sitios tan lejanos como Minnesota o Canadá sólo para balancearlo, sólo para mecerla a ella.

—Oye —murmuró Jane, volviéndose hacia ella, y Katherine estaba tan ajena a las demás mujeres de la sala que podrían haber estado en otro planeta—. Yo sé lo que estás pasando, lo sé. Cuando Fred murió yo sólo tenía veinticinco años, no tenía hijos y mis padres estaban muertos, y su familia me trató como si fuera una especie de criminal, como si por mi culpa él hubiera enfermado del corazón, sin tener en cuenta que tenía casi sesenta años y ya había sufrido dos infartos. Para ellos yo era una extraña y nada más, y cuando leyeron el testamento, aquella gente se puso como una olla hirviendo, y si las miradas pudieran matar...

Jane le dio una palmadita, se dio la vuelta y se agachó para buscar algo en su bolso. Katherine estaba asombrada. Era como si aquella mujer hubiera leído sus pensamientos más profundos, como si hubieran heredado la misma colección de parientes políticos avaros, como si..., pero no era lo mismo. Su marido aún vivía, y llegaría el día en que se recuperaría y los dos serían perfectamente felices, como cualquier otra pareja.

—Perdóname por ponerme tan llorona —dijo Jane enderezándose de nuevo y arrellanándose más en el sofá; y ahora sostenía algo en la mano, algo que relumbraba en la lumbre del fuego. Era una petaca, de plata, con sus iniciales en la tapa taraceada en oro: J. B. R.

—¿Fumas? —preguntó Jane de la manera más informal del mundo.

—¿Fumar? ¿Yo? ¿Estás bromeando? Nunca he fumado —dijo Katherine recuperándose del asombro mientras observaba fascinada el ritual de abrir el estuche, el cigarrillo afirmado con unos golpecitos sobre la petaca, el destello de la cerilla y, por último, la lenta y prolongada inhalación que contraía la garganta de Jane como si estuviera absorbiendo el aliento de la vida misma.

—¿Te has preguntado alguna vez —empezó Jane, expulsando por la boca y las fosas nasales el humo azul que se desenroscaba en pálidas volutas, envuelta en aquel aroma dulce y amargo a la vez, como un sahumerio de hojas quemándose en la cuneta— por qué los hombres sí pueden fumar en público y las mujeres no?

—Bueno —dijo Katherine mirando alrededor y advirtiendo que las demás mujeres se esforzaban para no mirar—, simplemente es algo que no se hace, por lo menos no en nuestro círculo. Quizá entre las costureras y tal...

Jane arqueó las cejas.

—¿Y en París?

—Eso es totalmente distinto.

—¿Ah, sí? —Y allí estaba aquella mirada astuta, la mirada de una niña que ha burlado todas las reglas mandando notitas jocosas a lo largo de las filas de pupitres mientras la maestra estaba de espaldas—. ¿Sabes? —dijo exhalando otra vez—, creo que la cosa que más me irrita de todo este dominio del hombre y su dichoso voto y sus derechos de propiedad y todo lo demás es lo ilógico que resulta, lo petulante e interesado, utilizando nuestro sexo en contra de nosotras... «¡Ah, fumar no es femenino!». ¿Acaso es femenino votar, llevar pantalones, montar en bicicleta? ¿Es femenino pagar los impuestos de propiedad como cualquier otro ciudadano y no participar en las elecciones mientras ves a un analfabeto de Ballyshannon acudiendo a las urnas... o, lo que es peor, vendiendo su voto por dos chupitos de whisky? ¿Eh?

El rumor de la conversación murió momentáneamente en cuanto Jane encendió el pequeño cilindro de picadura compactada llevándoselo a los labios, pero ahora se había reanudado, y era un clamor de voces.

—¡Mira, el cielo se está despejando! —observó una.

—¿De verdad?

—Sí, mira, allí, encima del agua.

—Justo a tiempo para los fuegos artificiales..., tendremos fuegos artificiales ¿verdad, Lavinia?

Katherine intentó serenarse. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Había perdido la cuenta de las veces que había estado en presencia de fumadoras..., en París, en Ginebra, en Viena.

—Por supuesto que estoy de acuerdo contigo —dijo por fin, mirando aquellos verdes ojos zumbones—, pero el voto es una cosa..., incluso lo de llevar pantalones o montar en bicicleta o la ridícula práctica de cabalgar a mujeriegas..., y lo otro es una costumbre personal que muchos, tanto hombres como mujeres, encuentran

censurable...

—¿Lo has probado alguna vez?

¿Estaba sonrojándose? ¿Con treinta y ocho años y ruborizándose como una colegiala? Estaba recordando aquellos veranos en Suiza, evocando el paisaje de Prangins y a Lisette.

—Bueno, honestamente —y de repente empezó a reír tontamente—, sí, sí lo he hecho.

Sin decir palabra, Jane abrió la petaca de plata ofreciéndosela, y Katherine la aceptó, cogió un pitillo y se inclinó para acercarse al destello de la cerilla y absorber la primera dulce y amarga bocanada de humo. Se lo tragó de golpe. Miró a Jane a los ojos. Y casi inmediatamente tosió, con el humo saliéndole por todas partes, como si fuera una chimenea, y tosió y volvió a toser. Y las dos se echaron a reír abanicándose y apartando las cabezas de la turbulencia del humo, mientras Jane seguía expulsando sus fumarolas, verdaderos embudos de humo, tornados, Vesubios, y algunas mujeres se acercaron al sofá, con los ojos brillando tras la triunfal jornada y por la sensación de temeridad que les producía fumar, como si derrumbaran barreras, abriendo compuertas y sin mirar nunca atrás.

—¿Puedo coger uno? —preguntó Carrie, y todas se rieron, pero entonces Carrie tomó un cigarrillo, y el ritual se repitió, la petaca de plata y la fila blanca y ordenada de pitillos, las dos cabezas de las mujeres juntándose hasta formar una sola sobre el regalo del fuego sacramental, y Maybelle Harrison cogió otro y pronto todas en la sala estaban tosiendo y riéndose, riéndose y tosiendo.

Fue entonces cuando estalló el primer cohete al final del embarcadero de los Littlejohn, un destello de luz recortándose contra la silueta del rápido y encorvado esqueleto de un hombre que muy bien podría haber sido el jardinero o el chófer o el mismísimo e invisible señor Littlejohn. Ascendió en el cielo, dejando una estela de chispas, para estallar en una flor de pirotecnia encima de las turbulentas aguas mientras todas corrían a las ventanas para aplaudir.

—¿Sabes? —le dijo Jane a Katherine, cogiéndola por el codo mientras otro cohete ascendía vertiginosamente en un estampido de trueno artificial—, la verdad es que no es tan malo como parece a primera vista.

Katherine estaba confusa.

—¿Qué?

La sonrisita, los ojos, los bellos zarcillos, las inconquistables serpentinas de pelo.

—Ser una viuda tan joven.

Y entonces ascendió otro cohete, y otro.

En diciembre, Katherine regresó a California. Había sido un año de mucho trabajo —ajetreado— con un desfile de mujeres en marzo, las concentraciones del verano, la reunión de la Alianza de Mujeres para el Sufragio en Budapest (que Carrie le había

pedido que dirigiera), y no había vuelto a Riven Rock desde el año anterior por esa misma época, por Navidades. Eso le sabía mal, la hacía sentirse fatal, y hubo noches en que despertó en la anónima habitación de un hotel en Washington o en Cleveland o en San Francisco, sin saber ni siquiera en qué ciudad se encontraba, y podría haber jurado que escuchaba la voz de Stanley llamándola. Ella no era de las que desatendían sus deberes. Y mientras Stanley viviera, él era su deber, su primer deber, en la salud y en la enfermedad.

Y Stanley había mejorado en aquel año de 1913 de una manera que los informes anuales que Hamilton preparaba para los tutores y el tribunal no conseguían explicar del todo. Los informes siempre eran tan escuetos y fríos —«Se apreció alguna claridad mental, seguida de excitación y delirio, después de lo cual se volvió torpe»—, apenas un par de líneas para resumir todo un año en la vida de un hombre. Pero ella le había escrito a Stanley una carta semanal, sin fallar, estuviera donde estuviera y sin que la urgencia de su trabajo se lo impidiera, y él había conseguido contestarle en varias ocasiones —y eso le decía a ella más que cualquier árido informe. Claro, su caligrafía todavía era un poco enrevesada, con pequeñas florituras y toda clase de decoraciones barrocas adornando las consonantes y lo que parecían ser caras en miniatura mirando desde los confines de sus vocales, y en cuanto a los temas de sus cartas —el tiempo, el jardín, la comida— resultaban un poco más limitados de lo que a ella le habría gustado, pero por lo menos escribía. Y también comía en la mesa, y aunque sólo podía hacerlo con cuchara, lo hacía con un mínimo de dignidad, tal como Hamilton le había informado en su última carta. También se interesaba por el periódico, a veces incluso se lo leía en voz alta a sus enfermeros. El hundimiento del *Titanic* el año anterior había excitado su imaginación en particular, y durante meses después de la tragedia de lo único que podía hablar era de la muerte de John Jacob Astor, quien tan noblemente había instalado a su joven esposa en el último bote salvavidas que quedaba.

En cuanto llegó, ella fue en coche a Riven Rock inmediatamente después de desayunar. Esta vez estaba sola, pues su madre no había podido acompañarla. («Tengo cientos de cositas que atender aquí, Katherine, por el amor de Dios, comprar regalos para tu tío y los sirvientes, y para los Moore y la señora Belknap también, y simplemente no tengo tiempo ni para un respiro»). Intentó controlar sus sentimientos mientras el coche subía por el largo camino tortuoso bajo la bóveda vegetal hacia la casa de Riven Rock, pensando en el pobre Stanley, el dulce e incomprendido Stanley, y a sabiendas de que todavía no tenía posibilidad de verlo, ni siquiera un minuto —sería demasiado perturbador para él, según dijo Hamilton. Absolutamente perturbador. Después de la casi desastrosa fuga de Stanley, todas las mujeres habían sido desterradas de la casa, incluso las criadas, quienes fueron reemplazadas por un equipo de lugareños, incluyendo dos chinos que Sam Wah había reclutado como pinche de cocina y lavaplatos respectivamente. El doctor Hamilton consideró que era demasiado peligroso tener mujeres en casa, tanto para ellas como para Stanley, aun



cuando nunca las viera. El simple hecho de saber que estaban allí bastaba para alterarlo, incluso el más débil eco de una voz femenina, un olor —y sí, las víctimas de desórdenes mentales tienen percepciones sensoriales extraordinarias, tan agudas como las de un animal en algunos casos. O al menos eso afirmaba el médico.

En todo caso, Katherine entró en aquella fortaleza sin mujeres a las nueve de la mañana de un día tan suave como una caricia en la mejilla. Era el 3 de diciembre y podría haber sido junio. En la puerta la recibió Torkelson, el nuevo mayordomo, un hombre de aspecto totalmente mediocre, tan blando y poco atractivo como un felpudo sensible, y luego se encontró en la biblioteca con el señor O’Kane. El doctor Hamilton, le dijo O’Kane, llegaría muy pronto de su casa en la parte baja de Hot Springs Road, pero no la esperaban tan temprano.

—Y bien, señor O’Kane —dijo, echando un vistazo a la redonda como si hiciera un inventario de la biblioteca con una mirada que entrañaba nuevas redecoraciones, mientras barajaba un montón de papeles dejados en el escritorio para ella—. ¿Qué tal le ha ido a usted?

—Ah, muy bien, señora —respondió él—, de lo más bien.

Y cuando ella levantó la vista para mirarlo, él clavó los ojos en el suelo. Ciertamente era un hombre bien parecido, de complexión robusta y pelo rubio, se conservaba muy bien ahora que estaba en la treintena —¿o tendría veintinueve?— y era refinado hasta llegar a ser muy agradable. Y también parecía listo, para ser un simple enfermero, pero, claro, eso formaba parte del problema en toda aquella situación tan desafortunada: por muy listo y apuesto que fuera, no era en modo alguno un compañero apropiado para su esposo, quien era un caballero y estaba acostumbrado a la compañía y el estímulo de otros caballeros. El doctor Hamilton era aceptable, hasta cierto punto —al menos había tenido una educación—, pero los Thompson, aunque tuvieran un corazón de oro y las mejores intenciones del mundo, mentalmente no eran igualables a Stanley ni siquiera cuando éste tenía seis años. ¿Y cómo iba a mejorar su esposo en semejante compañía?

—Me alegro mucho —dijo ella, inclinándose ahora en la esquina del escritorio para revisar los papeles por segunda vez: facturas, recibos, un informe del señor Stribling sobre los diversos proyectos de reforma que se llevaban a cabo en la finca—. ¿Y cómo está su mujer?

Silencio. Ella volvió a mirar a O’Kane.

—Todavía está en Massachusetts, señora..., haciendo de enfermera para su madre enferma. Y cuidando de su padre. Y de su hermano, el pobre, que tiene un cáncer de cerebro.

Katherine frunció los labios y entonces no pudo reprimir una fría sonrisita.

—Es demasiada enfermería.

—Sí, sí que lo es.

—Cuatro años de enfermería, si los he contado bien.

O’Kane no dijo nada. Fuera, el sol se hacía más brillante gradualmente, como una

lámpara de gas lentamente encendida hasta inundar la habitación de luz.

—¿Y su hijo? —preguntó Katherine.

—No lo he visto; dedico todo mi tiempo al señor McCormick, como seguramente ya sabe, pero me dicen que le va bien, es un pequeño tigre.

—¿Ajá? —Katherine estaba irritada.

El hombre era un mujeriego, un calavera, tan insensible a los pensamientos y sentimientos de una mujer como podría haber sido a los de una foca amaestrada, pensando sólo en una cosa, como si la atracción sexual fuera el fin en vez del principio de una relación, y era vergonzosa la manera en que había abandonado a su mujer y a su hijo y encima tenía la suficiente desfachatez para mentir sobre el tema. Haciendo de enfermera para su madre enferma, por favor.

O’Kane permanecía de pie junto a la puerta cerrada, esperando a que le ordenaran retirarse. Desde que ella había entrado en la biblioteca, él no se había movido ni un centímetro.

—Bueno, señora McCormick, se lo voy a explicar —dijo, ahora sosteniéndole la mirada, ya sin pelos en la lengua—; honestamente, a veces se empieza la vida matrimonial con las mejores intenciones por ambas partes, pero luego las cosas simplemente no parecen salir bien. —Hizo una pausa—. ¿Sabe lo que le quiero decir?

Eso le dolió profundamente —y no estaba de humor para bromas— y podría haber dicho algo de lo que luego se arrepentiría, estaba a punto de hacerlo, cuando sonó un golpecito en la puerta y los dos se giraron creyendo que sería Hamilton. La puerta se abrió lentamente, pero no era el doctor quien estaba allí en la entrada, sino *Julius*, el gran simio anaranjado. Katherine se quedó tan sorprendida que dejó escapar un grito ahogado, y al instante se estaba riendo, tanto de sí misma como de aquella cosa larguirucha, encorvada, con sus hinchados pliegues faciales y la bolsa de la garganta, que entraba en la biblioteca arrastrando los pies como un cubrecama animado. *Julius*. Ella se había olvidado por completo de él.

Cruzó el cuarto caminando con los nudillos, pasó rozando ligeramente la alfombra sin parecer que la tocara, utilizando sus pies no tanto como un medio de locomoción sino más bien a manera de timón. Ignorando a O’Kane, fue directamente hacia Katherine, y la miró desde unos ojos del color del lodo iluminados por el sol y luego tiró suavemente de sus faldas con una larga mano curtida. Emitió un suave arrullo, gruñó y también marcó olfativamente su presencia, pues traía consigo su bolsita de fragancias. Medía casi un metro y medio, pesaba unos ochenta kilos y la envergadura de sus brazos se extendía a dos metros y treinta centímetros; de habérselo propuesto, hubiera podido recorrer todo Montecito sin tocar jamás el suelo, sólo agarrándose de rama en rama. Ahora mismo tenía la mano de Katherine en la suya y la estaba olfateando como si fuera el más raro de los tesoros, con una mirada de éxtasis simiesco embelleciéndole la cara.

—Es una bestia repugnante, apestosa y maloliente —observó O’Kane— y yo por lo menos no le permitiría tantas libertades aquí, eso es seguro, pero bueno, no me

toca a mí decidir, ¿verdad?

Katherine no le prestó la más mínima atención. *Julius* era divertido, encantador, y ahora estaba besándole la mano como si fuera un pretendiente, haciéndole cosquillas con los pelos, erizándola con el calor de vaho, y ella pensó en cuánto le gustaban los animales, los perros, los gatos, los caballos, los simios, incluso las serpientes y los murciélagos, pues ésa era la razón por la que había estudiado biología. ¿Y cuándo fue la última vez que tuvo una mascota?

—¡*Julius* —exclamó, totalmente fascinada—, me estás haciendo cosquillas! —Y entonces miró a O’Kane, intentando mantenerse seria—. El doctor Hamilton me escribió contándome que *Julius* y mi esposo son prácticamente inseparables.

O’Kane hizo una mueca de dolor como si se hubiera tragado algo podrido. Se acercó a ella:

—Ésa es la obra del doctor Hamilton, no la mía, y como le he dicho, no creo que sea una cosa saludable, ni siquiera decente...

—Pero ¿por qué? Parece estar muy bien domesticado. Y si ayuda a mi marido a interesarse por las cosas, si de alguna manera lo estimula, tiene que ser algo positivo. Seguro que usted no pondría reparos si se tratara de un perro o un gato o alguna mascota más convencional, ¿verdad, señor O’Kane? Sin embargo, un simio es tanto o más inteligente.

*Julius* dejó la mano de Katherine y de un salto se subió en la silla giratoria, dando una vuelta en redondo, y entonces, resistiéndose a la tentación de seguir girando como lo haría un niño, metió las piernas debajo del escritorio y fingió escudriñar los papeles, como si fuera un viejo banquero, prognato y barrigón, sentado ante su buró.

O’Kane parecía estar con los nervios de punta, y ella recordó el día que Hamilton obtuvo sus primeros dos *Macacos rhesus* del capitán del barco y la cara de O’Kane cuando cayeron volando desde los árboles. Les tenía miedo, eso era todo, sentía miedo de una criatura tan plácida e inocua como el pobre *Julius*; pero, claro, como era típicamente masculino, nunca lo admitiría. Incluso ahora, advirtió ella, el enfermero se mantenía a prudencial distancia —y eso que *Julius* no pensaba besarle la mano.

—No. No se trata de eso —dijo él, buscando las palabras adecuadas—. Una mascota sería ideal, y he visto cómo, por ejemplo, un perrito es capaz de producir mejorías en toda clase de pacientes, pero..., *Julius* es..., parece ejercer una mala influencia en el señor McCormick...

—¿Una mala influencia?

—Él..., bueno, el señor McCormick a veces, imitando el comportamiento de *Julius*, hace monerías, permíteme la expresión, pero no hay otra manera de decirlo.

Katherine enarcó las cejas. *Julius* estaba jugando con el pisapapeles, una bola de vidrio del tamaño de un puño, sosteniéndolo en la punta de su plana nariz y luego metiéndoselo en la boca como si fuera una especie de fruta petrificada.

—Quiero decir, por ejemplo, que cuando llevamos al señor McCormick a dar un

paseo en uno de los coches, para tranquilizarlo, ya sabe, y proporcionarle el estímulo de un cambio de aires, *Julius* siempre viene también, y si *Julius*, pongamos por caso, aplasta la cara contra el vidrio de la ventanilla, pues también lo hace el señor McCormick, y simplemente no es...

—¿Digno?

—Sí, eso es lo que quiero decir..., no es digno.

*Julius* ladeó la cabeza y relamiéndose y arrullando suavemente empezó a emitir una serie de sordos e incorpóreos sonidos que eran como la interpretación de un ventrílocuo imitando a una bandada de palomas que levanta el vuelo repentinamente, y clavó los ojos ansiosamente en la puerta que aún permanecía abierta. Katherine se volvió para mirarlo, y O’Kane también. Entonces escucharon unos pasos en el pasillo y al instante el doctor Hamilton apareció en la entrada, con las gafas brillando y una amplia sonrisa de bienvenida, pero cuando ella se volvió de nuevo *Julius* ya había desaparecido.

En el transcurso de las dos semanas siguientes, Katherine visitó la finca cada día, atendiendo a los diversos asuntos, grandes y pequeños, que se habían acumulado en su ausencia, y cada día, a las tres, se escondía entre los arbustos, en una loma al oeste de la casa, desde donde atisbaba cómo O’Kane y Mart sacaban a Stanley a la terraza para que respirara un poco de aire fresco e hiciera ejercicios. Se sentía un poco ridícula con todo aquel asunto —una mujer de su edad y posición agachándose entre los matorrales como una observadora de aves o una mirona— y también se sentía deprimida, pues lo miserable de su situación le venía a la mente cada vez que una avispa se posaba en su sombrero o cuando las voces de los jardineros llegaban desde abajo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué le pasaba? Otras mujeres iban al teatro colgadas del brazo de sus maridos, charlando con ellos mientras cenaban, sintiendo su sólida presencia a su lado, en la cama, tenían niños y nietos y una casa llena de calor, y lo más cerca que ella podía estar de Stanley era a través de un par de lentes pulidas cuya potencia sólo podía aumentar seis veces y media el tamaño del detalle.

Pero allí estaba ahora, deambulando por el terrado como un refugiado, arrastrando la pierna derecha y doblando el lomo como si llevara un gran peso en andas. Ella enfocó los prismáticos y se quedó de nuevo asombrada por lo viejo que parecía Stanley —cumpliría cuarenta el año entrante, pero cualquiera diría que frisaba los cincuenta. Y qué delgado estaba. Lógicamente eso podía atribuirse al largo período durante el cual tenían que alimentarlo con un tubo dándole esa papilla sin sabor que le forzaban a tragar, pero ahora comía solo, y ella había supuesto que habría recuperado algo de peso. Claro, era difícil estar segura desde aquella distancia, pero parecía que había recuperado un poco de su color, y al menos era algo. Y su mirada, se parecía más a la del viejo Stanley, el Stanley de quien ella se había enamorado, el hombre que tenía una presencia tan irresistible, tan poderosa y apasionada, pero

tímida y vulnerable a la vez.

Aquella mirada era tal como ella la recordaba, exactamente igual. Ahora le decía algo a O'Kane, gesticulando excitadamente con los brazos, entornando los ojos, ordenando sus argumentos, subrayando algo. En un instante se había animado, como si algún resorte oculto se hubiera activado dentro de él. Era igual que aquel primer año, cuando ella se enamoró perdidamente de él, aquel año durante el cual se acostaba cada noche susurrando «Stanley Robert McCormick» una y otra vez, como una plegaria, hasta que caía en el abismo del sueño.

Él había llegado a Beverly como una aparición, como un dios alado enviado para luchar contra las fuerzas gemelas del aburrimiento y de Butler Ames, quien la había estado persiguiendo con tanta tenacidad durante el último mes que parecía que pensara que no recibiría su herencia si no se casaba antes del 15 de septiembre. Era un grupo alegre, y ella le había dado la bienvenida porque era la antítesis de su vida en el instituto y de su tesis de último año («Fatiga de los músculos cardíacos en los reptiles»), a las que tendría que volver dentro de muy poco tiempo, pero todo aquello también era frívolo, y al cabo de una semana, estaba mortalmente aburrída. Cada día era una réplica litográfica del día anterior. Jugaban al tenis por las mañanas, practicaban natación y remaban por las tardes, *déjeuner sur l'herbe*, croquet, juegos de palabras, baile y música hasta la noche, y Butler Ames intentando hacerse el listo todo el tiempo, siempre citando los mismos versos tediosos de Swinburne o Wilde, noche tras noche, mientras Pamela Huff y Betty Johnston y Ambler y Patricia Tretonne se sentaban allí y sonreían como si nunca los hubieran escuchado. Era un descanso, sí, pero allá fuera había todo un mundo bullendo, un mundo de mujeres privadas del derecho al voto, de trabajo infantil, de falansterios y fábricas, y no había ni una sola persona en todo aquel refugio turístico, desde los rollizos huéspedes hasta las mujeres que fregaban el suelo pasando por los hombres que hervían las langostas, que hubieran oído hablar ni una sola vez de Ida Tarbell, Jacob Riis o Frank Norris. Exceptuando a Stanley. Cuando él se deslizó a través de aquel césped iluminado por el sol con sus grandes zancadas, el casco de cuero y esos anteojos de automovilista que parecían gafas submarinas colgando de una mano viva como una tijera, ella ya estaba preparada para él.

Estaban allí, frente al hotel, todo el grupo, bebiendo de la botella de champaña metida en un cubo de hielo y jugando un interminable partido de croquet, y todos a la vez levantaron la vista para contemplar aquella figura solemne cruzando el césped desde la caballeriza donde había dejado su automóvil.

—Dios mío, ¿qué es eso? —exclamó Ambler Tretonne después de que Stanley hubiera pasado y estuviera tan lejos que no podía oírlo. Ambler tenía treinta y dos años, una cara tan ancha y blanda y la boca tan fruncida que le prestaban la apariencia de uno de esos peces que se hinchan cuando los sacan del agua, y medía ocho centímetros menos que Katherine. Cinco años atrás, cuando se casó con Patricia, las fábricas de papel de su padre se habían unido en una feliz conjunción con la cadena

de periódicos del padre de ella.

—Evidentemente es un motorista intrépido —contestó Butler Ames, deteniéndose un momento antes de golpear la bola brillantemente barnizada y levantando su cara de listillo hacia el grupo— regresando de un duro día de trabajo, después de haber estado asustando a las vacas hasta hacerlas huir en estampida.

¿Y Katherine? Ella no lo reconoció, no al principio, pero ¿cómo iba a hacerlo? Tenía doce años la última vez que vio a Stanley, era una niña, y ahora tenía veintiocho, estaba totalmente desarrollada y madura, la única graduada de la escuela de la señorita Hershey que no se había casado, ni enviudado ni muerto.

Pero Stanley sí la reconoció. Entró en el restaurante a las siete en punto de la tarde, muy bien trajeado, con la cara bronceada y los dientes brillando, sacándole una cabeza al más alto de los comensales, y cuando levantó la vista de la carta, coincidió con la mirada de Katherine que estaba sentada en un rincón apartado con Butler Ames y los demás, y a partir de ese momento, cada vez que ella echaba un vistazo, se encontraba con sus ojos azul celeste clavados en ella. Después de la cena, cuando los que tenían menos de setenta años fueron a la sala de baile para tomar helados, postres, beber y bailar, él la localizó con la ayuda de Morris Johnston, el hermano de Betty. Ella acababa de bailar con Butler Ames y estaba recuperando el aliento, un poco atolondrada después de la copa de vino que él casi le había obligado a tomar, cuando algo en la cara de Butler hizo que ella mirara hacia arriba.

Morris estaba allí, de pie, con aquel hombre alto y grandote, un hombre cuya estatura armonizaba perfectamente con la de Katherine, un requisito que Butler Ames, quien sólo medía un metro sesenta y siete, obviamente no cumplía, y el hombre —Stanley— estaba sonriendo con una especie de secreta y misteriosa sonrisa, como si acabara de resolver un intrincado rompecabezas.

—Yo la conozco a usted —dijo, sin esperar a que Morris los presentara—. ¿No vivía en Chicago?

Stanley se unió a su grupo, y aunque Butler Ames se puso a fanfarronear, engatusándola, y bromeando sin cesar mientras los músicos seguían tocando, descansaban y volvían a tocar, era como si no existiera, no era más que una irritación menor en la periferia de su conciencia, algo así como un insecto, *Culex pipiens pipiens*. Katherine estaba extraviada en los recuerdos, transportada hasta su niñez en Chicago, cuando su padre y su hermano estaban vivos, y no había nada malo en el mundo que una buena nota en un examen o tomar unas clases de baile no pudieran remediar. La memoria de Stanley era asombrosa. Recordaba cada detalle de aquellas clases, hasta los nombres y direcciones de casi todos los chicos y la mitad de las chicas, y recordaba el día en que monsieur LaBonte los había organizado en parejas según sus estaturas, el día en que se vieron por primera vez.

—Dios mío —dijo ella—, de eso hace dieciséis años. ¿Cómo puede acordarse?

—Nevó aquella tarde —dijo él—. Quince centímetros.

—Estoy impresionada por su memoria, de veras lo estoy.

Él sonrió, sólo eso, y era el tímido Stanley revelado, humilde, modesto, en modo alguno alguien consagrado al autobombo. Pudiera haber dicho: «Sí, y me gradué con los máximos honores en Princeton y ahora soy el encargado de la Fábrica de Segadoras junto con mis hermanos» o «Tengo poderosos motivos para recordar..., ¿cómo iba a olvidarte?», que era el tipo de frase que Butler Ames habría soltado para tirarle los tejos, al igual que los demás jóvenes solteros que se le acercaban suspirantes, como un enjambre de mosquitos, en cuanto ella dejaba los libros y hacía acto de presencia en sociedad. Pero Stanley era distinto. No era pretencioso, ni agresivo, no la presionaba. Y sabía escuchar, en vez de escucharse a sí mismo la escuchaba a ella, y cuanto más hablaban, más sentía ella aquel tirón que la sumergía en la memoria, eslabón tras eslabón, en una movediza piscina de nostalgia, donde veía la cara de su padre allí, frente a ella, el lago al atardecer, la Prairie Avenue con sus montañas de nieve, un grisáceo caballo desplomándose con sus arreos mientras su padre intentaba hacerla pasar con prisa para que ella no viera el espectáculo del animal moribundo.

Muy pronto ella y Stanley estaban arrimados en un rincón, a solas, separados del resto del grupo en la otra punta de la mesa, pues todos ellos estaban excluidos de las remembranzas de la Academia de Baile de LaBonte, de modo que Bumpy Swift y George Pullman llevaron la conversación hacia otros temas. «¿Y qué opinas de los Red Sox<sup>[15]</sup> este año?», preguntó Morris en un momento dado, y ella oyó la respuesta de Butler, «Sigo prefiriendo la Liga Americana». Y entonces, desde la nada, «¿Has leído *Unionismo y socialismo*, de Debs?». Era Stanley quien se lo preguntaba, y el resto de la noche resbaló a través de una grieta escondida en el suave continuo del tiempo. Cuando bajó de su nube, descubrió que los músicos habían desaparecido, la pista de baile estaba vacía y todos se habían ido a dormir.

Así fue como Stanley la cortejó: con socialismo, unionismo, progresismo y reforma, en vez de con flores, parloteos y miradas cargadas de insinuación. Él fue a buscarla por la mañana, antes de que ella bajara a desayunar, y empezó a despotricar contra la riqueza heredada, los capitalistas avariciosos como su padre quien se adueñó de los medios de la producción y les robó a los obreros su trabajo, habló de Saint-Simon, Fourier, Owen y Marx como si los hubiera conocido personalmente, y, cómo no, se atormentó pensando en cómo vivía la otra mitad y juró que algún día convertiría la nueva Compañía Internacional de Cosechadoras en una empresa totalmente cooperativa, como ya había hecho con su rancho en Nuevo México. Jugaron al tenis, nadaron, y él la llevó a pasear en bote, y durante todo ese tiempo discutieron los asuntos de actualidad hasta que ella sintió algo así como una luz cegadora iluminándola por dentro.

Al tercer día, no pudo menos que enviarle un telegrama a su madre hablándole de él, de Stanley Robert McCormick, el heredero de la fortuna McCormick, un hombre alto y atlético de Chicago que no le tenía miedo al aspecto intelectual de las cosas, consciente, tiernamente tímido, que valía más que todos los Butler Ames del mundo.

Y su madre, que de un tiempo a esta parte siempre la estaba fastidiando diciéndole que tenía que pensar en lo que haría después de graduarse en el MIT, recordándole que dentro de poco cumpliría veintinueve años, que se estaba poniendo vieja para el matrimonio y que era la última esperanza de la estirpe de los Dexter, le telegrafió al cabo de una hora: HAZME UNA MUJER FELIZ.

Pero de eso hacía mucho tiempo, todo un período glaciario, y ahora lo único que podía hacer era contemplar a su marido a través de un par de prismáticos, como un biólogo haciendo un trabajo de campo, estudiando las costumbres de alguna extraña criatura del mundo salvaje —eso, y asegurarse de que no le faltara nada material, ningún confort que el dinero pudiera comprar para aliviar su sufrimiento, incluyendo la mejor terapia existente para acelerar su cura. Y aunque no pudiera estar con él durante las Navidades, estaba decidida a registrar cada tienda y cada catálogo para sepultarlo bajo una avalancha de regalos, de modo que su médico, cada vez que le entregara un obsequio, le anunciara, como una bendición: «Éste es de Katherine».

Y justamente estaba haciendo eso una mañana después de la llegada de su madre, dirigiendo a O'Kane y a LaSource, quienes descargaban los montones de cajas de regalos envueltos en papel de aluminio, subiéndolos por la escalera y disponiéndolos al pie del árbol navideño en la habitación de Stanley, cuando de repente apareció *Julius*, surgido de la nada, trepó por la puerta abierta del coche y se instaló en el asiento trasero. Al principio pensó en echarlo —faltaban dos días para la Navidad y ardía en deseos de regresar al hotel y relajarse con su madre tomándose una taza de ponche de huevo o deleitándose con un concierto de villancicos en la terraza donde las flores de pascua crecían en una explosión de rojos que harían palidecer de envidia a las lastimosas plantas de invernadero con que tenían que contentarse en Boston—, pero entonces lo vio allí sentado, con las piernas cruzadas, los ojos iluminados, expectantes, y cambió de opinión. De repente se tornó caprichosa. La bella e intelectual Katherine Dexter McCormick, sufragista dura, brillante organizadora, encargada de todas las propiedades de Stanley y de las suyas también, la mujer inquebrantable, la intransigente, contempló aquella extraña silueta hundida en el asiento tapizado de piel, esa forma encorvada y suplicante que encarnaba el abatimiento masculino, y se sintió tonta, alegre, infantil. Era el espíritu de la Navidad. *Julius* estaba en el coche. ¡Qué gracioso sería mostrárselo a todos en el hotel! Después de todo, si tenían palmeras tropicales, aves del paraíso y flores de pascua en diciembre, también podrían tener un simio tropical. Quizá incluso hasta podrían encontrarle un disfraz de Papá Noel, y una barba blanca suave y sedosa.

Tuvo que abrir las ventanillas, no tanto como para que *Julius* pudiera sacar una mano de dedos largos y tratara de coger la vegetación al lado de la carretera o a un ciclista, pero sí lo bastante para disipar el penetrante y peculiar olor que despedía. En general, se portaba bien, arrullando suavemente, lamiendo las ventanillas con una lengua oscura a manera de espátula, enroscando sus dedos en los de ella —le gustaba cogerla de la mano, como un niño—, y ella se hundió en un ensueño mientras los



árboles pasaban deslizándose y el sol extendía una manta de calor en el interior del coche. Estaba pensando en Hamilton y en la esperanza que le había anunciado — Stanley había mejorado, definitivamente estaba saliendo de lo peor, y él, el doctor, veía el futuro con optimismo, a tal punto que le permitiría hacer una visita de Navidad el año entrante, si no antes—, pero también le intrigaba algo que no le había dicho hasta ayer.

Fue por la tarde, y Katherine acababa de subir la colina con sus prismáticos cuando él salió corriendo por la puerta trasera de la casa y acomodó su paso al de ella.

—A propósito de ese nuevo hombre que vendrá después del fin de año —empezó—, sólo quería decirle...

—¿Qué nuevo hombre?

—¿Cómo? ¿El doctor Meyer no le ha informado de la situación?

—Pues no..., no me ha dicho ni una palabra.

—Ah, pues bien, en ese caso, bueno, ya sabe cuánto aprecio lo que usted ha hecho por mí aquí, y siempre le estaré agradecido..., me refiero a la colonia hominoidea..., pero mis investigaciones han llegado tan lejos, según creo, y han resultado tan exitosas y esclarecedoras que de veras creo que puedo escribirlas y hacer una contribución trascendental a nuestro conocimiento de la sexualidad humana... Bueno, lo que estoy intentando decirle es que el nuevo hombre es alguien que ha estado trabajando muy estrechamente con el doctor Meyer en el Instituto Patológico, un excelente profesional que se llama Brush, el doctor Nathaniel Brush...

—Pero, Gilbert, ¿no estará pensando en dejarnos, verdad? ¿Ahora que mi marido está mejorando tanto? Sería, sería un golpe para él, para todos nosotros...

Pero Hamilton, mirando a otra parte para que no descubriera el tic revelador de sus ojos, ignoró la pregunta.

—Trabajaré conmigo durante un tiempo, para que se familiarice con el señor McCormick y nuestras operaciones diarias, todo bajo la dirección del doctor Meyer, por supuesto, y de veras, tengo absoluta confianza en Nat Brush, sí señor...

Ella salió de su ensueño cuando *Julius* de repente le entregó un sombrero, un sombrero de mujer, lleno de alfileres y plumas y una pequeña pero inequívoca porción de pelo moreno arrancado de raíz. Hacía un instante estaba mirando por la ventanilla, pensando en el carácter evasivo de Hamilton, y ahora miraba desconcertada aquel sombrero desconocido en su regazo. Le llevó un momento reaccionar, y entonces, de repente, sacó la cabeza por la ventanilla para mirar hacia atrás y golpeó la división de vidrio que la separaba del chófer. Roscoe dobló en una *U* perfecta —era un coche nuevo, uno de los sedanes gemelos Pierce Arrow que ella había encargado para Stanley después de su fin de semana en la casa de Lavinia Littlejohn—, y regresaron hasta donde encontraron a una chica enfadadísima y sin sombrero a horcajadas en una bicicleta frente a una hilera de palmitos. Katherine bajó del coche, alargándole el sombrero como una ofrenda, mortificada, absolutamente

mortificada, y disculpándose.

La muchacha, con un verdugón de ira centelleando entre las cejas, empezó a maldecirla en italiano. Era bonita, muy bonita y muy joven, en realidad una chica, ¿y dónde la había visto antes?

—*Scusi, scusi* —decía Katherine, extendiéndole las manos—, lo siento mucho. Me siento fatal. Verá, ha sido —e hizo un gesto señalando al automóvil— nuestra mascota, *Julius*. Es un simio, y ya sé que no debía llevar la ventanilla abierta, pero...

—No quiero nada de usted —escupió la chica, fulminándola con la mirada y, recogiendo su sombrero bruscamente, se lo encasquetó furiosamente hasta las orejas, sin bajarse de la bicicleta.

—Yo..., de veras, ¿le puedo ofrecer algo por las molestias que le hemos causado? ¿Tal vez lo suficiente para que se compre otro sombrero? ¿Quiere que la llevemos al pueblo?

La chica hizo un gesto maleducado, el dedo pulgar bajo el mentón, y removiéndole el aire sacudiéndose las manos, como si estuviera apartando insectos.

—Apártese de mi vista —gruñó, y añadió—: no quiero nada de usted. —Cogió impulso en un pedaleo enfadado e inestable, y luego desapareció.

Eso debió servirle de advertencia a Katherine, y de haberlo pensado, habría dado la vuelta regresando a la casa para deshacerse de un simio tan inoportuno, pero no estaba en condiciones de pensar, y no dio marcha atrás.

—Niño malo —le riñó, sacudiendo un dedo ante el simio mientras subía al coche, y *Julius* parecía tan contrito, sepultando la cara entre las manos y encogiéndose de hombros en un gesto de sumisión, que ella vaciló. El simio se acurrucó en un rincón del asiento, emitiendo una serie de sonidos suaves y agudos que podrían haber sido los quejidos de un bebé inquieto en una cuna distante, y Katherine se maravilló de que fuera tan humano y maleable: se había portado mal, y se arrepentía. Se inclinó hacia delante y golpeó el vidrio para avisar a Roscoe.

—Siga conduciendo —ordenó.

Fue un error. Desde luego, *Julius* se comportó como un simio modelo el resto del viaje, cogiéndola de la mano y mirando por la ventanilla con un aspecto dócil, casi calculado, pero cuando el coche se detuvo frente al Potter, con sus huéspedes entrando y saliendo, sus banderas ondeando en la brisa y el ajetreo de los empleados, el animal empezó a dar señales de excitación. En particular, hinchaba y deshinchaba los sacos curtidos de sus mejillas como si fueran fuelles o una gaita, y sus ojos empezaron a dar vueltas en las órbitas. Cuando el portero se acercó, golpeó la coronilla de su cabeza contra el cristal de la ventanilla, una y otra vez, hasta que el coche empezó a mecerse con la vibración.

—Ahora, *Julius*, cógame la mano y pórtate bien —dijo Katherine mientras la portezuela se abría y Roscoe la ayudaba a bajar.

Soltándose de la mano, *Julius* saltó al pavimento en un destello repentino de pelo naranja, y todas las miradas se clavaron en él. La gente se quedó petrificada en mitad

de sus movimientos. Un par de ciclistas frenaron derrapando. El portero se quedó boquiabierto. Pero Katherine, sonriendo serenamente, cogió con fuerza la mano de *Julius* y siguió su camino como si nada, porque eso era parte de la broma, claro que sí, entrar en el vestíbulo del hotel como si fuera del brazo de su marido. Y no estaba mal ver aquellas caras de sorpresa y luego de placer tras el asombro inicial. Katherine iba encantada, tarareando entre dientes una canción navideña —*God Rest Ye Merry Gentlemen*— hasta que llegaron a la puerta giratoria de cristal.

Consiguió meter a *Julius* dentro de la estructura cilíndrica, soltándole la mano justo cuando las hojas transparentes los separaron, pero entonces *Julius* se atascó. Quizá fue la novedad de la situación, la rareza de encontrarse en aquel pequeño compartimiento definido por el cristal, o igual fue el miedo y la confusión, pero de repente *Julius* paró en seco y detuvo la puerta. Katherine estaba atrapada, del mismo modo que una mujer ya mayor que alguna vez había visto en el restaurante y un señor con bombín y unos bigotes como sacacorchos que parecía haberse despellejado la nariz contra el panel acristalado que tenía delante. Primero la miraron a ella, y después a *Julius*, que seguía allí, resuelto, empujando ambas láminas de vidrio con sus enormes brazos, tenso en todo su esplendor.

—¡*Julius* —gritó ella y su voz se amplificó con la acústica de aquella cabina vidriosa hasta restallar en sus propios oídos—, vamos, no te detengas!

Y empujó hacia delante con todo su peso, al igual que la vieja y el caballero del bombín, quienes imitaron su esfuerzo lanzándose simultáneamente contra las paredes de vidrio en la misma dirección.

La puerta giratoria no se movió, ni una fracción de centímetro. Pero el quinto compartimiento estaba abierto al vestíbulo, y uno de los botones, un joven de complexión poderosa, entró dando un paso en el vacío, y con un esfuerzo impresionante, coordinado con el ímpetu renovado de Katherine y los otros rehenes, consiguió mover la puerta justo lo bastante para quedar atrapado él también. *Julius* levantó el labio superior y sonrió a Katherine como un caballo. Lamió el vidrio. Arrulló. Pero no había quien lo moviera de allí. Y de nada valía que el joven botones y el hombre de la nariz despellejada echaran los bofes empujando a más no poder, pues la puerta seguía fija, tan inamovible como si la hubieran atornillado al suelo.

Enseguida se congregó una multitud. Alguien llamó a los bomberos. A Katherine se le caía la cara de vergüenza, el botones, el caballero del bombín y la señora la miraban con ojos como puñales, el gentío seguía creciendo, desde los barrenderos hasta la *jeunesse dorée*, todos acudían para estudiarla como si fuera una atracción de barraca de feria, dándose codazos y empujones, sonriendo malévolamente, intercambiando burlas silenciosas con los mirones de ojos de insectos atrapados al otro lado del vestíbulo herméticamente tabicado. Eso duró media hora —media hora por lo menos—, y los bomberos ya estaban allí con sus inútiles palancas, *Julius* desafiando a todo el que quisiera retarlo, y entonces ella perdió la compostura, y le dio igual quién la vieran o adonde hubiera ido a parar su dignidad.

—¡*Julius!* —gritó golpeando el vidrio como una loca—. ¡No hagas eso, detente ahora mismo! ¡Para!

Sollozó. Rabió. Retrocedió y empezó a patear salvajemente aquella cara sonriente, intransigente, irracional y hominoidea aplastada contra el vidrio, siguió dando patadas hasta que se le rompió un tacón y se cayó tambaleándose, atolondrada, en el pequeño trozo de suelo de azulejos que le correspondía.

Entonces *Julius* hizo algo insólito. Dejó caer las manos, sólo por un instante, sólo durante el tiempo que tardó en separar el flequillo de pelo naranja que escondía sus genitales para mostrárselos a ella, allí mismo, a pocos centímetros de su cara, el órgano largo y oscuro en su nido, los testículos carnosos y calvos, la virilidad en el centro de su ser, y acto seguido, antes de que nadie pudiera hacer algo, volvió a estirar rápidamente ambos brazos, apoyando las manos en los dos hojas de cristal que lo encajonaban inmovilizando la puerta giratoria con su fuerza indomable.

---

## POR LA ÚNICA Y SENCILLA RAZÓN

Fue en la primavera del año 1916 cuando el doctor Brush relevó al doctor Hamilton. O’Kane recordaba el día no sólo por lo que significó para el señor McCormick y todo el proyecto de Riven Rock —nada menos que un cambio en la guardia, y a estas alturas—, sino también por la densa niebla que cubrió la finca hasta muy tarde, y sin probabilidad de que se despejara. Era una niebla que lo transformaba todo, espesa y surrealista, abarcando la hacienda como el telón de fondo de una pesadilla, así que él casi estaba esperando ver fantasmas y trasgos saliendo de la penumbra junto con Rosaleen y su padre y el niño con leucoma que le había aplastado la nariz contra la tierra cuando él tenía seis años y le temía a todo.

Estaba sentado en el salón de arriba con Mart y el señor McCormick, justo después de comer —y el señor McCormick había comido muy bien, gracias, dejando que le pusieran una servilleta al cuello y utilizando la cuchara para servirse los guisantes, las patatas y el pastel de carne picada en forma de pan con una agilidad increíble—, cuando de pronto oyeron unos pasos en la escalera y los tres miraron hacia abajo al mismo tiempo para ver a un hombre que parecía una enorme bestia acuática, resoplando y subiendo los peldaños trabajosamente bajo el peso de un puro apretado entre los dientes. El primer impulso de O’Kane fue reírse en voz alta, pero se contuvo. Aquello era demasiado, de veras: el hombre era la viva estampa de William Howard Taft, incluyendo el bigote de morsa y la cintura de ciento cuarenta centímetros. Y como relevaba a Hamilton, con sus gafas Rooseveltianas, O’Kane empezó a notar ciertas pautas desarrollándose allí —suponía que el próximo psiquiatra se parecería a Wilson, todo hecho de articulaciones y huesos, y unos labios de maestro con mala leche. ¿Acaso era una especie de broma solapada que el doctor Meyer les hacía? ¿El doctor Adolph Meyer, quien se parecía exactamente a lo que era, a un loquero alemán con una barba entrecana de loquero y un sentido del humor tan profundamente enterrado que ni el Santo Advenimiento de Cristo podría exhumarlo?

—Usted es el señor McCormick, supongo —exclamó el hombre gordo cuando hubo llegado al rellano y estaba al otro lado de la puerta con barras, como un titubeante vendedor ambulante del barrio. Intentó esbozar una sonrisa amable, pero el puro metido de medio lado en su boca la distendió convirtiéndola en una especie de mueca—. ¿Y usted es el señor O’Kane? ¿Y usted el señor Tompkins, verdad?

—Thompson —corrigió Mart con voz cansada mientras el señor McCormick parpadeaba confuso desde su asiento en la mesa; no estaba acostumbrado a ver caras nuevas, en modo alguno, y O’Kane se levantó de su silla para abrir la reja y dejar

entrar al nuevo psiquiatra.

Mientras atravesaba el espacio de aquel salón desolado como una penitenciaría, el lugar que mejor conocía en el mundo, del mismo modo que un preso conoce su celda, no pudo dejar de sentir algo así como un soplo de esperanza recorriéndolo —o igual era tan sólo la cafeína, el negro y potente té chino de Sam Wah. Pero ¿quién podía saber si aquel hombre gigantesco de pie en la entrada no sería el obrador de milagros que transformaría al señor McCormick, haciendo que dejara de ser un maniaco sexual esquizofrénico, un demente incapaz de atarse los cordones de los zapatos para convertirlo de nuevo en un millonario de buen corazón y lleno de gratitud dispuesto a compensar a los que se habían quedado a su lado en sus peores tiempos?

—Lo esperábamos más temprano —dijo O’Kane sólo para entablar conversación mientras abría las tres cerraduras con tres llaves distintas y dejaba pasar al adiposo salvador para poder darle la mano y empezar con buen pie.

—Sí —dijo con aspereza, dándole mordiscos al puro—, y supongo que Gilbert estará furioso por eso, pero verás, he llegado tarde por la única y sencilla razón de que esta maldita niebla hizo casi imposible que encontrara la puerta del hotel, y lo mismo le pasó al maldito chófer para encontrar el maldito camino que conduce hasta aquí..., y, por cierto, ¿dónde demonios estamos? ¡Santo cielo!, pero si estamos en el interior...

En realidad, todo aquello estaba previsto que sucediera más de dos años antes, y Hamilton había preparado a O’Kane y a los Thompson y a los demás para el cambio de poderes, pero corría el rumor de que a la sazón Katherine había abierto su talonario diciéndole: «¿Qué tengo que hacer para convencerle de que continúe con nosotros, doctor Hamilton?». Y Hamilton, quien ya había escrito sobre sus experimentos con los monos para alguna prestigiosa revista científica y tenía ansias de regresar y empezar a moverse dentro del mundo de la psicopatología sexual, donde casi a diario se producían nuevos avances, le exigió en el acto, según Nick, que le doblara el sueldo y le proporcionara un nuevo coche. «Hecho», dijo Katherine, y le firmó un talón. Y por eso el doctor Brush llegaba con tanto retraso. No sólo un par de horas, sino con un retraso de más de dos años.

Hubo un momento difícil cuando la puerta quedó triplemente cerrada con llave detrás del doctor Brush, quien empezó a acercarse más de la cuenta al señor McCormick desplegando un arbitrario inventario de saludos cordiales y tontos cumplidos, totalmente ajeno a las señales que daba el señor McCormick mostrando a las claras que se sentía amenazado y a punto de estallar en uno de sus raptos de violencia, pero O’Kane cogió al enorme hombre por el codo y lo guio hasta un sillón al otro lado del salón.

—Aquí estará más cómodo, doctor —dijo para que todos lo escucharan. Y luego, en voz baja—: Tiene que dejarle al señor McCormick su espacio, al menos hasta que ustedes dos se conozcan mejor..., en ese aspecto es muy quisquilloso. Verá, no está sentado allí solo..., sus jueces están allí con él, con sus pelucas, sus togas, sus

martillos y todo lo demás, aunque usted y yo no los podamos ver.

El voluminoso psiquiatra parecía perplejo. Debía de tener unos cuarenta años, aunque era difícil adivinarlo de resultas de la cantidad de carne que transportaba, especialmente en la cara, pues todos y cada uno de sus rasgos y arrugas se borraban en su hinchado tejido grasiento, prestándole la apariencia de un bebé mimado y bien alimentado.

—Bueno, yo sólo —empezó, mirando la mano de O’Kane que le apretaba el brazo y dejándose llevar, como un gran zepelín flotante, hasta el sillón—, yo sólo pensé —y volvió a mirar al señor McCormick, quien había emprendido la rutina de encogerse, dejando caer los hombros y resbalándose en la silla hasta que sólo se veía su cabeza por encima del mantel— que debíamos conocernos lo antes posible, señor McCormick, señor, por la única y sencilla razón de que pasaremos mucho tiempo juntos en las próximas semanas y meses, y aunque, ejem, en verdad debí esperar a que ese buen amigo suyo, el doctor Hamilton, nos presentara formalmente, yo sólo pensaba, ejem, por la única y sencilla razón de que...

Entonces el señor McCormick habló, sin ningún defecto en el habla.

—El doctor Hamilton no es amigo mío.

Brush se lanzó sobre esa afirmación como un perro de caza.

—¡Ajá! ¿Y por qué lo dice, señor? Me han dicho que él ha sido muy buen amigo suyo durante muchos años y que se preocupa mucho por su bienestar, como de hecho lo hacen el señor O’Kane y el señor Thompkins, y yo.

El señor McCormick, cuyo mentón se encontraba ahora al nivel de la mesa, no dijo nada. O’Kane pudo ver que su expresión no era muy halagüeña que digamos.

—Bueno, entonces, doctor Brush —le interrumpió, dando una palmada y frotándose las manos enérgicamente—, ¿por qué no me deja mostrarle la casa un poco, al menos hasta que el doctor Hamilton llegue?

Mientras Mart entretenía al señor McCormick con algunos viejos trucos de cartas que el señor McCormick ya había visto medio millón de veces, O’Kane guio al psiquiatra hasta el dormitorio.

—En realidad, aquí no hay mucho que ver —se disculpó, señalando la cama de bronce atornillada al suelo en el centro de la habitación. El resto, hasta los cuadros que estaban en las paredes y los clavos de donde colgaban, habían desaparecido. No había cortinas, ni luces. Por aquí y por allá, en las paredes, se podía entrever alguna que otra mancha blanquecina donde una vez hubo muebles.

—¿Un poco espartano, no te parece? —observó el doctor, girando su tempestuosa figura a la izquierda y examinando el cuarto de baño, donde sólo había un retrete, un lavabo y una ducha, y la tristemente célebre ventana, por supuesto, ahora sin persianas y con el vano cuadrado lleno otra vez de barras de hierro.

—Teníamos una alfombra —dijo O’Kane—, una alfombra persa, de veras era una cosa maravillosa. Pero descubrimos que el señor McCormick se la estaba comiendo.

—¿Se la estaba comiendo?

—Por la noche, cuando nadie lo vigilaba. De algún modo consiguió desenredar un trozo de la alfombra sólo con los dedos, y entonces arrancaba las hebras y las tragaba. Encontramos la evidencia en sus excrementos. Claro, las otras cosas, los muebles, los cuadros y todo eso, bueno, él destruyó la mayoría la última vez que se fugó.

Y regresaron al salón, allí de pie, en una situación incómoda, esperando al doctor Hamilton, quien se había pasado dos horas aquella mañana esperando al doctor Brush extraviado en la niebla. De momento, el señor McCormick había regresado al sofá, dónde leía en voz alta en un tropel cacofónico de palabras y sílabas: «TARZÁN NO es un SIMIO. ÉL NO es COMO su gente. LOS MODALES DE ÉL NO son los modales de ellos, y ENTONCES TARZÁN regresa OTRA VEZ a la GUARIDA de LOS SUYOS...».

O’Kane estaba a punto de sugerir un paseo por la planta baja para de paso buscar al doctor Hamilton, quien, muy probablemente, estaría en el robledal supervisando las operaciones de desmantelamiento de su colonia hominoidea, cuando el doctor Brush dio media vuelta bruscamente y se alzó imponente sobre el señor McCormick, dejando detrás el humo de su puro como si fuera la estela de gases de un tubo de escape.

—¡Qué maravilla, señor McCormick! —dijo con voz resonante—, lee usted tan admirablemente, y ni que decir tiene cuán terapéutico resulta leer buena literatura en voz alta, por la única y sencilla razón de que...

Pero el doctor Brush no pudo acabar su perorata, porque en ese preciso momento el señor McCormick cerró el libro con fuerza y se lo arrojó a la cara, después de lo cual saltó desde el sofá y se abalanzó a las rodillas del psiquiatra. El libro volador rebotó en la cabeza de Brush, que pudo dar un rápido paso atrás antes de que el señor McCormick lo golpeará y de pronto se encontró nadando por el aire, improvisando un estilo espalda, antes de caer pesadamente sobre una de las mesillas haciéndola añicos. O’Kane reaccionó inmediatamente, y la locura de siempre tuvo lugar, él y Mart tirando al mismo tiempo de ambos extremos del cuerpo tenso como un alambre del señor McCormick, pero Brush, a pesar de su tamaño, se mostró sorprendentemente ágil. Sin dejar de morder el grueso puro terminado en punta por las dos partes, logró quitarse al señor McCormick de encima, retorciéndose hasta quedar libre, y entonces lo inmovilizó en el suelo debajo de sus ciento cuarenta y ocho kilos.

El señor McCormick se contorsionó. Gritó palabrotas, arañó, mordió, pero el doctor Brush simplemente dejó caer sobre él todo su peso como exigía la crisis, y sin siquiera jadear, hasta que finalmente dominó al señor McCormick.

—¡Je! —se rio Brush al cabo de un rato, mientras O’Kane y Mart le miraban estupefactos, con las manos colgando inútilmente—. Es un truco que aprendí en el Manicomio del Este. Siempre funciona. Al cabo de un rato el paciente se siente como si fuera un pajarito aún dentro del huevo, y tranquilo, tan tranquilo, por la única y sencilla razón de que yo represento la madre pájara, una fuerza nutricional a la que no se puede negar, por la única y sencilla razón de que...



—Un momento, doctor Brush, no quisiera interrumpirle, pero creo, bueno, me temo que está haciéndole daño al señor McCormick —sugirió O’Kane, alarmado por la coloración de la cara de su benefactor, que había pasado del color de un vino tinto italiano a esa clase de blanco más bien pálido, como si se estuviera quedando sin sangre.

El corpulento doctor ni se inmutó. Enderezó el puro en la boca, movió las caderas.

—Ah, no, no, ésa es exactamente la cuestión, ¿no lo ves? Un poco de compresión. Es lo que todos ellos necesitan.

Después, cuando todos se excusaron y al señor McCormick, muy contrito, lo pusieron en la cama para que echara su siesta de la tarde, O’Kane consideró que sería diplomático acompañar al doctor Brush hasta los terrenos engullidos por la niebla en busca del doctor Hamilton.

—No veo una mierda —se quejó Brush, avanzando cautelosamente mientras O’Kane, familiarizado con el terreno, le servía de guía—. Tengo miedo de golpearme la espinilla. O algo peor. ¿Estás seguro de que anda por aquí? —Y entonces, con voz estentórea—: ¿Gilbert? ¡Gilbert Hamilton! ¿Estás por ahí?

Los árboles se alzaban fantasmales, unas costillas blancas como otros tantos mástiles con harapientas velas colgando. Las hojas mojadas chasqueaban bajo sus pies. Nada se movía, y no había ningún sonido, ni siquiera el de los pájaros. O’Kane andaba con pies de plomo, tanteando el terreno, y esta vez ni siquiera contaba con la fetidez de los hominoideos para orientarse. Menos dos monos, todos los macacos y los mandriles habían sido vendidos a coleccionistas privados o regalados a zoológicos. Hamilton había metido todo su equipo y sus apuntes en cajas y los había enviado al este, a su mentor, un erudito obsesionado por los monos que se llamaba Yerkes y que había pasado algún tiempo en Riven Rock un año atrás. En cuanto a *Julius*, a raíz del incidente en el Hotel Potter y cumpliendo instrucciones de Katherine, lo vendieron por casi nada a un circo ambulante.

Había un olor a quemado en el aire, y también a algo más, algo que apestaba, y enseguida pudieron escuchar las crepitaciones de una hoguera, y entonces vieron las llamas, formando una turbulenta pelota entretejida, allí, al final del robledal. Dos figuras, silueteadas, iban de un lado al otro del fuego, alimentándolo con leños. Mientras se aproximaba, con el corpulento doctor pisándole los talones pesadamente y soltando tacos entre dientes sin cesar, O’Kane reconoció a los ayudantes que eran como los gnomos de Hamilton, y le gritó al más bajito de los dos, al mexicano.

—¿Oye, Isidro, has visto al doctor Hamilton? —Y luego, para lucirse estrenando una de las frases que había cogido al vuelo oyendo a los hispanohablantes—: ¿Dondi estás el doctora Hamilton?

Ya estaban delante de la hoguera, y O’Kane vio que los dos hombres quemaban las jaulas desarmadas, con alambres y todo. La pintura chisporroteaba desconchándose. La madera crepitaba astillándose. Los dedos de las llamas

atravesaban la tela metálica, tejiendo un diseño intrincado, elevándose para hacer retroceder un poco la niebla hasta que poco a poco el humo se instalaba para reemplazarla. El calor era tan intenso, un centenar de hornos alimentados con leña hasta el tope, que tuvieron que retroceder unos pasos; O’Kane miró a los dos hombres atareados y se preguntó si sabrían lo que estaban haciendo: una hoguera así podría propagarse hasta resultar incontrolable y arrasaría con todo, huertas, cabañas, los Pierce Arrows y el señor McCormick también. Isidro, el mexicano, se detuvo con los brazos llenos de basura para considerar la pregunta acerca del paradero de Hamilton, y luego señaló con la cabeza hacia un lugar debajo de los árboles donde las jaulas habían estado hasta aquella misma mañana.

Encontraron al doctor Hamilton haciendo aspavientos alrededor de un montón de zarandajas con las que había pensado quedarse: el pasadizo con las puertas en un extremo, un par de las jaulas más pequeñas, un laberinto de madera que había utilizado para medir la inteligencia de los monos.

—¡Gil! —dijo el doctor Brush con voz resonante, agitándose a través de la niebla para estrecharle la mano a Hamilton—. He llegado tarde, lo sé, pero ha sido por la única y sencilla razón de que me perdí en esta maldita niebla, y espero que me perdones, pero ya estoy aquí y ya los conozco a todos y estoy impaciente por poner manos a la obra.

—Nat —dijo Hamilton, extendiéndole una mano mientras se ajustaba las gafas con la otra—. Sí, bueno, el tiempo no está como de costumbre. Siento haberte causado tantas molestias.

—¡Bah! —respondió Brush, gesticulando con una mano grande como una aleta—. No ha sido ninguna molestia para mí, por la única y sencilla razón de que estoy aquí y aquí me voy a quedar. California. ¡Que Dios la bendiga! Pero ¿qué es eso..., todavía quedan monos?

Señalaba con el dedo una jaula pequeña puesta encima del pasadizo psicológico. En ella, O’Kane vio los dos hominoideos que quedaban, un par de *rhesus* que el doctor llamaba *Jack* y *Jill*<sup>[16]</sup>. Eran los más pequeños de una camada, pequeños incluso para ser monos, y aunque los habían mudado de jaula, y habían visto a todos sus compañeros desterrados y su casa de los últimos años destruida, aún les quedaban ganas de follar —lo cual hacían justo en aquel momento, estirando hacia atrás los labios negros en un transporte erótico, haciendo que la jaula trepidara rítmicamente, al compás del mete y saca persistente del mono que estaba encima, que según cabía presumir era *Jack*, pero con esos animales nunca se sabía. Hasta ahí llegaban los conocimientos de O’Kane acerca de los hominoideos.

Hamilton parecía un poco confuso.

—Sí —dijo, mirando los monos—, son los dos últimos. *Jack* y *Jill*. Tenía pensado llevarlos conmigo, pero ahora no estoy tan seguro. En el zoológico de Los Ángeles tienen de sobra (*rhesus*, quiero decir) y parece que no puedo quitármelos de encima.

El enorme doctor resopló varias veces. Se le había apagado el puro, pero seguía

apretándolo entre los dientes como si fuera el último vínculo con un tubo de respiración y él un submarinista que recogía esponjas en el fondo del mar.

—¿Por qué no los dejas en libertad? Soltarlos. Por la única y sencilla razón de que son criaturas sensibles, exactamente como tú y yo, y es una crueldad que sigan metidos en una jaula, y el clima de aquí les permitirá sobrevivir. No cabe duda, por la única y sencilla razón...

—Sí, ya lo había pensado —dijo Hamilton—. ¿Verdad, Edward?

O’Kane no tenía ni idea de lo que Hamilton había pensado o dejado de pensar, pero igualmente asintió con la cabeza.

—¿Y bien? —preguntó Brush—. ¿Qué vas a hacer?

Hamilton iba a su aire, la niebla se estaba instalando, el fuego de la demolición chisporroteaba y rugía a lo lejos. Miró a los monos copulando.

—Si hay una cosa que he aprendido después de todos estos años de estudios —suspiró— es que no son nada más que unas bestezuelas guarras y apestosas y que no se les puede controlar. ¿Dejarlos en libertad? —miró a Brush—. No se lo merecen.

Fue más o menos por aquel entonces cuando Giovannella le dijo a O’Kane que estaba embarazada. Ya no era Giovannella Dimucci, sino Giovannella Capolupo, pues se había casado, a instancias de su padre, con un diminuto tallarín más encorvado que un tortellini, y tan cejijunto que aquellas cejas negras parecían formar una visera. Se llamaba Guido, Guido Capolupo. Tenía una zapatería de viejo en un callejón perdido del barrio hispano, y encima, una habitación como una celda estrecha, todo lo cual le convenía a O’Kane, que entonces vivía en una pensión a menos de cinco minutos de distancia.

Giovannella, pulcra y hermosa, con sus ojos como bombones de chocolate y los pies delicadamente cruzados a la altura de los tobillos, estaba esperándolo sentada en el salón de la planta baja, bajo el ojo vigilante de la dueña de la pensión, la señora Fitzmaurice. Eso fue un sábado por la tarde, a las dos, y él acababa de regresar de su turno de media jornada en Riven Rock y estaba tumbado en la cama como una medusa, totalmente vaciado después de una larga noche celebrando el cumpleaños de alguien en el bar de Menhoff, no se acordaba de quién. Cerró los ojos. Y al instante oyó unos golpecitos impacientes en la puerta, ¿y quién era?, la señora Fitzmaurice. ¿Y qué quería? Había una joven esperándolo en la planta baja.

—Giov —canturreó enternecido, cruzando el salón alfombrado y cogiéndole la mano, ya sintiéndose mejor, y aunque no podía besarla allí, en público, hubiera querido hacerlo, y tampoco pudo leer sus ojos de chocolate—. ¿Qué pasa?

—Estoy embarazada.

Al principio, la noticia no le causó ninguna impresión. El sol se veía enorme a través de las ventanas y afuera las calles lucían plácidas y tentadoras, toda una larga tarde de sábado estirándose lánguidamente ante él. Ya que estaba despierto, pensó en

proponerle que se dieran una vuelta por el bar de Menhoff, para tener un poco de marcha tranquila. Parpadeó. Ensayó una sonrisa.

Giovannella estaba sonriendo de repente.

—Pensé que te ibas a enfadar, Eddie, pero soy tan feliz —dijo dándole un apretón de mano a él, aunque la señora Fitzmaurice, regando con ahínco sus geranios en una ventana cercana, miraba de reojo como un verdugo moral, lista para lanzarse sobre el menor indicio de conducta impropia.

O’Kane no entendía nada.

—¿Enfadado? ¿Por qué iba a estar enfadado?

—Tú eres el padre, Eddie. —Su voz sonó suave como el latido de un corazón—. ¿No me has oído? Estoy embarazada.

Enseguida salieron a la calle y caminaron enojados entre los transeúntes que trataban de no mirar, un tranvía que pasaba con un ruido infernal, un coche aparcado aquí, un sedán allá, un viejo Reo más allá. El corazón le latía rápidamente a O’Kane, y no se sentía del todo mal. Estaba *enfadado*, claro que lo estaba, pero también experimentaba una euforia enloquecedora. Por supuesto, el niño sería suyo —de su esposo, de Guido, quien parecía tener unos ciento doce años, aunque ella insistía en que sólo tenía treinta y seis, ¿y cómo podía tener relaciones con un tío que estaba así, en esas condiciones, aunque fuera su marido? Por supuesto, el niño era suyo, a no ser que ella hubiera estado con alguien más, y si ella se había acostado con él, ¿por qué no iba a hacerlo con cualquier otro? Pero no, tenía que ser suyo, y saldría con el pelo claro y los ojos color verde de mar, estaba seguro, y Baldy Dimucci y aquel Guido reventarían. Habría una *vendetta*. Asesinos sicilianos. Entrarían de noche por la ventana de la planta baja, matarían brutalmente a la señora Fitzmaurice y al viejo Walter Hogan, quien se pasaba la mitad de su vida roncando en una silla al lado de la puerta del porche, y luego subirían las escaleras y lo degollarían.

Alguien hizo sonar la bocina de una bicicleta. El verdulero —Wilson— salió de detrás de un mostrador de melones y arrojó un balde de agua en la alcantarilla.

—Tienes que deshacerte de él —dijo O’Kane.

Giovannella se paró en seco, Giovannella la furiosa, Giovannella la lunática. Los bombones de sus ojos se derritieron.

—¿Qué has dicho? —se engrifó ella—. Creo que no ando muy bien del oído.

La mujer de los tobillos gordos de la bodega de vinos Goux les adelantó balanceándose como un pato con tres niños detrás. Un hombre con un perro jadeante casi chocó con ellos. Había gente por todas partes, pijos deambulando por la calle que iba al Potter, mujeres comprando en el mercado, niños entrando y saliendo a toda carrera de los callejones, jugando con aros y pelotas.

—Aquí no, Giov —dijo, y quiso cogerla por el brazo y llevarla a otro lugar, algún sitio tranquilo y lejos de la concurrida calle, pero no pudo hacerlo porque ella ya no era Giovannella Dimucci: era Giovannella Capolupo y él no tenía derecho a tocarla. Y menos en público.

De repente ella se separó de él, con la cara descompuesta y fea, y empezó a trotar sin gracia, luchando contra el peso de sus faldas. Le dio un minuto de ventaja, Eddie O’Kane el discreto, el que nunca llamaba la atención, el que no era nada más que otro tío dando un paseo el sábado por la tarde, y luego empezó a subir por la calle detrás de ella. Cuando por fin echó a andar, ella ya le llevaba una manzana de ventaja, y todavía iba levantando a patadas las faldas que dificultaban su trote, moviendo la cabeza como la de un muñeco de resorte salido de una caja de sorpresa. La gente se detenía, dándose la vuelta para mirar. O’Kane apretó el paso, pero no lo bastante para llamar la atención.

La alcanzó frente a la tienda de comestibles de Diehl, un establecimiento que se dedicaba a enviar mercancías a Montecito: jamones ahumados O’Mara importados de Irlanda colgando en la ventana, jarras de *curry* y *chutney* traídos de la India, peras en *crème de menthe*, la clase de lugar que no tenía nada que ver con O’Kane. Pero había una fila de limusinas aparcadas enfrente, una de las cuales era del señor McCormick, lo que significaba que Roscoe estaba por allí, y que Sam Wah estaría en los pasillos interiores de la tienda, seleccionando las raíces de jengibre de Cantón y las tajadas de melón confitado de Camboya. Giovannella estaba de pie frente a la ventana, de espaldas a la calle, mirando una pirámide de mandarinas perfectamente amontonadas. Él vio su cara reflejada en el cristal, sus labios hinchados por la emoción, los ojos abiertos como heridas, y sintió que algo se le rompía muy adentro.

—Giovannella —dijo—, escúchame..., ¿no podemos hablar?

En su tono de voz más bajo:

—No quiero hablar contigo, Eddie.

De repente la cara de Sam Wah apareció en la ventana, flanqueada por dos jamones rosados y marrones, y Sam dejó ver su sonrisa de dientes separados y O’Kane lo saludó con la mano, y entonces, dándole lo mismo que todo el mundo lo viera o no, cogió a Giovannella por el codo y la condujo a través de un callejón hasta otra calle paralela. Caminaron en silencio, fuera de la zona comercial y hasta un área residencial con casas limpias de porches profundos y rosas trepando por los enrejados. Encontraron un lugar donde sentarse, entre las raíces que les llegaban a las rodillas de una gran higuera Moreton Bay que se extendía sobre el terreno como diez árboles fundidos en uno. No había nadie cerca. Le cogió la mano y ella le miró de reojo, de una manera que parecía entrañar cierta reconciliación, pero con Giovannella nunca se sabía. A veces, cuando parecía más suave, estaba a punto de estallar, y cuando lo hacía era capaz de cualquier cosa: arrojarse ante un tranvía, saltar desde un edificio, arrancarte los ojos con las uñas.

—Lo siento —dijo él—. No quería decir eso, lo que te dije antes, cuando salimos de la casa de huéspedes.

—Eddie —dijo, y en esas dos sílabas se resumían la rendición, el perdón y el reproche, y lo cogió con una fuerza e intensidad que eran embriagadoras y terroríficas a la vez y lo besó, metiéndole a la fuerza su lengua en la boca, una y otra vez,

aplastándolo, arañándolo, hasta que por fin tuvo que agarrarse de los hombros de ella y sacar la cabeza para coger aire.

—No voy a aceptar que a mi hijo lo críe ningún espagueti zapatero, sólo se trata de eso —dijo.

Eso sólo hizo que se agarrara a él con más fuerza. Era una mujer ahogándose en el oleaje y él, el salvavidas lanzado para rescatarla; sus uñas eran como garras, con todos los músculos en tensión, y no iba a dejar de aferrarse, no se salvaría ninguna parte de la cara de él, no habría ninguna zona neutral, ninguna posibilidad de tregua, los labios de ella fundidos con los de él, y lo mismo con sus narices, sus ojos y el aliento.

—¿Ah, sí? —dijo, y su voz era peligrosa—. ¿Y qué me dices del hijo que ya tienes..., quién lo está criando? ¿Eh? Dime. ¿Quién lo está criando, Eddie?

Rosaleen lo estaba criando, y si había algún hombre en su vida, él no lo sabía. Él le mandaba dinero, cuando se acordaba, y ella le mandaba su silencio. Ninguna carta, ninguna fotografía, nada de nada. Pero cuando la imaginaba, cosa que de vez en cuando hacía, cuando estaba a solas con una cerveza, con una canción triste sonando en la gramola, la imaginaba sola y esperándolo, con una foto del guapo Eddie O’Kane colgada en la pared, encima de la cabecera de la cama.

—Eso no es asunto tuyo —dijo.

Una brisa se levantó y recorrió el suelo, pegando de repente trozos de papel a las raíces del árbol mientras las ramas gruñían encima de sus cabezas. Ella volvió a aferrarse a él, su cálido aliento en su cara, el olor de su piel, a jabón, a perfume.

—Tú eres mi marido, Eddie —susurró—, sólo tú. Sé un hombre. Llévame a algún lugar, a San Francisco, a Los Ángeles. O de vuelta a Boston, a mí no me importa, iré a cualquier parte contigo.

—Éste es mi hogar. El señor McCormick...

—*El señor McCormick*. No me hables del señor McCormick.

Se separó de él dándole un empujón, tenía las enormes pupilas dilatadas, el pelo suelto le azotaba los hombros.

—Sólo es un trabajo, Eddie..., puedes encontrar trabajo en cualquier parte, un hombre grande y fuerte como tú, un americano nacido aquí y además con una educación. ¿Dónde está tu suerte de las tres en punto de la que siempre me hablabas? Confía en ella. Confía en mí.

Pero una cortina había caído en la mente de él. La obra de teatro había terminado.

—Tendrás que deshacerte de él.

—Nunca.

—Yo lo arreglaré todo. Puedo hacer algunas averiguaciones. Él..., o como quiera que se llame..., él no tiene por qué enterarse. Nadie tiene que saberlo.

De repente, y sin que él supiera exactamente cómo, estaban boxeando. O más bien ella boxeaba y él simplemente intentaba esquivar sus golpes. Lucharon hasta caer de rodillas, y luego de pie. La cara de ella iba y venía, exactamente como la de

Rosaleen.

—Te odio —le escupió, cogiendo aire y golpeando, su voz sonaba tan ecuánime como la muerte entre jadeos.

—Estás hablando de asesinato, hijo... de puta, del asesinato de un... alma inocente... ¿Cómo puedes tan siquiera atreverte a... pensar en eso, sobre todo siendo tú... católico?

Entonces dejó de golpearlo y se quedó rígida, pero él mantenía los puños en alto, por si acaso. Echó un vistazo alrededor para ver si alguien los estaba mirando, pero el lugar estaba desierto. Ella estaba a punto de llorar. Emitió un sonido profundamente gutural y él pensó que iba a empezar a llorar, pero echó la cabeza hacia atrás en un movimiento repentino y feroz, y le escupió la camisa, una pelota brillante de saliva italiana que quedó allí colgando como una alhaja pendiendo de un hilo.

—¿No tienes sentimientos? —insistió, y aún no estaba gritando—. ¡Cabrón! —siseó—. ¡Cerdo! ¿No tienes corazón?

Bueno, sí que lo tenía. Tenía un corazón, pero no iba a empezar una guerra con toda Sicilia y seguramente no iba a dejar que alguien llamado Guido Capolupo criara a la carne de su carne, y tan pronto como Giovannella le hubo dado la espalda, huyendo en un trote de pantorrillas rígidas obstaculizadas por las faldas, se fue al bar de Menhoff para ver si aclaraba sus ideas. Bebería una cerveza y un whisky para aliviar el dolor de cabeza y la acidez estomacal —aunque no necesitaba estas cosas, no como su padre—, y quizá haría algunas discretas indagaciones en la barra, sólo eso.

Esa tarde el bar de Menhoff estaba bastante animado, y eso le ayudó a recuperarse de su sorpresa inicial, estrechando manos, poniendo cara de alegría, incluso llegó a jugar al billar. Pero a pesar de todo eso, estaba ido, en otro mundo, tan dolido que las muelas le rechinaban hasta los tuétanos, ¿y por qué usar tiza para frotar la suela del taco cuando podría hacer lo mismo con el polvo de sus propios dientes? Había estado planeando un picnic en la playa con una chica que había conocido en una fiesta la semana anterior, pero sabía que ahora no lo podría hacer, y la llamó por teléfono para cancelar la cita en medio de un torbellino de promesas y mentiras. Giovannella tenía razón: el aborto era algo sucio, un pecado tan abominable como los demás. Y él seguía siendo católico, aunque ya no asistiera a misa, excepto en Navidad y en la Pascua, y creyó que Dios lo vigilaba y lo juzgaba y hasta lo despreciaba mientras estaba allí sentado en la barra llevándose una cerveza a los labios. ¿Pero cuál era la alternativa? Intentó imaginarse en San Francisco, un lugar que sólo conocía por las tarjetas postales, con Giovannella hinchándose hasta que su ombligo se estirase y sus tetas se pusieran como globos y sus piernas perdieran la forma, ¿y luego qué? Vivir en pecado. Un bebé que sería un bastardo tanto a los ojos de la Iglesia como ante la sociedad. Y luego otro bebé. Y otro.

Hacía ocho años que estaba con el señor McCormick, más tiempo que el que había estado en el Manicomio de Boston y en el McLean juntos, y ganaba una buena pasta, y estaba ahorrando algo en el banco en previsión del día que decidiera independizarse, no sabía si con los naranjos o con el petróleo o incluso con uno de esos nuevos negocios de servicio que se multiplicaban a raíz de la aparición del automóvil; aún no lo sabía. Pero no iba a dejar al señor McCormick. Era una cuestión de lealtad —quería verlo mejorar, sí que quería; y había apostado la vida a eso—, y ahora con la despedida de Hamilton y la entrada de ese nuevo médico, Brush, sabía que aún le quedaban unos cuantos años en Riven Rock. Pero estaba Giovannella. Giovannella, Giovannella, Giovannella. Simplemente podía dejarla, darle la espalda y dejar que el zapatero criara al pequeño O’Kane como uno de esos gorriones sin suerte de los que esos pájaros negros se aprovechan, dejando un huevo encima del nido, sin que nadie se entere. Podía hacerlo. Pero eso le haría daño, y ya tenía bastante con Rosaleen y con Eddie Junior.

Estaba tomando su segunda copa —¿o era la tercera?— cuando entró Dolores Isringhausen. Estaba con otra mujer, las dos envueltas en pieles, con el pelo corto, sombreros en forma de bellota, unas faldas que dejaban las pantorrillas al descubierto y un grupo ruidoso abriéndose paso a empujones detrás de ellas. Era de Nueva York, Dolores, y estaba casada con un hombre rico que estaba jugando a ser *boy scout* en el frente italiano, y ella se movía en círculos de gente muy marchosa. Nadie en Santa Bárbara había visto nunca nada que se le pareciera. Fumaba, bebía cócteles Jack Rose y conducía su propio coche, un pequeño Maxwell con ruedas totalmente blancas que había llevado hasta California desde la costa este. O’Kane estaba fascinado con ella. Se había sentado con ella un par de veces, siempre en grupos, y le encantaba el aire de complicidad que emanaba de su rostro y sus ojos vidriosos y fríos y la forma en que su vestido se ceñía a sus caderas, pues siempre llevaba puesto algo sedoso y táctil, y nunca los rígidos y penitenciales vestidos de luto que la mitad de las mujeres del pueblo se ponían, como si salieran de un funeral para entrar en otro. Y tampoco parecía tener ningún problema con los bares.

—Hola, Eddie —dijo acercándose a él en el extremo de la barra, la otra mujer la seguía con una sonrisa pegada a su cara saludando con gestos vacíos a éste o a aquél—. Pareces triste. ¿Qué te pasa? Es sábado. La noche nos invita.

Como si quisiera demostrarle que se equivocaba —en cuanto a la tristeza— le dedicó una sonrisa, todo dientes, la sonrisa de un troglodita recién llegado a la caverna que, tras haber aporreado a un mastodonte, lo pone a los pies de su querida mujer cavernícola, y movió los hombros dentro de su chaqueta para mostrarle exactamente lo que tenía allí dentro. O’Kane buscó los ojos de la mujer con su mirada.

—Estaba esperando a que tú llegaras para iluminarme el día.

Los ojos de Dolores eran de un color muy raro —morados, así suponía él que se llamaba ese color— y vio que llevaba una especie de maquillaje teatral en los



párpados para realzarlos. No respondió a su insinuación, no directamente. Bajando la cabeza, sacó una boquilla del bolso bordado con cuentas negras y le echó una ojeada de arriba abajo.

—¿Por qué no vienes a sentarte con nosotras? —dijo, señalando con la cabeza el restaurante que estaba al fondo, donde Cody Menhoff en persona ya daba carreras preparándole una mesa—. Así podrás darme fuego para encender mi cigarrillo.

Y luego atravesó rápidamente el bar, con la otra mujer siempre detrás de ella y el resto del grupo reuniéndose alrededor de la mesa con su impoluto mantel blanco y un plato de bocadillos y un cóctel Jack Rose en una copa de pie largo puesto justo en el centro como un tributo.

Había cuatro hombres en su grupo (todos gilipollas, y O’Kane podría haber derrotado a cualquiera de ellos con una mano atada a la espalda) y tres mujeres maquilladas como para parecer prostitutas parisinas, o como O’Kane suponía que lucían las prostitutas parisinas. No lo sabía. Todavía no. A diferencia de aquellos pijos, con sus sonrisas de labios delgados y sus boquillas y esa manera de hablar lenta y cansina de club de tenis, él nunca había estado en París. Ni en Nueva York, a decir verdad.

Con Dolores y su amiga, la de la vacua sonrisa, sumaban nueve, y O’Kane aumentó el número de personas a diez. Ella le hizo un sitio a su lado y mientras la conversación iba de la guerra al largo de las faldas pasando por rumores que trataban de personas que O’Kane no conocía, ella se arrimó a él y le dedicó una mirada intensa y su voz ronca sin timbre:

—¿Qué ha pasado con el fuego que me prometiste?

O’Kane acercó una cerilla a su cigarrillo y todos en la mesa encendieron pitillos, había humo por todas partes, los vasos se vaciaron y el camarero acudió con la segunda ronda, y todos bebían cócteles Jack Rose (una onza y media de brandy de manzana, el zumo de media lima, una cucharada de granadina; agitar con hielo y filtrar en un vaso de cóctel).

—¿Qué te pasa, Eddie? —ronroneó Dolores, levantando el mentón para poder respirar y contrayendo los labios en una mueca fugaz—, ¿no fumas?

Encogió los hombros. Sonrió. Se la estaba comiendo con los ojos.

—De vez en cuando me gusta acompañar un vaso de whisky con un puro, normalmente bien entrada la noche. Sin embargo, los cigarrillos no me gustan mucho.

—¡Ah, éstos te van a gustar! Toma, prueba uno.

Y entonces ella juntó la punta encendida de su cigarrillo con el que él sacó de la petaca con iniciales de ella y estuvo tan cerca de Dolores como hacía una hora había estado de Giovannella, pero esto era distinto, esto era agradable, era el principio del baile en vez del final.

—Es realmente bueno —dijo él expulsando humo—. Muy suave.

Ella lo miró.

—Tienen que serlo. Son de Turquía.

Hablaron durante horas hasta que empezó a atardecer, y ella no dejaba de beber cócteles Jack Rose, como si fueran vasos de leche, y se fumó todos los cigarrillos de la petaca. ¿Y de qué hablaron? De la vida. De Santa Bárbara. Del señor McCormick. De su marido. De Italia. De la guerra. De música. ¿Le gustaba a él la música? Sí, claro, y cuando salieron a la calle, cogidos del brazo para subir a su coche y dirigirse a la taberna de Mattei donde cenarían y que se jodiera el resto del grupo, él se apretó a ella contra el capó y le cantó con esa melódica voz de tenor que era otro legado de su padre:

Tendrás anillos en los dedos de las manos  
y campanillas en los dedos de los pies,  
y elefantes en los que montar  
mi pequeña rosa irlandesa.

Entonces ella dejó que la besara, un beso largo y como de ensueño que le dio tiempo para estrecharla —era más alta que Giovannella, más delgada, y tenía los labios tensos como cuerdas—, y luego entraron en el coche, jadeando, los dos.

—Eso fue bello, Eddie..., quiero decir, la canción —murmuró ella con su voz ronca y baja—, y el beso también, fue muy agradable. —Y entonces puso el coche en marcha y era la primera vez en su vida que estaba en un automóvil conducido por una mujer, y le dijo que su madre le había enseñado la canción, en el este, en Boston, donde él nació.

—¿Y el beso?

Él le cogió la mano. Ella estaba jugando a un juego que a él le gustaba más que cualquier otro que pudiera imaginar.

—Eso me lo enseñaron un centenar de chicas, pero ninguna era tan bonita como tú.

Todavía había una luz crepuscular, y mientras el coche subía lentamente por el Paso San Marcos, serpenteando hacia abajo para entrar en los terrenos cultivados del valle Santa Ynez, O’Kane contemplaba el mundo por la ventanilla y lo vio en toda su inmanencia, brillando con luz tenue, allí atrapado para él, como si estuviera ante la pantalla viendo una película, sólo que en colores, en vivos colores. Cada arbusto bordeando la carretera era un estallido de flores en eclosión, los árboles formaban bóvedas encima de sus cabezas, y en lo alto del parabrisas del coche pasaba una estela de hojas cada una de un verde distinto, las montañas cortadas en sección parecían altísimos bloques de azúcar de arce apretados en moldes, y había suficiente azúcar de arce para endulzar todo el té de la China. Estaba achispado con el whisky y excitado por anticipado con lo que vendría, aquello era pan comido, la esposa abandonada y el marido en otro país vivaqueando junto a una hoguera en uno de esos lugares de los que hablaban en los periódicos, así que se hundió en el asiento y escuchó el motor, mirando hacia toda esa extensión de naturaleza, ¿y no vio la cara de Dios allí, Dios que lo perdona todo, y a Su Hijo, el redentor?

Seguro que sí. Y no fue ese Dios feroz y recriminador que lanza relámpagos haciendo que la tierra entre en erupción y que señala con el dedo de la eterna condenación a un adúltero asesino de niños que va deprisa en pos del placer, dispuesto a cometer otro pecado de la carne..., no, no, de eso nada. El Señor sonreía, una sonrisa ancha como un río, alta como un árbol, y esa sonrisa hizo que O’Kane sintiera que se había encendido una lámpara en su interior. Todo saldría bien, estaba seguro. Por supuesto, estaba bastante borracho, y quizá eso tendría algo que ver con aquella repentina manifestación de la deidad y la sensación de benevolencia y bienestar que le había invadido en un santiamén..., pero, aun así, allí estaba, y mientras seguía allí sentado, cómodamente instalado en el asiento, al lado de Dolores Isringhausen, con el whisky circulando por sus venas y los inclinados y ardientes rayos del sol acariciando la curva de su mandíbula, pensó que al fin y al cabo quizá ya había muerto y recibido su recompensa.

Fue temprano, al otro día por la mañana, después de que hubieran hecho el amor dos veces sobre las sábanas de satén, en la alcoba de ella, cuando el murmullo lento y tranquilo de su conversación, respunteada por los cigarrillos, ya se había desvanecido, fue entonces cuando volvió a pensar en Giovannella. Dolores estaba tumbada boca arriba, despatarrada como una muñeca arrojada desde un acantilado, con los senos abiertos en abanico sobre el punto de apoyo de su caja torácica, las piernas muy separadas. Fumaba, con el cigarrillo erecto entre sus labios, expulsando un arroyo de humo que subía en línea recta por el aire, y él estaba acariciándole distraídamente el vello entre las piernas, más relajado que un cadáver a no ser por la chispa aceleradora de Giovannella en su cabeza.

—¿Dolores? —dijo en el silencio de la alcoba.

—¿Hmm?

—¿Conoces a algún médico? Personalmente, quiero decir.

Y al salir el sol, a pesar de que era domingo, el día del Señor, y aunque todos los fieles trotaban entrando y saliendo de las iglesias ya fueran católicos, protestantes o adoradores del dios chacal de los egipcios, O’Kane se dirigió a la casa de Giovannella con el rígido trozo de papel blanco en el que Dolores Isringhausen había escrito un nombre y una dirección con su caligrafía grácil y curvada de internado, y cuando llegó allí, esperó en la esquina a que el zapatero saliera para hacer lo que sea que los zapateros hacen los domingos. Entonces miró a hurtadillas, aguantando los redobles de su corazón, y subió la escalera oscilante que trepaba por la parte exterior del edificio.

Giovannella parecía asombrada. Ni esperanzada, ni enfadada, simplemente asombrada.

—No puedes venir aquí hoy, Eddie. Guido sólo salió a dar un paseo..., podría regresar en cualquier momento.

—¡Al diablo con Guido! —dijo, y ya estaba dentro del apartamento, cerrando la puerta tras de sí. ¿Y qué fue lo primero que vio, clavado en la pared de la sala en toda

Su agonía crucificada? Claro: Cristo, mirándole a los ojos.

—Eddie. Tienes que irte. No puedes...

—Te he traído esto —dijo, ofreciéndole el trozo de papel.

No hubo ninguna reacción en su cara. Sus ojos bajaron hasta el papel, sus labios se abrieron, y allí se asomó la punta de su lengua. No era muy buena leyendo.

—¿Cy... rose?... Brown —dijo descifrándolo trozo a trozo— uno-dos, uno-dos Cha... pala. M, punto, D, punto. —Levantó la vista—. ¿M. D.? ¿Qué quiere decir?

—Es la abreviatura de doctor en medicina —dijo él, y se balanceó en los talones, sintiéndose deprimido y malvado—. M. D. quiere decir doctor. ¿No te das cuenta?

Poco a poco la comprensión empezó a reflejarse en las comisuras de la boca de Giovannella y ascendió por los músculos faciales hasta sus ojos, que no eran precisamente amorosos ni amables, no aquella mañana. Soltó una palabrota, algo en italiano, y aunque él no pudo apreciar su sutileza, más o menos la entendió.

—¡Hijo de puta! —dijo—. ¡Grandísimo hijo de la gran puta! ¿Qué te hace estar tan seguro de que es tu bebé, eh?

—Porque tú me lo dijiste. Porque tú viniste a mí. Guido no puede hacerte sentir nada, ¿no es eso lo que me dijiste? ¿No me dijiste que la tenía así de pequeñita?

—Es más hombre que tú.

—Me la trae floja lo que sea.

—Lo es. ¿Y no se te ocurrió pensar que a lo mejor sólo dije eso para halagarte, para hacerte sentir como un gran macho, eh? Porque fue por eso que lo dije, hijo de puta. Te mentí, Eddie. Guido está dotado como un caballo..., ¿te gusta saberlo? Y nunca le harás daño a mi bebé..., *mi* bebé, que no tuyo. ¡Nunca!

Era Rosaleen de nuevo, y apenas tuvo tiempo para preguntarse sobre los polos movedizos del amor, desde Venus hasta Marte sin ningún término medio, ninguna retaguardia donde reagruparse y tocar a retirada, porque ella arremetió contra él esgrimiendo un punzón de romper hielo que estaba por allí tranquilamente encima de la nevera, y él sólo atinó a protegerse, y ambos se miraron asombrados, con esa clase de asombro normalmente reservada para el mago cuando despliega la capa, cuando la brillante punta de acero traspasó el pulpejo de su mano abierta y salió por el otro lado como si allí no hubiera sangre ni carne.

—Perdone si no le doy la mano —dijo O’Kane, inclinando levemente la cabeza a guisa de saludo y levantando la mano derecha vendada a modo de excusa ante el doctor Brush. Mart estaba justo a su espalda, la orquesta ya estaba tocando algo tan ligero como el aire y más allá se veía el nuevo salón totalmente iluminado y con ambiente de fiesta—. Ah, ¿y ésta debe de ser la señora Brush? —agregó, sintiéndose efusivo, preparado para empezar a cantar, a contar chistes, a beber cerveza o una copa de ponche mezclado con un chorro de ginebra. Estaba a punto de decir que había oído hablar mucho de ella, pero entonces se dio cuenta de que no había oído nada, ni una

sola palabra. Podría haber sido una caníbal de las islas Fidji con un hueso atravesado en la nariz por lo poco que él había oído de ella, pero allí estaba, de pie al lado de su marido, en la entrada, una mujer cansada y huesuda con una nariz como un pico cuadrado y dos ojos negros que miraban fijamente, no más grandes que los de un cuervo.

Ella extendió la mano para coger la suya vendada y entonces la retiró como si se la hubiera quemado en un horno caliente, pero inmediatamente después se la ofreció otra vez, y luego una vez más, hasta que por fin O’Kane alargó su mano izquierda escondiendo la vendada discretamente detrás de la espalda. Pero lo que vino después fue aún más raro, porque ella realizó la misma rutina de nuevo, alargando la mano hacia la mano sana de O’Kane y luego retirándola una, dos, tres veces, y cuando O’Kane le miró a la cara esperando una explicación, ella le saludó con una batería entera de tics nerviosos en la cara y muecas —lo bastante para convertir al Hamilton ido-pero-no-olvidado en un aficionado. La mujer dijo algo, más bien graznó, temblando y sacudiéndose y moviendo la cabeza de arriba abajo todo el tiempo, hasta que el doctor Brush intervino.

—Gladys, sí —dijo con voz resonante, volviéndose bruscamente y cerrando la puerta con fuerza detrás de ellos—. Éstos son los dos hombres de que te hablé, Edward O’Kane..., le llamamos Eddie..., y Martin Tompkins, perdón, Thompson. Eso es, cariño, sí, ven a decirles hola...

Mart, estúpido y lerdo para llegar a una conclusión, incluso para llegar a tener conciencia, echó una mirada confusa a la señora Brush y extendió la mano buscando la suya, la cual ella inmediatamente retiró escondiéndola detrás de su espalda. Mart miró a O’Kane, y los ojos de O’Kane le dijeron todo lo que tenía que saber: la mujer del psiquiatra estaba más loca que una cabra.

¿Y qué llevaba puesto? Un adefesio nada atractivo y anticuado, tan aburrido como la manta de un caballo, y que colgaba arrastrándose por el suelo, como si todavía estuvieran en la primera década del siglo. Pero sonreía, o al menos eso parecía aquel brillo que traslucía a través del repertorio de tics, temblores y muecas frenéticas, lo cual le bastaba a O’Kane, quien le devolvió la sonrisa, ofreciéndole el brazo, el cual ella cogió después de todo un tira y afloja, extendiendo y retirando la mano repetidas veces, y él la condujo, subieron seis peldaños y entraron en una gran sala llena de caras conocidas y no tan conocidas.

La fiesta era en honor del doctor Brush por asumir el cargo y para bautizar el nuevo edificio donde estaba la sala de espectáculos, construido para que el señor McCormick dispusiera de una instalación cómoda para ver películas, obras de teatro y asistir a conciertos. Era una gran edificación, tres veces más grande que la casa que una familia normal ocuparía, dominada por la vasta sala de espectáculos de dos plantas, con sendas oficinas para el doctor Brush y el capataz de la finca, una a cada lado, y una habitación al fondo para el señor McCormick por si se aburría de ver películas. Todos habían experimentado la necesidad de un mayor estímulo —los

doctores Meyer, Hamilton y Brush, Katherine, incluso los McCormick de Chicago—, y la sala de espectáculos estaba diseñada para servir a este propósito. Estaba a poca distancia de la casa principal —a unos ciento veinte o ciento cincuenta metros— y los arquitectos paisajistas habían puesto unos aspersores, unos aparatos de lluvia artificial, en las copas de los árboles que bordeaban la vereda para que el señor McCormick pudiera oír el murmullo tranquilizador de la llovizna cuando paseara entre la casa y la sala de espectáculos, cuando hiciera buen tiempo, y ése sería el estímulo: la lluvia a pedir de boca. Tampoco se descuidaron las medidas de seguridad: todas las ventanas estaban protegidas con dos capas de vidrio reforzadas por una grácil filigrana de hierro fundido con un bello diseño de diamantes, y todas las puertas tenían tres cerraduras, y para cada cerradura había una llave distinta.

Aquello era alucinante, realmente alucinante, pero con todo eso O’Kane no pudo menos que pensar en los pobres y humildes locos del Manicomio de Boston, todos amontonados en una jaula para que les quitaran la mierda seca de sus cuerpos a golpe de chorros de manguera de alta presión. Pero ellos no eran el señor McCormick, ¿verdad que no? Y el señor McCormick, por ser un caballero, estaba acostumbrado a la amabilidad y el refinamiento, y O’Kane, por ser su enfermero, aplaudía cualquier cosa que le pudiera beneficiar, especialmente mientras el dinero no constituyera ningún obstáculo. ¿Estímulos? Que le dieran todos los estímulos que fuera capaz de aguantar, siempre que no se excitara demasiado y tuvieran que volver a alimentarlo con un tubo y ponerle pañales.

Pero allí estaba ahora todo el vecindario reunido, todos frívolamente con sus copas, asistiendo a la proyección de la nueva película de Bronco Bill realizada en los mismos estudios de Santa Bárbara, los Flying A Studios, y cuando O’Kane entró en la sala con la desesperadamente risueña señora Brush a su lado, se sintió tan contento como un niño en Navidad. La esposa de Nick se había encargado de la decoración, colgando los adornos, etc., había un gran bufé en la mesa desplegada en un rincón y una barra con un tío de esmoquin, de pie detrás de las botellas. Y globos, globos por doquier. La orquesta estaba tocando una melodía cuando él llegó a la puerta, alegre y con muchas flautas, pero ahora habían cambiado de ritmo y era algo que uno podía sentir en las plantas de los pies y una pareja se levantó para bailar. Se desembarazó de la señora Brush pasándosela al hombre de la gran calva brillante que de repente surgió a su derecha —el doctor Ogilvie, el dentista nominal del señor McCormick— y se dirigió a la barra.

Pidió un whisky con soda y mientras el cantinero se lo preparaba, volvió un poco la cabeza para mirar a Katherine, allí de pie, ni a tres metros de distancia, y ella estaba riéndose de algo que decía la mujer que estaba a su lado. Estaba buena, buenísima, toda de verde y con un sombrerito verde como el nido de un pájaro. No iba a hablarle, por supuesto, a menos que fuera estrictamente necesario, y volvió a mirar al cantinero que estaba detrás de la barra antes de que ella descubriera que él la estaba mirando. Fue entonces cuando el doctor Brush y Mart aparecieron abriéndose

paso a codazos, el doctor enrojecido y robusto y soltándole a Mart un discurso sobre la sencilla razón de esto y de aquello.

—¡Eddie! —gritó el médico, y un enorme brazo revoloteó para caer en el hombro de O’Kane, un brazo tan pesado como una serpiente pitón, y O’Kane pudo oler el aliento etílico del doctor—. ¿Te están tratando bien?

—Bueno, sí. —O’Kane se llevó el vaso a los labios, los vapores del whisky empezaban a penetrar por sus fosas nasales haciéndole creer que era un buceador pescando perlas.

—Y vosotros dos, como socios míos, no estáis nada mal —dijo Brush con voz resonante, y estaba apretando a Mart con el otro brazo, apretándolos a los dos como si fueran jamones de primera calidad—. Pero, oye, Eddie. De veras quería decirte algo, por la única y sencilla razón de que, pues, de que Gladys cree que eres un príncipe. Y yo también.

O’Kane miró a Mart. Mart se aferraba a su copa, con aspecto engréido y atontado. Todo aquello debía de ser algo muy especial para él, eso de salir de su celda conventual en la parte trasera de la casa y de pronto encontrarse en medio de todo aquel esplendor.

—Oye. Entre nosotros. Porque somos amigos y, ejem, coempleados del señor McCormick, tal vez habrás notado que mi mujer es un poco..., ¿cómo decirlo?... ¿excitable? No te preocupes. Alguna vez fue una paciente. Paciente mía, quiero decir. Una mujer brillante, una de las mentes más agudas que he conocido en mi vida...

O’Kane, incómodo con el abrazo de oso del doctor, miró a través del salón hasta donde la señora Brush estaba con el dentista, con su cara sometida a todas las transfiguraciones habidas y por haber y enseñando unos dientes como de conejo al final de cada secuencia. No parecía tan brillante. De hecho, se parecía sospechosamente a algunos de los locos que él había conocido en el McLean.

—Es el síndrome de Tourette —dijo el psiquiatra—. No es una forma de demencia, en modo alguno, sólo una debilidad. Una debilidad moral, en realidad. Y estamos trabajando en ello, sí que lo estamos haciendo. Verás, su mente se adelanta con mucho a su cuerpo, exactamente igual que un automóvil parado en punto muerto con el acelerador pisado a fondo, y eso le produce toda clase de vergüenzas por la única y sencilla razón de que ella se niega a controlarlo..., pero de veras, no está más loca que tú o yo, no por dentro, y yo, ejem, quería agradecerte que le dieras el brazo allí, Eddie, fue un gesto muy caballeroso.

Fue entonces cuando Dolores Isringhausen entró con su amiga, la de la vacua sonrisa, y dos hombres de pelo engominado, y con unos bigotitos tan finos que parecían dibujados a lápiz. Y no entró exactamente caminando, sino más bien pavoneándose, contoneándose y sin corsé, como una odalisca bailando la danza del vientre, haciendo que todas las mujeres presentes, incluyendo a Katherine, parecieran agua pasada. A la vuelta de tres años, todas las mujeres en Estados Unidos se parecerían a ella —o lo intentarían—, todas exhibirían sus líneas naturales, sus

piernas y una figura de chico, con el sombrero de figura de bellota y mucho maquillaje alrededor de los ojos, pero por ahora ella robaba el espectáculo, ella y su amiga, sí señor. O’Kane estaba electrizado —no se esperaba aquello— y dos sentimientos encontrados inflamaron su organismo con secreciones glandulares que le hicieron sentir tan lleno de tics como la señora Brush: el apetito carnal y los celos. ¿Quiénes eran aquellos hombres, uno de los cuales la llevaba por el codo?

Ella atravesó la sala abarrotada, todo Montecito estaba allí con sus joyas, sus pieles y sus corbatas, y nadie se preocupaba, ni siquiera un poco, del presunto anfitrión de la fiesta, encerrado bajo llave en su habitación con barrotes de hierro en las ventanas, y también era bastante increíble que le hubieran invitado a él. Por supuesto, O’Kane ya había visto la película por la tarde con Mart y el señor McCormick, pero aun así tenía que admitir que era muy decente por parte de Katherine —y de Brush, suponía— incluir a los enfermeros en una recepción como aquella. Aquello estaba repleto de millonarios y magnates y él estaba codeándose con ellos, y no como el lameculos ni el criado de nadie, sino como un invitado normal en su día de asueto, un invitado más. Eso era importante, y lo sabía, y lo saboreaba, y se prometió que se comportaría lo mejor posible, Eddie O’Kane el risueño, presto a estrechar una mano o a encajar un comentario ingenioso.

Alcanzó a Dolores en la mesa del bufé, cubierta con montañas de cosas deliciosas de la tienda de comestibles de Diehl y atendida por dos de los mejores dependientes de Diehl, vestidos de etiqueta. Ella ya tenía un cóctel Jack Rose en la mano largamente enguantada de terciopelo negro, unos guantes que se aferraban a ella como si fueran una segunda piel, y estaba riéndose de algo que decía una de las pequeñas ratas con bigotito, echando la cabeza hacia atrás, exhibiendo su blanca garganta besable, gorjeante, para que todos la vieran. Hacía tres días que él la había conocido de la manera que más importaba, y desde entonces no había vuelto a verla ni había oído hablar de ella —ni sabía su número de teléfono y tampoco tenía un coche para ir hasta su casa y averiguarlo. Pero eso estaba bien. Lo que sentía por ella no era amor ni nada que se le pareciera, sino un saludable apetito dispuesto para una segunda ración, y tampoco quería dar la impresión de estar demasiado desesperado. Informal, ése era su estilo, algo tan suave como la seda.

Con todo eso, cuando la vio riéndose y el tío tocándole la mano para enfatizar el chiste —¿y qué coño tenía aquello de cómico?—, no pudo menos que irritarse, aunque sabía que no debía y que aquél no era el lugar más indicado para armar un follón y que él tenía tanto derecho a ella como cualquiera de los hombres que solían acompañarla, entre los cuales sin duda su esposo no era el menos importante.

—Dolores —dijo, con un sonido gutural como si carraspeará—, ¡cuánto me alegra verte en nuestra fiestecita!

La mujer se volvió hacia él con un rostro que era una máscara. Él sintió el dolor punzante en la mano. ¿Le iba a pegar un corte?, ¿era eso? ¿Los del séquito que la acompañaba eran demasiado acaudalados para él? ¿Acaso ella lo consideraba



bastante bueno en la cama, pero no allí, entre aquellos niñatos pijos y capitalistas?

—Eddie —dijo ella con una voz que brotó de lo profundo de su garganta, sin inflexiones—, ¡qué alegría volver a verte!

Él improvisó un breve discurso sobre el señor McCormick, que estaba indispuerto y que era una lástima que no pudiera asistir a su propia fiesta, y se extendió deleitándose en su condición de íntimo del señor McCormick y jactándose como si él fuera el anfitrión y todo aquello fuera suyo, cuando el personaje de bigotito le interrumpió.

—¿Eres amigo de Stanley? —dijo el hombre—. Yo lo conocí en Princeton.

—Bueno, yo... —tartamudeó O’Kane, sintiendo que se hundía, que se ahogaba, perdiendo pie, ¿y ahora qué rayos iba a decir?

Dolores lo salvó del naufragio.

—Dios mío, Eddie —exclamó rompiendo el hielo—. ¿Qué le ha pasado a tu mano?

La levantó con un gesto de agradecimiento, un blanco vendaje que se convirtió repentinamente en la estrella polar del grupo, y se inventó un intrincado cuento chino acerca de cómo tuvo que proteger al señor McCormick del dueño de un aguacatal, un loco que se opuso a que ellos cruzaran por su propiedad durante uno de sus paseos en coche, y mientras contaba su historia, blandía la mano en las caras de los demás hombres, como si estuviera desafiándoles a que presentaran la más mínima refutación a su relato. Y de pronto se sintió bien, sin importarle medio carajo lo que el otro tío pensara, ni quién fuera, ni cuánto dinero tuviera: Dolores estaba a su lado, lo cual quería decir que ella también quería su segunda ración. Su ración, la suya, la del guapo Eddie O’Kane, y no la de aquel pequeño gilipollas con bigotito dibujado a lápiz embutido en su elegante traje de etiqueta.

—¡Qué pena! —dijo ella—, lo de tu mano, quiero decir. —Y entonces le presentó al hombre del bigotito—: Éste es mi cuñado, Jim..., el hermano de Tom. Está de visita en casa esta semana, y acaba de regresar de Italia, donde vio a Tom...

Y entonces la conversación derivó hacia las noticias de la guerra en Europa y todos los voluntarios americanos que andaban por allá y cómo los Estados Unidos ciertamente se verían arrastrados en aquel follón dentro de poco, y O’Kane, a quien el tema le aburría, se disculpó y fue a que le sirvieran otra copa, suponiendo que Dolores iría a buscarle cuando estuviera lista. En la barra se encontró con Mart, quien estaba analizando a los Red Sox con un hombre mayor cuyas mejillas colgaban a ambos lados como bolsas de agua caliente.

—Ese Ruth es un lanzador tremendo —decía el viejo, empinando el codo—, y si Leonard y Mays se mantienen en forma, no me cabe la menor duda de que este año jugaremos de nuevo las Series Mundiales.

—Pero si no tenemos bateadores —dijo Mart—. Son como un hatajo de mujercitas, por lo menos eso es lo que he leído.

—Bueno, tú estás aquí un poco en el medio de ninguna parte, pero tienes razón.

Sin embargo, no estamos tan mal..., y ese tipo, Gardner, jugando en la tercera base es muy bueno, de veras magnífico...

O’Kane, con otra copa en mano, se alejó de la barra, ahora sin echarle siquiera un vistazo a Dolores —y estaba tan seguro de ella como lo había estado de cualquier chica o mujer en su vida—, pues sólo estaba esperando que Katherine se retirara para poder soltarse un poco. Pero sólo un poco, se aconsejó, y podía oír la voz de su madre en su cabeza: «Usa tu educación, Eddie, y tu bonita sonrisa, y esa cabeza que Dios puso en tus hombros, y llegarás tan lejos como quieras». Pensó que lo mejor era circular un poco por ahí, conocer a otras personas. ¿Quién sabe...?, tal vez podría obtener alguna información útil acerca del cultivo de las naranjas o cómo encontrar una propiedad con uno de esos pozos petrolíferos, pero... ¿cómo diablos iba a averiguar si alguien sabía algo de eso?

Fue entonces cuando la orquesta atacó una melodía hawaiana, el rígido y viejo señor Eldred dejó su violín y cogió un ukelele que era como un juguete y empezó a tocarlo como si hubiera nacido en Honolulu. Fue una sorpresa, y todos gritaron y dieron palmadas mientras *Canción de las islas* de algún modo surgía de su mano derecha que rasgueaba rítmicamente el instrumento y el resto de la orquesta le seguía suavemente. O’Kane se había colado en un grupo de invitados de aspecto corriente que debatían acaloradamente sobre las ventajas de un negocio que trataba de milímetros y centímetros de algo, y esperaba el momento para meter su cuchara y preguntar algo sobre las ofertas de parcelas de terreno en Goleta, cuando de pronto todos a una se volvieron hacia la orquesta y empezaron a dar palmaditas al compás del ukelele.

En realidad no podía entender tanta locura por lo hawaiano, aquella música se le antojaba tan blanda como el arroz hervido, nada que ver con la electricidad sincopada del ragtime o del jazz, que era lo que deberían estar tocando, ¿y por qué Eldred no había podido coger una trompeta ya que iba a cambiar de instrumento? No, qué va, lo único bueno que tenía Hawái era el hula-hula, tal como se lo había visto bailar a una chica de piel morena, medio desnuda, con una faldita de fibras vegetales a la altura de las rodillas, a cuya excitante actuación él había asistido una noche, en un escenario de segunda, en Los Ángeles, con Mart y con Roscoe, quien había cogido prestado uno de los automóviles Pierce sin que nadie lo supiera. «¡Pasen, pasen a ver un espectáculo ge-nui-no, recién llegado directamente de las islas!», gritaba el promotor. «¡El ge-nui-no hula de Hawái bailado sin mover los pies!». Había sido un espectáculo sensacional, digno de los diez centavos que le costó la entrada.

Pero aquello de ahora, eso era un fraude. Inevitablemente, una cadena de hombres medio borrachos y mujeres de grandes traseros empezaron a tambalearse obscenamente a través de la pista, haciendo el tonto e interrumpiendo la conversación —tan potencialmente útil— en seco. Y efectivamente, ya todos estaban bailando, y ahora Eldred ejecutaba *En la playa de Waikiki*, mientras O’Kane pedía otra copa y miraba escéptico desde detrás de la pantalla de la cabeza de Mart cómo el viejo

hincha de los Red Sox movía sus mejillas frente a la orquesta como una de esas vacas con gran joroba de la India. A O’Kane le daba lo mismo. De todos modos estaba disfrutando, era una pausa en la rutina, y pronto la Reina de Hielo se cansaría de todo aquello y regresaría a su hotel, estaba seguro, y entonces podría batallar con los pequeñajos de bigotitos y dejar que Dolores Isringhausen le llevara a su casa en su coche y le hiciera todo lo que quisiera.

Era una perspectiva tentadora, y se recostó en la barra y dejó que el alcohol inundara sus venas, dejando que su mirada vagara lánguidamente por la multitud, y no, no iba a mirar a Dolores, todavía no, ni tampoco a Katherine. Se le estaban derritiendo los huesos, tenía las piernas muertas y se lo estaba pasando bien, requetebién, cuando de repente una tremolante y maciza esfera de carne irrumpió en la periferia de su campo visual y una enorme mano adhesiva lo cogió por la muñeca levantándosela en alto y tirando de él en dirección a la orquesta. Era Brush. El doctor Brush, vestido con una falda de fibras vegetales y con uno de esos collares de flores adornándole el pecho desnudo y fofo, mientras llevaba a la señora Brush a remolque de una mano y a O’Kane de la otra, y no había Dios que pudiera oponerse al ímpetu de aquella arrolladora y tumultuosa montaña de carne ambulante.

—¡Kamehameha! —gritó Brush, contoneando las caderas—. ¡Yakahula, hickydula!

O’Kane sintió que se le caía la cara de vergüenza. Luchaba como un pez contra el sedal y entonces vio aparecer, en medio del gentío, la cara de Dolores con su satírica sonrisa y él chocó contra alguien —el dentista, ¿no era él?— y el contenido de su vaso se derramó, y luego hubo otra copa derramada. Finalmente consiguió zafarse de la garra del médico y se detuvo en seco en medio de la multitud que daba vueltas arremolinándose, todos riendo, chillando de hilaridad, y Brush se precipitó hacia la orquesta como un rayo, en toda la gloria de su pechuga volátil, y todos los ojos se clavaron en él.

Eldred rasgueaba con tanto fervor que parecía que su mano estuviera a punto de desprenderse, y mientras la orquesta arrebatava al público, el doctor Brush se agitaba vibrando y sacudiendo sus flotantes miembros en todas las direcciones imaginables mientras su pobre y tambaleante esposa trataba de mantener el paso, siguiéndolo, llevada al retortero, exhibiendo toda la panoplia de sus sacudidas y tics nerviosos. Y entonces O’Kane tuvo una revelación que marchitó sus esperanzas reduciéndolas al estertor de un moribundo: Brush no era un salvador, ni un milagrero, y ni siquiera sería capaz de arañar la superficie de la enfermedad del señor McCormick: por la única y sencilla razón de que su idiotez era congénita.

---

## EL ARTE DEL GALANTEO

Cuando Stanley McCormick atravesó dando zancadas el campo de croquet del Hotel Beverly Farms Resort, en Beverly, Massachusetts, todavía con el sol de la tarde golpeando, en aquel verano de 1903, y Katherine Dexter levantó la vista y lo vio por primera vez en su vida adulta, él realmente no estaba en sus cabales. Había estado conduciendo todo el día, conduciendo tenazmente, conduciendo como si toda una horda de demonios le persiguiera con las garras abiertas, batiendo sus negras alas sobre su cabeza y chillándole funestamente al oído. Algo se había apoderado de él mientras desayunaba esa mañana, una agitación, una sacudida de los nervios que era como si abruptamente hubieran encendido un interruptor en su interior, haciendo que todo su ser, su yo más profundo, saliera a la superficie en un súbito frenesí, igual que un caballo desbocado o un automóvil sin frenos. Por eso había dejado atrás a su chófer cuando se detuvieron para echar gasolina en una tienda de víveres en Medford y el pobre hombre no se enteró hasta que salió de detrás del cobertizo donde estaba haciendo sus necesidades y vio el coche salir disparado por la carretera (no era nada personal, a Stanley le caía bien su chófer, pero cuando ese interruptor se activaba, no había nada que pudiera hacer contra eso), con Stanley al volante de aquel Mercedes deportivo que era exactamente igual al que había conducido John Jacob Astor dos años atrás, cuando participó en la carrera de resistencia de Nueva York-Buffalo. Y así iba Stanley, derrapando a lo largo de carreteras que más bien eran caminos carreteros, envuelto en un torbellino de polvo que parecía un tornado, haciendo volar gallinas y perseguido por perros que ladraban furiosamente. No se detuvo ni a orinar hasta que llegó a Danvers, con el acelerador a fondo, siempre a todo gas, el motor chillando, y él pasmado, sintiendo cómo bombeaba adrenalina en ráfagas superiores a treinta y dos kilómetros por hora.

En Danvers se bajó del coche, con pasos tan vacilantes que temía que sus piernas no lo sostuvieran en pie, y ya había una multitud congregada, granjeros en monos de trabajo y sus mujeres de caras coloradas, niños correteando a su alrededor, el corredor de seguros y el empleado del banco que acababan de salir de sus oficinas para comer. Stanley trató de esbozar una sonrisa —y era consciente de que debía de ser todo un espectáculo, con su metro noventa y dos, igual que un marciano recién aterrizado con aquellos anteojos de automovilista que eran como gafas submarinas y aquel casco de cuero y la gabardina empapada de sudor y completamente cubierta de polvo, plumas e insectos moribundos—, pero sus músculos faciales no quisieron cooperar. Débilmente levantó una mano en un gesto de saludo o advertencia o capitulación, él mismo no sabía cuál de las tres cosas significaba, y entró tambaleándose en el

restaurante que estaba al lado de la barbería en cuya ventana colgaba un letrero que decía: CORTE DE PELO Y AFEITADO VEINTICINCO CENTAVOS.

Dentro hacía frío y estaba oscuro, las paredes estaban revestidas con paneles de pino, y el aroma de la dulce savia de pino guerreaba con los olores procedentes de la cocina, hervores de salchichas, cebollas fritas, rosbif en salsa, evaporaciones de manteca de cerdo brotando de las ollas. Al principio Stanley no podía ver un carajo, aturdido y deslumbrado de tanto conducir bajo el sol y de tanto volante girando desenfrenadamente alrededor de algún punto situado en medio del pecho, debajo del esternón, y no era su corazón, era otra cosa, era el interruptor activado, el acelerador a todo gas, todas las cosas precipitándose, embistiendo. ¿Y qué quería? Un sándwich, eso era todo. Y algo de beber. Una soda. Una Coca-Cola. Un refresco de zarzaparrilla. Pero ¿por qué estaba todo tan oscuro allí? Le costó un momento comprenderlo, todavía yendo deprisa y dando vueltas, aunque permanecía completamente inmóvil ya dentro del restaurante, convertido en centro de todas las miradas. Le tomó un rato darse cuenta de que aún llevaba puestas las gafas submarinas de automovilista. Y lo que era peor, que sus gafas estaban incrustadas con una sucia y opaca capa de polvo del camino y fragmentos de insectos, convirtiendo el día en noche y la alegría en tristeza y suscitando miedos donde no había nada que temer. Se levantó las gafas hasta la frente.

Y entonces vio... una camarera. Allí de pie, delante de él, con sus curvas tan femeninas y sus facciones delicadas —y los ojos, unos ojos en los que se leía una pregunta. «¿Le apetece comer, señor?», eso le estaba diciendo, y todos en aquel lugar, tanto los que estaban en el mostrador como los que estaban sentados en las mesas de oscura madera, estaban pendientes de su respuesta:

Stanley: Sí, sí, quiero comer. Sí.

La camarera: ¿Quiere sentarse en aquella mesa?

Stanley: Sí, claro. Por supuesto. Es justo lo que necesito. Una mesa.

Pero no se movía.

La camarera: ¿Quizá quiera asearse primero en el servicio?

Stanley: ¿Perdón?

La camarera (ahora acercándose a la puerta, pues la muchedumbre atraída por el vehículo deportivo se había dispersado y empezaba a colarse en el restaurante con el pretexto de pedir un vaso de agua o unas galletas de soda para poder echarle una ojeada a aquella polvorienta aparición a rastras con su larga gabardina): He dicho que si quiere asearse, el servicio está allá atrás, al final del pasillo, primera puerta a mano izquierda.

Y entonces Stanley se puso en marcha, con el volante mecánico girando, atravesando el establecimiento, hasta la puerta indicada y entró en el servicio, donde aparte del retrete había un lavabo y un calendario del año anterior colgando de la pared. Se quitó el casco de piel y los anteojos de un solo golpe, se despojó de la gabardina y descubrió detrás de la puerta un gancho donde colgarla. Permaneció de

pie encima de la taza del inodoro y se desahogó, echando hacia atrás la cabeza para mirar un tragaluz oscurecido por una fantasmagoría de palomas, una claraboya de cristal reforzada por dentro con tela metálica de gallinero. El ruido de su orina contra la porcelana era el rumor más trivial del mundo, un chorrito y unas salpicaduras que lo retrotrajeron al campamento en las Adirondacks, donde Harold y él orinaban contra las rocas igual que invasores iroqueses sin que Mamá se enterara de semejante guarrada. Vio los graníticos promontorios, lajas de roca gris erosionadas cual piel de cebolla, los abetos rígidos recortándose contra la metálica superficie del agua, y su pez, aquella cosa reluciente e iridiscente que sacó de las secretas profundidades del lago y el guía diciéndole que aquélla era la trucha más grande que jamás había visto y que Stanley debería sentirse orgulloso de su captura —y lo estaba.

Se estaba relajando. El interruptor hizo clic apagándose. Todo iba sobre ruedas, sólo había estado un poco nervioso, eso era todo. La lluvia del agua en el lavabo también era buena, aquel sonido, el olor de aquel lavabo, y luego se miró en el espejo y no vio nada. Allí no se reflejaba nadie. Absolutamente nada. Allí no estaba Stanley Robert McCormick, hijo de Cyrus Hall McCormick, el inventor de la segadora mecánica. Sólo se veía la pared que estaba a su espalda y el excusado. Tenía que ser un truco, eso era, un espejo trucado, la pared de atrás pintada allí a escala y luego sellada por detrás del cristal del translúcido espejo. Levantó una mano hasta la superficie de cristal y la tocó, y fue extraño y espantoso, porque él podía sentirlo, duro y real, pero no podía ver su mano reflejada allí.

El interruptor. Seguía apagado, firme y decididamente apagado en algún rincón de su memoria, allá atrás en las Adirondacks y en el vientre de aquel pez, aquella trucha, sin embargo ahora había un dedo indeciso puesto sobre el interruptor, un dedo que rabiaba por pulsarlo, para encenderlo de nuevo, para reiniciar el ciclo y la carrera de competición y el miedo sin nombre y sin forma pero no por ello menos aterrador. Se volvió abruptamente dándole la espalda al espejo y agachó la cabeza para concentrar su atención en un solo detalle a la vez, mirando una cosa tras otra, detalladamente, para ver si así el mundo volvía a la normalidad, igual que un niño con un juego de bloques de madera, apilando uno encima del otro hasta levantar un castillo en el centro de la alfombra de la sala de fiestas, con sus torreones, sus almenas y todo. Sus zapatos, estaba mirando fijamente sus zapatos. No eran negros. Eran marrones, pero un marrón polvoriento, polvo de la carretera, y el polvo de la carretera estaba allí porque él había cruzado en automóvil la región —y había conducido para calmarse los nervios, para que se relajaran, masajeándolos como si fueran músculos demasiado usados. ¿Qué le había aconsejado el doctor Favill? Una pausa en su trabajo en la Compañía de Cosechadoras, unas vacaciones. «¿Por qué no hace algo que le dé vigor?», le había preguntado con su retórico fervor. «¿Qué tal una excursión a pie por las Hébridas? ¿Por los Alpes suizos?». ¡Vale! Y encima de sus zapatos estaban los bajos de su pantalón, eso era seguro, y los bolsillos de su americana, los botones de su camisa, y aquello, aquello era su corbata, colgando floja.

Ya estaba preparado. Listo para enfrentarse a cualquier cosa. Y se volvió rápidamente hacia el espejo, inflexible y preparado, y fue el peor error que podía haber cometido, porque el interruptor se volvió a encender y ya no lo podía apagar: estaba allí, ante el espejo, todo muy bien, allí estaban sus manos y su anillo de graduado universitario y las hombreras de su traje, pero en vez de su cabeza, la cabeza de Stanley Robert McCormick, hijo de Cyrus Hall McCormick, inventor de la segadora mecánica, lo que allí se reflejaba era la cabeza de un perro. Sus ojos eran los ojos de un perro y el perro era él. Se sintió apocado. Deprimido. ¿Un perro? ¿Por qué un perro? Siempre le habían gustado los perros —se acordó de *Digger*, el beagle, mientras miraba al perro del espejo—, pero aquél era un bóxer feo, un fétido y lujurioso perro salido, nada cristiano, que va de putas, irredimible desvirgador de doncellas, con cara de hambre y una lengua que colgaba igual que un mustio falo rojo, todo embadurnado de esa esperma que era su baba...

Salió al pasillo, la puerta del servicio se cerró con un susurro tras de sí, y se dejó llevar por un murmullo de voces, sonidos de vajilla y olores procedentes de la cocina. Le apetecía comer algo —un sándwich y un refresco de zarzaparrilla—, pero... ¿les servirían allí a los perros? Se quedó de pie a la salida del pasillo, rígido al lado de una percha llena de sombreros, convertido en blanco de todas las miradas furtivas, y...

La camarera (otra vez): ¿Ya quiere sentarse a comer, señor? ¿Señor?

Stanley: No... no creo que..., no puedo..., creo que ya no tengo hambre...

La camarera (palideciendo y apocada): Muy bien, como quiera. Eso mismo me pasa a mí cada dos por tres, ahora puedo estar muriendo de las ganas de comer una tarta, la de merengue de limón es mi favorita, y al cabo de un minuto me siento como si acabara de comerme una vaca entera y no pudiera tragar otro bocado... ¡Muy bien! Cuídese.

El interruptor había hecho clic dando la luz y eso le llevó de vuelta a la puerta, salió a la calle y se abrió paso a través de la muchedumbre de alelados, boquiabiertos que soñaban con tener un coche como aquél y chiquillos descalzos que no asistían al colegio porque era verano, y de nuevo estaba en la carretera, conduciendo a todo gas, como alma que lleva el diablo, dejando atrás a los perros bóxer, cosas aladas y camareras demasiado femeninas, que se perdían jadeantes y anhelosas en su estela.

Lo que le ayudó ese día, por paradójico que parezca, fue un pinchazo en un neumático. En aquellos tiempos los pinchazos eran tan frecuentes como las lluvias, pues los caminos estaban sin pavimentar, los neumáticos y los garajes escaseaban, los mecánicos y gasolineras eran inexistentes, por lo cual todos los automovilistas solían llevar un gato y una llanta de hierro, una bomba de aire, parches para neumáticos y cámaras de aire de repuesto, además de todo el combustible y el aceite que pudieran llevar como reserva. Stanley no era la excepción. Normalmente, bajaba del coche para estirar un poco las piernas mientras el chófer reparaba el neumático y volvía a

colocar la rueda en su sitio, pero esta vez el chófer se había quedado atrás, en Medford, y la carretera, hasta donde alcanzaba su vista en ambas direcciones, estaba desierta. Y obviamente, el coche no podía seguir rodando con un pinchazo en el neumático y la cámara de aire reventada.

Stanley se bajó del coche. Era el último día de agosto, amodorrado, caluroso y tranquilo, ni siquiera corría un hálito de brisa, sólidas nubes blancas colgaban arracimadas como puños a lo largo del horizonte. Podía oler la hierba, hectáreas enteras de hierba, una infinitud de hierba, hierba y maleza y espesas hileras de zumaques creciendo al pie de un intrincado amasijo de árboles tan gruesos y abigarrados que muy bien podría estar en el Amazonas en vez de en Massachusetts. Las mariposas tigre flotaban en los matorrales que crecían al borde de la carretera, los saltamontes atravesados por lanzas de luz, las vacas mirando estúpidamente desde los campos. Sin pensarlo dos veces se despojó de la gabardina y la chaqueta, se quitó los anteojos y se agachó junto a la sustancial y fría manivela del gato, y el interruptor se desactivó, quedando tan desconectado dentro de él que era como si nunca hubiera existido, como si no hubiera corrido aceleradamente, a velocidades trepidantes, ni visto un perro, hacía un rato, mirándole fijamente desde el espejo del lavabo del restaurante donde trató de comer, pero no pudo. Todos esos recuerdos habían desaparecido. Sepultados, borrados. Y él no era más que un hombre en la cuneta de una carretera comarcal, detenido en algún punto entre la ciudad y un pueblecito, cambiando un neumático.

Se le pusieron negras las manos, y se arrodilló en la gravilla de la carretera. La camisa se le manchó de grasa. El sudor goteaba desde la punta de su nariz haciendo un charquito en el polvo. Estaba ardiendo, con la cara tan enrojecida que parecía que le hubieran abofeteado varias veces para hacerle recuperar la conciencia. Pero lo hizo. Cambió la rueda, sin ayuda de nadie, sin tener que agradecer ni recibir consejos de nadie, y cuando subió al coche de carreras y se puso de nuevo al volante, se sintió capaz de hacer cualquier cosa, desafiar cualquier peligro, se sintió tan duro e intrépido como Sitka Charley, el Malemute Kid, y hasta el mismísimo Jack London.

Ese estado de ánimo le llevó hasta Beverly, donde se bajó para buscar un alojamiento y repostar en una tienda de víveres donde vendían combustible, y ese estado de ánimo le hizo cruzar briosamente por el vibrante e intenso césped de un campo de croquet y entrar en el no menos intenso y vibrante campo de visión científico de Katherine Dexter. Se bañó, se cambió de ropa, se peinó y se acicaló el bigote ante el espejo, y allí estaba él, duplicado como cualquier otra persona, y hasta tuvo el atrevimiento de guiñarle un ojo a su propia imagen en la superficie azogada. Y entonces bajó a cenar, y nunca en su vida había tenido tanta hambre.

En el comedor reinaba la animación, estaba lleno de vacacionistas encorvados sobre sus sopas y sus chuletas en medio del tenue tintineo de la vajilla de plata y el crepitante murmullo de conversaciones que eran sedantes y tranquilizadoras a la vez, y tras permanecer en el vestíbulo un momento, Stanley se dejó conducir por el *maître*



hasta una mesa. Cuando el camarero apareció, Stanley consideró que se merecía un vaso de vino como incentivo; se sentía regocijado por su hazaña de conducir y por la aventura con el neumático pinchado, y quería prologar esa sensación. Dejó resbalar ociosamente la mirada entre los comensales, contempló las caras animadas, los codos atareados, el placer de todos parecía impregnar las cosas más insignificantes, y no reparó en la presencia de Katherine, no al principio, y se puso a pensar en lo placentero que era estar sentado en aquel comedor al norte de Boston, errando libre y sin tener que dar cuentas a nadie, igual que un caballero andante, si es que los caballeros tenían automóviles. Entonces el camarero le trajo la botella de vino, fría, en un cubo lleno de hielo, y le ofreció el menú.

Como entrante, pidió consomé de carne de buey, seguido de pepinos, aceitunas y halibut hervido con huevos, salsa y patatas fritas. Luego pidió, como plato fuerte, la pierna de cordero hervida con salsa de alcaparras y manzanas fritas, cebollas, guisantes verdes y una ensalada de tomate con mayonesa. Como postre, empezó con el pudín bañado en crema de coñac, luego siguió con los quesos roquefort y Edam, frutas y galletas, y estaba bebiendo despacio su café negro cuando se le ocurrió levantar la vista y fijarse en los ojos de una mujer muy joven sentada frente a él, al otro lado del comedor, en medio de un grupo de jóvenes de aspecto alegre.

Mejor dicho, él no se fijó en ella, no exactamente —más bien parecía ser ella la que se fijaba en él. Estaba mirándole fijamente, y en ningún momento se amedrentó, ni miró a otra parte, cuando él levantó la vista y la sorprendió mirándole. Normalmente él no habría hecho una cosa así —en cualquier caso, hubiera rehuido su mirada fingiendo durante media hora que estaba absorto en el estudio de la configuración de sus cutículas—, pero nunca se había sentido tan bien y el vino estaba chispeando en sus venas, invadiendo sus ojos, inundando su sonrisa, y había algo en ella que le resultaba tremendamente familiar, casi como si la conociera... Y después de todo lo que había pasado ese día, bueno, pues no podía dejar de hacerlo. Cuando uno de los hombres que estaban en su grupo se levantó y cruzó el comedor rumbo a los lavabos, Stanley lo imitó y discretamente fue al servicio. Huyendo de los espejos como de la peste, esperó a que el hombre emergiera de una de las cabinas, y cuando estaba lavándose las manos, carraspeó y se presentó preguntándole si a su vez podría presentarle a la señorita vestida de azul.

El hombre era Morris Johnston. De estatura y complexión normal, vestía de modo corriente, y tanto sus cabellos como el color de sus ojos también eran definitivamente corrientes, es decir, no era ni gordo ni delgado, ni ostentoso aunque tampoco un cero a la izquierda, y su cabello era castaño ratón.

—¡Oh! ¿Se refiere a Katherine? —dijo sin mostrarse desconcertado.

—Sí —consiguió decir Stanley, aflojándose el nudo de la corbata, que súbitamente sintió como un garrote estrangulándolo—. Katherine. —Y paladeó aquel nombre—. Creo que la conozco. ¿Cuál es su apellido?

Morris se iluminó con una sonrisa.

—Dexter —dijo—. Katherine Dexter. Pero ¿usted no es de Boston, verdad?

Entonces lo recordó todo, desde el aspecto de monsieur LaBonte con sus torturados mostachos hasta el olor a cera del pulimentado entarimado de su academia de baile, y sintió a esa niña de doce años en sus brazos, frágil y alada, arrastrando indecisa los pies, la niña que fue Katherine Dexter, ahora crecida, madura y sentada a pocos pasos del lavabo, toda vestida de azul.

—No —dijo recordando cómo le sudaban las manos en aquella recalentada pista de baile, la proximidad de sus cuerpos, el timbre de su risa cierto día invernal cuando la temperatura descendió en picado y los copos cayeron blandamente del cielo como las plumas de un extraño pájaro celestial—, la conocí en Chicago.

Stanley era tímido, incluso huidizo, el niño al que le gustaba hacer madrigueras, pero había algo en Katherine que hacía que quisiera abrirse, volverse del revés, como un guante o un calcetín, sin ocultar nada, descubriéndolo todo: miedos, sueños, esperanzas, predilecciones, teorías, obsesiones. Juntos evocaron los viejos tiempos en Chicago, y cuando recorrieron por segunda vez la lista de recuerdos, reconstruyendo cada detalle, cuando agotaron el inventario de experiencias y conocidos mutuos, él vio apagarse la luz en sus ojos —¿estaría cansada? ¿Aburrida? ¿Saciada de monsieur LaBonte y de la Prairie Avenue y de Bumpy Swift?— y experimentó una terrible tensión creciendo en su interior. Tenía que conservarla, no podía dejarla escapar, aunque ello significara alargar la mano para tocar su muñeca, allí, ante sus ojos, exquisitamente expuesta en la mesa, agarrarla por la mano y atraerla hacia sí, si bien sabía que nunca podría hacer eso, aunque estuviera sentado a su lado mil años. Pero si ella le dejaba, si se levantaba para ir a bailar con Morris Johnston o bostezaba poniendo una mano sobre la boca y se excusaba para irse a dormir, o incluso para ir al lavabo de las damas, él moriría. Stanley tenía la boca llena de ceniza, los latidos de su corazón se multiplicaban, y cuando ella se acercó a ese tío, ese Butler Ames, para cuchichearle algo, él sintió un nudo en la garganta y dijo en un hilo de voz: «¿Has leído *Unionismo y socialismo*, de Debs?».

Ésa fue la llave, el primer paso, el inicio. Y fue tanta la motivación..., los muros cayeron, el techo y los torreones ardieron, pues aquella llave encajó y giró perfectamente, y a partir de ese momento él la cortejó con las frases más dulces sacadas de los textos más aburridos, con proyectos de reformas, hablándole de la redención de los pobres, de la redistribución de la riqueza y de la confiscación de los medios de producción para el bien común.

Por la mañana, con las primeras luces, él estaba ante su puerta, dando golpecitos. Necesitaba hablar con ella, pero no quería molestarla, no quería interrumpir su sueño ni alterar sus horarios —ella y sus amigos solían levantarse después de la una— y por eso golpeaba suavemente. Muy suavemente. Tan suavemente que apenas podía detectar el sonido. No hubo respuesta y él sabía que no debía insistir, pero necesitaba hablar con ella —esa necesidad le había tenido en vela toda la noche— y llamó a la puerta más enérgicamente. Y al ver que no obtenía respuesta, empezó a aporrear la

puerta con el pulpejo, cada vez más fuerte, hasta que finalmente se olvidó de sí mismo por completo y estaba boxeando con esa muda, terca y porfiada tabla de madera, izquierda/derecha, izquierda/derecha, y armó un ruido tan estrepitoso que el portero acudió corriendo empuñando una fregona y la puerta de al lado se abrió y la cabeza de una vieja con gorro de dormir se asomó en el pasillo y la vieja lo fulminó con una mirada.

—¡Shhhh! —siseó la señora—. ¡Largo de aquí! ¿Está loco?

Él agachó la cabeza y se escabulló, con la cara cayéndosele de vergüenza y encogiendo los hombros bajo el peso de su crimen, pero diez minutos después estaba de nuevo llamando a la puerta de Katherine. Esta vez, en cuanto sus nudillos hicieron contacto con la madera, su voz amortiguada por el cansancio brotó desde algún nicho soterrado de la alcoba:

—¿Quién es?

—Soy yo, Stanley. Tengo que hablar contigo.

—¿Quién?

—Stanley. El de anoche.

Una pausa.

—Oh, Stanley.

Otra pausa.

—Vale. Espera. Deja que me vista.

—Vale —dijo él, alzando la voz para que ella pudiera oírle a través de aquella masa compacta de celulosa y el espacio vacío de su sala de estar—, porque quiero contarte lo que he hecho con mi hacienda en Nuevo México..., ésa donde he pasado la mayor parte de los últimos dos años, ya sabes, luchando contra las dificultades, trabajando duro como un vaquero, al aire libre y rodeado de paisajes impresionantes, deberías ver esa hacienda, realmente deberías ir a verla; pero lo que quiero contarte es que la he organizado como una cooperativa donde todos compartimos a partes iguales las ganancias, desde el más humilde campesino hasta el cocinero cojo mexicano, y todos sin excepción somos iguales bajo el sol del oeste, y también me gustaría que supieras que yo soy el único que he instituido el esquema de participación en los beneficios en la Compañía de Cosechadoras, a pesar de las objeciones de mis hermanos, y también puse el dinero para crear el club de los trabajadores en la fábrica de los McCormick...

Y entonces la puerta se abrió y ella estaba allí, Katherine, con la dulce aquiescencia de una sonrisa, buscando sus ojos con los suyos, vestida con la falda de tenista, y una raqueta colgando desenfadadamente de la mano.

—¿Jugamos? —le preguntó.

—Yo..., bueno..., sí..., yo..., bueno, en la universidad, en Princeton, quiero decir...

—¿Un individual?

—Por supuesto.

—¿Tienes algún inconveniente en jugar ahora, antes del desayuno? Porque si lo tienes, no temas decírmelo. —Ella le miraba a los ojos, sonriendo, como si él acabara de comprarle toda Asia poniendo a sus pies la escritura de donación—. Bueno, ¿jugamos?

—Por supuesto.

Pero eso era un problema, un auténtico problema que le preocupó mientras regresaba apresuradamente a su habitación para ponerse la ropa de tenista mientras ella esperaba fuera, al otro lado de la puerta, y que le siguió preocupando mientras ganaba el derecho a sacar haciendo girar la raqueta al azar e iba a ocupar su posición detrás de la línea de saque. Nunca había jugado al tenis con una mujer y no sabía cómo comportarse: no quería derrotarla —eso no hubiera sido elegante, ni cortés—, pero tampoco quería que ella pensara que él estaba jugando flojo para dejarla ganar. De modo que trató de moderar su saque, con una bola suave y corta por el centro, a lo que debía de ser la mitad de su velocidad habitual, y con una volea muy sencilla. Ella le sorprendió atacando y devolviéndole la pelota enseguida, y su sorpresa quedó en evidencia: su respuesta fue un poco lenta y le dio un raquetazo a la pelota que la hizo rebotar impotentemente en la red. Radiante, preciosa, con el pelo recogido en un grueso moño, Katherine lucía un sombrero de paja atado debajo de la barbilla con una cinta de muselina blanca.

—Quince a cero —gorjeó ella.

—Lo siento —gritó—, me temo que hoy estoy un poco torpe; últimamente he estado tan ocupado con los negocios de la Compañía de Cosechadoras y con la hacienda y otras mil cosas que solamente he tenido tiempo para, para...

La pelota estaba en el aire, describiendo un arco encima de su raqueta como si tuviera vida propia, y él sacó otra vez, ahora con un poco más de fuerza, pero de nuevo ella atacó devolviéndosela en el acto, con un endiablado y fulminante pelotazo que fue a parar a una esquina tan lejana que él tuvo que alargar al máximo el brazo, y a duras penas se las arregló para devolverle la pelota de un revés, sintiendo una fugaz satisfacción tras ese esfuerzo que sólo duró hasta que ella alcanzó la pelota en la red y se la devolvió con un golpe tan eficaz como elegante. Él la admiraba, realmente la admiraba, una mujer tan atlética y en forma, tan ágil —era una olímpica, como la Diana cazadora con su arco, sólo que en este caso el arco era una raqueta, y mientras él se inclinaba para recoger la pelota, se felicitaba a sí mismo por su imparcialidad y control, aunque, claro, pronto tendría que esforzarse para imponerse, con o sin caballerosidad.

—Treinta a cero —gritó ella.

Hacia el cuarto juego él estaba perdiendo tres a uno y sudando tan copiosamente que uno hubiera pensado que acababa de salir de una piscina con la ropa puesta. Katherine, en cambio, apenas se había despeinado, seguía tan pulcra y serena como cuando salió de su habitación una hora antes. Al parecer, dominaba la situación, y lanzó la pelota fuera de su alcance dándole una paliza que lo tuvo corriendo de un

extremo al otro de la pista con todo un surtido de mañosos golpes, globos, paralelos, costados, voleando por lo alto, subiendo agresivamente a la red y dando raquetazos a ras de tierra. Él empezó a cansarse, arremetiendo con todas sus fuerzas en sus ataques, como si el objetivo del juego fuera enviar la pelota por el césped, clavándola a un metro de profundidad en el terreno y, por supuesto, cuanto más duros eran sus golpes, más desenfrenados se volvían. Él cometió doble falta, luego doble falta otra vez. Al final del primer set, el cual ella ganó, seis juegos a uno, él estaba jadeando exactamente como un..., bueno, como un perro.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella. Katherine estaba de pie en la red, preparándose para cambiar de lado en la pista. No mostraba ninguna señal de cansancio, ni siquiera una gota de sudor, aunque era una mañana bochornosa, y la temperatura ya rondaba los veintiséis grados, por lo menos.

—Oh, no, no..., estoy... bien, admiro tu manera de jugar. Realmente eres muy buena.

Ella le dirigió una misteriosa sonrisa, pero no dijo ni una palabra.

Después, mientras desayunaban en la terraza, él permanecía hundido en la silla, aplastando mosquitos mientras ella le contaba todo sobre su carrera en el instituto, el sistema circulatorio de las serpientes y los sapos y su confianza en la emancipación de las mujeres. ¿Y qué pensaba él de eso? ¿Creía que las mujeres debían votar?

Bueno, por supuesto que lo creía —él era un hombre sensato y progresista, ¿no? Y así se lo hizo saber, pero realmente no entró en muchos detalles, porque estaba exhausto, lo cual se debía a todo aquel viaje en automóvil, que le había dejado los nervios destrozados, y luego la noche que se pasó desvelado, y ahora los tres sets de tenis. Y también porque en ese momento estaba obsesionado viendo cómo los labios de Katherine se abrían y se cerraban y volvían a despegarse revelando unos dientes blancos y parejos y la animada punta rosada de la lengua mientras hablaba; estaba obsesionado con aquellos ojos centelleantes, y sus nudillos martillando la mesa en declamatorio fervor. Entonces comprendió, en medio de un enjambre de mosquitos, con el dulce perfume de la hierba recién cortada flotando en el aire y su melón poniéndose tibio y los huevos fríos, que quería besar aquellos labios, tocar esa lengua con la suya, y más, mucho más aún: quería poseerla, toda ella, incluyendo la problemática blancura oculta bajo sus ropas. Katherine, él quería hacerla suya. Quería casarse con ella, eso era lo que quería, y esa certidumbre se manifestó en un momento de epifanía que hizo que se estremeciera con toda la intensidad de su ansia y la desnudez de su necesidad.

—¿Estás resfriado? —preguntó ella, escudriñándolo con su mirada de un azul glacial.

—No —respondió Stanley.

—Y entonces ¿por qué no comes?... ¿No irás a decirme que no se te ha abierto el apetito después de tanto ejercicio?

Aquél era el momento de decirle lo que sentía, el momento de las dulces palabras,

de hablar de amor, el momento de decir: ¿para qué voy a comer si puedo saciarme con el espectáculo de tu presencia?, pero no dijo eso, no podía, y se puso a jugar nerviosamente con el tenedor hasta que levantó la vista y le dijo:

—Cuando los pobres tengan suficiente comida en la mesa, cuando los falansterios sean demolidos y en su lugar se construyan viviendas decentes, cuando en la mesa de cada obrero haya una pierna de cordero con jalea de menta, entonces comeré.

Dos días después, Katherine se fue. Sus vacaciones habían terminado, el nuevo semestre empezaba, su tesis la estaba esperando. Antes de irse, le regaló una pajarita azul y una caja de caramelos de azúcar de arce en forma de ardillas, conejos y terriers escoceses, y él le dio a ella una copia del folleto de Debs y la primera edición de *El hoyo*, de Frank Norris. Él le suplicó que se quedara, postrándose a sus pies, la mar de exaltado con discursos sobre las condiciones de vida en las fábricas textiles, los falansterios y la situación de los inmigrantes pobres, pero en ningún momento habló de amor —no estaba dentro de sus posibilidades— y ella tenía que irse, él lo comprendía. A pesar de todo, estaba devastado, y apenas ella hubo subido al tren, él salió para Boston en el Mercedes. Hizo sus maletas rápidamente, sin la indecisión que siempre le había asaltado en los últimos tiempos, y se llevó consigo a Morris Johnston, no sólo para usarlo como un aquiescente oído en el que podía derramar elogios de Katherine sino también como una suerte de amortiguador contra cualquier subversivo lavado con espejos que pudieran surgir cual molinos de viento en el camino.

Al llegar, alquiló una habitación en un hotel cerca de la casa de la madre de Katherine, en Commonwealth Avenue, y empezó su asedio. Enviaba flores diariamente, invernáculos enteros, la visitaba todas las tardes a las siete en punto, con las manos sudorosas, y el corazón retumbando, con los ojos desorbitados. La criada le daba la bienvenida con una sentimental sonrisa, y la señora Dexter, la madre de Katherine, le sonreía alegremente y parloteaba e insistía en ofrecerle un sinfín de dulces, sándwiches, frutas, nueces y bebidas, mientras él se sentaba torpemente en el salón imaginando a Katherine vistiéndose en las empíreas esferas que estaban encima de él. ¿Y se había dado cuenta el señor McCormick de cuán inteligente era su hija? La señora Dexter quería saberlo. Ella había tratado de desanimarla de su vocación científica desde el principio, Dios sabía que sí, porque la ciencia no era algo propio de señoritas, o no lo había sido hasta que Katherine se enfrentó con esa disciplina e hizo progresos gracias a su agudo intelecto y perseverante naturaleza, pero ahora ella admitía que no podía estar más orgullosa de su hija, y... ¿le apetecía otra chocolatina?

Y Katherine se mostraba receptiva, muy amable y alentadora, un dechado de virtudes, especialmente en el curso de sus primeras visitas, y eso le enaltecía con una clase de exaltación que nunca había conocido, pero hacia el final de la semana ella

empezó a escabullirse so pretexto de sus estudios y cada vez él pasaba más y más tiempo con la señora Dexter, con una taza de té oscilando en una rodilla y un plato de sándwiches en la otra. Ella tenía que estudiar, por supuesto que sí —era una joven intelectual muy inteligente y llevaba ocho años trabajando con ese fin—, pero a pesar de todo, eso le aterrizzaba. ¿Y si ella estuviera usando sus estudios como una excusa, un modo de deshacerse de él temprano, para así poder salir a eso de las nueve o las diez, a la chita callando, con Butler Ames, a quien él ya se había encontrado un par de veces en la puerta de la casa de Katherine? Eso lo estaba volviendo loco de inquietud. No podía comer. No podía dormir. Y no se atrevía a mirarse en el espejo.

Pero el viernes ella aceptó su invitación de ir a cenar y al teatro, y él las llevó, a ella y a su madre, a cenar a su hotel y luego a la representación de la comedia *La importancia de llamarse Ernesto*. Al menos Stanley la encontró divertida, y Katherine parecía disfrutar también, riéndose en los momentos adecuados, pero a él le preocupaba que la obra pudiera resultar demasiado frívola para ella, pues no mostraba suficiente preocupación por las apremiantes cuestiones de la actualidad, y cuando regresaron a la casa de los Dexter, él empezó con Debs otra vez, a modo de compensación.

—¿Sabes lo que dice Debs? —empezó mientras la señora Dexter y la criada discretamente hacían mutis por el foro no sin antes dejar ante ellos una bandeja de pasteles de semillas de amapola.

Katherine estaba sentada frente a él, en un sillón. Fuera llovía, las calles mojadas brillaban, el sonido de los cascos de los caballos uniformemente amplificado en el aire de la noche se llenó de goteras. Uno podía oírlos —*clotaclot, clotaclot, clotaclot*— y eso era todo, aparte del siseo de la lluvia y del tictac del reloj en la repisa de la chimenea.

—No —suspiró ella, arreglándose la falda y cruzando las piernas encima del sillón—. Realmente no lo sé.

—«Los pocos que poseen las máquinas no las usan» —citó Stanley, inclinándose hacia delante con una mirada de sabiduría—. «Los muchos que las usan, no son sus propietarios». ¿Lo ves? Simple, directo, brillante. Y, por supuesto, el resultado de esa situación son esas desigualdades tan injustas que tanto tú como yo vemos a diario y que aborrecemos, una realidad que al resto de la gente parece no importarles. Él quiere leyes nacionales de protección contra los accidentes laborales, financiar el subsidio del desempleo y programas de seguridad social para proteger a los ancianos, obras públicas para los parados, y mientras los trabajadores no hayan tomado el control sobre los medios de producción, una reducción de la jornada laboral que sea proporcional al aumento de la producción...

Ella no parecía estarle escuchando. Estaba removiendo su tacita de té con una cucharilla, con la mirada extraviada en el vacío.

—Él dice —Stanley prosiguió—, dice que...

—¿Stanley?

—¿Eh?... ejem..., ¿sí?

—Por favor, no me malinterpretes, yo admiro tu compromiso con las causas progresistas, realmente lo admiro, pero... ¿nunca te has detenido a preguntarte por qué parece estar, bueno, tan obsesionado con esos asuntos?

—¿Obsesionado? ¿Yo?

Entonces ella se rio, y él no supo si reír con ella o si ofenderse porque ella podía estar lanzándole una observación mordaz, el ínfimo dardo capaz de desgarrar su carne dejándole una herida abierta, una herida que crecería abriéndose de par en par, cada vez más y más, hasta tener suficiente cabida para que todos los Butler Ames del mundo pudieran desfilarse por ella. Él le dirigió una mirada inexpresiva. Alargó una mano hasta la bandeja de pasteles de semillas de amapola, pero la mano se quedó a mitad de camino entre la bandeja y su boca, entonces se lo pensó mejor y devolvió el pastel cuidadosamente a la bandeja.

—¿No crees que pudiera tratarse de una reacción defensiva? Lo que quiero decir es que ni tú ni yo tenemos mucho que ver con los pobres...

—Bueno..., yo..., sí. Sí, es verdad. Mi padre, como sabes, era el peor. Él no hubiera permitido un sindicato en su taller, los disturbios de la Haymarket Place<sup>[17]</sup> y todo eso, y eso no es correcto, no lo es. Mi padre... —dijo, y descubrió que no podía en absoluto organizar sus ideas más allá, porque su cabeza súbitamente se llenó con la imagen de ese estafalario y despótico viejo con su barba farfullante en forma de estoque, llenando el vestíbulo de la casa con sus bramidos y su bilis y su antipática, feroz y sofocante presencia—. Mi padre... —repitió.

La voz de Katherine era muy suave, tan suave que él tuvo que esforzarse para oírla bajo el ruido de la lluvia, el tráfago de los caballos, el tictac del reloj que de pronto subió de volumen hasta sonar como toda una sinfonía de relojes dando la hora al unísono, despedazando las horas, los minutos, los segundos que le quedaban antes de que ella se levantara y le despidiera:

—Sé que tiene que ser muy duro —dijo ella—, pero tienes que dejar todo eso atrás. Y por muy admirables que puedan ser las reformas progresistas, hay otras cosas en la vida: la música, la pintura, todas las artes, y cuando un hombre y una mujer que están solos coinciden, cuando son tan íntimos como tú y yo lo somos ahora, ¿no crees que hay temas más apropiados sobre los cuales hablar?

—Bueno, pues sí —dijo él, pero no tenía ni idea.

Otro suspiro.

—Oh, Stanley, no sé qué pensar de ti. Eres muy amable, muy simpático, pero realmente tienes mucho que aprender sobre el arte del galanteo.

Y entonces ella se puso de pie y apareció la criada y su noche con Katherine concluyó.

Al otro día regresó, incontenible, dispuesto a contratar a Cyrano para que ensayara



sus discursos por él, cualquier cosa, pero no parecía poder sacarse el socialismo de la cabeza. Por la tarde, llevó a Katherine y a la señora Dexter al museo, y las deslumbró hablando como un erudito de Tiziano, de Tintoretto y de los maestros holandeses, inundándolas con sus experiencias como discípulo de monsieur Julien en París, pero inevitablemente él llevó de vuelta la conversación hacia el tema del bienestar social y las reformas, porque, después de todo, ¿qué era el arte sino un juguete de los ricos? Katherine no podía cenar con él esa noche —estaba muy atareada preparándose para las clases de los próximos días— y él meditó tristemente durante una larga e insípida comida, la cual interrumpió tres veces para telegrafiar a su madre hablándole de Katherine, de su perfección, de su intelecto, de su belleza, y su madre le respondió casi inmediatamente con otro telegrama: ME PREOCUPA ENFERMEDAD STOP NO TENGO NOTICIAS TUYAS HACE UNA SEMANA STOP MUY DESCONSIDERADO DE TU PARTE STOP ¿QUIÉN ES ESA KATHERINE? STOP TU MADRE QUE TE QUIERE.

Entonces —y no podía dejar de hacerlo, sentía que iba a estallar igual que una patata demasiado horneada si tenía que quedarse otro segundo mirando las pálidas paredes de la habitación del hotel— salió a dar un paseo y pasó por delante de la casa de Katherine. Un paseo, eso era todo. Un simple paseo. Para curarse en salud. No tenía pensado fisgonear, no pensaba encontrarse con Butler Ames ni con otros de su calaña en la puerta de la casa, ni tampoco sorprender a Katherine dándose una escapada en coche para ir a cenar, ataviada con su traje de noche. Ni por asomo. Olvidó sacar el paraguas y su sombrero de seda le pesaba como plomo en la coronilla y los hombros de la gabardina estaban completamente empapados cuando le daba la octava vuelta a la manzana donde vivía Katherine. Y cuando ya la humedad le calaba los huesos, descubrió que por la más pura coincidencia estaba pasando justo por delante de la primorosa y elegante casa de piedra con techo a dos aguas de la señora Dexter, en el número 393 de la Commonwealth Avenue.

Katherine había dejado muy claro que no podría verlo, y él respetaba eso, de verdad, pero de todas maneras no pudo resistir la tentación de subir la escalera del porche y apretar el botón del timbre. Mil cosas pasaron por su cabeza en el tiempo que transcurrió entre el momento en que oprimió el botón y la aparición de la criada —visiones de Butler Ames, con sus ojos de pez globo y sus remilgadas manitas haciéndole el amor a Katherine encima de una caja de chocolatinas, Katherine trayendo al retortero a diecinueve pretendientes anónimos que se comportaban como maridos, Katherine en aquel preciso instante en un bullicioso salón de baile en vez de estar empollando acodada entre un montón de libros científicos salpicados de diagramas sobre la anatomía de los lagartos, los galápagos y las serpientes—; pero allí estaba la criada con su sonrisa empalagosa, y ya estaba en el vestíbulo, adonde acudía la señora Dexter para darle la bienvenida, como si hiciera seis meses que no le veía en vez de tan sólo seis horas.

Su recompensa por desafiar la inclemencia del tiempo fue un cara a cara con la señora Dexter que se prolongó hasta después de las once (¿y no había llegado a las

ocho y cinco minutos?), cinco litros de té hirviendo y la omnipresente bandeja llena de pasteles de semillas de amapola y de sándwiches, los cuales ya estaban correosos y parecían algo deshilachados por los bordes. La señora Dexter dijo cosas como «Sabe, últimamente Katherine está tan solicitada por tantos caballeros que me temo que tendrá que organizar una rifa cuando quiera casarse», y «Ese Butler Ames es un encanto, realmente adorable, ¿no le parece?», y «¿Todavía no le he contado la primera vez que Katherine vio una cabra de Angora? Ella tenía tres años por entonces, ¿o eran cuatro?». Siempre cortés, Stanley permanecía allí sentado, tieso como un poste y emitiendo ocasionales y amables ruidos guturales, pues a decir verdad no tenía mucho de qué hablar —ni acerca de las ideas progresistas, ni de Butler Ames ni de ninguna otra cosa.

Finalmente, a las once y media, Katherine se deslizó de la habitación en un par de zapatillas y su madre se levantó de un salto como si la hubiera picado un bicho para enseguida desaparecer.

—Stanley —dijo Katherine, extendiendo una mano que él se levantó para tomar en la suya, y entonces ella chasqueó la lengua como si él fuera un niño travieso o un perrito que acabara de mearse en la alfombra—. ¿No te dije que no podía verte esta noche? —le regañó, moviendo un dedo admonitorio, y él se hubiera sentido miserable, abyecto, traspasado por una oxidada espada de rechazo y humillación de no ser por el hecho de que ella sonreía.

Ahora o nunca. Éste es el momento, se dijo para sus adentros:

—Yo..., bueno..., simplemente estaba dando una vuelta por el barrio, y se me ocurrió que...

Todavía seguían de pie, torpemente situados al borde de la mesa de té y la bandeja llena de correosos y esponjosos sándwiches. Ella enarcó las cejas.

—¿Simplemente se te ocurrió...?

Él se rio —un nervioso rebuzno en forma de carcajada— y ella le imitó, toda su cara iluminada, y de pronto, de algún modo, estaban sentados en el sofá, muy juntos.

—De acuerdo —dijo él—, lo admito, yo no podía..., bueno..., ya sabes lo que te quiero decir, yo no podía estar lejos... de ti, eso fue lo que me pasó.

¿Y qué le dijo ella?

—Oh, Stanley —o algo por el estilo. Pero ella seguía sonriendo, mostrando sus dientes y sus encías, y la luz de sus ojos era inequívoca: estaba encantada de que él hubiera ido a verla. Eso le envalentonó, tornándolo temerario, haciéndole hervir la sangre y ahora sin necesidad de Debs; clavó sus ojos en los de ella mientras entrelazaba y soltaba las manos en su regazo, como si estuviera agarrándose al borde de un precipicio resbaladizo, repitiendo sin cesar el sabor del té recalentado.

—Escúchame, Katherine —dijo—, hace tiempo que quería decirte, decirte a ti, quiero decir, he estado pensándolo todo el día, y yo..., yo...

Aquella sonrisa. Ella se inclinó hacia delante para jugar con uno de los sándwiches, luego se lo llevó a la boca y le dio un mordisco, dejando un impecable

semicírculo en el borde del emparedado:

—¿Y...?

—Bueno, déjame, déjame decirlo de esta manera. Supón que hay un hombre, un hombre joven, de buena familia y con buenas intenciones, pero que no es digno de consideración a los ojos de una mujer, bueno, me refiero a una hipotética mujer de la clase de..., bueno, pues como tú, pero él realmente..., él no ha hecho nada en su vida, él es un don nadie, un inútil, un cascarón vacío, un hipotético hombre indigno de besar el borde de la falda de la hipotética mujer, pero él, él...

Ella empezó a comprender lo que él estaba tratando de decir, o más bien tartamudeando, y trató de serenar la expresión de su cara, pero eso no funcionó: tenía el aspecto de una mujer a punto de estrellarse en un carruaje tirado por caballos desbocados, la sonrisa se había esfumado, el sándwich se había quedado crispado en el aire, algo así como una conmoción y un susto anidaba en sus ojos, pero Stanley estaba decidido, seguía hablando y no había quien lo parara.

—Stanley —dijo ella, pensativa, con la voz extraviada brotando de lo más profundo de su garganta—, Stanley, es tarde...

Él no estaba escuchando, no la oía.

—Como ves, ese hombre, ese hipotético hombre, es tan indigno de ella que nunca se atrevería a abrigar ni siquiera la más mínima esperanza de que ella se casara, que pudiera casarse, bueno..., pues con él, supongo, pero si él se lo pidiera, ese hipotético pero rematadamente inútil hombre que no ha llevado a cabo nada en toda su vida, se casaría ella, te casarías tú, quiero decir, conociendo las circunstancias...

Entre las cejas de ella apareció una arruga, ¿y por qué nunca antes él la había notado? Ahora parecía más perpleja que aprensiva —o más bien afligida.

—Stanley, ¿me estás pidiendo lo que creo que me estás pidiendo?

Él respiró hondo. Su corazón latía como un tambor.

—Yo sólo, bueno, quiero conocer tu opinión, porque yo la valoro mucho, realmente me importa mucho...

—¿Me estás pidiendo que...?

Él no podía sostenerle la mirada. Todos los tambores de los mohawks sonaban en sus oídos. *Tumpa-tumpa-tumpa-tumpa-tump.*

—Sí.

—Pero acabamos de conocernos..., tú no sabes nada de mí. Estás bromeando, ¿verdad? Dime que es una broma, Stanley, dímelo...

La lluvia, el reloj, los cascos de los caballos, los tambores. Él levantó la vista, más triste que un perro apaleado.

—No —dijo—, no es una broma.

---

## CON UNA RAJA BASTA

Tal como resultó después, el doctor Brush no era alguien que perturbara el equilibrio, aunque estaba en condiciones de hacerlo, pero no lo hacía. A O’Kane le caía bastante bien: era cordial, siempre presto a reír, un hombre enorme y corpulento que gustaba de la buena mesa y disfrutaba bebiendo y no iba por ahí dándose tono, como si fuera más importante que nadie, exceptuando a los millonarios o a los psiquiatras. Pero no le respetaba tanto como al doctor Hamilton. A pesar de todo su entretenimiento con los monos y todas sus ínfulas y su rígida formalidad, al menos Hamilton era un psiquiatra de primera clase, uno de los mejores en el país, y el señor McCormick había mejorado bajo su atención, aunque sólo fuera a rachas. No era que Brush careciera de excelentes credenciales, sin contar que había sido seleccionado por el doctor Meyer, pero era demasiado, bueno, demasiado payaso para dar razón de sí a largo plazo, y eso no auguraba nada bueno para el señor McCormick. Hamilton había conseguido lo que quería en Riven Rock y luego desapareció; Brush, según parecía, se contentaba con menearse igual que una grande y temblorosa boya en la marea menguante de esa particular contracorriente psicológica.

Oh, sí, por supuesto, empezó con bastante energía, afanoso de causar la mejor impresión, igual que cualquiera en una nueva posición, especialmente a sabiendas de que iba a cargar con toda la responsabilidad, por un lado, ante la Reina de Hielo, y por otro, ante el doctor Meyer, el hombre más arisco del mundo. Básicamente, adoptó el régimen del doctor Hamilton, que establecía estrictos horarios para las actividades del señor McCormick, desde la hora de despertarse hasta la de ducharse y la de acostarse por la noche, pero, siendo el nuevo hombre al mando, no pudo dejar de tratar de introducir un par de cambios aquí y allá. Eso fue al principio. Solamente al principio.

Lo primero que hizo, y en opinión de O’Kane se trató de un grave error, fue tratar de aplicarle la terapia conversacional al señor McCormick. En aquellos días —y eso ocurría en el verano y el otoño de 1916— la terapia conversacional estaba considerada una novedad, una especie de glorificado juego de salón para los ricos y los ociosos, igual que la interpretación de los sueños o la hipnosis, y eran pocos los psiquiatras que habían seguido los pasos del doctor Freud en la aplicación de esa terapia a sus pacientes gravemente perturbados. Al igual que la mayoría de la gente, O’Kane era profundamente escéptico —¿cómo se podía disuadir a un loco de remate de que no se bebiera su propia orina o dejara de apuñalar a su abuela inválida más de cien veces con un tenedorcillo de cóctel?— y el doctor Hamilton, aunque suscribía las teorías de Freud y al menor pretexto les soltaba una disertación a O’Kane y a los

Thompson sobre absurdidades tales como la sexualidad infantil y el apetito de contacto carnal con la madre, nunca practicó la terapia conversacional con el señor McCormick. Consideraba que era mejor para el paciente que se mantuviera dentro de un régimen estricto, con una dieta saludable, bastante ejercicio y estímulo intelectual, y dejar que la naturaleza siguiera su curso. Pero Brush era nuevo en el cargo, y quería hacer valer sus derechos.

O’Kane y Martin estuvieron presentes en la primera sesión. Fue en una soleada y calurosa mañana de verano, realmente gloriosa; la niebla se había disipado temprano, y el señor McCormick estaba tomando el fresco en la terraza después del desayuno. La terraza —en realidad, una azotea— se abría contigua al salón de arriba y estaba rodeada por paredes de dos metros y medio de altura, con ventanas enrejadas al nivel del ojo humano. En el centro del terrado había muebles de mimbre empotrados con tornillos en el hormigón que estaba debajo de las baldosas italianas. La puerta que daba a la azotea siempre estaba cerrada y los muebles estaban apiñados en el centro para evitar que el señor McCormick pudiera encaramarse en ellos, trepar a una de las paredes y saltar al vacío. Estaba en un segundo piso, y una caída desde esa altura, incluso para un hombre de la agilidad del señor McCormick, hubiera podido resultar fatal.

El señor McCormick había desayunado bien esa mañana —dos huevos con varias lonchas de beicon, bollos dulces y un cuenco de copos de maíz con azúcar y nata fresca— y parecía estar de muy buen humor, ilusionado con la próxima proyección de una película nueva que Roscoe había traído de Hollywood la tarde anterior. Era una película de Lillian Gish, y el señor McCormick, a quien no le permitían ver mujeres de carne y hueso, realmente saboreaba la oportunidad de verlas resurgir en la lisa y brillante pantalla de la sala de espectáculos. Más de una vez se habían visto obligados a reprimirlo para evitar que exhibiera su miembro viril al ver a Pearl White colgando de un acantilado o a Mary Pickford recogiendo la falda al bajarse de un automóvil, pero los médicos consideraban que el estímulo mental generado por las películas era más valioso que cualquier pequeño incidente que pudiera surgir durante la proyección de las imágenes de aquellas hembras en situaciones de peligro o en cualquier otra circunstancia. O’Kane no estaba tan seguro. A él le tocaba estar de pie, en medio de la sala oscura, con el chorro de luz parpadeando, al lado del resollante señor McCormick, obligándolo a meterse de nuevo el pene en la bragueta, y eso tenía que ser humillante para el señor McCormick —y ciertamente tampoco era una fiesta para O’Kane. Qué va, eso de ver mujeres como aquéllas, maquilladas y pestañeando coquetamente ante las cámaras y exhibiendo sus escotes y todo eso, sólo podía servir para frustrar más aún al pobre hombre. Cualquiera se hubiera vuelto loco en su situación, y en muchas ocasiones O’Kane se preguntaba si no sería mejor bajar a la ciudad y alquilar una prostituta una vez al mes y dejar que el señor McCormick —por supuesto, debidamente atado— diera rienda suelta a sus deseos naturales, como cualquier otro hombre, pero eso no sería psicológicamente correcto, ¿verdad?

Así las cosas, el doctor Brush apareció esa mañana, justo después de que O’Kane y Mart hubieran sacado al señor McCormick al terrado donde daba el sol, decidido a poner en práctica la terapia conversacional.

—Señor McCormick —le gritó con un timbre de voz campechano e irrumpiendo pesadamente por la puerta—, ¿qué tal se siente esta mañana tan hermosa?

El señor McCormick estaba sentado en uno de los sillones de mimbre, con los pies encima del sofá de mimbre, las manos unidas en su nuca y la cabeza echada hacia atrás, mirando fijamente al cielo sin nubes. Como de costumbre, estaba vestido como si estuviera a punto de salir para su oficina de la Fábrica de Segadoras, ataviado con un traje gris de verano, chaleco y corbata. No respondió al saludo, ni siquiera se percató de la presencia del doctor.

Incontenible, el doctor Brush dio enormes zancadas a través del embaldosado y se situó justo detrás del señor McCormick, inclinándose hacia delante y asomándose por encima de su paciente hasta interponer su cara sudorosa, grande como un dirigible, en el campo de visión del señor McCormick.

—¿Así que —retumbó con voz de trueno el doctor Brush— no se siente afortunado de tener un tiempo tan espléndido aquí todo el año? Esto debe de ser especialmente agradable en invierno, por la única y sencilla razón de que así se derrota al hielo y a la nieve, porque ¿se imagina lo sofocados que estarán todos en aquella bochornosa humedad de la costa este?... En cambio, aquí, esto no puede ser más agradable. ¿Qué temperatura cree que hace, señor McCormick...? ¿Veintiún grados? ¿Tal vez veintidós? ¿Eh?

Stanley le dio la callada por respuesta.

—Sí, señor —concluyó el doctor con un suspiro teatral—, usted es un hombre afortunado.

Entonces el señor McCormick habló por primera vez desde que lo habían sacado a la terraza. Aún tenía la cabeza echada hacia atrás y estaba viendo la cara del doctor Brush al revés, lo cual debía de ser bastante peculiar, aunque eso no parecía perturbarle.

—¿Afortunado? —dijo, y su voz sonó como un croar—. Yo soy... soy tan afortunado como un perro.

—¿Un perro? —Y ahora el psiquiatra estaba excitadísimo, haciendo amagos y dando saltitos por la azotea con sus pies demasiado pequeños hasta que finalmente se deslizó en un sillón frente al señor McCormick—. ¿Y por qué dice eso, señor? ¿Un perro? ¿De veras? ¡Qué extraordinario!

Mart, que estaba recostado contra la pared justo a la izquierda de la puerta, hacía crujir sus nudillos audiblemente. O’Kane se paseaba a la sombra, de acá para allá, en el otro extremo del terrado, hasta que se detuvo en la intersección de dos muros donde se reclinó para escuchar. El señor McCormick, sin dejar de mirar fijamente al cielo, no dijo nada.

—¿Un perro? —repitió Brush—. ¿He oído bien, señor McCormick? ¿Realmente

ha dicho usted un perro?

Otra vez la callada por respuesta.

—Bueno, si usted lo dice, y estoy absolutamente seguro de que no tengo ningún problema de sordera, o quizá sí, ¡ah! A lo mejor tengo que hacerme un examen de oído... En fin, si usted ha dicho «un perro», me gustaría mucho saber por qué se siente así, por la única y sencilla razón de que se trata de una circunstancia muy extraordinaria, y estoy seguro de que también al señor Thompson y al señor O’Kane les gustaría oír su explicación. ¿No es cierto, muchachos?

Mart gruñó, y era difícil saber si era un gruñido afirmativo o negativo.

O’Kane asintió con la cabeza:

—Sí —dijo—, claro.

—¿Ha oído eso, señor McCormick? Todos sus amigos quieren oír su explicación. ¿Sí? ¿Señor McCormick?

Y seguía sin decir nada. O’Kane pensaba que el señor McCormick ni siquiera había oído la pregunta, lo más probable era que ya se hubiera encerrado en sí mismo, quedando tan insensible como un roedor enterrado en lo profundo de la madriguera. Por lo menos, no estaba violento. En cualquiera caso, todavía no.

El médico sacó un puro del bolsillo y lo encendió. Le dio una chupada, expelió un penacho de humo y le dirigió al paciente una mirada sagaz que desafortunadamente el señor McCormick se perdió, pues seguía contemplando fijamente el cielo como si fuera Percival Lowell buscando señales de vida en Marte.

—Tal vez usted se sienta enjaulado aquí, ¿es eso, señor McCormick? —empezó el doctor—. ¿Es eso lo que está queriendo decir...?, ¿le gustaría disfrutar de más libertad? Porque eso lo podemos arreglar..., más paseos en coche, más caminatas por los alrededores, si eso es lo que usted quiere. ¿Es eso? ¿Es eso lo que quiere decir?

Tras un silencio que debió de durar cinco o seis minutos, el doctor Brush abordó el problema desde otro ángulo.

—Hábleme de su padre —dijo, inclinándose hacia delante y dirigiéndose a la papada del señor McCormick—. Tengo entendido que fue un gran hombre... ¿Le quería usted mucho?

Una gaviota planeó sobre sus cabezas. Casi inmóvil. En algún lugar, abajo, en las cabañas, alguien cantaba en italiano, un monótono zumbido que iba y venía como un péndulo.

—¿Alguna vez..., alguna vez sintió aversión hacia él? ¿O abrigó algún resentimiento hacia él? Tal vez, cuando usted era niño, le dio jarabe de palo alguna vez... ¿Alguna vez le dio una zurra?

O’Kane se volvió consciente del movimiento del sol, el afilado ángulo de la sombra se arrastraba acercándose inexorablemente a él. Intentó descifrar la letra de la canción, aunque de todas maneras no conseguía entenderla, y trató de no pensar en Giovannella. El señor McCormick, que tenía un don especial para la rigidez —hubiera podido ser el modelo ideal de un escultor—, seguía sin mover ni un pelo de

sus pestañas. Ni siquiera parecía respirar.

—Bueno —dijo el psiquiatra al cabo de un rato poniéndose imponentemente de pie, chupando el puro, y paseándose de acá para allá, contando las baldosas—, bueno, muy bien.

Andaba por detrás del señor McCormick, metiendo una y otra vez su cara en el campo de visión del señor McCormick.

—Y su madre —dijo—, ¿cómo es?

La segunda modificación que el médico intentó fueron algunas ligeras variaciones en los horarios del paciente, en aras de una mayor eficiencia. Empezó con la ducha del señor McCormick.

—Eddie —le dijo a O’Kane una noche cuando éste terminó su turno—, ya sabes, he estado pensando en el horario del señor McCormick y en cómo malgasta el tiempo, por la sencilla razón de que creo que podemos aportar un poco más de eficiencia en el esquema de las cosas. Darle una sacudida, ¿entiendes? Siempre hace las mismas cosas, día tras día. ¿No crees que el hombre se muere de aburrimiento?

O’Kane, que seguía siendo jefe de enfermeros a pesar del cambio de régimen y había visto su salario aumentado en cinco dólares semanales desde que Brush tomó posesión del cargo, consideró prudente mostrarse preocupado, aunque él no veía nada erróneo en el horario tal como estaba. No era el horario lo que hacía que el señor McCormick siguiera enfermo, ni tampoco la falta de estímulo intelectual, sino la falta de mujeres. Que lo dejaran follar unas cuantas veces, y a ver qué pasaba —eso no podía ponerle peor de lo que ya estaba. Le dirigió a Brush una piadosa mirada.

—¿Qué tiene en mente?

—Bueno, he estado pensando en el horario de la ducha —dijo el doctor. Estaban en el salón de arriba; habían acostado al señor McCormick y Nick y Pat acababan de comenzar su turno—. De siete a ocho de la mañana: bañarse. ¿No te parece que es un poco excesivo? Y que no me vengan a decir que es por una cuestión de higiene. Vamos, yo no paso más de cinco minutos bajo la ducha, y, ¡oh!, como comprenderás tengo mucho más cuerpo que lavar que el señor McCormick. ¿No te parece que podríamos reducir ese tiempo, gradualmente, quiero decir, hasta conseguir que su ducha dure entre cinco y diez minutos, y entonces podríamos aprovechar ese ahorro de tiempo para dedicarlo a su mejoramiento y curación...

O’Kane se encogió de hombros.

—Bueno, sí, claro, supongo que sí. Pero el señor McCormick es muy inflexible en lo tocante a la ducha, es una de sus obsesiones favoritas, y pudiera resultar muy difícil...

—¡Bah! —el médico agitó una mano en la cara de O’Kane—, déjame eso a mí..., las obsesiones son mis herramientas, tengo todo un repertorio.

Y así, al otro día por la mañana, en cuanto O’Kane y Mart metieron al señor McCormick en el cuarto de baño, el doctor Brush apareció, descalzo, montañoso y envuelto en un largo impermeable que iba arrastrando tras de sí, un impermeable del



tamaño de una tienda de campaña con capacidad para dos personas.

—¡Buenos días, buenos días! —retumbó, y su potente grito reverberó en el recinto de la ducha hasta sonar como unas cien voces—. No se preocupe por mí, señor McCormick —gritó con la pálida carne de los dedos de los pies adhiriéndose a las húmedas baldosas, ya con el agua resbalando por el impermeable—, yo sólo estoy aquí para observar su baño en aras de la eficiencia, por la sencilla..., pero simplemente míreme como si yo fuera uno de esos técnicos expertos que siempre están introduciendo mejoras en su fábrica para incrementar la producción... Vamos, ignóreme, no me haga caso...

El señor McCormick estaba sentado desnudo en el suelo, debajo de una de las tres alcachofas, frotándose furiosamente el pecho con una pastilla nueva de jabón Palmolive. Al principio pareció alarmado, incluso hizo un gesto como para cubrirse sus vergüenzas, pero luego pareció pensarlo mejor y, tras volverle la cara al médico, siguió enjabonándose el pecho.

—He pensado —prosiguió el psiquiatra, con el vapor subiendo y el agua saltando contra las paredes y salpicándole las piernas— que hoy podemos empezar a reducir el horario de nuestro baño a... quizá, oh, ¿qué le parecen unos diez minutos, señor McCormick? Verá, y seguro que coincidirá conmigo, diez minutos es una cantidad de tiempo más que razonable para limpiarnos minuciosamente sin ayuda de nadie, por la única y sencilla razón de que el cuerpo humano sólo puede contener una cierta cantidad de suciedad, especialmente si uno se baña diariamente, ¿no le parece?

O’Kane estaba de pie en la puerta del cuarto de baño, en su acostumbrada posición, desde donde podía observar al señor McCormick mientras se duchaba sin estorbarle demasiado. Mientras tanto, Mart permanecía en el salón, preparando la mesa para servirle el desayuno al señor McCormick. A pesar de que la ducha era bastante grande —había espacio suficiente para tres personas por lo menos— O’Kane no podía dejar de sentir que el doctor estaba corriendo un riesgo innecesario. Ni que decir tiene cómo podía interpretar el señor McCormick esa invasión de su intimidad, fuera o no en aras de la eficiencia, y si se ponía violento, siempre había la posibilidad de una peligrosa caída con toda aquella agua fluyendo por las resbalosas baldosas. La situación no le gustaba nada, ni siquiera un poquito, y resignadamente ya se veía a sí mismo participando en la refriega y estropeando otro traje.

Pero el señor McCormick le sorprendió. No parecía particularmente agitado —al menos O’Kane no podía notarlo. Simplemente le ofreció la blanca cuesta de su espalda al intruso, y se enjabonó más vigorosamente mientras el médico seguía hablando atropelladamente y el agua caía en una cascada de luminosos alfileres. Eso duró un rato, hasta que, a una señal de Brush, O’Kane avisó a Mart, quien bajó para cerrar la llave de paso del agua.

Al poco rato, la ducha dejó de asperjar. El señor McCormick se volvió para lanzarle una salvaje mirada al psiquiatra y luego a O’Kane —«ahora va a empezar el jaleo», pensó O’Kane, poniéndose en guardia—, pero el señor McCormick no hizo

más que apoyarse en una nalga sobre las húmedas baldosas para poder alargar la mano hasta arriba e intentar coger la llave. Manipuló la llave varias veces y luego, desplazándose como una especie de cangrejo, se movió primero hacia su izquierda y luego hacia su derecha para tratar de manipular las llaves de los otros dos grifos. En eso estuvo un largo rato, y cuando finalmente se convenció de que habían cortado el agua, volvió exactamente al mismo lugar donde estaba antes de la interrupción y siguió enjabonándose como si nada hubiera pasado.

El doctor Brush, por su parte, estaba diciendo cosas como: «Muy bien, señor McCormick, muy bien, supongo que ahora sólo tenemos que salir, ¿verdad?» y «Ahora, dígame francamente, ¿no experimenta una mejoría?». Él estaba allí, optimista, enseñoreándose de la silueta encorvada de su patrón, aferrándose al suelo con los dedos de los pies como si fueran los dedos de las manos, con el impermeable amarillo goteando, los cortos cabellos de su nuca ensortijándose como plumas de pato con la humedad. Pero el señor McCormick no le hacía caso. De hecho, el señor McCormick estaba expresando su disgusto ante todo aquello enjabonándose con la casi gastada pastilla de Palmolive como en un acto de mortificación de la carne, y cuando el jabón se acabó, extendió la mano para coger otro.

—Muy bien —le confió el doctor Brush a O’Kane horas más tarde—, se trata de una lucha de voluntades, y ya veremos hasta dónde resiste el paciente antes de que vea la eficacia y la sabiduría que entraña nuestro nuevo horario.

Al otro día por la mañana, el médico volvió al cuarto de baño, pero esta vez sólo había una pastilla de jabón en la jabonera y cortaron el agua a los diez minutos. De nuevo, el doctor Brush hizo toda una serie de afirmaciones optimistas sobre el ahorro de tiempo y de energía, y las virtudes de la disciplina, pero el señor McCormick no salía de su rutina. Se enjabonó sin parar durante una hora después de que cortaran el agua y fue a desayunar con las mejillas y la frente jaspeadas de blanquiverdosas rayas de Palmolive, como si fuera un jefe indio pintarrajeado para la guerra. Y al día siguiente, cortaron el agua de la ducha a los cinco minutos y sólo le dieron jabón en polvo, pero el señor McCormick persistió, tal como O’Kane sabía que haría. Cuando se quedó sin agua, el señor McCormick se restregó con el polvo de jabón hasta que se disolvió en una endurecida espuma amarillenta que le barnizó todo el cuerpo.

El clímax tuvo lugar al cuarto día.

El doctor Brush ordenó que no le dieran jabón, y apareció como de costumbre, jocosos y enérgicos, razonando con el señor McCormick como si fuera un niño —o cuando menos uno de los dementes del manicomio.

—¿Ahora se da cuenta —le dijo, en un tono de voz halagador distorsionado por el rumor del agua hasta que la cortaron a una señal cinco minutos después— de que su comportamiento no era razonable, señor McCormick..., y de que más que irracional era ineficiente? Figúrese lo que ocurriría si organizáramos el trabajo de la Fábrica de Segadoras con esta clase de horario, ¿eh? Ahora bien, por supuesto, su jabón le será devuelto tan pronto como usted, pues, bueno, empiece a..., quiero decir, por la única

y sencilla razón de que...

El señor McCormick se bañó sin jabón y no pareció echarlo en falta, en cualquier caso no exteriormente, pues siguió allí sentado bajo la ducha seca por espacio de hora y media, y cuando se levantó, alargó la mano para coger la toalla, aunque hacía tiempo que estaba seco. No le importaba. Cogió la toalla como si fuera un azote de penitente y se flageló todo el cuerpo hasta que la piel quedó tan irritada que empezó a sangrar y hubo que reducirlo por la fuerza. Al otro día por la mañana ni siquiera se molestó en abrir el grifo de la ducha, simplemente cogió la toalla como si ya estuviera mojado y se restregó furiosamente las zonas irritadas hasta que empezaron a sangrar de nuevo, y sólo desistió tras un forcejeo que exigió las fuerzas combinadas de O'Kane, Mart y el doctor Brush.

Y así durante una semana, hasta que el señor McCormick era una roña ambulante de la cabeza a los pies y el doctor Brush finalmente renunció a su noción de la eficiencia. De hecho, renunció a cualquier noción de tomarla con el señor McCormick, ya fuera reorganizando sus horarios o arrastrándolo en la terapia conversacional, y a partir de entonces, durante aproximadamente un año antes de verse obligado a partir a cumplir con su servicio militar entre los veteranos que padecían neurosis de guerra en el frente occidental, realmente pareció contentarse con... dejarse llevar por la corriente.

Todo iba sobre ruedas para O'Kane, aunque tenía sus propios problemas. Cuando el otoño de 1916 dio paso al invierno de 1917 y el fragor de la guerra se dejó sentir más, sus escaramuzas con Rosaleen y Giovannella se intensificaron hasta obligarle a una retirada, pues apenas era capaz de llevar a cabo una débil acción desde la retaguardia. Al menos con Rosaleen las batallas eran epistolares y tenían lugar a una distancia de cinco mil kilómetros. Hacía dos años que no tenía noticias suyas, y de buenas a primeras ella le apremiaba pidiéndole dinero, las cartas le llovían en un vendaval huracanado de demandas, quejas y amenazas. ¿Y qué quería ella? Quería zapatos para Eddie Junior, que era el «bibo retrato de su padre» y dentro de poco cumpliría nueve años, y también un nuevo traje de domingo, de modo que tuviera el mejor aspecto durante su boda con Homer Quammen, por cierto, ¿se acordaba él de Homer? Y, a propósito, estaba arreglando los papeles para el divorcio y opinaba que él le debía algo por eso también, y que no se le ocurriera pensar ni por un minuto que el hecho de que ella se volviera a casar lo liberaba en modo alguno de su obligación de mantener a Eddie Junior, sobre todo teniendo en cuenta que Homer era más «poroso que una errata de sacristía»<sup>[18]</sup>.

Le envió el dinero, cuarenta dólares en total, aunque a regañadientes, porque estaba ahorrando cada centavo para luego invertirlo en unas parcelas de terreno en cuya adquisición le dejaría entrar el cuñado de Dolores Isringhausen, y nunca recibió de ella ni una palabra de agradecimiento, ni un hasta la vista, ni nada por el estilo.

Las cartas dejaron de llegarle, así que supuso que tenía el dinero, y cuando volvió a saber de ella, ya se había olvidado de todo aquello. Fue en diciembre, en algún momento de las Navidades —recordaba que fue un día feriado, porque Katherine había regresado a la ciudad, atestando el salón de arriba hasta los topes con regalos y guirnaldas de flores, ristras de rositas de maíz y cosas así, y casi siempre estaba discutiendo ruidosamente con Brush y Stribling, el capataz de la finca—, y O’Kane regresaba del trabajo a la pensión, y ya tenía en mente engatusar a la señora Fitzmaurice para que le preparara un sándwich y luego irse a tomar un trago al bar de Menhoff, cuando en la mesa del zaguán descubrió un sobre blanco, manchado, dirigido a él. Reconoció los acalambrados garabatos subhumanos de Rosaleen en el sobre —Sr. Don Edw. O’Kane, al cuidado de la Sra. Morris Fitzmaurice, 196 State Street, Santa Bárbara, California— y se lo metió en el bolsillo de la camisa.

Más tarde, sentado ante la mesa del bar, mientras buscaba una cerilla en sus bolsillos para ofrecerle fuego a la dependienta del Five & Dime, descubrió el sobre. Le encendió el cigarrillo a la chica —su nombre era Daisy y tenía un par de tetas que le hacían perder la cabeza— y luego se excusó para ir al lavabo de caballeros, donde se detuvo ante el urinario y rasgó el sobre matando dos pájaros de un tiro. Dentro había una fotografía y nada más, ni siquiera una línea. La levantó hasta la luz con su mano libre. La foto era borrosa y oscura, como si el mundo entero se hubiera movido en el intervalo entre el clic del obturador y la impresión de la imagen, y mostraba el fragmento de un niño con pantalones cortos, zapatos nuevos, chaqueta y corbata, sonriendo airosamente contra un telón de fondo de árboles pelados y un seto vivo sin hojas. O’Kane se la acercó para verla mejor. Entornó los ojos. Movié en el aire la lustrosa superficie para captar la luz. Y vio la cara de su hijo allí brillando, brotando de las tinieblas, Eddie Junior, carne de su carne, sangre de su sangre, una cara que él reconocería en cualquier lugar.

¿Cómo no? Seguro que la reconocería.

Se quedó de pie ante el urinario hasta que perdió la noción del tiempo, sólo mirando fijamente aquella cara brillando en esa fotografía, y se sintió malvado como nunca se había sentido, malvado e inútil, alguien poco menos importante que un vagabundo gorroneando en las callejuelas. Su hijo había crecido sin él. Sus padres ni siquiera conocían a su propio nieto, sus hermanas no conocían a su sobrino. Nadie lo conocía, nadie salvo Rosaleen —y Homer Quammen. ¡Dios, cuánto le dolía eso! Era como si ella le hubiera enviado un paquete bomba por correo, acribillándolo con metralla, desollándolo vivo. Creyó que estaba a punto de gritar, realmente a punto de sufrir un colapso, de romper a llorar y a chillar por primera vez desde los tiempos de su infancia, con el agrio olor de la orina saturándole las fosas nasales, enmohecendo los desagües, viciando y tiñendo el aire del lavabo como el gas mostaza ondulando sobre las trincheras, pero entonces oyó el murmullo del piano que venía del salón de al lado y volvió en sí. Daisy estaba allí afuera, esperándolo, Daisy con todos los pétalos desplegados, como una fruta madura lista para que él la cogiera.

¡Vale! Si así tiene que ser. Se la sacudió, se abotonó la bragueta, tiró de la cadena. Y entonces, casi como si estuviera sufriendo una sucesión de tics nerviosos, igual que la pobre señora Brush, sintió que la mano derecha se contraía estrujando la foto, que quedó allí en el urinario, junto al abierto sobre garabateado. Nunca recibió otra fotografía. Ni tampoco volvió a saber nada del divorcio.

Con Giovannella era diferente. Y peor. Muchísimo peor. Ella le desafiaba, por supuesto. Y después de que sacara el rápido punzón enrojecido de la palma de O'Kane, ambos se quedaron allí de pie, petrificados, considerando el fenómeno de la sangre brotando y floreciendo en aquel pulpejo donde un instante antes no había sangre alguna. Pero ella no dijo ni una palabra, ningún «lo siento», ni un «perdóname», ni un «¿te duele?». No, se limitó a romper el papelito con el nombre del médico que Dolores Isringhausen le había recomendado a O'Kane y se lo arrojó a la cara mientras él se agarraba la mano y soltaba tacos, insultándola con todo el repertorio de guarradas que le vino a la lengua, y, ¡santo cielo, cómo le dolía la mano! «¡Putas!», le gritó. «¡Zorra! ¡Jodida espagueti de mierda, hija de la gran puta!». Pero ella se mantuvo rígida, con cara de hierro, empuñando ese destellante punzón, con los nudillos de su mano tan blancos que él estaba seguro de que en serio iba a clavárselo en el corazón, así que retrocedió hasta salir de espaldas por la puerta y luego bajó los desvencijados peldaños de la tambaleante escalera, sin dejar de maldecir de manera automática mientras se preguntaba dónde podría encontrar un médico, esta vez para él, y nada menos que un domingo.

Después de eso ella no volvió a verle. Y él la buscaba, la necesitaba con una urgencia que jamás había experimentado, y no la buscaba para reñirle, ni para pelear a propósito de su marido o los críos, ni sobre San Francisco ni ninguna otra cosa, sino para hacerle el amor, desnudarla, tenderla en la cama y abrirla las piernas, aferrarle los brazos y hacerle el amor hasta dejarla sin aliento. Pero ella lo rechazaba. Él subía cautelosamente hasta el apartamento de los altos de la zapatería de viejo, pero ella le daba con la puerta en las narices; la acechaba en la calle cuando salía al mercado y ella pasaba de largo por delante de él, como si jamás le hubiera conocido. Cuando él la agarraba por el codo —«Por favor, Giovannella, sólo escúchame, aunque sea un minuto»—, ella apartaba su mano de un tirón, alejándose airadamente por la calle, dando rápidos y cortantes taconazos, y con los hombros tan rígidos y compactos que era como si se los hubieran vendado con alambres.

Pero lo que realmente le torturaba era ver cómo crecía su barriga, día tras día, semana tras semana. Cada domingo por la tarde ella se paseaba calle arriba y calle abajo del brazo de Guido, aquel italiano inauditamente enano que no podía pesar más de cuarenta y siete kilos con botas y todo, y ella se las ingeniaba para pasar justo por delante de las ventanas de la pensión y por todos los bares del barrio hispano —incluyendo el de Cody Menhoff, por si fuera poco. Al principio, no podía decirse que estuviera encinta, nadie lo hubiera dicho, porque el bebé era del tamaño de una escuálida rata y aún no era un bebé del todo, ni siquiera era humano, pero hacia

finales de junio empezó a exhibir el barrigón y a mediados de julio parecía como si llevara sandías de contrabando debajo de la falda. O’Kane a veces la seguía, medio borracho y riñendo consigo mismo, y veía cómo la gente se detenía para felicitarla, los hombres sonriendo paternalmente, las mujeres alargando las manos para acariciar el hinchado talismán de su tripa, mientras Guido el zapatero no dejaba de sonreír, sonrojándose en su candoroso orgullo. O’Kane se sintió excluido. Se sintió malvado. Se sintió colérico.

El bebé nació a finales de octubre. O’Kane se enteró a través de Baldy Dimucci, quien llegó a Riven Rock regalando puros a diestro y siniestro como si él fuera el orgulloso padre, y sin guardar ningún rencor por lo sucedido ocho años atrás —ni tampoco más recientemente. ¿O sí que lo guardaba? El viejo fue a buscarlo una tarde agradablemente soleada poco antes de Halloween, cuando él bajó a comer a la cocina. O’Kane ya había visto esa mañana su camión a la entrada de la finca (no más carretas tiradas por burros para Baldy: había prosperado, y ahora era el feliz propietario de un próspero vivero de plantas y un nuevo camión Ford) y se había preguntado qué hacía por allí, pero no estableció la conexión con Giovannella y el bebé hasta que Baldy entró por la puerta de la cocina, tambaleándose, apestando a tabaco y a vino.

—Oye, Eddie —dijo mientras Sam Wah fruncía el ceño encorvándose sobre las hornillas y O’Kane tomaba a cucharadas una sopa—, ¿no has oído la noticia?

—¿Qué noticia? No, ¿de qué se trata?

Baldy se acercó, con los ojos achinados de alegría, chispeando por el vino, y una gran sonrisa de comedor de ajo:

—Giovannella y mi yerno han tenido un bebé.

O’Kane se limitó a pestañear. No preguntó el sexo de la criatura, ni si tenía el pelo rubio, ni si uno de sus verdes ojos irlandeses llevaba impresas las manecillas de un reloj color avellana, porque él ya lo sabía, y esa certidumbre hizo que se sintiera enfermo y mareado, como si la tierra se hubiera abierto a sus pies y se lo estuviera tragando. De modo que no dijo nada, ni siquiera manifestó el deseo de felicitar a la nueva madre, sólo pestañeó.

—Venga —exclamó Baldy, de pie ante él con su mejor traje y la camisa manchada de vino—, toma un puro.

O’Kane fue derecho a verla después del trabajo, pero no se atrevió a subir a su apartamento porque en la escalera había un montón de borrachos, entre vasos de vino volcados, tocando el acordeón, amontonados en los corredores, entre ollas hirvientes de pasta, toda una algarabía de italianos subiendo y bajando tumultuosamente por la escalera, riendo estruendosamente. Y dos días después, cuando se las apañó para subir sigilosamente, quien le abrió la puerta no fue Giovannella sino una cuadrada y monumental mujer que sólo se le parecía en la nariz y en los ojos, y en nada más. Era la madre, no cabía la menor duda. Dijo algo en italiano y él trató de echar un vistazo a la habitación, por encima de sus hombros, pero con su corpulencia ella llenaba toda la escena y le puso mala cara, frunciendo las cejas negras mientras repetía una frase

—fuera la que fuera. Cuando aquella señora abrió la puerta de un tirón, él se quedó boquiabierto en el rellano.

—Giovannella —dijo él, pues era la única palabra italiana que conocía, pero la mujer no pareció nada impresionada.

Se llevó una mano temblorosa y maternal, surcada de venas azules, al crucifijo que le colgaba del cuello, como si quisiera exorcizar algún escalofriante demonio, mientras con la otra mano se aferraba al marco de la puerta cerrándole el paso, y entonces, antes de que ella le cerrara la puerta en las narices, con una violencia que estremeció los podridos peldaños de la escalera hasta sus carcomidos cimientos, O’Kane oyó al bebé gritar, un simple y agudo chillido que resonó en sus oídos como una acusación.

Por fin pudo echarle un vistazo al crío de Giovannella —su hijo, otro hijo, y él seguía siendo un extraño para ambos— el mismo día que Dolores Isringhausen regresó de Nueva York para abrir su villa durante el invierno. Fue un sábado, y cuando él terminó su turno había una nota esperándole en el vestíbulo de la casa de huéspedes de la señora Fitzmaurice. El sobre era de un pálido color violeta, perfumado, y ponía: «Eddie». Rasgó el sobre allí mismo, de pie en el vestíbulo, mientras el viejo Walter Hogan le observaba con ojos inyectados en sangre. «Llegué anoche», leyó «y ya estoy aburrida. Llámame». Ella ni siquiera se molestó en firmar la nota.

La llamó por teléfono y el ronroneo de su voz lo recorrió desde los dedos de los pies hasta las terminaciones nerviosas de la raíz de los pelos, y la imaginó tal como la había visto la última vez, con un quimono y sin nada debajo.

—Soy Eddie —dijo, y ella le contestó con aquel susurro de gata arañando:

—¿Por qué has tardado tanto en llamarme?

Quedaron para cenar, y él se mordía las manos por no tener un automóvil para llevarla a pasear por ahí. No quería que ella condujera, de algún modo sentía que era incorrecto. Eso le hacía sentirse raro, como si él fuera medio hombre o un tullido o algo por el estilo, y no quería que nadie lo viera sentado allí, como un imbécil, en el asiento del pasajero y con una mujer al volante. El problema era que no necesitaba un coche, no con Roscoe llevándolo a Riven Rock, ida y vuelta, seis veces a la semana, ya que además todos los recorridos dentro de la zona céntrica de Santa Bárbara se podían hacer fácilmente a pie, o viajando en tranvía por siete centavos. Por otra parte, estaba ahorrando, pues no pensaba ser enfermero siempre, y un automóvil era una sangría, sobre todo si se calcula el gasto de la gasolina, los neumáticos, las reparaciones, ¿y cuántas veces no había visto a Roscoe con las orejas pringadas de grasa? Pero esa noche le hubiera gustado tener un vehículo —cualquier cosa, incluso uno de esos cacharros que había que arrancar dándole a la manivela hasta que se te caía el brazo—, sólo para llegar conduciendo hasta la casa de Dolores y hacer sonar la bocina un par de veces, así que se sintió humillado y deprimido, y pensó que lo mejor sería darse una vuelta por el bar de Menhoff para levantar un poco la moral.

Fue entonces cuando vio a Giovannella. Ella cruzaba la calle hasta el puesto del verdulero, donde se puso a examinar los tomates, y junto a ella, en un cochecito del color del ala de un murciélago, estaba el bebé. Guido no se veía por ninguna parte. O’Kane miró a ambos lados de la calle y luego echó un vistazo hacia atrás, por encima del hombro, para asegurarse de que nadie lo estaba observando, y entonces cruzó la calle y se le acercó por la espalda, sólo otra cara en el gentío, y en realidad estaba palpando unas frutas igual que una perspicaz ama de casa cuando aprovechó para escudriñar dentro del cochecito y vio aquellos rasgos miniaturizados y arrugados, contraídos, como los repulgos de un agujero en la tierra, unos ojos firmemente cerrados, un gorro azul con volantes calado hasta las invisibles cejas. Pero la piel —aquellas manitas gordezuelas y cerradas, esa carita arrugada— era del color de la piel de Giovannella, cien por cien Giovannella, sin adulteración, canela tostada, arcilla siciliana.

O más bien lodo. Lodo siciliano.

Giovannella se percató de su presencia. Levantó la vista de los tomates mientras Wilson, el verdulero de grandes brazos, los pesaba en la plateada bandeja de una balanza, y entonces le clavó una mirada infernal a O’Kane. Hizo un ligero mohín parecido a una sonrisa.

—Es muy bonito mi bebé, ¿verdad, Eddie?

O’Kane miró a Wilson, y Wilson sabía, todo el mundo sabía. Excepto quizá Guido.

—Sí —dijo—, claro que sí. —Y se sintió entumecido de la cabeza a los pies, como si estuviera en la consulta del dentista, respirando a fondo el éter etílico hasta quedar anestesiado.

¡Ah! Ahora ella sonreía radiante, de oreja a oreja, la blanca dentadura destellando al sol:

—¿Sabes qué nombre decidimos ponerle, Eddie? ¿Eh?

Él no tenía ni la más remota idea.

—Guido, Eddie. Le pusimos Guido por su padre.

¿Y cómo se sintió él entonces? ¿Aliviado? ¿Agradecido? ¿Encantado de no tener que cargar con la paternidad de otro niño destinado a crecer como un extraño? No. Se sintió traicionado. Experimentó rabia, celos, envidia, se sintió electrocutado, como si estuviera completamente cableado desde la polla hasta el cerebro y con la corriente a todo voltaje. Wilson desapareció detrás de las sandías y las calabazas. Una mujer con un negro sombrero de fieltro que se había desteñido hasta ponerse gris se inclinó sobre los rábanos y luego se alejó por el pasillo, adentrándose en las frías profundidades de la verdulería. Él miró severamente a Giovannella.

—¿Qué estás diciendo?

El bebé muy bien podía haber estado tallado en madera: seguía allí, en el cochecito, hundido en sí mismo. Giovannella cogió en un brazo la bolsa de papel de estraza llena de tomates y le dirigió una feroz mirada.



—¿Te crees todo un machote, eh, Eddie? ¿Siempre tan macho..., no es así? El gran ligón. El gran semental.

Ella se mordió los labios, echó un vistazo alrededor para ver si alguien estaba mirando. Él estaba confuso, a la deriva en una marejada, el sol proyectaba sombras a lo largo de la calle y el pavimento brillaba como si estuviera mojado por la lluvia. ¿Qué quería de él? ¿Cuál era el problema?

Y entonces, como si esperara el momento de entrar en escena, el bebé se despertó y abrió los ojos, y allí estaba aquello, a la vista de todos, el verde de Dingle Bay marcando las tres en punto de la tarde.

En fin, que eso le estropeó el día, definitivamente, metiéndole los monos en el cuerpo, dejándolo tan asustado que solamente el whisky podía salvarlo. Por supuesto, en cuanto el niño abrió los ojos ella desapareció, las ruedas del cochecito giraron a todo gas, como las de una locomotora, y el primer débil berrido aumentó hasta devenir una ráfaga de berrinche infantil, pero para entonces ella ya estaba en la esquina, bajando apresuradamente por War Street hasta las blancas columnas de piedra del First Security Bank donde se esfumó. Él no la siguió. Es mejor dejar que se vaya, pensó, dejar que siga jugando su propio juego, ¿acaso no habría sido una asistenta de primera clase para Savonarola, con el hierro candente brillando en su mano? La muy zorra. Ah, la muy cabrona.

Su mano tembló bajo el peso del primer vaso de whisky. Sentado en un rincón del bar, miraba por la ventana, observando las palomas que revoloteaban en la calle, levantando el vuelo y posándose de nuevo, hasta que las conoció a todas, como individuos, reconociéndolas por sus pavoneos y colores, distinguiendo a los machos de las hembras, y a las viejas de las jóvenes. Allí estaban, fecundas y aleteantes, como un fútil símbolo emplumado de su propia vida irresponsable, levantando el vuelo instintivamente cada vez que pasaba un automóvil y volviendo a posarse en tropel cuando el coche se alejaba, inconscientes, pavoneándose, zureando, picoteando, follando. O’Kane pensaba en Giovannella, en Rosaleen y en Eddie Junior. Y en el pequeño Guido —*Guido*, ¡por el amor de Dios!— y se preguntaba en qué había fallado. O de qué manera había fallado. Él no era biólogo, como Katherine, pero sabía que ocurría lo mismo en todas las especies: que si el macho —es decir, Eddie O’Kane— metía su cosa en la hembra suficientes veces, sin importar el día del mes, ni las precauciones que se tomaran, eventualmente ella se hincharía cada vez más y más hasta traer al mundo a otro mocosito berreando.

Pero enseguida rectificó. Aquél no era un mocosito cualquiera, no era un crío de ojos negros hijo de un zapatero, aquel niño era Guido O’Kane, su hijo, y tenía una responsabilidad para con él. Pero ¿cómo asumirla? ¿Dándole dinero a Giovannella cada mes y haciendo el papel de amable pero firme consejero? ¿Sorprendiendo de noche al zapatero en un callejón, cogiéndolo por el cuello y convirtiendo a Giovannella en viuda para inmediatamente después casarse con ella, que era lo que tenía que haber hecho en primer lugar? Pero —y aquí oyó una gélida y persistente

voz en el fondo de su conciencia, la voz de la Reina de Hielo leyéndole la cartilla en la biblioteca— él ya estaba casado, ¿no?

Todo eso daba vueltas en su cabeza cuando un pequeño Maxwell de dos plazas con los neumáticos pintados de blanco frenó rechinando contra el bordillo y ahuyentó a las palomas en un paroxismo de revoloteos. Pudo ver a Dolores Isringhausen sentada ante el volante, sus guantes color perla, el modo en que ella ladeaba la cabeza y la vidriosa y fría mirada de sus ojos. Ella no salió del coche. No fue a donde él estaba. Sólo hizo sonar la bocina como si estuviera llamando a algún lacayo, a algún negro esclavo para introducirlo discretamente en la casa señorial y satisfacer sus deseos mientras el amo estaba ausente, ¿y qué le hacía pensar a ella que él era eso? No movió ni un músculo. Se llevó el vaso a la boca, tomó un largo sorbo, como si tuviera todo el tiempo del mundo, todo el rato sosteniéndole la mirada a ella. Tenía ganas de decirle por señas que entrara en el bar, pero no lo hizo, y cuando ella volvió a hacer sonar la bocina, con sus rasgos deformados por la irritación, él se levantó, atravesó el bar y fue a su encuentro.

—¿Qué es lo que pasa? —dijo ella, mirándolo de medio lado mientras él entraba en el coche y se sentaba a su lado—. ¿No me habías visto? Estabas mirándome directamente a mí.

Ella no esperó una respuesta, arrancó el vehículo con un rechinar de neumáticos, y cuando él aún no se había acomodado del todo, ya iba a toda mecha bajando por State hacia el océano, mientras la piel azul del cielo se unía con la piel azul del mar en una tenue costura gris de bruma que borraba las islas. Ella había echado la capota, por discreción, y conducía demasiado deprisa, esquivando un carro de mercancías y una doble fila de coches estacionados, veloz detrás del tranvía y pasando disparada por los cruces como si no hubiera otro vehículo en la calle.

—Claro que te vi —dijo, y sintió que se liberaba de un peso, sólo un poquito— y, maldita sea, era tan agradable verte..., sólo quería recrearme la vista un minuto y pensar en lo muy afortunado que soy. O en lo muy afortunado que voy a ser dentro de poco.

—¿Qué te pasa? —dijo ella, repulgando los labios hasta hacer un puchero—, ¿todas tus novias están en huelga?

Ella se arrimó buscando un beso suyo, pero sin quitar la vista de la carretera. Saltaron traqueteando al pasar por encima de los raíles del tranvía y luego por un par de baches que casi hizo que traspasaran la capota de lona con sus cráneos, y entonces ella viró a la izquierda en Cabrillo, saliendo de la ciudad.

—¿Todavía sales con esa italianita guarra, ésa de la mirada indecente? Ya sabes, la paridora...

—¡Qué va! —mintió él—, ahora mismo no estoy con nadie. —Y le regaló una sonrisa, sus caras estaban ahora muy cerca, el coche vibraba, y ella le devolvió la sonrisa—. He estado reservándome para ti.

A guisa de respuesta, ella sacó un frasco de debajo del asiento, tomó un trago y se

lo alargó.

—Entonces supongo que me voy a poner muy cachonda —dijo finalmente, mirándole de reojo, con una sonrisa mojada de ginebra, mientras él, semejante a un actor haciendo su entrada triunfal en escena, alargaba una mano y la ponía encima del muslo de Dolores.

No se detuvieron en ningún parador, en ninguna cafetería de carretera, ni restaurante, sino que siguieron directo por Hot Springs Road y entraron en las colinas de Montecito en medio de un huracán de polvo y hojarasca que no amainó hasta que ella viró en el camino bordeado de árboles que conducía a la villa y entró en el garaje. Apagó el motor y él se preguntó si debía bajar y dar la vuelta corriendo al vehículo para abrirle la puerta, pero a ella parecía darle lo mismo una cosa que otra, y se bajaron separadamente del coche encaminándose por el paseo de grava que llevaba hasta la entrada de la casa. El lugar estaba desierto, ni sirvientes ni jardineros ni lavanderas, ningún ojo indiscreto, ni oídos que pudieran oír, así que ella le cogió la mano y lo llevó directamente a la alcoba. Él sabía lo que tenía que hacer, y mientras la tarde se estiraba convirtiéndose en noche, y la luz del sol se deslizaba por el suelo pasando a través de las puertaventanas abiertas que daban a un jardín con helechos de tres metros, usó la lengua y los dedos y su dura polla irlandesa para extraer de ella todo el placer que pudiera, y eso fue como correr jadeando hasta la portería con el balón bajo el brazo, como balancear el bate en el aire antes de batear y enviar la bola por encima de la valla del extracampo, otra proeza vacía y nada más. Él no la amaba. Él amaba a Giovannella. Y se puso a pensar en lo extraño que era todo eso mientras penetraba a Dolores Isringhausen desesperadamente, con el sol moviéndose y aquella mujer debajo de él, frotando sus caderas contra las suyas, y entonces sintió aquel peso cayendo de nuevo sobre él, el peso de una inmovible desesperanza que casi lo aplastó.

Debió de haberse quedado dormido, porque cuando el teléfono sonó en la habitación de al lado, él se pegó un susto y dio un brinco bajo las sábanas, y ella puso una mano en su pecho para calmarlo. La observó mientras ella se levantaba para ir a descolgar el auricular, sus piernas y nalgas desgarrando destellos de luz, y aquel cuerpo no era flácido, no tenía ni una sola arruga en ninguna parte. De todas maneras, ¿qué edad tendría ella: treinta y cinco? ¿Cuarenta? Nunca se lo había preguntado. Pero era evidente que nunca había tenido hijos —o si los había tenido, hacía mucho tiempo. Bebió un trago del frasco y observó un colibrí flotando sobre el emparrado con sus rosadas flores en forma de coños y la oyó a ella cuchicheando al teléfono. ¿Y con quién coño estaría hablando..., con el que se la iba a follar mañana?

Ella regresó al dormitorio en un susurro, en un fluido balanceo de caderas, y se montó a horcajadas en la blanca colina de su rodilla. Él esperó hasta que ella alargó la mano para coger un cigarrillo en la mesita de noche y lo encendió, y entonces le dijo:

—¿Así que tu marido... todavía no ha regresado de la guerra, verdad?

—¿Quién..., Tom? —exclamó ella, sacudiendo nerviosamente las caderas y

frotándole la rodilla, y él pudo sentir su calor y su humedad—. Ése nunca regresará..., está demasiado entretenido apretando el gatillo con todas las putas de Asiago.

—¿Él sabe que tú...? Quiero decir... que tú le eres...

—¿Qué? ¿Infidel? ¿Es ésa la palabra que estás buscando?

Él la miró a los ojos buscando una señal, pero estaban más vidriosos y distantes que nunca. Ella simplemente se encogió de hombros y apretó los muslos contra su rodilla.

—Sí —dijo él—, supongo que sí.

—¿Qué crees tú?

¿Que qué creía él? Él estaba un poco escandalizado, eso era todo, sólo de pensar en cómo ella relajaba su moral —y también la de su marido. No soportaba esa clase de cosas, no si hubiera estado en Italia luchando contra los tudescos o los austríacos o cualquiera. Él no dijo nada, pero ella estaba observándole, ahora restregándose contra su pierna, con su sonrisita, el pelo cortado a lo *garçon*, los pechos bamboleándose suavemente.

—¿Acaso te parecería mejor que me encerrara en un convento de monjas hasta que el gran guerrero regresara a casa?

No. O sí. Pero él ya estaba pensando en otra cosa, y se dio cuenta de que le importaba un rábano lo que ella o su marido hicieran con sus respectivas vergüenzas —estaba pensando en aquel bebé medio italiano en el cochecito y en el rostro pálido y perplejo de la fotografía estrujada.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Ella le dirigió una mirada que él no pudo calibrar y sintió cómo tensaba el cuerpo, pero se encogió de hombros y respondió:

—Claro que sí, adelante —y soltó el humo por las fosas nasales en dos espirales ascendentes.

—Me estaba preguntando... si nunca has tenido críos. Niños, quiero decir.

—¿Yo? —Se echó a reír—. ¿Me imaginas en el papel de madre? Vamos, Eddie.

—Pero ¿cómo...?

—¡Ah! —exclamó ella, girando sobre sí misma para aplastar el cigarrillo en el cenicero de cobre que estaba en la mesita de noche—, ya veo adónde quieres ir a parar. Ella ha tenido un bebé, ¿no es verdad?, tu pequeña campesina.

Él no pudo sostenerle la mirada.

—Sí.

—¿Y es tuyo?

—Sí.

Entonces ella volvió a soltar la carcajada, y esa risa le irritó, haciéndole sentir ese chispazo de rabia que siempre parecía ir directamente a sus manos.

—¿Te parece gracioso?

Por toda respuesta, ella se desplomó sobre él, sujetándole la cara contra la

almohada y dándole un beso a la fuerza que fue una mordedura, y luego rodó sobre él hasta caer despatarrada a su lado, donde se quedó tumbada boca arriba.

—Sí me lo parece —dijo—. Y tiene gracia, porque eres como un bebé, igualito que cuando eras un recién nacido y aún estabas pataleando. Sí, vamos, mírame así, adelante, pero para responder a tu pregunta, uso un pesario Mensigna, Eddie. —Y ella se metió la mano entre las piernas para mostrárselo.

Y ahora sí que estaba escandalizado, y hasta quizá un poco asustado. Ella sostuvo aquella cosa en alto, para que él pudiera verla, un negro tubo de caucho todo resbaloso con sus jugos —y con los de él. Aquello era un sacrilegio, eso es lo que era, un arma letal, un pecado mortal que uno puede ver y palpar y sostener entre sus propias manos.

—Esto viene en catorce medidas —dijo ella, disfrutando el momento y la cara que ponía él—. El único problema —y de nuevo estaba coqueteando, pegándose y restregándose contra él— es que hay que ir hasta Holanda para conseguir uno.

Aquel invierno las lluvias fueron inusualmente copiosas. En febrero, en un solo día de tormenta, cayeron veinte centímetros de agua sobre la empapada ciudad y sus cafeterías, barberías, tiendas de comestibles, tabaquerías y bares protegidos con sacos de arena, convirtiendo State Street en un torrente de lodo desbordado que corría calle abajo inundando las primeras plantas de las tiendas y las viviendas. El oscuro y succionante río crecido que cabalgaba convertido en torrente de lodo arrastró toda una flotilla de coches hasta el mar mientras las crecientes olas, rompiéndose en el puerto cual cañonazos, estrellaron la mitad de las embarcaciones contra la costa hasta reducirlas a astillas. El cielo era una sábana desgarrada, gris de tanto usarse, que flameaba en la cuerda de tender.

O’Kane disfrutó del espectáculo, al menos al principio. Ya estaba echando de menos esa conducta de los elementos, unas condiciones atmosféricas de verdad, con los vientos del nordeste rugiendo desde el puerto de Boston hacia la ciudad en ráfagas de viento que sonaban como explosiones, y las tormentas eléctricas que encendían el cielo de verano haciendo que la temperatura descendiera seis grados en un periquete, pero al ver que sus nuevas botas quedaban chafadas y al tener que ir de copas, durante toda una semana, a un bar de chinos en el barrio hispano, porque el bar de Menhoff acumulaba quince centímetros de lodo trepando por las patas de las sillas, empezó a sentirse afligido. La lluvia seguía cayendo, y todo el mundo empezó a considerarlo un coñazo, incluso el señor McCormick, quien anunció que se volvería loco si no veía pronto un destello de sol. Era una calamidad, una verdadera calamidad, pero las lluvias hicieron que la primavera fuera más dulce, y hacia el mes de marzo nadie hubiera podido sospechar que hubiera caído ni una sola gota o que volvería a caer.

Dolores Isringhausen regresó a Nueva York un día después del día de San Patricio

(que ella no pasó con O’Kane), y Giovannella empezó a ablandarse con él y hasta le permitió en un par de ocasiones, cuando Guido estaba ausente, que admirara al bebé de cerca, pero sin besarlo ni tocarlo, y el señor McCormick mejoró a tal punto que la mitad del tiempo se portaba de un modo más o menos racional —y eso a pesar de la desaparición del doctor Brush y su activa intervención en su papel de carcelero. O quizá gracias a eso. Bastaba con dejar al hombre solo, ésa era la filosofía de O’Kane, y si quería pasarse dos horas bajo la ducha, había que dejarlo. ¿Por qué no? ¿Para qué tanta prisa? Él no tenía que coger ningún tren.

Y entonces llegó junio, y el doctor Brush, con sus ciento cuarenta y ocho kilos, fue llamado a servir a su país detrás de las líneas en Europa, con las Fuerzas Expedicionarias Americanas. Dejó a su esposa con un primo (de ella) en Anapamu Street, tuvo una larga conversación con el señor McCormick sobre el deber, el patriotismo y la marcha de la guerra, y cogió el tren, convirtiéndose en el único miembro del equipo médico de McCormick que fue llamado al servicio activo. Lo destinaron a Inglaterra, y O’Kane se lo imaginaba tomándose un desayuno inglés de dos teteras para luego sentarse bajo los olmos con un puñado de traumatizados veteranos lisiados a los que estaría preguntándoles si sus padres los habían zurrado.

Como quiera que fuese, Brush había estado allí unos dos años, y aunque no pegó ni golpe, ni hizo nada que valiera la pena, hasta donde O’Kane podía ver, excepto quizá por accidente, los McCormick —y Katherine— se empeñaron en buscar un suplente, el mejor que el dinero pudiera comprar. O alquilar. El doctor Meyer, personalmente, hizo todo el viaje hasta Riven Rock y llevó al sustituto provisional con él, un tal doctor August Hoch, quien le había sucedido como director del Instituto Patológico de Nueva York. El doctor Hoch era un alemán —todos los psiquiatras eran alemanes, según parecía, excepto Hamilton y Brush, lo cual a O’Kane le parecía perfectamente bien, puesto que ellos habían inventado la psiquiatría. El único problema era que había un montón de sentimientos antialemanes en el país por aquel entonces, y era comprensible que así fuera, y eso no le facilitaba las cosas a él cuando iba al bar de Menhoff, pues todo el mundo en la ciudad sabía que trabajaba con un alemán. De hecho, una noche se vio obligado a fregar el suelo de una cafetería con la cabeza de un tío que tuvo el atrevimiento de llamarle tudesca a Dolores Isringhausen en su cara, y lo más irónico del caso es que ella no tenía nada de alemana —su nombre de soltera era Mayhew.

Pero el doctor Hoch era un buen tío. Era un viejo de mirada penetrante, con barbilla y patillas canosas, y una delgada cicatriz blanca que describía un cruel arco desde su pómulo izquierdo hasta el gozne de la mandíbula. O’Kane estaba allí el día que Meyer y Hoch subieron a ver al señor McCormick, quien acababa de regresar de sus ejercicios matinales: un tortuoso y frondoso paseo de ida y vuelta hasta los territorios de los indios. El señor McCormick estaba apartado, en un rincón, manteniendo una reunión privada con sus jueces, y el doctor Meyer, a quien el señor McCormick conocía bien gracias a sus semianuales visitas, lo abordó directamente

para decirle que quería presentarle a una persona.

—Una persona que tal vez —añadió, con un acento cerrado como el lodo— ya conoce usted, ¿verdad que sí?

El señor McCormick dejó a sus jueces y se volvió despacio, sus ojos se movieron mecánicamente desde la barba negra del doctor Meyer hasta la entrecana del doctor Hoch. Parecía reconocer al doctor Meyer, lo cual estaba muy bien, pero Hoch evidentemente resultaba un rompecabezas. Había algo en sus pupilas —¿una chispa de reconocimiento? ¿De miedo? ¿De asombro?—, pero O’Kane no podía descifrarlo.

—Será mejor que le refresque la memoria —prosiguió el doctor Meyer, balanceándose sobre los talones como si estuviera ejercitándose para alguna hazaña acrobática—, ¿no recuerda que el doctor Hoch le examinó en el año mil novecientos siete, cuando usted era huésped del McLean? Pero tal vez lo ha olvidado porque entonces usted no se encontraba tan bien como ahora...

El doctor Hoch se adelantó, caminaba arrastrando los pies embutido en un deformado traje gris, y se dejaba crecer tanto el bigote, la barbilla y las patillas que le llegaban hasta el cuello. La cicatriz resplandeció en la luz de la mañana como una estela de salivazo seco o el rastro brillante que va dejando una babosa entre las hojas en el pavimento, plateado y débilmente luminiscente.

—¿Cómo se encuentra, señor McCormick? —dijo inclinando la cabeza, pero sin extender la mano hasta que el señor McCormick automáticamente le ofreció la suya—. Es un verdadero placer volver a verle. —Y su acento era aún más cerrado que el de Meyer.

El señor McCormick sostuvo la mano del doctor Hoch un largo rato —tan largo, de hecho, que O’Kane empezó a pensar que iba a tener que intervenir para interrumpir el apretón— y dos veces levantó la otra mano como si quisiera tocar la cicatriz del psiquiatra, pero luego la dejaba caer de nuevo.

—¡Ah! —exclamó finalmente el doctor Hoch—, según veo parece que está interesado en mi cicatriz, ¿no es así?

El señor McCormick soltó la mano del médico, y revoloteó un poco a su alrededor, dando patadas en el suelo y retorciéndose las manos como si estuvieran mojadas para luego meterlas deprisa y torpemente en los bolsillos de su pantalón. Se empinó amenazadoramente encima del psiquiatra, que no podía medir más de un metro sesenta y dos o sesenta y cinco. Era como si estuviera a punto de decirle algo, pero se mordió la lengua y se limitó a mirar fijamente ese lado de la cara del médico, observando fascinado cómo Hoch recorría la línea de su cicatriz con la yema de un dedo romo.

—Esto —dijo Hoch— es lo que en Alemania llamamos una cicatriz de duelo. Es de mis tiempos estudiantiles. Verá, entonces se pensaba que era una atracción cosmética para las señoritas, un signo de virilidad o acaso una insignia de honor, pero por supuesto que era una imbecilidad, la vanidad de los jóvenes, y no sé si todavía los estudiantes en la universidad practican ese... ¿cómo le llamaría usted, «rito»?

Entonces le dijo algo a Meyer en un alemán que sonó como una ametralladora, y éste le contestó con otra ráfaga.

—Ah, sí. El doctor Meyer me informa que esa costumbre ya no se practica tanto como antaño.

Él levantó la vista hacia el señor McCormick, igual que un duende enfrentado a un gigante en el bosque; y el señor McCormick era un gigante, a pesar de estar siempre tan cargado de espaldas que a veces prácticamente se doblaba en dos, en dependencia del grado de castigo que sus jueces imaginarios le hubieran infligido.

—¿Le gustaría tocarla? —dijo el recién llegado con los ojos chispeando.

Y el señor McCormick, nada dado a intimididades físicas, pues desde que O’Kane lo conocía nunca le había visto tocar a nadie, excepto durante sus accesos de cólera, alargó una mano cautelosamente para explorar con dos dedos trémulos ese lado de la cara de doctor Hoch. Recorrió la media luna de la cicatriz una y otra vez, muy suave, tan suavemente que podía haber estado acariciando amorosamente a un gato. Todo aquello era muy extraño, el señor McCormick acariciando, el médico sometiéndose, la habitación tan silenciosa como si estuvieran encerrados en una tumba egipcia, y de pronto pareció que el señor McCormick quería decir algo, pues movió los labios antes de emitir ningún sonido.

—De modo que, es... es... —tartamudeó, retirando la mano y metiéndola en el bolsillo—, es posible después de todo.

—¿Qué es posible? —preguntó el doctor Hoch allí de pie, a sólo unos centímetros de su patrón tembloroso y encorvado encima de él, sosteniéndole firmemente la mirada. El doctor Meyer le lanzó una rápida mirada a O’Kane, pero O’Kane estaba pasmado. Aquello era absolutamente nuevo, todo ese toqueteo, y había que dejarlo hacer para ver qué salía de todo eso.

—Ser... ser un hombre —dijo el señor McCormick, y entonces canturreó uno de sus disparates favoritos—: una raja, una raja, una raja.

—Sí, sí, en efecto —dijo el doctor Hoch, su cara era una telaraña de arrugas apretujándose alrededor de esa tremenda cuchillada argentada, y no le sometió a un interrogatorio sobre su madre ni su padre, ni le soltó una retahíla de lugares comunes, simplemente esperaba.

—Quiero decir, con una navaja de afeitar. —Ahora el señor McCormick se había erguido y miraba su habitación como si la viera bajo una nueva luz—. Cuando, cuando Eddie y Mart me afeitan, es muy... muy peligroso, que lo corten a uno así, pero eso puede..., uno puede...

El pequeño doctor estaba diciendo que sí con la cabeza:

—Efectivamente —dijo.

—Quiero decir, lo que quiero decir es que... si me cortaran ahí —y alargó la mano para tocar de nuevo la cicatriz— eso cicatrizaría, y luego yo ten... tendría una cicatriz también. —Se balanceó en los talones—. Pero aquí —dijo, pasándose un dedo por la garganta—, aquí sería muy... peligroso. Y si fuera aquí —continuó



señalando ahora mucho más abajo— ya no sería, nunca más sería un hombre.

—Pero señor McCormick —interrumpió O’Kane—, usted sabe que nosotros siempre usamos una máquina de afeitar, usted lo sabe...

Hoch miró a Meyer. Meyer miró a Hoch. El señor McCormick se estiró más aún sacando el pecho y enderezando los hombros, asumiendo una postura modélica. Guardó hasta estar seguro de que había captado la atención de O’Kane, y también la de los médicos, y entonces habló con un timbre de voz claro y fuerte, sin inflexiones:

—Sí, Eddie, lo sé.

Muy bien. O’Kane estaba impresionado —y todo gracias a una cicatriz—, pero no volvió a pensar en el asunto mientras el verano se marchitaba en el otoño y las noticias de la guerra dominaban todas las conversaciones, y Giovannella, cada vez más cariñosa y transigente, se rendía de nuevo, escabulléndose los sábados por la tarde para quedarse con él en un colchón, en el garaje de la parte trasera de la casa de Pat, mientras el bebé agitaba el sonajero, las piernas y los brazos en el aire. Mientras tanto, el portador de la cicatriz, el doctor Hoch, era la mar de paciente con el señor McCormick —nada de terapias conversacionales—, y se sentaba con él todo el día hasta el anochecer, dedicándole más horas que O’Kane o Mart, o cualquiera en la hacienda. En esencia, lo único que hacía era permanecer a su lado, desaliñado y amistoso como un tío, leyéndole algún pasaje interesante de un libro o una revista de vez en cuando, acompañando a McCormick hasta la sala de espectáculos y también en sus paseos. Algunas veces los dos permanecían sentados durante horas sin decirse ni una palabra, y otras veces el señor McCormick se mostraba de lo más locuaz, hablando sin parar sobre la segadora —«el Prodigio de la Segadora», como le llamaba, a partir del título de un libro sobre su padre— y sus dos hermanos y la urgente necesidad de promover el bienestar social y un conjunto de reformas en este mundo desalmado e implacable.

También hablaban de la guerra, lo cual era bastante extraño, desde el punto de vista de O’Kane, porque era ver al millonario americano y al tudesco prototípico, sentados codo con codo, pero sin que jamás llegaran a las manos por ese tema, pues ni siquiera se oía una voz más alta que otra, por lo menos que O’Kane recordara. Las noticias de la guerra iban llegando poco a poco a lo largo del invierno, a menudo con varios días de retraso, a través de los periódicos de Los Ángeles, Chicago y Santa Bárbara, periódicos que también traían noticias de Katherine. Se pasó todo aquel año (1918) y el siguiente en Washington, donde fue seleccionada por el mismísimo presidente para dirigir el Comité de Mujeres para la Defensa Nacional, haciendo toda clase de cosas para llevar adelante la guerra, desde poner a las mujeres a trabajar hasta vender Bonos de la Libertad y diseñar esos patrióticos carteles que uno veía por todas partes. Cada mes, o así, ella le enviaba al señor McCormick mapas detallados del frente occidental, donde se reproducían las batallas y las líneas de trincheras. Él se quedaba absorto estudiándolos durante horas, haciendo comentarios sobre lugares que había visitado en su luna de miel y dibujando toda clase de grotescas figuras para

representar ejércitos, emplazamientos de artillería, barcos, caballerías e incluso escuadrillas de aviones.

Durante un tiempo, especialmente a lo largo del verano y otoño de 1918, la guerra se convirtió en una de sus obsesiones favoritas, y no sólo arrastraba en esa locura al doctor Hoch, sino también a O’Kane. Cuando los ejércitos avanzaban o retrocedían, él borraba sus figuras y símbolos, y movía las líneas hacia delante o hacia atrás volviéndolas a dibujar una y otra vez, infatigablemente. Analizaba la ofensiva en Amiens sin cesar, y nunca había estado tan lúcido ni se había expresado mejor, no desde sus días de golfista en el McLean, y cuando los periódicos anunciaron la victoria americana en St. Mihiel, en septiembre, estuvo horas desfilando por el salón de arriba, agitando los puños en el aire e imitando extraordinariamente el silbido y el estallido de las bombas al caer mientras el arrugado y pequeño doctor permanecía sentado, observándolo con su cara impasible y cicatrizada.

Katherine regresó en diciembre para los días de fiesta, y fue entonces cuando el asunto de la cicatriz surgió de nuevo. Llegó con retraso a California, debido a sus deberes con el Comité para la Defensa, de modo que apareció dos días antes de Navidad. Parecía cansada, deshilachada, y mientras permanecía de pie en la sala de espectáculos, bajo una monumental guirnalda de acebo y muérdago, repartiéndoles aguinaldos a los empleados, a O’Kane se le antojó que había envejecido. Mientras la observaba, siempre una dama, siempre perfecta, siempre esculpida en el hielo más diáfano y más gélido, trató de calcular su edad: ¿cuántos tendría? ¿Cuarenta y un años? ¿O cuarenta y dos? En fin, por primera vez los efectos del paso del tiempo empezaban a manifestarse: nada exagerado; no podía decirse que fuera una bruja, pero allí estaban. Su ropa era tan suntuosa como de costumbre, pero estaba pasada de moda, era el pesado ropaje de la sufragista y el ama de llaves, nada que ver con las satinadas faldas cortísimas de Dolores Isringhausen, ni con la luz ambulante que era Giovannella. Se había puesto vieja, pero eso le ocurría a todo el mundo, incluso al afortunado Eddie O’Kane, quien estaba a punto de cumplir treinta y seis en marzo. Y él sintió más intensamente ese deterioro cuando subió al escenario donde ella le estrechó la mano entregándole un sobre y una sonrisa que no significaban nada, ni a favor ni en contra, y él casi le cuchicheó que volviera a restallar el látigo, para que todos pudieran rejuvenecer y empezar de nuevo, henchidos de renovada esperanza.

En fin, al otro día, víspera de Navidad, ella acudió a la casa temprano, en un frenesí de regalos y pasteles de frutas, y llamó por teléfono a su marido desde abajo, para charlar con él y felicitarlo por las Navidades. O’Kane estaba jugando al dominó con Mart cuando el teléfono sonó y el doctor se levantó para contestar.

—Es para usted, señor McCormick —dijo, con los ojos húmedos abiertos de par en par—. Es su esposa.

Al señor McCormick le tomó un minuto reunir fuerzas para cruzar la habitación hasta donde el doctor le esperaba con el auricular en la mano, y cuando empezó a cruzarla adoptó su modalidad de caminar dando dos pasos adelante, uno atrás,

cargado de espaldas, con la cara larga, y arrastrando la pierna derecha, súbitamente inerte, en una especie de tango herido. Cuando finalmente llegó al teléfono, levantó el auricular para aplicarlo a su oído y se inclinó ante el micrófono; no parecía tener mucho que decir aparte de un hola que sonó como un trago de saliva. Más que una conversación, aquello era un monólogo de Katherine. Al menos al principio.

El doctor Hoch permanecía sentado en el sillón, a una discreta distancia, y O’Kane y Mart seguían jugando, pero los tres estaban oyendo, por supuesto que sí — si no por razones terapéuticas al menos por curiosidad... o para abrir un agujero, aunque fuera pequeño, en el espeso tejido del tedio que los agobiaba.

Al cabo de cinco minutos de conversación, el señor McCormick súbitamente levantó el tono de voz croando como una rana:

—¿Has visto la cicatriz del doctor Hoch?

Se hizo un silencio mientras ella respondía, y aguzando el oído O’Kane podía distinguir, entre la crepitación del fuego y los sonidos ambientales de la casa, el apenas perceptible susurro al otro lado de la línea telefónica, cosa curiosa, pues cualquiera diría que ella estaba al otro lado del mundo a juzgar por la debilidad de su voz, pero estaba allí, exactamente en la planta baja. Eso debía de ser chocante para el señor McCormick, porque él sabía dónde estaba ella tan bien como cualquiera de los presentes. Pero ya estaría acostumbrado, supuso O’Kane. Seguro. Y hay que ver las cosas a las que uno se acostumbra —a las que tiene que acostumbrarse—, igual que el prisionero incomunicado que se encariña con el ratoncito que comparte su calabozo o el galeote que se deja cautivar por el tacto del remo en sus manos.

Pero ahora el señor McCormick estaba diciendo algo sobre cortes y heridas — repetía su cantilena, «una raja, una raja, una raja», en un crescendo escalofriante:

—Yo también puedo cortarme —dijo—. A... a... feitándome. En la garganta. ¿Alguna vez se te había ocurrido pensarlo?

Ella estaba diciéndole algo, el susurro cascado de un graznido mecánico. El fuego chasqueaba. Mart estiró los brazos y algo sonó ligeramente en sus hombros.

—¡Tú estás en Washington! —gritó de pronto el señor McCormick—. ¡Saliendo con hom... hombres! Estás en Washington absolutamente sola, ¿no... no es verdad? Yo sé lo que eres, lo sé, ¿y sabes lo que... que le hizo Sco... Scobble a su esposa, o... o casi le hizo, porque ella le era... era INFIEL? —Y rugió esa última palabra a tal punto que el médico saltó de la silla rápido cual resorte, y O’Kane tuvo que resistir la tentación de levantarse y empezar a pasearse por la habitación.

Ella le contestó cualquier cosa, con tal de calmarlo.

—Pero, Stanley, tú sabes que eso es falso...

—¿Sabes lo que hizo Scobble? —bramó él.

Silencio al otro lado de la línea. Por lo visto ella no lo sabía.

Y entonces, en una voz tan sosegada como nítida y liberada, él empezó a citar, a citar un poema:

Scobble por puta azotó a su esposa y le gritó:  
Te voy a rajar la nariz de un navajazo; pero ella, gimoteando, respondió,  
Oh, buen señor, no me abras otro tajo en el cuerpo,  
con una raja basta para que el adulterio penetre.

Él permaneció sereno, de pie ante el teléfono, un largo rato, y si Katherine contestó o no a esos versos, O'Kane nunca lo supo, pero el corazón le dio un vuelco y los ojos le ardieron como si se los hubieran rociado con sosa cáustica. Nunca se había detenido a pensarlo, que mientras el señor McCormick estaba allí encerrado bajo llave, en su torre, ella andaba por ahí, por el mundo, y que por supuesto le era infiel, ¿y cómo no iba a serlo, por muy Reina de Hielo que fuera? Ya habían pasado por lo menos doce años. ¿Y acaso había alguna mujer que pudiera pasar sin hacerlo durante tanto tiempo?

---

## LA PAREJA DEL AÑO

Cuando Katherine lo rechazó, casi riéndose en su cara en aquella noche espesa y lluviosa de septiembre, con los cascos de los caballos resonando estúpidamente en la calle y el aciago tictac del reloj retumbando en sus oídos, Stanley se puso de pie, hizo una corta y tajante reverencia, y se precipitó hacia la puerta, sordo a sus llamadas y disculpas.

—Stanley, ¿qué estás haciendo? —gritó ella, saltando alarmada del sillón—. Yo solo estaba..., pensaba que éramos... —protestó corriendo para alcanzarle, pero él no se detuvo, ni siquiera para recoger el sombrero y la gabardina, y salió disparado a la calle, bajo la lluvia—. ¡Stanley! —gritó ella mientras el eco multiplicaba su voz a lo largo de los escalones del porche—. ¡Tienes que ser razonable! ¡Tienes que darme tiempo!

Él no la oyó. Corría con el pelo mojado colgándole sobre la cara, el cuello ladeado y la camisa empapada pegada a la piel, y así volvió a su hotel, agitando los brazos, en una flagelación de codos, con los ojos relampagueantes. Al verlo venir, los transeúntes se apartaban protegiéndose con el varillaje de sus paraguas como marchitadas setas venenosas; los carruajes se desviaban bruscamente para esquivarlo mientras él cruzaba las calles como una cuchillada, con los perros ladrando a sus talones. «¡Oiga, tenga cuidado, mire por dónde va!», le gruñó alguien, y un policía le gritó, pero él no hizo caso. En ningún momento sintió el adoquinado bajo sus pies ni las gotas de lluvia en su cara, ni olió la succulenta humedad que emanaba del viejo empedrado, ni el estiércol de caballo fermentándose en el arroyo de la calle, tampoco advirtió cómo la noche se cernía alrededor de las farolas como si quisiera apagarlas.

Ella se había reído de él, negándose incluso a tomarlo en serio. Había hecho una burla de todo aquello. Pero... ¿por qué no iba a hacerlo? Él era un tonto, un desgarrado, un estúpido, el último mono entre todos los posibles pretendientes del mundo. Como hombre ni siquiera valía la mitad de lo que valía un Buttler Ames. ¿En qué estaría pensando? ¿Cómo se le pasó por la cabeza que una mujer como Katherine, que podía escoger entre tantos hombres, iba a rebajarse a tomar en consideración a alguien como él?

El recepcionista del hotel le miró asustado cuando Stanley irrumpió por la puerta con los ojos enloquecidos, hecho una sopa, sin sombrero, frenético.

—¿Se encuentra bien, señor? —le preguntó, prácticamente gritando, y el botones apareció doblando una esquina del vestíbulo, como una exhalación—. ¿Se ha hecho daño? ¿Quiere que llame a un médico?

—La cuenta —pidió Stanley con un resuello de asmático, ¿y en qué se había

convertido su voz? Se golpeó el esternón de un puñetazo—. Quiero pagar la cuenta.

—¿Señor? —preguntó el recepcionista, dudando de lo que oía, y luego miró más de cerca los ojos de Stanley y su cuello y el agua que le goteaba de la nariz y la barbilla, y cambió de tono—. Sí, señor —dijo, de lo más servil y en tono meloso—. Ya está lista. Señor McCormick, ¿verdad?

—Quiero que traigan mi automóvil.

De nuevo el recepcionista se quedó atónito. Le lanzó una mirada nerviosa al botones.

—¿Señor?

—Mi automóvil. Está en la cochera de atrás. Necesito que lo traigan enseguida.

—Pero, señor, es casi medianoche y nuestro chófer ha terminado su turno de trabajo..., me temo que no hay nadie aquí que pueda conducir el coche, señor, y además, ¿no sabe que está lloviendo?

Stanley empezó a sacar billetes de la cartera y los dispuso en una ordenada hilera sobre el mostrador de mármol.

—Es igual —dijo—, iré a buscarlo yo mismo. Y por favor, tome esto para la cuenta, y... y quédese con el cambio.

—¿Qué hay de su equipaje, señor? —gritó el recepcionista mientras lo veía alejarse, pero Stanley no miró atrás.

El Mercedes no disponía de capota, pero eso no preocupó a Stanley. Se cubrió las rodillas con una manta, se envolvió en un guardapolvo marrón, y en la empapada cabellera se puso un ancho sombrero de fieltro. Y entonces enfiló la oscura calle en medio de un rugido de petardeos de cilindros, engranajes y traqueteantes cambios de marcha. La lluvia caía en plateadas cortinas golpeando el tablero de instrumentos y los asientos hasta que una corriente de agua empezó a fluir entre sus pies derramándose sobre el estribo. Siguió conduciendo, con el sombrero chafado y los anteojos empañados. El viento lo acuchillaba traspasándolo. Y en cuanto salió de la ciudad, rumbo a las Adirondacks y a su madre, la negrura lo ciñó y la noche casi se tragó la tenue iluminación de los faros. No podía ver un carajo. Nada.

Sin embargo, seguía avanzando. Estaba en estado de shock, tan zaherido y mortificado que se sentía carbonizado, inmolado en la vergüenza, y no pensaba en otra cosa que llegar a casa cuanto antes. Traspasaba la noche como un rayo, asustando a los zorros, a las mofetas y a las zarigüeyas, sembrando el terror en cada caballo que dormitaba, suscitando estertores en las vacas, sin dejar de imaginar la casa de campo de madera de pino amarilla en el lago Saranac con su chimenea de un metro ochenta de alto y mullidos sofás y un centenar de escondrijos y nichos rústicos donde él podía improvisar una madriguera profunda para lamer sus enconadas heridas.

Katherine le había rechazado. Ésa era la dura realidad. Era su pena y su cruz, y eso le impregnaba calándolo hasta los huesos, con bofetadas de viento y embadurnándolo de lodo. Sin embargo, inevitablemente, empezó a calmarse a medida

que la noche lo envolvía y el auto derrapaba entre sacudidas abriéndose paso a través de la tormenta, el estruendo de los rayos y el constante gemido del motor. Seguro. Llevaba buena marcha, conquistando la noche, solo y aventurero, y casi llegó hasta Westborough, pero antes torció en la dirección equivocada, sufriendo sendos pinchazos en las ruedas delanteras, simultáneamente, y hundiéndose hasta los ejes en un lodazal como de plastilina que apestaba a mil demonios y donde quedaron sus botas, chupadas por el lodo, nada más bajar del coche.

No se veía ninguna luz a la redonda. Pero él siguió avanzando a duras penas, descalzo, y la noche le resultaba bastante alucinante. Empalmó un camino con otro, y con otro, hasta que empezó a amanecer, y seguía lloviendo, y una granja asomó brotando de la oscuridad igual que una isla en el mar. El granjero le hizo el favor de llevarlo de nuevo a la ciudad —la cual había esquivado sin querer por una diferencia de ocho kilómetros durante su carrera nocturna— y luego le deseó suerte en el viaje mientras lo dejaba tiritando y descalzo en el andén de la estación de trenes de Westborough. Tomó el primer tren para Albany, donde alquiló un coche que lo llevó hasta Saranac mientras él, desvelado y hecho un ovillo, se acurrucaba en el frío asiento de piel, con el rostro de Katherine entrando y saliendo de su conciencia y toda una hueste de voces anónimas chillando tanto en sus oídos que se vio obligado a taparse las orejas con las manos para acallarlas.

Naturalmente, pescó un resfriado.

Y su madre, enérgica y regañona, se mantuvo día y noche dando vueltas alrededor de su cama, como si todos los médicos y las criadas del mundo hubieran fallecido víctimas de una plaga. Le obligó a tomar caldo de ternera cada quince minutos, inundándolo de jarabes y tónicos, escaldándolo con vapores mentolados y botellas de agua caliente.

—Esto te pasa por ser tan mujeriego —le riñó, limpiándole la nariz con un pañuelo impregnado de alcanfor.

—¿Mujeriego? Yo no soy...

—Bueno, ¿y cómo le llamarías tú a eso? Ciertamente, hasta donde yo sé, eso no es cortejar en ningún sentido de la palabra, no se corteja a una joven mujer que ni siquiera tu propia madre ha visto nunca en su vida.

—Pero si solamente me he encontrado con ella...

—Y otra cosa..., estuve haciendo averiguaciones la semana pasada, y puedo decirte que tu señorita Katherine Dexter es una mujer fría donde las haya, esa clase de jovencita consentida que no le daría una propina decente ni siquiera a la criada de su propia madre. Es totalmente científica, según he oído decir, prácticamente una atea, igual que ese odioso inglés con su origen del hombre y sus monos y todo lo demás, y esa muchacha sabe tanto de la adoración de Dios como un salvaje desnudo en la jungla.

Stanley inhalaba vapores y tomaba sorbos de caldo, viendo caer las hojas secas y arrugadas al otro lado de la ventana y escuchando el lago chapotear lúgubrementemente en

los guijarros, y todos los días escribía una carta a Katherine, a veces de hasta veinte o treinta folios, y todos los días mandaba a uno de los sirvientes hasta la oficina de correos. No tuvo oportunidad de mirarse al espejo —su madre insistió en que guardara cama—, pero mientras yacía allí, meditando tristemente, empezó a ver cuán ridículo debía parecer a los ojos de Katherine. Sintió que tenía que darle una explicación; cualquier explicación que resultara creíble debía empezar teniendo en cuenta sus debilidades —si quería ser honesto con ella. Y quería serlo. Siempre lo había sido. Porque aquello no era un mero flirteo, ni un capricho pasajero: era todo su mundo.

Una de sus cartas más cortas, la cual tenía quince páginas, laboriosamente redactada en un incontenible pleamar de consonantes vacilantes y vocales flagelantes, empezaba así, sin fecha ni saludos de cortesía:

Yo sé que tú sabes que soy más inútil que una piedra atravesada en tu sendero, y nadie es más consciente de eso que yo, un hombre que a los veintinueve años nunca ha llevado nada a cabo, una mancha en la sociedad, un parásito que jamás se ha ganado un centavo con el sudor de su frente, pero que come gracias a los pobres y oprime en nombre del «capitalismo». No tengo talento para nada, nunca he cultivado mi espíritu, todos los días y la mitad de las noches los paso consumido por degradantes pensamientos, y vivo en las podridas heces del pecado. No puedo maldecirte por rechazarme. De hecho, te aplaudo y te animo a preferir a Butler Ames o a cualquier otro hombre antes que a mí, porque te tengo en muy alta estima, por encima de las demás mujeres, y solamente te deseo lo mejor. La vida para mí es tan gris y apagada como una sepultura, y sólo vivo para rogar y rezar por tu felicidad. Tú lo eres todo para mí, y espero que me creas si te digo que no soy digno de lamer el polvo de las suelas de tus zapatos, si es que existe polvo alguno capaz de adherirse a ellas, lo cual dudo mucho...

Pronto se dio cuenta de que estaba enloqueciendo un poco, pero cada vez que se obsesionaba con algo, no podía desembarazarse de esa idea fija, y sus cartas se volvían más y más serviles y autodenigrantes, a tal punto que incluso Fu-Manchú hubiera parecido sano comparado con el Stanley que se iba revelando en aquellas páginas.

Las respuestas de Katherine eran breves y nunca aludía a sus cartas, en lo más mínimo. Le hablaba del tiempo, sobre los últimos contratiempos de su madre con una modista de sombreros o con el *maître* de un restaurante, o le escribía sobre las costumbres gastronómicas de la ajedrezada serpiente de jarretera. No le prohibía expresamente que la visitara (aunque le recordaba cuán enfrascada estaba en sus estudios), así que él vio en eso su oportunidad y tomó el tren para Boston tan pronto como su madre le dejó salir de la cama. La primera vez —a primeros de octubre— se quedó allí una semana, y luego, a finales de noviembre, por espacio de dos semanas. La señora Dexter le recompensaba por su perseverancia —«Por favor, Stanley, llámeme Josephine»— y se sentaba con él en el salón, cada noche, a lo largo de ambas visitas, agasajándole con recuerdos de su juventud mientras él se zampaba obedientemente los esponjosos y correosos sándwiches de pasta de pescado y las tartas de semillas de amapola y las interminables teteras de imbebible té. Pero aquello valía la pena, porque Katherine parecía estar realmente encantada de verle, fulgurante y vivaz como una foca, muy excitada con sus estudios, y cada vez que podía sacar un



poco de tiempo libre de su riguroso horario, aceptaba que la llevara al teatro o a un concierto.

En Navidades, ella fue a Chicago para quedarse en casa de una amiga mientras su madre estaba en Europa, y Stanley estaba exaltado. Nettie y él se refugiaron en Rush Street cuando el frío se volvió cortante en las Adirondacks, y aunque todavía no se sentía lo bastante bien para volver al trabajo, había empezado a hacer bocetos de nuevo y ya tenía seis retratos de Katherine, realizados con acuarela y con plumilla, combinando ocres y grises, todos a partir de una sola fotografía que ella le había dado. Por supuesto, él no era bueno como artista y no tenía derecho a intentar retratarla —le correspondía a Pintoricchio o a Cellini hacerle justicia a ella—, pero aun así pensó que se las arreglaría para lograr algo que ella pudiera encontrar interesante y ardía en deseos de volver a Boston para obsequiarle uno de los bocetos. O quizá dos. O los seis. Apenas podía contenerse, bombardeándola con flores y telegramas, enfermado sólo de pensar que Butler Ames o cualquier otro competidor zalamero estuviera sacándole ventaja y al mismo tiempo tratando de no mostrarse demasiado anhelante. Cuando recibió su carta informándole de que estaba de camino a Chicago el día 19 para visitar a Nona Martin, de los Martin, la familia de tapiceros, él se derritió por anticipado, crepitando como un pedazo de mantequilla en un pan caliente.

Cuando el tren llegó, Stanley estaba esperándola en la estación con su chófer y su nuevo automóvil, un Packard con capota abatible para el asiento trasero. Cuando ella descendió del tren, él estaba allí de pie, igual que un centinela, con los brazos cargados de flores, tres cajas de caramelos y el más reciente de los retratos, envuelto en papel de estraza. El tren llegó con quince minutos de retraso, lo que le dio tiempo para practicar tanto su sonrisa que se le secaron las encías, y de algún modo la lengua se le había quedado pegada al cielo de la boca, de modo que se le enredó un poco el discurso que había estado ensayando:

—Katherine —exclamó, tomando su mano en un torpe revuelo de flores y caramelos mientras el chófer gestionaba con el maletero el traslado del equipaje—, no puedo decirte cuánto significa esto para mí, que hayas venido aquí, a Chicago..., tu visita, quiero decir..., porque éste es el punto culminante de mi miserable, necia, absolutamente inútil existencia, y yo... y o...

Ella llevaba un abrigo de pieles, y el olor del aire calentado por su cuerpo atesorado en esa prenda era embriagador. Katherine se levantó el velo del sombrero dejando al descubierto una sonrisa y dos ojos vivos y joviales.

—¡Stanley! —exclamó—. ¡Qué sorpresa! Es tan atento de tu parte venir a recibirme, pero no tenías que haber dejado tus ocupaciones, realmente no tenías por qué hacerlo.

Y entonces soltó una especie de grito agudo y cayó en los brazos de una chica con un abrigo de zorro que tenía el pelo del color de sogas viejas, y Stanley sintió como si le hubieran rechazado de nuevo. Pero no, era Nona Martin y estaba encantada de

conocerlo —Katherine le había hablado mucho de él— y encantada también de poder dar un paseo en su automóvil.

Stanley ardía como una antorcha, electrizado —«Katherine me ha hablado mucho de ti»—, así que ahora estaba apretujado al lado de las chicas, luchando todo el rato con el dibujo enmarcado envuelto en el resistente papel. Katherine estaba a su lado, y él podía oler su perfume y la dulce menta de su aliento.

—Para ti —dijo él, dándole el retrato en una confusión de manos y codos en medio del apretujamiento y la voluminosa masa que formaban los abrigos, las bufandas y los guantes—, es... es... espero que tú no..., bueno..., espero que tú..., quiero decir que, ejem, me he tomado la libertad de dibujar..., ehh..., de dibujarte...

Ella exhibió una sonrisa secreta de labios delgados mientras rasgaba el papel, y luego sostuvo en alto el retrato para que le diera la luz mientras el auto avanzaba estrepitosamente por las calles igual que si estuvieran en una montaña rusa y los tres tuvieron que aguantarse los sombreros.

—Es muy bello —dijo ella enseñándole todos los dientes, esos dientes que él tanto amaba, y la otra chica le echó un vistazo al retrato, asomando un rostro risueño y seráfico sobre el hombro de Katherine, y también arrullaba elogios. ¿Y Stanley? Bueno, era invierno en Chicago, el sol brillaba débil como la leche, el viento aullaba, había hielo por doquier, pero dentro de él había un tórrido verano y las barcas navegaban por el lago a toda vela.

Sin embargo, mientras él navegaba por las calles llevado por la fresca brisa que era Katherine, las fuertes marejadas ya estaban encrespándose. Su madre no iba a ahorrarle una pelea, y dos noches más tarde, cuando Katherine y la señorita Martin fueron a cenar a su casa, la tormenta estalló en toda su furia. Nettie había insistido en que fuera una cena formal con un menú de ocho platos y una lista de dieciocho comensales, incluyendo a Favill, a Bentley y a sus esposas, a Cyrus Junior y a su esposa, a la señorita Hammond, a Anita (quien había enviudado hacía casi ocho años) y una colección de apergaminadas religiosas, sesentonas y setentonas fanáticas que no tenían nada agradable que decirle a nadie desde la batalla de Bull Run<sup>[19]</sup>. Nettie se sentó a la cabecera de la mesa, mientras que Cyrus ocupaba el lugar de honor en la otra punta, y decidió que Katherine se sentara frente a Stanley, y tan cerca de ella como pudiera soportarlo, es decir, con sendos amortiguadores de por medio: una hosca momia presbiteriana a su derecha y otra a la izquierda.

La sopa apenas había sido servida cuando Nettie se aclaró la garganta para llamar la atención de Katherine y decir, en una voz pensada para que se oyera donde estaba Cyrus, al otro extremo de la mesa:

—Y bien, ¿quizá la señorita Dexter, como científica, quiera darnos su opinión sobre el señor Charles Darwin y su perversión de todo lo que Dios nos cuenta en la Biblia?

Katherine miró fijamente a Stanley un momento, y él pudo ver en sus ojos un brillo acerado, insensible e inflexible, antes de que ella se volviera a la anfitriona,

mirando de pasada a la señora Tuggle, la momia que estaba a la derecha de su interlocutora.

—En efecto, señora McCormick, tengo formación científica, y por tanto tiendo a darle una interpretación científica a los fenómenos que están más allá de nuestra percepción mental, pero debo recordarle que las teorías de Darwin son solamente eso: teorías.

Se hizo un silencio. Todas las conversaciones murieron. Anita estaba asustada, Cyrus Junior estaba de lo más preocupado con los botones de su camisa. Favill exhibía una falsa sonrisa. Las momias débilmente dijeron que sí con sus marchitas cabezas.

—¿Y qué se supone que quiere decir eso? —Nettie había juntado las manos, como si estuviera rezando para encontrar fuerzas—. ¿Cree o no cree en todas esas sacrílegas tonterías?

Katherine suspiró. Llevó la copa de agua a sus labios, bebió un sorbo y luego volvió a dejarla en la mesa, sin perder el control.

—Ya que lo pregunta, señora McCormick, tengo que decirle que creo en las teorías de Darwin respecto al origen de nuestra especie por medio de la evolución. Encuentro sus argumentos absolutamente convincentes.

Stanley estaba a punto de decir algo, cualquier cosa, un comentario sobre el tiempo o la sopa o la manera tan exitosa en que funcionaba la luz eléctrica, razón por la cual el invento perduraba, sólo para despistar a su madre, pero ella fue más rápida que él.

—Y esa música de negros que los jóvenes parecen tener tantas ganas de bailar, ese *Rag Maple Leaf*, supongo que considera que todo eso es decente, ¿no?

—Me temo que no tengo mucho tiempo para bailar, señora McCormick —dijo Katherine, y paseó la mirada por la mesa antes de volver a mirar a la madre de Stanley—. Estoy demasiado atareada con mis estudios.

—Sí —dijo Nettie, casi escupiéndolo el monosílabo—, eso me han dicho. Serpientes, ¿no?

Al día siguiente por la tarde, en medio de una luz tan fría, desapacible y deslavazada que parecía que toda la ciudad estaba sumergida en el fondo del lago Michigan, Stanley y su madre acompañaron a Katherine a la casa de Harold en el landó —ni en sueños ponía Nettie un pie en un automóvil—, y allí tuvo lugar una tensa comida con Harold y Edith. La esgrima verbal se reanudó encima del fricasé de pollo, las cebollas hervidas, la lengua de vaca y los helados, prolongándose a lo largo de los adioses y también fuera, en el carruaje. Stanley no sabía qué hacer. Debería sentirse animado, exaltado, debería estar saltando de alegría, entrechocando los talones en el aire y cantando hosannas, porque allí estaban las dos personas que más le importaban en el mundo, por fin juntas, pero en vez de eso, se sentía como si fuera a una batalla, un perplejo soldado de infantería cogido entre dos fuegos.

—¿Y su familia, Katherine? He oído decir que su padre falleció —dijo Nettie— y

que su madre nunca recibe.

A lo que Katherine replicó:

—Hábleme de su otra hija, la mayor..., Mary Virginia.

En cuanto torcieron en Rush Street, Nettie dio un golpecito en la ventanilla y ordenó que detuvieran el carruaje. Perplejo, el cochero saltó a tierra y se acercó a la ventanilla.

—¿Señora? —dijo mostrando los dientes en una nerviosa sonrisita.

—¿Adónde nos lleva?

—A casa, señora. Al seiscientos setenta y cinco de Rush Street.

—¿A Rush Street? ¿Te has vuelto loco? Tenemos una invitada con nosotros, y tenemos que llevarla de regreso a Astor Street, a la residencia de los Martin.

—Pero, madre —dijo Stanley—, yo le dije a Stevens que te dejaríamos primero a ti, pues nosotros vamos tan cerca..., quiero decir, que no es necesario que tú...

—¿Dejarme a *mí*? ¿Pero qué dices? *Nosotros* invitamos a la señorita Dexter, y *nosotros* la acompañaremos hasta su casa. Realmente, Stanley, me sorprendes..., ¿dónde están tus modales?

—No, yo, bueno..., yo estaba pensando, bueno, en llevar a la señorita Dexter hasta su casa, después de que yo, después de que nosotros...

—Tonterías.

Katherine mantuvo la calma. Stevens seguía allí de pie, en el frío, los caballos piafaban estremeciéndose de escalofríos, una súbita ráfaga de viento envió una descarga cerrada de hojas y papeles calle abajo. Sentado entre las dos mujeres, Stanley no se atrevía a mirar a Katherine, no en su campo de batalla, no ahora.

—Sólo lo hice pensando en ti, madre, por el estado de tu corazón y porque sé que la circulación de tus pies anda mal y, bueno, tus pies, para que no siguieras aquí, así, tan incómodamente apretujada entre nosotros, así que, bueno, pensaba que estarías más cómoda en casa.

Stanley vio cómo la cara de su madre se encogía para soltarse súbitamente, igual que un muelle demasiado comprimido que de pronto se libera y salta.

—Vale —suspiró ella, y ahora era la inválida, la matriarca moribunda (la cual, paradójicamente, es capaz de vivir otros ochenta años en perfecto estado de salud), demasiado enferma y enervada para luchar—. Eres muy atento, Stanley. Sigue adelante, Stevens —ordenó bajando la voz. Y se armó de paciencia, mordiéndose la lengua hasta que llegaron y Stanley la ayudó a bajar del coche cogiéndola por el codo y la acompañó por el sendero hasta la puerta de la casa, y entró con ella en el vestíbulo mientras Katherine se quedaba envuelta en sus pieles dentro del landó, observando su vaho cristalizado en el aire aguijoneante. Entonces, justo cuando Stanley estaba ayudándola a quitarse el abrigo, su madre murmuró:

—Sí, Stanley, tienes razón..., y eres un encanto al pensar en tu pobre vieja madre. Naturalmente, Stevens puede acompañar hasta su casa a la señorita Dexter y no hay ninguna necesidad de que nosotros vayamos, con este frío tan cortante, y con este

viento que se ha levantado. Incluso dicen que va a nevar.

—Pero, pero... —Stanley sostenía el abrigo de su madre, apartándolo de él, como si fuera el pellejo de algún animal que él acabara de matar y despellejar—, yo quiero, tengo pensado llevar a Katherine, es decir, a la señorita Dexter..., quiero decir, acompañarla hasta la puerta de su casa, eso es...

Su madre le miró con semblante trémulo y le agarró por el brazo.

—De eso ni hablar.

—Pero no, no, tú no lo comprendes. Katherine está esperándome.

—Tonterías. Tú te vas a quedar aquí. Vas a coger un catarro de muerte ahí fuera con ese viento, y además, no es conveniente que estés solo con ella, así, sin una carabina. Oh, seguramente esas chicas modernas no le dan importancia a eso, pero, créeme, yo no lo soportaría.

Sin pensarlo, Stanley había apartado de un tirón su brazo. La sangre le había subido a la cara, y podía oír el tictac del radiador de vapor y el tenue sonido de los villancicos calle abajo, a lo lejos, en algún lugar.

—Voy a ir —dijo— y no trates de detenerme.

Los ojos de su madre echaban chispas. Su cara era como el tercer acto de una tragedia. Blandió una espada imaginaria y le cortó la cabeza.

—¿Cómo? —dijo—. ¿Me desafías?

Stanley apretó los dientes.

—Sí.

Y entonces empezaron a forcejear, realmente luchaban en el zaguán, a la vista de Katherine. Nettie se agarró a su brazo como si estuviera ahogándose en el oleaje que ella misma había provocado, y Stanley se zafó otra vez de su apretón, y no quería lastimarla, ni física ni emocionalmente, pero cuando él se soltó, ella se desplomó en el suelo con un sollozo que le partió el alma. Aquélla era la hora de la verdad. El momento que había estado esperando durante treinta años. Stanley se irguió, enderezó los hombros y se apretó la bufanda.

—Ahora me voy —dijo.

Katherine estaba esperándole. Con la vista clavada en él mientras salía de la casa, acercándose con sus zancadas por el sendero hasta subir de nuevo al carruaje. Stanley se sentía heroico, sentía que podía hacer cualquier cosa: escalar el Himalaya, repeler el ataque de hordas de invasores, recorrer la helada tundra a bordo de un trineo arrastrado por perros.

—Katherine —dijo, y ella se acercó a él, con la seda de su vestido crujiendo, y ahora el landó ya estaba en marcha y el resto de la tarde y la ciudad y todas las cosas del mundo eran para ellos, exclusivamente para ellos—, Katherine, yo sólo quiero, quiero...

—¿Sí? —dijo ella con voz exuberante y queda, una voz que flotó elevándose hasta encontrarse con la de él, en las profundidades del compartimento sometido a un suave bamboleo. Una luz desvaída y acuosa parpadeaba en las ventanillas. Stanley

soñaba que estaba en un submarino, saliendo cada vez más y más a la superficie, aislado de todo.

—Bueno, quiero hablarte de...

—¿Si?

—De Debs, de Debs y de lo que decía en el periódico el otro..., el otro, bueno, el otro día. Es la cosa más trascendental que he... —Pero no pudo continuar. Realmente no podía.

En febrero, en Boston, ya se habían prometido en secreto. Stanley había ido en tren y alquilado una habitación en el Copley Plaza, un día después del 2 de febrero, el Día de la Marmota<sup>[20]</sup>. Al cabo de una semana de titubeos y tanteos, entreverándola con pláticas sobre la infancia de Jack London, los sindicatos de trabajadores, la silicosis de los mineros, y el testamento en el que dejaba todo su dinero y sus posesiones para que se repartieran equitativamente entre los catorce mil obreros de McCormick, él deslizó otra hipotética oferta de matrimonio y ella se maravilló y lo enaltecizó aceptando. Pero con una sola condición: que mantendrían el compromiso en secreto hasta que terminara el trimestre, porque los periódicos seguro que se ocuparían del tema —SEÑORITA DE LA BUENA SOCIEDAD DE BOSTON SE CASA CON HEREDERO DE MCCORMICK— y eso podría distraerla demasiado de la tesis y los exámenes. Para celebrarlo, cenaron con Josephine, quien juró mantener el secreto y pronunció un ininterrumpido monólogo sobre la crucialidad —*¿Existía esa palabra?*— de preservar el linaje de los Dexter, amén del de los Moore y los McCormick —*¿Y quiénes eran los parientes de su madre?*— y acerca de cómo ella esperaba que Katherine no se detuviera en el cuarto o el quinto niño, debido a la amenaza de enfermedades en el mundo de hoy, ¿y sabía Stanley cuánto había significado la pérdida del hermano de Katherine, el niño más encantador que jamás haya existido?

Él lo sabía. Y bajando la cabeza, compungido, sacó un pañuelo del puño de su camisa y se lo ofreció a Josephine, pero él estaba renaciendo, absolutamente, ya no veía perros en los espejos. Katherine le amaba. Increíblemente. Sorprendentemente. Sin lugar a dudas. Durante toda la cena, por encima de las bandejas de pescado, él la contemplaba extasiado, sentada frente a él, y estuvo todo el tiempo soñando despierto, radiante y guiñando los ojos, hasta que no quedó nada de los postres y les sirvieron el café, y cuando ella se despidió de él dándole un besito de buenas noches en la chupada mejilla, él corrió a llamar por teléfono a un viejo amigo de Princeton y salió a beber champaña hasta primeras horas de la mañana.

Al otro día por la tarde estaba de nuevo en la puerta de Katherine, pálido y tembloroso, con la cabeza llena de pájaros y un intenso dolor en la cuenca de los ojos. No había nadie en casa, y la criada no le dejó pasar, así que se sentó en el pórtico, aturdido, contemplando cómo se formaba lentamente una espesa capa de hielo sobre un charco en la calle hasta que Katherine regresó y le encontró allí.

—No puedo permitir que lo hagas —dijo, levantándose del frío peldaño de piedra en un delirio de vergüenza y abnegación.

Ella estaba envuelta en pieles, con una bufanda, y el ala de su sombrero susurraba débilmente en el viento que subía por la calle desde la bahía.

—¿Hacer qué? —dijo ella—. ¿De qué estás hablando? —Su sonrisa se desvaneció—. ¿Y qué haces aquí fuera con este tiempo..., quieres coger un catarro de muerte?

Caminando con los hombros caídos, miserable, ebrio, helado hasta los tuétanos, con las venas obstruidas con sebo y las yemas de los dedos carentes de sensibilidad, él sólo pudo croar estas palabras:

—Cásate conmigo.

Ella se quedó perpleja durante un minuto, agarrando el bolso y los libros en los brazos, abriendo los ojos como platos, con el ala del sombrero aleteando, y entonces conjeturó que estaba bromeando.

—¿Que me case contigo? —dijo sonriendo—. ¿Me lo estás pidiendo otra vez? ¿O es ésa la forma imperativa del verbo?

—No, yo..., yo no quería decir eso. Lo que quiero decir es que no puedo dejar que te hagas eso a ti misma, desperdiciar tu vida con... con alguien como yo.

Ella trató de quitarle importancia al asunto, trató de ofrecerle el brazo para subir juntos los escalones del pórtico, pero él se apartó, haciendo muecas.

—¿Stanley? —dijo ella. Y luego—: Todo está bien ahora. Tranquilízate. Vamos, hablemos del asunto dentro, donde hace calor.

—No —dijo allí, de pie, tiritando, retorciéndose las manos espasmódicamente. Tenía hielo en el bigote donde su aliento se había condensado hasta congelarse.

—No soy digno de ti. No soy bueno. Nunca lo he sido... y no lo seré jamás... ¿No has leído mis cartas?

El viento se levantó. Dos hombres con gabardinas agarrándose los bombines pasaron por la acera de enfrente. De pronto Katherine pareció indecisa.

—Tengo que hacerte una confesión —dijo ella, agachando la cabeza y quitándose los guantes—. Me temo que no las he leído, no todas. Estaban bellamente escritas, no quiero decir eso..., es sólo que eran tan, no sé, tan deprimentes. ¿Puedes perdonarme?

Stanley se quedó pasmado. No se acordaba de nada, olvidó dónde estaba y qué estaba haciendo y para qué había ido hasta allí.

—¿No las leíste?

En su voz más queda:

—No.

Pasó un largo rato, ambos tiritando, desde una victoria gris argentado una pareja les miró de un modo extraño mientras pasaban por allí con un estruendo de ruedas, cascos y campanillas. Desde el final de la calle llegaban las voces de unos niños jugando, estridentes en su excitación.

—Bueno, pues deberías leerlas —dijo Stanley, ojeroso y pálido como el papel—. A lo mejor entonces..., entonces cambias de opinión.

Ella se mantuvo firme, inquebrantable y dura, y lo cogió del brazo.

—Nunca cambiaré de opinión —dijo—. ¡Toma! —ahora muy seria—, ayúdame con mis cosas, por favor. —Y le dio los libros antes de que pudiera protestar y lo remolcó escaleras arriba.

Él apretó los libros firmemente bajo el brazo y se dejó llevar hasta la puerta, donde Katherine dejó el bolso colgando de la muñeca prefiriendo tirar de la campanilla antes que registrar la bolsa en busca de la llave.

—Las cartas —dijo él, y por lo visto aún no había terminado con el tema—. No... No son nada, apenas arañan la superficie. Tú no sabes nada. No puedes saberlo. Verás, soy... —volvió la cabeza bruscamente para evitar sus ojos—, soy un degenerado sexual.

—Stanley, realmente... —dijo ella, y ahora se oían los pasos de la criada, el eco de unos taconazos que resonaban en el vestíbulo como disparos—. Tienes que calmarte..., no creo que sea para tanto.

Él trató de apartarse bruscamente, pero ella se agarró firmemente a él.

—Sí que lo es —gritó Stanley en una especie de relincho, expulsando su aliento helado como si fuera una especie de esencia vital—. Y tengo que decírtelo, tengo que... —la criada ya estaba en la puerta, el chasquido del seguro en la cerradura—. Para serte totalmente franco, yo no puedo..., lo que quiero decir, Katherine, es que tú no lo comprendes. Yo soy, yo soy... —y su voz disminuyó hasta convertirse en un sofocado suspiro—, soy un onanista.

—Buenas tardes, señora —dijo la criada, abriendo la puerta—. Buenas tardes, señor.

La cara de Katherine no revelaba nada.

—Buenas tardes, Bridget —dijo, agachando la cabeza para quitarse la bufanda de lana con un gracioso y rápido movimiento del cuello mientras alzaba las manos para quitarse los alfileres del sombrero frente al espejo del vestíbulo enmarcado en caoba, entre la lámpara Tiffany y las cortinas de Nottingham. Stanley miraba fijamente la alfombra.

—Tráenos un poco de té al salón, ¿quieres? —dijo ella, dirigiéndose a la criada—. Y unos bizcochos.

—Oh, yo no puedo quedarme —dijo Stanley, aún estudiando los dibujos de la alfombra—, realmente tengo que irme, yo...

—Tenemos que hablar, Stanley —dijo ella en un tono de voz terminante y haciendo un gesto de impaciencia—. Vamos, dale tu abrigo a Bridget y vamos a entrar en calor junto al fuego..., debes de estar congelado.

De nuevo él obedeció, desmoronándose y arrastrando los pies, como si tuviera sesenta, ochenta, o cien años, con la cara transfigurada por el dolor y la mortificación. Ella le ayudó a llegar hasta el sofá y se sentó a su lado. Escucharon en silencio cómo



el reloj sonaba dando la media hora: eran las cuatro y media, y empezaba a oscurecer. Stanley se movió intranquilo en su asiento.

—Soy tan guarro —gimió.

—No lo eres. En absoluto.

—No estoy hecho para el matrimonio. He hecho muchas guarradas.

Ella le cogió la mano, y estaba tan nerviosa como él, pero no era su confesión lo que la perturbaba —ciertamente la masturbación no era una costumbre muy bonita, no era un tema de conversación de sobremesa, ni para abordar mientras se juega a las cartas, pero al fin y al cabo ella era bióloga, y se lo tomó con calma—, sino la noción del hecho, la mecánica del acto en sí. Imaginó a Stanley, solo en su dormitorio y masturbándose, y quizá incluso pensando en ella mientras lo hacía, y eso la estremeció de la cabeza a los pies. Podía verlo, completamente desnudo, con sus largas y fuertes piernas, y el pálido vello cubriéndole los muslos, el pecho y el abdomen, Stanley, su novio, su hombre. Ella lo amaba. Lo quería. Quería estar, allí, en ese dormitorio, con él.

Al igual que ella, era inexperto, de eso estaba segura. Y en eso residía la belleza del caso. Allí estaba él, físicamente imponente, un gran espécimen de macho, y no obstante, tan dócil y dulce, a su disposición para conducirlo, darle forma y construir algo extraordinario, un padre igual a su padre. Y ésa era una oportunidad que no tendría con Butler Ames ni con los demás —ellos siempre estaban sonriendo afectada y sabiamente, formaban una fraternidad de muchachones que probaban a las mujeres a ver si les convenían, si eran o no de su talla, como si fueran sombreros, y luego se iban de putas con la misma indiferencia y desparpajo que cuando iban al barbero o al sastre. Pero Stanley, Stanley era maleable, aún estaba sin formar, todavía era inocente —y todo dependía de que escapara de su madre, ese monstruo de mujer, agobiadora, combativa y sofocante, que lo convertía en un animal de compañía y casi estaba a punto de castrarlo. Él necesitaba liberarse, eso era todo, y sólo entonces podría crecer.

Katherine le apretó la mano cuando la criada entró taconeando en el salón con el servicio de té.

—No hay nada de qué preocuparse —le dijo—. De veras. Son tus nervios, eso es todo.

La temperatura en el salón era agradable, un sitio seguro, envuelto en su intimidad, suspendido en el tiempo. Katherine esperó a que la criada dejara la bandeja y saliera.

—No importa lo que hayas hecho —cuchicheó, y quería besarle la mejilla, el abultamiento de su quijada, ese lugar en la esquina del ojo derecho donde caía un mechón de pelo como la hebra de un delicadísimo tapiz—, porque ahora me tienes a mí.

En junio anunciaron oficialmente su compromiso, y en los periódicos de Boston,

Nueva York, Washington y Chicago se publicaron artículos y reportajes pregonando a son de trompeta sus fortunas, sus conexiones familiares y sus méritos, y una docena de periódicos de menor tirada, incluyendo el *Princeton Tiger*, publicaron destacadas reseñas. En la mayoría de los artículos describían a Stanley como «el Heredero de la Segadora», un «automovilista entusiasta», alguien «aficionado al arte», y Katherine era, simplemente, «una señorita de la buena sociedad de Boston, una científica egresada del Instituto Tecnológico de Massachusetts». El *Boston Post* definió su compromiso como «los esponsales más prometedores y esperados», y el *Transcript* los proclamó «la pareja del año».

Josephine estaba en la gloria, recibiendo telegramas a manos llenas como si estuviera atrapando pelotas bateadas en un partido de béisbol; solicitando pedidos de comidas, haciendo encargos a las panaderías, a las floristerías, y cotorreando de salón en salón por todo Back Bay. Nettie estaba menos contenta. En sus cartas —por separado— destinadas a Stanley y a Katherine parecía aceptar los esponsales como un hecho consumado, pero daba a entender claramente su desaprobación, especialmente en su carta a Katherine, en la cual cuestionaba la moral de su futura nuera, su educación (tenía demasiada), sus gustos en materia de sombreros y calzado, sus hábitos dietéticos, su religiosidad y su devoción a su último y máspreciado hijo. La palabra «amor» nunca apareció en sus cartas. En cuanto a Stanley, parecía estar en tránsito permanente entre Chicago y Boston, con los nervios de punta, obsesionado con los más mínimos detalles —«¿Qué clase de arroz deberían repartir entre los invitados para que se lo lanzaran al salir de la iglesia, arroz *arborio* o el de Texas de grano largo?»—, y de vez en cuando entraba precipitadamente en los lavabos para caballeros de la estación de trenes o en los del Copley Plaza, pues empezaba a pensar que estaba viendo de nuevo aquel perro en los espejos. Pero le quitaba hierro al asunto —no debía preocuparse por semejantes nimiedades— y en vez de preocuparse, se concentraba en coleccionar todos los anuncios y artículos de los periódicos pegándolos en un álbum de cartulina roja, como recuerdo para Katherine. Fijaron una fecha en otoño, la estación favorita de la novia.

Y entonces, justo cuando todo parecía ir bien, cuando había superado los mayores obstáculos, empezaron las crisis nerviosas. Súbitamente Stanley empezó a sufrir vahídos, palpitaciones —era un manojo de nervios, saltando ora en un pie, ora en el otro, con los dedos temblando hasta sonar como castañuelas; se le retorció el cuello y giraba la cabeza obedeciendo a una especie de frenético ritmo interior— y sólo era capaz de hablar de Mary Virginia. O sea, de Mary Virginia y su vulva.

Una mañana temprano, aproximadamente dos semanas después de que se anunciara el compromiso, llegó muy nervioso, entre espasmos, a la casa de Commonwealth Avenue, con los ojos desorbitados, haciendo muecas sin cesar, y hablando tan atropelladamente que nadie podía entenderlo. Asustó a la criada, desconcertó al cocinero y persiguió al gato de Josephine por toda la casa hasta las vigas del ático en un derroche de energía. Katherine, que estaba vistiéndose en su

alcoba, salió al pasillo para ver cuál era el origen de tanto alboroto, y vio a Stanley pasar como un rayo por delante de ella, escaleras arriba, corriendo tras el gato, sin siquiera mirarla. Cuando le alcanzó en los escalones del ático, no pareció capaz de explicarse: estaba aquejado de logorrea, las palabras tropezaban unas con otras y se amontonaban pegándose entre sí, y hablaba sin parar de algo que ella no podía entender en absoluto, exceptuando la repetición del nombre de su hermana. Ella nunca le había visto así —con los ojos desorbitados, el pelo desgredado, con cada célula y fibra de su cuerpo embistiendo a tontas y a locas, y a toda mecha, como un tren sin frenos— y estaba asustada. A duras penas se las arregló para sacarlo a la calle, a la luz del sol y al aire fresco, en un intento por sacarle lo que fuera que tuviera en el magín.

Pasearon a lo largo de la Commonwealth Avenue, desde el parque hasta Hereford Square, y luego regresaron; aunque en realidad, más que un paseo, se trataba de una carrera, pues Stanley iba de lo más acelerado, rígido como un autómatas y sin embargo veloz, mientras Katherine se aferraba a su brazo en un esfuerzo por mantener el paso. Stanley no dejaba de sacudirse, temblando y hablando incontinentemente de Mary Virginia y su enfermedad y de una especie de misteriosa «blancura», como si su hermana se hubiera extraviado por ahí en una ventisca en vez de estar discreta y cómodamente instalada con su enfermera y su doctora en una enorme e impecable hacienda de Arkansas. Sólo cuando pasaron frente a la casa por segunda vez, con Stanley sudando a mares y los vecinos mirándolos con expresiones que iban desde la conmoción a la diversión, pasando por la alarma, sólo entonces Katherine empezó a desentrañar lo que él estaba tratando de decirle.

Dando saltos a su lado, afanándose por mirarle a la cara, jadeando y ya empezando a perder la paciencia, ella se las arregló para soltarle un breve discurso con voz entrecortada:

—En mi familia nunca ha habido enfermedades mentales, Stanley —resolló cogiendo aire—. Ni en la rama de mi madre, ni en la de mi padre, así que son muy remotas las posibilidades de que nuestros hijos padezcan trastornos de esa clase, si es eso lo que te preocupa, ¿es eso?

—Ella está enferma —dijo él, sin dejar de andar a trancos—. Muy enferma.

—Sí —jadeó ella—, lo sé, y es correcto que saques a relucir el tema ahora que vamos a casarnos, pero realmente no..., ¿no podríamos detenernos aquí, aunque sólo sea un minuto?

Fue como si ella hubiera agitado una bandera o dado un súbito tirón a una correa: Stanley se detuvo tan abruptamente como había empezado, sus pies pararon en seco, cogido del brazo de ella, con el sudor perlándole la frente y el sombrero tan empapado que bajo el ala crecía una mancha oscura.

—No es eso exactamente —dijo, y no le hablaba a ella, sino al pavimento—. Se trata de mis genitales.

—¿Tus qué?

Se habían detenido en la alameda, frente a un jardín lleno de rosas. Las abejas se metían en las flores. El perfume de las flores flotaba en el aire. Todas las cosas tenían una apariencia apacible y normal..., excepto Stanley. Stanley hacía muecas mientras se miraba fijamente la punta de los zapatos. Lo cual no hubiera sido tan grave de no ser porque dos elegantes señoritas salieron súbitamente del jardín, de entre unas espalderas de rosas blancas y amarillas, y se los quedaron mirando antes de sortearlos bruscamente, evitándolos.

—Mis genitales —repitió Stanley.

Katherine le examinó un momento, sus fosas nasales eran como dos agujeros perforados en el rostro, seguía clavando los ojos en el suelo y todos y cada uno de sus miembros ya sacudiéndose, ya relajándose, en un prolongado estremecimiento. Katherine esperó a que las mujeres estuvieran tan lejos que no pudieran oírla.

—Sí —dijo—. Vale. ¿Qué pasa con ellos?

—Yo..., bueno..., yo..., lo que quiero decir es que... quizá estén... dañados.

—¿Dañados?

—A causa de, ya sabes, de mi *vicio*...

Ella era una mujer paciente. Y lo amaba. Pero aquélla no era la clase de aventura sentimental que había soñado, aquello no la arrebatava, ni la seducía, eso no era cortejar ni establecer tiernas relaciones íntimas y anticipados placeres..., era un psicodrama, una locura. Hacía calor y Katherine sudaba y tenía pensado salir con su madre para ver si encontraba un encaje digno de su ajuar de novia, y ahora estaba allí, dando aquel espectáculo en medio de la calle, mientras Stanley seguía hablando sobre nada... otra vez. Estaba harta. La arruga de la que era inconsciente se abrió paso entre sus cejas:

—Si estás tan preocupado, ¿por qué no vas a ver a un médico? —Y dándole la espalda, se fue sin él, alejándose airada por la calle.

Ese mismo día él la llamó por teléfono desde su hotel para decirle que iba a seguir su consejo. Iba a tomar el próximo tren para Chicago para ver a un especialista y volvería al final de la semana, así que ella no debía preocuparse. Pero al anochecer, estaba de vuelta ante la puerta de su casa, Bridget se puso histérica, la cara de la madre de Katherine se llenó de arrugas de consternación, y Stanley seguía actuando de manera tan extraña como había hecho aquella mañana —o incluso más, si cabe. Según dijo, había viajado en tren hasta New London —siempre hablando como si una turba aullara pisándole los talones y aquél fuera el último discurso de su vida—, pero luego se puso a pensar en su situación y cambió de tren y regresó porque había unas cuantas cosas que no podían esperar una semana..., ni siquiera un día.

Ella se lo quedó mirando.

—¿Qué cosas? —le preguntó, haciéndole pasar a la sala y cerrando la puerta tras de sí.

Él parecía confuso, agitado, se movía entre espasmos, convulsivamente. Y en su temblequeo chocó con un jarrón con gladiolos, haciendo que el agua se derramara

formando una oscura mancha en el mantel, pero ni siquiera pareció darse cuenta.

—Cosas —dijo enigmáticamente—. Cosas vitales.

Ella observó el agua desparramándose, buscando el punto más bajo, hasta empezar a gotear lenta pero sostenidamente en la alfombra. Había quedado con Betty Johnston para ir a visitarla esa noche y ya estaba impaciente y exasperada:

—Me temo que tendrás que ser más claro —le dijo—. Si yo no sé qué son esas «cosas» tan vagas, ¿cómo puedes esperar que las discuta contigo?

Él seguía estremeciéndose y retorciéndose, depositando todo el peso de su cuerpo ora en un pie, ora en el otro, como un equilibrista en la cuerda floja.

—Son cosas que tienen que ver con nosotros —dijo—. Con nosotros, conmigo...

—¿Los genitales? —preguntó ella.

Él apartó la vista.

—No deberías decir eso.

—¿Decir qué? ¿No es alrededor de eso que gira todo esto? ¿De tus genitales? Amén de la hipocondría. Corrígeme si me equivoco, pero ¿no es ése el quid de la cuestión? ¿No te habías ido esta mañana para consultar con un especialista y resolver el problema? —Súbitamente se sintió muy cansada. La cosa parecía no tener remedio, era como si la hubieran envuelto en una manta para luego arrojarla de cabeza en ese río oscuro que era Stanley, y sin poder salir a flote en busca de aire—. Escúchame, Stanley —le dijo, y pudo oír el frufú de unas faldas en el pasillo, su madre y Bridget pegando las orejas a la puerta, jugueteando nerviosamente con los botones de sus mangas—, tienes que dominarte. Estás actuando como un *loco*, ¿no te das cuenta?

Entonces cesó su tembleque, automáticamente y sin vacilación, y por primera vez pareció reparar en el florero volcado y el agua derramada, y cuando se inclinó para cogerlo, ella supuso que lo hacía para ponerlo otra vez de pie, para enmendar el daño. Pero cuando levantó el florero de la mesa —un pesado jarrón de cristal emplomado con el borde artísticamente almenado— y siguió levantándolo hasta ponérselo detrás de la oreja como si fuera un balón de fútbol, ella no pudo dejar de abrir la boca soltando un chillido que se desenrolló cual resorte de pronto liberado mientras veía escandalizada cómo el espejo que colgaba a su espalda se deshacía en una cascada de cristal azogado.

Su madre, acumulando arañazos de decepción en la cara, estuvo de acuerdo, sí, lo mejor para ella era irse a Europa por un tiempo para aclarar las ideas. Pero aquello no era el fin del mundo, era un paso que todos tenían que pensar muy bien antes de darlo, «hasta tu propia madre, ¡y eso que tu padre era un santo!». Era normal —totalmente normal— y no había ningún motivo para llorar. Así que ella tenía que enjugarse las lágrimas, hacer las maletas y tomárselo como unas vacaciones muy merecidas después de todas aquellas horas agotadoras consagradas al instituto. Eso

era lo correcto. Y ahora, ¡hala! Adelante. ¡Y chitón!

Al otro día por la mañana, mientras Stanley viajaba a Chicago para consultar al especialista sobre el arcano de su cuerpo y de su mente, Katherine daba instrucciones a Bridget y a otras dos criadas para que empezaran a hacer el equipaje con vistas a una indefinida estancia en Prangins. Así lo había decidido —era lo único que podía hacer— y, con todo, ¿por qué se sentía tan enferma y miserable? No había podido dormir. Ni desayunar, ni comer. Le dolía todo el cuerpo y crujía como un barco en alta mar, mojando todos los pañuelos, con los ojos y la nariz goteando torrencialmente, y se había pasado la tarde en la cama con dolor de cabeza. Las criadas pasaban de puntillas al otro lado de la puerta, y desde el pasillo le llegaba el susurro de sus prendas de vestir destinadas a viajar con ella, las sombrereras, los baúles, todas esas partículas de su existencia en súbito movimiento. Ella siguió acostada toda la tarde, observando el rastro del sol en las cortinas, y nunca en su vida —desde que su padre y su hermano murieron— se había sentido tan desolada.

Pero llorar no tenía sentido: Stanley era demasiado para ella, un proyecto de redención demasiado grande, ahora podía verlo con claridad, y todo lo que significaba para ella, la imagen que de él tenía, yacía hecha añicos en el embaldosado del salón. Tenía que marcharse, lo sabía, pero no iba a ser tan fácil. Porque incluso en medio de tanta congoja, mientras se esforzaba en ponerse dura con él, fortaleciéndose ante la clase de vida que le esperaba, a pesar de todo eso, seguía pensando en Stanley atrapado en las garras de su madre, Nettie, esa vampiresa que lo iba a dejar seco convirtiéndolo en un viejo marchito, un viejo chocho encanecido, un cascarón vacío, sentado a los pies del lecho de su madre moribunda y cubierto de polvo, como una estatua de nieve. Katherine no podía permitir que eso le sucediera a Stanley —ningún hombre merecía semejante destino—, y lo que era más, no podía irse y dejarle el campo libre a Nettie. Ella era una Dexter, y los Dexter nunca se rendían ante nada ni ante nadie.

Súbitamente se levantó y dispersó a las criadas, agachándose entre los baúles y las maletas y sacándolo todo en una ráfaga de furia, todos los vestidos, las faldas y las blusas volvieron a sus perchas haciendo que se sintiera ligera de peso, pero eso tampoco era bueno, y al poco rato descubrió que cada vez iba más despacio hasta que el proceso empezó a invertirse y volvió a hacer el equipaje de nuevo. ¿Y por qué? Porque iba a Suiza, a Ginebra, a Prangins, e iba a estar allí hasta que todo quedara aclarado y pudiera mirarse al espejo y decirse que no había nada en el mundo comparable a ser la señora de Stanley Robert McCormick. ¿Y si no lo conseguía? ¿Qué pasaría si realmente no podía hacerlo? Bueno, siempre quedaba Butler Ames... o el Butler Ames que pudiera aparecer.

Las sombras se alargaban en la pared y la casa había caído en un insondable pozo de silencio cuando Bridget asomó la cabeza en la puerta. ¿Necesitaba ayuda la señora? Katherine la miró. Había vestidos por todas partes, una avalancha de ropa, sombreros, abrigos, bufandas, zapatos.

—Sí —dijo ella—, sí. —Y al anochecer ya reinaba el orden, todas las cosas dentro de las maletas y los baúles, todos los bártulos en fila, ordenadamente, y su pasaje reservado en un vapor que saldría hacia Cherburgo al cabo de tres días.

¿Que cómo se enteró Stanley? Ella nunca lo supo. Pero mientras retiraban la plancha y levaban anclas y su madre y las sirvientes permanecían solemnemente entre la muchedumbre, agitando pañuelos lenta y tristemente, de pronto apareció, sacándole una cabeza a todos los que estaban en el muelle, un gigante entre los hombres, abriéndose paso como un rayo a través del gentío, en un derroche de maníaca energía. Ella estaba apoyada en la barandilla junto con otros mil pasajeros, apretando trágicamente un pañuelo contra la boca, agitando una mano enguantada de blanco, ya zarpando rumbo a la fragancia del mar, al humo de carbón, entre el tufo de los peces muertos y los olores que emanaban de la cocina de tercera clase. Y allí estaba él, Stanley, Stanley Robert McCormick, erguido bajo el sol de junio, gritándole algo en medio del pandemónium de adioses y motores y el irrevocable silbato de la sirena del barco.

«¡Katherine!», le gritaba, y ella podía ver su cara y sus facciones disminuyendo como si estuviera mirándolo desde un acantilado o sentada al borde de una nube, y de alguna manera, incluso desde esa altura, pudo oír su voz traspasando el estruendo tan nítidamente como si él estuviera a su lado. «Todo está bien», gritaba, agitando algo por encima de su cabeza, una hoja, un papel, una especie de certificado, al tiempo que el barco se separaba imponentemente, de modo que parecía que era el muelle el que se movía mientras ella permanecía clavada en cubierta. «Puedo...», gritó él, pero aquí le interrumpió la sirena del barco, retumbante, metálica, borrando toda idea, cualquier significado, mientras la voz de Stanley se desvanecía hasta quedar reducida a un tenue y persistente gemido de desesperación y esperanza: «¡Puedo tener *niños!*!».

---

## DE MUERTE Y DE BEGONIAS

O’Kane estaba comiéndose un filete en el Menhoff en una ventosa noche de noviembre cuando llegaron por telégrafo las noticias del armisticio —tardíamente, porque el telégrafo no funcionaba desde por la mañana. El viento había mantenido a la gente dentro de sus casas, pero había unas pocas parejas cenando a la luz de las castas velas blancas del restaurante de Cody y los parroquianos del bar comiendo huevos escabechados y bizcochos secos mientras la espuma amarilla de sus cervezas crepitaba y los vasos de whisky se mantenían erguidos ante ellos, como buenos soldados. Salvo el Apocalipsis, nada iba a impedir que toda esa gente siguiera empujando el codo, y O’Kane pensaba unirse a ellos al cabo de un rato, pero de momento disfrutaba de su bistec con patatas fritas y de su primer vaso de deliciosa cerveza mientras el viento abofeteaba las ventanas haciendo que uno se sintiera allí al abrigo, como en un camarote.

O’Kane leía una noticia en el periódico sobre la inauguración de Las Tejas, un palacio recién construido en Montecito, inspirado en el Casino del siglo XVI, en Villa Farnesio, en Viterbo, Italia, cuando Cody Menhoff en persona irrumpió saliendo de la cocina con un delantal blanco: «¡La guerra ha terminado! ¡La guerra ha terminado!», gritó. En realidad, el primero en oír la noticia fue el friegaplatos, quien se había enterado unos minutos antes que toda una procesión de tenderos, bateristas y borrachos de caras enrojecidas como tomates. Había salido por la puerta trasera de la cocina para sacar la basura cuando de pronto oyó una risotada y vio una pandilla de chavales corriendo como locos calle abajo, a tal velocidad que no se les veía los pies, y tremolando una bandera que parecía una sábana colgada en un tendedero en medio de un vendaval. «¿Cuál es la noticia?», les gritó, aunque ya lo suponía, y uno de los niños, que hacía restallar dos tapas de cubos de basura a guisa de platillos, se detuvo sólo un instante para decirle que los alemanes habían confirmado oficialmente el final de la guerra. El friegaplatos le transmitió la noticia a Cody, y Cody, un enorme holandés de cara mantequillosa, recorrió rugiendo el establecimiento y empezó a repartir tragos gratis a todos los que iban llegando.

En un periquete había una hilera de automóviles subiendo y bajando por la calle, haciendo sonar las bocinas, y el bar empezó a llenarse a pesar del ventarrón, pues no se trataba exactamente de una brisa pasajera, sino que era un poniente, el aliento seco de la estación que bajaba disparado de las montañas en forma aciclonada, el enemigo público de los sombreros, los tejados frágiles y los penachos de las palmas. Pero dentro del bar de Menhoff no había viento, excepto el que el gentío estaba generando por sí mismo. La gente aplaudía entre brindis, improvisando discursos, y entonces



alguien se sentó al piano y empezó a tocar el himno nacional y todo el mundo lo cantó al unísono en un bramido de beodez, y cuando lo cantaron tres veces, entonaron *Dios bendiga a América*, *Yankee Doodle* y *Viva por siempre la bandera de las barras y las estrellas*. Aquello era embriagador y glorioso, y aunque O’Kane tenía planeado limitarse a dos chupitos (últimamente había perdido un poco el control y estaba tratando de frenarse), no había quien lo parara después de aquello. Así que se dejó llevar por la emoción que flotaba en el ambiente, dando sonoras palmadas, graznando chistes y quintillas humorísticas, bailando e improvisando una giga con Mart, quien, con su cara de victoria y su gran frente, llegó poco después de las nueve acompañando a Roscoe. A eso de las diez O’Kane estaba fuera, en una esquina, cantando tristes y viejas canciones en una quebrada voz plañidera, y cuando Roscoe fue a buscarlo al otro día por la mañana, vomitó dos veces antes de poderse poner el traje y salir para ver qué tal había recibido la noticia el señor McCormick.

La celebración duró unas seis semanas, prolongándose a lo largo de las Navidades. No se podía dar un solo paso en toda la ciudad —desde el bar más humilde con la barra de latón abollada y el suelo alfombrado de aserrín hasta el bar de Menhoff y el restaurante del Hotel Potter— sin que uno se encontrara a alguien brindando por el armisticio. Y entonces llegó el día de Navidad, y si uno no se echaba un trago para festejarlo, era que no se estaba decentemente vivo. Y una semana después del día de Año Nuevo, flotando en un mar de esos vinos peleones que beben los hispanos, los gachupines, los espaguetis y los portugatas, en medio de un montón de funestos rumores sobre los abstemios, la prohibición de las bebidas alcohólicas y el voto de las mujeres, por no hablar de la epidemia de gripe, O’Kane se dijo que reduciría su afición a la bebida tan pronto como cerrara con Jim Isringhausen el trato del naranjal para lo cual tanto había ahorrado en toda su vida adulta —o durante la mayor parte, en cualquier caso—, porque eso también tenía que celebrarlo, eso no tenía vuelta de hoja.

No había dejado de ir ni un solo día al trabajo —sólo un borracho, un alcohólico, hubiera faltado a su deber de esa manera—, pero solía salir hacia Riven Rock a las ocho de la mañana con el aliento impregnado de los vapores de su trago mañanero y prácticamente le suplicaba a Sam Wah que le hiciera un par de huevos revueltos para sosegar el estómago. Era una mala temporada, siempre le dolía la cabeza, los colores de todas las cosas lucían deslavazados, desleídos, de modo que toda la puesta en escena y el *attrezzo* del paraíso que estaba más allá de la puerta aparecía descolorido y raído, y empezó a preocuparle la idea de terminar igual que su padre, ese condenado, belicoso, torpe y zoquete pedazo de humanidad hundido todo el día en el sofá e incapaz de conservar un empleo más de dos semanas seguidas. Tenía que beber menos, realmente tenía que hacerlo. Y durante todo el invierno se prometió que lo haría. Mañana mismo. No, dentro de poco.

El señor McCormick parecía continuar con su gradual mejoría durante ese período, aunque la noticia del armisticio le afectó profundamente por dos motivos.

Primero, porque ya no podía seguir las ofensivas y trazar señales en sus mapas ni enterrar la nariz en cinco o seis periódicos diferentes cada día, lo cual abría un vacío en su vida, aunque el doctor Hoch trató de que se interesara en diversas actividades, desde cultivar orquídeas y aprender a tocar el clarinete hasta jugar a los bolos y resolver crucigramas. Y en segundo lugar, a causa de su esposa. Ahora que la guerra había acabado y las mujeres estaban en vías de obtener el derecho al voto, no había ninguna excusa para que Katherine estuviera tan lejos de él durante tanto tiempo. Ella no iba a Riven Rock desde las pasadas Navidades, cuando él la acusó desembozadamente de adulterio, aunque le enviaba semanalmente cartas y paquetes de libros, ropa, caramelos y nuevos discos para su gramófono. Dentro de lo que cabía, todo esto estaba bien. Y el señor McCormick apreciaba esos gestos, pero su esposa andaba por ahí, por el mundo, y él no, y esa idea era una fuente de constante agitación, una olla puesta a fuego lento con el agua hirviendo en su interior.

Un día por la mañana, tres semanas después del armisticio, O’Kane estaba en el salón de arriba con el señor McCormick, con Mart y con el doctor Hoch cuando el carro del cartero trajo una carta de Katherine. Era una mañana aburrida. En contra de su costumbre, Hoch estaba taciturno y el señor McCormick inquieto e irritado, dando vueltas por la habitación igual que un animal enjaulado, y ni siquiera había una película para entretenerse, porque Roscoe tenía un cólico y no había podido ir a Hollywood la tarde anterior, y además no había nada nuevo de Flying A, que hacía cuatro años era el estudio más grande del mundo y ahora estaba a punto de quebrar y fenecer. Los vientos seguían soplando, las plantas rodadoras salían disparadas de la nada amontonándose contra la puerta trasera y cada alféizar estaba decorado con una línea de polvo marrón claro perfectamente trazada con regla, todo lo cual contribuía a que el ambiente resultara más cargado. A O’Kane le latían las sienes y tenía la garganta tan seca que la sentía como si fuera un hoyo excavado en el Valle de la Muerte, pero con todo hacía un esfuerzo para entablar conversación con el señor McCormick y hasta reanudó con él una partida de ajedrez varias veces interrumpida. Y el doctor Hoch, comprendiendo que la inquietud del señor McCormick era un síntoma de que algo peor se avecinaba, ordenó poner en marcha los aparatos de lluvia artificial colocados en las copas de los árboles, pero en vez del habitual susurro anodino del agua cayendo lo único que se oía eran como ráfagas distantes, semejantes a varios chorros de manguera disparados contra una pared, y el ocasional temblor de los cristales de las ventanas cuando el viento intentaba penetrarlos.

Los tres —O’Kane, Mart y el doctor Hoch— vieron cómo el señor McCormick recibía las cartas de manos del mayordomo a través de la reja de hierro de la puerta y luego se dejaba caer en un sillón para leerlas. Las primeras dos cartas aparentemente no le interesaron, y luego de examinar el remite y oler la esquina de los sobres donde estaban los sellos, las dejó caer al suelo. Pero la tercera atrajo poderosamente su atención, y después de un largo rato escudriñando la escritura del sobre, lo rasgó con el dedo índice, y se dedicó a leerla en serio, con una voz que quería ser privada pero

que de vez en cuando irrumpía en gruñidos, chillidos y reprimendas en falsetes, una voz que parecía de otra persona. El señor McCormick pasó mucho tiempo leyendo la carta, trozos y fragmentos delirante e ininteligiblemente mezclados mientras su voz iba en aumento desde un susurro hasta un grito para disminuir de nuevo: «La casa de Jane Roessing... 14 grados bajo cero... ¿te acuerdas de Milbourne?... el perro se murió... un nuevo sombrero... Madre está enferma con la gripe».

Cuando terminó, se impuso un largo silencio, y el doctor Hoch rompió el hielo con una pregunta:

—¿Alguna novedad?

El señor McCormick le miró sin comprender:

—Es de Ka... Katherine.

El médico, solemne y burlón:

—¡Oh!

—No... no vendrá hasta la víspera, o, quiero decir, el día... el día antes de Navidad. Según dice, está demasiado ocupada. Asuntos de la guerra, ya sabe, ultimando detalles. El... el movimiento sufragista. Está en Washington.

—¡Caramba, qué pena! —dijo el doctor Hoch, pero lo dijo sin convicción.

Últimamente no se sentía muy bien, y se le notaba, estaba pálido y cabizbajo, tenía la cara arrugada y seccionada como una tajada de fruta que se ha quedado en el portal, secándose al sol. Había sufrimiento en sus ojos, una nublada capa de dolor, y la insipidez de la resignación. Le había confesado a O’Kane que había aceptado el empleo en Riven Rock por razones de salud —el trabajo en el Instituto Patológico le resultaba demasiado fatigoso, y el clima de California, con las famosas estaciones termales de Santa Bárbara, estaba destinado a hacerle bien. Pero a juicio de O’Kane, no le estaba haciendo tanto bien: en un solo año, su barba había pasado de la grisura a la blancura de las canas, y lo único que se veía en su cara era la cicatriz, más intensa y luminosa a medida que mermaba su carne. Asombrosamente, era dos años más joven que Meyer, pero cualquiera le hubiera tomado por el padre de Meyer. O incluso su abuelo. Y otra cosa: no era alemán, sino suizo, al igual que Meyer, aunque ambos hablaran alemán, y él le había explicado a O’Kane que el alemán era la lengua del cantón suizo donde había nacido, cerca de Basilea, y que algunos suizos hablaban francés y otros italiano. O’Kane se había limitado a sacudir la cabeza: caramba, todos los días se aprende algo nuevo.

El señor McCormick seguía hundido en su sillón, con la carta de Katherine cubriéndole el pecho, las piernas despatarradas y los ojos hundidos. Había estado muy agitado toda la mañana, y ahora parecía desquiciado, con un sinfín de perturbadoras emociones insinuándose sucesivamente en su semblante. O’Kane estaba preparado.

—Es una verdadera pena —repitió Hoch—, pero por lo menos puede esperar con ilusión hablar con ella por teléfono el día de Navidad y así compartirá la intimidad de su voz, ¿no?

—¡Es una zorra! —contestó bruscamente el señor McCormick, saltando del sillón con un salvaje encogimiento de piernas y brazos, y embistiendo al médico hasta detenerse tembloroso, dominándolo desde su estatura, mientras rompía en mil pedazos la carta y soltaba la lluvia de papelitos sobre la canosa cabeza agachada del médico—. ¡La odio! —bramó—. ¡La mataré!

—Sí, sí, muy bien —murmuró el doctor Hoch, sin mover un músculo—, todos tenemos nuestros desengaños en la vida, pero estoy seguro de que usted verá las cosas de manera diferente cuando ella esté aquí y usted pueda hablarle por teléfono. Pero ahora, bueno... —y dio una débil palmada con ambas manos—, no me siento todo lo bien que debería y estaba pensando que quizá todos deberíamos salir a dar un paseo en coche, ¿qué le parece, señor McCormick? Todos juntos: el señor O’Kane, el señor Thompson, usted y yo. Para cambiar de aires, ¿vale? ¿Qué me dice?

La cara del señor McCormick cambió en ese instante. Miró a O’Kane y a Mart, y luego volvió a mirar al psiquiatra con una sonrisa de entusiasmo. La idea del paseo le gustaba, pues en la época del doctor Brush —y ahora en la de Hoch— los paseos eran contados, porque eran peligrosos y resultaban una lata para todos los involucrados. Por supuesto, al señor McCormick había que vigilarlo segundo a segundo, apretado entre O’Kane y Mart, mientras el médico, ya fuera Hamilton, Brush o Hoch, estaba obligado a ir sentado delante, al lado de Roscoe.

—¡Sí! —dijo el señor McCormick, sonriendo de oreja a oreja con sus dientes cariados, pues detestaba a los dentistas con un fervor irracional y les había opuesto tal resistencia que se dieron por vencidos y dejaron de arreglar sus dientes—, sí, me gustaría dar un paseo. Me gustaría mucho. Para, para cambiar de aires, efectivamente. Le ordenaré a Roscoe que traiga uno de los autos. Y podemos tomar una merienda en bolsas de papel... ¿Podemos?

Al señor McCormick siempre le tomaba un tiempo desplazarse de un lugar a otro —era una de sus peculiaridades— y O’Kane y Mart tenían que ayudarlo a elegir el sombrero apropiado, los guantes y la gabardina, y asegurarle que tenía muy buen aspecto, que estaba absolutamente elegante y espléndido, y que el tiempo en el exterior no era realmente nada que debiera preocuparle.

—Ya no estamos en Waverley —bromeó O’Kane, y luego él y Mart le llevaron a la puerta enrejada, y las llaves giraron en las cerraduras.

No hubo ningún problema, en cualquier caso no en la escalera, y el señor McCormick, que acababa de cumplir el mes pasado cuarenta y cuatro años en una gigantesca fiesta fraternal en la sala de espectáculos, parecía todo un señor feudal con el cabello plateado en sus sienes y un sombrero de fieltro color pizarra que subrayaba la intensidad de sus ojos. Por una vez se irguió, enderezando los hombros, alzando el mentón, y no arrastró el pie derecho, ni se paró en medio de la escalinata para dar un paso atrás por cada dos que bajaba —una de sus mañas favoritas. Lejos de eso, era la estampa de la corrección en persona. Cuando Torkelson, el mayordomo, le abrió la puerta de la entrada principal, salió, y entonces se escapó del apretón de O’Kane

igual que Houdini y echó a correr, pasando como una centella por delante de Roscoe y del auto que le esperaba.

No era nada nuevo. Probablemente la mitad de las veces que salía a dar sus paseos o en el transcurso de la caminata hasta la sala de espectáculos para asistir a un concierto o ver una película, intentaba huir y O’Kane y Mart tenían que correr pisándole los talones, como si los tres estuvieran ejercitándose para un maratón. El doctor Hamilton opinaba que esas carreras le sentaban «la mar de bien» al señor McCormick y que el equipo técnico debía darle rienda suelta siempre que no tratara de evadirse a través de los matorrales ni intentara salir de la finca. A Brush tampoco parecía preocuparle mucho el asunto, y Hoch, en su alemán —o suizo— entusiasmo por los padecimientos físicos, estaba de acuerdo con las opiniones de Hamilton al respecto, lo cual para O’Kane tenía al menos la imprevista virtud de quemarle el whisky que destilaba por los poros.

Sin embargo, aquella mañana el señor McCormick los cogió por sorpresa a ambos, a O’Kane y a Mart, y cuando estaban dándole la vuelta al coche, él ya estaba corriendo a toda pastilla por la alameda que conducía a las afueras de la finca, sacándoles por lo menos cuarenta y cinco metros de ventaja.

—¡Espérenos, señor McCormick! —gritaba O’Kane, ya con las sienes a punto de estallar—. ¿Qué hay de nuestro paseo en coche?

Si el señor McCormick le oyó, no dio muestras de ello. Simplemente seguía corriendo, como si participara en una carrera de cien metros, corriendo como si todos los jueces y demonios fueran tras él en tropel, pero en vez de dirigirse a la puerta principal, cosa que sorprendió a O’Kane, torció repentinamente hacia la izquierda, sumergiéndose en lo más profundo de la finca. El camino que iba en esa dirección conducía al garaje de piedra que estaba detrás de la casa, en una arboleda, y luego se desviaba al oeste, hacia Ashley Road y el otro extremo de la finca. O’Kane avanzaba resoplando como una locomotora, Mart a su lado.

—¡Será cabrón! —maldijo—. ¿Por qué coño siempre me toca a mí, y precisamente hoy? Siento que tengo la cabeza hinchada como un globo.

Mart, que de suyo ya tenía la cabeza grande como un globo, se limitó a gruñir, trotando a su lado, en el estilo tenaz y desproporcionado que le imponía su anatomía mucho más grande de la cintura para arriba.

—Está yendo hacia la verja de Ashley —resolló Mart, y O’Kane vio a su patrón dando la vuelta de nuevo a la izquierda para desaparecer por el largo camino serpenteante que dividía en dos partes iguales la finca. Y eso le aceleró el pulso, porque en esa dirección estaba la casa más cercana, Mira Vista, y allí había mujeres en ese momento, señoriales, consentidas y sobrealimentadas damas de sociedad..., mujeres como Katherine.

O’Kane corrió con todas sus fuerzas, pero esa mañana no valía gran cosa, y él habría sido el primero en admitirlo. Le repetían los huevos salvadores de Sam Wah, y ese sabor le taponaba la garganta, como si fuera un demonio dando a luz, y sus

piernas ya empezaban a adormecerse a partir de la articulación de la cadera cuando cobró conciencia de un ruido y un grito a su espalda, y al volverse vio el auto de Roscoe en medio de una pedorrera de explosiones de humo, y al lado del chófer vio al doctor Hoch instalado en el asiento, con la barba ondeando en la brisa a través de la ventanilla abierta. O’Kane siguió corriendo, aunque Mart se había quedado atrás. Siguió corriendo detrás del guardabarros trasero del gran Pierce que se fue achicando hasta que apareció la verja con un tramo de camino pavimentado bordeado por árboles, y entonces, de nuevo, el auto empezó a aumentar de tamaño otra vez. O’Kane los esperó con la lengua fuera, sintiéndose exactamente igual que la víctima de una sublevación india, meticulosamente ensartado por seis o siete flechas en los pulmones, las ingles y el hígado.

Roscoe estaba al volante, pálido y ojeroso a causa de su cólico, pero el doctor Hoch estaba de pie, delante de la portezuela abierta, al lado del señor McCormick, y el señor McCormick ni siquiera parecía estar sudando.

—Pero... ¡qué co...! —jadeó O’Kane, desplomándose encima de la capota del automóvil para apoyarse en algo—. ¿Qué co...?

—¡Hola, Eddie! —dijo el señor McCormick, poniendo los ojos en blanco—. ¡Hola! Lo que pasó..., en fin..., bueno..., lo que pasó es que pensé que hoy saldríamos por esta verja, así que..., así que vine para abrirla, y para que pudiéramos ver las begonias, las nuevas begonias...

O’Kane estaba pasmado. Hecho polvo. Si acaso le quedaban nueve resuellos más en este mundo y luego se acabaría todo.

—¿Begonias? —jadeó.

El señor McCormick le hizo señas para que se volviera y mirara a sus espaldas. Alelado, O’Kane dio media vuelta lentamente y miró el camino que estaba detrás, al final del cual, en lontananza, se veía una mancha en movimiento que era Martin Thompson, cojeando. Y efectivamente, allí estaban, dos hileras recién plantadas de flores a ambos lados del camino, extendiéndose hasta donde estaba Mart y aún más allá: begonias.

Y entonces llegó el día de Navidad, como caído desde las esferas siderales, con la tierra girando en el espacio y Aldebarán brillando persistentemente al este del firmamento, las Navidades, el ganso relleno, los villancicos y los tragos. La tienda Marshall Fields envió desde Chicago un árbol de Navidad adornado y regalos envueltos en papel de aluminio para todo el personal de plantilla (integrado ahora por catorce en la casa y cuarenta y siete en la finca), junto con las habituales chucherías, los caramelos y las pacanas de Georgia, y canastas repletas de las mejores naranjas de California que habían viajado desde el valle de San Fernando hasta Chicago para volver de nuevo a California. Fuera, en el césped que crecía frente a la fachada principal, el gran pino de Monterrey, cuyo tronco era tan ancho que dos hombres

extendiendo los brazos apenas lo abarcaban y sólo alcanzaban a tocarse con las yemas de los dedos, estaba festoneado con guirnaldas de luces multicolores que resplandecían en la noche. O’Kane le envió a su madre un jersey de pura lana virgen y una reproducción de porcelana de la bandera del estado de California para su padre, y le hizo llegar a Eddie Junior una navaja de bolsillo a través de su madre, y no de Rosaleen, de quien no se podía fiar, pues era tan olvidadiza que uno tenía que atarle al cuello una nota para que se acordara de cualquier cosa. Y además compró una afiligranada pulsera de oro blanco de catorce quilates para Giovannella, quien la rechazó porque Guido trataría de averiguar de dónde había salido.

—Me la pondré sólo para ti, Eddie —dijo ella—. Cuando estemos solos. En la cama.

Katherine llegó y se fue en medio de su acostumbrado torbellino de regalos, quejas y órdenes, pero no sin que antes O’Kane tuviera la oportunidad de escuchar su conversación anual con su marido —esta vez más cerca de ella que de él. Fue la víspera de Navidad y ella acababa de llegar, tarde como de costumbre, lo cual hería al señor McCormick en lo más vivo y ella ni siquiera parecía notarlo. La lluvia resbalaba sobre las ventanas, y el cielo se había oscurecido hacía más o menos una hora, y O’Kane estaba borracho, borracho en su turno de trabajo, y que Dios lo cogiera confesado si la Reina de Hielo lo acorralaba con uno de sus interminables interrogatorios y olía su aliento etílico. No tendría que haber bebido, y lo sabía, pero era Navidad y Sam Wah había preparado un horrible y amargo ponche de ron con pasas donde flotaban unas tiras de cáscara de naranja y la mitad de la gente en la hacienda entraba y salía clandestinamente por la puerta trasera, borrachos hasta las cejas. Y además, estaba deprimido. Era su décima Navidad en California, diez años trabajando de enfermero y emborrachándose y sin llegar a hacer nada. Todavía no era rico, ni siquiera un poco, no era propietario de un naranjal ni de un aguacatal, uno de sus hijos era un extraño para él, viviendo al otro lado del país, en Boston, y el otro era uno llamado Guido, así que ¿por qué no iba a emborracharse?

De todas maneras, tras zamparse su sexta taza de caliente ponche navideño chino que sabía a matarratas, salió a hurtadillas de la cocina, y se deslizaba hasta el vestíbulo por la parte de atrás de la escalinata central cuando oyó la voz de Katherine y del susto se le heló la sangre en las venas. No era que le sorprendiera verla por allí —esa mañana todos iban de puntillas por doquier y mirando de reojo a todas partes desde muy temprano, incluso Hoch—, pero él tenía la vaga esperanza de que ella no vendría. No le traía a nadie ni un poquito de alegría —todo lo contrario— y en su opinión, compartida por Nick, Pat y Mart, el señor McCormick se hubiera sentido más a gusto sin su presencia. La manera inquieta de pasearse y la forma en que esa mañana se había restregado sin cesar con el jabón eran patéticas, como si temiera que ella pudiera olerlo al otro lado de la línea telefónica. Estaba tan excitado que no pudo desayunar y a la hora de comer lo rechazó todo menos la sopa, y apenas había reparado en los pequeños obsequios que los empleados le habían regalado —

Ernestine Thompson le había tejido una bufanda, que fue su regalo y el de Nick, Mart le dio un sacapuntas, y O’Kane, en un gesto alegórico, le obsequió un llavero con esta inscripción: PARA CUANDO TODAS LAS PUERTAS SE TE ABRAN. En realidad no eran más que muestras de afecto, de valor simbólico, pero en años anteriores el señor McCormick les había dado una gran importancia.

—¿Qué quieres decir con eso? —levantó la voz Katherine enfurecida. Asomándose con precaución al vestíbulo, O’Kane pudo ver movimiento en la biblioteca. Era Katherine, y estaba de espaldas a él. Sostenía el auricular con una mano rígida, esculpida en hielo, inclinando la cabeza hacia delante para hablar por el micrófono. Torkelson estaba apostado en la entrada de la biblioteca, igual que la talla de un indio ante la puerta de una tienda de cigarros, con su cara desprovista de emoción, un mayordomo de pura cepa, sosteniéndole la mirada a O’Kane, pero sin pestañear en ningún momento.

—No soporto que me hables en ese tono de voz, Stanley, no lo soporto... ¿Qué estás diciendo? ¿Quieres que cuelgue el teléfono ahora mismo? ¿Quieres que lo haga?... Muy bien, eso está mejor. Sí, yo te amo, lo sabes muy bien...

O’Kane observó los hombros de Katherine, el movimiento de su muñeca mientras manipulaba el auricular, la luz acumulándose en su cabellera. Sabía que debería salir pitando y subir la escalera antes de que ella se volviera y lo descubriera, pero no lo hizo. Se quedó allí clavado, fascinado, igual que un niño en el bosque contemplando el proceso de la naturaleza desplegándose a su alrededor. Había pájaros en los árboles, sapos a sus pies, serpientes en la hierba.

—¡Oye, Stanley! No, rotundamente no. ¿Cuántas veces tenemos que volver a pasar por eso? Yo no he visto a Butler Ames, ni he oído hablar de él, desde hace..., santo cielo, déjame pensar, desde hace diez años o incluso más, y no, no he cenado con el secretario Baker..., me ofende esa insinuación, Stanley, y si sigues en ese plan..., no, absolutamente no. Newton Baker es un amigo, un viejo amigo de la familia y, como secretario de guerra bajo la administración del presidente Wilson, lógicamente venía a darnos instrucciones de vez en cuando, y nosotros...

Se hizo un silencio y Katherine cambió de posición volviendo su perfil hacia la puerta abierta. Tenía la cara pálida como el papel, pero estaba maquillada y en su boca brillaba el carmín y parecía dramática a la luz de la lámpara, igual que una actriz aguardando para entrar en escena. Ahora estaba escuchando a su esposo, y O’Kane podía imaginar la clase de discurso inconexo y acusatorio que el señor McCormick estaría soltándole al otro lado del hilo telefónico, y vio cómo ella alejaba el auricular de su oído mientras trataba de calmarse.

—No te permito que digas ni una palabra sobre Jane Roessing..., es una santa, ¿me oyes?... Eso es absolutamente repugnante, Stanley, y te advierto que, yo..., realmente, en verdad no puedo dar crédito a lo que oyen mis oídos. Lo único que sabes hacer es hablar de ti, de ti, de ti..., pero ¿alguna vez te has parado a pensar en el calvario por el que estoy pasando?



»No, no estoy tratando de perturbarte, sólo quiero que comprendas mi posición, que pienses por un minuto lo que debe de ser para mí tener que aparecer en sociedad sin ir de tu brazo, sin ningún hombre en absoluto, siempre sin pareja, distinta de las demás...

»Sí, yo sé que estás tratando de ponerte bien. No. No, no quiero volver a oír eso, y deja a Jane fuera de este asunto, ella ha sido para mí..., no tengo nada que ocultar. Sí, ella está aquí. Vino a hacerme compañía en el hotel, y te prometo que no te desatenderé. Vendré todos los días durante las siguientes dos semanas, y sólo tienes que decirme lo que necesitas y lo haré...

Entonces O’Kane se puso en movimiento, tratando de escabullirse escalera arriba mientras ella estaba distraída, pero en cuanto dio el primer paso cauteloso advirtió un cambio en la cara de Katherine —«no», tronó ella, «¡maldito seas! No, yo nunca..., Jane es sólo una *amiga*»— mientras daba media vuelta y colgaba violentamente el auricular en el gancho depositando todo la furia de su mirada en él. O’Kane levantó la cabeza y miró al techo, haciéndose el loco —él no la había visto, ni siquiera sabía que ella había llegado, él no era más que un enfermero cumpliendo con su deber—, y sintió cómo sus piernas emprendían el ascenso de la escalera en una serie de rápidos pasos, tan poderosos como certeros. Y eso casi funcionó, casi, porque estaba a mitad de camino en la escalinata y con la reja del salón de arriba a la vista cuando oyó a sus espaldas aquella voz tensa y claramente vulgar, impropia de una señora:

—Señor O’Kane. Señor O’Kane, ¿quiere venir aquí un minuto, por favor?

Andando con aire gacho, las manos profundamente metidas en los bolsillos, O’Kane bajó la escalera, cruzó el vestíbulo y pasó a quince centímetros de Torkelson que seguía pegado a la puerta de la biblioteca (pudo ver los poros en la cara del hombre abriéndose igual que cráteres lunares y su huesuda naricita de mayordomo, y juró para sus adentros que si Torkelson levantaba el labio en un mohín que aunque fuera remotamente pareciera una sonrisita, le asestaría un puñetazo, si no ahora, más tarde). Torkelson no movió ni un solo músculo. Y O’Kane pasó por su lado, lo dejó atrás y entró en la biblioteca, advirtiendo el peculiar olor de los libros —piel de becerro y polvo, la astringente fragancia de la tinta y los neutrales efluvios del papel— y de algo más también, algo inesperado: humo de cigarrillo. Katherine estaba que echaba chispas, en llamas, incandescente. Lo saludó inclinando la cabeza secamente, y luego dio la vuelta por detrás de él.

—Ya puede retirarse, Torkelson —gritó antes de cerrar la puerta.

O’Kane tenía los sentidos embotados. Se sentía como si estuviera vadeando un río con el agua a la cintura. Estaba allí de pie, estúpidamente, con todas las neuronas saturadas, apagándose una a una, hasta que finalmente advirtió que Katherine y él no estaban solos. Allí había otra mujer, una pelirroja con una falda de color verde-acebo, lo suficientemente corta para mostrar las piernas hasta las rodillas —muy buenas piernas, por cierto, y O’Kane no pudo dejar de admirarlas. Estaba sentada en una butaca de orejas arrimada a una pared tapizada de libros y fumaba un cigarrillo en

una boquilla de marfil.

—Me alegro de verle de nuevo, señor O’Kane —dijo Katherine, pero sin sonreír ni tenderle la mano. Bruscamente señaló con la cabeza a su compañera—. Señor O’Kane, la señora Roessing; Jane, el señor O’Kane.

O’Kane les dedicó sendas sonrisitas forzadas, esa clase de sonrisa que en las ancestrales planicies la hiena suele regalarle al león recién llegado mientras ella retrocede cautelosamente alejándose del cadáver de un animal. Se sintió ligeramente mareado. Sam Wah debía de haber echado dos litros de ron en la ponchera... y sólo Dios sabe qué más.

—Tome asiento, señor O’Kane —dijo Katherine dando paseítos de aquí para allá.

Él obedeció, sentándose cautelosamente al borde de la butaca de orejas que estaba frente a la señora Roessing.

—Solamente quería decirle que estoy de regreso —dijo Katherine— y que pienso estar aquí dos semanas, encargándome de cuestiones relacionadas con la hacienda, y que Jane, la señora Roessing, me ayudará. Luego regresaré a Washington y no sé cuándo volveré. Ahora bien, ¿cómo está mi marido... en su opinión? ¿Algún cambio?

—Está más o menos igual.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿No ha habido ninguna mejoría?

O’Kane estaba dispuesto a decirle lo que ella quería oír, que su esposo estaba progresando como un alumno estrella, avanzando a pasos agigantados hacia la cordura, que lo único que necesitaba era tiempo y dinero y los cuidados de chicas, mujeres y brujas barbudas para convertirlo de nuevo en un hombre entero, pero el alcohol le enredaba las ideas.

—Un poco —dijo encogiéndose de hombros—. Hemos vuelto a poner la alfombra en su habitación, y eso le ha hecho mucho bien. Y corre un poco... para hacer ejercicio.

—¿Que corre? —Katherine hizo una pausa antes de concluir un paso, sus ojos lo cortaron en rebanadas.

—Sí. Últimamente parece que le gusta correr... cuando lo acompañamos en su paseo diario, Mart y yo, quiero decir. Y hace unas semanas, cuando lo llevamos a dar un paseo en coche; y él parecía disfrutar con eso.

—¿Y eso es todo? ¿Usted ve un grado de mejoría en eso..., en correr? Bueno, déjeme decirle que acabo de hablar por teléfono con él y parece tan confuso como siempre... o más aún. Y latoso. —Esto último iba dirigido a la pelirroja, con una inclinación de cabeza y una martirizada expresión—. Stanley puede llegar a ser muy latoso.

—Con todos mis respetos, señora... —casi se descuida y la llama Katherine—, señora McCormick, yo no soy médico, pero creo que su presencia le excita y él no está en sus cabales. De ninguna manera.

Otra mirada a la señora Roessing.

—Sí, eso mismo es lo que todos los médicos machos y todos los enfermeros

machos vienen diciéndome desde hace doce años y más.

Katherine le sorprendió, realmente le dejó de piedra. Súbitamente tenía un cigarrillo en la mano, como si lo hubiera sacado del enrarecido aire en un acto de prestidigitación, y luego cruzó la habitación hasta donde estaba la señora Roessing y le pidió fuego en un ronroneo tan quedo que él imaginó mil cosas. Observó en silencio cómo las dos mujeres juntaban las cabezas mientras Katherine encendía su cigarrillo con la punta encendida del de la señora Roessing.

—¿Y el doctor Hoch? —dijo Katherine, exhalando el humo—. Su estado de salud, quiero decir..., ¿sigue bien? ¿Sigue dedicándole tiempo a mi esposo? ¿Todos los días?

O’Kane las miraba a las dos. Ni siquiera había oído la pregunta. Katherine estaba fumando. Él nunca lo hubiera imaginado, ni siquiera en sueños. Ella podía ser la Reina de las Reinas del Hielo, pero era una dama, una dama por encima de todo, y las damas no fuman. Pero entonces intuyó que esa clase de conducta iba de la mano con las manifestaciones en las calles y la emancipación y todo eso. Radicales, eso es lo que eran. De esas que llevan pantalones. Bolleras.

—¿Señor O’Kane?

—¿Hmm?

La cara de Katherine era un hacha. Y lo cortó en un chillido de luz.

—¿Usted no habrá estado bebiendo, verdad?

Él trató de adoptar una de sus máscaras, la de Eddie O’Kane pico de oro, uno de los mentirosos más grandes del mundo.

—Noooo —protestó—. Es sólo que... que no me siento muy bien, eso es todo.

Eso hizo que la pelirroja se pusiera bruscamente de pie, aquellas finas pantorrillas flexionándose, la falda verde acebo en un frenesí de movimiento. Las dos intercambiaron una mirada.

—¿Usted no habrá tenido fiebre, verdad? —Era la señora Roessing quien hablaba ahora, y tenía una de esas voces elementales que se adentran en uno a tal punto que dan ganas de confesar cualquier cosa—. ¿Retortijones de tripas? ¿Diarreas?

O’Kane estaba perplejo. Un calor incontenible le subía a las mejillas. Ambas mujeres le escudriñaban amenazadoras.

—No..., no. No, no es eso, es, ehh..., mi cabeza. Me duele la cabeza, eso es todo. Sólo me duele un poco, muy poquito.

—El chófer, Roscoe, estuvo enfermo, ¿no era él?

O’Kane asintió.

—¿Gripe, retortijones de tripas?

—Así es.

Katherine volvió a levantar la voz, y se puso tan pálida que uno hubiera pensado que estaba embalsamada:

—¿Y mi esposo? ¿Él... él también ha estado enfermo...?

Y así fue cómo O’Kane, borracho con ponche navideño chino y cogido entre dos

tensas y pálidas mujeres, se enteró de que la gripe española, que a nivel mundial mató dos veces más personas que la guerra misma, había llegado a Santa Bárbara.

Una de las primeras en palmarla fue la señora Goux, la mujer de la bodega, la de los tobillos gordos que recorría la calle de acá para allá taconeando estruendosamente cada mañana con su aire de invencibilidad, llevando al retortero a los niños, cargada de paquetes y a remolque con un perro blanco muy sucio. Dejó detrás a un enloquecido marido y una prole de siete hijos destrozados por el dolor, todos aullando desde las ventanas del piso superior que daba a State Street, frente a la pensión de la señora Fitzmaurice, lo cual era un espectáculo bastante deprimente; pero antes de que nadie pudiera reponerse del asombro, el viudo y cuatro de los niños murieron retorciéndose en sus mantas con fiebres de hasta cuarenta grados. Luego le tocó a Wilson, el verdulero, un hombre en la treintena, con hombros de zaguero y voluminosos bíceps, que nunca en su vida se había puesto enfermo. Le dijo a su mujer que tenía un poco de indigestión un día después de Navidad y ella lo atribuyó al exceso de bebida, simple y llanamente, y no quiso oír ni una palabra más del clima de histeria colectiva que bullía a su alrededor, hasta que el hombre murió dos días más tarde. Su hijo mayor fue el siguiente en caer enfermo —no podía tener más de doce o trece años— y luego fue Chas, el hermano de Wilson, que administraba la compañía de hielo, y después la esposa de Chas, y los tres murieron y fueron amortajados el día de Año Nuevo.

O’Kane estaba espantado. Pasó por casa de Wilson y vio que las cortinas de las ventanas estaban corridas y de la puerta colgaba un crespón negro, y desde el porche de la pensión de la señora Fitzmaurice pudo ver la hoja de papel pegada con celo en la ventana de la bodega: CERRADA HASTA NUEVO AVISO. Las calles estaban desiertas. El bar de Menhoff era una tumba. Y en la farmacia de Fetzer se agotaron las mascarillas de gasa en quince minutos. Pero ¿cómo se contraía la gripe? Te la transmitían otras personas. ¿Y cómo cogían ellos la enfermedad? Porque se la contagiaban otras personas. Y el primero en enfermar, el primer caso, ¿cómo la cogió? Mart opinaba que aquello era el Juicio Final, un castigo de Dios, por culpa de la guerra y todo eso, y Nick decía que la desmovilización era la causa de la epidemia. La señora Fitzmaurice lo atribuyó todo a la falta de higiene física y moral, y ni una palabra más sobre el tema —¿a que nadie en su pensión había enfermado? Todas las noches O’Kane subía una jarra de whisky a su cuarto y se quedaba tumbado en la cama, meditando tristemente, y cuando llegó la nochevieja, salió a celebrarlo con un gentío, todos tan asustados que tenían que vaciar todas las botellas que tenían a mano, sólo para darse ánimos.

En Riven Rock, todos eran relativamente afortunados. Sólo Mart y uno de los chicos que ayudaban en la cocina a Sam Wah —un chaval con cara de luna a quien llamaban Wing— cayeron enfermos. Mart tuvo que guardar cama durante una

semana y media en el último cuarto de la casa de su hermano Pat, y la esposa de Pat, Mildred, le bajó la fiebre envolviéndolo en toallas frías y dándole caldo de pollo caliente cuando estallaba en temblores. Wing murió. Y fue algo horrible —no era más que un niño, Wing, el de la sonrisa fácil, el que no hablaba ni una palabra en inglés, siempre con su delgada trenza a rastras, igual que la de Paul Revere en las viejas litografías— y eso los afectó a todos profundamente, pero a nadie tanto como a Katherine. No a causa de Wing —a quien ella sólo conocía como otro nombre en la columna de cuentas del libro mayor de contabilidad—, sino debido al señor McCormick. La infección estaba en la casa, no fuera en los campos, ni enconándose en los arroyos de las calles y los bares, sino allí mismo, en Riven Rock. La enfermedad había atacado a Mart y a Wing. Y su marido podía contraerla.

Sólo pensar en ello la sacudió. Pospuso su regreso a Washington mientras durara la epidemia, y durante la primera semana, cuando el miedo acababa de estrenarse, irrumpía por la puerta de Riven Rock cada mañana a las ocho en punto, con la señora Roessing, dos criadas y el doctor Urvater, uno de los matasanos lugareños. Todos llevaban mascarillas de gasa —«La gripe se propaga por el aire, se contrae sólo con respirar», decía ella, «mucho más que por contacto directo»— e insistía en que todo el equipo técnico, incluyendo a un furioso Sam Wah que tascaba el freno, llevara mascarilla también. Y mientras el doctor Urvater apretaba con una espátula la lengua del señor McCormick, y le examinaba los oídos y charlaba amigablemente con el doctor Hoch sobre quesos y esos pantalones de cuero del traje típico bávaro y otras cosas por el estilo, Katherine entraba como una tromba en todas las habitaciones de la planta baja, seguida por un tifón de sirvientes y el salubre olor de un poderoso desinfectante. Todas y cada una de las superficies se limpiaban con una solución de lejía o ácido carbónico, y cada hora se fregaban los pomos de las puertas, los pasamanos, los teléfonos y hasta los interruptores de las luces. Ella era una científica. Una Reina de Hielo. Así que la gripe tenía que tener cuidado con ella.

Por su parte, O’Kane hizo lo que ella dijo. Llevaba una máscara de gasa, adoptando una actitud seria y aparentando que bruñía los pomos de las puertas con un paño empapado de lejía, pero en cuanto Katherine daba media vuelta o él subía la escalera y entraba en el recinto sagrado del señor McCormick, se quitaba la máscara y se la metía en el bolsillo. Nunca había visto nada igual a aquella epidemia —cada vez que uno se daba media vuelta se enteraba de que otra persona había muerto— y eso le asustaba, de veras, pero en su opinión Katherine estaba llevando las cosas un poco lejos. No era que temiera por su propia vida —tenía la constitución de su padre y nada podía hacerle daño, nada que no saliera de una botella, y en ese caso, ni toda la suerte del mundo podría salvarlo—, sino que más bien estaba preocupado por la del señor McCormick, aunque pensaba que las máscaras y los desinfectantes no eran más que un despliegue de histeria femenina. El resto del equipo compartía sus temores, aunque nadie quería hablar del asunto. El señor McCormick podía estar como un cencerro, pero era la piedra angular de aquel lugar, y si él caía, ¿cuántos

caerían junto con él?

Sin embargo, su patrón y benefactor parecía estar muy bien: robusto y rebosante de salud. En cuanto a las órdenes del doctor (y las de Katherine, actuando entre bastidores) no se le permitía salir a dar sus paseos, ni siquiera para ir a la sala de espectáculos, hasta que todo aquel desastre terminara, lo cual le puso un poquito irritable. El señor McCormick solía llevar su máscara de gasa encima de la cabeza, igual que el sombrero cónico de un niño en una fiesta, y se divertía jugando con el depresor que el doctor Urvater le aplicaba en la base de la lengua y con el termómetro, mordiéndolos como un perro bulldog y negándose a soltarlos hasta que el doctor Hoch se levantaba del sofá e intervenía. Todos los días hablaba con Katherine por teléfono, ella en la planta baja, con su ácido carbónico, y él en el piso de arriba, justo encima de ella, lo cual parecía producir en él un efecto excitante, pero hasta donde O’Kane podía ver, él no había contraído ni siquiera un resfriado, mucho menos la gripe.

—A mí me parece que ella está enloqueciendo —dijo Nick una mañana mientras él y O’Kane esperaban que el señor McCormick terminara de ducharse. Nick estaba cubriendo el turno diurno de Mart, mientras que Pat se pasaba todas las noches solo con el señor McCormick—. ¡Mira que frotar los putos pomos de las puertas, por el amor de Dios! Pero más vale pecar por exceso que por defecto, ése es mi lema.

—Entiendo lo que quieres decir —dijo O’Kane, de pie en la puerta que daba a la ducha, pero fuera del alcance de las salpicaduras. El señor McCormick estaba acurrucado, desnudo, sobre las baldosas mojadas, enjabonándose meticulosamente los dedos de los pies, mientras O’Kane reflexionaba en la cantidad de tiempo que había consumido viendo al señor McCormick desnudo, mucho más del que había gastado viendo desnuda a cualquier mujer, incluyendo a Giovannella y a su esposa perdida—. Si a él le pasa cualquier cosa, nos vamos a ver en un apuro. Yo estaré más tranquilo cuando tenga mi hacienda de cítricos de la que ya te he hablado..., lo único que falta es que Jim Isringhausen encuentre un par más de inversionistas..., pero si yo no estuviera trabajando aquí, no sabría qué hacer. No me gustaría nada tener que regresar y volver a limpiar mierda y sangre en la sala de los violentos.

—¡Y tanto! —suspiró Nick. Estaba apoyado de espaldas contra la pared de azulejos, las gotitas de condensación se formaban en sus cejas y los flechudos pelos, de punta, montaban guardia encima de la cúpula de su frente. Era cuadrado y grande, y aunque seguía siendo musculoso ya empezaba a acumular grasa en las nalgas y en la cintura, porque lo único que él y Pat hacían era pasar la noche sentados al lado de la cama del señor McCormick y luego dormir cuando todos estaban despiertos y metidos en sus asuntos. Y, además, porque ya no era ningún jovencito—. Sí, me vería en un gran apuro si cualquier cosa le pasara al señor McCormick, y lo mismo les pasaría a Pat y a Mart. Desde luego, no todo el mundo saldría malparado si él coge y estira la pata.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno —dijo, y una astuta expresión cruzó por su semblante—, *ella*, por ejemplo. Ya sabes, tu novia.

—¿Katherine?

Él dijo que sí con la cabeza, vigilando su reacción.

—¿No te has preguntado por qué anda por aquí haciendo el papel de Florence Nightingale? Si él se muere, ella será la primera en quedarse con todo, las casas y los autos y más millones de los que tú puedas contar. Y ya no tendrá que preocuparse por un marido loco.

Nick tenía algo de razón, pero eso solamente confirmaba lo que O’Kane siempre había sostenido: Katherine realmente cuidaba del bienestar de su marido, y no era teatro, dijeran lo que dijeran. Y él se hacía preguntas sobre ese asunto, y su significado más profundo, especialmente cuando pensaba en Dolores Isringhausen y en cómo trataba a su esposo —o en Rosaleen, o incluso en Giovannella y su enano zapatero remendón. Las mujeres eran tramposas y falsas, siempre lo había sabido: todas sin excepción, menos su madre, claro, y quizá la Virgen María. Y en cada matrimonio tenía lugar una guerra por la dominación —¿quién amaba más a quién?, una guerra en la cual las mujeres siempre tenían una situación ventajosa, siempre intrigando, siempre esperando la oportunidad para darte la puñalada por la espalda. Pero Katherine no. La Reina de Hielo no. Ella tenía a su marido exactamente donde quería —en una jaula de oro— y jamás hubo un canario enfermo mejor cuidado.

—Por cierto —dijo Nick, y el señor McCormick había empezado a cantar, en un tono bajo, en un desentonado gemido que podía ser cualquier cosa, desde un trozo de ópera hasta una canción de cuna—, ¿no has oído decir nada acerca del espagueti zapatero? Sí, ya sabes, ese que se casó con la mujercita que..., ejem..., que tú te... — Y terminó la frase con un elocuente gesto pélvico.

—¿Qué pasa con él?

—¿No te has enterado?

—No, ¿de qué?

—Ha muerto. Hace dos o tres días. Ernestine me lo contó porque ella fue a recoger unos botines remendados con media suela, y había un crespón en la puerta del taller y toda esa espaguetería dándose golpes en el pecho y gritando en medio de la calle. Es una lástima, realmente, y no creo que ninguno de nosotros esté fuera de peligro..., no mientras esa cosa ande por ahí y nos lleve a todos, hasta el último, y entonces ya no tendremos que preocuparnos de nada, ¿no te parece?

En cuanto salió de su turno, O’Kane le pidió a Roscoe que lo dejara frente al zapatería de viejo de Capolupo, pero el lugar estaba cerrado a cal y canto, y nadie respondió cuando llamó a la puerta del apartamento que estaba encima. Sacudió el pomo de la puerta varias veces, golpeando sin mucho entusiasmo el cristal de la ventana, y luego, a falta de un plan mejor, se sentó allí a esperar. Había trabajado

horas extras para ayudar a cubrir el turno de Mart; era tarde —las nueve y cuarto— y no podía adivinar dónde estaría Giovannella, a no ser que aún no hubieran enterrado al zapatero y estuvieran por ahí en alguna clase de velorio a la italiana. Se recostó en la pared, lamentándose de no haber comprado una jarra de cualquier cosa, incluso una botella de vino, y se subió las solapas de la chaqueta. Hacía frío, al menos frío para Santa Bárbara, probablemente la temperatura había bajado hasta unos siete grados. Escuchó los ruidos de la noche, el enfermo zumbido de la sirena de un barco llegándole a través de las aguas del puerto, el vibrante traqueteo de un tubo de escape, un gato o quizá una rata descubriendo algo interesante en los cubos de basura de la callejuela de abajo, y todo el tiempo pensaba en Giovannella y en lo que le diría. Y mientras pensaba en ella, ahora libre para estar con él a todas horas, lo mismo de día que de noche, sin tener que dar excusas ni explicaciones a nadie, toda clase de hipotéticos escenarios eróticos empezaron a chispear en su cabeza, y la vio subiéndose encima de él, su boca jadeando de placer, los pezones duros y oscuros en contraste con su piel morena, como si montara a caballo, Eddie, arre, arre, caballito...

Por supuesto, no podrían casarse, y ella lo sabía —eso sería bigamia, aunque ella se paseara por la ciudad con aquel hijo de ojos verdes, con sus pantalones cortos, un niño que hasta los ciegos verían que era de él, y de nadie más, pero por espacio de media hora o así, imaginó cómo sería vivir con ella en algún lugar lejano donde nadie supiera la verdad. Podrían instalarse en Carpintería, once kilómetros al sur y justo en la costa, con esas suaves brisas abanicando las palmeras y donde todo era tan modesto y tranquilo, sólo para reivindicar que eran marido y mujer, ¿y quién iba a discutirlo? Eso iba a misa. Pero entonces tendría que comprar un auto, y alquilar una casa, lo cual sería otra vez lo mismo que cuando se instaló con Rosaleen y el viejo Rowlings, con el bebé siempre berreando, esparciendo su caca por todas partes...

A las diez y media, aterido y profundamente disgustado consigo mismo —y con Giovannella, y hasta con Guido por haber tenido el mal gusto de morirse poniéndolo en aquel disparadero—, O’Kane se levantó, bajó y regresó por las calles vacías y silenciosas hasta la pensión de la señora Fitzmaurice. La casa estaba a oscuras, exceptuando la luz del vestíbulo, y entró tratando de no hacer ruido, preguntándose vagamente si había dejado algo en la botella de emergencia que guardaba detrás de la cómoda. Y estaba imaginándose esa botella ambarina, cuando descubrió que había un paquete para él en la mesa del zaguán.

Era pequeño, no más grande que un paquete de cigarrillos, y pesaba muy poco, aunque más que si sólo fuera de papel. Estaba doble y triplemente envuelto en manchado celo blanco y pudo ver la huella dactilar de un pulgar debajo de un lazo de celo y unos cuantos pelos allí atrapados en el pegamento. Enseguida reconoció la letra: la de Rosaleen. Por un momento titubeó, dándole vueltas al paquete en la mano. No podía ser lo que parecía —un regalo, un tardío regalo navideño, quizá de Eddie Junior, no, no podía ser. Si Rosaleen tenía algo que ver con aquello, entonces era mejor abrirlo mañana y echarle un vistazo a la luz del día, cuando Giovannella no



estuviera tan presente en su mente.

Se pasó el paquete de una mano a la otra, mirando la oscura sala de recibo con sus plantas semejantes a arañas y los sombríos muebles y unas alfombras que habían sido tan aporreadas para sacudirles el polvo que sólo les quedaba una pulgada de vida. «¡Qué demonios!», pensó, y se sentó en la rígida silla del pasillo y rasgó el paquete. El celo se despegó de sus dedos, el papel cayó al suelo. Y ahora estaba más perplejo de lo que había estado un minuto antes: allí estaba la navaja de bolsillo que le había mandado a Eddie Junior, de vuelta directamente a sus manos, igual que un bumerán. Pero, espera un momento, había más, un mensaje, una nota enrollada igual que una hoja muerta dentro de la cáscara de celo, envolviendo el papel y redactada con aquellos garabatos de semialfabetizada que tan elocuentemente revelaban la naturaleza más íntima de Rosaleen:

Querido Eddie:

Ya no puedo seguir bibiendo en la mentira. No te escribí en septiembre, pero la gripe espagnola llegó aquí y nuestro hijo murió de eso. Está enterado en el cementario de St. Columbanus y no se lo e dicho a tu madre ni a nadie, te debuelvo la Nabaja de Bolsiyo, a él le habría encantado.

Tuya, etc...

Rosaleen

No tuvo tiempo para reaccionar, porque en ese preciso instante alguien empezó a golpear insistentemente el cristal de la ventanilla de la puerta principal. (Y, de todas maneras, cuál se suponía que debía ser su reacción: ¿caer de rodillas, mesarse los cabellos, lamentar su sino alzando los puños al cielo? La triste realidad era que él nunca había conocido a su hijo. Un extraño había muerto en algún lugar, eso era todo, ¿y qué si tenía los ojos de Eddie O’Kane y su manera de andar y su mismo aspecto cuando sonreía o se ponía triste o se despellejaba una rodilla y acudía corriendo y llorando a donde estaba su madre? ¿Y qué?).

El repiqueteo en la ventanilla se intensificó estrepitosamente —*clinc-clinc-clinc-clinc*— y dejó caer la carta dejándose llevar estúpidamente hacia la puerta. Había una cara aplastada contra el cristal en la oscuridad de la noche, sobre la cual se sobreponía la imagen de su propia cara asombrada.

Se quedó un minuto pensando en fantasmas, en los exhumados espíritus de los abandonados niños descalzos, muertos por la epidemia de gripe, que ahora venían a aterrorizarlo, y luego se dio cuenta de quién estaba golpeando con una moneda el frágil cristal sin ninguna consideración hacia la señora Fitzmaurice, que dormía al final del corredor, pero con ese sueño tan ligero de los que se pasan la vida vigilando a los demás: era Giovannella.

Estaba diciéndole algo, vociferando detrás del cristal, exagerando los movimientos de la boca con una serie de muecas frenéticas. Le había visto —ella lo estaba buscando— ¿acaso no lo sabía?

O’Kane abrió la puerta y ella entró en el zaguán, rozándolo al pasar. Allí estaba con su ancha y bella cara y esos ojos que lo sabían todo de él, y con Guido, el

pequeño Guido, su único hijo superviviente, aferrado a sus hombros como si fuera algo que acababa de comprar en el mercado, semejante a un montón de kilos de puerco asado o un trozo de carne de vaca. Tan pronto como cerró la puerta, ella revoloteó a su alrededor y se agarró a su cuello con la mano libre, despachurrando su boca contra la suya, y aquello tenía algo de teatral y salvaje, lo cual atrajo toda su atención, así que trató de enfocar sus ojos.

—Ha muerto —siseó ella, echando atrás la cabeza para mirarle a los ojos—. Lo ha matado la gripe.

Él puso un dedo en sus labios. La señora Fitzmaurice estaría aguzando el oído, eran más de las diez de la noche y había una extraña en la casa, y la señora Fitzmaurice tenía muy malas pulgas y era más asexuada que un puntapié.

—¡Shhhh! —le previno, esperando que de un momento a otro la casera surgiera a sus espaldas envuelta en aquel declamatorio camisón que solía llevar a rastras por el suelo—. Ya lo sé.

Ella volvió a estrecharlo, con el pequeño Guido al hombro, muy apretado, convertido en un niño sándwich entre ellos dos, mientras él aspiraba aquel calor y ese olor inigualables, a diente de ajo, a vainilla, a cebollas friéndose hasta ponerse dulces en la sartén.

—Estoy asustada, Eddie —susurró—. Guido..., yo..., yo lo cuidé, y murió ardiendo en fiebre, y fue tan triste y patético que no podía abrir la boca para decirme una palabra, ni siquiera al sacerdote, no hubo últimas palabras, nada..., y el olor que despedía... era horrible, parecía como si se lo hubieran comido por dentro y no hubiera quedado nada de él sino mierda. —Giovannella temblaba, con una vena pulsando en la base del cuello, el flequillo cayendo suelto bajo el ala de su sombrero, sesgándole los ojos—. Tengo miedo de que yo pueda estar..., o el pequeño Guido, Eddie, nuestro hijo. Dicen que uno puede coger eso sólo con rozar a alguien mientras se camina por la calle, y tienes que darte cuenta de que yo le cuidé, estuve a su lado, permanecí todo el tiempo junto al lecho de Guido.

Sus ojos eran dos fosos girando, dos zanjas desaguándose. Y seguía sin soltarlo. Él también estaba asustado. Primero Eddie Junior, y ahora esto..., ¿qué iba a pasar si ella también había contraído la enfermedad? ¿Qué sucedería si ella moría, igual que Wilson y la señora Goux y Wing? ¿Y entonces qué? Miró hacia atrás por encima del hombro, al final del pasillo hasta la puerta de la señora Fitzmaurice; todo estaba en penumbras a la débil luz de la lámpara.

—Si estás contagiada, saldrás de eso. Igual que Mart. ¿Te he contado lo que le pasó a Mart?

—Soy viuda, Eddie —dijo ella.

Él asintió. Era viuda. La viudez. La viudedad. Ése era su nuevo estado, una triste situación, a los veintiocho años ya enlutada, desolada, y con un hijo que criar.

—Ahora podemos estar juntos.

Él asintió de nuevo, pero sin saber muy bien por qué lo hacía. Quería contarle lo

de Eddie Junior, hablarle del remordimiento que estaba madurando en sus entrañas hasta ponerse negro como una cosa podrida y desesperada, fría, cruel. Quería decírselo, pero no podía. Trató de separarse de ella —sólo para respirar—, pero ella no lo soltaba.

—¿Has oído lo que te he dicho? —insistió Giovannella.

Mirando al suelo, mirando aquellos polvorientos botines de media caña, de viejos botones, que algún cliente debía de haber dejado en el taller, le dijo:

—Te he oído. Pero mejor salimos a hablar fuera, y así la señora Fitzmaurice no podrá...

—No quiero salir a la calle. Quiero quedarme aquí. Contigo. Mira —dijo ella, dando un paso atrás y separando al niño de su hombro para que él pudiera ver la mofletuda cara infantil que le miraba soñolientamente cara a cara—. Es tu hijo, Eddie. Es tu hijo y tú eres mi marido. ¿No comprendes? Soy viuda. ¿No sabes lo que significa?

—Estoy casado —dijo él—. Lo sabes muy bien.

Los surcos se amontonaron en la frente de Giovannella al tiempo que contraía los ojos crispando la boca:

—Me trae al fresco que estés casado, yo escupo sobre tu matrimonio —dijo ella, apartándose de él virulentamente, y ahora O’Kane temía que ella fuera a tropezar con una de las lámparas a oscuras, temía que fuera a despertar a todos en la casa, desencadenando la furia de la señora Fitzmaurice, poniendo patas arriba su vida.

Le ordenó que se callara, que cerrara el puto pico.

Ella le dijo que se fuera al infierno.

¿Y qué coño era eso? Había alguien en lo alto de la escalera —¿era Maloney?— y una voz colérica bajó huracanada hasta ellos, dando vueltas como un lazo.

—No hablen tan alto, ¿vale? La gente está tratando de dormir.

—Vamos —cuchicheó él—, hablemos fuera.

—No. Aquí y ahora mismo.

Él alzó los ojos al cielo. Estaba cansado. Estaba enojado. Estaba decepcionado.

—¿Qué coño quieres de mí? ¿Quieres instalarte en tu nueva casa esta noche, con cortinas nuevas y muebles recién comprados aún envueltos en papel de regalo? ¿Eso es lo que quieres?

Ella seguía allí de pie, inmovible, con su ropa de luto, con el velo negro recogido en una especie de moño en lo alto de su sombrero, el niño rollizo e imperturbable mirándole fijamente.

—Vamos —trató de engatusarla—, vayamos a la casa de Pat y sigamos conversando en un sitio más cómodo, donde podamos, ya sabes..., te deseo —dijo.

—Yo también te deseo, Eddie.

Y se pegó a él, besándolo de nuevo, un beso frenético, furioso, punzante, con toda la locura concentrada en la caliente humedad de su boca, labios y lengua, y él sabía que todo iría como la seda, que todo sería estupendo para ambos si tan sólo pudiera

subirla a su cuarto y hacerle el amor, raptarla, follársela.

Ella se separó y le dirigió una prolongada mirada analítica, como si estuviera viéndolo desde una nueva perspectiva, toda hecha de distancia y sombra. Los músculos en las comisuras de su boca se tensaron hasta configurar la más imperceptible de las sonrisas.

—¿Qué pasa? —dijo él—. ¿Qué es lo que pasa?

—Estoy embarazada.

En fin, eso le produjo una sensación de *déjà vu*, ¿no? Simple cuestión de aritmética: un niño restado, un niño sumado. Lo único que pudo decir fue:

—¡Santo cielo, otra vez!

Ella asintió, saturándolo con su mirada. Detrás de ella, afeando las paredes del angosto corredor, colgaban los oscuros y grasientos óleos de la señora Fitzmaurice, que ella misma había pintado, representando gatitos y cachorros jugueteando en un irreconocible universo de abigarradas pinceladas y colores chocantes. Giovannella cambió al niño de un hombro al otro.

—¡Jesús! —dijo él, y aquello sonó como una maldición, aspirada con aspereza.

—Quiero que cuides de mí —dijo ella con una voz que se perdía cayendo por un acantilado.

Aquella era su oportunidad, la hora de su redención, el momento en que tenía que hacer efectiva su suerte de las tres en punto de la tarde, aunque en realidad eran más de las once de la noche, y debía estrecharla y musitarle, sí, sí, claro que lo haré, pero en vez de eso, le preguntó con una sonrisa malsana:

—¿De quién es el bebé?

—¿Cómo que de quién?

La pregunta la dejó tan asombrada que la hizo tambalearse, y súbitamente el peso del niño en su hombro, el pequeño Guido Capolupo O’Kane, se le antojó insoportable, y empezó a buscar a tientas con la mano a sus espaldas, como si quisiera encontrar algún mueble donde depositarlo. Pero al cabo de un minuto, Giovannella recuperó su presencia de ánimo, irguiéndose, sacando los pechos y levantando quince centímetros la barbilla.

—De Guido —dijo—. Es de Guido —y acto seguido cogió el pomo de la puerta y dejó que la noche entrara sólo por un instante antes de cerrar la puerta tras de sí.

¿Qué necesitaba el guapo Eddie O’Kane?, ¿por qué fallaba en todas las pruebas a que le sometían?, ¿por qué no era rico, ni libre, y tenía que ir detrás de la señora Katherine Dexter McCormick y de su demencial marido haciendo reverencias y genuflexiones?, ¿por qué siempre tenía que ir corriendo detrás de cada falda que pasaba por la calle? ¿Qué era lo que le hacía falta? Era fácil saberlo. Simple. La cosa más simple del mundo.

Necesitaba un trago.

---

## PRANGINS

El castillo de los Dexter estaba en una colina justo en las afueras de Ginebra, en Prangins, en el pueblecito de Nyon. Tenía la estructura de un torreón de piedra con unas veinte habitaciones, todo rodeado de huertos y jardines minuciosos, y una gran lengua de césped colgaba alargándose a lo largo del camino que descendía hasta la orilla del lago, donde Josephine tenía un par de botes de remos y un queche de doce metros. Nadie sabía exactamente cuán vieja era la edificación, pero se decía que algunas de sus partes databan de los tiempos de las Cruzadas, y que a partir de esa fecha había sido construida y fortificada por sucesivas generaciones de nobles y de otros no tan nobles. Voltaire había vivido allí, y en 1815 el castillo fue adquirido por el hermano de Napoleón, José Bonaparte, quien se sirvió de un túnel secreto ubicado en el sótano para deslizarse en la noche cuando su presencia resultó un estorbo para demasiadas personas. El lugar estaba rodeado por un alto muro, puertas de hierro arqueadas, y cuando Katherine rompió su compromiso con Stanley, huyó cruzando el Atlántico para refugiarse allí.

Necesitaba tiempo para pensar. Tiempo para calmar sus propios nervios y dejar de preocuparse por Stanley; había querido golpearla con aquel jarrón, en serio, lo pensó hasta el último minuto. Podía haberla dejado llena de cicatrices para el resto de su vida, o incluso matarla... ¿Y por qué? ¿Qué había ella hecho para merecer aquello? Quizá había perdido la paciencia portándose de un modo un poco brutal con él, pero eso sólo se debía a que él era obsesivo y pesimista, siempre haciendo montañas de un grano de arena, temeroso de tocarla, temeroso de lo que estaba sucediendo entre ellos, temeroso del amor. Todo eso podía comprenderlo y perdonarlo, pero la violencia era inexcusable, inconcebible, y lo más terrible de todo era lo que esa conducta revelaba: el alma más oculta de Stanley.

El primer día en Prangins lo único que hizo fue dormir, y cuando madame Fleury, el ama de llaves, asomó su cara afligida por la puerta preguntando si la señora quería algo de comer, Katherine le ordenó que se marchara. Cuando empezó a ponerse el sol, pensó que debía levantarse, pero no lo hizo; siguió allí, hundida entre almohadas, callada, sin moverse. Mientras observaba las tinieblas coagulándose en los rincones y desparramándose por el suelo, volvió a quedarse dormida, la noche era un vacío, negro y silencioso, no soplaba el viento, ni llegaba ningún murmullo desde el lago. Por la mañana, despertó al canto de los pájaros y vio la cambiante luz reflejándose en el agua, la vacilante luz acuosa de su juventud, cuando ella se pasaba la mitad del día remando en el lago hasta perder de vista la orilla, y durante los primeros treinta segundos no pensó en Stanley. Estaba en Prangins, protegida por aquellos muros,

detrás de la enorme puerta de hierro, segura y a salvo, y todo lo que tenía que hacer era leer y pasear y remar, para lo cual disponía de todo el tiempo del mundo, ¿y qué había de malo en ello? Súbitamente sintió hambre, y se dio cuenta de que no había comido nada desde que se bajó del tren que la había traído de París; tenía el estómago alborotado, revuelto, gruñendo apaciblemente. Llamó al ama de llaves y pidió el desayuno, un buen desayuno suizo con huevos, quesos, finísimas lonchas de jamón de la Selva Negra, panecillos recién sacados del horno y nata fresca para su café, y se lo comió todo en una especie de ensueño, sentada ante la ventana y contemplando el lago.

Tuvo que hacer un esfuerzo para vestirse y bajó a saludar a las criadas, a la mayoría de las cuales hacía casi un año que no veía, y luego fue al lago y echó al agua uno de los botes. Una brisa perfumada de nieve soplaba de las montañas, pero hacía calor y ella disfrutó del tacto de los remos, de la espuma, del balanceo del bote, de cada golpe de remo llevándola más allá de todas las complejidades de su vida, más allá de Stanley y del traje de boda y de los kilos y kilos de arroz *arborio* —y del fantasma de los críos, de eso también. ¿Qué era lo que él había gritado en medio del clamor de la multitud y entre los aullidos de la sirena del barco? «¡Puedo tener niños!».

Eso fue encantador. De verdad. Y ella quería tener un bebé, no sólo por el bien de Stanley y para alegría de su madre y para honrar la memoria de su padre y de todos los Dexter que le antecedían en el árbol genealógico, sino por la más personal y egoísta de las razones: porque era su privilegio y su voluntad. Como mujer. Como una mujer independiente con sus propios recursos. Durante veintinueve años había desarrollado su cuerpo y su mente, ¿y con qué fin? Para hacer su elección, su propia y libre elección, sin tener en cuenta las convenciones ni las expectativas ni las demandas del mundo de los hombres, estuviera o no casada, tuviera o no un hijo, para estudiar ciencias biológicas en el instituto o escalar el monte Everest, y ella había elegido a Stanley, y a nadie más. El fornido, tímido y artístico Stanley, el atlético Stanley, el varonil Stanley. Él era su destino biológico, su esposo, su macho, y ambos se acoplarían en la oscuridad y él la preñaría —así se suponía que tenía que ocurrir, y eso era lo que ella quería. Pensaba en todo eso mientras remaba, sintiendo cómo se aceleraba su pulso, disfrutando de la contracción y la distensión de los músculos en los hombros y la espalda, y se imaginó en un campo de flores blancas, con un camión blanco, encinta y rutilante, igual que la Madonna del Rosal. Era aterrador, más allá de su control..., era bello, apasionante y aterrador.

Pero Stanley estaba en Chicago, adonde él pertenecía y en donde tenía que estar hasta que fuera capaz de controlarse. Ella había sido amable con él; él tenía que comprender que necesitaba marcharse, y aunque oficialmente el compromiso estaba roto, el anillo devuelto y los pedidos a los proveedores, a los floristas y a sus secuaces, cancelados, todavía había una esperanza, si él le daba tiempo. Amable, pero firme. Ella no le dijo cuándo se iba ni adónde pensaba ir, para que no la persiguiera,

pasara lo que pasase. Él tenía que respetar esa decisión. Y si lo hacía, si mejoraba su actitud y controlaba los nervios, y ella también tenía tiempo para calmar los suyos, entonces tal vez, pero sólo tal vez, todavía les quedaba una esperanza.

A mediodía —o lo que ella creyó era mediodía a juzgar por la posición del sol entre las nubes encima de su cabeza— sintió hambre de nuevo, y era una buena señal. No llevaba nada en el bote, ni siquiera una manzana o una pera, así que se dejó llevar a la deriva un rato, acunada por las olas, dejando que el olor del viento y del agua jugueteara en sus sentidos hasta que el hambre se tornó un dolor físico, y entonces se dirigió a un mesón en la orilla de Ginebra, y se sentó en un vasto comedor y leyó el periódico ante una taza de té mientras un puntilloso camarero con bigotes chorreantes mariposeaba a su alrededor.

Le sirvieron sopa, una ensalada, pato asado con patatas y verduras, y se comió el postre sin prisa, ora leyendo un párrafo del periódico desplegado ante ella, ora levantando la cabeza para contemplar el lago ensimismada. Cuando finalmente volvió a subir al bote con ayuda de un conserje demasiado solícito mientras el camarero hacía gestos de desaprobación («¿No preferiría la señora un taxi? Cualquiera de los chicos puede llevarle de vuelta el bote por la mañana... *Cela ne pose pas de problème*»), el cielo estaba encapotado, cerrado como un puño, y una luz lloviznosa colgaba suspendida en el aire. Ella les dio las gracias por sus consejos, pero realmente prefería hacer ejercicio. Cloqueando y protestando, el conserje abrió un paraguas para protegerla mientras ella se sentaba en la bancada, y luego se quedaron mirándola incrédulos mientras ella se alejaba del embarcadero ágilmente, poniendo proa al vientre de la bruma, borroso y flotante. La visibilidad era escasa, y Katherine podía encontrarse realmente en peligro, pero avanzó pegada a la orilla, remando hasta perder la noción de estar remando, hasta que lo único que quedó en el universo eran sus brazos, el bote y el lago.

Transcurrieron dos semanas. No visitó a nadie, ni nadie la visitó a ella. Nadó, paseó, remó, leyó novelas francesas, a veces ayudaba al cocinero a confeccionar el menú y hasta se encargó del bordado en arpillera que su madre había dejado inconcluso el otoño pasado, y no se aburría, todavía no, sino que cada día se sentía más saludable, calmada y apacible. Estaba sentada para desayunar una mañana, absorta en un cuento de Maupassant —ése sobre la cortesana rechoncha y el coche lleno de hipócritas— cuando madame Fleury le informó que había un hombre en la verja preguntando por ella.

—¿Un hombre?

—Sí, señora. Dice que la conoce. Y que no piensa irse.

¿Y qué fue lo que sintió?, ¿un pequeño chispazo? Esperanza, miedo, enfado: no era posible.

—¿Le ha dado su tarjeta de visita? ¿Algún nombre?

El ama de llaves era una cuarentona poco agraciada, angulosa, experta en manejar cualquier expresión de su cara suprimiendo la más leve insinuación de emoción en su

voz; la casa podía estar ardiendo que ella golpearía tranquilamente a la puerta para preguntar si la señora necesitaba algo. Sus labios sutilmente tiesos y duros se abrieron dando forma a las palabras:

—Se negó, señora. Pero no hemos abierto la puerta, y Jean Claude no le quita el ojo de encima.

Katherine depositó la taza de té en la mesa. El corazón le dio un vuelco.

—Muy bien, ¿se trata de alguien del pueblo? ¿Es un tendero, un caballero, un cabrero?

El ama de llaves se encogió de hombros, y fue un encogimiento de hombros gálico, respetuoso solamente en la medida en que era necesario, mientras se las ingeniaba para expresar no sólo impaciencia, sino una profunda desilusión ante la pregunta. Frunció los labios.

—Dice Jean Claude que tiene un automóvil.

Entonces Katherine se levantó de la mesa, sin tiempo para pensar, sin tiempo para arreglarse el pelo ni coger un sombrero ni preocuparse de cómo iba vestida, y bajó los escalones de piedra y salió al paseo de la entrada del castillo, con la gravilla saltando torpemente bajo sus pies todo el camino hasta la puerta, sin aliento, convencida de que era una falsa alarma, algún muchacho de Oxford haciendo turismo que venía a preguntar algo sobre la historia y la arquitectura del lugar, algún automovilista entusiasta, con alguna avería mecánica, un amigo de su madre, o un entrometido del pueblo..., pero se equivocaba. Porque era Stanley, Stanley allí de pie en la puerta de hierro, igual que una aparición exhalada de la tierra que acabara de tomar forma en ese instante. Parecía como si quisiera mantenerse erguido aferrando ambas manos a los barrotes de la puerta, pero tenía los hombros caídos, y agachaba la cabeza en un gesto de penitencia.

—¡Stanley! —gritó ella, tratando de no correr, esforzándose por mantenerse serena y no perder la compostura, pero al cabo de un momento casi no sentía el suelo bajo sus pies, estaba corriendo a pesar de sí misma. Él estaba helado, soldado a la reja: no se movía, no alzaba la cabeza ni levantaba los ojos. Jean Claude, el portero, la miró de un modo extraño, y parecía estar listo a precipitarse sobre el intruso en caso de necesidad.

Ella llegó a la puerta, y le acarició las manos, mirando su apesadumbrado rostro a través de las barras de hierro. Volvió a pronunciar su nombre: «Stanley», y luego ya no supo qué decir, pues él seguía sin mirarla, con la cabeza colgando, los hombros encogidos, el pelo cayendo sobre sus ojos, completamente abyecto, el chivo expiatorio regresando para recibir su castigo. Entonces todo se detuvo, la tierra empalada en su eje, el sol atrapado en su trayectoria, la brisa inmovilizada, la cara de Jean Claude convertida en el rostro de una fotografía, hasta que finalmente ella supo lo que tenía que decir, y casi fue como si estuviera hablando con la voz prestada de su madre o la de la señorita Hershey, cuando muchos años atrás ella asistía a las clases de francés, aprendiendo buenos modales y los aspectos más refinados de la etiqueta



junto con las otras chicas ingenuas y núbiles de Back Bay: «¡Qué alegría que hayas venido!».

La boda se celebró en septiembre, y como tuvo lugar en Europa y se anunció y organizó precipitadamente, los periódicos americanos sacaron el máximo provecho con titulares como éstos: SECRETAS NUPCIAS DE MCCORMICK; SEÑORITA DE LA BUENA SOCIEDAD SE CASA CON HEREDERO DE MCCORMICK EN RETIRO SUIZO; MCCORMICK-DEXTER: UNA BODA ENVUELTA EN EL MAYOR SECRETO. En realidad, hubo dos ceremonias: una civil ante un magistrado en Ginebra y otra privada en Prangins, presidida por un clérigo francés de indeterminada afiliación que según sospechas de Nettie debía de ser un unitario o incluso un universalista. Ella sacó un pasaje tan pronto como Stanley le envió el telegrama anunciándole que ya habían fijado una fecha, y desde el principio hizo campaña a favor de una boda por la iglesia, allí, en la misma cuna del presbiterianísimo —de otro modo sería un sacrilegio, y eso la heriría en lo más vivo, sería como arrancarle el corazón y pisoteárselo—, pero era la boda de Katherine, en el castillo de Katherine, y ahora Katherine tenía vara alta sobre Stanley, así que Nettie estaba condenada al fracaso, y de nada valió que luchara encarnizadamente hasta el último minuto, hasta que aquel francés, que era un coágulo nasal, los declaró marido y mujer. Stanley había hecho su elección, había dado su salto, y era como saltar de un lúgubre precipicio a otro, y no había nada que ella pudiera hacer para remediarlo.

Pactó una incómoda paz con Josephine, quien al menos se comportaba como una dama y mostraba un notable grado de buen gusto con la elección de las estatuas y la disposición de los jardines en Prangins, pero Nettie nunca perdonaría a su nuera, la científica, la impía niñata que sigilosamente le había robado al menor de sus hijos, e incluso mientras el francés estaba entonando: «Je vous déclare maintenant mari et femme», ella, situada detrás de Stanley, siseó: «Impío, impío». Y gracias a Dios que trajo a Cyrus Junior con ella para sostenerla, porque de lo contrario se hubiera caído desmayada allí mismo (ni Anita ni Harold honraron las nupcias con su presencia, lo que hablaba por sí solo, aunque Anita tenía que cuidar de su niño y en el caso de Harold, bueno, alguien tenía que quedarse para atender los negocios). Sin embargo, lloró, como suelen hacer las madres en esas ocasiones, pero sus lágrimas eran muy distintas de las de Josephine, quien lloriqueó como una niña desvalida de tres años en ambas ceremonias, si es que se las podía denominar así. Qué va, sus lágrimas eran de rabia y odio. De haber podido, hubiera matado a Katherine allí mismo, mientras permanecía de pie con su vestido Gaston y las perlas y los encajes y aquel ridículo sombrero que parecía un pastel de boda hinchado, un sombrero que ella llevaba en lo alto de la coronilla, para parecer casi tan alta como Stanley, pues al sombrero había que sumar sus tacones, el moño y el velo..., sí que la hubiera matado, que Dios la perdona, pero ganas no le faltaban.

¿Y cómo se sentía la novia? Satisfecha. Más que satisfecha, jubilosa, triunfante, con la batalla ganada y la ciudadela tomada, y era amable en la victoria. Y en el amor también, pues había saltado el mismo abismo que Stanley, y ya no había ansiedad, no

más miedo de caer en picado y estrellarse: él era su marido y ella su mujer. Estaba contenta. Francamente contenta. Se sentía más segura que nunca en su vida. Y lo que la convenció de que todo iba sobre ruedas y extinguió los últimos remanentes de dudas fue el mismo Stanley, postrado ante ella esa mañana de verano precoz, al otro lado de la puerta del castillo.

Se le veía tan contrito y digno de compasión, pálido como un cadáver, ojeroso después de pasarse dos semanas en vela, añorándola con cada fibra de su ser. No conseguía justificarse ni explicar qué hacía allí o por qué estaba allí, ni qué presagiaba para ambos su presencia: estaba abrumado por sus sentimientos, era tan simple como eso. La amaba. No podía vivir sin ella. Y a ella no le hacía falta que se lo dijera, ni tenía que leerlo en una carta perfumada, porque podía verlo en sus ojos, en su cara y en la manera en que se agarraba a la reja, con una especie de desolación, con la desesperación del arrepentido: ella le había advertido que no viniera y él la había desobedecido. Eso la ablandó, la ablandó en el acto, y lo dejó pasar, le brindó bombones y magdalenas y le mostró el castillo, las veinte habitaciones, andando de puntillas, prácticamente levitando, casi volando, como si ella fuera más ligera que el aire y ya nada pudiera atarla, y después fueron al lago y remaron, y entonces supo que no había nada en el mundo que necesitara más que tener a Stanley a su lado.

Sí, y ahora estaban casados, y no había nada ni nadie que pudiera impedirlo, ni Nettie ni esa odiosa rata de su abogadito —Foville o Fabril o como diablos se llamara— ni el ambulante palo de escoba que era Cyrus, tan tieso y formal y ejecutando torpemente los modales aprendidos en colegios de niños ricos, pero más indiscreto que un niño limpiabotas. Pero ¿y a ella qué más le daba? No se había casado con la familia McCormick, sino con Stanley, y el resto de su vida estaba a punto de empezar. Esperaba, pasmada de excitación, un poco sonrojada por el champaña, a que la fiesta se disolviera del todo, mientras su madre acompañaba a los invitados a la puerta y Stanley permanecía sonriendo y pálido a su lado. Por la noche los invitados se fueron a Ginebra, y también Josephine —«Quiero que tengas el castillo para ti sola, cariño», le dijo, «sólo para ti, Stanley, y la servidumbre»—, y al otro día por la mañana embarcarían en su luna de miel, primero a París durante un mes, para ir de compras y pasear por las galerías, para visitar Cartier & Fils y Tervisier & Dautant, y eso sería una gran fiesta, aunque Nettie insistiera en acompañarlos —y Josephine. Y ella se reía a solas, con un secreto gorjeo, un pequeño repique de risa de novia, preguntándose si ambas madres, en el curso de la luna de miel, se las arreglarían de algún modo para anularse mutuamente.

Tomó la mano de Stanley mientras los invitados —sólo unos cincuenta, el grupo de los más íntimos— empezaban a salir. Eso fue a las ocho y media de la tarde del 15 de septiembre de 1904, y la luz colgaba en jirones sobre el lago mientras en el vestíbulo resonaban las risas y los parabienes envolviéndolos en la embriaguez de todo lo que había sucedido y lo que estaba por suceder. Los dedos de Stanley se entrelazaron con los de Katherine, cuya bata —de seda color marfil con un borde de

encaje de Bélgica del color del helado de vainilla, el favorito de Stanley— la esperaba extendida sobre la gran cama endoselada de la suite de Bonaparte, en la planta superior.

—Buenas noches —le iba diciendo ella a cada invitado—, buenas noches, y muchas gracias —mientras Stanley permanecía erguido a su lado, extendido el brazo, estrechando manos, sonriendo como un niño, un amante, o un hinduista extático, midiendo las palabras y experimentando por anticipado una corriente que casi crepitaba en las yemas de sus dedos. Una corriente que ella podía sentir. Desde luego que sí.

Y luego tuvo lugar toda la aventura de ir a la alcoba, despedir a los sirvientes, entrar en los vestidores y baños separados, las tímidas sonrisas, las palabras cariñosas, con la cama presidiéndolo todo. Katherine se tomó su tiempo, cepillándose el pelo en un vértigo de alegría, virgen a los veintinueve años y en el momento de su liberación. Se frotó la cara y las manos con una loción, con la punta del dedo se echó perfume detrás de las orejas, y cuando dejó su salto de cama junto al vestido de novia en el canapé y se quitó la ropa interior, sintió que una emoción que jamás había experimentado la recorría, era un escalofrío y una fiebre al mismo tiempo, la sangre estallando en las venas cual pólvora. Y entonces se puso el camisón. Levantó los brazos, y de golpe respiró con ansiedad, dejando que la seda resbalara a lo largo de su cuerpo como si fuera agua. Hacía veinte minutos le había apretado el brazo a Stanley, besándole en la mejilla ante la puerta de su vestidor. Se acercaba el gran momento.

Katherine se deslizó descalza en el dormitorio, con la cálida cubierta de seda acumulándose en sus pechos y caderas, fluyendo suavemente por su abdomen. Había dos velas ceremonialmente encendidas a ambos lados de la cama —una idea de la madre de Katherine— y también flores por doquier, toda una selva, cuya fragancia volvía el aire denso como la cera. Apenas podía respirar de la excitación, ¿y qué era aquel bulto: Stanley? ¿Era él aquella cosa, debajo del cobertor?... ¿esa sombra en la cama? No, no era él, y sus dedos le dijeron lo que los ojos no podían decirle: la cama estaba vacía. La alcoba estaba vacía. Y la puerta que daba al vestidor de Stanley estaba cerrada.

—¿Stanley? —llamó ella, y al ver que no obtenía respuesta lo intentó de nuevo, esta vez un poco más alto, y entonces se dio cuenta de que podía chillar a voz en cuello si quería, pues allí no había nadie que la oyera, ni siquiera los criados. Eso hizo que se sintiera rara. Descarada, cachonda, como una esposa—. ¿Stanley?

Ni un solo sonido.

Katherine intentó manipular el pomo de la puerta del vestidor de su esposo: estaba cerrada por dentro con llave. Aporreó la puerta y llamó otra vez:

—¡Stanley!

Esta vez, desde lo profundo del armario empotrado que hacía las veces de vestidor, le llegó una respuesta amortiguada, un gruñido tan forzado y distante que muy bien hubiera podido proceder del túnel secreto de Bonaparte situado en las

entrañas de la residencia.

—Ya estoy lista —dijo ella, pegando los labios a la puerta—. Lista para ti.

Otro gruñido, esta vez más cerca, y un ruido de cosas moviéndose, seguido por un profundo y amenazador silencio. ¿Y cuál era el problema? En cuanto lo comprendió, una sonrisa afloró en sus labios. Stanley era tímido, eso era todo, tímido como una doncella, ¿y acaso no era eso encantador? Ella no quería un Butler Ames ni un Casaubon, que la iniciaran en los placeres de la vida matrimonial, ella quería precisamente eso, a Stanley, un neófito como ella que iría despacio y dejándole descubrir las delicias de Eros en una mutua exploración, en común, en vida conyugal, sin tener que soportar una imaginaria colección de amantes y putas y viudas lujuriosas fisgoneando por encima de su hombro. Muy bien. Le daría tiempo.

—Estaré esperándote en la cama —susurró—. ¿Quieres que apague las velas?

Y ahora oyó su voz, allí mismo, al otro lado de la puerta:

—No, es que..., sí, sí, de acuerdo, ya voy..., voy enseguida, es que tengo algunas cosas que..., sí, claro que sí..., ya voy...

Ella regresó flotando a la cama, pasando de un galope a un trote, y ahuecó la mano por detrás de cada vela, soplando la oscuridad en la alcoba. Las sábanas le dieron la bienvenida, la noche era suave, las estrellas enmarcaban la ventana que daba al lago, y descorrió las cortinas para que al menos entrara esa luz sideral, una brújula por la cual guiarse. Desplegó la cabellera en abanico sobre la almohada y se quedó allí tendida, boca arriba, esperando. ¿En qué pensaba? En todo. En todo lo que le había sucedido a lo largo de su existencia, y vio desfilar cada rostro, cada incidente, cada palabra, mientras las estrellas cambiaban de posición en el firmamento, y la puerta de Stanley seguía cerrada a cal y canto. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? ¿Se habría quedado dormida? Salió de la cama, la alfombra era ahora un continente bajo sus pies y las frías baldosas, un mar. De nuevo estaba ante la puerta del vestidor de Stanley, y esta vez no tuvo que susurrar, no tuvo que decir nada. El picaporte giró con un clic bajo la presión de sus dedos y la puerta se abrió.

Su esposo, cuya cara estaba pálida como la luna, la contempló alarmado desde el secreter situado en un rincón del vestidor, ante el cual estaba sentado en una silla de rígido respaldo, acodado en el tablero, en medio de una confusión de papeles, sobres, plumas y lápices. Ni siquiera hizo el intento de sonreír.

—Stanley, ¿qué diablos estás haciendo? —dijo ella presa de un asombro rayano en la estupefacción, ¿y por qué de repente se sentía tan desnuda y vulnerable, con el camisón pegándose a todas sus zonas erógenas mientras los sobrecogedores ojos de Stanley devoraban su imagen? Entonces reparó en el reloj, encima de la repisa de la chimenea, un antiguo bloque de madera tallada cuyo mecanismo suizo daba la hora con un sordo sonido desapacible en vez de una campanada. Ahora estaba aún más atónita—. Son casi las cuatro de la mañana —exclamó, y se notaba la exasperación en su voz, una mezcla de impaciencia de esposa, incredulidad, e incluso conmoción emocional.

—Yo, bueno... —empezó él, y ella vio que aún llevaba el frac, y que el sombrero de copa estaba tirado en el escritorio, frente a él—, ya sabes, tengo trabajo, debo ocuparme de la correspondencia, esa clase de cosas. Al fin y al cabo sigo siendo, bueno, el *interventor* de la Compañía de Cosechadoras, aunque tú no le des importancia a eso, y también..., bueno, pues también están las notas de agradecimiento que debo enviar, porque ha venido mucha gente..., y también tengo que escribirle a Harold, para contarle todo lo de este día, quiero decir, para hablarle de nosotros...

Ella estaba boquiabierta.

—Pero, Stanley, querido, es nuestra noche de bodas...

La luz de la lámpara, que estaba casi en la esquina del secreter, cortó la cara de Stanley en dos. Él apartó la vista para garabatear algo en la hoja de papel que tenía delante y se puso rígido y crispado, mientras apretaba la pluma contra el papel, rasgándolo, hasta romper la punta. Irritado, alargó la mano para coger otra. Al cabo de un rato ella comprendió que él no iba a responderle.

—Stanley, querido —le dijo—, ¿no te parece que eso podría esperar? ¿Al menos hasta mañana? —Y entonces entró en el vestidor, llegó hasta donde él estaba y le puso una mano en el hombro. Él ni se movió, ni siquiera un tic nervioso, sino que continuó escribiendo mientras ocultaba la hoja haciendo pantalla con una mano—. Vamos, Stanley, sé razonable —murmuró cariñosamente, y le despeinó un poco el pelo en la nuca.

Él se volvió tapando ahora el papel con ambas manos de modo que ella no pudiera ver lo que estaba escribiendo, ¿y eso qué significaba...?, ¿secretos? ¿Secretos en su noche de bodas?

—Yo..., yo... —dijo él en un hilo de voz. Parecía estar medio dormido, drogado, mesmerizado.

Ella le acarició los hombros.

—Vamos —musitó—, es hora de ir a la cama. Conmigo. Conmigo, Stanley.

—Sí —dijo él, mirándola fijamente con ojos cautelosos—, sí..., lo... lo sé, y quiero hacerlo, tengo que hacerlo, pero ya ves, si tan sólo me dieras un minuto, es todo lo que necesito, un minuto más, sólo para terminar. Yo, bueno, esto es...

¿Qué podía decir ella? Estaba pasmada y ofendida. ¿Aquella era su noche de bodas, lo que con tanta ilusión había esperado toda su vida? ¿Realmente era eso? ¿Qué había salido mal? ¿Habría cometido algún error? ¿La estaría rechazando, después de pensárselo mejor? Ciertamente sabía que Stanley era tímido, y que ése era uno de los rasgos que más le atraían de él, pero aquello ya pasaba de castaño oscuro: ni siquiera se había quitado la ropa. Eso era como si no tuviera ni la más remota intención de desnudarse, como si ésa no fuera la noche más sagrada de sus vidas, como si ella no hubiera estado esperándolo en la alcoba durante todas aquellas horas, lentas e insondables. Y entonces lo comprendió todo, tardíamente, allí de pie, acariciando sus hombros agarrotados mientras él apartaba la cara protegiendo la carta

para que ella no la leyera: Stanley le tenía miedo. Miedo a su propia esposa. Miedo a las sábanas, a la cama, a los complicados mecanismos del amor. Estaba sufriendo, era evidente, sufriendo por amor a ella, y eso la ablandó.

—Muy bien —dijo finalmente, inclinándose para rozarle la cabeza con un beso, preguntándose qué iba a decir, cómo expresarlo, cuán franca se atrevería a ser—, pero no me cabe en la cabeza que puedas estar pensando en los negocios y en la correspondencia en un momento como éste.

Él no la miró. Ella sintió cómo sus hombros se ponían más rígidos bajo el tacto de su mano.

—Muy bien —suspiró—, ya que los negocios significan tanto para ti, me voy, pero prométeme que vendrás a la cama dentro de un minuto, ¿vale? Un minuto. Ni más ni menos.

A la luz cruel y brillante de la lámpara, ella se acercó para besarle la mejilla, pero él apartó el rostro y repitió la promesa que ella le había arrancado, pero dirigiendo sus palabras a la superficie del escritorio.

—Sí —dijo—. Lo prometo.

Por la mañana Katherine tuvo que cambiar la ropa de cama ella misma, antes de que la criada se asomara en la puerta: allí no había sábanas ensangrentadas que mostrar, ninguna señal de virginidad desflorada, ni siquiera la limpia y saludable huella de dos cuerpos enroscados formando uno solo. Lio las sábanas y las metió de prisa en la chimenea, donde ardieron formando una furiosa llamarada antes de asentarse en inestables coágulos de ceniza. Stanley se había quedado dormido en el escritorio y aún dormía cuando ella lo despertó a las ocho mientras una luz fuliginosa se difuminaba como una mancha sobre el lago hasta poner el cielo tan oscuro como estaba antes del amanecer, cuando ella se había despertado. A las nueve en punto, empezó a llover.

Katherine estaba postrada en el colchón pelado, mirando a través de las cortinas de la cama el agua azotando las ventanas, temerosa de moverse. Tenía un hambre canina —apenas había comido nada el día anterior por pura excitación—, pero también temía tocar la campanilla para que le trajeran el desayuno porque entonces todo el mundo lo sabría, sobre todo los sirvientes, tan dados a las habladurías, y más aún esos suizos afrancesados, a quienes no se les escapaba ni un solo detalle, y siempre andaban por la casa dándose aires, como si en realidad fueran criados de una emperatriz y estuvieran allí prestados sólo por unos días. ¿Qué hacer? Su madre llegaría pronto, con todas las preguntas imaginables reflejadas en sus ojos, y detrás vendría la madre de Stanley, justo a tiempo para almorzar ligeramente antes de que el séquito galopante se pusiera en marcha para ir a tomar el tren que les llevaría a París, donde se alojarían en el Hotel Elysée Palace.

Finalmente, mientras el reloj daba las diez con su reiterado sonido desapacible,

Katherine fue de puntillas hasta la puerta del vestidor de Stanley y se asomó. Su marido seguía durmiendo, con la cabeza inclinada en los brazos cruzados, mientras a sus pies había un canasto lleno de papeles estrujados. Roncaba, y sus sibilantes ronquidos levantaban levemente las hojas desparramadas a su alrededor, y ella advirtió que no había oído a un hombre roncando desde que su padre había muerto — solía quedarse dormido en la biblioteca después de cenar, con el periódico resbalando de su regazo, una taza de leche malteada caliente enfriándose en la mesa que estaba a su lado. La escena le resultó curiosamente entrañable: Stanley allí roncando, en el secreter, con la mejilla apoyada en el tablero, los labios resoplando y las largas pestañas enredadas como las de una muñeca. Pero de todas maneras, tenía que despertarlo, no sería de recibo que las criadas le encontraran así.

Pensó en sacudirlo por el hombro y pronunciar su nombre en un prolongado susurro —«Stanley, Stanley, despierta»—, prometiéndose que aún le quedaban diez mil mañanas por delante, pero cuando estuvo realmente dentro del vestidor, cerca de su durmiente silueta desaliñada, no pudo hacerlo. ¿Y por qué no? Porque eso habría turbado a Stanley, mortificándolo, cogiéndolo en una mentira, y ella no quería ver esa expresión en su semblante, el dolor, el asombro y la vergüenza en sus ojos, así que regresó a la puerta, la abrió y la cerró ruidosamente tres veces seguidas antes de salir precipitadamente del dormitorio y bajar las escaleras para desayunar.

Abajo la recibieron con cejas enarcadas. Los sirvientes se deslizaban cual directores de pompas fúnebres, madame Fleury sufrió un ahogo y casi no podía respirar, con los ojos acongojados. ¿Dónde, se preguntaban todos, estaba el amo y señor de la casa, el rey y patriarca y desflorador de vírgenes? Se había acostado tarde. Y no quería que lo molestaran. Y por supuesto esa revelación sólo sirvió para provocar más enarcamientos de cejas. Katherine ignoró esos gestos de extrañeza. Pidió el desayuno, contemplando la lluvia, y desayunó lentamente: un pequeño bocado de vez en cuando.

Stanley apareció a mediodía, con aspecto aturdido. Se había bañado y se había puesto un traje de etiqueta color humo de Londres, con cuello duro y corbata. Katherine, ya con el vestido que llevaría en el tren a París, estaba en el salón, sentada ante la ventana con un libro que pretendía estar leyendo.

—¡Ah, mira qué bien! —dijo Stanley, asomando la cabeza por la puerta igual que un niño cometiendo una travesura—, así que estás, bueno, aquí. Yo sólo, bueno... — Y abrió la puerta entrando en la sala, alto y solemne, sacando el pecho y pasándose algo de una mano a la otra: un papelito minuciosamente doblado. Balanceándose en los talones y relamiéndose, abrió la boca para decir algo, pero al parecer no podía articular palabra.

—Buenos días —dijo Katherine—. ¿O debería decir «buenas tardes»?

Él no sabía qué decir. Simplemente permanecía allí, justo debajo del dintel de la puerta, observándola con el rostro encapotado.

—¿Has dormido bien? —Ella no quería ser mordaz, no quería provocarlo, pero

no parecía capaz de evitarlo. Estaba enfadada. Y también se sentía humillada.

—Yo..., bueno..., yo, lo siento, yo, ya sabes..., tenía trabajo... y luego, antes de que me diera cuenta... —Y agitó las manos en el aire en un gesto de desamparo, sin soltar el papelito minuciosamente doblado.

Katherine sintió que se le subía la sangre al rostro. Él seguía allí de pie, igual que un tarugo de madera, como un zoquete, con los hombros caídos y una salpicadura de espuma de crema de afeitar pegada en la papada.

—¿Y bien? —preguntó ella—. ¿No soy digna de un beso? —Y hubiera querido añadir: «por lo menos», pero se contuvo.

Súbitamente él reaccionó y en tres zancadas atravesó el enorme salón abovedado con sus desteñidos tapices cubriendo los muros donde se abrían largas y estrechas ventanas que daban al vacío gris del lago. Stanley no parecía tierno, en modo alguno, más bien parecía decidido, obediente, casi marcial. Se inclinó rígidamente mientras ella levantaba la barbilla apretando los labios y la besó secamente, en la mejilla, y para de contar. Ella se levantó del sillón para abrazarlo, pero él dio un paso atrás, con todas las fibras de su ser estremeciéndose y sacudiéndose nerviosamente, ¿y qué era aquello? Ahora estaba tendiéndole el papel, aquella hoja doblada, ese crujiente folio de oficina con el logotipo de McCormick estampado a relieve en una esquina.

—Katherine —dijo—. Yo quiero..., anoche, yo..., toma. —Y la obligó a coger el papel, con una sonrisa tirante de oreja a oreja, comiéndosela con los ojos—. Adelante —dijo—. Ábrelo. Léelo.

Ella desdobló el papel y lo puso a la luz de una ventana, allí de pie, junto a él, la mañana después de su noche de bodas, con la lluvia tamborileando en las ventanas y los criados al acecho en el vestíbulo. Era un testamento. Cuatro líneas, firmado y fechado, y nada más.

Por medio de la presente, yo, Stanley Robert McCormick, en plena posesión de mis facultades físicas y mentales, declaro que en caso de fallecimiento hago entrega de todo mi dinero, posesiones y bienes raíces, *in toto*, a mi esposa, Katherine Dexter McCormick.

Ella no sabía qué decir. Aquello era algo inesperado, tan extraño —y también tan morboso. ¿Era eso lo que había estado escribiendo? ¿Aquello era lo que le había mantenido alejado de ella la noche anterior?

—Stanley —murmuró en un hilo de voz—, no tienes que hacer esto..., nos sobra el tiempo para pensar en cosas como ésta, tenemos muchos años por delante...

Él estaba radiante, exhibiendo todos los dientes y sus pupilas rutilaban como bombillas de cien vatios.

—Era una sorpresa —dijo—. Eso era lo que estaba haciendo anoche, no era nada relacionado con los negocios, nada que ver con eso, ya ves, porque..., bueno, estaba pensando en ti...

Y ahora ella se había quedado sin palabras, al igual que él. Katherine lo estrechó, apretándolo contra sí hasta ser una sola carne, y levantó la cabeza y encontró sus



labios. Y así estaban, en esa pose, dándose el primer beso de verdad de su vida matrimonial, ambos electrizados por una corriente de emoción, cuando la madre de Katherine abrió la puerta de sopetón, toda plumas y perfume, rebosante de energía, con la madre de Stanley pisándole los talones.

—¡Oh, míralos —cacareó Josephine—, si parecen tortolitos!

TERCERA PARTE

## La época del doctor Kempf

---

## «ESTUPORES BENIGNOS»

O’Kane estaba tumbado en el césped, en un sendero que pasaba entre los arbustos de dafnes, junto con Mart y el señor McCormick, los tres jadeando y enjabonados en sudor. El señor McCormick se había mostrado especialmente fogoso durante su paseo aquella mañana, arrastrándolos en una persecución desenfrenada a todo lo largo y ancho de la finca, moviendo los codos como émbolos y con las fosas nasales dilatadas, clavando la vista en algún señuelo invisible perdido en lontananza. Él delante y los enfermeros detrás, subieron corriendo hasta el terreno más elevado de la finca, una inhumana cuesta empinada entre vertiginosas vistas del Canal, y luego dieron media vuelta y volvieron a bajar corriendo, el señor McCormick siempre llevando la delantera con sus lunáticas zancadas, zigzagueando para despistarlos, amagando con coger ora por este camino, ora por aquel otro, hasta que dieron la vuelta a la casa tres veces y finalmente cayeron allí rendidos, entre los dafnes. Mart yacía postrado en un banco de piedra cerca de la fuente, completamente inanimado salvo por su torturada respiración, y el señor McCormick, tendido en la hierba, miraba fijamente el cielo granulado, con la chaqueta enrollada debajo de su cabeza a guisa de almohada. Todo estaba absolutamente tranquilo, ni una brisa, ni un sonido. El sol casi los aplastaba con su peso.

—¡Qué pena lo de Hoch! —dijo O’Kane al cabo de un rato, sólo por decir algo.

Mart gruñó. El señor McCormick seguía mirando el cielo.

—A mí me caía bien, ¿sabes lo que te quiero decir, Mart? No era tan excitable como Hamilton o Brush, si es ésa la palabra indicada. Y el señor McCormick realmente llegó a quererle también, ¿no es verdad, señor McCormick?

O’Kane no esperaba una respuesta. Ni él, ni Mart, pues ambos se pasaban la mitad del tiempo hablando de su patrón y benefactor en su presencia, como si fuera transparente. Pero el señor McCormick los sorprendió. Ladeó la cabeza para mirar más de cerca a O’Kane, contrayendo los ojos hasta enfocarlos.

—¿El doctor Hoch? —repitió como un eco, en un tono agudo e inestable—. ¿Qu... qu... qué le ha pasado?

—Recuerde, señor McCormick..., fue ayer, ayer por la mañana. El doctor Brush nos comunicó la noticia.

Se produjo un silencio. Una sombra reflexiva pasó sobre las facciones del señor McCormick. Al cabo de un rato, dijo:

—No, no recuerdo nada.

—Seguro que sí. Usted estaba muy alterado en ese momento... y no le culpo. Todos estábamos alterados.

El doctor Brush había regresado de la guerra hacía un mes, en agosto, justo a tiempo para quitarle la batuta a Hoch, quien falleció inmediatamente después. En cualquier caso, los rigores del frente occidental sólo habían servido para que el doctor Brush engordara más aún, y había regresado más glotón que nunca. Con su habitual sarta de lugares comunes y toda una andanada de «por la sencilla razón», le había explicado al señor McCormick que el doctor Hoch había fallecido temprano esa mañana de una insuficiencia cardíaca congestiva, una enfermedad hereditaria en su familia. Pero el señor McCormick no debería tomárselo tan a pecho, le dijo, porque el doctor Hoch ya era una persona mayor que había vivido una vida plena y fértil, haciendo innumerables contribuciones en el campo de la psiquiatría, incluyendo el manuscrito de un nuevo libro (*Estupores benignos*) que pudo terminar antes de que le fallara el corazón.

En aquel momento el señor McCormick estaba desayunando, diseccionando meticulosamente dos huevos fritos y una gruesa loncha de jamón con una cuchara sopera, el único implemento que le permitían usar.

—¿Cuán mayor? —preguntó sin levantar la vista del plato.

—¿Hmm? ¿Qué? —La pregunta cogió a Brush por sorpresa.

—El doctor Hoch —dijo el señor McCormick adoptando un penetrante tono retórico—, ¿cuán... cuán... mayor era?

Brush sacó del bolsillo un resto de cigarro apagado y se lo metió en la boca, mordiéndolo.

—¿Hoch? —repitió—. Oh, no lo sé..., en cualquier caso, era sesentón.

—Tenía cincuenta y un años —corrigió el señor McCormick, aún sin levantar la vista del plato—. ¿Y sabe qué edad tengo yo, doctor Brush? —y sin esperar una respuesta—: cumpliré cuarenta y cinco en noviembre. ¿Acaso soy también una persona mayor?

—Caramba, por supuesto que no, señor McCormick..., Stanley —tronó Brush, dando saltitos por la habitación, con sus pies demasiado pequeños para toda su carne trémula—, usted todavía es un hombre joven, en el esplendor de la salud y del vigor, por la única y sencilla razón de que...

El señor McCormick esperó a que quitaran los platos de la mesa, se puso el traje y fue a la sala de espectáculos, y sólo entonces, cuando estuvo sentado en la sala oscura, se desahogó. Rugiendo tan estentóreamente que ahogó el hipnótico *tic-tic-tic* del proyector de Roscoe, anulando las bufonadas de Charlie Chaplin y de Marie Dressler, anunció:

—¡No quiero morir!

La voz de Brush brotó de la oscuridad:

—Usted no va a morir, señor McCormick.

—¡Sí voy a morir!

Enseguida O’Kane y Mart se pusieron en guardia mientras Brush se levantaba montañosamente de la butaca en un torbellino de sombras. En la pantalla, Charlie

Chaplin se volvió para darle una patada en el trasero a un policía, y O’Kane no pudo reprimir una carcajada.

—Tranqui, tranqui —dijo Brush asomando amenazador sobre la cabizbaja silueta de su patrón—, usted es un hombre saludable, señor McCormick, está en la cima de la salud, y usted lo sabe. Caramba, si usted tiene aquí lo que ya muchos quisieran tener, el entorno más saludable...

—Es un fétido cadáver putrefacto —dijo el señor McCormick en un hilo de voz acalabrado— con... con... con cosas saliéndole por los ojos, porque eso es... ¡eso es lo primero que se comen, los ojos, y usted lo *sabe!*

—Yo no sé nada de eso, por la única y sencilla razón de que es un pensamiento demasiado morboso para que yo lo soporte. —Ahora Brush agitaba los brazos en el chorro de luz parpadeante, haciendo que la mitad de la cara de Charlot Vagabundo apareciera de vez en cuando encima de su hombro, como una fantasmagoría—. Piense que está en el cielo, en el seno de Dios...

—Dios es un impostor —escupió el señor McCormick, volviéndose indignado—. Y usted también.

Y entonces sobrevino el inevitable rifirrafe, las butacas traqueteando, las palabrotas, los gritos y quejidos, la búsqueda a tientas del interruptor de la luz, y la íntima forma de presentación del doctor Brush depositando toda su persuasiva y salvadora humanidad encima de la forma aplastada de su patrón y benefactor.

Comprensiblemente, O’Kane no quería promover el tema ahora; estaba hecho polvo después de aquella carrera alrededor de la finca persiguiendo a Stanley y ascendiendo esa maldita colina, así que por hoy ya había hecho bastante ejercicio, gracias.

—Bueno —añadió cambiando de tema, pero sin convicción—, de todas maneras, al menos tenemos de vuelta al doctor Brush. Y por lo que se ve, está muy bien.

El señor McCormick no parecía tener una opinión sobre el particular. Sólo miraba al cielo como si estuviera buscando al doctor Hoch allá arriba, sentado al borde de alguna nube. Y Mart..., Mart estaba fuera de combate. Sus brazos colgaban a ambos lados del banco y cada vez respiraba más lentamente hasta que empezó a roncar. O’Kane se quedó allí un rato, acunando la cabeza con las manos, disfrutando del silencio y de las delicias del día, hasta que empezó a pensar en la única cosa que de un tiempo a esta parte le sostenía en pie: la bebida, o más específicamente, la botella de bourbon que había escondido en la cisterna del retrete del señor McCormick. Ya era más de mediodía y no había ninguna razón para que siguieran echados en la hierba cuando podían estar dentro, aseándose y poniéndose decentes para ir a comer y tal. Se vio a sí mismo metiéndose en el retrete mientras el señor McCormick se comía a golpe de cuchara su pastel de carne picada en forma de pan, vio la botella toda jaspeada de hilillos de agua, sintió el sonido del corcho al ser destapado y el acto reflejo de su garganta al tragar, que últimamente era la cosa más cercana a un orgasmo que solía experimentar desde que juró renunciar a las mujeres a rajatabla.

—Bueno, está bien —dijo con todo el entusiasmo de que era capaz mientras se incorporaba cansadamente—, ¿qué me dicen, caballeros..., vamos a comer?

Lo cual funcionó a las mil maravillas, pues Mart despertó con un sobresalto y el señor McCormick se puso de pie y mecánicamente empezó a sacudir su chaqueta preparándose para echársela al hombro..., si no hubiera sido por una ardilla de tierra, sí señor. Al principio O’Kane ni siquiera sabía qué era aquello. Una cosita, parecida a una rata, sólo que de pelaje gris-amarillento, casi del color de un calabacín, que súbitamente asomó la cabeza por un agujero en la tierra y corrió dándole dos vueltas al terreno de césped antes de desaparecer en un segundo hoyo, como agua escurriéndose por un desagüe. El señor McCormick se quedó boquiabierto. Al principio. Y luego se excitó.

—¿Han visto eso? —dijo—. ¿Lo han visto? ¿Lo han visto? —Y ahora estaba a gatas, sondeando la guarida del animal con la mano derecha y metiendo el brazo hasta el codo—. ¿Qué es eso? —seguía preguntando.

—No tengo ni pajolera idea —se encogió de hombros O’Kane—. ¿Una comadreja?

Mart se acercó y se puso a examinar el agujero y al señor McCormick estropeándose los puños de la camisa.

—No es una comadreja —sentenció—. ¿Están chiflados o qué? Una comadreja es larga y flaca.

—¿Y entonces qué es? —preguntó O’Kane. A él realmente le daba lo mismo una cosa que otra, pero no soportaba que Mart demostrara ser superior a él.

Mart se rascó la cabeza.

—Una marmota —dijo, pero no parecía estar muy seguro.

A esas alturas, ya el señor McCormick había metido todo el brazo en la madriguera, hasta el hombro, y estaba sacando tierra con la mano.

—Está ahí abajo, sé que está ahí —dijo, y se levantó para empujar la tierra con los pies tapando el agujero de la madriguera que ya había excavado, tras lo cual se arrodilló de nuevo y metió el brazo en el segundo hoyo. Levantó la cabeza, perplejo:

—Ese bi... bicho está yendo hacia los arbustos de dafnes —dijo.

—No hay de qué preocuparse, señor McCormick —le aseguró O’Kane, intuyendo que se avecinaba un episodio de locura—, avisaré al jefe jardinero para que se encargue de eso después de comer. Y miren qué casualidad, hablando de comida —sacó su reloj de bolsillo con ademán ostentoso—, si nos damos prisa, llegaremos a tiempo.

El señor McCormick lo ignoró. Ahora excavaba furiosamente, con ambas manos, agachado encima de la madriguera en expansión, igual que un fox terrier. Ya se había destrozado las uñas y podía verse la sangre deslizándose como hilachas debajo de la capa de suciedad que le cubría la mano derecha. El señor McCormick estaba absorto, obsesionado, poniéndose más psicópata que de costumbre. Lo que menos quería O’Kane era verse envuelto en otra trifulca, no ahora, no hoy —lo único que quería

era regresar a la casa para comer y beber a hurtadillas en el retrete—, pero evidentemente no le quedaría más remedio que intervenir, y pronto. Le hizo señas a Mart, pero éste no le prestó ninguna atención: Mart estaba asomado por encima del hombro del señor McCormick, escudriñando la excavación y diciendo:

—Creo que ese bicho va por ahí, sí, eso es, por debajo del macizo y luego quizá siga por debajo de aquellos arbustos de allí...

O’Kane lo cogió por el brazo.

—A lo mejor el doctor Brush sabe qué clase de bicho es —dijo en un falso tono cordial—. Oye, Mart, ¿por qué no vas a avisarle? —Y entonces, dándole un apretón y bajando la voz, añadió, sólo para que Mart lo oyera—: Ahora mismo. Sin perder un minuto. ¿Entiendes?

Diez minutos más tarde, cuando Mart regresó trayendo a remolque a un doctor Brush disneico, jadeante y fanfarrón, el señor McCormick había excavado un surco serpenteante de seis metros a lo largo del macizo de dafnes y ya estaba de regreso en la zona de césped, donde se afanaba furiosamente con una estaca que había encontrado debajo de las adelfas (de las cuales, tal y como reiteradamente le habían advertido a O’Kane, había que mantener alejado a Stanley, ya que sus flores, hojas y ramas eran sumamente tóxicas).

—Señor McCormick —vociferó Brush, a pesar de su jadeo—, ¿qué es esto? Está arruinando los macizos de flores. Y el espléndido césped en el que tanto y tan duro ha trabajado el señor Stribling...

El señor McCormick ni siquiera lo miró. Aquélla era su hacienda y él podía cavar todo el terreno hasta llegar a China si le daba la gana.

—Es... es... es una... una marmota —dijo—. Vive aquí. Debajo de la hierba.

—Sí, sí —dijo Brush, agachándose ahora a la altura de su paciente—, no tengo la menor duda, pero, francamente, ¿a usted qué le importa, señor McCormick? Estoy seguro de que esa criatura no es en modo alguno dañina, y si lo fuera, bueno, pues para eso tenemos al magnífico señor Stribling y a sus jardineros profesionales, para que velen por eso. Y ahora, andando, vámonos de aquí. Tenemos que ir a asearnos para comer algo. ¿No le parece una buena idea?

—No —dijo el señor McCormick sin parar de excavar, lanzando furiosas ráfagas de polvo en dirección al doctor, así que Brush tuvo que retroceder para evitar que los bajos de sus pantalones se llenaran de tierra—. No. Quiero a ese... ese bicho. Quiero ma... matarlo. Está destruyendo las... las flores, ¿no lo ve?

No había manera de hacerle entrar en razón, no cuando se ponía así, y realmente ninguno de los presentes quería revolcarse en la tierra, entre nubes de polvo, para reducirlo a la obediencia, no después del rifirrafe de la víspera en la sala de espectáculos, así que el doctor Brush hizo lo más prudente y mandó a Mart a buscar a Stribling.

Stribling era un tío demasiado endiosado para ser un jardinero —o arquitecto paisajista, como él quería que le llamaran— y en las pocas ocasiones en que O’Kane

había coincidido con él, normalmente mientras corría de una punta a la otra de la hacienda detrás de la forma zigzagueante y bamboleante del señor McCormick, el hombre se había mostrado brusco y huraño. Se mantenía en contacto con Katherine por correo y aunque sometía todos los proyectos importantes a su aprobación, tenía bastante vara alta para continuar el trabajo de su predecesor, un famoso espagueti cuyo nombre O’Kane nunca conseguía recordar, y siempre tenía una cuadrilla de peones y camioneros dedicados a estercolar las tierras, trabajando a toda máquina. Cuando no estaban paleando sedimento fuera del embalse o construyendo alcubillas, estaban construyendo puentes de piedra sobre los riachuelos o reparando y extendiendo los caminos, amén de podar cada hoja de cada arbusto, igual que una horda de fervorosos barberos. A los cinco minutos Stribling estaba allí, trayendo a remolque a otro hombre —un irlandés flaco, alto y desvaído que tenía un ojo estrábico— tan larguirucho que la madre de O’Kane hubiera dicho que era más largo que un día sin pan. Si la memoria no le engañaba, O’Kane recordaba que respondía al nombre de O’Hara, o quizá O’Mara: los peones temporeros iban y venían como las nubes y no había manera de acordarse de ellos, ni de seguirles el rastro, a no ser que se dejaran ver por los bares. Ambos, Stribling y el irlandés, traían sendas palas sobre los hombros.

—¡Ah, por fin ha llegado, señor Stribling! —exclamó Brush—, y veo que ha traído a uno de sus, ejem, de sus colegas, tanto mejor. Verá, tenemos un problema, por la única y sencilla razón de que una especie de marmota está debajo del césped, aquí, y eso preocupa mucho al señor McCormick, ¿no es así, señor McCormick?

El polvo terroso seguía volando. El señor McCormick no dijo nada.

Stribling y su acompañante se acercaron para examinar la zanja a través del macizo de flores, el césped destrozado, las desarraigadas adelfas.

—Es una ardilla de tierra —dijo Stribling flemáticamente, y estaba tan atezado por el sol que uno hubiera pensado que era uno de tantos espaguetis. Se puso un dedo en la aleta de la nariz y le dedicó una mirada al señor McCormick—. Vamos a cogerla, no se preocupe —dijo—. Pero usted, señor McCormick, no tiene que hacer nada de esto ahora..., agarrarlo con una trampa, eso es lo que vamos a hacer.

El irlandés, con la nariz despellejada y el ojo entretenido, empezó a echar paletadas de tierra en el agujero, pero el señor McCormick había abierto nueve.

—Apártese —dijo McCormick levantando la cabeza para mirar al hombre, y siguió excavando aún más furiosamente, con la ropa tan minuciosamente chafada que ya no se podía lavar ni reparar. Las rodillas de los pantalones brillaban barnizadas de lodo compacto, el cuello de la camisa era una sopa, y la corbata, un andrajó.

—Ya es más de la una, señor McCormick —protestó Brush—, usted sabe que si no se da prisa perderá la comida, y necesitamos tiempo para asearnos.

Entonces O’Kane dio su humilde opinión:

—Es verdad, señor McCormick. Es la hora de comer.

En el transcurso de la siguiente hora, mientras el sol erraba sobre sus cabezas y



ellos cambiaban de postura, ora poniendo todo el peso en un pie, ora en el otro, los cinco permanecieron allí, viendo cómo trabajaba el señor McCormick. Cavaba su trinchera a lo largo de las adelfas, atravesando el paseo de grava que estaba más allá y entrando en otro macizo de flores, uno de «nometoques», unas cositas frágiles y desgarradas que se doblaban sucumbiendo nada más mirarlas dos veces, y mientras tanto Stribling decía cosas como «pierde el tiempo, señor McCormick, ese animal ha excavado una madriguera de unos cien metros de largo, por lo menos» y «Literalmente hay decenas de esos bichos por los alrededores y aunque usted capture esa ardilla, aparecerá otra: hay que cogerlas con trampas, se lo digo yo».

Finalmente, y ya casi llevaban tres horas en eso, el señor McCormick salió de la zigzagueante trinchera que había conseguido excavar valiéndose sólo de las uñas y de una rama de adelfa, y miró a Stribling directamente a la cara, a no más de dos pasos de él. Con los brazos y las manos sangrando, con el pelo colgándole sobre los ojos, su patrón era casi irreconocible detrás de una película de sudor y polvo.

—¿Para qué le pago a usted? —le espetó bruscamente, embistiendo a Stribling, sacando el pecho y escupiéndole las palabras a su cara. Y luego, tembloroso y rechinando los dientes, se volvió súbitamente hacia el irlandés—. ¿Y a usted? ¿Para qué les pago? ¿Para estar ahí parados mirando? ¡Empiecen a cavar ahora mismo! —gritó con la voz de pronto empañada y peligrosa—. ¡Cavad! ¡Cavad o... o tendréis que empezar a buscaros otro tra... trabajo! ¡Los dos! ¡Hala!

Stribling miró a Brush con una mirada desabrida, pero no se atrevió a sostenerle la mirada al señor McCormick y, sin decir ni mu, empezó a palear, y lo mismo hizo el irlandés. El doctor Brush, que no dejaba de fanfarronear y de protestar con sus incesantes payasadas, de pronto cambió de táctica, asegurándole al señor McCormick que ahora la tarea estaba en buenas manos, lo cual era una razón de más para regresar a la casa, asearse, y ver qué podía prepararles de comer Sam Wah, aunque fuera con retraso. Porque el señor McCormick debía de estar hambriento después de todo aquel prodigioso ejercicio, ya que ésa era justamente la clase de actividad que más abría el apetito, por la única y sencilla razón de que el cuerpo necesita combustible, ¿no es verdad?

Pero el señor McCormick simplemente seguía allí de pie, sucio y ensangrentado, vigilando a los hombres que cavaban. Stribling mantenía la cabeza agachada, y cavaba a ritmo sostenido, pero O’Kane advirtió que se concentraba en el macizo condenado a la ruina, tratando de reparar los estragos y de limitar el área de la excavación. Eran más de las tres de la tarde, y ambos, Stribling y su ayudante, estaban metidos hasta la cintura en una trinchera tan honda que si se llenaba de agua uno podía recorrerla remando en bote, cuando de pronto el señor McCormick se cruzó de brazos y dijo:

—Ya está bien. Basta.

Todos le miraron con optimismo, los cinco, Stribling y el irlandés empapados en sudor, Brush baladroneando, Mart medio comatoso y O’Kane muerto de aburrimiento

y desesperado por un trago.

—Ahora pueden enterrarlo —dijo el señor McCormick.

Todos se miraron unos a otros. Fue O’Kane quien finalmente dio la cara:

—¿A quién?... ¿A la ardilla de tierra?

El señor McCormick negó lentamente con la cabeza y miró al cielo:

—Al doctor Ho... Hoch —dijo.

Cuando el año terminó —es decir, cuando 1919 se transformó en 1920—, los peores temores de O’Kane a propósito de todas las Katherine del mundo quedaron confirmados. Cabalgando en las faldas del Imperio de las Enaguas, los Abstemios y los Predicadores machacando con sus Biblias consiguieron que se aprobara la ley Volstead, prohibiendo «la fabricación, venta, transporte y consumo de bebidas alcohólicas», y antes de que las mujeres tuvieran su voto (una proposición sobre la cual O’Kane tenía sus dudas desde el principio) a él le habían negado su sacrosanto derecho a beber hasta el estupor —incluso en la intimidad de su antiséptico cuarto. El 18 de enero de 1920: ése fue el día de la infamia. El día de la catástrofe. El día en que la última chispa de alegría se apagó en su vida. Conmocionado, y sin poder creerlo, presencié cómo se tapiaban las puertas de los bares del barrio hispano mientras las militantes de la Unión de Mujeres Cristianas por la Sobriedad desfilaban por las calles, derramando el mejor whisky en las alcantarillas. El bar de Menhoff seguía abierto, pero solamente como restaurante, y Cody te servía encantado una cerveza acompañando el bistec si uno era lo suficientemente imbécil para pedir una casi cerveza: cero coma cinco por ciento de alcohol, menos de lo que contenía una lata de col fermentada.

Oh, por supuesto que O’Kane había acaparado alcohol, ocultando seis cajas de cerveza y dos de whisky de centeno debajo de su cama y escondiendo unas cuantas botellas de bourbon en su armario, más diez pintas de licor de endrinas en el baúl que guardaba en el ático de la señora Fitzmaurice —incluso enterró media docena de botellas de vino al pie de la verja que daba acceso a la hacienda de Riven Rock—, pero estaba desolado sin la atmósfera de alegre compañerismo de los bares. ¿Y a quién coño le importaba si en las cantinas perdía su tiempo hablando sobre Dios, la inmortalidad o las transmisiones de los coches Ford, farfullando con la lengua estropajosa, entre borrachos? A fin de cuentas, ¿qué otra cosa iba a hacer? Trató de leer. Se compró un gramófono marca Victrola. La lluvia tamborileaba en las ventanas y cada día traía nuevas noticias de algún loco que se había quedado ciego y sordo bebiendo anticongelante o alcohol etílico puro convertido en matarratas; sin hablar de ese bombero de Pensilvania que se compró todo el tinte para pelo de color lila que había en la ciudad para luego zozobrar en el océano de sus propios vómitos. O’Kane siguió bebiendo sin cesar sus reservas, la mayoría de las veces solo, pero a veces en compañía de Mart o de Pat, o de cualquiera de las almas perdidas que solían

frecuentar el bar de Menhoff, y a medida que las botellas se iban vaciando, se sentía como un condenado a muerte trazando rayitas en la pared de su celda para saber los días que lo separaban de su ejecución.

En ese valle de lágrimas entró Jim Isringhausen.

Llegó en febrero para abrir la casa de su hermano y hacer la gestión de las cuatrocientas cuatro hectáreas de tierras de primera clase en los bien regados campos de cítricos en Goleta, seis kilómetros y medio al norte de Santa Bárbara. La demanda había aumentado a raíz del final de la guerra y la gente en el este se volvía loca por las naranjas, los limones, las mandarinas, las limas, las toronjas, las naranjas chinas, etc., y lo que les llegaba de Florida era una gota de agua en un barreño comparado con lo que California podía producir. Ahora era el momento de comprar aquellos terrenos antes de que los vendedores de coches usados y los de gaseosas y todo el que tuviera cien dólares en el bolsillo se enteraran de aquel chollo, por no hablar de las grandes compañías. Lo primero que hizo Jim fue ir a ver a O’Kane, porque estaba en el negocio con él desde el principio, dando pruebas de su paciencia, pues había esperado sin hacer nada durante dos años mientras Jim consolidaba sus valores en cartera y buscaba inversionistas, y Jim apreciaba esa lealtad, desde luego que sí.

Todo eso se lo contó a O’Kane mientras iban a inspeccionar la propiedad en un día de bíblico esplendor, con las olas del mar restallando, las montañas cinceladas, el sol colgando en un cielo jaspeado de venas azules, igual que una gran naranja valenciana. Jim tenía buen aspecto. Llevaba una chaqueta deportiva a cuadros, pantalones de dril blanco, polainas cortas abrochadas por fuera de los zapatos, el cabello petrificado con gomina francesa y un bigote tan pulcro y fino que apenas se notaba. El coche era nuevo, un Mercer amarillo, un descapotable deportivo con rayos de color rojo sangre en las ruedas. El viento los abofeteaba. Todo alrededor destellaba y reverberaba en medio de la brillante luz de California. Jim Isringhausen le pasó a O’Kane un frasco plateado y O’Kane bebió a fondo aquella ambrosía: whisky escocés, del auténtico, con su característico aroma a humo de turba incluyendo el balido de las ovejas, todo en un trago, uno de esos whiskies que ya no se podían encontrar en ninguna parte, acaso extinguidos para siempre.

—Así que ¿cuánto me has dicho que tienes para invertir? —preguntó Jim, arrebatándole suavemente el frasco a O’Kane, cuyos dedos renuentes se negaban a soltarlo—: ¿tres mil?

El viento despeinaba a O’Kane, el sol le calentaba el rostro. En cualquier caso, entrecerrando los ojos, sintió la esperanza renacer en él.

—Sí, más o menos. Dos mil novecientos y pico.

Tras echarse un lingotazo, Jim le devolvió el frasco. Puso cara de sacerdote, una expresión preñada de simpatía y preocupación.

—¿No serán todos los ahorros de tu vida, verdad? Porque no me gustaría atosigarte..., quiero decir, que éste es el negocio más seguro que vas a encontrar en esta tierra tan fértil, pero ya sabes, nada es seguro al cien por cien, ¿eso lo sabes,

verdad?

O’Kane se encogió de hombros. Se llevó el frasco a los labios, despreocupado como un millonario.

—No —mintió—, todavía me queda algo más que tengo guardado.

Él no era tonto. Sabía lo que Jim estaba diciéndole: había un riesgo implícito. Pero todo en la vida era riesgo: caminar por la calle, zamparte un bocado de comida, mirar a los ojos de una mujer un sábado por la noche. Aquélla era la oportunidad de su vida, y no iba a desaprovecharla; lo único que necesitaba era ver una hilera de naranjos, y ya podían contar con él.

—Muy bien —dijo Jim—, entonces quedamos en eso, tres mil..., si puedes redondear esa cifra entre hoy y el martes, que será cuando cerraremos el trato. A doscientos dólares por acre, necesitamos reunir veinte mil dólares para liquidar la deuda con el banco y otros mil en reserva para contratar un hatajo de espaguetis que rieguen los árboles y recojan las frutas. Tres mil dólares te darán treinta participaciones, a cien dólares cada una. ¿Te parece bien, socio?

—Claro que sí —dijo O’Kane.

Jim aferró con las dos manos el volante maniobrando, derrapando y girando demasiado deprisa en un par de curvas para evitar un accidente; el viento los trasquiló entre deliciosos saltos, cambios de marcha y acelerones hasta que apareció ante ellos una recta despejada.

—Por cierto —dijo Jim—, Dolores te manda cariñosos recuerdos.

O’Kane rumió ese pedacito de información mientras el frasco volvía a sus manos y salían del asfalto entrando en un camino serpenteante y enlodado donde pululaban el polvo, los insectos y las nubes de pajas voladoras. *Dolores le mandaba cariñosos recuerdos*. Muy bien, eso estaba bien... O’Kane no la veía ni sabía nada de ella desde hacía dos años, desde que su marido había regresado de la guerra. Y le preguntó a Jim por Dolores, aparentando cierta indiferencia, y Jim le contó que estaba con su esposo en Europa, reconstruyendo una villa en algún rincón de Italia, lo cual a O’Kane le importaba un rábano. Las mujeres eran cosa del pasado para él. Había renunciado a eso. Después de lo de Rosaleen y el pobre Eddie Junior... y lo de Giovannella.

Tampoco había vuelto a verla, a la viuda Capolupo. Oyó decir que se había mudado con sus padres, embarazada del difunto —o así al menos afirmaba ella. Pero no sabía si había dado a luz a un bambino absolutamente espagueti o a un bebé medio espagueti, y simplemente ya no le importaba, pasaba de eso. Si conseguía hacer un dineral allí, en los naranjales, y librarse de los McCormick y establecerse por su propia cuenta en algún lugar —tal vez en San Francisco, o en Los Ángeles—, bueno, entonces probablemente podría dedicarse a buscar a alguna jovencita de veinte años, que fuera lo bastante agraciada y con un poco de estilo, sentar la cabeza a sus cuarenta años, y establecerse con un negocio que le permitiera enorgullecerse. Pero ahora mismo lo que menos necesitaba eran complicaciones. Ni tampoco angustias ni penas.

El automóvil dio media vuelta en un recodo y de golpe estaban en una arboleda, corriendo entre hileras de naranjos, con lustrosas hojas verdicobrizas y las naranjas colgando gordas y dulces, como si fuera Navidad, una interminable Navidad, y todos y cada uno de los árboles hubieran sido adornados para recibirlos. Jim se hizo a un lado al final de una de esas largas hileras, cada vez menos pobladas, donde de pronto los árboles se extinguían y empezaba un campo abierto, un mostazal cuyas florecillas amarillas llegaban hasta las axilas, entreveradas con cierta clase de vellosas flores azules que a duras penas se abrían paso entre la maleza junto con un embrollo de otras cosas extendiéndose hacia arriba, brotando de la suciedad y del lodo; vamos, que allí había de todo menos naranjas.

—Bueno —dijo Jim, abriendo los brazos en un gesto de presentación—, ¿qué piensas?

O’Kane miró hacia atrás, a las filas de inaccesibles árboles, y luego contempló el campo. Los pantalones blancos de Jim estaban manchados con salpicaduras de amarillento lodo. Había montículos de ardillas de tierra por todas partes, y por lo menos ahora O’Kane sabía qué eran esos bichos.

—No sé —dijo—. ¿Qué se supone que debo pensar?

—Supongo que cuesta trabajo imaginarlo —dijo Jim, entrando en el matorral—, pero en cuanto limpiemos este campo de malas hierbas y cuidemos un poco de estos árboles...

—¿Qué árboles? ¿Te refieres —un gesto hacia la arboleda que crecía detrás de ellos— a aquéllos de allí?

Jim Isringhausen estaba agachado encima de algo, algo que crecía oculto entre las hierbas.

—No, a éstos de aquí, mira —dijo.

O’Kane vio un pimpollo no más grueso que su dedo, de poco más de un metro de altura, coronado por una borla vegetal. Y entonces vio otros iguales, con sus hojas enanas y lánguidas, verdicobrizas, asomándose aquí y allá en aquel océano de malas hierbas.

—¿Esto es un naranjo? —dijo, y mientras lo decía comprendió cuán arduo era que un hombre hiciera un dineral.

Jim Isringhausen se irguió, sacudiéndose el polvo de las manos.

—Sí —dijo—, así es. Y antes de lo que puedas imaginar, estas pequeñas linduras estarán produciendo igual que sus hermanas mayores, esas que están detrás de ti.

O’Kane se limitó a mirar fijamente el lugar que Jim había despejado en la maleza y aquel tallo con hojas, esa nadería, clavada en medio del lodo igual que una flecha disparada desde el cielo. Entonces volvió a mirar hacia atrás por encima del hombro, a la profunda estela de hojas verdes y a esa infinidad de naranjas colgando en la intrincada red de ramas que se perdía de vista.

—Esto va a exigir mucho tiempo —dijo finalmente.

Jim no lo negó.

—Sí —dijo, raspando los tacones contra el estribo del auto para arrancarse sendos coágulos de lodo de sus relucientes zapatos de color avellana—. Pero no tanto como piensas.

Después de eso, las cosas empezaron a ir cuesta abajo, un largo e interminable tobogán que se inclinaba de manera tan gradual que O’Kane ni siquiera se daba cuenta, no al principio. Era como si todo —el señor McCormick, el doctor Brush, Riven Rock, la señora Fitzmaurice, el whisky acaparado y las cervezas, Mart y Pat, y el peso creciente de todos aquellos dólares ahorrados— estuvieran en una pendiente cuya cúspide se empinara cada día más y más. O’Kane le dio a Jim Isringhausen los ahorros de su vida, y convenció a Mart para que también invirtiera ciento y pico dólares, para redondear la inversión hasta llegar a tres mil. Mientras estaba en aquel campo cubierto de malas hierbas, mirando aquellas tristes ramitas, había visto el porvenir: las ardillas de tierra haciendo estragos en las raíces, el pozo secándose, Jim Isringhausen de regreso en Nueva York, entronizado en alguna residencia a la manera de un J. Pierpont Morgan, la maleza muerta y reseca, languideciendo y desmoronándose hasta convertirse en tenues esqueletos, y el naranjal tan yermo y agostado bajo el tórrido sol como el mismísimo lodazal, granuloso y amarillento. Pero no importaba. Aquélla era una oportunidad, eso era todo. Tal vez la peor oportunidad, pero estaba cansado de esperar, descorazonado, exhausto, atolondrado y loco, asediado por las fuerzas del autodesprecio, el pesimismo y la desesperación: tenía que lanzar una moneda de cinco centavos al océano, a ver si eso salpicaba.

Empezó a beber cervezas alternándolas con el whisky y cuando éste se acabó echó mano del bourbon. Por las mañanas estaba mareado y todas las tardes tenía la garganta seca, con sinusitis y la cabeza astillada a fuerza de punzadas. Entonces se bebió todo el licor de endrinas y aquello sabía a algo así como polvo dentífrico licuado, y luego desenterró el vino y también se lo echó entre pecho y espalda. Ahora pululaban los contrabandistas en la ciudad, hampones con caras de comadreja que desde México traían en coche el tequila y el mezcal y el coñac Pedro Domecq, pero costaba ocho dólares una botella, nueve, a veces diez, y lo que elaboraban los destiladores lugareños en los cañones era cuatro veces más barato, aunque casi imbebible. Lo que ellos llamaban whisky era alcohol de cereal diluido con agua del grifo, coloreado con caramelo y aromatizado con zumo de ciruela pasa, y en cuanto al llamado whisky «escocés», era todo eso más una dosis de creosota añadida para darle sabor y textura. Era como beber estricnina, ácido para baterías, detergente para retretes, pero aquello daba el pego, y O’Kane recurría a esos matarratas, era un cliente leal, un cliente asiduo, un cliente cuyas manos temblaban mientras trataba de desdoblar el dinero para deslizarlo en las manos de Bill McCandless de Lompoc o de Charley Waterhouse de Carpintería o del granjero Caty de Dios sabe dónde. Ellos operaban los alambiques —destilaban esa mierda— y el guapo Eddie O’Kane se lo

llevaba de vuelta a su cuarto y se lo bebía. Oh, sí, de cuando en cuando iba al bar de Menhoff y pedía una hamburguesa y una gaseosa de jengibre y se sentaba allí a beber gaseosa tras gaseosa hasta que la botella oculta en su bolsillo trasero se vaciaba y alguien tenía que ayudarle a salir por la puerta, pero la mayoría de las veces se limitaba a quedarse solo en su cuarto, mirando fijamente las paredes.

¡Y qué clase de paredes! La señora Fitzmaurice las había sepultado bajo una espesa capa del más barato y hortera papel pintado, empapelándolas y emplastándolas con generosas cantidades de goma aplicadas sobre lo que alguna vez fue yeso, también generosamente bombardeado con pelladas. No había la menor verticalidad en aquellas paredes, ni por asomo: se desplomaban, se pandeaban, se abombaban, se desconchaban formando una cordillera aquí, hundiéndose en los abismos de una laguna allá. El papel pintado tenía unos dibujos que intentaban representar cierta clase de flores tubulares, infinitamente repetidas en azul, violeta y color chartreuse, y cuando O'Kane las miraba fijamente suficiente tiempo, las flores primero se volvían campanas, luego salchichas y, por último, si había ingerido bastante bazofia de Lompoc, se transformaban en cabezas cortadas, horriblemente alargadas, de un modo sobrenatural. No había demasiados muebles que interrumpieran aquel paisaje —un lavabo, la cama, el ropero, una silla y una mesa—, pero a O'Kane le bastaba con eso. En Riven Rock podía recrearse viendo muebles, habitación tras habitación llenas de muebles, los más elegantes que el dinero podía comprar. No necesitaba traerlos a su casa, ni tampoco quería tanto estorbo. Las posesiones eran para los ricos, y él no era rico y nunca lo sería; a menos que a última hora Jim Istringhausen se sacara algún as milagroso de la manga.

La señora Fitzmaurice había honrado su cuarto con su obra maestra, un ambicioso lienzo de un metro y medio de alto por sesenta centímetros de ancho que atrevidamente entremezclaba cachorros y gatitos en lo que a primera vista parecía ser un batalla endiablada en la que se disputaban los restos de un gatito destripado, pero que tras un examen más detenido revelaba ser un inocente tira y afloja en torno a una bola de hilo. Esa inspirada obra de arte ocupaba el puesto de honor en la pared, encima de la cabecera de la cama, de modo que O'Kane tenía que torcer el cuello para estudiarlo mientras yacía allí bebiendo y escuchando el único disco que tenía (una remota, siseante y etérea interpretación de *Semper Fidelis* que sonaba como si la hubieran grabado en los vestuarios de la Universidad de Notre Dame). En una pared se abría una ventana, en otra estaba la puerta; pero en la tercera dominaba la ininterrumpida mezclanza de flores acampanadas y asalchichadas. Los demás huéspedes —ocho en total, todos atravesando diversas etapas de pesimismo y decadencia— le evitaban tenazmente, excepto durante las comidas, cuando un cierto grado de contacto que incluía alguna que otra breve charla era inevitable, pero él empezaba a saltarse las comidas y a huir de ellos en los pasillos incluso antes de que tuvieran oportunidad de eludirlo.

Y así pasó el tiempo, dejando atrás el invierno, la primavera y el abrasador verano

que marchitaba los cítricos. O’Kane empezó a faltar al trabajo de vez en cuando, cuando los sucedáneos del whisky o de «la genuina ginebra de Holanda» eran tan abominables que incluso le dolían los empastes de las muelas, y a él no le gustaba faltar al trabajo, sabía que eso era el principio del fin de todo lo que alguna vez se había esforzado por conseguir, pero ni siquiera parecía capaz de reunir la fuerza suficiente para preocuparse por ello. Y tampoco parecía que a nadie le preocupara. Brush no iba a durar mucho en el puesto, eso hasta un ciego lo veía. Había dejado de cumplir con un horario regular, y las más de las veces, cuando aparecía, era sólo para decir hola qué tal y hasta luego al señor McCormick antes de irse echando nubecitas de humo de tabaco y soltando baladronadas a la sala de espectáculos donde se enclaustraba en su oficina. Mart seguía tan lerdo como de costumbre, ajeno a todo, y Nick y Pat habían engordado tanto que parecían un par de bulldogs, en fin, un par de gandules. En cuanto a Katherine, el espíritu tutelar de aquel lugar, no se la veía por ninguna parte. No era más que un nombre en un recorte de periódico, la señora de Stanley McCormick recorriendo de cabo a rabo el país con un hatajo de sanguijuelas feministas, fanáticas de los métodos anticonceptivos —ahora que aquellas mujeres tenían derecho al voto y habían prohibido las bebidas, también querían asesinar a los bebés. Y claro que sí, por qué no..., dejemos que la cigüeña se ocupe de los críos, para que las mujeres puedan pasarse todo el tiempo fumando y quejándose y llevando pantalones.

Riven Rock estaba en franca decadencia, el lugar estaba demasiado abandonado, a tal punto que incluso O’Kane lo advertía a través de la cortina de humo de su neblina alcohólica. Torkelson se había ido, tentado por uno de los nada esquizofrénicos millonarios de la región, y el nuevo mayordomo, pesado, lento, con su falso acento inglés y el ridículo apellido Butters<sup>[21]</sup>, dejaba que todos en la casa hicieran lo que les daba la gana. Había polvo por doquier, grandes nubes de polvo turbulento se levantaban de las sillas cada vez que uno se sentaba, las camisas del señor McCormick se lavaban mal y por casualidad, y se planchaban peor, los criados pasaban la mitad del día repantigados en la cocina con los pies en alto y uno ya nunca veía una escoba ni un plumero en acción, mucho menos una fregona. Fuera, la cosa era incluso peor. Stribling había presentado su dimisión a raíz del incidente de la ardilla de tierra y a falta de una alternativa mejor, Brush había dejado al frente de la jardinería al flaco irlandés (O’Mara era su nombre, no O’Hara, era de Poughkeepsie, Nueva York, y no sabía distinguir un cacto de un coco), y todo iba de mal en peor. Había italianos durmiendo a la sombra de los arbustos a plena luz del día, ardillas de tierra abriéndose paso con los dientes a través de las flores y arando el césped, macizos enteros mustios por falta de atenciones, y nadie parecía darse cuenta, y mucho menos el señor McCormick, quien sólo seguía hablando con sus jueces, leyendo en voz alta con media docena de voces cambiantes y escapándose para corretear por la finca en un trote delirante cada vez que alguien abría la puerta y lo sacaba a pasear.



Fue bien avanzado ese otoño, un día de sol oblicuo con ventarrones que sacudían los árboles doblándolos entre vaharadas de polvo amarillo, cuando O’Kane, borracho en su turno de trabajo, abordó con su patrón el asunto de la inversión en su naranjal. Mart dormía a pierna suelta en el sofá. El doctor Brush estaba en su oficina. No se oía nada en la casa, como no fueran los jadeos y los suspiros del viento.

—Señor McCormick —dijo O’Kane, dejando a un lado el libro que miraba desde hacía media hora sin que le hiciera ningún efecto—, me interesa mucho conocer su opinión sobre algo..., una inversión que he hecho con Jim Isringhausen. En cítricos.

—¿Quién? —dijo el señor McCormick dando vueltas alrededor de la mesa, saltando ligeramente, ora sobre un pie, ora sobre el otro, disponiendo las sillas y los cubiertos para la comida, algo que le encantaba hacer. Algunos días se pasaba una hora o más colocando y recolocando las sillas, cambiando de sitio platos, cucharas, tazas y platillos —medio centímetro a la izquierda o a la derecha—, revisando las servilletas en sus aros, reorganizando interminablemente las flores en el jarrón que adornaba el centro de la mesa. Era uno de sus rituales, uno de los más inocuos, y todos los médicos le habían estimulado para que siguiera haciéndolo, incluso Brush —así por lo menos estaba ocupado haciendo algo.

—Jim Isringhausen —repitió O’Kane—. Él dice que le conoció a usted en Princeton.

El señor McCormick parecía un ave zancuda, allí de pie, dominando la mesa, una cosa flaca y picuda preparándose para traspasar de un picotazo una rana o un pececillo y tragárselo entero.

—Jamás he oído hablar de él —dijo, realineando la cuchara y el plato en el sitio que ocupaba el psiquiatra en la mesa, y acto seguido le dijo algo en voz baja a uno de sus jueces. Lo cual no era extraño, sobre todo a la hora de las comidas, así que a O’Kane no le extrañó. A menudo el señor McCormick ponía cubiertos extras en la mesa, y cuando el doctor Brush le preguntaba para quiénes eran, explicaba que estaban reservados a los jueces. Hoy sólo había cuatro cubiertos (para Mart, O’Kane, el doctor Brush y el anfitrión), así que sin lugar a dudas podía decirse que los jueces ya habían comido.

—Seguro que se acuerda de él —se oyó decir O’Kane, mientras una débil campana de alarma repicaba en algún remoto rincón de su embriagado cerebro— Princeton, promoción del noventa y seis. Era condiscípulo suyo.

El señor McCormick empezó a saltar ora sobre un pie, ora sobre otro, en lo que era otro de sus rituales, y eso significaba que el suelo estaba en llamas. Cuando el suelo no estaba en llamas estaba hecho de pegamento, un pegamento muy eficaz e inexpugnable, de modo que tenía que esforzarse para despegar los pies. Pero ahora brincaba, y por esa razón estaba demasiado absorto para responder a la afirmación de O’Kane.

—Vive en Nueva York —prosiguió O’Kane, y ahora empezaba a sentirse algo desesperado, ordenando a toda prisa sus briznas de información para sentirse seguro

con el peso de sus argumentos—. Trabaja en algo relacionado con la bolsa de valores, creo. Y su hermano, usted lo conoce, o usted debe de haber oído hablar de él. Es el que tiene esa gran casa allí, en Sycamore Canyon Road, ésa por donde a veces pasamos en nuestros paseos en coche.

Puesto que el señor McCormick seguía sin responder, O’Kane, que estaba sintiéndose muy extraño y destemplado, como si estuviera febril —o sufriendo una resaca combinada con fiebre—, se sentó a meditar tristemente un momento, tratando de acordarse de todo lo que sabía sobre Jim Isringhausen. Pero, aparte del hecho de que su cuñada era un coño caliente, no sabía mucho. Tras pensarlo un poco mejor, intentó una nueva táctica:

—Señor McCormick, cuando usted estaba..., bueno, antes de que usted viniera a Riven Rock, quiero decir, antes de casarse, ¿qué opinaba usted sobre invertir en bienes raíces?..., en general, quiero decir.

El señor McCormick había cruzado la habitación a la pata coja llegando hasta la ventana, donde se detuvo para examinar una cuchara a la luz, echándole el aliento y puliéndola una y otra vez con el faldón de su camisa. Le dirigió a O’Kane una mirada sin expresión.

—Sí, me refiero a sus propiedades. Su hacienda en Nuevo México. Todos esos edificios en Chicago. Su casa en Massachusetts.

Esa enumeración le dejó totalmente desconcertado, y pareció tener la virtud de hacer que el señor McCormick retrocediera en los vericuetos de su memoria. Realmente, a esas alturas O’Kane ya no esperaba una respuesta y, por otra parte, tampoco sabía lo que quería averiguar; por supuesto que el señor McCormick era rico y distinguido, pero él había heredado su dinero y estaba más loco que una cabra, luego, ¿qué diablos hacía O’Kane pidiéndole consejos?

El señor McCormick regresó saltando sobre un pie hasta la mesa, ora sobre el izquierdo, ora sobre el derecho —izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda—, y colocó en su sitio la cuchara. Permaneció allí de pie, contemplando inquieto la disposición de los cubiertos, y luego volvió un rostro aletargado hacia O’Kane.

—Mi... mi esposa ad... administra todas mis pro... propiedades. Ya no... ya no —larga pausa— ya no me intereso por esas cosas.

¿Qué esperaba? ¿La voz del oráculo? ¿Razonables consejos financieros? ¿Acaso un préstamo? O’Kane se hundió profundamente en la silla. Todas las cosas en la habitación parecían estar en movimiento, todos los átomos entrechocando aceleradamente hasta que los muebles y las paredes alcanzaron una frenética actividad, y entonces supo que necesitaba un trago. Se levantó tambaleándose, sacudió a Mart despertándolo, y se metió en el retrete, donde levantó la tapa de cerámica de la cisterna y sacó del agua una botella de ese matarratas que Charley Waterhouse le había vendido la noche anterior. O’Kane había trasegado un cuarto de botella a una botella de un litro para que fuera más fácil de transportar y de ocultar, y ahora, entre visiones de naranjos agonizantes, se llevaba la fría botella a la boca

besándola prolongada y firmemente, dejando que la fiebre se declarara de nuevo a tal punto que ya no sabía si iba a vomitar o a desmayarse —o ambas cosas a la vez.

Cuando regresó al salón, el señor McCormick estaba polemizando con alguien en ese tono de voz alto y quejumbroso que significaba que estaba a punto de armar una de las suyas, pero no era a Mart a quien se dirigía. Mart se había quedado dormido de nuevo, desplomado en un sillón, roncando plácidamente. No, el señor McCormick estaba alegando ante sus jueces —«no he querido decir eso..., no quiero..., yo nunca..., estoy avergonzado, yo...»— y O’Kane se preparó para lo peor. Pero esta vez, lo peor era mucho peor de lo que hubiera podido imaginar, porque justo antes de que las paredes empezaran a derretirse y el techo cobrara vida con parpadeantes ojos y hocicos y un revoltijo de pieles de animales, los jueces aparecieron formando un inflexible tribunal, sentados ante sus platos, barbudos y austeros, eran tres, tres despiadados barbudos cejijuntos hombres, cuyos seis despiadados ojos se clavaban en él, en el sonriente Eddie O’Kane, sólo que no tenía ninguna sonrisa en esa ocasión, porque ahora estaba zozobrando en mares desconocidos.

Vale. De acuerdo. Tenía que dejar la bebida por un tiempo. No tenía que haber bebido aquella mierda, ni siquiera acercarse a ella, aunque le hubieran obligado a entrar en una jaula, a punta de lanza, echándole a la fuerza esa bazofia en la garganta. Por supuesto, todas aquellas visiones se debían a aquel matarratas, ése era todo el problema, la impureza y la porquería contenida en aquel brebaje —y podía darse con un canto en los dientes, pues todavía no se había quedado ciego, ni se había vuelto impotente, ni loco. Realmente no veía a los jueces: no eran más que los efectos de la bebida, de aquel bebedizo de mala muerte, sacado de un lote echado a perder. Pero contra viento y marea dejó de beber y acudió al trabajo cada día, y aunque tenía las tripas llenas de un magma ardiente, y parecía que no lo iba a conseguir por nada del mundo, a pesar de que su cabeza era como la cáscara de un huevo astillándose en un torno de banco y sentía las piernas tan pesadas que apenas podía ponerse de pie, poco a poco empezó a experimentar el mundo tal como era, sin ayuda de ninguna muleta, sin ningún velo.

La primera cosa que advirtió, temblando y sudando al mismo tiempo, vomitando en el retrete, al final del corredor, mientras el hijo de puta de Maloney —a quien hubiera querido descuartizar, hervirlo y comérselo— aporreaba impacientemente la puerta; lo primero que recuperó fue su sentido del olfato. Era asombroso: vivía en un mundo de olores. Súbitamente la orina apestaba debajo de sus zapatos. Sus calcetines despedían tufaradas, su ropa interior olía a levadura. El vestíbulo, al otro lado del corredor, hedía como si hubiera un cadáver mal emparedado en la pared. Ahora podía oler el ungüento facial de la señora Fitzmaurice desde su cama, ese tufillo que traspasaba la puerta de su solitario aposento de viuda, subiendo por la escalera y doblando en el tramo del rellano. Y también podía oler la tristeza de su posadera,

aquel olor a carne vieja, caída en desuso, un olor a cuerpo gastado y desperdiciado. Había un automóvil aparcado fuera, frente a la casa, y tenía el depósito lleno de gasolina, y también podía olerla. Y las comidas: cebollas, manteca de cerdo, carne de ternera, frijoles enlatados, ciertas especias. ¿Qué era aquello? ¿Albahaca? Sí, albahaca. Hacía años que no olía la fragancia de la albahaca —no olía nada, si vamos a eso— y se le humedecieron los ojos.

La siguiente cosa que experimentó fue apetito.

Primero los olores, y luego el hambre. Saltó de la cama lleno de entusiasmo, pensando en el desayuno. Se sentó a la mesa de la señora Fitzmaurice, junto con sus vecinos de pensión, en medio de unas tortas de avena como piedras, gachas de avena medio petrificadas, un jarabe tan espeso que parecía piedra exprimida, pero se lo comió todo y rebañó el plato con un trozo de pan. Todas las mañanas, a las diez y media, en vez de tomarse un descanso para beber, bajaba tranquilamente a la cocina y engatusaba a Sam Wah para que le friera un par de huevos a guisa de desayuno, o un bistec de hígado con cebollas, y a la hora de comer se sentaba frente al señor McCormick, en las mismísimas rodillas de uno de los jueces, y untaba su pan con mantequilla y se zampaba la sopa como si no hubiera comido en una semana. Por las noches cenaba en el bar de Menhoff porque llegaba demasiado tarde a la pensión para hacerlo en el comedor de la señora Fitzmaurice, y ella nunca se lo cargaba en la cuenta, excepto los sábados y los domingos, y cada vez que bebía una botella de gaseosa de jengibre estudiaba la etiqueta con una melancólica sonrisa: «Le recordamos que, de acuerdo con la decimoctava enmienda y la ley Volstead, el contenido de esta botella le será vendido a usted a condición de que no sea mezclado con bebidas alcohólicas».

Sus trajes, los cuales ya le bailaban, otra vez empezaron a sentarle bien. Puso especial cuidado en su cabello y en su dentadura, y se aseguró de lavarse los sobacos cada mañana, y al cabo de un mes, después de haber renunciado a las bebidas de Charley Waterhouse, de Bill McCandless, e incluso a las de Cody Menhoff —quien ahora vendía una excelente ginebra casera bajo mano mientras el sheriff del condado hacía la vista gorda—, O’Kane descubrió que había recuperado algo más también: la libido. Todas las mañanas despertaba con un neumático duro como el hierro e inflado a presión entre las piernas, y cuando bajaba a la calle para esperar a que Roscoe pasara a recogerlo, se quedaba en la esquina mirando de reojo, lascivamente, a las mujeres que pasaban, siempre que tuvieran entre doce y sesenta años de edad, y las saludaba tantas veces tocándose el sombrero que al final desgastó el ala. Necesitaba una mujer. Y esa idea fija lo dominó durante el resto de esa semana y la siguiente. El terrible dilema de dónde encontrar una mujer le achicharraba el cerebro cada vez que ponía el disco de Sousa, cada vez que abría con llave la puerta enrejada del salón de arriba o recorría de cabo a rabo la finca con Mart y el señor McCormick en una de sus enloquecidas carreras. Mientras escuchaba aquellas débiles trompetas, bugles y tubas, o bien cuando corría detrás del señor McCormick, no dejaba de darle vueltas al

problema en su cabeza: las mujeres, esa clase de mujeres que estaba buscando, pululaban como la mala hierba en las tabernas clandestinas que habían surgido por doquier en la ciudad, pero para abordarlas tenía que beber también, y un cóctel le llevaría a otro, y así hasta que ya no le importara y perdiera de nuevo el apetito y el olfato y empezara a ver a los jueces del señor McCormick sentados allí, ante él, en toda su inequívoca corporeidad.

En ese estado estaba O’Kane —cabreado y más salido que un fauno, pero con los sentidos abiertos al mundo— una mañana mientras subía la escalera de Riven Rock, cuando se encontró al señor McCormick alargando los brazos a través de los barrotes de la reja de arriba y aferrando con ambas manos la garganta de Sam Wah, el cocinero. La cara de Sam tenía un feo color, hinchada y oscura como un hematoma, y aunque agarraba por las muñecas al señor McCormick, apenas podía luchar, tenía los pies medio levantados del suelo, y sus ojos empezaban a empañarse. ¿Y Mart? ¿Dónde estaba? Sin sentido, yacía en el suelo, detrás del señor McCormick, con un clavel de sangre, vivo y reluciente, floreciendo en la comisura de su boca.

O’Kane no perdió ni un minuto: subió los últimos peldaños en un periquete, y empezó a forcejar con el señor McCormick sin que intercambiaran ni una palabra, nada salvo gruñidos, tacos y el feroz siseo de sus resuellos, hasta obligarle a soltar al cocinero. El chino cayó al suelo igual que un saco de ropa vieja. Pero el señor McCormick no se daba por vencido, de eso nada. Tan pronto como O’Kane abrió las manos del señor McCormick a la fuerza, éste le agarró por ambos brazos y tiró de él violentamente apretándoselos contra los barrotes, y mientras tanto, Sam Wah se levantó tambaleándose, masajeándose el cuello con una mano que temblaba de cólera y armando un escándalo que era una letanía de quejas en chino. Finalmente O’Kane logró inmovilizar al señor McCormick hasta quedar en tablas, ambos agarrados por los brazos a través de los inflexibles barrotes.

—¡Usté no gustal a mí, y yo no cocinal más! —gritó Sam Wah saltando enfurecido en el rellano mientras agitaba el puño en el aire—. ¡Señol Macolmac, usté no tenel ninguna delecho!

Echando una rápida ojeada más allá de la enfurecida cara de su patrón, O’Kane vio el desayuno desparramado por el suelo del salón, y coligió que el señor McCormick había rechazado la manera en que el cocinero le había preparado los huevos.

—¡Usté no tenel delecho a cogelme así pol el cuello, señol Macolmac! —Sam Wah estaba lívido de furor. Se quitó el delantal, lo estrujó haciendo una pelota y lo arrojó al suelo, al lado del gorro de cocinero que había caído allí en los primeros momentos de la pelotera—. Señol Macolmac, óigame bien, después de catolce año tlabajando aquí, yo no tlabajal más.

Rígidamente agarrado a O’Kane, el señor McCormick seguía allí, al otro lado de la reja, sin siquiera pestañear, sin decir ni mu, pero su mandíbula permanecía firme, apretando los dientes, y había algo en su mirada que decía que nunca soltaría a su

presa: el desafío del orgullo herido de un niño rico malcriado que prefiere morir antes que admitir que está equivocado.

El resultado de todo aquello fue una revolución en la vida culinaria de Riven Rock. Brush, quien realmente no quería que lo molestaran, tras consultar con Butters, los enfermeros y con cualquiera que quisiera escucharle, descubrió que los cocineros hombres eran muy escasos, descontando a los hombres que ayudaban a Sam Wah en la cocina y que se llevó consigo cuando se fue. Como sustituto, promovieron a un jardinero mexicano que pretendía haber sido cocinero en un restaurante en Veracruz antes de la revolución. Duró tres días, durante los cuales la casa estuvo llena de extraños e inquietantes olores. Todos sus guisos parecían consistir en unos frijoles pegajosos mezclados con una pasta de arroz envueltos en una delgada sustancia parecida al pan que nadie lograba identificar, todo lo cual, aparte de ser el único plato, siempre se servía tan caliente que era como tragar queroseno inflamado. El señor McCormick se alteró mucho y se pasaba las mañanas encerrado en el retrete, con los pantalones bajados hasta los tobillos, doblando y desdoblando trozos de papel higiénico mientras esperaba la próxima emergencia intestinal.

Luego intentaron reclutar a un demacrado anciano tostado por el sol que antes solía recorrer en un carromato las estribaciones de Goleta guisando ranchos alrededor de las hogueras<sup>[22]</sup> para los pastores de ovejas, pero lo único que sabía cocinar era carne de cordero, y al cabo de una semana comiendo eso en todas sus variantes — hervido, frito, en fricasé, asado y horneado en un hoyo de arcilla hasta parecer cordero momificado— terminaron haciendo pedidos a la tienda de comestibles de Diehl, tres comidas al día. Por último, profundamente frustrado y enojadísimo, una tarde el doctor Brush llevó a O’Kane aparte y le preguntó qué le parecía la idea de contratar a una mujer, sólo para dedicarse a la cocina.

—¿Una mujer? —repitió O’Kane, como si estuvieran hablando de alguna especie alienígena mientras pensaba en Elsie Reardon y las demás criadas que habían tenido en los primeros tiempos. Parecía que hacía mucho tiempo de aquello. Tanto que era como si la proscripción de las mujeres hubiera sido escrita en una tabla de piedra y bajada de la cumbre de una montaña.

—Sí —gritó Brush impaciente, molesto por tener que actuar a la vez como administrador de la hacienda y mayordomo de la casa, cuando estaba claro que su deber en tanto que cualificado psiquiatra era consagrarse a cosas más elevadas, por la única y sencilla razón de que para eso se había preparado y para eso le habían contratado. Le dirigió a O’Kane una mirada exasperada—: Últimamente el señor McCormick está, bueno, más calmado, quiero decir, si descontamos el lamentable incidente con el cocinero, y si impartimos órdenes estrictas de que la mujer no puede salir de la cocina bajo ninguna circunstancia y además mantenemos bien vigilado al paciente, en fin, no veo por qué razón no vamos a poder emplear una mujer aquí. Está claro que no podemos seguir así.

O’Kane le observó un momento, tratando de calibrar el grado de agitación del

médico, y luego se encogió de hombros.

—Claro —dijo—. ¿Por qué no?

Así las cosas, al otro día por la mañana, cuando llegó a la casa, le recibió un olor tan embriagador —una mezcla de salsas, especias y pan recién horneado— que pensó que iba a desmayarse. Aquello olía a verdadera comida —italiana, a eso olía— y no a la invariable e innominada porquería que la señora Fitzmaurice servía en su casa de huéspedes. Entró en el salón del piso de arriba y cerró muy cuidadosamente la puerta enrejada tras de sí: de nuevo había una mujer en la mansión y no había que incurrir en descuidos ni en negligencias. Se encontró a Mart leyéndole al señor McCormick un libro de Shakespeare. Ambos parecían tranquilos y se volvieron para sonreírle mientras él abría la puerta y entraba en el salón.

—Buenos días, Mart; buenos días, señor McCormick —dijo, y pudo sentirlo, un cambio se había operado en ellos, un hechizo, la bendición de la comida.

—Bu... buenos días, Eddie —dijo el señor McCormick en voz alta, alegre. Mart, cuyo labio partido estaba ya cicatrizado para entonces, levantó la vista del libro y gruñó un saludo.

—¡Qué bien huele! —dijo O’Kane, y el olor, esa fragancia de salchichas, ajos y tomates, subía desde la cocina sitiando la planta alta.

—Sí —dijo Mart, sacudiendo su gran cabeza y sonriendo. Los tres involuntariamente tragaron saliva.

—¿Quién es la nueva cocinera? —preguntó O’Kane, deslizándose al lado de Mart en el sofá.

Mart miró de reojo al señor McCormick; los ojos del señor McCormick brillaban. Tenía una extraña expresión en la cara, algo nuevo: nadie le había dicho que había una mujer en la planta baja.

—No lo sé —dijo Mart—. Alguna viuda, supongo. Una espagueti.

O’Kane alzó las cejas. Allí había gato encerrado, y sintió un palpito bajándole por el esófago hasta las tripas, adonde iban a parar todos los espaguetis, los raviolis y las lasañas. No era posible. Había unas mil viudas en la región, viudas de la guerra, viejas damas enlutadas arrastrando los pies a lo largo de las aceras, mujeres cuyos esposos habían naufragado en el mar, en accidentes automovilísticos y en trenes descarrilados, a causa de fallos cardíacos y enfermos de cáncer, y seguro que todas tenían que ganarse la vida, aunque estuvieran viejas y débiles. No obstante, de pronto se levantó:

—Excúseme, señor McCormick —dijo—. Tengo que bajar un minuto..., he olvidado algo.

Y ya en el rellano se incrementó el dulce aroma de la salsa marinara y del pan recién horneado, efluvios que iban en aumento a medida que él bajaba la escalera, cada vez más potentes mientras entraba en la sala de los sirvientes hasta rebasar la puerta de vaivén de la cocina. El vapor ascendente lo rodeó, separándose en volutas y fantasmas gracias a la ventilación producida por la puerta batiente. Todos los

quemadores de la cocina tenían la llama al máximo y el caliente líquido borbotaba siseando en las grandes ollas de hierro fundido. Y de pronto O’Kane descubrió allí una silueta, una forma familiar, un contorno que conocía mejor que ningún otro en el mundo, un poquito más llenita quizá, un poquito más vieja, pero era ella, era innegable: *Giovannella*.

—Hola, Eddie —dijo ella, volviéndose hacia él con cara de pocos amigos, indiferente como el viento—, hacía mucho que no te veía.



---

## «LUNE DE MIEL»

Un día después de la boda, Stanley y Katherine fueron a París con sus respectivas madres, la servidumbre y doscientos setenta y seis kilos de equipaje, y la luna de miel empezó en serio. Por desgracia, Stanley experimentó algunas dificultades a la hora de poner sus cosas en orden y encontrar en su baúl el lugar idóneo para los calcetines, los pañuelos y la ropa interior, razón por la cual perdieron el tren y llegaron con retraso. Eso fue una decepción para Katherine, a quien le hacía ilusión pasar la tarde en la ciudad, no sólo por ella, sino por Stanley, pues tenía la esperanza de que ese cambio de paisaje le distraería haciendo que luego, en el momento cumbre del anochecer, no estuviera tan ensimismado a la hora de ir juntos a la cama. Pero no fue así.

Todos estaban apretujados y esperando, los sirvientes solícitos, los bártulos ya estibados en sus sitios, el carruaje fuera, en la rotonda frente la casa, pero Stanley no aparecía por ninguna parte. Aún seguía lloviendo, y la tierra mojada de los macizos despedía el húmedo y malsano olor de los siglos aventados y cribados. Las lombrices de tierra (*Lumbricus terrestris*) yacían muertas y desparramadas a lo largo del sendero que llevaba a la casa, ¿y cuántas de aquellas ciegas e inocentes criaturas había diseccionado Katherine bajo la dirección de este o aquel profesor barbudo? Ya había descendido del carruaje dos veces para ver esos bichos, caminando cuidadosamente alrededor de los decolorados cadáveres de las lombrices, y ahora estaba en el vestíbulo con su madre, arreglándose el sombrero en medio de una creciente tormenta de excitación, ardiendo en deseos de partir para empezar la aventura, para despedirse de aquellas torres de piedra y del plácido lago, para seguir adelante con su vida como la señora de Stanley McCormick. Nettie ya estaba instalada en el carruaje y Jean Claude permanecía junto a la portezuela con un paraguas negro abierto, esperando sus órdenes.

—¿Por qué estará tardando tanto Stanley? —preguntó Josephine, alargando el cuello para entrever el reloj de péndulo que estaba al fondo del vestíbulo.

Katherine se alisó los guantes, miró por la ventana la lluvia desvaneciéndose en el empedrado y tamborileando implacablemente en el negro toldo del carruaje, y luego puso una mano en el brazo de su madre.

—Ve tú delante, madre —le dijo—. Voy a subir para ver qué lo está retrasando..., bajaremos dentro de un minuto.

Ella encontró a Stanley en su habitación, yendo de aquí para allá entre un baúl abierto y dos maletas destripadas. Tenía un bulto en los brazos —unos calzoncillos largos— y sobre la cama, ordenados en montoncitos, estaban las libretas de apuntes,

las plumas, los blocs de dibujo, los calcetines, las corbatas, los adminículos del afeitado, una novela que había sacado de la biblioteca para leerla en el tren, su raqueta de tenis y su traje de baño.

—Stanley, querido —dijo ella, allí en la puerta con su sombrero y el abrigo—, ¿qué estás haciendo? ¿No sabes que todos te esperan? Vamos a perder el tren.

Tenía la cara roja de excitación y un mechón de pelo le colgaba sobre la frente:

—Yo..., bueno, como verás, tengo un problema con mi ropa interior, porque no puedo marcharme con este tiempo sin pensar en eso, sobre todo debo pensar en la diferencia de temperatura con París y en la que hará en el tren, así que yo, bueno, necesito tiempo para separar y clasificar las cosas y decidir...

—¿Tu ropa interior? —Katherine estaba atónita—. Stanley, el tren saldrá dentro de cuarenta y cinco minutos. Si no nos vamos ahora mismo, lo vamos a perder. No es momento para preocuparse por la ropa interior.

—No, no, no —dijo él, gesticulando, con los flácidos calzoncillos cubriéndole ambas brazos—, tú no lo entiendes. Verás, acostumbro a encargarme mis calzoncillos largos especialmente a Dunhill & Porter, en Londres, y vienen en ocho gradaciones de textura, de modo que puedan hacer frente a cada posible contingencia, desde..., desde..., bueno, desde la *nieve* hasta el sol más brillante de un día de agosto, eso, por supuesto, si uno no quiere asfixiarse... —Y soltó un extraño y sordo aullido a modo de risa—. ¿No lo ves? —dijo, agachándose ahora ante el baúl donde dobló pacientemente la ropa que llevaba en los brazos. Katherine advirtió que seguía riéndose, riéndose entre dientes y meneando la cabeza—. Ella quiere que me congele... —añadió Stanley dirigiéndose al fondo del baúl—, mi propia es... esposa quiere que me congele.

Ella entró en el cuarto y se detuvo ante él, murmurando:

—Venga, déjame ayudarte.

Pero él se puso más rígido y le volvió la espalda.

—Stanley —dijo—, por favor. No hace ningún frío. Debe de haber entre catorce y quince grados ahí fuera. Y seguro que hay un veranillo de San Martín en París en esta época del año...

Él no le prestó atención, pero continuó doblando y desdoblando los calzoncillos, transportándolos de una maleta a otra, y tan pronto los había depositado en un lugar, volvía a sacarlos para reanudar todo el ciclo.

—Vamos a perder el tren —dijo Katherine—. Stanley. ¿Me estás escuchando? *Vamos a perder el tren.*

Súbitamente los ojos de Stanley se encontraron con los de ella y había en ellos una mirada de súplica, una expresión que al mismo tiempo suplicaba ayuda y la rechazaba.

—No puedo —dijo—. No..., no estoy listo. No puedo.

Entonces la voz de la madre de Katherine llegó desde el hueco de la escalera, trémula e interrogativa:

—¿Katherine?

—Deja eso —le urgió Katherine—. Deja eso para que los sirvientes lo envíen después. Podemos comprar calzoncillos nuevos y otras cosas tan pronto como estemos allí, cosas mejores, cosas parisinas, y todo esto saldrá en el siguiente tren si lo necesitas. Vamos —dijo ella cogiéndolo por el brazo—, vamos, Stanley, tenemos que irnos.

Él no se puso violento, no se comportó groseramente, ni hosco ni malhumorado, pero de todas maneras, seguía sin moverse. La miró desde su estatura, miró aquella mano de mujer apremiante en su brazo, y simplemente dijo: «No». Entonces, de un tirón, se apartó de ella y cruzó la habitación hasta otra maleta, arrastrando tras de sí las perneras vacías de los calzoncillos, largos como gallardetes.

Repentinamente ella montó en cólera:

—¡Stanley! —dijo bruscamente, y no podía dejar de enfadarse, con o sin luna de miel. Dio un taconazo; levantó la voz—: ¡Deja eso ahora mismo! —gritó, estridente como una verdulera en el segundo día de su vida conyugal, pero su paciencia se había agotado y el tren ya estaba entrando en la estación y ella quería irse, irse en el acto, y no permitiría que él le diera más largas, no estaba dispuesta a aguantar más vacilaciones ni manifestaciones neuróticas.

Estaba a punto de avanzar con paso airado y cogerlo por el brazo de nuevo cuando un ruido a su espalda la sobresaltó, y giró sobre sus talones, esperando ver a su madre. Pero no era su madre, sino la madre de Stanley, Nettie, la ogresa en persona, con las gotas de lluvia perlando su sombrero y formando una delicada y centelleante neblina en el cuello del abrigo de pieles. Tenía la cara empapada y apenas abrió la boca para decir:

—Yo me encargo de esto.

Finalmente Nettie consiguió poner en marcha a Stanley —¿que cómo lo consiguió?, Katherine nunca lo sabría— y ambos salieron de la habitación al cabo de media hora, con las maletas y los baúles meticulosamente preparados, en fila ante la puerta. Nettie salió cogida del brazo izquierdo de Stanley, quien llevaba el abrigo en el brazo derecho, pero a pesar de todo perdieron el primer tren, y le dieron la tarde a Katherine. Después de todo, sintió alguna satisfacción al ponerse en camino, sentada en la intimidad del compartimiento, al lado de su atildado marido, aunque tuviera que compartirlo con su madre y con su suegra, pero aquello no fue ni remotamente lo que esperaba. Hablaron de cosas triviales, mirando por la ventanilla la oscura campiña francesa y las luces fugaces, cenaron bastante agradablemente, pero todo el tiempo Stanley parecía tenso e inexpresivo, asintiendo con la cabeza automáticamente a cada observación que ella le hacía mientras su mano —la mano que ella tenía en la suya— se ponía cada vez más rígida, como la de una marioneta. Y suponiendo que él fuera de madera, si realmente era un títere, ¿quién movía los hilos? Katherine miró de reojo

y descubrió la apretada sonrisa de autocomplacencia de Nettie mientras el tren se deslizaba como una seda a través de la noche y ellos hablaban en voz baja de pintura francesa, de caracoles, de personas que habían conocido en Chicago y de lo inapropiado que era tener pájaros como animales de compañía, y se sintió más deprimida y desanimada que nunca en su vida.

Cuando finalmente llegaron, Stanley estaba visiblemente agotado. Todo el asunto de la boda y el traslado desde su hotel hasta Prangins y luego de Prangins hasta París debió de causar estragos en sus nervios. Emocionalmente era frágil, Katherine lo sabía, y eso le gustaba: que fuera sensible, artístico, retraído, más amable y atento que ningún otro hombre en el mundo, la clase de esposo con el que todas las mujeres sueñan. Pero el agotamiento estaba escrito en su rostro y cualquiera podía leerlo, así que cuando se instalaron en una suite del Elysée Palace, él simplemente le dio las buenas noches y entró en su habitación cerrando la puerta firmemente tras de sí. Ella se quedó allí de pie un momento, en el centro del salón, exhausta también, ilusionada con la idea de ir a la cama con él, aunque sólo fuera para acariciarlo, mirarlo y consolarlo, pero entonces oyó el brusco cerrojazo echado al otro lado de la puerta y se desplomó en un sillón y lloró hasta que no pudo más.

Por la mañana, Stanley volvió a ser el mismo de siempre, sonriente y relajado, y Katherine se sentía renovada también; anoche ambos estaban cansados, eso había sido todo. Desayunaron en su habitación, tratándose uno al otro con la ternura exagerada de una pareja celebrando sus bodas de oro, y todo parecía ir de maravillas, tal como ella lo había imaginado, de un modo amable, suave e íntimo. Hasta que Nettie apareció, claro. Irrumpió en la suite a las nueve para saber si Stanley había tomado su cápsula de aceite de pescado y si ya habían decidido qué museo iban a visitar, si el Musée du Jeu-de-Paume o el Louvre. Inmediatamente, el humor de Stanley cambió. Hacía un instante estaba alegre y comunicativo, untando su tostada con mantequilla y evocando los tiempos en que Harold y él jugaban a los indios y salían a hurtadillas al jardín para comerse las tostadas secas debajo de los arbustos, pero ahora, de golpe y porrazo, las palabras se le atropellaban en la boca. No, lo admitía, había olvidado tomarse su cápsula de aceite de pescado, pero las tenía por allí, en algún lugar, y las tomaría, y sí, planeaban ir al Louvre, pero necesitaba tiempo para terminar de desayunar, y esperaba que su madre no se disgustaría si salían a las diez.

Si la madre de Stanley iba a ir con ellos, lógicamente también Josephine iría al museo, y Katherine trató de sacarle el mejor partido a esa situación, charlando con su madre y arrimándose a Stanley en el carruaje durante todo el trayecto. Pero mientras paseaban a través de las galerías, mientras Stanley tranquilamente comentaba este o aquel cuadro, inconscientemente tomó del brazo a su madre, y Katherine y Josephine se quedaron atrás. Entonces llegó la hora de comer. Nettie había invitado a la esposa de cierto misionero, una horrorosa señora que al parecer regentaba una pensión donde Stanley se había alojado mientras estaba bajo el tutelaje de monsieur Julien. Era la

señora Van Pele, una sexagenaria regordeta, testaruda y mediocre, que hizo que Stanley se sobresaltara nada más verla entrar en el restaurante. Con la cara sonrojada, se levantó de la mesa tan precipitadamente que casi la volcó, y de no haber sido por la areca sembrada en un tiesto que estaba a sus espaldas hubiera sido capaz de huir despavorido del restaurante.

—Adela —gorjeó Nettie, tratando de encubrir la confusión de Stanley mientras el camarero miraba suspicazmente, y Katherine y Josephine se quedaban boquiabiertas—, ¡qué alegría que hayas venido! Por supuesto, te acordarás de Stanley, y ésta es su esposa, Katherine, y ésta su madre, la señora Josephine Dexter.

Stanley no extendió la mano, tampoco se inclinó para aceptar la que le ofrecía la señora Van Pele; simplemente estaba allí de pie, con su cara carmesí, clavando la vista en el suelo y apretando los puños.

—¡Cuánto me alegra volver a verte, Stanley —dijo la señora Van Pele, tomando asiento con la ayuda del *maître*— y felicidades! Te deseo lo mejor.

—Estoy avergonzado —murmuró Stanley, levantando la cabeza para dirigirse a todos en la mesa, el *maître* y el camarero incluidos—. Yo no..., yo, bueno, yo nunca se lo dije a nadie, estoy tan avergonzado, pero fui impuro y violé los deseos de mi madre y tu hospitalidad también...

—Tonterías —dijo Nettie con un timbre de voz que restalló como un latigazo—. Siéntate, Stanley. No tienes nada de qué avergonzarte.

El silencio cayó sobre la mesa mientras Stanley se sentaba lentamente. De golpe y porrazo, el tintineo de la vajilla de plata y el zumbido de las voces se volvió audible. Katherine estaba perpleja. Trató de asir la mano de su marido, pero él no la dejó.

—Puras pamplinas —dijo Nettie tras un momento, como si quisiera dejarlo bien claro—. Vosotros estáis recién casados, Stanley. Ahora tienes responsabilidades..., ya no eres un niño.

El camarero había retrocedido unos pasos, apartando la cara con un mohín de vergüenza ajena, y la señora Van Pele y Josephine habían empezado a hablar simultáneamente cuando de pronto Stanley se levantó de nuevo.

—Excusadme —murmuró echando hacia atrás la silla—, necesito, bueno, tengo que ir a lavarme..., o sea, quiero decir que volveré enseguida.

—*Siéntate*, Stanley —dijo Nettie, atisbándolo desde debajo de la armazón de su sombrero.

Stanley no la oyó. Tenía la cara aletargada, los hombros caídos. Paseó su mirada alrededor de la mesa, como si no reconociera a ninguno de los presentes, y luego salió del restaurante dando zancadas, y sin mirar atrás.

Katherine no sabía qué hacer. Miró a su madre, a la mujer del misionero, y por último a Nettie: su esposo, por alguna razón que sólo él sabía, acababa de abandonarla en un lugar público. Nada menos que al tercer día de su luna de miel. Estaba pasmada.

—¿Adónde puede haber ido...? —dijo pensando en voz alta.

Nettie no dijo nada.

—Probablemente habrá salido sólo a tomar un poco de aire, querida —dijo Josephine, y luego miró en derredor e hizo una mueca—. Esto está bastante mal ventilado.

La señora Van Pele estuvo absolutamente de acuerdo.

Y ahora, súbitamente, Nettie estaba de pie, una marimandona de hombros cuadrados, de sesenta y nueve años aunque parecía varios años más joven, vestida a la última moda de París y más acostumbrada a las prerrogativas del ordeno y mando que la madre de Napoleón o del káiser. Bastaba su sombrero —una maciza armazón de fieltro, plumas y terciopelo— para inspirar un temor reverencial a todo un regimiento militar.

—Adela, Josephine —dijo—, perdonad, ¿me disculpáis?... Estoy absolutamente segura de que Stanley está muy bien; no ha sido más que la excitación de verte de nuevo, Adela, tan pronto después del drama de la boda, y ahora comprendo que quizá le hemos cogido desprevenido..., pero necesito hablar en privado con Katherine. — Le hizo una seña a Katherine para que se levantara y la siguiera—. ¿Puedes acompañarme al baño, por favor? Es sólo un momento.

Perpleja, Katherine se levantó y siguió la forma enérgica y marcial de Nettie a través del restaurante y entraron en la antesala del servicio de las damas, en un gabinete de tocador, donde tras instalarse en un mullido sillón de felpa, frente a un espejo ovalado en un marco dorado, Nettie le señaló a Katherine una silla que estaba al lado. Allí había otras dos mujeres, en la otra punta del aposento, conversando en voz baja. Katherine se hundió en el sillón con un gesto de impaciencia; estaba empezando a sentirse muy irritada, ¿y quién se había creído que era esta mujer para darle órdenes a ella también?

—Iré directamente al grano —dijo Nettie, crispando los labios y sosteniéndole la mirada a Katherine—, no pretendo saber qué es lo que ha alterado a Stanley, pero te diré una cosa —hizo una pausa—: el *cambio* ha sido muy difícil para él. Es el mejor niño del mundo, fino, alegre y amoroso, pero padece una enfermedad nerviosa. A causa de su extrema sensibilidad, eso es todo, es su lado artístico saliendo a la luz. No obstante, como es natural, hemos decidido que varios especialistas lo examinen, a causa de su hermana mayor, Mary Virginia. Como sabrás, a Mary Virginia le han diagnosticado una...

Katherine la cortó:

—Sí, lo sé. Padece de demencia precoz. Stanley me lo contó. Hace años. Pero realmente no veo por qué eso tendría que afectarle a él.

—Exactamente. Pero él es emocionalmente frágil, y hace algunos años tuvo unos ataques de postración nerviosa, y creo que será mejor decirte lo que te espera, ya que estabas tan ansiosa de interponerte entre él y su familia. Él no necesita que la mimen, nada de eso, lo que necesita es comprensión, y suele tener sus cambios de humor.

Katherine se miró en el espejo, su pálido rostro y los ojos alerta, el delicadísimo

movimiento de sus manos duplicado mientras se alisaba la falda sobre las rodillas.

—Soy perfectamente consciente de eso —dijo y su tono no podía haber sido más frío ni más terminante.

Nettie se echó hacia delante, con las arrugas belicosas ciñéndole la boca y los ojos en feroz alineamiento:

—No sé si aprecias lo que te estoy diciendo: nosotros tememos que su enfermedad pueda empeorar. Ojalá que no... y rezo cada noche pidiendo por él... y los informes son alentadores, o al menos la mayoría, pero esa posibilidad existe. ¿Estás preparada para eso?

Katherine ya estaba poniéndose de pie.

—No sé qué piensa usted que soy, pero no soy una niña y me ofende que me traten como tal. Soy muy consciente de la neurastenia de Stanley y estoy completamente preparada para hacer lo que sea con tal de verle mejorar. No sería lo mismo si estuviera...

—¿Ah, sí? ¿Si estuviera qué...? ¿Loco? ¿Era eso lo que ibas a decir?

—Por supuesto que no —dijo Katherine, pero incluso mientras lo decía la idea estaba allí, en su cabeza, fea como una costra que se resiste a cicatrizar—. Lo que quise decir era que no sería lo mismo si su conducta fuera causa de alarma, no para mí, en cualquier caso, porque le conozco de una manera que usted nunca podrá conocerle. Es mi esposo, ¿no lo comprende? Ya no es suyo..., ahora es mío.

La vieja amparada bajo el blindaje de su heráldico sombrero se limitó a mirarla fijamente con dos ojos que eran exactamente como los de Stanley. Al cabo de un rato, en voz tan baja que apenas era audible, dijo:

—Sí. Efectivamente. Es tuyo.

Pasaron un mes en París, haciendo de vez en cuando excursiones nocturnas en el Renault que Stanley compró, y cambiando de hoteles a capricho de Katherine: desde el Elysée Palace hasta el Splendide, pasando por el Ritz.

—Necesito un cambio —le decía a Stanley mientras él entraba por la puerta tambaleándose con el montón de paquetes atados y sombrereras que acababan de comprar, pero fuera de esa frase, ella nunca le daba ninguna razón para tantas mudanzas. La razón, por supuesto, era Nettie. Estaba atrincherada en su suite del Elysée Palace, igual que una garrapata hinchada, chupándole la sangre a todo el mundo, y Katherine solamente quería alejarse de ella, y alejar también a Stanley. Eso era lo importante. Lo esencial. Porque todo les iría bien si ella los dejaba solos, Katherine estaba segura de eso.

Pero Nettie era tenaz. Insistía en comer y cenar con ellos diariamente, aconsejándolos en cada compra que hacían, desde los morrillos, los jarrones y los cuadros al óleo que adornarían su futuro hogar hasta la esclavina de zorro blanco y el manguito y la pulsera de turmalina que Stanley escogió para su esposa, y el único

recurso que le quedaba a Katherine era usar a su propia madre a guisa de amortiguador a cada paso. Era como un juego de damas: Nettie avanzaba una casilla y Katherine contrarrestaba moviendo la ficha de Josephine.

—¿No creen que deberíamos ir al teatro esta noche? —solía proponer Nettie a la hora de comer, y Katherine, levantando la vista lánguidamente de un libro o un catálogo, decía:

—¿Por qué no van usted y mi madre? Stanley y yo estamos exhaustos, ¿no es verdad, Stanley?

En medio de todo aquello, Stanley se comportaba como un príncipe, aunque se negaba a aceptar la más leve crítica contra su madre, al punto que no podía oír a Katherine mencionar su nombre sin que se le tensaran los músculos de la mandíbula hasta que empezaban a moverse debajo de la piel como si formaran una especie de tumor anormal. Era obediente y paciente, el decoro personificado, y ni una sola vez dejó que el socialismo ni las ideas de Eugene Debs se interpusieran entre él y la desenfrenada campaña de adquisiciones que Katherine había emprendido: después de todo, tenían que montar una casa. O lo harían dentro de poco. Había una sola cosa en la cual él seguía fallándole a ella, la más importante, la más esencial, esa cosa que todas las criaturas hacen de manera tan natural y tan inconsciente como respirar, comer, brincar y jugar por los campos, y sin la cual no había realización plena, ni seguridad, ni consumación, ni esperanza.

Cada noche era una repetición de la primera. Él siempre estaba atareado. Estaba preocupado. La Compañía de Cosechadoras. La correspondencia. Las cuentas. Las facturas. Si ella le diera un minuto, tan sólo un minuto... Cada noche, poco antes de acostarse, solía tomarla de la mano, y sólo le daba un beso, pidiéndole disculpas, y de nada valía que ella se mostrara seductora, poco importaba que fuera indecente, provocativa, tímida o calculadamente indiferente, hiciera lo que hiciera, él se sentaba a su escritorio en medio de un océano de papeles hasta que ella se daba por vencida y se iba bostezando a la cama. Ésa era la aflicción oculta de Katherine, su dolor, y maldecía a Nettie por eso; la cercanía de Nettie, la cara y la imagen de Nettie, su feroz voluntad castradora: si no podía tener a su hijo, entonces nadie podría tenerlo.

Finalmente, desesperada, Katherine concibió la idea de un viaje en auto hasta el sur de Francia, un viaje que sin lugar a dudas les apartaría de ambas madres, pues las dos se negarían a soportar tanto polvo y lodo, y la absoluta barbarie de ese artilugio que era un monstruo vibrante, tambaleante, humeante y petardeante, sobre todo si pensaban en la perspectiva de permanecer días enteros encerradas en él, pues ¿acaso no había jurado Nettie que nunca pondría en vida un pie en un automóvil? Sí, por supuesto: un viaje en auto. ¿Acaso había algo mejor? Katherine despertó con la inspiración una fresca mañana de octubre y la dejó incubarse mientras la criada disponía su ropa y ella se peinaba y estudiaba sus facciones en el espejo. Esperó a que el camarero les trajera el desayuno y mientras Stanley leía ociosamente el periódico, soltó un leve grito sofocado llevándose las manos al pecho, como si la idea acabara



de ocurrírsele.

—¡Stanley —exclamó—, acabo de tener una idea maravillosa!

Pero una vez más Katherine subestimaba a su adversaria, y a su propia madre, si vamos a eso. Ambas suegras aceptaron el plan con entusiasmo, y cuando llegó la mañana de su partida, Nettie y Josephine aparecieron en el Ritz vestidas con idénticos trajes de automovilistas, algo así como unas redes de color polvo claro que las cubrían de la cabeza a los pies y que hacían pensar más bien en apicultoras o en una fuga del serrallo. Stanley se sentó al volante, dejando al chófer en el asiento del copiloto, mientras Katherine y las encapulladas madres se daban empujones y codazos tratando de acomodarse en el estrecho asiento trasero. En cuanto pasaron de Montrouge tuvieron el primer pinchazo, y tras languidecer hora y media bajo un sol caluroso a destiempo mientras Stanley y el chófer parcheaban el neumático, cubrieron rápidamente los tres kilómetros que los separaban de Bagneux antes de que una avería mecánica les obligara a decir basta por hoy.

Naturalmente, el hotel de Bagneux no estaba a la altura de sus expectativas, y la madre de Stanley, malhumorada y ultrajada, fue la principal solista en un coro de quejas. Katherine también estaba muy irritable, y esa noche, durante la cena, después de subir tambaleándose por una escalera estrecha hasta el tercer piso donde se instalaron en unas habitaciones que eran como las casillas de un palomar, se vio arrastrada en una discusión absurda con su suegra sobre la pronunciación francesa de la palabra *orange*. Todos se asearon, se cambiaron y bajaron al restaurante donde empezaron la cena con un caldo madrileño que resultó estar bastante bueno y un vino espumoso que era pasable. El camarero acababa de tomar el resto de los pedidos, cuando Nettie, amargada por los sinsabores del día y haciendo muecas, le dijo a Katherine:

—Pronuncias eso como si fueras una extranjera.

Katherine miró a Stanley, pero él estaba estudiando la carta de los vinos con tanto fervor que uno hubiera pensado que iba a presentarse a un concurso de preguntas y respuestas sobre viticultura, y luego miró a su madre, pero Josephine lo único que hizo fue encogerse de hombros:

—¿Pronunciar qué?

Nettie se estiró, moviendo la lengua debajo de los dientes para remedar una afectada parodia antipática del francés de Katherine:

—Canard à lau-ran-sche.

—¿Y cómo se supone que debo decirlo? ¿Me lo puede decir, por favor?

—Como una americana. Porque es lo que eres, a pesar de todos tus aires ginebrinos, y deberías estar orgullosa de ser americana, igual que lo está Stanley..., ¿no lo estás, Stanley?

Stanley levantó la vista de la carta de los vinos. Miró desconcertado, con una expresión vagamente culpable, como si le fueran a castigar por algo que no había hecho.

—Yo..., bueno..., esto, sí, sí —dijo en voz baja.

—Estoy segura de que sólo es una cuestión de... —empezó a decir Josephine, pero Nettie la interrumpió.

—Las personas decentes —siseó Nettie— no hablan como los... —y aquí hizo una pausa para echar una mirada en redondo a la mesa, severa, consentida, autocrática, toda una emperatriz del dinero, del dinero McCormick—: *franchutes*.

Katherine se sintió tan ultrajada que quería barrer con el brazo la vajilla que estaba en la mesa, salir por la puerta y nunca regresar, pero se contuvo... por consideración a Stanley.

—Sí —dijo, apenas disimulando el desprecio en su voz—, ¿y usted, cómo lo pronuncia?

Todos los ojos se clavaron en la vieja del adamantino sombrero, y ella saboreó aquel momento, prolongándolo un segundo más, y entonces dijo:

—Auurenje.

Así transcurrieron las cosas durante las tres semanas y media que les tomó llegar a Niza. Obligados a estar constantemente juntos, expuestos a los caprichos del clima y a los diversos tipos de vías —desde las adoquinadas calles de las aldeas hasta los caminos carreteros que empezaban en medio de ninguna parte para terminar al final de la nada—, todos estaban de mal humor, incluso la madre de Katherine, que era la amabilidad y la dulzura en persona. De modo que hacia el final del viaje comían sumidos en un triste silencio sólo interrumpido cuando alguien murmuraba pidiendo la sal o el vinagre para restregarlos más aún en sus heridas. Aquel viaje era un desastre absoluto y total. Algo odioso. Completamente odioso. Y Katherine, la científica, siempre en pos de insólitos especímenes, estaba a punto de escribir a los principales diarios para testimoniar que había descubierto al único, el más irritante y abominable ejemplar de la especie humana, y también estaba dispuesta a nombrarlo, para evitar cualquier error en su clasificación científica: Nettie Fowler McCormick.

Y entonces, milagrosamente, Nettie tiró la toalla. Ya tenía bastante. Tenía los riñones pulverizados, la nariz taponada con polvo, polen, secas partículas de cagajones y otras inmundicias, los pies tan entumecidos que no los sentía, y ambas piernas junto con la región lumbar crepitando como hogueras. En Niza anunció que embarcaría en un vapor para Londres y de allí a Estados Unidos de América, a Chicago, Illinois. Evidentemente eso hizo sufrir a Stanley, y madre e hijo se pasaron horas encerrados en la habitación del hotel antes de que ella decidiera irse, y el día que Nettie partió, él estaba tan consumido por los sentimientos de culpabilidad, reprochándose su falta de lealtad, que apenas podía hablar, pero en opinión de Katherine era lo mejor que podía ocurrir: al fin su suegra se había ido. La ogresa había desaparecido. Y ahora podían empezar a vivir su propia vida.

—Madre —le dijo a Josephine sentándose a su lado en el vestíbulo del hotel el día de la partida de Nettie—, no sé cómo decirte esto... y espero que no lo tomes a mal..., pero me pregunto si no estarás experimentando un poco de nostalgia. ¿No

echas de menos el castillo de Prangins? ¿No tienes ganas de volver a Boston?

Josephine era una cincuentona, una mujer compacta y espabilada, eternamente vestida de negro, con su disparatado sombrero con plumas, y unos ojos demasiado pequeños para su cara. Ladeó la cabeza y sonrió:

—Te comprendo, querida: necesitas estar más tiempo a solas con Stanley. Mañana puedo tomar el tren para Ginebra.

—¿No te importa?

Josephine negó con la cabeza:

—No, por supuesto que no. Recuerdo cómo fue aquello con tu padre —y tras mirarse las manos, le dirigió una mirada cautelosa a su hija—, quiero decir, nuestra luna de miel. Ya sabes, tuvimos una boda por todo lo alto, la mitad de Chicago asistió, y cuando finalmente nos quedamos solos, esa primera noche en el hotel...

Katherine estaba hojeando un libro de poemas, pero ya lo había cerrado y ahora apretaba la cubierta de cuero como si las tapas estuvieran vivas y serpenteando en su regazo. El corazón le latía enérgicamente.

—¿Sí? —inquirió.

—Bueno, fue realmente una aventura para los dos, porque nosotros nunca habíamos estado así, juntos y solos, y tu padre era... —Josephine volvió a bajar los ojos— muy cariñoso.

Se produjo un incómodo silencio. Al cabo de un momento, Katherine carraspeó:

—Yo tenía pensado preguntarte sobre eso, madre, justo sobre ese tema..., quiero decir, sobre las relaciones maritales..., porque Stanley, bueno, él...

—Oh, querida —exclamó su madre—, ¿has visto la hora que es? El tiempo vuela, ¿verdad? —Parecía que estuviera a punto de saltar de la silla para correr hasta la playa y zambullirse de cabeza en el mar—. Quiero ir a mi habitación para echar una siesta antes de cenar..., ¡uf, es todo este solazo lo que me enerva tanto!

—Será sólo un minuto, madre —insistió Katherine—, es todo lo que te pido. ¿Quieres hacerme ese favor?

Su madre movió ligeramente la cabeza, una inclinación apenas perceptible de aquel sombrero emplumado. Los ojos de Josephine eran alfilerazos, y su boca, una cuchillada de repugnancia y desaprobación.

—Stanley no... —empezó Katherine, y entonces vaciló—, no actúa como si... —Enrojeció y la voz se le atoró en la garganta—. Me refiero a las relaciones íntimas.

Josephine la miró asustada; también tenía la cara colorada. Hizo ademán de levantarse, pero luego lo pensó mejor.

—Katherine —dijo en ese tono de voz que solía emplear para regañar a los sirvientes—, hay cosas de las que simplemente no se habla... o de las que resulta incómodo hablar.

—Pero yo necesito hablar de eso, madre —argumentó Katherine, y sintió la puñalada de todo el dolor y la confusión acumulados en las últimas semanas—, porque Stanley no es mi esposo, al menos no lo es de la manera que yo pensaba que

lo sería, la manera en que todos... —Y su voz se extinguió.

—¿Que no es tu esposo? —Josephine se había llevado una mano a la boca lanzando una rápida mirada alrededor—. ¿De qué estás hablando?

Katherine se sintió miserable, abyecta, de nuevo era una niña, y toda su preparación científica, toda su asimilación de lo que los hombres habían investigado sobre los fenómenos vitales y la reproducción de los seres vivos no le servía para nada: su madre sabía lo que ella no sabía.

—Stanley no... funciona, ni funcionará.

A Josephine le tomó un momento reponerse. Rígidamente sentada en la silla mientras el Mediterráneo se movía suntuosamente más allá de las ventanas, tenía la expresión de una mártir, una víctima cuyas uñas le eran arrancadas con tenazas, una a una.

—Llévalo de excursión —dijo finalmente—. Que respire aire fresco. Que coma carne. Esa clase de cosas. —Otra pausa—. ¿Por qué no lo llevas a esquiar?

El lugar escogido por Katherine fue Saint Moritz, en los Alpes réticos, no lejos de la frontera italiana. Reservaron habitaciones en el Grand Engadiner Hotel Klum, un edificio viejo y encantador con tejados esculpidos en nieve, grandes chimeneas crepitantes y un cuarteto vienés tocando a la hora de la cena y del té. Por las mañanas daban largos paseos por la aldea cubierta de nieve, contemplando las casas, visitando las tiendas adornadas por Navidad, aspirando la fragancia del aire impregnado de humo de leña y de castañas asadas, y después del almuerzo, iban a esquiar. Katherine era una experta esquiadora, pero Stanley era magnífico. Elegante y hábil, se deslizaba por las immaculadas colinas como una línea trazada a lo largo de una página en blanco, enfrentándose a las pistas más desalentadoras con una confianza y un ímpetu que rayaban en lo temerario. Ella nunca le había visto tan exuberante. Ni tan atlético.

Hacia finales de la primera semana Stanley era una persona completamente distinta, como renacido, y Katherine se mordía las manos por no haberse escapado con él mucho antes. Stanley se reía al menor pretexto, y lo hacía desenfadadamente, alegremente, y no con aquella sobrecogedora risa de hiena que parecía estallar en su boca cuando su madre rondaba por los alrededores. Cuando cenaban se ponía a recordar viejos tiempos. Su hablar era pausado y el tono íntimo. Se adelantaba a cada necesidad de su esposa. Eso era lo que Katherine había estado esperando, el lento y dulce despliegue de los días, abriéndose sucesivamente como un jarrón lleno de rosas en plena eclosión... Sin embargo, las noches seguían siendo problemáticas. Y castas. Exasperantes, insufribles, angustiosamente castas.

Pero ¿qué hacer? Katherine tenía tiempo de sobra para meditarlo —una plétora de tiempo, nada más que tiempo—, siempre despierta, a la hora de desayunar, mientras comía y cenaba con su risueño marido, cuando cortaban la nieve deslizándose raudos por las pistas y él hacía cabriolas alrededor de ella, saltando vertiginosamente sobre

cada montículo como si sus piernas fueran resortes desenrollados, en medio del absoluto silencio de las montañas, bajo un cielo tan vasto y vacío que era un dolor. Los músculos de Katherine se endurecieron. Se le abrió el apetito. Se sentía vigorosa, joven y tan agitada y nerviosa debido a sus frustradas apetencias que aunque quisiera dormir, no podía.

La solución se le ocurrió una tarde en vísperas de Navidad, y le resultó tan obvia y evidente que casi soltó un grito de asombro. Estaban esquiando en las pistas de Pontresina, dominando la aldea desde una gran altura, fuera del alcance de la vista de su guía, rodeados de cumbres como murallas blancas, cuando a Katherine se le rompió la muesca de fijación del talón de su esquí izquierdo. Stanley enseguida se arrodilló a sus pies para repararlo. A pesar de la envoltura de sus guantes y del insensible espesor de las botas de ella, Katherine podía sentir el tacto de su marido. Eso fue lo que la provocó, ese contacto, ese gesto de amor persistente, humilde y servil, su esposo allí, en la nieve, a sus pies, y en ese instante supo lo que tenía que hacer: *tenía que dar el primer paso*.

Era tan obvio que resultaba ridículo. Aunque violaba todas las nociones del papel de la mujer —el sexo débil, la compañera pasiva, el sexo como carga y responsabilidad—, ella tendría que encargarse de dar el primer paso, tomar la iniciativa, llegar a donde nunca antes había llegado ninguna esposa. Stanley era un caso especial, y nadie sabría lo que había sucedido entre ellos en la intimidad de su alcoba, así que no habría nada de qué avergonzarse. Estaba decidida. Se reuniría con él en la cama por la noche —esa misma noche— y usaría las manos, la boca, todos los medios necesarios para excitarle a fin de que cumpliera con su deber. Claro que sí. Por supuesto que lo haría. O lo hacía o moría virgen.

Aquella noche cenaron en un restaurante no lejos del hotel. Katherine se había maquillado, llevaba un lazo rojo y verde en el pelo, un vestido nuevo, y la pulsera de turmalina que Stanley le había regalado centelleaba en su muñeca. Le estimuló a beber —un Grignolino que despedía el potente buqué de la tierra— y ella bebió un par de copas, para darse ánimos. Cuando regresaron a sus habitaciones, Katherine aceptó el rígido beso que él le daba cada noche y luego le dijo que estaba cansada de esquiar y que pensaba acostarse temprano, si él no tenía objeción.

—Oh, no faltaba más... —dijo él con voz entrecortada, como si las palabras estuvieran soldadas a sus dientes, paseando la mirada por la pared que estaba detrás de ella, recorriéndola de arriba abajo—. Está muy bien. Feliz Navidad y buenas noches.

Ella esperó a que la luz se apagara en la alcoba de Stanley, lo cual ocurrió casi inmediatamente; no quería que se quedara dormido, así que se deslizó de puntillas, perfumada y desnuda, como si fuera la peor de las fulanas, una hetaira lasciva, una puta, e hizo girar el pomo para ver si la puerta se abría. Stanley no había echado el cerrojo. Y ella empujó la puerta conteniendo el aliento, hecha un manojo de nervios.

—¿Quién es? —preguntó él, y ella pudo ver su oscura silueta encima de la cama

bajo la fría luz azul que transparentaba la nieve depositada en las ventanas.

—¡Chis! ¡Cállate! —susurró ella—. Soy yo. Katherine. Tu mujer.

—Pero ¿qué estás...? —empezó a decir, pero ya ella estaba en la cama, desnuda en la frígida luz, con los muelles saltando y el colchón cediendo, desnuda y a gatas, sintiendo cómo el frío le acariciaba los pechos, el ombligo, los muslos, hasta ponerle la carne de gallina.

—No digas ni una palabra —le dijo y buscó sus labios, y lo besó, un beso húmedo, un beso de verdad. Experimentando al fin las primicias del calor de sus cuerpos unidos, Katherine estaba encima de Stanley obligándolo a retroceder hasta la cabecera, sin dejarle escapatoria. Forcejeando para esquivar su boca, él sacó la cabeza para coger aire igual que un buceador. En ese tejemaneje, el gorro de dormir se le cayó de medio lado, la luz azulosa procedente de la ventana era sólida y tangible como un bloque de hielo.

—Yo no —tartamudeó— no... no... no...

—Shhhh —volvió a ordenarle ella metiéndose enseguida debajo del cobertor, buscando los dedos de los pies de su esposo con los suyos, pegando sus blandos pechos contra la tela de su camisa de dormir, acunando la cabeza bajo el brazo de Stanley, y entonces lo abrazó un rato que pareció una eternidad, hasta sentir que él estaba relajado... o que empezaba a relajarse. Katherine siguió besándolo, en la mejilla, en el cuello, en las manos, y luego, al cabo de otra eternidad, deslizó una mano expedicionaria por debajo de su camisa de dormir hasta encontrar lo que estaba buscando.

Stanley tenía el pene flojo. Mejor dicho, no exactamente flojo, pero tampoco duro. Era el primer pene que ella tocaba y se quedó atónita al comprobar cuán pequeño era, teniendo en cuenta que cabía entero en su mano, pero Katherine sabía lo bastante para frotarlo, estimulándolo, haciéndolo crecer, y mientras tanto no dejaba de besarle el cuello, jadeando ardientemente, musitándole palabras cariñosas al oído. Al principio él se puso más rígido —en todas las zonas de su anatomía menos en una— y trató de apartarse de ella, pero al cabo de un rato (¿cinco, diez minutos?) Katherine empezó a sentir algo en su mano, un movimiento definitivo, una contracción espasmódica, un espesor palpable. Envalentonada, puso en movimiento la otra mano, y empezó a frotar furiosamente entre las palmas de las manos el miembro de Stanley que se despertaba, con el mismo fervor de un indio piel roja frotando un palo contra otro para obtener fuego.

Y obtuvo fuego... de otra clase. Stanley experimentaba una erección —o casi, ella no era una experta— y tras levantarle la camisa de dormir, se subió a horcajadas encima de él, frotándolo ahora no con las manos sino con las ingles, y era una sensación tan embriagadora que no se parecía a nada que ella hubiera experimentado jamás, descontando quizá a Lisette con su precoz dedo índice, y:

—Stanley —susurró—, Stanley, estoy lista. Hazme un bebé, Stanley, hazme un bebé.

Pero él no le hizo un bebé. Ni siquiera lo intentó. Tan pronto como Katherine habló, su miembro viril se encogió reduciéndose a la nada, una cosa blandísima, diminuta, la cosita más exacerbante del mundo ovillándose en su nido, y cuando ella alargó la mano para estimularlo de nuevo, él la apartó de un manotazo, con más dureza de la necesaria.

Hubo un soplo de aire frío, un gran aletazo del cobertor, y súbitamente él estaba de pie, dominándola desde su estatura, envuelto en la luz glacial de la alcoba, y ella sólo pudo distinguirle la cara, los labios crispándose en un gruñido, el salvaje chisporroteo de sus ojos. Stanley estaba temblando.

—¡Eres una puta! —gritó—. ¡Una guarra y una ramera!

---

## EN TERRENO INESTABLE

La época del doctor Kempf comenzó en 1926, pero la necesidad de que actuara enérgicamente, haciendo renacer la esperanza, suscitando un cambio, había empezado hacía mucho tiempo, tal como O’Kane había advertido. Y no sólo porque todo se había ido al carajo bajo la tutela de Brush y el nuevo administrador de la hacienda (un mugriento e incompetente impostor con más de una papada que se llamaba Hull), sino también porque hasta el mismísimo señor McCormick había entrado en una crisis profunda. Muy gradualmente, día tras día, de forma apenas perceptible, empezó a recogerse en sí mismo de nuevo, como si volviera a sumergirse en la catatonía de los primeros días, y mucho se temía O’Kane que tendrían que recurrir otra vez a las sábanas para atarlo y al tubo de bambú para alimentarlo. El señor McCormick se mostraba apático y taciturno, apenas vocalizaba correctamente, y en ocasiones, durante días enteros, se negaba a quitarse el pijama; ni siquiera la perspectiva de un paseo en coche por el campo parecía entusiasmarle mucho. Y, por supuesto, siempre resultaba desagradable tener que forzarlo a desnudarse y a ducharse, más aún obligarle a meter los pies en las perneras de sus pantalones cuando se oponía radicalmente.

O’Kane no era psiquiatra (aunque tenía más experiencia en la materia que la mitad de los loqueros que pululaban en el país con sus perillas y sus teorías alemanas), pero poseía una sutil armonía con los estados de ánimo del señor McCormick, y estaba preocupado. Hasta donde él sabía —y lo había discutido con Mart alguna que otra vez— la actual decadencia del señor McCormick tenía su origen en una serie de acontecimientos traumáticos que habían tenido lugar en el curso de los últimos años, el primero de los cuales, y también el más devastador, fue la pérdida de su madre. Eso ocurrió en 1922 o 1923, y a continuación sobrevino el divorcio de su hermano Harold y sus segundas nupcias con el correspondiente jaleo que a la sazón armaron los periódicos, todo lo cual, en opinión del señor McCormick, era una vergüenza y una mácula para toda la familia así como para la Compañía de Cosechadoras. Entonces llegó la noticia de que finalmente el doctor Brush había internado a su esposa porque se puso a desfilar desnuda por las calles, prendiéndole fuego a los cubos de la basura; lo cual perturbó al señor McCormick de diversas maneras, desde su absoluto horror a la agresiva noción de la desnudez femenina hasta la triste reevaluación de sus propias esperanzas de curarse y quedar en libertad en el mundo de los hombres y las mujeres. Y como remate, justo cuando parecía estar saliendo del bajón, haciendo sus chistecitos y comiendo correctamente, tuvo lugar el terremoto que derrumbó la mitad de la ciudad de Santa Bárbara, sacudiendo la tierra



en Riven Rock a tal punto que reventó todas las ventanas, poniendo el piano patas arriba en medio del salón de música y no dejando piedra sobre piedra en el garaje que se desplomó aplastando una docena de coches como si fueran latas de sardinas. Para cualquiera hubiera resultado harto difícil mantener la alegría y conservar el optimismo en medio de tanta debacle, pero para un hombre en el estado mental del señor McCormick resultaba algo tan arduo como construir una pared encima de otra.

En efecto, cuando la vieja dama murió, O’Kane se preparó para una explosión de gran magnitud, por lo menos similar a la que tuvo lugar a raíz del fallecimiento del doctor Hoch y el incidente con la ardilla de tierra, sobre todo teniendo en cuenta que el señor McCormick era absolutamente imprevisible. Apenas pestañeaba y, oficialmente, según los informes del doctor Brush, sólo decía siete palabras. Estaba jugando al solitario cuando O’Kane le comunicó la noticia. (Así lo dispuso Brush, por la única y sencilla razón de que el señor McCormick se sentía más a sus anchas con el enfermero jefe, quien, después de todo, le conocía desde hacía mucho tiempo, y porque la noticia resultaría traumatizante, por la única y sencilla razón de que el señor McCormick estaba patológicamente vinculado a su madre y, aunque realmente no la veía desde 1907, lo más probable era que desahogara su dolor de una manera explosiva y que la tomara con el portador de la noticia, por lo cual, obviamente, el psiquiatra que lo atendía no debería ser el mensajero por la única y sencilla razón del riesgo de enajenación mental).

—Señor McCormick, me temo que le traigo malas noticias —le anunció O’Kane, mientras Brush permanecía escondido detrás de la puerta de un armario empotrado en el rellano, y Mart asistía a la escena tan plácidamente como si estuvieran discutiendo un cambio en el menú.

El señor McCormick levantó la vista de sus cartas y le miró burlón.

—¿Ma... malas no... noticias? —repitió como un eco en una especie de rebuzno. O’Kane se llenó de valor.

—Iré directamente al grano, señor: su madre ha muerto. Anoche. En paz. Mientras dormía. —Hizo una pausa—. Tenía ochenta y ocho años.

Durante un largo rato el señor McCormick simplemente se quedó allí sentado, mirándole inexpresivamente, con la última carta congelada en su mano. Luego se aclaró la garganta como si estuviera a punto de decir algo, volvió a mirar a la mesa y puso la carta a la cabeza de una hilera de epístolas ordenadamente alineadas. Al cabo de un rato, volvió a mirar a O’Kane, y en sus pupilas había un brillo astuto y sigiloso, como si acabara de salirse con la suya.

—No iré al funeral —dijo.

Exteriormente no mostraba nada, pero se notaba que estaba acongojado, como lo había estado por el doctor Hoch, y O’Kane seguía esperando que de un momento a otro se desencadenara un huracán maniaco-depresivo, especialmente cuando se enteró de la noticia del divorcio del señor Harold McCormick. O’Kane oyó hablar del tema por primera vez una mañana, al entrar en su turno de trabajo, y descubrir que de

lo único que el señor McCormick quería hablar era del divorcio. Del divorcio en todas sus vertientes: legales, históricas y antropológicas. Hablaba sin cesar de cómo fulano de tal se había divorciado de su esposa treintañera y de cómo lo había hecho el rey Enrique VIII y cómo los habitantes de las islas Trobriand mataban y se comían a sus esposas al divorciarse de ellas ofreciéndoles los mejores bocados a sus suegros, si es que se puede decir que los salvajes tienen suegros, y también abordó la cuestión de cómo se había divorciado él, Eddie, ¿cómo se sentía al hablar sobre el tema? Porque él también se había divorciado, ¿verdad? De esa chica que... ¿cómo se llamaba, Rosaleen?

O’Kane tuvo que confesar que no se había divorciado.

Eso dejó de piedra al señor McCormick. A la sazón estaban fuera —acababan de regresar de una de las desenfundadas carreras alrededor de la finca a un paso que variaba de un trote cochinerero a un galope tendido—, y le miró parpadeando con incredulidad.

—¿Quieres decir que... durante todos estos años... ella... ella... ha estado andando por ahí a la bartola? ¿Tal vez... tal vez incluso con... con *otros hombres*?

Mart, todavía esforzándose por respirar, contemplaba la escena. Estaban delante de la puerta principal de la mansión y Butters estaba allí, con la nariz mirando al cielo, sosteniendo con gesto estirado la puerta abierta para que ellos entraran.

—Supongo..., ejem..., supongo que nunca se lo dije..., ¿recuerda cuando ella se despidió porque tenía que ir a cuidar a su madre, y a su hermano, ese que tenía cáncer de cerebro?

El señor McCormick le dirigió una mirada inexpresiva. Probablemente no recordaba mucho de aquellos días. De hecho, O’Kane estaba asombrado que recordara el nombre de Rosaleen.

—Pues bien —dijo O’Kane, gesticulando teatralmente—, es triste decirlo, pero ella se contagió de cáncer de cerebro de su hermano y murió. Así que realmente soy viudo. Un viudo..., eso es lo que soy.

El señor McCormick parecía satisfecho con la explicación, pero cuando subieron la escalera y se sentaron en el salón de arriba, de buenas a primeras se puso inquieto.

—Oye —dijo—, oye, mira esto. —Y lanzó un montón de recortes de periódicos en el regazo a O’Kane, recortes que en realidad no eran tales, pues como no se le permitía el acceso a las tijeras, lo que hacía era doblarlos minuciosamente, alisando sus bordes afilados, para luego arrancarlos de los periódicos.

El primer titular decía: PRESIDENTE DE LA COMPAÑÍA DE COSECHADORAS SE DIVORCIA DE HEREDERA ROCKEFELLER, y había media docena más por el estilo. Al parecer Harold, que era el presidente de la Compañía Internacional de Cosechadoras desde que Cyrus Junior se había jubilado, se estaba divorciando de Edith, con quien había estado casado veintiséis años. Ella se había pasado los últimos ocho años en Suiza, como devota y discípula de Karl Jung y de su escuela del psicoanálisis, y Harold, que era un hombre de mundo, el botarate de la familia, aficionado a la ropa de lujo, a los

coches caros, a los aeroplanos y a las mujeres, se enamoró de una diva polaca, Ganna Walska. Madame Walska era una morena y voluptuosa beldad que a los treinta años, tras haber enviudado, se había divorciado dos veces, y era veinte años más joven que Harold. No era capaz de cantar ni siquiera una nota, al menos no sin que el público saliera corriendo del teatro.

Cuando O’Kane leyó todos los artículos de principio a fin y se los pasó a Mart, miró el rostro expectante del señor McCormick y se encogió de hombros.

—Suele suceder, señor McCormick —dijo—, usted lo sabe. No es nada que deba excitarle.

—¡No, no y no! —dijo en una ráfaga, y de pronto el suelo se convirtió en lava pues empezó a saltar ora sobre un pie, ora sobre el otro—, no, no, usted no... no lo comprende. Él es el presidente, el *presidente*, y él puede..., yo puedo..., Katherine. Puedo divorciarme de Katherine.

Durante un tiempo la idea quedó grabada en el cerebro del señor McCormick, y cuando no hablaba solo, en voz alta y desgarrada, debatiendo ese tema en sus más mínimos detalles, se dejaba obsesionar tanto por la noción del divorcio que se sumía en un abismo de silencio. Si Harold podía divorciarse, entonces él también podía. Pero si él se divorciaba, entonces no tendría a Katherine, y si no tenía a Katherine..., entonces... ¿quién sería su esposa, quién se encargaría de sus asuntos y administraría sus negocios? Además, él amaba a Katherine, ¿verdad?, a pesar de que andaba por ahí con otros hombres y con esa señora Roessing. Y así seguía, dale que dale, dándole vueltas al asunto una y otra vez, igual que un perro persiguiendo su propia cola.

Mientras tanto, la situación de Harold no hacía más que empeorar. Porque después de obtener el divorcio, cuando Edith se quedó con la custodia de los niños y la mejor parte de sus propiedades comunes, incluyendo la mansión de Lake Forest y la Villa Turicum, la cual ella convertiría en una «Meca de los devotos del psicoanálisis», Ganna Walska le dio calabazas y se casó con un millonario norteamericano que respondía al nombre de Alexander Smith Cochran. Harold estaba devastado y la prensa aullaba de placer. Pero un año más tarde madame Walska rechazó a Alexander Smith Cochran y se casó con Harold, pero con la condición de que financiara su gira operística por Estados Unidos, con los coros más distinguidos, las mejores orquestas, los disfraces y decorados más exquisitos que el dinero podía comprar. De nuevo la prensa aulló de irrisión y aulló tanto y tan prolongadamente que Harold se vio obligado a dejar el puesto de presidente de la Compañía de Cosechadoras a raíz del escándalo.

Todo eso sumió al señor McCormick en un sentimiento de desesperación y melancolía que fue en aumento hasta dejarlo postrado en la cama. Ese día, cuando O’Kane llegó, se encontró al doctor Brush y a Mart tratando de hacerle entrar en razón. ¿No le gustaría levantarse ahora y darse una buena ducha? No, no le gustaría. ¿Le apetecía desayunar? No. ¿Y un paseo en coche? ¿Y una película? ¿Y un concierto del señor Eldred? No, no y no. Muy bien, ¿y qué era lo que pasaba? A esa pregunta se

negó a responder. Pero cuando el doctor Brush y Mart salieron al salón para intercambiar impresiones, el señor McCormick se metió una mano en el bolsillo de la camisa de seda azul de su pijama y le dio a O’Kane un recorte de periódico tan rigurosamente doblado, y tantas veces, que había quedado reducido al tamaño de una carterita de fósforos.

—Adelante —le dijo—. Vamos, Eddie..., léelo. En voz alta.

#### EX PRESIDENTE DE LA COMPAÑÍA DE COSECHADORAS SE SOMETERÁ A UN TRASPLANTE DE GLÁNDULAS DE MONO

El señor Harold McCormick, ex presidente de la Compañía Internacional de Cosechadoras, cuya repentina boda el año pasado con la cantante polaca madame Ganna Walska puso en peligro la compañía y escandalizó a la nación, ha acudido al hospital de Chicago para someterse a una intervención quirúrgica urológica. Según fuentes bien informadas, su cirujano, el doctor V. P. Lespinasse, conocido como «el decano de los trasplantes de glándulas», está experimentando con el trasplante de glándulas de monos para aumentar las posibilidades del señor McCormick de tener hijos con su joven esposa. Madame Walska manifestó que no tenía nada que decir, salvo que su esposo era «insaciable en su búsqueda de la realización de las exigencias físicas de la vida conyugal, insaciable debido a que ya no puede alcanzarlas».

Cuando O’Kane terminó de leer y miró al señor McCormick, éste tenía una extrañísima expresión en la cara, como si acabara de salir arrastrándose de un agujero en medio de un lago congelado, sólo para resbalar de nuevo y caer de golpe y porrazo en las aguas gélidas y oscuras.

—Monos —dijo amargamente—, ¿por qué siempre todo tiene que ver con los monos?

Y entonces sobrevino el terremoto.

El seísmo se desencadenó justo antes de las siete de la mañana del 29 de junio de 1925, levantando en peso a O’Kane de la cama, donde dormía la mona tras una noche de placer con una mujer cuyo nombre no podía recordar, haciéndolo girar en el aire hasta dejarlo caer del revés en las sábanas, tan limpiamente como una tortilla volteada en una sartén. Todas las cosas dentro de su campo visual cobraron vida, llenándose de energía, igual que en sus alucinaciones alcohólicas de antaño, pero aquello no era una alucinación. La pintura que colgaba en la cabecera de su lecho le cayó encima, y uno de los gatitos juguetones quedó empalado en el pilar de la cama; el armario avanzó dando saltos hasta caer estrepitosamente, el yeso llovía del techo, y todas las cosas seguían temblando, danzando y vibrando nerviosamente, como si el suelo estuviera electrizado. Era exactamente como viajar en un tren que al entrar en la estación frenara demasiado bruscamente.

O’Kane se puso el pantalón y los zapatos y salió precipitadamente al pasillo, donde el polvo infestaba el aire, y el pasamanos y las balaustradas del rellano eran una conspiración de astillas de madera. Abajo, en el immaculado recibidor de la señora Fitzmaurice, había un amasijo de ladrillos y listones desparramados por la alfombra, y a través de una brecha abierta en la pared pudo ver la esquina del edificio de al lado, allí incrustado como una cuña. Heroico como era, O’Kane ayudó a todas

las damas a salir a la calle, y luego se pasó diez horas yendo de un lado para otro, rescatando un niño aquí, luchando con las llamas allá, enloquecido con los chorros de adrenalina que bombeaba, tiznado de hollín, sangrando, sin sombrero ni camisa, galvanizado en la impetuosidad del momento.

Cuando el polvo se asentó y el aire se despejó, se encontró con que la mayoría de los edificios viejos de la ciudad estaban destruidos o severamente dañados: el Edificio Fithian, el Edificio Mortimer Cook, el Hospital Saint Francis, el Teatro Potter, el Diblee Mansion en la colina al sur de la ciudad, la vieja misión española; y había tres muertos (dos a consecuencia de un tanque de doscientos treinta mil litros de agua que rompió el techo del Hotel Arlington) y más de cincuenta heridos. El presidente Coolidge ordenó al vapor *Arkansas* que zarpara desde San Diego para llevar ayuda médica y despachó un escuadrón de marines para patrullar las calles contra los saqueadores.

Por supuesto, las líneas telefónicas no funcionaban, y no fue sino después de las cinco de la tarde cuando O’Kane pudo obtener noticias de Riven Rock. Podía imaginar toda la hacienda en ruinas —era impensable que aquella vieja mansión de piedra hubiera podido sobrevivir a semejante temblor de tierra— y, claro, pensó en el señor McCormick, pero lo que más le preocupaba era Giovannella. Giovannella, que ahora llevaba cuatro años al frente de la cocina sin incidentes, Giovannella, su enemiga declarada, que desdeñaba todas sus insinuaciones echándole en cara lo de los niños constantemente. Sí, los *niños*: la niña que había dado a luz en el verano de 1920, que se llamaba Edwina y tenía los ojos glaucos de Dingle Bay, al igual que el pequeño Guido. Él amaba a Giovannella. La adoraba. La contemplaba extasiado desde la puerta de la cocina (le estaba prohibido poner un pie allí), le escribía cartas apasionadas (las cuales ella nunca abría), suplicándole —sí— que se casara con él. ¡Ah, Giovannella! Giovannella Dimucci Capolupo, la mujer más terca que Dios había puesto en la tierra, la madre de sus hijos, el amor de su vida —«Tuviste tu oportunidad, Eddie», le decía ella, «y la desperdiciaste»—, y él estaba preocupado por ella.

Estaba luchando contra un fuego en un cafetería cerca de State Street, junto con un ejército de niños, hombres y mujeres tiznadas con pañuelos a la cabeza —formando una cadena de cubos, traídos desde el mar, que se pasaban de mano en mano—, cuando vio venir a O’Mara cojeando.

—¡O’Mara! —gritó, dejando caer el cubo y corriendo entre los escombros que alfombraban el pavimento para agarrar al hombre por los hombros estrechos como cuñas—. ¿Qué ha pasado en Riven Rock? ¿Hay algún herido?

O’Mara le miró con una expresión extraviada, como si no lo reconociera, pero eso era debido a su ojo estrábico, aunque nunca se sabía.

—El garaje se derrumbó —dijo, sacudiendo la cajetilla para sacar un cigarrillo y encendiéndolo— y todos los autos están aplastados. Jodidamente destruidos, todos y cada uno de ellos.

—¿Y la casa?

—Todavía se mantiene en pie. No hay ningún herido, salvo la esposa de Caesar Bisordi, el techo de una de las cabañas le cayó encima, y Hull me ha enviado a la ciudad para buscar un doctor, como si fuera tan fácil encontrar a uno en medio de todo este lío.

O’Kane le dio la espalda y se fue a pie, contemplando aquellas colinas y playas paradisíacas que se habían tornado infernales, incendios por todas partes, coches incrustados en los árboles y otros hundidos hasta los guardabarros en las cunetas, y todo tan absolutamente silencioso que uno hubiera pensado que el mundo se había vuelto mudo. Llegó a Riven Rock hacia las seis y media, y se encontró al señor McCormick, preternaturalmente excitado, fuera en el jardín, en compañía de Mart, del doctor Brush y de uno de los peones más fornidos, inspeccionando los daños.

—¡Eddie! —gritó cuando vio a O’Kane subiendo por la vereda—, aquí tuvimos una terrible sacudida, lo nunca visto. Rom... rompió todas las ventanas y mira, allí, mira aquel pedazo de pared con los ladrillos caídos... —Hizo una pausa para respirar—. Pero tú... tú estás desnudo, Eddie. Y no llevas sombrero...

—Estoy muy bien, señor McCormick, no se preocupe por mí..., me alegra ver que está sano y salvo. Eso allá abajo ha sido bastante grave —explicó dirigiéndose a todos ahora—. Tendrían que verlo: esa ciudad tan bonita completamente destruida, los tranvías volcados, las casas derrumbadas en medio de la calle, incendios por todas partes. Y la polvareda... Dios mío, tuve que taparme la boca con un trapo atado a la nuca para que el polvo no me ahogara. He venido aquí tan pronto como he podido... y he venido a pie todo el camino.

Brush empezó a decir disparates sobre las vacas y los gallos dando la alarma justo antes del temblor de tierra, y todos empezaron a hablar a la vez. O’Kane se volvió a Mart.

—¿Cómo está Giovannella? —le preguntó, pero antes de que Mart pudiera responder, el señor McCormick surgió ante ellos, alto, imponente, hecho un manojo de nervios.

—Es... estás sangrando... ¿Lo sabes, Eddie? Es... estás desnudo y san... sangrando...

—No es nada —dijo O’Kane, y miró a la cara a su patrón oliendo su mal aliento, viendo el frenesí acumularse en sus ojos, y con la cabeza le hizo una señal a Mart que quería decir que era muy probable que intentara fugarse.

—Eddie, estás sangrando, sangrando...

—Ella está bien —dijo Mart, dando un paso atrás para evitar al señor McCormick y dirigiéndole a O’Kane una mirada que podía significar cualquier cosa—. Está en la cocina.

—Sí —tronó Brush, acercándose al grupito con los brazos abiertos de par en par mientras el señor McCormick se encogía retirándose—, la casa aguantó bastante bien, considerando la magnitud del terremoto. Dicen que es el peor después del que tuvo

lugar en Tokio hace dos años, incluso peor que el seísmo que asoló San Francisco en 1906, por la única y sencilla razón de que..., pero, vamos, Eddie, entra en la casa, tienes que asearte e ir a ver a la cocinera. Lógicamente, no quisimos traerla aquí fuera —dijo bajando la voz—, a causa del señor McCormick, pero no te preocupes por él, aquí tenemos al señor Vitalio en caso de necesidad. —El médico miró hacia donde ahora estaba el señor McCormick, paseándose de aquí para allá por el césped que crecía frente a la casa, tan agitado como cuando lo de la ardilla de tierra, y luego miró al peón, un corpulento espagueti de pelo azabachado, cuyos músculos traslucían a través de su camisa—. ¿De acuerdo, señor Vitalio?

Inquieto, el espagueti le echó una ojeada a la maníaca figura del señor McCormick, como si estuvieran pidiéndole que se revolcara en la tierra luchando con Stanley —lo cual podía suceder muy bien antes de que acabara el día—, y luego se volvió al doctor Brush cruzándose de brazos.

—De acuerdo —dijo.

—De acuerdo —dijo O’Kane ya alejándose—, voy a ver a Giovannella.

Pero antes de que pudiera escapar, Brush le cogió por el brazo.

—Oh, Eddie, casi lo olvidaba: tendremos que mudar al señor McCormick al edificio donde está la sala de espectáculos..., sólo hasta que alguien venga para ver si la casa ofrece seguridad o no..., y quiero que te quedes aquí esta noche, por la única y sencilla razón de que deberás ayudar a calmarle ya que no podemos confiar en que Nick y Patrick vengan pronto, ¿vale?

O’Kane se limitó a decir que sí con la cabeza, y entonces se fue, dando la vuelta a la casa para entrar por la parte de atrás donde estaba la cocina. El lugar estaba a oscuras —por supuesto, se habían quedado sin electricidad— y había basura por doquier. Todos los cacharros y las ollas se habían caído de los ganchos, los cajones del aparador habían saltado al suelo no sin antes vomitar sus contenidos, la cocina había salido despedida de la pared y la gran fresquera de la carne había arremetido alocadamente contra el marco de la puerta arrancándola de su quicio.

—Giovannella —llamó—. ¿Giovannella? ¿Estás aquí?

Al principio no obtuvo respuesta, y se aventuró en la oscuridad, tropezando con las cacerolas, los ralladores de queso y los platos rotos, montones de cristales por todas partes.

—¿Giov? ¿Estás aquí?

En ese preciso instante una réplica lo zarandeó todo, como si la tierra fuera un largo látigo deshilachado y la casa y la cocina cabalgaran en la punta del azote. De las estanterías saltaban diversos cachivaches mientras del techo caía yeso cernido. Hubo un estruendo, un retumbar, y luego todo volvió a la quietud. Fue entonces cuando Giovannella gritó, y no fue tanto un chillido de terror ni una súplica ni un alarido pidiendo auxilio como una maldición llena de frustración y de rabia.

La encontró en la alacena donde se guardaban las escobas, temblando, con los ojos desorbitados, y la ropa —delantal, vestido, medias, zapatos, todo— echando

humo y empapada con lo que a primera vista tomó por sangre. Se le heló el corazón. Con un cúmulo de sentimientos encontrados en sus pupilas, ella levantó los ojos hacia él. Estaba acucillada, pero su ropa no estaba impregnada de sangre, sólo ahora lo veía —y también podía olerlo—, sino con salsa marinara.

—Eddie —dijo. Sólo eso—: Eddie.

Él estaba sin camisa, el pecho y los brazos tiznados, una postilla de sangre como una insignia sobre la tetilla derecha; ella estaba acurrucada en el armario empotrado, completamente mojada y oliendo como una albóndiga. Giovannella ya había limpiado tres veces la cocina, trabajando como una esclava, como una posesa, y tres veces las réplicas del seísmo habían vuelto a derribarlo todo al suelo, incluyendo la gran olla de salsa que estaba preparando para darles de comer a todos, porque no había nada, nada de comer, y la pobre gente de las cabañas con sus cocinas y sus neveras destrozadas, ¿qué iban a hacer? O’Kane lo comprendió al instante, y si necesitaba detalles para completar la escena, los tendría después, cuando al caer la noche —no había luz salvo la de las lámparas de queroseno, el señor McCormick estaba sentado en la sala de espectáculos y todos en la hacienda comían sándwiches con zumo de naranja recién exprimido— él se la llevó a lo más profundo de la desierta mansión de piedra, donde encontró una cama en la que se acostó con ella hasta que volvió la luz eléctrica, y nunca hubiera querido salir de aquel lecho.

En cuanto al señor McCormick, se adaptó bastante bien a la sala de espectáculos mientras se realizaban las reparaciones en la casa (es decir, tras un corto pero violento período de reajuste), pero volvió a ensombrecerse cuando la tierra dejó de temblar. Ya no había novedad, nada nuevo, y volvió a hundirse en un pantano de desesperanza, sumido en la estulticia, así que por la época en que el doctor Kempf vino a rescatarle, había retrocedido tanto que O’Kane y Mart tenían que arrastrarlo por el suelo hasta la ducha cada mañana, metiendo a la fuerza el peso muerto de sus miembros en las mangas y en las perneras para vestirlo, y dándole de comer con una cuchara. Lo cual era bastante deprimente.

El doctor Kempf no iba con tanta prisa a la manera de Brush, y tampoco decía chorradas, ni hablaba dando voces, ni inmovilizaba al señor McCormick en el suelo; y lo que era aún mejor, no era alemán ni tenía barba. Tenía cuarenta y un años cuando reemplazó al doctor Brush en el otoño de 1926, era autor de dos libros (*Las funciones autonómicas y la personalidad*, 1918, y *Psicopatología*, 1920) así como de innumerables artículos eruditos, y más recientemente había sido psiquiatra clínico en el Hospital de Saint Elizabeth, en Washington, D. C., antes de establecer una consulta privada en Nueva York. Era de mediana estatura, y en su coronilla el pelo era tan escaso y brillaba tanto a fuerza de gomina que parecía pintado. La llave del éxito en sus relaciones con los demás era una deslumbrante sonrisa de labios gruesos. Eso y sus ojos, unos comprensivos ojos de un líquido castaño, perfectamente redondos, tan



redondos como un par de monóculos. Los McCormick habían decidido hacerle rico, o eso creyeron los atónitos enfermeros cuando se enteraron de lo que ganaba al mes: nada menos que diez mil dólares. Mart, a pesar de que no se le daban bien los números, comprendió enseguida que eso ascendía a ciento veinte mil dólares al año, más de lo que el rey de Abisinia podía aspirar a ganar. Si es que había un rey en Abisinia.

El nuevo psiquiatra se instaló, junto con su esposa, la doctora Helen Dorothy Clarke Kempf, en Meadow House, una principesca casa de piedra y madera que los McCormick habían hecho construir en la linde sur de la finca para solaz de los médicos, quienes de este modo podían estar a mano en caso de que se presentara una emergencia. El doctor Brush había vivido allí una temporada, y también el doctor Hoch, pero finalmente Brush había optado por vivir en la ciudad y Hoch se había mudado a un alojamiento menos espacioso, dos metros bajo tierra. O’Kane trató de averiguar de qué iba el nuevo doctor —no quería forjarse demasiadas ilusiones con él, y sin embargo no podía dejar de hacerlo—, y durante la primera semana de Kempf, intentó leer uno de los artículos eruditos del médico publicado en la *Revista de Anomalías Psicológicas*. Su título era bastante prometedor: «Un estudio de la anestesia, convulsiones, vómitos, constricción visual, eritema y comezón en el caso de la señora V. G.», pero aquel texto era más árido que la guata de un viejo colchón y O’Kane se quedó dormido un par de veces tratando de sacar algo en claro. De hecho, años después, tuvo siempre una copia de aquel artículo en su mesita de noche como soporífero en caso de no poder conciliar el sueño.

Gracias a Dios, al hombre en sí era más fácil entenderlo, y a O’Kane le cayó bien desde el principio, desde el primer minuto, cuando le saludó con su desenfadada sonrisa y estrechándole la mano a O’Kane con un firme y franco apretón. Brush estaba allí en ese momento, afable, panzudo y estruendoso, pero Kempf había estado encerrado con su predecesor toda la mañana y estaba claro que O’Kane era el hombre con quien quería hablar. Se hallaban en la oficina del edificio donde estaba la sala de espectáculos, eran las tres de la tarde del primer día de la administración del doctor Kempf, Brush metía sus libros y efectos personales en cajas de cartón, el señor McCormick dormía la siesta tranquilamente en la mansión bajo la semivigilante mirada de Mart. Kempf hizo unas cuantas preguntas sobre el estado actual del señor McCormick, pero Brush no dejaba de meter su cucharada, así que finalmente el nuevo médico cogió a O’Kane por el brazo y lo condujo a la sala de espectáculos, un salón alto y abovedado con las butacas dispuestas en hileras, paneles acústicos en las paredes y un profundo silencio de media tarde flotando en el aire. Se sentaron en dos lunetas bajo una de las grandes ventanas enrejadas, y el doctor Kempf se inclinó hacia O’Kane, diciéndole en tono confidencial:

—Bueno, Eddie, dígame —y su voz era como la del doctor Hamilton, suave e hipnótica—, ¿es realmente cierto que el señor McCormick no ha tenido contacto con ninguna mujer desde..., desde cuándo..., 1907 o 1908?

—¿Contacto? Ni siquiera *ha visto* a una sola mujer, tampoco en nuestros paseos en automóvil, pues hemos sido muy cuidadosos, yendo por caminos poco frecuentados y todo eso.

—¿Y eso por qué?

—Es demasiado peligroso. En los viejos tiempos, quiero decir al principio, cuando llegamos aquí...

—¿Sí? —Kempf parecía absorto y concentrado, sus ojos anulares, la brillante sonrisa, tan pendiente de Eddie O’Kane como la aguja imantada de una brújula.

—Bueno, podía atacarlas..., a las mujeres. Golpearlas. Magullarlas. —O’Kane se acordó de aquella chica en el tren, la que iba con su madre a su casa en Cincinnati, y de cómo el señor McCormick la había inmovilizado metiéndole la mano a la fuerza en sus partes íntimas y pasándole la lengua por el cuello igual que una vaca lamiendo un bloque de sal. O igual que un toro. Un toro en celo.

—¿Nadie le preguntó por qué sentía tanta hostilidad hacia las mujeres? ¿Lo hizo el doctor Hamilton? ¿Y el doctor Meyer? ¿Y usted?

O’Kane cambió de posición en la butaca. El asiento era estrecho y duro.

—Es un problema sexual —dijo—, muy perturbador para todos los involucrados. Era un tema demasiado embarazoso, para decirle la verdad. Y además, estuvo catatónico más o menos por esa época, y nadie podía preguntarle nada..., o más bien podían preguntarle todo lo que quisieran, pero a sabiendas de que no contestaría.

—Pero de eso hace mucho tiempo —dijo Kempf.

—Dieciocho años. O diecinueve. Algo así.

Kempf se echó hacia atrás en la butaca, las bisagras rechinaron bajo su peso. Tenía las manos detrás de la nuca como si estuviera tomando el sol y cerró los ojos un minuto, sumido en sus pensamientos.

—¿No ha hecho muchos progresos, verdad? —dijo finalmente, abriendo bruscamente los ojos y haciendo que la butaca se nivelara de nuevo.

O’Kane no podía negarlo categóricamente. Y se encogió de hombros.

—Tiene sus períodos.

—Los he estudiado, Eddie —dijo el doctor, dándole una carpeta de papel manila con varias hojas mecanografiadas. Era un informe año-tras-año de la evolución del señor McCormick, desde el comienzo de su enfermedad hasta el presente, y mientras O’Kane hojeaba aquellos apuntes, tuvo la incómoda sensación de estar leyendo su propia biografía en la sombra: era él quien trabajaba justo en los márgenes de aquellas páginas, era él quien estaba viviendo, respirando, bebiendo, cagando, durmiendo y putañeando a través de todos aquellos condensados años de desolación:

En 1908, cuando los doctores Kraepelin y Hoch examinaron al paciente, diagnosticaron que padecía de una forma catatónica de demencia precoz. En esa época tenían que alimentarlo mediante un tubo y se negaba a andar.

En 1909 se produjo alguna claridad mental, luego padeció un período de excitación delirante, después de lo cual se volvió lerdo. Se le siguió alimentando con cuchara y se negó a hacer de vientre, pero empezó a caminar con ayuda de sus enfermeros.

No eran más que palabras en una página, clínicas anotaciones taquigráficas, tan frías, asépticas e indiferentes como despachos cablegráficos informando de una matanza en China o de la erupción de un volcán peruano, pero O’Kane estaba curiosamente conmovido. Pobre hombre, pensó, pobre hombre, y no estaba pensando únicamente en el señor McCormick. Dio un salto adelante en el tiempo y leyó:

En 1916, la música se convirtió en una actividad regular. El paciente habla más coherentemente y se muestra más activo. Sigue orinándose en la cama, a veces hay que atarlo con sábanas a ciertas horas, expresa sus ideas confusa e incoherentemente, a ratos se vuelve impulsivo, y a veces bebe su propia orina. El doctor Smith Ely Jelliffe, quien ahora coincide con los doctores Hoch y Meyer, diagnosticó que padecía de demencia precoz.

Y más adelante:

En 1924 se dedica sin cesar a hacer correcciones e interminables reescrituras en sus postales de Navidad. Tiene impulsivas explosiones de cólera, empieza a tartamudear. Se hunde en su asiento cuando lo llevan a pasear en coche. También se pone quisquilloso con el calendario, protestando porque su padre había recibido una fama inmerecida por la invención de la segadora.

En 1925 el paciente lee infrecuentemente, está menos que dispuesto a hablar sobre temas generales. Las particularidades de su modo de andar persisten y durante un período hay que darle de comer con cuchara. A causa de un terremoto, le mudaron al edificio de la sala de espectáculos, ocasión en la cual trató de derribar la puerta.

Cuando O’Kane le devolvió la carpeta a Kempf, había lágrimas en sus ojos. Tras una pausa para sacar un pañuelo y enjugárselos ligeramente, se sonó en una lúgubre y prolongada liberación de flema y emoción.

—No, doctor —dijo finalmente—, no se ha verificado la clase de mejoría que yo..., que todos nosotros... esperábamos, en modo alguno.

Kempf le observó atentamente, con los ojos brillando y el pelo pegado a su cuero cabelludo:

—¿Sabe qué es lo que brilla por su ausencia aquí, Eddie?

O’Kane levantó la vista, respiró profundamente. Negó con la cabeza.

—Tratamiento. Eso es lo que echo de menos. El paciente ha tenido las mentes más preclaras aquí para examinarle y diagnosticar su estado con absoluta precisión, de eso estoy seguro, pero hasta ahora su tratamiento ha sido casi puramente tutelar, ¿estoy en lo cierto?

O’Kane no pudo sino parpadear. ¿Qué estaba sugiriendo..., glándulas de monos? ¿La terapia conversacional?

—Creo que puedo ayudarle, Eddie..., a través de intensivas sesiones diarias, sesiones de dos horas seguidas, siete días a la semana. He tratado más de tres mil casos en el Saint Elizabeth, aplicando los métodos psicoanalíticos de Freud a pacientes que sufrían de histeria, neurastenia y toda una serie de otras neurosis, y también en casos de esquizofrenia, y los tutores del señor McCormick me han contratado a un alto precio para que me dedique a él en cuerpo y alma.

—¿Usted no estará pensando en la terapia conversacional, verdad? —dijo O’Kane sin poder ocultar su asombro—. Porque el doctor Brush lo intentó en la década de los

diez, y déjeme decirle que aquello fue un desastre.

Kempf empezó a reírse, no quería hacerlo, se notaba, pero renunciando a toda pretensión de sobriedad echó hacia atrás la cabeza y se desternilló. Cuando por fin se serenó, dándose una ráfaga de golpes en el esternón y sacudiendo la cabeza, a O’Kane le pareció que el salón era mucho más pequeño. La sangre le subió al rostro.

—No veo el chiste —dijo.

—No era mi intención ofenderte —dijo el psiquiatra interrumpiéndose abruptamente para ahogar una risita final—. Escucha, Eddie, sé lo que estás pensando, y no lo tomes como una crítica, pero el psicoanálisis ha recorrido un largo camino desde entonces, y eso no es exactamente una tertulia de salón donde se hacen juegos de manos y trucos de naipes, ni tampoco una especie de compresa psicológica que hoy se aprieta sobre una herida y mañana se tira a la papelera. Es un proceso continuo y dinámico, que puede llevar años. Y a veces puede parecer que el paciente, el señor McCormick en este caso, se esté poniendo aún más perturbado antes de empezar a mejorar, debido a todos los pensamientos reprimidos que necesitamos sacar a la superficie, profundos miedos y ansiedades, obsesiones sexuales, toda la arquitectura de su personalidad. Vamos a abrir, a explorar y a desinfectar todas sus viejas heridas enconadas y vamos a suturarlas y a vendarlas correctamente. ¿Comprendes?

—Claro que sí —dijo O’Kane, ¿qué otra cosa podía decir?, pero no las tenía todas consigo. Tenía sus profundas dudas.

—Su esposa será la primera herida que curaremos —prosiguió Kempf—, eso es lo más indicado. Por supuesto, eso será en un futuro, pero nuestra meta consiste en normalizar sus relaciones con todo el mundo...

—¿No pensará incluir a las mujeres, verdad?

Kempf le miró.

—Sí, por supuesto que sí. ¿Qué puede ser más *anormal*, para cualquier hombre, que estar recluido y aislado de la mitad de la población mundial? ¡Santo cielo, si ni siquiera vio a su madre antes de su fallecimiento! ¿Cómo se puede esperar que un hombre mejore en una situación como ésa?

—No se puede esperar —se oyó decir O’Kane, y era algo que sabía desde el principio, todos ellos lo sabían, no sólo él, sino también Nick, Pat y Mart: que había que ponerlo en contacto con las mujeres. Las mujeres. Las mujeres le curarían, seguro que sí.

---

## HE VISTO TU CARA

Mientras el doctor Kempf estaba en Riven Rock, revolucionando el tratamiento de Stanley, Katherine y Jane Roessing estaban en Europa, promoviendo a tambor batiente a Margaret Sanger y el movimiento a favor del control de la natalidad. Cuando 1926 se transformó en 1927 y ella llevó a cabo su inútil visita anual a Riven Rock y la voz de Stanley en el teléfono le sonó más debilitada y menos estable que nunca —incluso más ajena, la voz de un extraño, de un fantasma, alguien con quien ella se había tropezado en sueños hacía tanto tiempo que ni siquiera podía recordar el contorno más vago de su semblante—, Katherine ya estaba organizando la Conferencia sobre Planificación Familiar de Ginebra, que tendría lugar aquel agosto, en Prangins. ¿Y a qué venía eso del control de la natalidad? Porque sin eso una mujer era un bien mueble y nada más, una paridora, una yegua de campeonato o una cerda, ¿y para qué educar a una cerda? ¿Por qué contratarla? ¿De qué servía enseñarle ciencias y matemáticas y los mecanismos que hacían funcionar al mundo? Preñada e hinchada cada año de su vida desde los dieciséis hasta los cuarenta y más aún, cada mujer estaba esposada a los impulsos sexuales de sus esposos y, en esas circunstancias, ¿dónde estaba la esperanza de progreso? Además, como Jane enseguida había indicado, parecía axiomático que cuanto más ignorantes y degradadas fueran las mujeres, más procreaban: las irlandesas, italianas, suecas y bohemias parían diez bebés por cada uno que una mujer de su clase daba a luz. ¿Y adónde iría a parar la especie humana a la vuelta de una generación si las cosas seguían así?

Así las cosas, Katherine estaba de pie, esperando en una cola en la aduana de Boston, con los latidos del corazón atronando en sus oídos, mientras pasaba de contrabando una bolsa de mano y dos baúles llenos de diafragmas para distribuirlos gratuitamente entre las mujeres de las clínicas de Sanger, y luego presentó una petición a los congresistas y usó su influencia en Washington y gastó el dinero de Stanley —y el suyo propio— en las clínicas, en la propaganda escrita, en la lucha. Eso era todo lo que tenía. Porque no tenía marido ni hijos, y los Dexter morirían con ella, pues sería la última de su linaje; a ese respecto no se hacía ilusiones.

Eso ya había empezado a intuirlo muchos años atrás, después del precipitado desastre de su luna de miel (era como saltar de un puente, una y otra vez, día tras día, noche tras noche), pero no lo admitiría, ni siquiera para sus adentros. Podía divorciarse. Podía aceptar los términos de los McCormick y anular el matrimonio. Podía desvanecerse y emerger en otra vida totalmente distinta, su propia vida, casarse en segundas nupcias, tener una vida segura, rodeada de bebés, pañales y nodrizas,

cochecitos, cartillas y muñequitas sosas de porcelana con sosas sonrisitas congeladas en sus caritas. Pero no lo hizo. No podía. Había hecho su elección y viviría con esa cruz.

Ella y Stanley se habían alojado en camarotes separados en el *Brittania* durante el viaje de regreso a los Estados Unidos, en la primavera de 1905, y estaba tan cerca entonces de renunciar a aquella relación como nunca antes lo había estado. Fue una travesía borrascosa, el Atlántico estaba negro y dentado, estremeciendo el vapor de popa a proa, haciéndolo saltar en el agua como si fuera una pluma en un vendaval para luego volver a hundirlo hasta inundar las cubiertas de acero. Las garras del viento atrapaban en el aire las hirvientes espumas. Katherine hizo todo el viaje mareada. Tan mareada que apenas podía arrastrarse a gatas hasta la cabecera de la litera para vomitar una gota de nada en el vacío, en el fétido mar que bullía delante de sus narices. Stanley irrumpía en su camarote al azar —a las dos de la mañana o a las dos de la tarde, le daba lo mismo— y estaba pálido hasta la raíz de los cabellos, caminando a trompicones, como una mosca pegada al cristal de una ventana. Ella sintió queapestaba a vómito. Y eso le dio vergüenza. Lo mismo se mostraba solícito, ayudándola a acostarse, aplicándole una cálida manopla en la frente, que le gritaba: «¡Putas! ¡Meretriz de Babilonia!», chillando esos insultos, aullándolos, con la cara totalmente desfigurada y agitando los puños en el aire.

Cuando desembarcaron, ella fue directamente a casa de su madre —y ni hablar de la casa que estaban montando en Marion, ni mucho menos de una vida en común bajo el mismo techo— y Stanley fue a su casa en Chicago. A la Compañía de Cosechadoras. A sus deberes. A su madre. Katherine guardó cama por espacio de una semana. Lloró hasta quedarse sin lágrimas mientras su madre y la criada insistían en ofrecerle caldos, té y gaseosas de jengibre. Aquella fue la peor de las crisis. Más profunda aún que cuando ella rompió el compromiso. Estaba separada de su esposo apenas seis meses después de la boda, no podría hacer gala de su condición de casada en los teatros, en las tertulias ni en las meriendas, no podría pasearse en compañía de un hombre alto, risueño y guapo. Abigail Slaney ya tenía tres niños adorables, y Bessie Dietz, cuatro; todas sus compañeras de colegio estaban echando carnes, con sus cuerpos de matronas, llenitas en su adventicia fecundidad, y ella era una raíz marchitada, un fracaso. Un fracaso total.

Y entonces empezaron a llegar los telegramas. Una ventisca de telegramas, una tormenta primaveral. Tantos que ella llegó a conocer por sus caras, nombres y hasta por el ruido de sus pasos a cada mensajero de la Western Union en Back Bay, y por la noche, cuando se quedaba dormida, los timbres de las bicicletas tintineaban en sus sueños. Stanley la extrañaba. Odiaba su trabajo. Detestaba todo ese imperecedero universo de segadoras, tractores y cosechadoras. Odiaba a su madre. No se sentía bien. Cyrus era presidente y Harold, vicepresidente, pero Katherine era su esposa, su única esposa, y él la amaba, quería caer a sus pies y adorarla, quería dejar su trabajo e ir a verla a Boston y construir una casa para ella en Marion y llenarla de cosas y vivir

alegremente. Por siempre jamás.

Esta vez llegó en tren, menos de dos meses después de que se separasen, y esta vez fue ella quien le esperó en la estación, ruborizada y expectante. Y cuando ella le vio allí, en medio del gentío, cuando vio su cara, la melancólica belleza masculina y su poder, Stanley Robert McCormick, el genio, el artista, el millonario, volvió a enamorarse de él. Él la abrazó allí mismo, en el andén, y así permanecieron a la vista de todos, en presencia de los niños limpiabotas, los maleteros y los vendedores ambulantes de cacahuetes y las mujercitas tiquismiquis tocadas con sombreritos, y a ella no le importó. Katherine se agarró a él, sólo hizo eso, aferrarse a él, durante un tiempo que pareció durar horas.

Josephine no podía disimular la alegría. Estaba más orgullosa, jubilosa y excitada que si Stanley fuera Teddy Roosevelt en persona regresando otra vez triunfante de La Habana para dejarse caer en un sillón de su salón. Todo ese mes transcurrió de fiesta en fiesta, los brindis y felicitaciones a la pareja McCormick se sucedían de casa en casa, y las marisabidillas de Boston por fin podían echarle un vistazo al novio. Todo parecía deslizarse como la seda, y Stanley parecía estar disfrutando, con su nerviosismo e irritable humor casi evaporados, hasta que una noche, cuando asistieron a una cena organizada en honor de la pareja por Hugh y Claudia Dumphries, en Beacon Hill, a Stanley se le metió en la cabeza que Butler Ames estaba entre los invitados.

Eran dieciocho comensales, y Hugh, un viejo amigo de la madre de Katherine y un célebre pintor paisajista, se levantó para proponer un brindis. Era un hombre de aspecto fatigado, esqueléticamente delgado, con una tonsura rodeada de canas y unos lentes rectangulares que distorsionaban sus ojos incoloros; sus temas favoritos de conversación —era monotemático— giraban en torno al arte y la historia del arte, así que Katherine pensó que Stanley podría encontrarle entretenido.

—Por Katherine y por Stanley —propuso, levantando una copa en la cabecera de la mesa.

Stanley estaba sentado a su derecha. Había estado quejándose todo el día de los perros y los espejos, murmurando entre dientes en el taxi mientras se dirigían a la cena, y Katherine debería haber considerado eso como una señal.

—¡No lo soporto! —dijo Stanley, golpeando la mesa con ambas manos y poniéndose de pie mientras dieciséis comensales se quedaban de una pieza, con sus copas de vino crispadas en el aire.

Hugh parecía tan perplejo como si el techo hubiera gritado de dolor o las paredes empezado a hablar. Dejó caer los delgados hombros y miró miópicamente desde la prisión de sus lentes:

—¿Qué? —dijo—. ¿Qué quiere decir?

—Stanley —le amonestó Katherine, cuya voz sonó severa.

Pero él la ignoró. Estaba transformado, enorme y amenazante, dominando la mesa igual que un árbol recién talado a punto de caer fulminantemente sobre los invitados.

Señaló con un dedo a un joven de aspecto inocuo que estaba en la otra punta de la mesa, cuyo nombre Katherine no había captado del todo cuando se lo presentaron en la puerta.

—No soporto que él esté aquí —rugió Stanley.

—¿Quién? —se preguntaron todos a una.

Stanley temblaba, se tambaleaba, bamboleante. Tenía la cara enrojecida. El dedo índice temblaba mientras señalaba:

—¡Él!

El hombre al que señalaba, ectomorfo y pálido, con una pelusa de pelo color albaricoque irguiéndose en su cabeza, primero miró hacia atrás y luego a ambos lados, totalmente desconcertado.

—¿Yo? —preguntó.

—¡Sí, usted! —bramó Stanley, y Katherine se levantó de la mesa para calmarle, para contenerlo—. Sí, usted mismo, amiguito. ¡Usted! ¡Usted es... usted es un *ladrón de esposas*, eso es lo que es!

Nada se rompió esa noche, ni la cabeza del inocente hombre, ni la vajilla Wedgwood de los anfitriones, pero la cena terminó en un fiasco; cuando Katherine se llevó a Stanley a otra habitación y le calmó, tras explicarle separadamente a los invitados que su marido padecía de una postración nerviosa de resultas del trabajo excesivo en la Compañía de Cosechadoras, la cena continuó, pero Stanley no volvió a pronunciar una palabra en toda la noche, comiendo con una rigidez tan silenciosa y furiosa que todos ellos —incluida su esposa— permanecieron encogidos de miedo.

Ése fue el final de la gira social, y por mucho que Katherine y su madre se esforzaron tratando de poner a mal tiempo buena cara, tuvieron que admitir que esta vez las excentricidades de Stanley habían pasado de castaño oscuro. Ciertamente, todos eran excéntricos en alguna medida, especialmente los más sensibles y artísticos —por ejemplo, la tía de Katherine, Louisa, nunca se quitaba los botines, ni siquiera para ir al baño ni cuando se acostaba, y la señora London, que vivía a dos puertas de Josephine, hablaba de sus aspidistras como si fueran seres sensibles con opiniones bien fundamentadas en materia de impuestos y de elecciones municipales—, pero ninguna de esas personas representaba un peligro para sí, ni para los demás. Por otra parte, había que tener en cuenta la historia familiar de Stanley, su hermana Mary Virginia y su madre, la cual, si no estaba precisamente desequilibrada, siempre estaba a punto de rebasar los límites de la cordura. Katherine vivió días angustiosos antes de decidirse a llamar a un doctor —un *psiquiatra*, y ella apenas podía soportar el tener que pronunciar esa palabra en voz alta—, pero al recordar la expresión en la cara de Stanley el día que lanzó el florero contra el espejo del salón, la misma expresión que se había apoderado de él cuando la injuriaba en el barco o arruinaba la cena de Hugh y de Claudia, no se detuvo y dio el paso.

Se llevaron a cabo discretas averiguaciones —en su círculo social nadie había necesitado jamás un médico de *esa* clase, y si así hubiera sido, nunca lo habrían



admitido—, y en una mañana frondosa y brillante, a primeros de agosto, un hombre de apariencia juvenil con mostacho color crema, sedoso como crin de caballo, de ojos castaños, apagados y sin párpados, subió por el sendero que conducía a la casa que habían alquilado en Brookline mientras duraran las obras de lo que sería su residencia permanente. Era el doctor Jorimund Trudeau, quien, tras haber recibido su título en la Universidad Johns Hopkins, había acumulado once años de experiencia en el Manicomio Rockport para los incapacitados legales. La criada le hizo pasar.

Stanley estaba sentado ante su mesa de dibujo, frente a la ventana, absorto en el estudio de los planos de la nueva casa, y Katherine fingía leer una revista mientras la alfombra reptaba por el suelo y el minuterero del reloj en la repisa de la chimenea avanzaba con indiferencia mecánica, poniéndola al borde de un ataque de nervios. Katherine se levantó para saludar al médico, y Stanley le dirigió una sobrecogedora mirada al recién llegado, aunque ella le había preparado para esa visita desde días atrás y ambos coincidieron en que necesitaba consultar con un médico todo ese nerviosismo, pues estaban un poco agotados tras los recientes cambios y el cúmulo de excitación que inundaba sus vidas.

Tras las presentaciones, Stanley se levantó gravemente para darle la mano al médico, y después de un intercambio de comentarios amenos sobre el estado del tiempo y la estación y la cantidad de lana que tenían las orugas tejedoras de otoño, el doctor Trudeau dijo:

—Dígame, señor McCormick, ¿cómo se siente hoy..., alguna agitación nerviosa? ¿Nada que le inquiete? ¿Preocupaciones de trabajo, esa clase de cosas?

Stanley mantuvo la cabeza agachada. Tenía una escuadra en T en la mano, y estaba introduciendo modificaciones a lápiz en los planos arquitectónicos.

—Me siento resbaladizo —dijo.

El doctor intercambió una mirada con Katherine.

—¿Resbaladizo? ¿Qué quiere decir?

Stanley levantó la cabeza, su pálido y bello rostro flotó como una luna sobre el universo de la mesa y los planos incesantemente alterados.

—Me siento como una salamandra —dijo—. Como una anguila. Y toda esta sala..., ¿ve esta sala? Pues es como un gigantesco embudo que lo succiona... todo... y yo estoy demasiado embadurnado de... de..., bueno..., de limo para poder agarrarme, así que resbalo hacia abajo. ¿Sabe lo que le quiero decir?

El médico levantó la voz y adoptó un tono totalmente distinto:

—¿Por casualidad sabe qué día es hoy, señor McCormick?

Stanley negó con la cabeza. Sonrió maravillosamente, heráldicamente.

—¿Martes?

—No se siente muy bien últimamente —intervino Katherine—. Realmente está bastante aturdido.

—¿Y en qué mes estamos?

La callada por respuesta.

—¿Y puede usted decirme dónde estamos en este momento?... Quiero decir, ¿dónde está esta casa? ¿En qué barrio? ¿En qué estado estamos?

Stanley contempló los planos. Le costó trabajo elaborar una respuesta, y cuando finalmente habló lo hizo dirigiéndose a la mesa.

—Los... los jueces me dicen que no hable más con usted.

Fue entonces cuando el doctor Trudeau se volvió hacia Katherine.

—Señora McCormick, me temo que vamos a tener que rogarle que nos deje solos, si no le importa; a partir de este momento el señor McCormick y yo tenemos que hablar en privado..., por aquí, por favor. —Y se levantó para mostrarle la puerta de su propia sala de recibo.

Aturdida, salió de la sala, con la nunca leída revista enrollada en una mano, como una varita mágica, y aturdida, subió la escalera, entró en su alcoba, quitó el cobertor y se deslizó en la cama. Era la primera vez que se sentía excluida, como si no pudiera ser de ayuda para su marido —como si, lejos de ser una ayuda, más bien pudiera ser un estorbo—, y eso le dolió, llegándole muy hondo, hiriéndola en un lugar tan profundo de su anatomía que ni siquiera la biología hubiera podido identificarlo. Era la primera vez, pero no sería la última.

Tres días después, tras haber examinado a su esposo varias horas cada tarde, el doctor Trudeau le dijo a Katherine que quería hablar un minuto a solas con ella. Puesto que Stanley estaba en la sala, ennegreciendo los planos por ambas caras con un lápiz recién afilado, ella llevó al doctor a la biblioteca. Estaba algo exasperada con el psiquiatra, porque la había excluido tajantemente desde el principio, y también experimentaba cierta aprensión, a causa de las respuestas tan extrañas de Stanley, no sólo a las preguntas que le formulara el médico durante la primera entrevista, sino también a las más íntimas y domésticas que ella le hacía en la vida cotidiana, de modo que en cuanto estuvieron sentados, ella cruzó las piernas y preguntó:

—¿Y bien?

El doctor se acarició el mostacho en cascada, que no era más que un subterfugio para disimular su escasa barbilla y la diminuta boquita. La miró directamente a los ojos.

—Es a propósito de su esposo —dijo tras aclararse la garganta.

—Sí, ¿qué ocurre?

—Me temo que esto es algo más que nerviosismo.

Por su parte, Stanley sabía que algo iba mal, profundamente mal; el perro en el espejo, Mary Virginia, y eso le aterrorizaba tanto que sentía ese dolor en cada fibra y articulación, en la pulpa de los dientes, cada vez rechinando más fuerte, dolor, dolor, un dolor en el cerebro y en las yemas de los dedos, un dolor canceroso, un dolor asesino, y quería cooperar con el médico para encontrar una manera de salir de la crisis, realmente quería hacerlo. Pero los jueces eran estrictos e implacables,

capciosos y chillones, y no le dejaban. Oía la voz del doctor con bastante claridad, oía sus preguntas, pero de pronto surgía una estática, unos ruidos parásitos zumbando a su alrededor, unos sordos gruñidos de disensión, y a veces ese rumor ahogaba la aguda voz psicológica volviéndola tan tenue que sonaba como el moribundo gañido de aquellos labios pálidos y peludos. Sin embargo, Stanley luchaba contra esa resistencia, una lucha ritualista que nadie comprendería, dos pasos adelante y uno atrás, evitar pisar los intersticios que separan las baldosas, contener el aliento durante sesenta segundos y los jueces se esfumarían con un obscuro aletazo de sus togas negras. Por eso, cuando el doctor le aconsejó que se fuera por un tiempo a cualquier lugar donde pudiera hacer una vida sencilla, libre de tensiones nerviosas, una vida rústica, de excursionista (¡cómo les gustaban las excursiones a pie a aquellos doctores!), cortando leña con un hacha y dando largas caminatas pensativas, él dijo sí, sí, por supuesto, mañana mismo nos iremos.

Katherine encontró el lugar. Una cabaña que era de una de las compañeras de bridge de su madre —o quizá era de la madre de la compañera de bridge de su madre — y que alquilaron por dos meses sin ningún problema. Estaba en Maine, ubicada en lo más profundo del bosque, y era una modesta cabaña de catorce habitaciones con catorce baños, con vistas al lago, rodeada de bosques, una vida sencilla, comida sencilla, sólo Stanley y su mujer, el chófer, el cocinero y dos criadas. Stanley se dedicó a cortar leña con el hacha, y era muy terapéutico. La cortaba con saña, destruyendo la madera hasta reducirla a astillas, y sin embargo también estaba creando algo: combustible para su fuego. Y cada mañana él preparaba el fuego, con los jueces criticándole al oído, no seas idiota, eso no se hace así, no amontones los leños de esa forma, esos leños nunca arderán, dónde está tu inteligencia, más leña menuda, más leña menuda, y le tomaba su tiempo, a veces horas, pero luego venía el momento triunfal, y aplicaba la cerilla y veía arder todo aquello. Y Katherine estaba allí. La cara blanca. Afable. Su esposa. La amaba, bromeaba con ella, pasando olímpicamente de los jueces; y le traía al fresco si era una sucia cerda ramera, ¿y qué más daba si era toda blanca debajo de sus ropas? ¿Y qué importaba si su cuerpo era un arma de destrucción y era capaz de desaparecer valiéndose de artimañas, con sólo un acto de prestidigitación vaginal, igual que la puta de París? ¿A él qué más le daba?

Algunos días no hablaba con ella, ni una palabra. Saltaba de la cama, se vestía con ropa informal (camisa, cuello duro, corbata, suéter y una chaqueta deportiva) porque, después de todo, estaba en los agrestes bosques de Maine, y luego regresaba para desayunar y allí estaba ella, llena de esa blanca alegría sonriente, y si los jueces le atacaban, un juego realmente, ¿podría él, sería capaz de tomar la iniciativa para ignorar cada palabra de ella, cada gesto, y excluirla por completo? Por supuesto que sí. Él era un hombre de hierro. Un hombre de acero. Inflexible. Inexorable. Una trampa ambulante, de dientecillos serrados, que se cerraba de golpe, ¡zas!, y se acabó el juego. En otras ocasiones, el juego se invertía, y no podía parar de hablarle a Katherine, toda clase de absurdos disparates sobre el amor, y pasaban el tiempo

haciendo manitas, entre arrullos de tórtolos y poemas de Robert Herrick. Ella estaba allí, a su lado, su esposa, su amor, Katherine, y eso le hacía sentirse mejor.

Una tarde —hacía un poco de frío, y todas las hojas estaban chamuscándose— él bajó al lago donde encontró a un viejo encorvado al final del muelle, pescando. En realidad, aquel viejo no se parecía al padre de Stanley, pero tenía más o menos la edad de su progenitor cuando murió, y también tenía la belicosa barba de su padre y sus ojos implacables y esa amazacotada complexión de gigante, pero nada de eso le afectó, ni le conmovió en modo alguno.

—Buenas tardes —dijo Stanley, dando saltitos para sortear las grietas entre las tablas mientras se adentraba en el muelle. El agua destellaba alrededor con reflejos acuosamente malsanos.

El viejo pescador —no se parecía en nada al padre de Stanley— dejó de mirar el corcho que se meneaba en la líquida superficie de un sueño al final del sedal:

—Buenas tardes —dijo.

Stanley llegó a la punta del muelle, allí había un bote atado, y muchos juncos coronados por filamentos formando pelusas, y un olor a cieno y a putrefacción. Surgió amenazador a espaldas del pescador, cuyos zapatos colgaban pesadamente al borde de la temblorosa estructura de madera, sus pies colgaban allí, indolentemente, a sólo unos centímetros del agua. Stanley estaba muy erguido, de lo más atildado, con su cuello y su corbata, los cabellos espléndidamente cepillados, los zapatos brillando, impecables, impermeables, más que zapatos eran pezuñas. Pezuñas de hierro, pezuñas de plomo, pezuñas de indestructible sustancia córnea.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Stanley—. ¿Pescando?

—Sí —contestó el viejo.

—Yo pesqué una vez —dijo Stanley—. En las Adirondacks, cuando era niño. El guía dijo que debería sentirme orgulloso de la trucha que pesqué.

El viejo no dijo nada. Escupió al agua formando un círculo de anillos concéntricos, minúsculas burbujas flotando allí, en la superficie intacta, un salivazo que parecía esperma, leche. El corcho se estremeció al final del sedal, hundiéndose súbitamente, y el viejo tiró de la caña violentamente, el sedal silbó en el aire iluminado por el sol, pero allí no había nada, ni siquiera los decepcionantes labios de un pez, ni tampoco la carnada, sólo el anzuelo.

—Ese pez —observó Stanley— se le escapó.

Una mirada, eso fue todo: el viejo le dirigió una mirada a Stanley.

—Sí —le dijo, sacando un pececillo de agua dulce del cubo que estaba a su lado y empalándolo en el garfio cruel del anzuelo. El pececillo se retorció de dolor, dolor de pez, un dolor que no valía la pena mencionar, animales insignificantes, y más que insignificantes. Y luego el corcho salió disparado por el aire y abofeteó el agua como un manotazo, ¡plaf!, y en ese momento a Stanley se le fue la olla.

Lo que sucedió a continuación sólo puede narrarse desde el punto de vista del pescador, porque hasta cierto punto Stanley ya no estaba allí. Pero el pescador acabó

empapado, no sin antes quedar tatuado por los duros zapatos córneos de Stanley, quien lo alzó por el cuello de la camisa arrojándolo al agua fría que lo envolvió. Y, joder, poco faltó para que se ahogara también con el frío que hacía y el peso de su ropa y las botas, pero se salvó nadando a brazo partido, y también lo salvó el dinero de los McCormick, quienes compraron su silencio haciendo que sus últimos años fueran más llevaderos.

Katherine estaba alterada; no, sería más exacto decir enloquecida. Durante días enteros no tenía con quien hablar salvo con los sirvientes, mientras Stanley rondaba la casa como un alma en pena, tan silencioso como si le hubieran cortado la lengua. Estaban juntos, sí, y él parecía más calmado (exceptuando el terrorífico incidente con el pescador en el muelle) pero, no obstante, se mostraba más remoto que nunca. No expresaba nada, ni una chispa de ánimo, y durante horas se adentraba en el bosque o se dedicaba obsesivamente a cortar leña —leña suficiente para abastecer a toda una aldea— y pasaba por delante de Katherine como si no existiera. Eso era lo más duro. Eso la dejaba con el alma en un hilo, ensombreciendo el lugar y apagando el sol en el cielo.

Pero de golpe y porrazo, al día siguiente, Stanley entraba en la cabaña completamente transfigurado.

—Katherine —decía—, ¿te acuerdas de aquella mujer con aquel perrito tan gracioso en Niza?

Y de repente se salía por la tangente, en una fascinante reminiscencia de todos los perros que tanto él como ella habían tenido, porque ¿acaso ella no había tenido perros también? Entonces se mostraba atento y afectuoso, tomándola del brazo cuando iban a cenar, paseándola en barca por el lago durante horas —¡y qué va, por nada del mundo la dejaba tocar un remo!—, dejando de leer para arreglar la almohada debajo de la cabeza de su esposa. Eso a veces duraba días y la esperanza renacía en Katherine. Habían desaparecido las caras largas, los refunfuños entre dientes, esa manera de caminar pasito a pasito, las carcajadas como relinchos: de nuevo era Stanley, su Stanley, el Stanley encantador, dulce y preocupado por ella. Katherine se deleitaba con su sonrisa, con los hoyuelos de las comisuras de su boca, con esa manera larga y acariciadora que tenía de mirarla. Era suyo. Todo suyo.

—¿Qué piensas de Jack London? —le preguntó Stanley una mañana mientras yacían en una manta en un prado, bajo un sol pálidamente cálido, envueltos por los rumores de la estación. Él estaba de lado, con la cabeza apoyada en una mano y un tallo de hierba amarillenta entre los dientes.

Katherine había estado leyendo a ratos un libro de Wallace (*El archipiélago malayo*) que uno de sus profesores le había recomendado. Pensaba emprender las investigaciones para su doctorado durante el semestre de invierno, en cuanto Stanley se hubiera recuperado. Estaban cogidos de la mano. Katherine levantó la vista del

libro y miró los brillantes ojos azules de su marido.

—Oh, no sé —dijo—. Ciertamente me gusta por su conciencia social, pero en cuanto a las aventuras que cuenta..., bueno, supongo que prefiero las narraciones sobre personas decentes, como las novelas de Edith Wharton, y cosas así. Ya sabes que las prefiero.

—Es un auténtico macho —dijo Stanley.

Ella miró a sus ojos, se extasió en su sonrisa.

—Sí —dijo—. Supongo que lo es.

—Siempre buscando oro, en trineos arrastrados por perros, arriesgándolo todo. — Stanley se quedó mirando fijamente más allá de ella, con la vista perdida en un punto lejano, en la cortina de árboles que servía de telón de fondo a la pradera, una llamarada de inmóvil color—. Yo... yo... yo he sido un niño mimado toda mi vida, siempre nadando en el di... dinero de mi padre. Nunca he llevado nada a cabo, ni la más mínima cosa, ni siquiera en mi hacienda. No soy un macho. Ni siquiera soy un hombre.

—Oh, Stanley, claro que lo eres, sí que lo eres...

Él no podía mirarla.

—Contigo no lo soy.

Ella le puso una mano en el hombro y suavemente, muy suavemente —conteniendo el aliento, con el alma en un hilo—, apoyó una mejilla contra su rostro.

—Te amo, Stanley —susurró.

—Me siento... —empezó a decir y su voz se desvaneció.

—Tú serás un hombre para mí, Stanley, sé que lo serás. Lo único que necesitas... es descansar un poco.

Mejilla contra mejilla, el cielo circundándolos, los árboles, el silencio.

—Ahora me siento mejor —dijo él.

Ella se separó un poco para poderle mirar a los ojos, con un fugaz y fragmentario vislumbre de sonrisa jugueteando en los labios.

—¿Crees que podemos...? —musitó Katherine.

Un indicio de pánico.

—¿Aquí fuera? ¿Al aire libre?

Ella le abrazó.

—¿A pleno sol?

Aquello no era lo ideal. Ni siquiera era natural. Y fue un fracaso, un rotundo y estrepitoso fracaso, más allá de toda esperanza de reanudación. Después de un eón de torpes manoseos, caricias a medias, disculpas e incesantes besuqueos en la oreja de Katherine que luego hicieron que el lóbulo y el pabellón le dolieran durante días, Stanley se las apañó para sacarle el vestido por la cabeza, bajarle las bragas y quitarse los pantalones, pero cuando se acercaba el impetuoso momento de la penetración, el instante supremo de volverse uno con ella, retrocedió y lo único que ella sintió fue una prematura humedad, un codicioso vacío anhelante, ya para siempre chupando y

desaguándose, una oquedad que nunca en su vida se taponaría, ni se llenaría.

Así transcurrieron los años, años de abstinencia y denegaciones, una retirada del mundo de los hombres tan completa que también Katherine se convirtió en una especie de prisionera, la señora de Stanley Robert McCormick, casada, aún sin enviudar, ligada a un hombre y, sin embargo, separada de él. Jane la ayudaba. Su madre la ayudaba. La Asociación Nacional para el Sufragio de la Mujer, la Liga Americana del Control de Natalidad y el Departamento de Guerra, todos la ayudaban. Pero lo cierto era que había cumplido cincuenta y dos años en 1927 y, por lo que a los hombres se refiere, muy bien podía haber sido una monja. El amor sexual —el amor heterosexual y procreador— era algo que ella nunca experimentaría, y estaba resignada a ello, pero más allá de esa clase de amor había otro ineludible, leal, un amor platónico e idealizado, y cuando su activismo decaía, cuando los discursos se volvían reiterativos y los oradores indescifrables e insípidos, pensaba en Stanley. A pesar de todo. Después de todos aquellos años. ¿Seguía siendo amor a aquellas alturas, se preguntaba ella, o no era más que curiosidad? Ella se ocupaba de sus negocios con el mismo entusiasmo y celo que consagraba al movimiento sufragista y al control de la natalidad, encargándose personalmente de que no le faltara nada material, y siempre le escribía y hablaba con él por teléfono, pero todo eso era abstracto. Ella quería verlo, sólo verlo, y eso era lo que Kempf le había prometido.

El doctor Kempf. El nuevo hombre. El freudiano. Aquel manirroto que costaba más caro que seis médicos juntos, pero ella se había dejado llevar por los otros tutores (Cyrus, el hermano de Stanley, y su hermana Anita, pues Favill había pasado a mejor vida y Bently, gracias a Dios, se había jubilado) y lo contrataron. Cualquier cosa era mejor que la inercia y el cinismo, aunque costara diez mil dólares mensuales.

Al nuevo psiquiatra le costó más de un año, pero finalmente, en el otoño de 1927, después de que ella despidiera a todas las delegadas y cerrara la casa de Prangins de cara al invierno y pasara de contrabando sus baúles de diafragmas por las aduanas, recibió un telegrama de Kempf diciéndole que había llegado el momento. Gracias al psicoanálisis Stanley había experimentado una transformación radical. Tanto su miedo al odiado y tiránico padre como sus celos de la castrante madre habían sido ventilados. Del mismo modo, su misoginia había sido examinada desde todas las perspectivas, y se habían reconciliado las fobias con su conocimiento de sí mismo. Era un hombre nuevo, y si aún no estaba en condiciones de acudir a un salón de baile, ni podía infundir nuevo vigor a la Compañía Internacional de Cosechadoras, al menos sí era capaz de recibir en casa y comportarse como un caballero con los miembros del sexo opuesto. Ya estaba preparado para eso. Pero el doctor Kempf —*Edward, llámeme Edward*— opinaba que lo idóneo era que fuera ella, Katherine, la primera mujer que en dos décadas viera su marido —*ver, sólo eso*—, aunque, tal vez, si las condiciones se presentaban propicias, incluso podría tocarla.

Cuando recibió el telegrama y luego habló con Kempf en una llamada de larga distancia, ella estaba en Boston, en casa de su madre, atendiendo los asuntos que se habían acumulado en su ausencia, y Jane había ido a Filadelfia para ocuparse de sus propios asuntos. Katherine la llamó esa misma noche para darle la buena noticia, y lo dispusieron todo para viajar a Santa Bárbara en un par de semanas, justo después de la fiesta del Día de Acción de Gracias. Katherine reservó un compartimiento privado para las dos y, cuando el tren se detuvo en Filadelfia, Jane se le unió con su pelo llameante y una cara franca y abierta como los pétalos de una flor.

—No me lo puedo creer —comentó Jane en cuanto se instaló, con una copa de ilícita bebida en una mano y un cigarrillo en la otra, mientras el andén quedaba atrás y ambas se dejaban arrastrar en el creciente traqueteo del tren a través de los cañones artificiales de la ciudad—. ¿Y tú?

Katherine le dirigió una mirada irónica, cogió el cigarrillo de la aspillera que eran los dedos de su amiga e inhaló profundamente una bocanada.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —dijo, soltando el humo.

Los sirvientes trajinaban presurosos en medio de un ajetreo de bártulos, y el tren, sacudiéndose al entrar en una curva muy cerrada, empezó a acelerar. Las luces parpadearon. Jane le dio un sorbo a su ginebra con hielo —excelente ginebra Bombay traída de contrabando junto con los artilugios anticonceptivos—, extendió las piernas y se quitó los zapatos de tacón.

—¡Veinte años! —murmuró—. Será como ver a alguien levantado de entre los muertos.

Roscoe estaba esperándolas en la estación de Los Ángeles, y cuando tras recorrer la costa llegaron a Santa Bárbara, ya había oscurecido, y ambas estaban tan exhaustas que decidieron esperar a la mañana siguiente para ir a Riven Rock. Cenaron tranquilamente en su casita de campo en El Mirasol, justo frente al lugar donde andando el tiempo Katherine construiría una casa para ella, con un gimnasio para Stanley. Después de los postres, ella telefoneó a la hacienda.

Butters contestó el teléfono, y Katherine pudo oír al mayordomo llamando por el hueco de la escalera a Nick, diciéndole que avisara a Stanley para que descolgara el auricular de la extensión. Oyó un clic, y luego la voz de Nick, como una sierra con los dientes mellados:

—¿Señora McCormick?, ¿señora? Espere un minuto, por favor. Su esposo ha estado despierto hasta tarde esperándola..., está muy excitado..., y estaba preparándose para ir a la cama, ahora estaba haciendo, ya sabe, sus abluciones, lavándose los dientes..., pero, oh, espere, aquí viene...

—¿Katherine?

—Hola, Stanley, ¡cuánto me alegra oír tu voz!

—A mí también me alegra.

—Tengo muchas ganas de verte.

—Yo también.



—Esto va a ser tan..., ha pasado tanto tiempo. Me siento igual que una colegiala en su primera cita amorosa, y estoy tan excitada. No puedo decirte el placer que me dio enterarme de tus progresos con el doctor Kempf. Me ha dicho que has vuelto a ser el de siempre.

Una pausa.

—Tengo puestas mis pantuflas.

—Sí, Nick me lo ha dicho..., que estabas preparándote para ir a la cama. Perdona si te hemos obligado a trasnochar más de la cuenta, pero el tren llegó con retraso y después de ese viaje tan largo pensamos, Jane y yo, que sería mejor dejar para mañana el gran acontecimiento, cuando todos estemos frescos.

—Una eres tú y la otra soy yo.

—¿Hmm? ¿Qué quieres decir?

—Las pantuflas. Dos almas: Katherine y Stanley. Dos suelas, dos almas...<sup>[23]</sup> ¿Lo pillas?

Ella se rio, más que por el retruécano en sí, porque aquél era Stanley, y eso la dejaba perpleja, era Stanley abriéndose paso a través de los vericuetos de su mente.

—Sí —dijo ella—, sí, sí, lo he pillado..., ésa es muy buena. Dos almas.

Una pausa. El tenso silencio de la línea telefónica.

—Bueno —suspiró ella—, no seguiré entreteniéndote. Hasta mañana, ¿vale?

Un siseo, un sonido como de dos bloques de madera rítmicamente golpeados, y luego la voz de Stanley, granulosa, llena de arena y sedimento, tan remota que ella pensó que él estaba en la luna:

—Hasta mañana.

Katherine era un manajo de nervios cuando el auto la llevó hasta Montecito al otro día por la mañana. Sentía una oquedad en la boca del estómago, tenía la carne de gallina y la respiración entrecortada. Exactamente así se sentía antes de pronunciar un discurso, tensa como una banda de goma elástica estirada al máximo que luego bruscamente se suelta para regresar a su posición anterior. Encendía un cigarrillo, lo dejaba en el cenicero del coche, y acto seguido encendía otro. Las palmas pasaban como relámpagos a través de las ventanillas y ni siquiera las veía, mucho menos intentaba clasificarlas. Pero Jane estaba allí, a su lado. Y tras cogerle la mano, se arrimó para darle un beso en la comisura de la boca.

—Todo saldrá bien, Kat —resolló—. Ya lo verás.

De pronto estaban rodeando el alto muro de piedra que cercaba la finca, y Roscoe, ahora encanecido pero tan enérgico y vibrante como siempre, giró el volante bruscamente dejándolo resbalar de nuevo entre sus dedos, y viraron entrando en el paseo arbolado que conducía a la mansión. Fue entonces cuando Katherine se dio cuenta del estado de abandono de la finca. Vio a Hull y a sus hombres atareados entre los rododendros y advirtió que la hierba había crecido demasiado a ambos lados del

camino. Y allí estaba la casa, surgiendo del denso paisaje igual que un monolito de piedra, semejante a una fortaleza, cual una prisión.

—Bien —dijo volviéndose a Jane—, deséame suerte.

Y mientras su amiga se quedaba esperando en el coche con una revista, y Roscoe permanecía inmóvil al pie de la pulida y centelleante portezuela, Katherine descendió del vehículo y subió la escalinata de piedra de la casa. La puerta se abrió como por arte de magia y allí estaba Butters, rígido como un cadáver, diciendo: «Buenos días, señora, y bienvenida a casa», todo eso dicho con una rigidísima sonrisa ceremonial. La entrada al vestíbulo seguía idéntica, un profundo espacio cuya severidad quedaba amenizada por las plantas tropicales, los tapices y las estatuas que ella había traído de Italia para edificación y solaz de Stanley; en la pared del hueco de la escalera que subía hasta los aposentos de su esposo colgaban los dos Monet y el Manet que juntos habían elegido durante su luna de miel. La puerta se cerró silenciosamente a su espalda, y entonces Butters, poniendo cara de caballo asustadizo, con las fosas nasales contraídas y los ojos azorados, dijo:

—Informaré al señor McCormick de que está usted aquí, señora.

Ella se quedó en la entrada, con su sombrero, los guantes y el abrigo de piel, mientras veía alejarse la fantasmagórica silueta del mayordomo escaleras arriba.

Al poco rato estaba dando paseítos: tres pasos para aquí, tres pasos para allá. ¿No debería esperar a su marido en la biblioteca? ¿O en el salón? ¿O acaso era mejor allí, en el zaguán, donde ella podría verle bajar la escalera y, lo que era más importante, él también podría verla a ella? De ese modo podrían ganar aquellos segundos extras preparándose a sí mismos, por separado, para lo que iba a suceder. Se quitó primero un guante, luego el otro; seguramente Stanley querría tomarle la mano para besársela, y no sería de recibo ofrecerle un guante como si fuera un cualquiera que se hubiera encontrado por casualidad en la calle. Ya está. Así estaba mejor. Katherine alargó las manos antes sus ojos, abriendo mucho los dedos para examinarlos. Manos firmes, todavía atractivas, con las uñas recién pintadas esa mañana, el anillo de boda en su sitio, justo donde Stanley lo había puesto hacía veintitrés años. Y allí, brillando en su muñeca, la pulsera de turmalina, por razones igualmente sentimentales.

El corazón le latía a ritmo acelerado. ¿La encontraría aún atractiva? Era una niña la última vez que él la había visto, es decir, una joven de treinta y dos años, casi la edad de Cristo cuando lo clavaron en la cruz, y ya no era ningún pimpollo. Tenía cincuenta y dos años. Cincuenta y dos años y aún se conservaba bien a pesar del paso del tiempo. Así lo creía Jane, y su madre también. Seguía conservando la tersura del cutis y el brillo de los ojos, y su pelo era aún oscuro, al menos en gran parte. El peluquero del hotel le había echado una mano, y esperaba que Stanley no se diera cuenta. Por supuesto, él también tendría canas. Por lo menos parecía tenerlas la última vez que ella le vio, pero había sido a través de la plana distorsión de las lentes de sus binoculares.

Entonces oyó un ruido en el primer rellano de la escalera, y el corazón le dio un

vuelco. El rechinar de la puerta enrejada, un murmullo de voces, voces masculinas, profundas y auténticas. Katherine se acercó al pie de la escalinata para interceptarle, para apreciar la mejor imagen de su esposo en lo alto de la escalera... Y de pronto allí estaban: tres siluetas; y detrás, el fantasma del mayordomo. Stanley estaba en el medio —pálido, imponente, con vetas plateadas en el cabello—, flanqueado por O’Kane y por Martin, hombro con hombro. Y así bajaron la escalera, como si encabezaran una columna marchando de tres en tres, al unísono, como si se tratara de una maniobra militar en la que cada paso fuera un obstáculo a superar, y ahora ya habían bajado la mitad de la escalera, y ella pudo ver cómo O’Kane y Martin agarraban a su marido por las manos, aferrados a las mangas de su chaqueta, inmovilizándolo.

Entonces Stanley la vio, y la procesión se detuvo en seco. A mitad del paso, tres piernas quedaron dobladas por las rodillas, tres pies derechos suspendidos en sus lustrados zapatos. Stanley se detuvo clavándole los ojos, remachándola con su mirada, traspasando su carne. O’Kane y Martin también se pararon. Los tres la miraban, y ahora Stanley parecía aterrorizado, con una expresión que ella conocía de los días previos a su crisis nerviosa, mientras O’Kane y Martin, pálidos y crispados, miraban a otro lado, a cualquier lugar con tal de no mirarla a ella. Y entonces, como si sólo hubiera sido un percance pasajero, los tres siguieron bajando la escalera.

Se detuvieron en el primer escalón, a dos palmos de ella, sólo faltaba que dieran otro paso para que llegaran al suelo de mármol. Stanley tenía los ojos clavados en el peldaño.

—Stanley —dijo ella—. Stanley, querido. Todo está bien. Soy yo, Katherine. Tu esposa. He venido a verte.

Él levantó la cabeza, pero la tenía ladeada, como si no tuviera fuerzas para levantarla.

—Ellos —dijo hablando en voz muy alta que no sonaba natural—, ellos no me soltarán. Eddie y Mart. Ellos creen que... me tienen cogido por las mangas. ¡Las mangas de mi chaqueta!

Katherine hubiera querido tocarlo, acariciarle la mejilla, abrazarlo y consolarlo, pobre Stanley, el pobre, el pobre Stanley.

—Soltadle —ordenó.

Inmediatamente, O’Kane y Martin lo soltaron y dieron un paso atrás, y allí estaba él, completamente solo ante ella, con los hombros caídos, el cabello lustroso, la cabeza ladeada; ¿y quién demonios era ese que estaba allá arriba, en lo alto de la escalera, vigilando desde las sombras? Kempf. Por supuesto. Kempf. Bueno, parecía una reunión bastante íntima, ¿no? El marido y la esposa reunidos en presencia de un mayordomo, un psiquiatra y dos simiescos enfermeros. Katherine lo intentó de nuevo:

—Stanley, Stanley, mírame. —Y se acercó para tocarle un brazo.

Fue entonces cuando él echó a correr dirigiéndose directamente a la puerta, tan

raudo que no se le veían los pies. Cincuenta y tres años y uno hubiera pensado que tenía dieciocho. Abrió la puerta en un rápido navajazo de luz, con O’Kane y Martin pisándole los talones, y Stanley desapareció como alma que lleva el diablo. Súbitamente Katherine también estaba corriendo. Sin tiempo para pensar, salió por la puerta abierta de par en par y se detuvo en la escalera de la fachada, y desde allí pudo verlo, a Stanley, su marido, llevándole la delantera a los enfermeros, como una ráfaga, dando dos vueltas a la rotonda de gravilla antes de dirigirse al coche; pudo ver a Roscoe cerrando las portezuelas por dentro para impedir que entrara en el vehículo, la cara asustada de Jane, y entonces O’Kane le atrapó en un abrazo de oso y Stanley relinchó:

—No, no, no, ustedes no comprenden, ustedes no...

Katherine llegó hasta donde estaban como en un trance, no estaba preocupada por Jane, ni por sí misma ni por nadie que no fuera Stanley, y ahora Martin se había sumado al forcejeo, los tres hombres revolcándose y debatiéndose en la tierra en una confusión de brazos y piernas, haciendo crujir la grava, levantando nubes de polvo. Embargada por un cúmulo de emociones, Katherine permaneció allí, de pie, mientras los enfermeros reducían a su esposo entre jadeos, mejorando sus llaves para inmovilizarlo: uno agarrándolo por los hombros, el otro por las piernas.

—Stanley —suplicó con los ojos humedecidos, confusa y apenada—, soy yo.

Él la miró moviendo la cabeza en la medida en que la llave que O’Kane le aplicaba en la nuca se lo permitía.

—He visto... —dijo con cara de asombro, el asombro del descubrimiento, la epifanía, eureka, eureka—, he visto tu cara, he visto tu cara.

---

## EN COMPAÑÍA DE DAMAS

—No, no puede decirse que haya sido una señal de buen agüero —dijo O’Kane—. No exactamente. Pero es un principio, y considero que el mérito corresponde a Kempf.

Estaba en el salón del piso de arriba, con la reja bien cerrada y un fuego agradable crepitando en la chimenea de mármol mientras el señor McCormick yacía en brazos de Morfeo. O’Kane se sentía efusivo y afable, lleno de espíritu navideño —por no hablar del espíritu del ron—, y a pesar de que era un escéptico, ahora se mostraba partidario del doctor Kempf con sus ojos desorbitados. El señor McCormick había experimentado una enorme mejoría en los últimos dieciocho meses y lo que había sucedido en la entrada de la casa aquella tarde no era nada más que una leve recaída, de eso estaba seguro. Sin embargo, los hermanos Thompson, Nick y Pat, quienes habían entrado de servicio hacía una hora, se resistían a creerlo. No estaban convencidos. En modo alguno.

—De todas maneras, por lo que me ha contado Mart, todo no fue más que una farsa —dijo Nick con una voz aguardentosa que sonaba como cuando uno raspa las sobras de arroz que quedan el fondo de una olla, chirriante y metálica—. En cuanto vio la cara de su mujer, salió corriendo por la puerta. Y dice Roscoe que quería llevarse el auto. ¡Por el amor de Dios!

Pat soltó un silbido:

—¿Se lo imaginan al volante? Nadie hubiera podido cogerlo, ni todos los policías de Santa Bárbara. Tendríamos que haber llamado al ejército. A la marina de guerra. ¡Oye, llama a los marines!

Esa conversación tenía lugar en Navidad, o casi, y el salón estaba adornado, alegremente festoneado, pues aquel año el señor McCormick estaba especialmente obsesionado con las decoraciones navideñas, y O’Kane había tardado en marcharse para beber un par de copas y festejar la Navidad con sus colegas (pensaba dejar de beber, radicalmente, un día después de Año Nuevo). Además, estaba temporalmente colgado, porque Roscoe había tenido que llevar a la señora McCormick y a la señora Roessing a alguna parte.

Nick estaba arrellanado en un mullido sillón, frente al fuego, con los pies apoyados en una otomana y las manos anidadas encima de su tripa. Al igual que Pat —y en menor grado, Mart— había engordado con los años, continua e inexorablemente, pero lo más gracioso era que los tres finalmente habían alcanzado una especie de misterioso equilibrio físico, pues el resto del cuerpo les había crecido en proporción a sus cabezas, igual que los cocodrilos.

—No sé si una señal de buen o de mal agüero es la expresión correcta en esta situación..., para mí es más de lo mismo, con o sin el doctor Kempf.

O’Kane se encogió de hombros. Echó un vistazo a las serpentinas, a las palomitas de maíz ensartadas en guirnaldas, a los manojos de muérdago y a las interminables reproducciones de efigies de Papá Noel colgando del techo junto con figuras de nieve igual que telarañas.

—Por lo menos, no la agredió.

Pat resopló, sepultando la nariz en su vaso de ponche, un verdadero ponche, al estilo americano, mezclado y calentado en la cocina por O’Kane mientras Giovannella torcía el morro amasando el pan del día siguiente y la criada que habían contratado para ayudarla e incrementar la presencia femenina en la casa tarareaba una melodía de jazz sacándole brillo a los platos de la cena. O’Kane había preparado aquel ponche siguiendo una receta de su padre, lo único que su padre le había enseñado, además de un gancho de izquierda, seguido de una derecha cruzada. Limones, naranjas, azúcar, una corteza de canela, agua hirviendo y lo que pasaba por ser ron en aquellos días. Aquello tenía el aroma correcto y lo calentaba a uno, aunque cuánto necesitaba calentarse uno tres horas después de la puesta del sol, un doce de diciembre y con dieciocho grados en el exterior, era discutible.

O’Kane sintió el ron corriendo como plomo derretido por sus venas —no sabía cuántos ponches se había bebido hasta ahora, pero eran más de cuatro, estaba seguro— y consideró que estaba mejor sentado. Nick y Pat parecían contentarse con mirar el fuego, pero el tema del primer encuentro del señor McCormick con su esposa estaba sobre el tapete, y O’Kane quería seguir hablando de eso un rato.

—La próxima vez será mejor —dijo—. Mañana y pasado mañana. Se acabó lo de hablar por teléfono..., mañana ella estará aquí a la hora de la comida y el doctor Kempf espera que coma en la planta baja, en el comedor, al lado de su marido.

—Me gustaría verlo —dijo Nick.

—Y a mí también —intervino Pat.

—Kempf dice que ella va a quedarse esta vez. Indefinidamente.

Nick suspiró agachándose para recuperar su vaso del suelo y darle un largo sorbo meditabundo.

—Esa mujer nunca se da por vencida, ¿verdad? Hace veinte años que lo espera, y él pasa por su lado raudo y veloz como un caballo desbocado. ¿Acaso no se da cuenta de que es un caso perdido?

—La he notado envejecida —dijo Pat—. Parece una viejecita. Una viuda. Pero esa que va con ella, la señora Russ o cómo diablos se llame, ésa sí que está buena, ¿verdad?

—No sé —dijo O’Kane—, hay que mantener la esperanza. Cualquier cosa puede ayudar. La gente como el señor McCormick de repente se pone bien, milagrosamente..., y eso lo he visto personalmente. Y si no, fijaos en lo que están haciendo con la aplicación de extractos de glándulas y esos casos de hipertiroidismo.

Ninguno de los hermanos Thompson dijo nada. Siguieron bebiendo, ojerosos. Podían sacar sus propias conclusiones.

—Es innegable que el señor McCormick ha progresado. Estaba a punto de hundirse otra vez en la locura antes de que llegara Kempf, y ustedes lo saben. Gracias a su terapia conversacional, ha regresado a la vida. Sin duda ha mejorado, eso se puede ver en la manera en que se mantiene de pie, en su forma de andar, y en que ya casi no tartamudea.

—Ya —dijo Nick—, y en que sigue meándose en la cama.

—Kempf dijo que necesitaba mujeres a su alrededor, y quizá tenga razón..., eso tiene sentido, ¿no os parece? Ya lo hemos intentado todo, desde simios hasta atarlo con sábanas pasando por el colosal culo del gordo Brush. ¿Os acordáis de cómo lo inmovilizó en el suelo el primer día? «Lo que estos pacientes necesitan es compresión», ¿no era eso lo que decía? —O’Kane no pudo reprimir la risa al acordarse de esa frase—. ¿Qué pasa, tíos, acaso no estabais aquí aquel día..., sí o no?

—¡Joder! —Nick se enderezó en la silla y le lanzó a O’Kane una mirada aviesa.

—¿Qué? Ahora es más viejo..., ha sentado cabeza. Puede estar con mujeres..., siempre que se le controle.

—¿Y no es eso lo que hemos estado diciendo todos estos años? Y eso que no nos están pagando al mes ni la mitad de lo que acuña la Casa de la Moneda en Washington —gruñó Nick, cabreado—. Os vuelvo a repetir que hay que bajar a uno de esos burdeles que están en De la Guerra o en Ortega Street y buscarle una putita complaciente, una vez a la semana, y dejar que se desahogue igual que cualquier otro hombre. Toda esa leche coagulada es lo que le tiene obstruido el cerebro. —Y se echó a reír, con una risa tan rebuznante que a O’Kane le entraron ganas de levantarse de la silla y darle un par de hostias, aunque estuvieran en fechas navideñas.

—Bueno, él se hace bastantes pajas, ¿no? —dijo Pat, haciendo rodar el vaso entre las manos; ahora estaba de pie ante la chimenea, con un codo apoyado en la repisa cubierta de acebo, y la cara sonrojada a causa de la bebida—. Yo no he visto los informes tuyos ni los de Mart, pero te digo que en nuestro turno se masturba cuatro o cinco veces a la semana... y bien sabe Dios que anotamos cada gotita de leche que derrama para que se entere el doctor Kempf, quien en mi opinión también es medio perverso.

O’Kane no estaba escuchando. Estaba pensando en traerle una mujer al señor McCormick y en si tendrían que vigilarlo. Tendrían que atarlo de pies y de manos, por supuesto, y la mujer tendría que conocer muy bien su oficio. Y nada de sífilis ni de gonorrea, de eso nada, gracias, o todos se quedarían sin empleo.

—Yo creo que son lesbianas —dijo Nick.

—¿Quiénes?

—Tu novia Katherine y esa otra, ¿cómo se llama?, esa señora Russ. Bueno, ya sabes, Eddie, lamedoras de coños.

¡Vaya, vaya! ¡Claro! Él también lo sospechaba, muy en la periferia de su mente,

pero no pensaba obsequiar a Nick dándole la razón. ¿Y si Katherine lo era, lo cual dudaba, a ellos qué coño les importaba? En cualquier caso, sería peor que se liara con un hombre —eso era adulterio— y, por otra parte, todavía debía de sentir comezón, aunque estuviera poniéndose vieja, prácticamente una solterona con esas faldas tan largas y poco elegantes, y esos enormes sombreros..., pero ¿qué no habría dado él por tocarla cuando era más joven? Y se acordó de aquel día en la oficina de Hamilton, cuando ella agachó la cabeza y se echó a llorar. ¿Y por qué había llorado? Porque no podía ver a su marido. Bueno, ahora podía verlo, ahora que era demasiado tarde para que eso importara.

O’Kane se levantó de la silla, el fuego se reflejaba en la enorme cara de Nick parpadeando metálicamente en las cadenas de adornos.

—¿Alguien quiere otro ponche?

En la planta baja, en la cocina, Giovannella seguía atareada con la masa, suficiente para abastecer con barras de pan y molletes italianos a las veintidós personas que solían formar el personal de plantilla, a las cuales había que alimentar dos veces al día, y aún sobraba para vender pan por su cuenta y quizá para llevar a casa de sus padres. Y para sus hijos, de los que nunca se olvidaba. Ellos eran su escudo, su divisa y su única razón de ser, y por eso machacaba aquel bulto de masa, semejante a un cadáver, en la gigantesca cocina del señor McCormick. Y *seguía machacándola*, golpeándola con ahínco, con ambos puños, como si fuera algo que acabara de aturdir de un golpetazo y ahora quisiera rematarlo.

O’Kane se encontraba a gusto en la cocina. Desde su acercamiento, dos años atrás, durante el terremoto, Giovannella toleraba su presencia allí, pero él nunca sabía cuándo podía darle un arrebató, arremetiendo contra él, no sólo verbalmente, sino valiéndose del primer instrumento, contundente o cortante, que cayera en sus manos, con toda su historia en común hirviendo a fuego lento en la cazuela de su cerebro de campesina eternamente resentida, toda su historia, desde la vez que siendo virgen y contando diecisiete años él la sedujo, hasta esa misma mañana, o esa tarde o esa noche. Si el señor McCormick tenía sus problemas con las mujeres, él también, Eddie O’Kane, los tenía, y esos problemas empezaban y terminaban allí, justo allí, en aquella cocina.

—¿Todavía estás aquí? —le preguntó ella golpeando la masa. La criada, veinteañera, narizona y sin mentón, pero con un cuerpo en plena floración que la compensaba, comenzó a pasar chapucosamente una fregona de aquí para allá. Era la hora de dejar de trabajar. La cocina todavía olía a comida: asado de cerdo con romero, salsa dorada, puré de patatas y judías verdes, pastel de manzana como postre.

—Estamos en Navidades —dijo él.

Ella levantó la vista de la masa, sólo sus ojos, y cada ojo era un puñado de veneno.

—Para ti siempre es Navidad.

Él se acercó sigilosamente a la mesa donde había dejado las frutas cortadas y la



botella de ron, andando con ojo, por si acaso se producía algún movimiento súbito. Ella no era su esposa, Giovannella, aunque él se había rendido pidiéndole una y mil veces que se casara con él desde aquella noche de la salsa marinara cuando se acostaron en la mansión desierta y aún temblorosa, pero ella no paraba de echarle rapapolvos, siempre poniéndole peros y criticándole como si fuera su esposa. Y eso también era de lo más extraño, absolutamente inexplicable, porque era lo que ella siempre había querido —casarse con él—, y sin embargo, el día del terremoto, cuando se lo propuso en la cama, envueltos en toda esa dulzura y placer, ella lo rechazó.

«No, Eddie», le dijo en aquella ocasión, con la casa aún crepitando y en medio de la oscuridad, mientras un perro aullaba compulsivamente en la destrozada lejanía, «no puedo casarme contigo..., ya estás casado, ¿recuerdas? ¿No fue eso lo que me dijiste? Y además, no puedo esperar de ti, de un hombre como tú, que críe al hijo de otro hombre, ¿acaso puedo?».

—Sólo otro ponche —dijo él—. Por el espíritu navideño. ¿Quieres que te prepare uno?

Nada, ni siquiera una mirada.

—¿Qué me dices, Mary? ¿Te apetece uno?

—¡Fuera de mi cocina! —le ordenó Giovannella. Lo dijo en voz baja y peligrosa, con la sangre subiéndole a las orejas, aquellas bonitas orejas color café con leche en las que se enroscaban sendas volutas de pelo azabachado, aquellos lóbulos perforados por los aretes de gitana que a veces ella se ponía. O’Kane amaba aquellos aretes. Amaba esas orejas. Y empezó a ponerse sentimental, distraído, inmerso en una efusión de afecto por todas las cosas del mundo, y especialmente por ella, por Giovannella.

Ella se separó de la mesa donde solía cortar el pan y cogió la primera cosa que tenía a mano: un colador enharinado, cuyo aro de estaño pintado de verde estaba desconchado, espolvoreado de polvo blanco.

—¿Qué haces? —protestó O’Kane—. Vamos, Giov. No es más que un traguito. Eso no molestará a nadie.

—¡Fuera de mi cocina! —repitió esgrimiendo el colador amenazadoramente.

—Tú piensas que soy un criminal o algo así.

—Lo eres —dijo ella, y él notó aquel filo en su voz, como si estuviera a punto de gritar o chillar—. Eres un criminal. Peor aún..., ¡eres un odioso y asqueroso egoísta, y un grandísimo cabrón!

Él la ignoró, y siguió rebanando limones, exprimiendo naranjas, atareado con el cuchillo en la mano. De pronto se sintió colérico, y toda la efusión de amor universal que había experimentado hacía un instante, se había evaporado. ¿Quién coño se pensaba ella que era? Él se paseaba por aquella mansión, como Pedro por su casa, cuando ella no era más que una mocosa pegada a las faldas de su madre.

—Además —le dijo por encima del hombro—, Nick y Pat quieren más ponche.

Están allá arriba esperándome... y, por si acaso no lo sabes, Roscoe no ha podido llevarme, así que también estoy atrapado aquí. ¿Qué es lo que quieres? ¿Hacerme quedar ante todos como un idiota, que vuelva allá arriba con las manos vacías?

Hubiera seguido hablando, exaltándose hasta el frenesí, en un auténtico estado de fervor retórico, de no ser porque súbitamente el colador rebotó en su cogote, y la vio abalanzarse hacia él con una espátula de madera del tamaño de una llana de albañil, soltando tacos en italiano.

El filo del aro de estaño le hirió la cabeza, y estaba sangrando, de eso estaba seguro, y aunque no tenía absolutamente nada de qué arrepentirse o retractarse, y sólo estaba repartiendo un poco de alegría navideña, y ni siquiera estaba borracho todavía, tuvo que cogerla por la muñeca, la muñeca derecha, en defensa propia. En cuanto a la mano izquierda de Giovannella, eso era harina de otro costal. Él cogió la mano que empuñaba la espátula, pero ella se apartó de un tirón, como si estuvieran bailando una tarantela, y todas las cosas empezaron a dar vueltas alrededor, y a todas estas Giovannella ya había echado mano de un gran implemento de madera que parecía una maza, y blandiéndola por encima de su hombro, le asestó dos golpes brutales en el antebrazo izquierdo, ¿y por qué, por qué lo agredía así?

Siempre le sabía mal eso de pegarle a las mujeres —se sentía como un perro, de verdad—, pero si ella se ponía así con él (¿y por qué?), entonces no le quedaría más remedio que hacer lo mismo con ella. Un cacharro se estrelló en el suelo. Mary, tapándose la boca, se esfumó. Y siguieron danzando, alejándose de las hornillas, él aferrándole la muñeca, la maza golpeando, Giovannella resollando y crispando los labios —uhh-uhh-uhh—, y él ya estaba cansado de todo aquello, hasta la coronilla, harto de tanta insensatez, de sus barométricos cambios de humor y de que siempre la tuviera tomada con él, y entonces la abofeteó. Sólo una vez. Pero con tanta fuerza que cuando simultáneamente le soltó la muñeca, ella salió despedida de espaldas hasta chocar con la mesa que sonó con un crujido como de un palo partiéndose en dos, y todos los cacharros salieron volando por el aire al tiempo que el pálido y aplanado cadáver de la masa caía bruscamente quedando boca abajo en el suelo.

Aquello terminó allí mismo. Sin excusas ni recriminaciones, sin reanudación de la pelea, ni lágrimas. Porque en ese preciso instante —Giovannella abofeteada, la masa echada a perder, O’Kane medio borracho, indignado, maldiciendo y engallado— se oyó un grito desgarrador que los dejó de piedra a los dos: «¡Mamá!». O’Kane miro a la puerta, la puerta abierta, y allí estaba el pequeño Guido, once años de edad y ya ancho de hombros, ¿y qué era lo que había en sus ojos además de conmoción, terror y rabia? Las tres en punto. Las tres en punto de la tarde.

La comida fue un éxito, todos estuvieron de acuerdo. O’Kane se quedó un rato más en el comedor con Katherine, el doctor Kempf y la señora Roessing mientras Mart escoltaba al señor McCormick hasta su dormitorio en el piso de arriba para echar una

siesta, y la sensación de alivio y de autocomplacencia era palpable. Era como si todos hubieran sobrevivido a una guerra juntos, o por lo menos a una batalla, y ahora estuvieran allí, intactos y sin bajas.

—Y bien, ¿no se lo había dicho? —se jactó Kempf dirigiéndose a Katherine y a Jane mientras removía un terrón de azúcar en su taza de café.

O’Kane permanecía de pie en la puerta, con las manos en los bolsillos. Casi estaba a punto de retirarse, junto con Mart y el señor McCormick, cuando Kempf le hizo una señal con los ojos. Sabía cuál era su papel. Apoyo moral. El enfermero como prueba y como testigo.

Katherine estaba encantada. Fruncía los labios de placer y sorbía su café como si fuera una infusión de sangre nueva y nueva vida.

—Ha sido maravilloso, realmente maravilloso. Stanley estaba tan... tan idéntico al de otros tiempos.

¿Y qué era tan maravilloso? ¿Que se había sentado a comer con su esposo por primera vez desde 1906 y que él no la había agredido ni le había arrojado la sopa a la cara, ni tampoco había saltado por la ventana? Pequeñas victorias, pensaba O’Kane. Pero era un primer paso, aquello era paso a paso, exactamente igual que cuando ellos le habían enseñado a caminar de nuevo. Así había sucedido. Era un hecho.

—¿Y usted qué opina, Jane?

La señora Roessing debía de tener unos cuarenta y cinco años, según los cálculos de O’Kane, pero aparentaba ser diez años más joven, debido a su maquillaje, su atavío y la roja cabellera rizada. Ella miró a Katherine, todo ojos y dientes.

—Bueno, realmente no puedo decir que sea una autoridad en la materia, ya que nunca conocí al Stanley de otros tiempos, pero éste de ahora, al menos tal como acabo de verlo aquí, es absolutamente encantador, ¿no le parece, doctor Kempf?

El doctor se enderezó en la silla, tenía las manos pulcras, impolutas y gordezuelas, y el pelo tan teñido que rutilaba en su cabeza. Era un titiritero, un ventrílocuo, el científico loco presumiendo de su criatura, Svengali con su Trilby.

—En efecto, así lo definiría yo —sonrió—: encantador.

O’Kane estaba atónito, especialmente después del comportamiento de Stanley el día anterior por la tarde. De pronto el señor McCormick había vuelto a comportarse exactamente igual que cuando jugaba al golf con él en el McLean, afable, cortés, para nada obsesionado por demonios ni jueces. Esa mañana, cuando O’Kane llegó, ya estaba despierto y haciendo sus cosas, de lo más risueño y jocosos, haciendo sus chistecitos, y se duchó con precisión y eficiencia: no se sentó de cuclillas en las baldosas para enjabonarse los dedos de los pies, ni se restregó ásperamente con la toalla. Y por si fuera poco silbó bajo la ducha, igual que un hombre que se dispone a ir al trabajo. *Hermoso soñador* resonó haciendo eco en las paredes de la ducha, seguido por una vigorosa interpretación de *Sí, no tenemos bananas*. Luego desayunó con impecables modales, bromeando a propósito de la dureza del jamón (que realmente no era duro, si uno tenía un cuchillo y un tenedor a mano, cosas que él no

tenía, situación absurda de la que se burlaba) y tomándole el pelo a Mart cuya obesidad iba en aumento («Perdona, Mart, pero... ¿no es un salvavidas eso que llevas debajo de la chaqueta?»).

Después del desayuno, dio un paseo de ida y vuelta a la sala de espectáculos, y luego dio dos vueltas a la casa, y caminaba perfectamente bien, sin preocuparse por sortear las grietas entre las lajas del sendero y apenas sin arrastrar el pie derecho. Luego asistió a la sesión diaria de dos horas con el doctor Kempf, un encuentro del que con frecuencia emergía muy alterado y confuso, a veces mudo y estupefacto, otras veces llorando o furioso, pero no hoy. Hoy estaba perfectamente sereno, incluso risueño.

Katherine estaba sentada en el gran vestíbulo, toda vestida de gris, y O’Kane advirtió que se dedicó un rato a estudiar su atuendo: lucía bien, requetebién, mejor de lo que estaba ayer o incluso hacía un año. Allí estaba también la señora Roessing, una mujer de mediana edad, vestida a la moda, de color azul marino, con un sombrero plateado enturbantado, y esas piernas despampanantes, bien torneadas, que enseñaba hasta los muslos con unas medias blancas de seda tan sensuales que uno hubiera querido quitárselas a lametones. O’Kane se quedó allí clavado como si formara parte del decorado.

—Katherine —dijo el señor McCormick con su voz más agradable, y fue derecho hacia ella, le tomó la mano y se la besó con guante y todo. Y entonces, tan sonriente que poco faltó para que se le rajara la cara en dos, se volvió a la señora Roessing—. Y ésta debe de ser..., debe de ser... —y aquí se le fue el santo al cielo, momentáneamente, comprensiblemente, después de veinte años, ver de pronto aquellas piernas tan buenas, y O’Kane se preparó para lo peor—: *Jane* —dijo por fin, completamente alhelado. Asombrosamente, también le cogió la mano y se inclinó para besarla como si estuviera interpretando un papel en una película.

Butters cogió las estolas de las señoras, Mart salió furtivamente de detrás de una estatua, y tras unos comentarios intrascendentes sobre el tiempo —«Qué suerte tienes, Stanley, de disfrutar de este divino clima todo el año..., deberías *ver* Filadelfia en esta época, hay nieve hasta, bueno, hasta aquí»—, el grupo avanzó pasito a pasito, titubeante, hasta el comedor. La mesa tenía capacidad para dieciocho comensales cómodamente instalados, pero Butters le había ordenado a Mary que sólo dispusiera cuatro asientos al final de la mesa. El señor McCormick se sentó en la cabecera, ya que era el anfitrión, su esposa a su derecha, el doctor Kempf a la izquierda, y la señora Roessing a la izquierda del psiquiatra. Mart y O’Kane permanecieron de pie, estaban de guardia, viendo cómo comían.

Esencial en todo eso era Giovannella, acechando en el fogón con el brazo izquierdo en cabestrillo —no, no estaba roto, sólo era una torcedura—, echando chispas por los ojos mientras Mary y uno de los chicos que ayudaban en la cocina se escabullían como conejos asustados. O’Kane le había llevado flores y una caja de caramelos, y realmente entró de rodillas suplicándole perdón, asomándose a la puerta

de la cocina a las ocho y media de la mañana, pero ella no le dirigió la palabra, ni siquiera se dignó mirarle, y eso significaba el fin de todo aquello, al menos de momento. Butters sirvió la mesa, y empezaron con caviar, grandes y grises huevas de esturión del Volga, servidas en platillos de cristal distribuidos como quien no quiere la cosa entre los grandes platos amarillos de Arezzo, y vino, vino de verdad, suavemente escanciado desde una enigmática botella verde.

Luego llegó la sopa —una *minestrone*, una de las especialidades de Giovannella — seguida de *financières aux truffes*, un encargo de la tienda de Diehl, una ensalada y comida italiana como plato fuerte, muy al estilo europeo. La ternera del señor McCormick ya la habían cortado previamente en la cocina, para no ponerlo en un aprieto con las seis cucharas de plata de diversos tamaños dispuestas ante su asiento, y O’Kane había recibido instrucciones muy precisas de vigilarlo no fuera cosa que quisiera adueñarse del cuchillo o del tenedor de alguno de los demás comensales. Charlaron. Comieron. Bebieron a sorbos el vino. Y O’Kane observaba, apoyando la espalda contra la pared, sintiendo punzadas en las glándulas salivares y el tumultuoso ruido de sus tripas; fue en ese momento cuando más odió aquel trabajo, pues sintió como nunca cuál era su posición allí: un sirviente más en un mar de sirvientes.

La señora Roessing elogió la disposición de los jardines. ¿Realmente había participado Stanley en su diseño, tal como había oído decir?

Doctor Kempf: Sí, Stanley, adelante.

Señor McCormick: Yo, bueno..., yo..., sí...

Señora Roessing (inclinándose para lucir las gemas de su gargantilla): Eso es tener mucho talento para la jardinería paisajística..., me gustaría tanto tener unos jardines así. Porque, francamente, los de mi casa en Filadelfia están echándose a perder...

Katherine: Stanley siempre ha sido muy hábil para esas cosas..., para el dibujo y también para la arquitectura. ¿No es verdad, Stanley?

Doctor Kempf: Todo va bien. Adelante.

Señor McCormick: Mi madre..., ella siempre decía que yo era, pero ella no... Y yo estu... estudié en París, estudié dibujo. Quiero decir, con monsieur Julien. En su estudio.

El doctor Kempf (a modo de explicación): Julien era uno de los grandes de finales de siglo, prácticamente el decano del mundo del arte en París... Stanley hizo algunos dibujos realmente estupendos bajo su dirección, ¿no es así, Stanley?

Señor McCormick: Yo, bueno, sí. A lápiz y también con carboncillo. Dibujé el Pont-Neuf nueve veces. Pero nada de desnudos, nunca ningún desnudo. ¿Qué le parece, señora..., señora Jane?

Señora Roessing: Maravilloso. Sencillamente maravilloso.

Y así siguieron durante dos horas, en una sucesión de diversos platos, hasta llegar a los postres, las frutas y, ahora, finalmente, el café.

—¿Y cuál es su valoración, doctor Kempf? —preguntó Katherine de golpe y

porrazo, tornándose fría, asumiendo el semblante de la Reina de Hielo—. ¿Podemos esperar más de esa presencia de ánimo, de esa lucidez? ¿O esto es una especie de puesta en escena para la cual usted entrenó a Stanley, de forma que actuara como un perro saltando a través de un aro?

Sentado ante su copa, Kempf ladeó la cabeza, se frotó los ojos y miró a O’Kane, todo en el espacio de un segundo:

—Sí, hablé con él. Ayer temía enfrentarse con usted, temía que no le reconociera, o que no siguiera amándole. Esta mañana volvimos a hablar del asunto y llegamos a la conclusión de que no había nada que temer, que usted era su esposa y siempre le amaría. Verá, la idea es reeducarlo, reincorporarlo a la vida social, e introducirlo en situaciones que le obliguen a alternar con la gente, particularmente con las mujeres, eso es esencial. De hecho, tengo pensado contratar a una enfermera.

Eso cogió a O’Kane por sorpresa. Mujeres sí, pero... ¿una enfermera? ¿En el piso de arriba? ¿Encerrada allí con él?

Katherine no dijo nada al respecto. El espectro de la enfermera flotó en el aire un momento, sin llegar a materializarse, y luego se desvaneció. La señora Roessing pidió nata. Kempf hizo un gesto, como si fuera a decir algo, pero se calló.

—¿Y qué me dice de sus dientes? —preguntó Katherine mirando de reojo a la señora Roessing—. ¿Y del mal olor que despide su cuerpo?

—Él se bañó esta mañana, ¿no es verdad, Eddie? —dijo Kempf dándose la vuelta en el asiento para dirigirse a O’Kane.

—Sí, señor —dijo—, y lo hizo muy bien. Se baña todos los días, sin falta.

—Sus dientes son harina de otro costal —prosiguió Kempf—, y a todos nos preocupa el estado de su dentadura, pero, como usted sabe, su esposo detesta a los dentistas y resulta muy difícil...

—Cuerpo y mente —dijo Katherine—. Mente sana en cuerpo sano.

—Cada cosa a su tiempo —dijo el médico—. Tal como usted sugiere, la mente y el cuerpo son una misma cosa, y al tratar la mente, estoy tratando el cuerpo. Usted espere y verá. Cuando su mente se libere de sus trabas, sus dientes mejorarán espontáneamente. Y entonces, si aún consideramos necesario que consulte a un dentista, traeremos a uno (cuando él esté lo bastante bien), del mismo modo que las hemos traído a ustedes hoy. —Hizo una pausa para meditar mirando el fondo de su copa—. Usted debería sentirse satisfecha, Katherine, después de ver la actuación de Stanley de hoy... y en eso creo que me corresponde un pequeño mérito.

—Pero ése es precisamente el problema..., que ha sido una *actuación*. Yo quiero a mi esposo cuerdo y sano, y estoy cansada de esperar. Y no creo que el psicoanálisis sea el no va más, como usted bien sabe. Por otra parte, estoy en contacto con el doctor Roy Hoskins, de Harvard, quien ha tenido mucho éxito en casos parecidos al de Stanley, corrigiendo irregularidades glandulares, y no veo por qué no podemos llamarlo para que examine a mi esposo a ver si existe alguna solución somática a todo esto. Después de todo, usted no puede negar que Stanley presenta ciertos síntomas de

hipertiroidismo: su peso, la desproporcionada longitud de sus dedos y otros miembros que, hoy, al verlos, me ha parecido que han crecido, de manera bastante evidente, y realmente pienso que...

Kempf la interrumpió con un gesto impaciente de la mano:

—Estoy en total desacuerdo. Gracias al psicoanálisis se ha sentado hoy en este comedor, comportándose como un caballero en compañía de damas, y el psicoanálisis le curará, si es que podemos hablar de una cura en estos casos. Él no es un caso de hiperpituitarismo, y la administración de extractos de glándula no conseguirá absolutamente nada.

La Reina de Hielo no se dio por vencida:

—No se pierde nada con probar, ¿no le parece? Francamente, me gustaría que al menos considerase...

—Lo siento, Katherine —dijo Kempf, llevándose la copa a los labios mientras le sostenía la mirada—. Aunque tomo nota de lo que me está diciendo y estoy dispuesto a intentar cualquier brujería con tal de mejorar la salud de su marido, créame, el enfoque psicoanalítico es el mejor, y mientras yo esté a cargo de la terapia, tendrá que dejarme tomar las decisiones. Stanley está mejorando a ojos vista. Usted ha podido comprobarlo hoy.

Katherine se acodó en la mesa, unos codos que apuñalaban el mantel a tal punto que lo arrugó.

—Sí —dijo mordazmente—, y también lo comprobé ayer.

—Al menos, ha podido verlo —replicó rápidamente Kempf—. ¿Acaso no es ya algo?

—Sí, sí que lo es, doctor... Edward —dijo ella—. Pero yo espero más, mucho más. Y pienso quedarme aquí, en Santa Bárbara, todo el tiempo que sea necesario hasta ver la salud de mi marido restablecida, ambas, la mental y la física. Ésa es mi misión, eso y nada más.

Katherine miró a la señora Roessing buscando su aprobación, y ésta, lanzando sendos chorros de humo por las fosas nasales que resbalaron sobre su bonita boca, le guiñó un ojo.

—Y algo más —prosiguió Katherine, la Reina de Hielo, ahora envalentonada, y nunca satisfecha, nunca—, déjeme recordarle que soy yo quien toma aquí las decisiones finales. Absolutamente todas.

Katherine se mantuvo fiel a su palabra. Todos los días a la una de la tarde, a lo largo de las Navidades y el Año Nuevo, durante el suave y emocionante final del invierno y el advenimiento de la primavera que fue exactamente igual al invierno, al otoño y al verano precedentes, ella y la señora Roessing iban a comer con el señor McCormick y, algunas tardes, se quedaban con él hasta las cinco o las seis, jugando a las cartas, leyendo libros en voz alta, o simplemente sentados allí, en una enorme burbuja de

silencio. O’Kane siempre estaba presente, al igual que Mart. La mejoría del señor McCormick era espectacular y cada día hacía nuevos progresos, pero seguía siendo peligroso e imprevisible, una amenaza para sus invitadas y para sí mismo, y cuando se despedía de ellas —siempre inclinándose con una profunda reverencia y besándoles las manos en una comedia de autoanulación y servilismo que a O’Kane le provocaba náuseas, los enfermeros le escoltaban de regreso al piso de arriba, a las ventanas enrejadas y a la puerta de hierro.

Seguía teniendo sus días malos. A veces salía tambaleándose de la oficina de Kempf, en el edificio donde estaba la sala de espectáculos, llorando y apretando los labios, y luego trataba de escapar a toda carrera o descargaba su rabia en algún arbusto inocente que los jardineros habían cuidado y podado minuciosamente durante años. En una ocasión, y viendo que había empezado a perder el rumbo, cuando O’Kane le dio un amable codazo para indicarle suavemente la dirección de la casa, Stanley se agachó y levantó con esfuerzo una de las lajas que embaldosaban el sendero, y los persiguió a ambos, a él y a Mart, con la piedra en alto, como un arma arrojadiza. En otra ocasión, sin más, le asestó un rodillazo a Mart en los testículos y acto seguido le dio una bofetada a O’Kane tan brutal que le dejó el oído zumbando y gorjeando días enteros, igual que una línea telefónica muerta.

—¿Por qué coño me ha pegado, señor McCormick? —protestó O’Kane, apretándose la oreja mientras Mart, pálido como el papel, se agachaba doblado por el dolor entre los arbustos de dafnes, justo encima del montículo de una ardilla de tierra.

—Por... porque —tartamudeó el señor McCormick, frunciendo el ceño— porque odi... odio, odio... —Nunca terminó la frase. En cualquier caso no ese día.

Y a pesar de todo, estaba mejorando, a pasos agigantados, y eso de estar con mujeres —viéndolas, oliendo sus perfumes, tocando sus manos con la más seca y fugaz caricia de sus labios— parecía estar obrando prodigios en él. Katherine empezó a visitarlo acompañada de una sobrina del señor McCormick, de veinte años de edad. Se llamaba Muriel, e iba con Katherine de vez en cuando. Y a sugerencia del doctor Kempf, todas empezaron a emprender excursiones con el señor McCormick. Al principio se limitaron al perímetro de la finca, merendando en el campo entre los túmulos de los indios o disfrutando de las vistas desde las elevaciones de la hacienda, pero al poco tiempo —por supuesto, bajo la supervisión de Kempf, O’Kane y Martin— empezaron a ir a la playa. Katherine alquiló un bungalow en una de las espléndidas playas del sur, en Carpintería, donde las olas rompían en tan suave sincronización que uno podía cabalgarlas igual que a un delfín, y cuyas aguas eran cálidas como un baño. Y era cómico ver al señor McCormick en su traje de baño, pues tenía piernas y brazos más blancos que los de un sueco, y caminaba como un cangrejo hasta la temblorosa línea de espuma y algas para retroceder precipitadamente, igual que un niño de primaria, tan pronto como el agua le mojaba los dedos de los pies. Cómico, pero saludable. Sentado en su toalla, sin quitar los ojos del señor McCormick, O’Kane contemplaba el espectáculo pasmado mientras dos hombres contratados vigilaban al



paciente desde un bote de remos por si acaso sucedía algún imprevisto; O’Kane estaba pasmado reparando en el hecho de que durante todos aquellos años viviendo allí, en el paraíso terrenal, el señor McCormick no había tocado el mar ni una sola vez, ni el mar lo había tocado a él.

Ésa fue una buena época. Una época feliz. Una época de esperanza. Todos, incluso Nick, sentían que algo extraordinario estaba ocurriendo, y casi temían hablar del tema por temor a gafarlo todo. El señor McCormick experimentaba de nuevo la sensación de vivir, fuera de su jaula, reintegrándose en el esquema general del mundo, partícula a partícula y, para sus enfermeros, eso auguraba —quizá, a la larga— el final de su trabajo, y una recompensa. ¿Y quién sabe?... Quizá fuera una espléndida recompensa, una gran suma de dinero, el resultado de cada puñetazo, cada puntapié y cada mancha en las sábanas, acumulando intereses durante todos aquellos años tan difíciles de sobrellevar.

Pero no fue así. Aunque la vida constreñida del señor McCormick se dilató milagrosamente aquel asombroso verano, abriéndose cada vez más y más, como si ya no hubiera ningún límite, ni jueces, ni miedos ni desesperación, ni autodesprecio ni descabelladas locuras, fatalmente llegó un día de septiembre —y O’Kane podía nombrarlo— en que todo empezó a cerrarse de nuevo. Todo empezó en la playa. Un soleado día normal, resplandeciente, con el sol cayendo a plomo, y el señor McCormick estaba de muy buen humor mientras el océano cabrilleaba desde la orilla hasta las islas envueltas en una banda de niebla argentada. Ocurrió a la hora del almuerzo en el bungalow. La joven Muriel estaba allí, hija de un Rockefeller y de un McCormick, con sus piernas bronceadas y la cabellera dorada por el sol, y Katherine y la señora Roessing también estaban presentes, esta última estrenando atrevidamente un traje de baño sin faldilla. Todo parecía ir como la seda, cuando el señor McCormick, metido hasta la cintura en las olas, flanqueado por O’Kane y por Mart, de repente soltó una serie de estridentes alaridos que a lo lejos se oían como si estuvieran destripando y degollando a bayonetazos a una multitud en un oscuro callejón. Stanley chilló saltando sobre un pie hasta perder el equilibrio. Entonces cayó con la cara hundida en el agua y en la arena del fondo, entre las olas implacables, y O’Kane y Mart le sacaron a la orilla arrastrándolo por los brazos.

¿Cuál era el problema? ¿Qué había sucedido? ¿Se encontraba bien? ¿Se había lastimado? Kempf, Katherine, Muriel, la señora Roessing, Mart, O’Kane, y también los dos hombres del bote, acudieron en tropel y rodearon al señor McCormick que seguía chillando mientras se agarraba el pie.

—¡Los jueces! —gritó—. ¡Sabía que me pillarían, lo sabía!

El pelo le tapaba los ojos y retorció la boca ennegrecida por los cráteres de sus dientes carcomidos, la arena le cubría el cuerpo como un cilicio, y sentía comezón en todas partes. Más tarde descubrieron la causa —era legítima y real: una raya venenosa lo había lacerado—, pero eso significó el fin de las visitas a la playa.

Y también fue el final de la fase positiva del señor McCormick, porque de la

noche a la mañana se volvió otra vez desconfiado y paranoico, y de nada valieron los razonamientos —las rayas venenosas viven en el mar, y no le hacen daño a uno, fue un accidente, esas cosas suelen ocurrir— destinados a convencerlo de que lo ocurrido no formaba parte de un designio para castigarlo. Y para empeorar las cosas, Stanley culpaba a las mujeres, a su presencia, pues por culpa de ellas había sucedido aquello. De no haber sido por ellas, él no hubiera ido nunca a la playa. ¿Acaso intentaban matarlo?, ¿era eso? ¿Estaría Katherine codiciando su dinero? ¿Querría verle muerto? Al otro día no acudió a comer, aunque Katherine y la señora Roessing le esperaban en el comedor; O’Kane y Mart estaban dispuestos a llevarlo a rastras escaleras abajo, pero Kempf dijo que no. Cuando él quisiera ver a las mujeres de nuevo, lo haría. A su aire. Había que darle tiempo, dijo Kempf.

Pasaron dos días. Tres. Una semana. Y el señor McCormick seguía negándose a bajar la escalera, y cuando una tarde le llegó el rumor de que Katherine iba a subir a verlo, tuvo uno de sus accesos de cólera, y destrozó varios muebles echando espuma por la boca. Katherine se puso impaciente y empezó a regañar a Kempf, en presencia de O’Kane, amenazándolo y montando en cólera, como si ella también se hubiera vuelto loca de repente: había vuelto a acostumbrarse a ver a su marido, diariamente, y quedaba aislada una vez más. Era intolerable. Katherine pedía la cabeza de Kempf en bandeja de plata, o cuando menos, quería despedirlo de su empleo por valor de diez mil dólares al mes.

Fue entonces, exactamente a finales de septiembre, cuando los enfermeros decidieron tomar cartas en el asunto:

—¡Esto es una vergüenza! —dijo Nick una noche en presencia de O’Kane y Mart, quienes se habían quedado después de su turno de trabajo porque Roscoe estaba ocupado en otras tareas y no estaría de regreso hasta las nueve. Todos asintieron. El señor McCormick había llegado demasiado lejos y ahora retrocedía vertiginosamente, en una progresión descendente, y nadie conseguía frenar ese salto atrás.

—¿Qué fue lo que hablamos más o menos en la Navidad del año pasado, lo recuerdas, Eddie? —dijo Nick—. Hablamos de ir a buscar a una mujer y traérsela. Si su esposa no lo puede hacer por él, entonces una, ¿cómo la llamarías?, una enfermera que cobre por horas de consulta puede hacerlo. ¿Vale?

O’Kane fue el elegido, a causa de su reputación con las mujeres —una reputación años ha ensombrecida por Giovannella y el pequeño Guido y Edwina y su adicción a la botella, pero era igual. Al día siguiente por la noche fue al barrio hispano —aquello había cambiado, todo parecía más apretado y reducido por los rascacielos recién construidos después del terremoto— y preguntó en unos cuantos garitos que conocía. Era todo un submundo secreto, un laberinto de tabernas clandestinas, tres golpes en la puerta y contraseñas susurradas —«Clara Bow», «Big Bill», «Dixieland»— pero bastaba con que uno conociera a cualquiera de los que estaban dentro para que te dejaran entrar sin hacerte preguntas. Y O’Kane encontró a la mujer en la tercera

taberna que visitó, un pequeño sótano, un local tan repleto de gente, ruido y humo que no había espacio para respirar, mucho menos para disfrutar de un trago de cualquiera de las muchas bazofias que vendían en la barra. De todas maneras O’Kane libó unos cuantos matarratas, y acabó apoyando la cabeza en la barra como si fuera una almohada, Giovannella sonriendo con la falda levantada, y cuando levantó la cabeza, la vio.

La mujer estaba sola, en una mesa en medio del salón, rodeada de gente bailando y dándose empellones sin que nadie la mirara dos veces. Estaba de mala uva, con cara de cabreada, una de esas caras que atraen la mala suerte gafándolo todo alrededor, y sostenía un cigarrillo como si quisiera estrangularlo. El risueño Eddie O’Kane, alcahuete del señor McCormick, entró en acción.

—Hola —dijo—. ¿Te importa si me siento contigo?

Ella le lanzó una mirada hostil.

Él se sentó.

—¿Te apetece tomar algo? —la invitó. La música sonaba furiosamente, clarinetes, piano, batería, la gente bailaba el shimmy y el charlestón, y hasta la mesa se sacudía con todo aquel estruendo.

La mujer suavizó el rictus de su boca. Hasta ese momento había mantenido aquel mohín a rajatabla. Era como si pensara que en caso de dejar caer esa máscara, al hacerse añicos contra el suelo, ya no sería la chica más virtuosa y modosa del mundo. No pasaba de los veinte años.

—¡Por supuesto! —dijo ella y dilató los labios en que probablemente pensaba era una sonrisa.

Acordaron un precio. Lo cual fue problemático, realmente problemático, porque a lo largo de todo el camino, mientras subían la escalera, salían por la puerta y ya dentro del gran Pierce Arrow, ella pensaba que iba a acostarse con él, con Eddie O’Kane. Pero cuando él le explicó la situación, en algún lugar entre la cala de Salt Pond y Hot Springs Road, empezó a resistirse, especialmente viendo aquella limusina de color azul oscuro y sus accesorios y a Roscoe allí delante, con el gorrito de mono de organillero, y O’Kane tuvo que doblar sus honorarios para que se quedara tranquila. Doce y media de la noche, el vigilante nocturno, las rejas de entrada a la finca, la casa era un trozo de noche cercenado con un cuchillo dentado y ennegrecido con tinta china, salvo una única luz en la planta alta, donde Nick y Pat esperaban sobre ascuas.

—¿No me hará daño, verdad?

—No —le aseguró O’Kane—, no, no te hará daño. Lo hemos atado.

—¿Atado? —dijo ella en un hilo de voz, tan asustada que él sintió náuseas y casi le dio la orden a Roscoe de dar marcha atrás, dejándolo todo allí mismo.

O’Kane no supo qué decir. La condujo por la escalinata y abrió la reja de arriba, agarrándola por el frío y delgado codo, un codo que se amedrentaba bajo la presión de su mano, y ella trataba de ser valiente, buscando la manera de salir del paso cuanto

antes, él lo notaba.

—¡Dios! —susurró la mujer volviendo la cabeza para echarle un vistazo a los barrotes cuando pasaron la puerta enrejada, y O’Kane la mantuvo allí, sin soltarla, mientras cerraba con tres llaves los tres candados. Y ella vaciló ante la puerta del dormitorio, mientras Nick y Pat se la comían con los ojos, vacilaba ante la perspectiva de lo que había más allá de esa puerta, la cama asegurada con pernos al suelo y las ventanas enrejadas y el señor Stanley Robert McCormick, heredero de la segadora, yaciendo allí, boca arriba, con las muñecas y los tobillos fuertemente atados, con dobles nudos, a los pilares de la cama—. Más vale que me des ahora el dinero —dijo ella, achicando los ojos hasta reducirlos a un par de alfilerazos, la boca un deforme agujero en medio de la cara—. Dámelo ahora.

Nick y Pat entraron con ella, para observar, mudas presencias en una habitación a oscuras. No había luz salvo la que caía de las estrellas y de la luna —y después de todo, estaban en su turno—, pero O’Kane no pudo presenciar el espectáculo. Debería sentirse regocijado, debería sentirse bien, debería alegrarse de la alegría del señor McCormick, de satisfacer en él esa necesidad, la emoción y el privilegio de todos los hombres —sexo, puro sexo—, pero en vez de eso, salió a la terraza y se agachó en un rincón, encima de la rejilla del sumidero, y vomitó toda la bazofia que había ingerido esa noche, y el sabor del vómito, lleno de bilis, era amargo y tenaz, una poderosa acidez que no se iba de los labios ni de la lengua, y que era como el mismísimo beso de la desesperación.

Kempff estaba perplejo:

—No puedo comprenderlo —dijo, levantándose de detrás del escritorio para pasearse de aquí para allá mientras O’Kane permanecía sentado en una silla tan dura e incómoda que muy bien podía haber sido diseñada para instalarla en el estrado de los testigos de la audiencia del condado—. Habíamos realizado tantos progresos, y de la noche a la mañana, ¡pffft!, nada. Lo provooco hablándole de sus pesadillas recurrentes (sus padres, su esposa, la experiencia en París) y no reacciona en modo alguno. Ni siquiera funciona el libre juego de asociación de palabras. Le digo «perro bóxer» y sólo me mira fijamente. Y lo único que dice sin cesar es «una raja, una raja». —El médico entrelazó las manos a su espalda, meneando la cabeza, atildado y estrecho de hombros, con los ojos inyectados en sangre y el pelo escrupulosamente peinado, como un ídolo de la pantalla—. Yo creía que habíamos dejado todo eso atrás.

O’Kane guardó silencio. En realidad el psiquiatra estaba hablando consigo mismo, como hacía casi todas las tardes después de sus sesiones con el señor McCormick; O’Kane era simplemente una caja de resonancia. Manteniéndose muy rígido, casi sin respirar, dejó vagar su mirada por la oficina. En esencia, la decoración no había cambiado desde la época de Hamilton o la de Brush, excepto por el hecho de

que los moldes neurológicos de Hamilton y los paisajes hawaianos de Brush habían desaparecido, reemplazados por la imponente reproducción de un cuadro que colgaba de la pared del gabinete del doctor Freud, en Viena, según afirmaba Kempf. *La Leçon clinique du Dr. Charcot*, se leía en una placa incrustada en el marco, y allí aparecía un médico canoso —presumiblemente Charcot— sosteniendo a una joven histérica por la cintura mientras veinte estudiantes barbudos asistían a la escena y una enfermera extendía las manos, lista para agarrar a la paciente en caso de que se desplomara. La joven histérica llevaba un blusa escotada que había resbalado de sus hombros y, aunque estaba de pie, parecía estar desmayada, o fingiendo estarlo. El significado de aquella pintura escapaba a O’Kane, excepto que la mujer era muy guapa y que obviamente Charcot la tenía en su poder. ¿Y por qué aquel cuadro atraía tanto a Kempf..., acaso era la realización de sus deseos?

—¡Maldita raya venenosa! —murmuró Kempf, sin dejar de dar paseítos—, eso se llama tener mala suerte y no hay otra manera de verlo. Pero pienso que Stanley se estaba recobrando de su enfermedad, realmente lo pienso, y ahora está bloqueado de nuevo, tan insensible, más incapaz de reaccionar que una piedra. Algo tiene que motivarle, no me cabe la menor duda... ¿Por casualidad no sabes de nada que haya podido perturbarle?, ¿sabes algo, Eddie?

O’Kane, rígido, sólo movió los labios:

—No, nada en absoluto.

—Es curioso —dijo Kempf, haciendo una pausa frente a la silla de O’Kane. Estaba mirándolo desde arriba, arrugando la frente, entornando los redondos ojos hasta convertirlos en rajadas—. Realmente extraño. ¿Estás seguro de que anoche no pasó nada? ¿Mientras tú estabas aquí..., o quizá después? Igual has oído algo por ahí, ¿no?

—No, nada.

El doctor hizo un ademán con la mano, como si estuviera ahuyentando algo en el aire.

—Tal vez Nick o Pat podrían haberte...

—No. ¡Ah-ah! Ellos no han dicho nada.

—Bueno, pues algo ha sucedido. De eso estoy seguro. Stanley no lo dirá, pero yo se lo sacaré. Ya lo verás. Sólo espero que sea lo que sea no...

—¿Qué?

Kempf soltó un suspiro.

—Sólo espero que no ponga en peligro los progresos que hemos hecho con su esposa y las otras mujeres..., como sabes, ya he contratado a la nueva enfermera. La señora Gleason. Trabajó bajo mis órdenes en Saint Elizabeth’s.

O’Kane empezó a tartamudear, igual que el señor McCormick:

—Yo no creo que..., bueno, no me incumbe a mí decirlo, pero ¿realmente considera aconsejable traer a una mujer después de lo que..., quiero decir, en esta coyuntura? ¿Precisamente ahora que él parece estar tan perturbado? Por el asunto de

la raya venenosa, quiero decir.

Podía leer la cara de Kempf como si fuera un libro abierto, sólo que era un libro ilegible: un texto de psicología, escrito en alemán.

—Vamos, claro que sí —dijo—, por supuesto. Ése es el plan. Demostrarle que las mujeres no son diferentes de ti, ni de mí, es decir, de los hombres, y que forman parte de la naturaleza, igual que los árboles, las ardillas de tierra y los psicólogos. Cuantas más mujeres le presentemos a él, más...

Entonces le interrumpió un golpe en la puerta, la cual se entreabrió dejando ver la cara de Butters, ruborizado y asustado:

—La señora McCormick quiere verle, doctor. Y la señora Roessing.

Y acto seguido Katherine entró airadamente en la oficina, castigando con los tacones el entarimado, lánguidamente seguida por la señora Roessing.

—No puedo aguantarlo más —anunció, dirigiéndose a Kempf, quien dejó de dar paseítos para adoptar una pose delante del cuadro que era la réplica exacta de la postura de Charcot—. Francamente, doctor Kempf, me trae sin cuidado cuál sea su opinión o su dictamen en este asunto, pero Jane y yo hemos venido para llevar a mi marido a almorzar fuera, un almuerzo decente, en nuestro hotel.

El doctor palideció. Se parecía a Rodolfo Valentino enfrentando con la mirada a un toro en *Sangre y arena* —sin el mostacho y sin tanto pelo, por supuesto.

—¡Ah, no, eso no lo puedo permitir! —exclamó—. Mucho menos hoy, es el día menos indicado.

Katherine estaba que trinaba, dando rienda suelta a su iracunda pataleta de niña bien de Back Bay, con un cráter visible entre las cejas fruncidas, y los ojos incinerando todo lo que se le ponía por delante. A ella no le denegarían nada, nunca más; O’Kane era consciente de la situación, y empezó a sentirse realmente de lo más incómodo.

—Lo que usted permita o deje de permitir no tiene nada que ver con este asunto, Edward —dijo ella—, porque quedará despedido en un periquete si continúa obstinándose...

—Los otros tutores quizá tengan algo que decir al respecto.

—Muy bien, ¿has oído eso? —enojada, Katherine se volvió a la señora Roessing buscando su apoyo moral, y, dicho sea en su honor, la señora Roessing simplemente parecía azorada—. ¡Habrased visto la insolencia de este hombre! Yo veré a Cyrus y a Anita en el juzgado... y a usted también. Ya es hora de que yo tenga la tutela exclusiva de mi marido, y habíamos llegado tan lejos, con nuestras bonitas excursiones a la playa y... y... —aquí vaciló, la voz se le atragantó en la garganta— y Muriel y todo lo demás, que no voy a permitir que ahora todo eso se estropee, simplemente no lo permitiré.

Katherine le descerrajó una mirada a O’Kane, dispuesta a fulminarlo si se atrevía a poner el menor reparo, pero él bajó los ojos.

—Muy bien, Jane —dijo entonces, con voz enérgica, de ejecutiva—, vamos a

buscar a Stanley.

Hubo un momento de vacilación, Kempf miró amargamente a O'Kane mientras las dos mujeres salían dando un portazo y bajaban los escalones hasta el sendero que llevaba a la mansión, con sus hombreras cuadrándoles las espaldas y los sombreros marchando en formación militar, y entonces dijo:

—Vamos, Eddie, más vale que nos adelantemos y avisemos a Martin para que no abra esa puerta..., porque si lo hace, bueno, no respondo de lo que pueda suceder.

Las mujeres sólo les llevaban dos minutos de ventaja, pero cuando ellos llegaron a la casa, cuya puerta estaba abierta de par en par dejando escapar un fresco aliento a limón de limpiamuebles y cera líquida, ambas ya estaban en lo alto de la escalera, en el rellano, y Katherine estaba pidiendo a gritos que Martin abriera la puerta. En ese momento, el señor McCormick estaba en el salón de arriba, sentado a la mesa, balanceándose y cantando una y otra vez su mantra —*una raja, una raja*—, mientras trataba de trazar una línea continua que atravesaba por el medio unos ciento y pico de folios puestos uno debajo del otro, una raya que rajaba por la mitad aquellas exquisitas hojas de papel de tina, hechas a mano con trapos de algodón, por ambas caras. Todavía estaba en pijama, pues esa mañana se había negado a vestirse, un acto de insubordinación al que Kempf restó importancia debido al alto grado de turbación del señor McCormick. O'Kane ya subía la escalera de dos en dos, y al principio lo único que alcanzó a ver fue una especie de conmoción, pero después Mart lo puso al corriente de los detalles.

En cuanto las mujeres aparecieron en el rellano, el señor McCormick se puso en posición de firmes en su silla. Dejó de balancearse, dejó de cantar, dejó el lápiz.

—Martin —exigió Katherine—, abra esa puerta inmediatamente. Jane y yo vamos a llevarnos al señor McCormick a almorzar decentemente.

En ausencia de Kempf y de O'Kane, inmerso en un conflicto de lealtades, Mart reaccionó lentamente; sabía perfectamente que el señor McCormick no estaba en sus cabales y sabía lo que había sucedido la noche anterior y lo que eso significaba, por tanto, sabía que abrir la puerta sólo causaría problemas, de eso estaba absolutamente convencido. Por otra parte, la señora McCormick era la mayor autoridad allí, la presidenta, el Congreso y el Tribunal Superior de Riven Rock, todo eso a la vez.

—Ya voy —dijo, pero Katherine podía ver a las claras, a través de la reja, que en vez de acudir a abrirle, estaba remoloneando, fingiendo que buscaba las llaves en sus bolsillos, lo cual agotó su poca paciencia y empezó a zarandear los barrotes. Allí estaba ella, con su vestido de alta costura hecho a la medida y aquel sombrero en forma de medio melón, crispando los esbeltos dedos enguantados en los inexpugnables barrotes de hierro, tirando de las barras impacientemente como si fuera ella quien estuviera encerrada allí mientras su marido vagaba libre por ahí.

Súbitamente el señor McCormick volvió a la vida, al ver los barrotes traqueteando, los dedos de su esposa y su garganta blanca, el entrecejo fruncido, el disgusto en sus ojos y la manera en que llevaba puesto el sombrero. En dos saltos

llegó a la reja, y aunque ella se echó atrás instintivamente y la señora Roessing gritó y Mart se levantó pesadamente de la silla, cogió a Katherine por las muñecas. Encolerizado, con toda su fuerza preternatural desencadenada, con los dientes carcomidos y el peculiar olor que despedía, el señor McCormick la atrajo hacia él — Sam Wah de nuevo— y entonces la agarró por el cuello, aferrándola como una grapa, forzándole la cabeza hacia atrás mientras relinchaba en su excitación:

—¡Un beso! ¡Un beso!

Fue O’Kane quien rompió aquel nudo gordiano, para quedar allí atrapado en lugar de Katherine. El señor McCormick, pegado a él como el niño de alquitrán<sup>[24]</sup>, le aferró las muñecas. Y Katherine se alejó de la reja tambaleándose, con el naufragio reflejado en su cara exangüe, dejándose abrazar por la señora Roessing mientras la voz del doctor Kempf subía por el hueco de la escalera:

—¿Lo ve? ¿Ve lo que sucede cuando usted se entromete?

Y entonces todos —O’Kane y Mart, la señora Roessing, Kempf y hasta el quejumbroso señor McCormick que seguía forcejeando enfurecido— la miraron esperando su respuesta. Sin dejar de abrazar a Jane Roessing, con el sombrero de medio lado, y las marcas rojas de los dedos de su marido desvaneciéndose en su cuello:

—Yo le culpo a usted de todo esto —dijo amenazadora y desafiante, mirando ferozmente a Kempf como si quisiera incinerarlo con los ojos—. Usted ha sembrado cizaña entre mi esposo y yo, ha conseguido volverlo contra mí, eso es lo que ha estado haciendo con su... su dichoso psicoanálisis..., y es exactamente eso lo que los McCormick querían, ¿verdad? ¿Verdad?

Kempf guardó silencio. El señor McCormick soltó las muñecas de O’Kane y sacó los brazos de los barrotes, parecía indeciso y perplejo, como si acabara de bajarse del tranvía en una parada equivocada. La señora Roessing le arregló el sombrero a Katherine cuchicheándole algo al oído, y entonces las dos bajaron la escalinata, desconcertadas, con sus sombreros batiéndose en retirada.

—¿Sabes cuál es el problema con esa mujer? —le dijo Kempf a O’Kane tan pronto como las mujeres desaparecieron.

El señor McCormick miraba con ojos de loco a través de los barrotes. Mart permanecía inmóvil e impotente al fondo del salón, sin saber si debería agarrar a su patrón por la espalda y atarlo con sábanas, o pasar de todo y volver a sentarse en el hueco que había erosionado en el sofá en el curso de tantos meses inútiles y años de anulación.

—No —dijo O’Kane, y estaba interesado en saberlo, vitalmente interesado—, no, ¿cuál es el problema?

—Es un consejo que yo le daría a ella, realmente..., uno de los consejos de Freud. —Kempf se estiró las mangas y luego se sacudió la chaqueta levemente con los dedos, como si quisiera deshacerse de los residuos de lo que acababa de ocurrir—. ¿Sabes latín, Eddie?



—Fui monaguillo.

—Bien. Entonces lo comprenderás. Freud decía esto de una mujer histérica cuyo marido —y aquí bajó la voz para que el señor McCormick no lo oyera— era impotente. Y es una sentencia que se ajusta perfectamente a la señora McCormick.

—¿Sí? ¿Cuál es?

El psiquiatra bajó más aún la voz:

—Penis normalis, dosim repetatur.

---

## ENFERMO, MUY ENFERMO

*stanley sabía lo que le pasaba que podía estar enfermo pero no era un retrasado mental ni tampoco estaba ciego ni sordo y que eran las mujeres de nuevo las mujeres que no estaban contentas de merendar con él ni de conversar con él mientras bebían un té helado en el bungalow no te parece extravagante lo que los modistos franceses le han hecho al bajo del vestido esta temporada no ellas no estaban satisfechas con el hecho de que él fuera un caballero criado por su madre y que se comportara decentemente y que fuera capaz de hablar de las cosas más insignificantes y que no las castigara ni les diera lo que tanto necesitaban merecían y deseaban no ellas tenían que visitarlo por la noche con sus pieles blancas y fantasmales y con sus bocas húmedas sin lengua y con ese olor caliente de perras en celo como perras en celo y agarrarlo por allí abajo donde era más vulnerable y cuánto odiaba eso porque no había nada nada nada en el mundo que odiara más que eso y los jueces le habían amonestado y azotado y golpeado y aporreado y sin embargo allí estaba ella otra vez y ni siquiera tenía un nombre pero no era katherine oh no no era katherine eso jamás lo haría katherine porque estaba seguro de que era una lasciva una puta y una marrana depravada una guarra prostituta callejera que podía hacer con él lo que quisiera y de la forma en que le diera la gana y él casi casi casi se movió debajo de ella para demostrarle lo que era ser un hombre un hombre de verdad un macho muy macho como su padre el presidente o su hermano el presidente y harold el vicepresidente con sus dos esposas como un sultán y sus glándulas de monos y su pequeña niña mujer hija muriel tan hermosa y adorable...*

*casi...*

*pero casi no marcaba puntos ni siquiera anotaba carreras ni bateaba la pelota mandándola por encima de la valla del extracampo ni inventaba la segadora sacándola de la nada ni tampoco la raya venenosa que era la segadora de los dioses escondiéndose y esperándolo allí bajo el agua y quién mejor que ella sabía que estaba allí y qué le gustaba hacer y qué era lo que probablemente haría quién mejor que katherine que era científica que después de todo era bióloga y que se sabía de memoria los nombres latinos de todos los animales plantas y ardillas que saltaban con la brisa del movimiento del coche en su cara su hermosa cara katherine dexter siempre pensando en eso obsesionada y se pasó el día examinando la raya venenosa y un día se fundió con el otro porque fue ella quien lo hizo porque quería verle muerto y ahogado porque quería quedarse viuda como la señora jane ambas viudas porque lo único que quiere es su dinero y él podía verlo en sus ojos porque el doctor kempf el hombre de la libre asociación de palabras el hombre del borrón de tinta*

—«Dígame, Stanley, ¿cuando yo digo “perro bóxer”, qué es lo primero que le viene a la mente?»— *le había enseñado a autocontrolarse tal y como si de nuevo estuviera ceñido por los arreos unos arreos invisibles sin correajes ni alambres ni frenos pero aquello era el fin de Katherine no quería volver a saber nada de Katherine no señor nunca más no después de que ella metiera a aquella puta cerda guarra y fétida y a él Stanley le hubiera gustado saber cuál era su denominación científica en su habitación para que lo degradara y lo humillara mientras Nick y Pat jadeaban en la oscuridad y sí él los escuchó allí y los sintió pero nada más nada más y nunca jamás hazme un bebé Stanley hazme un bebé...*

Katherine no podía saber qué pensaba su marido, nunca lo sabía, ni siquiera cuando él se sentaba en la alfombra que llevaban a la playa para hablar del Malemute Kid con Muriel, mordisqueando minuciosamente las esquinas de los sándwiches de salmón ahumado que Giovannella había preparado al rayar el día. Lo único que sabía era que había mejorado mucho, hasta volver a ser de nuevo el mismo de antes, su Stanley, el Stanley de semblante retraído y ojos brillantes, que ahora había vuelto a distanciarse de ella, y que la colgaran si esta vez pretendían excluirla de su vida. Por eso había contratado a Newton Baker, su viejo amigo y compañero de trabajo de la época de la guerra y del Comité de Mujeres del Consejo de Defensa Nacional, para pedir ante el Tribunal Superior de Santa Bárbara la tutela exclusiva de su esposo:

N.º 7146

EN CUANTO A LA TUTELA DEL INCAPAZ

STANLEY MCCORMICK

DEMANDA DE REVOCACIÓN DE ALGUNOS TUTORES

---

AL HONORABLE TRIBUNAL SUPERIOR DEL ESTADO DE CALIFORNIA Y DEL CONDADO DE SANTA BÁRBARA:

Comparece la señora KATHERINE DEXTER MCCORMICK, y expone con el debido respeto:

Que, instigado por Cyrus y Anita, Kempf estaba robándole el cariño de su marido y negándole el tratamiento endocrino que podría curarle, y que ella, como esposa de Stanley, sabía mejor que sus cuñados lo que era bueno y apropiado para él y que sin la interferencia de ellos estaría en mejores condiciones de brindarle su ayuda. Que a ellos sólo les importaba conservar intacta la fortuna McCormick. Que ella, Katherine, su esposa, durante todos estos prolongados e inestables años había administrado el patrimonio de su marido, a pesar del veto automático de sus dos cuñados en cualquier asunto de importancia real, como por ejemplo pagarle diez mil dólares mensuales a un psiquiatra que creía que el psicoanálisis era capaz de reparar los dientes podridos de su marido, por todo lo cual, ella, Katherine, exigía una satisfacción y la exigía ya.

Jane la apoyaba. Y su madre también. Y aunque detestaba la publicidad y le aterrorizaba pensar lo que los periódicos harían con todo aquello, ardía en deseos de subir al estrado y decirles a la cara exactamente lo que pensaba. ¿Y por qué? Todo por Stanley, y nada más. Stanley era lo único que contaba —y su sentimiento de culpa por haberlo desatendido durante años, a pesar de lo cual se había mantenido leal a él, porque sí que lo había desatendido dejándose acosar y encasillar por todos los Faville y los Bentley y los Hamilton del mundo, y ahora por Anita y Cyrus. Pero no se rendiría. Esta vez no. Porque sólo ella sabía lo desgarrador y terrorífico que fue perder a Stanley la primera vez, la vez que él luchó por mantenerse a flote, chapoteando hasta que finalmente se hundió, y allí no había nadie para lanzarle un salvavidas, nadie excepto ella...

Las cosas habían llegado a ese punto crítico tras su regreso de Maine, esa pesadilla sin fin y sin alivio que fue Maine en el otoño de 1905. Todo lo que ella había intentado —la paciencia y la comprensión, mantenerse firme, la razón, el amor — fracasó, era evidente, y Stanley estaba atrapado en una espiral descendente que amenazaba con arrastrarla a ella también. «Neurastenia hipocondríaca sexual y demencia precoz incipiente» fue el escalofriante diagnóstico del doctor Trudeau, y lo único que ella podía hacer era tratar de mantener alejado a Stanley de cualquier cosa que pudiera causarle el más mínimo estrés: particularmente de su madre, de la Fábrica de Segadoras y, aunque resultara triste admitirlo, también de las relaciones maritales. Ella se había pasado presionándolo, había ido demasiado deprisa, y ahora tenía que echarse un poco atrás para calmarlo y mimarlo de nuevo.

El primer día de su regreso a Boston —el veintiuno de noviembre— bajaron al puerto para recibir a la madre de Katherine, que llegaba después de una prolongada estancia en Prangins. Era un día sombrío y hacía frío, el aire olía a lluvia y el cielo estaba encapotado, cargado de turbulentas nubes grises que se desplegaban en procesión sobre el mar. El buque acababa de atracar cuando el cochero les ayudó a bajarse del carruaje y acudieron apresuradamente al muelle, a la puerta de salida de pasajeros, apenas sin prestar atención al resto de la multitud, ni al hombre con la gorra y la chaqueta galoneadas con entorchados dorados que estaba en la entrada. Katherine sólo tenía ojos para buscar a su madre sin perder de vista a Stanley, quien había permanecido rígido y nada comunicativo durante toda la mañana, así que ni siquiera se fijó en aquel hombre, sin sospechar ni en sueños que necesitaban unos pases para entrar en el muelle y que aquel hombre estaba allí precisamente para controlar esos pases.

De pronto, en cuanto pasaron por la puerta, oyeron un grito a sus espaldas, áspero e insultante, y ahí venía el hombre —un italiano, según creyó ella, de tez morena y ojos negros—, corriendo por el muelle para interceptarlos.

—¡Oye, tú! —gritó, dirigiéndose a Stanley—. ¿Adónde diablos crees que vas, tío?

Katherine sintió la sangre agolparse en las mejillas. Apenas podía dar crédito a

sus oídos. Al mismo tiempo, como tenía cogido por el brazo a Stanley, sintió crisparse los músculos de su esposo. El guardia se acercó descompuesto, jadeando un poco, y cuando lo tuvo cerca, alargó un mano para coger a Stanley por el brazo.

No podía saber lo que estaba haciendo. Porque en ese momento todas las frustraciones de Stanley subieron a la superficie en un torrente de lava incontenible —Maine, su madre, la farsa de su luna de miel, su fracaso en la cama— y entró en erupción. De un empujón, apartó al hombre como si fuera un insecto, haciéndolo rodar por las tablas del muelle dando vueltas de carnero. Y cuando el hombre se levantó soltando tacos e iba a por él de nuevo, Stanley esgrimió su paraguas, y le propinó tantos paraguazos en la cabeza que el paraguas quedó completamente chafado y el guardia aturdido. Con coágulos de sangre en el pelo y otros brillando en la pechera de su chaqueta, el hombre se retiró tambaleándose.

Los dos estaban alterados, tanto ella como Stanley, y ella se agarró con fuerza a su brazo mientras se abrían paso a través de la multitud asombrada. La gente se apartaba automáticamente al ver la cara funesta y sin vida de Stanley, quien enarbolaba aquel trofeo chafado que alguna vez había sido su paraguas.

—¡Vaya insolencia la de ese hombre! —comentó ella—. Lo primero que voy a hacer cuando llegemos a casa será escribirle una carta a la compañía naviera..., si no pueden contratar a un caballero para atender al público, entonces no deberían contratar a nadie en absoluto. Te ha hecho daño, no, ¿verdad?

Él negó con la cabeza, apretando los labios.

—Bien —dijo Katherine—, gracias a Dios. —Pero podía sentir cómo él vibraba contrayéndose como una cuerda pulsada. Ya casi habían llegado al pie del buque, tan vasto que impedía ver el horizonte, con el gentío agolpándose detrás de ellos. ¿Era aquella su madre, allá arriba, inclinada sobre la barandilla y agitando un pañuelo? No, no era ella.

—No puedo —dijo Stanley de golpe y porrazo, deteniéndose en seco—. Ten... tengo que regresar. Vendrá la policía.

—No seas ridículo. Ese hombre te agredió..., hay testigos. Si alguien debe tener miedo a la policía, es él.

—No —dijo Stanley, temblando, y de nuevo apareció en él aquella mirada, los ojos hundidos y los labios crispándose hasta enseñar las encías, apretando y rechinando los dientes—. Me... me meterán en la cárcel, será mi ruina. Detrás de unos barrotes —dijo—, unos barrotes de hierro. —Y apartándose de ella en un espasmo convulsivo, le dio la espalda y volvió sobre sus pasos en dirección a la puerta de salida.

—¡Stanley! —gritó ella, pero ya estaba demasiado lejos para oírla, ya se lo había tragado la multitud, ya se había perdido.

No volvió a verlo hasta muy tarde aquella noche —después de las diez— y durante el encuentro con su madre, a lo largo de la cena y del desfile de regalitos que Josephine le había traído de París, se sintió enferma de preocupación. Estaba segura

de que Stanley se había metido en algún lío (se acordó del viejo pescador en el lago y en lo que hubiera podido suceder si éste no hubiera sabido nadar), un lío del que no podría sacarlo ni todo el dinero del mundo. Estaba enfurecido. Desquiciado. Listo para arremeter contra el primero que se le atravesara en el camino, sin importarle un comino si lo hacía de mala fe o inocentemente. Y mientras su madre seguía hablando de Prangins y de madame Fleury y de cómo la boda seguía siendo el tema preferido en el pueblo, Katherine no hacía más que pensar en la policía. ¿Debía llamar a la policía? Pero... ¿qué les iba a decir..., que su marido se había perdido? ¿Que a pesar de todo su don de gentes, su talento y su riqueza, no se podía confiar en Stanley Robert McCormick cuando andaba solo por la calle? ¿Que estaba loco, desorientado y que sufría de neurastenia hipocondríaca sexual?

Rompió a llorar en medio de uno de los cuentos de su madre sobre Emily Esterbrook, de los Esterbrook de Worcester, que se alojaba en el camarote que estaba frente al suyo, en el viaje de regreso, y que podía silbar el movimiento del segundo violín del cuarteto para arpa de Beethoven —hasta el final— sin olvidar ni una sola nota.

—La hija de Emily está prometida con un hombre simpatiquísimo —estaba diciendo su madre cuando de repente Katherine empezó a sollozar sin poder parar, ni siquiera cuando por fin Stanley subió las escaleras ruidosamente—. ¡Stanley —gritó Josephine, levantándose para saludarlo—, qué alegría me da volver a verte! —Pero entonces se interrumpió.

Stanley estaba parado allí, en medio del salón, con una expresión de lo más rara, como si no reconociera el lugar, ni a los que allí estaban. Tenía una mancha de petróleo o de grasa en la frente y la carne alrededor de su ojo derecho estaba hinchada y descolorida, como si se le hubiera empezado a podrir. También la chaqueta hecha harapos, la manga izquierda colgando de un hilo y la derecha totalmente desaparecida. Una mancha al parecer de sangre se había secado a la altura del codo de la camisa.

—Pero, Stanley, ¿qué ha sucedido? —exclamó Josephine cruzando el salón para tomarle la mano, mientras pensaba en su propio hijo, su hijo muerto, derrochando cariño maternal, y Katherine sintió pena por su madre. Pero por otra parte estaba paralizada ante Stanley, totalmente petrificada. No podía articular palabra, ni siquiera para decir esta boca es mía—. Venga —canturreó Josephine tiernamente—, déjame ver esa herida. Aquí, bajo la luz.

Al principio, cuando su madre lo tocó por primera vez, Stanley se mostró aquiescente, bajando la cabeza y relajando los hombros, pero luego, de repente, apartó violentamente la mano de su suegra, como si le hubieran mordido.

—¡Vieja estúpida! —gritó enronqueciendo—. ¡Vieja estúpida y entrometida, no me toque, no se atreva a tocarme!

—¡Stanley! —dijo Katherine con un nudo en la garganta, indignada, viendo cómo se apesadumbraba el rostro de su madre, la mujer más dulce del mundo, todo

corazón, que lo único que hacía era desvivirse por él. Recuperando la potencia de su voz, dolida, irritada y decidida a poner fin a aquella locura, Katherine gritó—: ¡Stanley, discúlpate ahora mismo!

Pero él se volvió hacia ella, enloquecido, incapaz de controlarse, con una cara que era un latigazo de ira.

—¡Cállate, zorra!

Temprano por la mañana, cuando aún todos dormían, partieron hacia Brookline en un carruaje privado. Stanley iba tan profundamente hundido en el asiento que era casi invisible desde la calle, con las largas piernas dobladas como tiendas de campaña, tan repantigado y abatido que su cabeza y los hombros estaban al incómodo nivel de las nalgas de Katherine. Por la noche se le habían hinchado los pómulos —era evidente que le habían golpeado salvajemente—, lo cual añadía a su aspecto el rasgo inescrutable de unos ojos oblicuos, como si se hubiera transformado en el miembro de una tribu tártara mientras dormía. No dijo nada. No dio ninguna explicación, ninguna disculpa. En cuanto llegaron a casa, ella lo metió en la cama y él durmió todo ese día, incluyendo la noche y la mañana del día siguiente.

Luego llegó una procesión de psiquiatras, neurólogos y patólogos, una peregrinación incesante desfilando por el salón de la casa de Brookline, dándole golpecitos en las rodillas, pinchándolo y escuchando a su marido avergonzado, enseñándole figuras geométricas y dibujos para que los comentara, interrogándolo exhaustivamente sobre acontecimientos ordinarios o echándole un brazo por el hombro para dar un paseo por el jardín. Katherine estaba asustada. Stanley parecía ir de mal en peor, distanciándose cada vez más de ella, y nadie parecía capaz de entrar en contacto con él; cada médico que le visitaba desautorizaba al anterior, como si todo aquello fuera una especie de intrincada partida de ajedrez entre médicos. Ella necesitaba un plan de acción, un proyecto de investigación y una terapia a seguir, pero lo único que recibía era confusión. Fuera, los árboles se deshojaban, el invierno avanzaba, la luz desaparecía, el viento se levantaba, y nada se solucionaba. Katherine no dormía bien. Las comidas eran un tormento. No podía hacer ejercicios, ni leer, ni pensar. En su desesperación, telegrafió a Nettie, confiando en que su suegra pudiera ayudarla a comprenderlo mejor, tal vez podría comunicarle una chispa de sabiduría, de simpatía, cualquier cosa. La respuesta fue tajante: HICISTE MALA CAMA STOP Y AHORA TE TOCA YACER EN ELLA.

El último de los médicos, un practicante de melena leonina con pelos blancos en las orejas y en las fosas nasales, fue el único que pudo establecer contacto con Stanley, al menos al principio. El doctor Putnam había sido recomendado por un amigo de Josephine, y aunque era incapaz de distinguir a Charcot de Mesmer, ni a Freud de Bloch, durante sus cuarenta y siete años en la profesión médica se había encontrado prácticamente con todo, incluyendo la demencia en todas sus formas y el enigma de la histeria que llevaba a las mujeres a ahorcarse en las perchas de sus armarios empotrados. Subió las escaleras bastante enérgicamente considerando que

tenía más de setenta años, y antes de que se hubiera quitado el sombrero y los guantes, ya había invitado a Stanley a una partida de damas. Los dos jugaron sin hablar toda la tarde hasta que empezó a anochecer, y al otro día por la mañana, a las ocho, el doctor apareció con dos postes metálicos y unas herraduras bajo el brazo. Durante toda la mañana, los postes sonaron mientras él y Stanley calculaban la distancia, tomando puntería y lanzando las herraduras, y aparte de ese ruido, sólo se oía el murmullo de sus voces cantando los tantos de cada uno.

Al otro día, el viejo doctor no apareció hasta casi las tres de la tarde —había ido a visitar a sus otros pacientes, según explicó, y se retrasó atendiendo la culebrilla de la señora Trussock—, pero Stanley había estado en el jardín toda la mañana, a pesar del viento frío, lanzando herraduras al poste, inflexiblemente, una y otra vez. Jugaron hasta que oscureció, y entonces el doctor, calentándose junto a la chimenea con una taza de té antes de irse a casa donde le esperaba su esposa para cenar, llamó a Katherine para que entrara en el salón. Ella les encontró a los dos frente al fuego, en un par de sillas de respaldos rectos, tan juntos que sus rodillas prácticamente se tocaban.

—Stanley —dijo el médico cuando Katherine se sentó en un sillón frente a ellos—, usted es tan bueno jugando a las damas como el que más, y tiene muy buena puntería con las herraduras. Mi consejo es el siguiente: busque un pasatiempo y dedíquese a él, eso obra milagros en los nervios. Dígame, ¿cuáles son sus pasatiempos favoritos?

Stanley no respondió.

—¿Ninguno? —El viejo ladeó la cabeza, como si esperara una respuesta de la habitación de al lado—. Muy bien —dijo, relamiéndose tras apurar la taza de té mientras le dirigía a Katherine una mirada penetrante—, yo le recetaría clases de alemán y de esgrima. Algo en lo que de veras se puede enfrascar. Hoy por hoy no hay nada más útil que el idioma alemán, y la esgrima, pues eso le dará más disciplina y rigor, y eso es exactamente lo que necesita para dejar de pensar en sus problemas. Problemas de negocios, ¿no era eso? Sí, ya lo suponía. —Dejó la taza en la mesita de centro y se levantó de la silla—. Pasaré para ver cómo está dentro de una semana o dos... y también traeré mi espada... Bueno —dijo, relamiéndose otra vez y echándole un vistazo al salón, como si acabara de curar a todos los leprosos de Calcuta de un plumazo—, ¿qué otra cosa puedo decirle que no sea *auf Wiedersehen*?

En el transcurso de los siguientes días Stanley estuvo muy tranquilo. Dos veces Katherine lo encontró en el patio, mirando pensativamente el improvisado terreno del juego de las herraduras, pero cuando le preguntó si le gustaría que jugara un partido con él, ni siquiera tuvo la cortesía de responder. Poco después, una noche nevada, Stanley colgó todas las herraduras de un clavo en el sótano y nunca más las mencionó. La Navidad llegó y se fue —la temporada favorita de Stanley— y apenas pareció notarlos. No mandó tarjetas, y se desinteresó tanto de los adornos que Katherine y la criada acabaron decorando el árbol, y el intercambio de regalos fue



rutinario, para decirlo con un eufemismo. Pasaron un fin de año tranquilo, encerrados en la casa, casi sin hablarse, mientras los demás bailaban y se visitaban. Stanley estaba ensimismado. Katherine se sentía desgraciada.

A finales de la primera semana de enero fueron a Boston, Katherine para ocuparse de sus investigaciones en el instituto y Stanley para localizar y comprar los floretes que necesitaría para practicar esgrima. Habían desayunado con Josephine, y Stanley no dijo ni una palabra, pero al menos era manejable y, exteriormente, se mostraba tranquilo, y luego pasearon por Commonwealth Avenue, como dos años atrás, cuando eran amantes.

Stanley estaba muy solemne adoptando una especie de fanática rigidez, sacando tanto el pecho que parecía que los botones del abrigo iban a saltar. Ella intentó charlar, más para tranquilizarse a sí misma que por cualquier otro motivo, pero al cabo de un rato se rindió contentándose con el espectáculo de la mañana, la frescura del aire y la suave presión del brazo de su marido en el suyo. El alemán y la esgrima, pensaba. A pesar de lo ridículo que le pareció la idea al principio, había empezado a convencerle; tal vez esas actividades ayudarían a que Stanley se estabilizara, de la misma manera que habían hecho las damas y las herraduras. Tal vez aquel viejo fantasma, ese practicante rural graduado en medicina general, sabía más que los expertos, quizá tenía razón, quizá la tenía. En ese preciso instante, cuando empezaba a creer que las cosas podrían salir bien a pesar de todo, Stanley empezó a arrastrar el pie —el pie derecho— como si hubiera recibido un balazo en el tobillo. Al principio, intentó ignorarlo —era sólo una peculiaridad pasajera, estaba segura—, pero tras haber andado una manzana, con la gente mirando, su zapato raspando rítmicamente el asfalto, la presión cada vez más fuerte en su brazo hasta parecer que todo el peso de su marido se apoyaba en ella, tuvo que decirle algo.

—Stanley, cariño, ¿te encuentras bien? —preguntó, andando más despacio para adaptarse al paso de su esposo—. ¿Estás cansado? ¿Tienes frío? ¿Te gustaría regresar ahora?

Stanley se paró de repente y la miró con sorpresa, como si no supiera de qué modo ella había llegado a estar cogida de su brazo. Empezó a hacer muecas y ella tuvo la extrañísima sensación de que se alejaba de ella, flotando como un globo de helio, de modo que si lo soltaba, aunque sólo fuera un instante, se perdería entre las nubes.

—No puedo —dijo—. Verás, tengo... tengo que encontrar un profesor de alemán. Para eso voy por aquí.

—¿Pero y tu pierna...?

—¿Mi pierna?

—Sí. Estás cojeando. Creí que tenías una piedra en el zapato, o...

Suavemente Stanley se separó de su brazo y la saludó tocándose el ala del sombrero.

—*Auf Wiedersehen* —dijo, y se alejó por la calle andando con aire gacho,

cojeando extrañamente, sin dejar de arrastrar el pie derecho.

Era una repetición de la escena del muelle y ella temía por él —podría pasarle cualquier cosa—, pero sabía lo bastante para comprender que ahora no lo podía detener, a no ser que le pusiera un collar y una correa, y no obstante sopló los rescoldos de la esperanza: *el profesor de alemán*. Claro. ¿Por qué no? Ella siguió sola hasta el MIT y a las dos cogió un taxi hasta el restaurante donde habían quedado para almorzar, pero Stanley no estaba allí. No estaba a las dos, ni a las dos y cuarto, ni a las dos y media. Esperó hasta las tres y luego dejó un mensaje al *maître* y regresó al instituto.

Cuando regresó a casa de su madre ya había oscurecido, y Josephine había salido, así que se sentó con un libro de Wallace y leyó unos pasajes sobre la selección natural entre los mamíferos de Borneo mientras miraba el reloj. Más tarde —a eso de las siete— sonó el timbre en la planta baja y oyó a la criada corriendo por el pasillo para ir a abrir la puerta. Acto seguido, una confusión de voces —la de Stanley, reconoció la de Stanley— y un retumbar de pasos subiendo las escaleras. Ella se levantó de la silla con el corazón tremolante como una sábana agitada por el viento: ¿y ahora qué?

Enseguida Stanley apareció en la puerta del salón, acompañado por un hombrecillo azorado con un abrigo gris y unas gafas de aros dorados. Stanley agarraba al hombre por el brazo, y en su cara ardía una expresión de emoción, de éxtasis, como si hubiera encontrado la clave de la existencia.

—Mi... mi profesor de alemán —anunció.

El hombre al que se sujetaba parecía querer apartarse de él.

—Lo lamento mucho —dijo con un fuerte acento mientras miraba a Katherine—, lamento mucho molestarla de esta manera. —Miró a Stanley, pero Stanley no se enteraba de nada—. Me llamo Schneerman, y enseño en el Deutsche Schule, y, ejem, este caballero, su marido supongo, pues... ha sido muy persuasivo. Le di mi tarjeta. Le dije que mi mujer —y aquí se le quebró la voz— y... y mis hijos me esperaban en casa para cenar, pero es muy insistente.

—Deutsche Schule —repitió Stanley—. *Das Bettchen. Der Tisch. Ich bin gut. Wie geht es Ihnen?*

Katherine se adelantó y trató de separar a su marido del profesor de alemán, el cual se había puesto muy pálido y casi no podía respirar, como si estuviera sufriendo algún ataque. Ella puso una mano en el brazo de Stanley y, tan despreocupadamente como pudo, dijo:

—Deben de estar agotados, los dos. Venga, siéntese, por favor, señor Schneerman.

Stanley estaba sudando; ni se movió, ni soltó al profesor. El profesor de alemán parecía a punto de desmayarse.

—¿Y qué tal si tomamos una taza calentita de té, Stanley? —dijo ella—. Podemos sentarnos aquí con el señor Schneerman y charlar acerca de tus lecciones..., quizá pueda darnos algunos consejos en cuanto a la pronunciación de algunas de las

estructuras más difíciles, la metafonía, la diéresis y tal. ¿Qué te parece, Stanley? ¿Te gustaría? —Se volvió al profesor de alemán—. ¿Y a usted, señor Schneerman?

—*Ja* —dijo el hombrecillo—. *Ja*, seguro. Ahora mismo impartiré la primera lección.

Seguía sin haber ninguna reacción por parte de Stanley. Parecía estar en algún tipo de trance, con los ojos fijos en la lámpara al otro lado del salón, agarrando tan fuertemente el brazo del profesor que Katherine podía adivinar los tendones destacándose como alambres debajo de su piel. De repente, tuvo miedo. Mucho miedo. ¿Qué pasaría si le daba por agredir a aquel pobre hombre? ¿Qué hacer si le daba una de sus rabetas? Entonces se le ocurrió pedirle a Stanley que la ayudara con los muebles, apelando a su sentido de la caballerosidad, siempre al servicio de una dama, pues ése era el centro de gravedad invencible en él, ella lo sabía: la urbanidad, la decencia y la bondad.

—Stanley —dijo—, ¿me puedes ayudar a mover esta mesilla para que podamos acomodar al señor Schneerman más cerca de la chimenea?

Y se inclinó para quitar la lámpara y el tapete de la mesilla, y tras levantarla con algún esfuerzo, se la tendió a él con manos temblorosas.

Los ojos de Stanley se animaron. Con aquella mirada de confusión, como si buscara algo, y entonces soltó automáticamente el brazo del profesor y cogió la mesa que ella le alargaba. Inmediatamente el hombrecillo se separó de su raptor, agachó la cabeza y corrió hacia la puerta mientras Katherine le pisaba los talones.

—Es sólo un momento, Stanley —le dijo volviéndose brevemente—, ya vuelvo.

Alcanzó al señor Schneerman en la puerta de la calle.

—Por favor —rogó, y pensó que iba a llorar—, déjeme explicar. Es mi esposo, él...

El hombrecillo se volvió rápidamente sin dejarla terminar la frase:

—Debería estar encerrado bajo llave. Ese hombre es un peligro público. Voy a poner una denuncia, ¡eso es lo que voy a hacer!

Si en el salón había parecido tímido y acobardado, ahora era muy dueño de sí mismo, gritándole a Katherine, desencadenando todo el miedo y la vergüenza que había sufrido en ráfagas de ira. «¡La gente como ustedes!», gritó, y probablemente hubiera seguido despotricando de no ser por la aparición repentina de Stanley en lo alto de la escalera, aún con la mesilla en sus brazos.

—¿Dónde dijiste que querías que la pusiera, Katherine? —gritó Stanley, y el hombre se acoquinó de nuevo, abrió la puerta violentamente y desapareció en la noche.

Estaba claro que la situación había devenido insostenible. No podía seguir engañándose: Stanley se había convertido en un peligro para sí mismo y para los demás, y necesitaba que le vigilaran a todas horas, tenía que estar vigilado y protegido. Ella no estaba a la altura de las circunstancias, lo sabía, y la farsa de la vida doméstica tenía que acabarse, al menos de momento. Stanley necesitaba ayuda

—ayuda profesional, ayuda institucional— y la necesitaba ya.

Aquella noche consiguió calmarlo pidiéndole que cambiara de sitio todos los muebles del salón, incluso los más pesados, los cuales él desplazaba sin la menor dificultad. Trabajaba con esa atención minuciosa, obsesiva en los detalles, que empleaba en todas las tareas, moviendo una silla un centímetro por aquí, otro por allá, una y otra vez, hasta ponerla en la posición perfecta, pero al cabo de una hora empezó a cansarse, moviéndose como un autómatas, hasta que por fin, a una sugerencia de ella, se sentó al lado del hogar. La criada trajo una cena ligera y Katherine lo metió en la cama. Una hora más tarde, cuando fue a verlo, comprobó que dormía profundamente, cubierto con la manta hasta el mentón, con una cara tan relajada, serena y hermosa que parecía esculpida en mármol.

Cuando su madre regresó a casa, se quedaron en vela, comiendo bizcochos con chocolate caliente y hablando de la situación.

—Oh, a mí me gustaba bastante antes de que cambiara —comentó Josephine con un mohín de lástima mientras mojaba un bizcocho en la taza de chocolate—. A veces sucede esto en los matrimonios..., una vez que te han perdido el respeto. Las cosas que me dijo aquí, en mi propia casa, en fin, sólo espero que nunca tenga que volver a escuchar nada igual durante el resto de mi vida. ¡Quién me iba a decir que me llamarían «vieja estúpida» en mi propia casa... y nada menos que mi propio yerno!

—Está enfermo, madre —dijo Katherine—, muy enfermo. Necesita ayuda.

—No lo dudo. No hay más que ver a su familia. Su hermana. Su madre. Todos ellos están a sólo tres pasos del manicomio, y si él sigue así, te diré que voy a lamentar mucho que te hayas casado con él.

Quedaron en silencio, y exceptuando la crepitación de los carbones en la chimenea y el persistente tictac del reloj, no había ningún otro sonido en la sala. Katherine acunaba la taza en las manos. Evocaba la noche de su boda, los incidentes en el barco y en Maine, pensaba en los doctores Putnam y Trudeau y en la cara aterrorizada de aquel pobre profesor de alemán. Miró a su madre, los cuadros en las paredes, los muebles, las cortinas. Allí estaba, la hija de su madre, sintiéndose segura en aquel ambiente familiar, rodeada por las formas y los colores de la vida que había conocido hasta ahora, pero de alguna manera todo aquello parecía distinto, tan estéril y frío como un paisaje ártico.

—Mami —dijo, recuperando el diminutivo que no había usado desde que era niña—. Mami, le tengo miedo.

---

## LAS TRES EN PUNTO

Al principio, cuando O’Kane vio aquellos cuatro hombres allí, en el callejón que pasaba por detrás del bar de Menhoff, no le pareció nada raro: allí siempre había hombres vagando en las sombras, intercambiando verdades a medias y mentiras totales mientras se pasaban las botellas de matarratas que Cody vendía clandestinamente. Tampoco le sorprendió demasiado descubrir que uno de ellos era el padre de Giovannella, Baldy Dimucci, y otro, su hermano Pietro, el pequeñajo con el que había tenido un rifirrafe hacía una eternidad, frente al garaje de Riven Rock. Ahora Pietro tenía cuarenta y pico años, y seguía siendo tan poca cosa como veinte años atrás: esquelético como un pollo, no era tan moreno como Giovannella, pero tenía el mismo pelo brillante y unos ojos insondables. O’Kane se lo había encontrado al azar muchas veces en los últimos años —por State Street, en el Pueblo Montecito, en el camino de acceso a la casa de los Dimucci cuando llovía y Roscoe acercaba a Giovannella antes de llevarlos a él y a Mart hasta la ciudad—, y aunque no podía decir que el hombre le cayera bien, tampoco había animosidad entre ellos, al menos no que él supiera. Por pura rutina, intercambiaban un saludo —«hola-qué-tal-cómo-estás»— y seguían cada uno por su lado. Pero allí estaba ahora, en el callejón con su padre y otros dos tíos, unos tíos enormes, unos gamberros sudorosos que empuñaban sendos cabos de hachas.

O’Kane había estado bebiendo con el proyccionista del cine Granada, toda una noche bebiendo, y había pasado tanto tiempo desde su pequeño altercado con Giovannella —un año más o menos— que se le había olvidado. Hasta ahora.

—Hola, Baldy —dijo, pero sus pies parecían negarse a continuar, como si temieran pasar por delante de aquella confabulación de espaguetis—. Qué noche más agradable, ¿verdad? —añadió sin mucha convicción.

Baldy era un viejo ahora, con una panza y un flequillo de pelo blanco que se alzaba en la coronilla de su cabeza como una nube de plumas.

—Te has portado muy mal, Eddie —dijo—. Muy mal.

O’Kane hubiera querido negarlo todo, tenía ganas de echarse a reír y bromear y tomarle el pelo al viejo hasta ponerle los pelos de punta, pero estaba borracho y sabía lo que se avecinaba. Lo sabía, pero de algún modo no podía reunir la energía necesaria para evitarlo.

—Le has hecho mucho daño a mi hija, Eddie, y ahora vas a responder ante mí.

Fue entonces cuando los dos gorilas se abalanzaron enarbolando los cabos de hacha y empezaron a cortar al árbol frágil y tambaleante que era Eddie O’Kane. Tras los primeros golpes, cayó al suelo, llevándose las manos a la cabeza, mientras

aquellos dos robles seguían buscando sus costillas, sus rodillas y el coxis. Lo último que recordaba era cómo Pietro lo maldecía y el terso beso mojado de la baba resbalando por su mejilla.

Despertó al final de su primer día en el hospital, oliendo un aroma de comida caliente, oyendo el traqueteo de una carretilla, viendo una salpicadura de luz en el techo mientras el sol se ponía. Había flores en la mesa que estaba a su lado — enviadas, según descubriría más tarde, por Katherine, la mismísima Reina de Hielo— y estaba en un cuarto con dos camas. No tenía mucha curiosidad por averiguar quién ocupaba la otra cama —le dolía demasiado la cabeza—, pero más tarde, cuando amainó el vendaval de enfermeras, descubrió que era un niño, completamente vendado, como el faraón Tutankhamón, y con una pierna escayolada colgando de un gancho instalado encima de la cama. Fue entonces cuando O’Kane empezó a inquietarse por la magnitud de los daños infligidos a su integridad física, y a su pesar pasó una mano —la mano izquierda; la derecha la tenía en cabestrillo— a lo largo de su tórax. Se sentía apretado y ceñido, como si no pudiera llenar los pulmones ni coger una bocanada de aire, y sabía que también estaba todo enyesado, y estaba pensando de una manera remota y flotante en sus costillas —le habían destrozado las costillas—, cuando de pronto estaba corriendo por las calles de la zona norte de Boston, con el bolso de una tía en la mano, perseguido por una multitud, ¿y no era uno de ellos el señor McCormick?

Al otro día por la mañana, cuando despertó, había un médico inclinándose sobre él, o al menos parecía ser un médico, con su bata blanca, una tablilla con sujetapapeles y sonrisa reglamentaria.

—¿Cómo se encuentra?

—Revuelto —consiguió decir Eddie, e intentó levantar la cabeza, pero no pudo—. Como tres huevos en una sartén.

—Pudo haber sido peor. —La sonrisa del doctor era espantosamente serena—. Volverás a caminar..., dentro de tres o seis meses..., pero lo más probable es que sigas cojeando un poco el resto de tu vida. Tienes la rótula derecha hecha añicos y una pequeña fisura en el fémur, justo encima del hueso, además de una fractura compuesta de la tibia, en el hueso de la espinilla. Tienes tres costillas rotas en el costado derecho, otra fisura en la muñeca, también la derecha, y, ah, sí, como seguramente has notado, también tienes el brazo escayolado. Hay una fisura en el cubito, a la altura del codo. —Hizo una pausa—. ¿Recuerdas algo del incidente? Por ejemplo, ¿la identidad de los agresores? La policía quiere saber si puedes facilitarles una descripción.

O’Kane miraba aquella sonrisa permanente y, en reciprocidad, trató de sonreír al médico, aunque fuera con una mueca débil y evanescente.

—No —dijo—. No recuerdo nada.

Al otro día lo empujaron en su cama de ruedas a lo largo de un pasillo hasta la oficina de admisiones: el señor McCormick estaba al teléfono.

—¿Hola? ¿Ed... Eddie? ¿Estás bi... estás OK?

—Por supuesto —dijo O’Kane—. Estaré listo para incorporarme al trabajo dentro de poco.

La voz del señor McCormick sonaba aguda y excitada, atascándose en las consonantes y desgarrando las vocales.

—¡Oja... jalá yo hubiera estado allí contigo!, pa... para luchar, quiero decir. Les habría enseñado lo que vale un peine, tú sabes que yo lo habría...

Sintiéndose sin fuerzas para nada, roto por la mitad, recogiendo su ácida cosecha, O’Kane intentó apaciguarlo..., después de todo, era su trabajo.

—Sé muy bien que usted lo habría hecho. Pero no se preocupe, no se preocupe por nada.

Una pausa. La voz del señor McCormick se estrujó hasta ser casi nada:

—Tú... tú regresarás, Eddie, ¿verdad? ¿Regresarás con... conmi... migo y con Mart?

¿Qué podía decirle? Claro que volvería, volvería como un preso regresa a sus grillos cada vez que intenta levantar un pie del suelo. Le entristecía tener que decirlo, más aún admitirlo, pero el señor McCormick era su vida.

—Sí —dijo—. Volveré.

Al tercer día, apareció Giovannella. En ese momento él estaba descansando, flotando deliciosamente dentro y fuera de la conciencia, mientras la madre del chico de la cama de al lado leía en voz alta un libro de cuentos infantiles con una voz suave, tranquilizadora y melosa: «A Pooh siempre le gustaba comer un poco a las once de la mañana, y se alegró cuando vio al Conejo sacar los platos y los vasos...».

—¿Eddie?

La fluidez del cuento titubeó, apenas una piedrecita en el camino de aquella voz suave y constante, y luego se reanudó: «... Y cuando el Conejo dijo, “¿Te apetece miel o leche condensada con tu pan?”, él estaba tan excitado que dijo: “Las dos”...».

—¿Eddie?

Abrió los ojos. El techo seguía allí, justo donde lo había dejado, y entonces vio el destello de una guedeja rubia sobre los hombros de la madre del niño y, por fin, a Giovannella. Su cara flotaba solícitamente encima de él, con ojos ansiosos, las mechas de pelo tan cercanas que podía oler el champú que ella usaba por las mañanas. Sonrió, una de esas sonrisas para las cuales su madre no tenía calificativo, porque era espontánea y auténtica: ¿cómo iba a culpar a Giovannella? Ella lo había provocado, claro, pero él no tenía derecho a tocarla, eso nunca, y le estaba bien empleada aquella paliza, hacía años que se lo merecía, era una deuda de violencia acumulándose.

—Hablé con mi padre —dijo Giovannella, y él miraba sus ojos y aquellos dedos sin anillos mientras ella se acomodaba los mechones detrás de las orejas. Era enero de

1929 y ella tenía treinta y ocho años, con sus pechos maduros debajo de una blusa blanca y el suéter amarillo, con la cara cada día más redonda y la carne instalándose debajo de su mentón—. Será una boda sencilla, sólo los Dimucci y los Fiocolla y quizá Mart, Pat y Nick, si quieres..., pero por la Iglesia, con un vestido blanco y lluvia de arroz y todo lo demás.

Él no sabía qué decir, pero sintió que algo sediento se despertaba en lo más profundo de su ser, debajo de los cincuenta metros de gasa y esparadrapo escayolados con yeso compacto como la roca, debajo de una carne que era tan tierna que cedía como la de... la de una novia. Mejor dicho, como la de un novio. Iba a casarse con Giovannella, adúltera y bígamamente, iba a legitimar a sus dos hijos supervivientes, Guido, el que tenía los anchos hombros de los O'Kane, y Edwina, la de ojos verdes y una carita dulce de vainilla, y era eso lo que había estado esperando toda la vida: su suerte de las tres en punto. No era el dinero, ni los huertos de naranjas, ni una flotilla de automóviles, sino aquella mujer inclinándose sobre él en un conmovedor momento de gracia, y los niños esperando entre bastidores. Vale. De acuerdo..., estaba listo. Intentó asentir con la cabeza y le salió una mueca de dolor.

Giovannella sonreía radiante, los dientes brillaban fuertes y blancos, los cabellos apenas visibles dibujaban un suave contorno que le enmarcaba el rostro.

—Por supuesto, nos casaremos cuando puedas caminar —dijo, y su voz sonó tan dulce, confiada y anodina como la de la madre de la cama de al lado—. No haremos nada hasta que puedas caminar. ¿Vale, Eddie?

Sintió la suave presión de su mano en la suya.

—Vale —dijo.

La boda se celebró en abril, en un espléndido día azul, en medio de una eclosión de flores, y después de la ceremonia en Nuestra Señora de los Dolores, O'Kane, Giovannella, Guido, Edwina y todos los Dimucci y los Fiocolla y la mitad de los italianos de Santa Bárbara (*italianos*, ya no espaguetis, nunca más espaguetis) entraron en la caravana de automóviles que envió Stanley, y fueron hasta Riven Rock, donde hubo una fiesta, con el señor McCormick mirando desde las altas ventanas enrejadas de su habitación. Hubieran querido tenerlo allí, entre los invitados, pero Kempf se opuso... después del incidente con Katherine, para no hablar de la complicación con la profesional de la noche, de lo cual Kempf nunca llegó a enterarse, gracias a Dios; de nuevo el señor McCormick había quedado excluido del mundo de las mujeres. Exceptuando a la enfermera Gleason, quien lo esquivaba bastante, al menos al principio.

A pesar de todo, fue una fiesta de verdad, con abundante comida preparada por las chicas de la familia Dimucci y por sus madres y tías. Había suficiente comida para que todos los invitados repitieran dos veces y aún sobraba para darle de comer a todos los millonarios con sus caballos de carreras de aspecto famélico, si hubieran



tenido el buen tino de acudir a brindar por la verdadera pareja del año. O’Kane se las apañaba bastante bien con las muletas, y todos dijeron que estaba guapo como un ángel de Dios, y el vestido de satén le sentaba a Giovannella mucho mejor de lo que la chica más a la moda hubiera podido soñar. Al terminar la ceremonia, después de los brindis y los *gnocchi* y las *intercostata di manzo* y las *palombaccia allo spiedo* y el *millefoglie* y la tarta de boda, que era del tamaño del pequeño Guido, Roscoe llevó a O’Kane y a Giovannella a San Luis Obispo donde pasaron una luna de miel de tres días, en un parador de madera pintado de azul y blanco, junto al mar. Después de lo cual, O’Kane, andando bastante bien con las muletas y mejorando a ojos vista del resto de sus magulladuras, regresó a trabajar en Riven Rock.

El señor McCormick se alegró de verlo. Se alegró mucho. Hasta el éxtasis. En cuanto O’Kane apareció en el rellano, al otro lado de la reja, extendiendo las muletas como puntales, el señor McCormick saltó del sofá y acudió a encontrarse con él a toda prisa.

—¡Eddie, Eddie, Eddie! —gritó—, ¡sabía que volverías, lo sabía!

Las llaves giraron en las cerraduras y en los candados, Mart detrás del señor McCormick, y la enfermera Gleason, una presencia al fondo de la sala, frunciendo el ceño.

—Claro que he vuelto —dijo O’Kane y se emocionó, estaba realmente emocionado—. Sólo porque me he casado, ¿pensaba que le iba a abandonar? Marineros somos y en la mar andamos, ¿verdad? Hasta que usted vuelva a ponerse bien.

El señor McCormick no dijo nada. Se quedó cerca de la reja, esperando impaciente mientras O’Kane manipulaba torpemente las llaves, enredándose con las muletas, con agujetas en los brazos por el esfuerzo que representaba hacer dos cosas a la vez; el señor McCormick tenía algo en la mano, una especie de trofeo, de bronce, con una inscripción grabada. Parecía un clarín con dos campanas.

—¿Y eso qué es? —preguntó O’Kane, abriendo la reja mientras Mart vigilaba.

El señor McCormick desplegó una gran sonrisa, con los dientes podridos y la expresión ausente.

—Primer premio en la exposición de orquídeas. Por... por nuestros cimbidios, los cimbidios de Riven Rock. El señor Hull se inscribió en mi nombre, y Kath... Katherine dijo que era todo un éxito. Ella, ella...

Pero eso fue todo. El resto del cuento, lo que fuere, quedó dentro de él y no lo pudo desembuchar. Normalmente O’Kane le habría animado para que se lo contara, a la manera de Kempf, pero acababa de pasar por aquella reja después de tres meses y medio, y la enfermera Gleason lo estaba mirando suspicazmente con aquella cara que lo mismo podía corresponder a Adán que a Eva, y simplemente, no tenía fuerzas para iniciar una conversación. En vez de eso, siguió adelante, pasando junto a su patrón, pesadamente, apoyando casi todo su peso en la pierna derecha, dando pasos intermitentes con las muletas hasta sentarse a la mesa. El señor McCormick ya estaba

en la estantería, haciendo sitio para colocar el trofeo entre los otros ocho premios que había ganado en años anteriores. Se pasó un buen rato en ese tejemaneje, asegurándose de que los trofeos quedaran perfectamente alineados, y al verlo con los hombros encorvados, la cabeza agachada, hablando entre dientes, O’Kane supo que los jueces estaban vigilándolo y criticando su manera de ordenar los premios.

La enfermera Gleason, tras saludar a O’Kane secamente con la cabeza, pasó entre ellos, alardeando de su eficacia, tratando de impresionar mientras arreglaba los cojines en el sofá y doblaba correctamente las páginas del periódico del señor McCormick. Era una mujer ancha de caderas, con cara de pez y bastante avejentada, tan asexual que rayaba en el hermafroditismo. La lógica de Kempf consistía en que así el señor McCormick estaría más predispuesto a aceptarla que a aquella pobre fulana de tal del McLean, la del relicario entre los pechos..., y si no la aceptaba, por lo menos se abstendría de cometer cualquier desafuero sexual. O’Kane había oído decir que era una excelente enfermera y que no le aguantaba majaderías a nadie — había trabajado durante años en el Manicomio Battle Creek, blandiendo cánulas y tubos de enema, antes de trasladarse al Saint Elizabeth’s— y hasta ahora el señor McCormick toleraba su presencia.

Al cabo de unos veinte minutos, durante los cuales nadie dijo nada, el señor McCormick por fin pareció satisfecho con la alineación de sus trofeos y se dirigió a la mesa, tomando asiento frente a O’Kane. O’Kane estaba hojeando una revista, pasando las páginas como si estuvieran en blanco por las dos caras. Levantó la vista y sonrió. El señor McCormick no devolvió la sonrisa. Parecía más tenso de lo habitual y en su cara se reflejó toda una gama de expresiones, como si unos dedos invisibles tiraran de su piel en todas direcciones.

—Tiene muy buen aspecto —dijo O’Kane por decir algo.

—No me encuentro bien.

—¿Algún problema? ¿Me lo quiere contar?

El señor McCormick apartó la mirada.

Entonces la enfermera Gleason metió su cucharada, tenía los ojos muy juntos y la boca fruncida como un pez:

—No ha estado bien últimamente, a causa de los doctores.

O’Kane arqueó las cejas.

—Ya sabe —dijo ella—, el proceso y todo eso. Y no hay que culpar al pobre hombre, pues con tanto vaivén de médicos, no bien sale uno, entra otro, todos pinchándolo y haciéndole pruebas, no ha tenido ni un minuto de paz en las últimas dos semanas.

O’Kane miró a Mart, pero Mart, recogido en sí mismo como un molusco arrojado por el mar en la arena, no tenía nada que añadir.

—Ellos, ellos... —dijo de pronto el señor McCormick, sin dejar de hacer muecas, como si los músculos debajo de su piel no pudieran parar de hacer calistenia—, ellos quieren quitarme Riven Rock, en los tribunales, Kath... Katherine y... y...

—Ah, no, señor McCormick —le regañó la enfermera Gleason, pero sólo brevemente, como un cohete del 4 de Julio chisporroteando en su plataforma de lanzamiento—. No permito que se exprese en esos términos, y es la última vez que se lo repito —le espetó, pero entonces el señor McCormick le dio una patada a la silla, se puso en pie y ella retrocedió hasta quedar fuera de su alcance, con la cara colorada y crepuscular.

A pesar del dolor en la rodilla, O’Kane se levantó también y cogió a su patrón por la muñeca; por un momento ambos se quedaron inmóviles, mirándose a los ojos, y luego el señor McCormick miró aquella mano molesta que le aferraba la muñeca temblorosa. O’Kane lo soltó. El señor McCormick volvió a poner la silla en su sitio, y después de hacer algunos aspavientos, se sentó otra vez.

—Todo está bien —dijo O’Kane, pero estaba claro que no lo estaba.

Un trío de médicos apareció aquella tarde, poco rato después de que el señor McCormick terminara su siesta. O’Kane no se fijó en sus nombres, ni falta que hacía: había uno flaco, otro más bien fornido y otro con la nariz vendada. El doctor Kempf brillaba por su ausencia, precisamente porque aquellos tres médicos estaban examinando al señor McCormick con el fin de apoyar la opinión de Katherine de que el psicoanálisis no sólo no era el tratamiento más indicado para su marido, sino que además le acarreaba consecuencias perjudiciales. En otras ocasiones iban otros facultativos para examinarlo en apoyo de Cyrus y Anita, quienes querían prolongar los servicios de Kempf —«fijaos en los progresos de Stanley, con mujeres en su entorno inmediato, y tan saludable y racional como siempre, o casi»—, manteniendo la ventaja de dos contra una en el consejo de tutores. Pero aquellos tres médicos venían en nombre de Katherine, y se sentaron a esperar solemnemente, en el salón de arriba, a que el señor McCormick saliera de sus aposentos.

«¿Les apetecía alguna cosa?», les preguntó la enfermera Gleason, sospechosamente solícita. ¿Té? ¿Café? ¿Refrescos? A ella le bastaba con apretar un timbre, no era ninguna molestia.

Los facultativos declinaron la invitación.

Cuando Mart condujo al señor McCormick al salón principal, O’Kane pudo ver enseguida que el encuentro no iba a ser propicio. El señor McCormick estaba enfrascado en un debate con sus jueces, y al salir por la puerta seguía haciendo un despliegue de muecas en todas sus variantes.

El doctor Flaco: Buenas tardes, señor McCormick. Soy el doctor Orbison, y éstos son los doctores Barker y Williams. Hemos venido para charlar un poco, si no tiene inconveniente.

Como de costumbre, el señor McCormick no dijo nada, pero su cara era para O’Kane un libro abierto. O’Kane se sentó en el apoyabrazos del sofá, apoyado en una muleta, listo para abalanzarse a la primera señal de alarma.

El doctor Flaco (sentado en una de las tres sillas de tijera allí dispuestas previamente para esta visita, al igual que sus compañeros): Bueno, ¡qué día más

agradable!..., ¿verdad?

Señor McCormick: ¡Soplad, vientos, soplad, y ojalá que estallen vuestros mofletes de tanto soplar!

Los doctores intercambiaron miradas. El de la nariz vendada estiró el cuello para mirar por la ventana, como si quisiera averiguar si el sol seguía brillando en el cielo.

Señor McCormick: Trai... traicionado por sus hijas.

El doctor Vendado: ¿Quién?

Señor McCormick: Lear.

El doctor Fornido: ¿Mirada impúdica?<sup>[25]</sup>

Señor McCormick: Nombre de rey.

El doctor Flaco: ¡Ah, ya entiendo! Claro. Lear. Eso significa que piensa, eh, mucho en Shakespeare... Supongo, señor McCormick, que es un buen lector de Shakespeare.

Señor McCormick (haciendo muecas): Kath... Katheri-ne...

El doctor Flaco: ¿Katherine?

El doctor Vendado: Es su esposa.

El doctor Flaco (confuso, acariciándose el mentón con dos dedos delgados): ¿Lee su esposa a Shakespeare?

El señor McCormick no respondió, y aunque estaba alerta, luchando con sus músculos faciales y tamborileando con los dedos las pirámides gemelas de sus rodillas, apenas contestó al resto del interrogatorio, que iba desde sus conocimientos sobre la guerra del Peloponeso y la Declaración de Independencia hasta los métodos de gestión de los bancos americanos, el mecanismo de la segadora, sus sentimientos hacia el doctor Kempf, las mujeres y los dentistas, pasando por su reconocimiento de diversos famosos, tanto por sus nombres como por su apariencia: Babe Ruth, Al Capone, Calvin Coolidge, Sacco y Vanzetti. Si aquello era un examen —y O’Kane sabía que lo era— entonces al señor McCormick lo habían cateado. Solamente hubo un momento en que llegó a un nivel que se parecía en algo a la coherencia, y fue justo al final de la entrevista, cuando los distinguidos doctores ya habían llenado sus cuadernos de notas y empezaban a lanzarse miradas de reojo uno al otro. El doctor Flaco dijo «Riven Rock» y el señor McCormick se puso en actitud alerta.

El doctor Flaco: ¿Por qué no nos habla de su casa, señor McCormick? De Riven Rock... ¿Cómo llegó a tener este nombre?

Señor McCormick (luz de sol al principio, y después nubarrones aglomerándose): Yo..., bueno..., es por una roca, verás, y yo..., pues, mi madre, ella..., y entonces yo fui y vi aquella roca y era, pues, era...

Se abrió un largo paréntesis, los tres médicos se inclinaron hacia delante, acodados en las rodillas, el día tocaba a su fin, Mart roncaba ligeramente desde el cercano sofá, la enfermera Gleason quitaba el polvo de las plantas silenciosamente, y de pronto el señor McCormick, con una sonrisa triunfal de oreja a oreja, habló:

—¿Y yo qué sé?

O’Kane no daba exactamente la talla como padre de familia. Su experiencia con niños no sólo era limitada, sino lamentable, infinitamente lamentable, y estaba acostumbrado a la paz y la esterilidad de la pensión de la señora Fitzmaurice (la cual habían reconstruido después del terremoto a tal punto que era idéntica a como era antes, o más si cabe). También estaba acostumbrado a los bares clandestinos y a comer en la cafetería de la esquina, o a no comer nada si no quería, y a hacer lo que le daba la gana y cuando le daba la gana. Pero ahora, desde la primavera y a principios de verano, se encontraba viviendo en medio de aceitunas prensadas, ajos masticados y tragando Valpolicella en medio del alboroto doméstico de los Dimucci, en un lugar lleno de niños descalzos gritando, perros, cerdos, pollos e italianos. Baldy había acondicionado una de las dependencias accesorias para Marta y su marido, y en cuanto se mudaron a su propia casa en el centro de la ciudad, en Milpas Street, dejó que el tambaleante O’Kane y su familia se mudaran a esa habitación temporalmente vacía. «Sólo», aclaró el viejo, «hasta que Eddie pueda caminar mejor», y no había rastro de ironía en su voz.

Edwina cumplió nueve años en junio y en octubre Guido cumpliría trece, demasiado viejos para dejarse engañar por cualquier cosa que O’Kane intentara hacer para congraciarse con ellos, aunque aceptaban sin problemas los caramelos, los juguetes, las muñecas y las navajas que se empeñaba en regalarles. No era su padre, no para ellos; su padre era Guido Capolupo, y estaba muerto, como los santos en el cielo. Con Giovannella era distinto. Por ella había hecho el supremo sacrificio, entregándose en cuerpo y alma —amén de cometer bigamia—, y ella acudía cada noche a rendir culto ante su altar. Al principio, cuando aún no podía caminar sin las muletas, ella le bañaba con una esponja en la cama, le daba de comer en la boca para mantenerlo fuerte, enjugando amorosamente con una servilleta cada gota de sopa o de salsa que escapaba resbalando por su mentón. Y cuando empezó a moverse por sí solo, ella se pasaba horas friccionándole los músculos acalambrados o apretando la piel alrededor de la escayola de la pierna, soplando suavemente en los intersticios para aliviarle el picor. Le hacía el amor con la ferocidad de una posesa y no bien habían terminado, todavía sudorosos y jadeantes, volvía a subirse encima de él, a horcajadas, y le pasaba las manos por el pelo una y otra vez.

—Ahora eres mío, Eddie —decía, con los labios hinchados por todo lo que habían hecho—, enteramente mío.

Él no podía decir que perdonara a los Dimucci (no exactamente; no era pacifista y lo mismo le daba despachurrar a Pietro que no hacerlo), pero acabó por aceptar que era de justicia lo que le había pasado y estaba contento, o al menos eso creía. Sin embargo, cuando volvió a trabajar, currando doce horas diarias en Riven Rock, libre del caos de los dominios de los Dimucci y las exigencias incesantes de los niños —«Léeme un cuento», «Arregla esto», «Yo a ti no te gusto, estoy seguro», «Tú no

eres mi padre»— supo que había llegado la hora de seguir adelante. Lo primero era conseguir un coche. Baldy lo había estado llevando a Riven Rock por las mañanas y Roscoe lo llevaba de vuelta por las tardes, y esto estaba muy bien —o no, era intolerable—, así que consultó los anuncios en las páginas de clasificados hasta encontrar un Maxwell de segunda mano, igual que el de Dolores Isringhausen, sólo que más viejo, tenía más de diez años, era más lento y ruidoso, con la chispa vital en su grasiento corazón mecánico casi extinguida. Roscoe le ayudó a echarlo a andar, lo reparó un poco y lo llevó hasta State Street para que comprara unos neumáticos nuevos.

Dos semanas después Giovannella y él encontraron una vivienda en alquiler, en Summerland, al este de Montecito, a poca distancia, yendo en coche, tanto de la casa de los padres de ella como de Riven Rock. Era un bungalow, cuyo techo bajo y acanalado sobresalía cubriendo el porche, con dos palmeras en la fachada, una a cada lado, que parecían astas de bandera. Desde la esquina derecha del porche se podía ver el océano y, lo mejor de todo, había una arboleda de cítricos detrás de la casa, tres árboles de pomelos, dos naranjos y un limonero Meyer que pertenecían al bungalow. Desde la calle, O’Kane tiró seis fotos de la casa —sólo la fachada, sin nadie en las fotos— para enviárselas a su madre.

El día que estrenó la casa, estaba bastante en forma para jugar a marido y mujer con Giovannella durante todo un día y una noche, aprovechando que los niños se habían quedado con los abuelos haciendo su miserable vida. Y estuvieron horas haciendo el amor, con los pelícanos resbalando por el cuadrado de cielo de la ventana del dormitorio, hasta que el murmullo de los rosales regados por el viejo de al lado les invitó a caer en brazos de Morfeo. Baldy les llevó a los niños al otro día por la tarde, y Giovannella preparó *bruschetta* con espaguetis, y las dimensiones de la casa se redujeron volviéndose cada vez más y más ruidosa hasta que O’Kane decidió que tenía que salir a dar un paseo en coche:

—No te preocupes por mí, volveré en un par de horitas. —Y se fue a Riven Rock, un domingo por la tarde, su día libre, para hablar de todo y de nada con Roscoe en el garaje reconstruido.

—¿Qué tal lo ves tú? —dijo Roscoe, agachándose ante el guardabarros del nuevo Pierce Arrow con una gamuza—. Porque según yo lo veo, cada día está más excitado con todo este asunto del proceso, un proceso que según me han dicho ni siquiera tiene fecha de inicio.

—No estoy seguro de que sea un proceso exactamente. No hay ningún jurado, ni nada por el estilo, sólo un juez. Por lo menos eso dice Kempf.

—¿Y cuál es la diferencia? Lo que importa es que el señor McCormick cree que ella quiere quitárselo todo, y por eso está tan nervioso últimamente, igual que hace unos años, cuando lo llevábamos a pasear y pensaba que la mitad de los árboles iban a caer encima del coche. ¿Sabes lo que hizo la otra noche? Vino por aquí con Nick y con Pat, y todavía me estoy preguntando por qué le dejaron salir, y se pasó no sé

cuántas horas arreglando y volviendo a arreglar el asiento trasero del automóvil porque no era lo bastante cómodo... Mira, echa un vistazo, mira lo que ha hecho.

La carrocería destellaba con la luz solar, y allí estaba la obra del señor McCormick: había quitado el asiento trasero y en su lugar había colocado meticulosamente quince o veinte cojines sustraídos de los sofás de la mansión.

—Ella ya lo ha hecho —dijo O’Kane, metiendo la cabeza dentro del coche para examinar de cerca el estropicio—, él simplemente no lo sabe.

—¿Cómo? ¿De qué hablas?

Roscoe escurrió el trapo mojado en un cubo, el sol pintó dos largos rectángulos blancos en el suelo pasando a través de las puertas abiertas.

—Sí, esto es un verdadero desastre —dijo O’Kane sacando la cabeza del coche—, pero no es tan desastroso como la última vez, por lo menos no rajó la tapicería. —Hizo una pausa para pellizcar su sombrero pasando un dedo ensalivado por el pliegue del ala—. Me refiero a Katherine, la señora McCormick. Ella ya lo tiene todo..., lo recibió en 1909, cuando consiguió que lo declararan incapacitado mental.

Roscoe siguió pasando la gamuza por el guardabarros, el paño goteaba agua.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere ahora? Aparte de la cabeza de Kempf en una bandeja, lo que me parece una verdadera lástima, de verdad...

O’Kane se quedó pensando, mirando al atareado Roscoe con su gorrita de chófer y sus grandes orejas escarlatas, ahora casi acostado encima del capó, dándole a la bayeta, con la gloria del pulido acero negro-azul reflejada en su cara.

—A él —dijo al cabo de un rato—. Ella lo quiere a él.

Sacándole brillo a la superficie metálica con movimientos circulares, Roscoe miró a O’Kane volviéndose fugazmente.

—¿A Kempf?

—No, a Kempf no..., a su marido.

—¡Uf! —resopló Roscoe, sin dejar de menear la muñeca, bruñendo el capó—. ¿Y por qué mejor no se compra un perrito faldero?

Los días del año se desgranaron como los minutos en un reloj, el verano transcurrió suave y dócil, y luego el otoño, untado como con margarina, resbaló a través del mar ondulado hasta las blandas islas derretidas. Una tarde lluviosa de jueves, a finales de noviembre, O’Kane se puso una camisa limpia y su mejor traje y acudió al juzgado del condado para testificar en el proceso. El abogado de Katherine —el señor Baker— le obligó a remover los recuerdos candentes de la enfermedad del señor McCormick, con todos sus punzantes detalles. «En su opinión, señor O’Kane, ¿se ha verificado alguna mejoría en el transcurso de sus muchos años de servicio...? Son casi veintidós años, ¿verdad?...», y el interrogatorio seguía con que si el doctor Kempf hizo esto o aquello o lo de más allá. El abogado de los McCormick —el señor Lawler— parecía ampararse en O’Kane, como si éste fuera un suéter calentito en una

noche fría. ¿Acaso no es un hecho, señor O’Kane...? ¿No es así...? ¿Y no es verdad que el señor McCormick ha mejorado mucho como queda evidenciado por su relación con las mujeres..., hasta el punto de que han podido emplear a una enfermera? ¿Y no habían sido los médicos anteriores meros custodios en cuanto al cuidado del señor McCormick se refiere..., o sea, prácticamente unos inútiles?

Ininterrumpidamente, llamaron a dieciocho médicos al estrado, incluyendo al doctor Meyer, al doctor Brush, al doctor Hamilton (ahora con el pelo gris y los ojos dando más vueltas que nunca) y a la mayoría de los loqueros y matasanos que habían pasado por la mansión durante los últimos dieciocho meses, y luego llamaron a declarar al doctor Kempf y al señor Cyrus McCormick, y al señor Harold y a la señora Anita McCormick Blaine, a la enfermera Gleason, a Nick, a Pat y a Mart, y por último, a la Reina de Hielo y a la señora Roessing. O’Kane sólo asistió al juicio dos días, pues su testimonio quedó dividido entre un jueves por la tarde y un viernes por la mañana, y luego se abrió paso entre los periodistas que acechaban en el pasillo del juzgado y regresó a Riven Rock, junto al señor McCormick.

Las vistas duraban ya una semana y media cuando O’Kane llegó a la hacienda una mañana y se encontró una carta esperándolo en la mesa del vestíbulo. Su nombre aparecía escrito a máquina en el sobre —EDWARD JAMES O’KANE, RIVEN ROCK, MONTECITO, CALIFORNIA— y en la esquina izquierda superior, en letras negras a relieve, brotaba el nombre de Jim Isringhausen, encima de la leyenda ISRINGHAUSEN & CLAUSEN, ACCIONES, BONOS DEL ESTADO, BIENES RAÍCES. El señor McCormick aún dormía, pero Nick y Pat estaban desesperados por irse —y como hoy Mart tenía que testificar, sólo estarían la enfermera Gleason y él en la planta alta—, así que metió la carta en un bolsillo y esperó a que los hermanos Thompson se marcharan, y sólo cuando el señor McCormick estuvo despierto, atareado en plegar y desplegar su papel higiénico, sólo entonces abrió el sobre.

Dentro había un talón del Chase Bank de Nueva York. Extendido a su nombre, Edward James O’Kane, por la cantidad de tres mil quinientos dólares. Había una nota adherida al talón con una grapa, y a O’Kane le temblaron las manos mientras la desdoblaba y empezaba a leer:

24 de noviembre de 1929

Estimado Eddie:

Tengo el gusto de adjuntar un talón por la cantidad de \$3500, tu parte en lo recaudado por la venta de nuestra propiedad en Goleta. Los naranjos nunca prosperaron como hubiéramos querido, y hace poco mis socios y yo pudimos vender la propiedad a un contratista de viviendas, con una pequeña ganancia.

Pero, Eddie, quería decirte que esto no es nada comparado con lo que se puede ganar con las acciones y bonos del Estado. No prestes la más mínima atención a esas historias concebidas para asustar a la gente que salen en los periódicos, de hombres tirándose por las ventanas, etc., porque las grandes acciones, las de primera, nunca han sido una compra mejor. American Can, Anaconda Copper, Montgomery Ward, United Carbide y Carbon, Westinghouse E. & M., estas acciones seguramente estarán por las nubes en la próxima oleada de compras, y puedes creerme, el Gran Mercado Alcista aún no ha muerto, en absoluto.

Para facilitar tu contestación adjuntamos un sobre con mi dirección y un sello. Simplemente introduce el talón dentro y mándamelo a vuelta de correo, y te garantizo que triplicaré tus ganancias de \$500 dentro de seis meses, o dejo de llamarme



A O’Kane le tomó un momento recuperar el aliento. Casado y padre de familia, con un bungalow y un coche, y ahora esto, la suerte de las tres en punto del risueño Eddie O’Kane había llegado para quedarse con él para siempre. Imaginaba la cara que pondría Giovannella cuando viera aquel talón —*tres mil quinientos dólares*, y quinientos de ganancia neta, sin haber hecho otra cosa que cruzarse de brazos y esperar. ¿Y cuánto le correspondería a Mart por los cien dólares que había invertido? Algo así como... ¿diecisiete dólares? Por supuesto, podía dárselos de su propio bolsillo, a no ser que..., bueno, pues a no ser que los invirtiera de nuevo por él, sin decirle nada a nadie. Nadie sabía de la existencia de aquel talón y allí estaba el sobre para sellarlo y enviarlo a vuelta de correo, para ganarse otros mil dólares antes de junio. Era pan comido. ¿Acaso Jim Isringhausen no le había aconsejado bien la primera vez?

En ese momento, mientras O’Kane se veía como un futuro sabio de Wall Street, con la carta todavía abierta entre las trémulas manos, el señor McCormick salió del baño y entró resueltamente en el salón, tan desnudo como en el día en que lo trajeron al mundo. Pero no estaba simplemente desnudo, sino desnudo y empalmado, y avanzando hacia la enfermera Gleason, quien a pesar de su rigurosa asexualidad era, al menos técnicamente, una mujer. O’Kane había estado esperando algo parecido desde que ella empezó a trabajar allí, y aunque era dura, la enfermera Gleason, muy dura, dudaba que pudiera igualarse al señor McCormick como rival, de modo que enseguida guardó la carta y el talón en un bolsillo, y se levantó para intervenir.

—Señor McCormick —le llamó para distraerlo—, ha olvidado ponerse la ropa.

Hacía tiempo que O’Kane se había recuperado de sus heridas, pero la rodilla derecha aún seguía siendo un poco traicionera y recalcitrante, y cojeaba bastante, tal como el ortopédico le había pronosticado, arrastrando un poco el pie derecho. Le dolía cuando llovía, y a veces también cuando no llovía, y cada vez le resultaba más arduo mantenerse al lado del señor McCormick cuando sus paseos matinales se transformaban en carreras desenfrenadas. A pesar de todo, gracias a que era un ex atleta de cuarenta y seis años, estaba razonablemente en buena forma, así que pudo interceptar al señor McCormick justo cuando éste, alargando al máximo los brazos, acababa de atrapar a la enfermera Gleason aplastándola contra la ventana enrejada que daba al sofá. O’Kane lo cogió por la espalda y le aplicó una llave de judo inmovilizándole la cabeza mientras la enfermera Gleason ahuyentaba aquel erecto miembro rojo, como si fuera algo capaz de pensar, con vida propia, atributos que al parecer sí tenía.

Enseguida el señor McCormick se sacudió con frenesí arrastrando a O’Kane ferozmente por el salón, en un baile irlandés a cuatro piernas, con los muebles volando a diestro y siniestro, mientras Stanley soltaba profundos bufidos y relinchos.

—¡No, no y no! —gritaba, repitiendo su muletilla favorita, mientras intentaba

quitarse a O’Kane de la espalda, tratando de morderle el antebrazo.

Durante dos o tres minutos siguieron dando vueltas y resoplando, los dos, O’Kane soltando entrecortados gritos llamándole al orden y reprochándole su conducta, mientras la enfermera Gleason saltaba alrededor de ellos hasta que ambos se desplomaron en el sofá, O’Kane sin aflojar la llave y la erección del señor McCormick siempre en alza. Entonces la enfermera Gleason se acercó, su cara era un bloque de granito flotando encima de los dos, y ejecutó un viejo truco de enfermeras, un fuerte pellizco reiterado con el pulgar y el índice que hizo decaer la erección del señor McCormick, marchitándola como una flor mustia por falta de agua.

Nadie resultó herido, ningún mueble sufrió roturas irreparables, y sólo cuando el señor McCormick, ya relajado y avergonzado, prometió portarse bien, O’Kane lo soltó. Y eso fue todo. Bajando la cabeza y murmurando una disculpa, el señor McCormick entró cojeando en el dormitorio, arrastrando el pie derecho, y O’Kane se levantó y le siguió para ayudarlo a vestirse.

Nadie dijo nada sobre el incidente, y el señor McCormick hizo los debidos honores al desayuno que Giovannella les hizo llegar, pero algo le inquietaba, era evidente. Seguía repitiendo algo entre dientes, algo sobre el doctor Kempf, pero no quiso responder cuando O’Kane le preguntó qué era, y después de desayunar empezó a dar vueltas por la habitación, meneando la cabeza y agitando los brazos como si estuviera tratando de quitarse una camiseta invisible por la cabeza. Así siguió durante una hora aproximadamente, y luego fue a sentarse al lado de O’Kane en el sofá, con un flujo de emociones recorriéndole la cara.

—Ed... Eddie —dijo—. Yo quie... quiero, porque me están quitando Riven Rock y el doctor... el doctor Kempf también, yo... —Y aquí se cortó, miró a O’Kane a los ojos y bajó la voz—, Eddie —dijo ahora sin tartamudear—, quiero irme de aquí. Déjame salir. Abre la reja. Por favor. Usa tus llaves.

O’Kane había estado releendo la carta de Jim, electrizado por la promesa que contenía —por supuesto que el mercado crecería, claro que sí— y acababa de meter el talón dentro del sobre cuando su patrón dejó de dar vueltas para sentarse a su lado. Eran dos millonarios sentados uno al lado del otro, o un millonario y un millonario en potencia, porque con Jim Isringhausen, el límite era el cielo.

—Usted sabe que yo no puedo hacer eso, señor McCormick —dijo O’Kane.

—Pe... pero el doctor Kempf no, no está aquí, quiero decir... hoy. Por... porque...

—Porque está de vacaciones. Ya se le explicó la semana pasada. ¿No se acuerda?

De hecho, Kempf estaba ocupado con el proceso, defendiéndose a sí mismo y a Freud ante una sala repleta de abogados, periodistas y los McCormick, pero el señor McCormick, bajo órdenes estrictas, no debería saber nada de eso. Cada mañana Nick leía los periódicos con un par de tijeras y cortaba cualquier referencia a lo que estaba pasando en el juzgado de la ciudad.

—No..., no digas chorradas, Eddie. No estoy loco y tam... tampoco soy un

mentecato. Sé lo que... lo que está sucediendo. Déjame salir. Para dar un paseo en co... coche, quiero decir, sólo un paseo en coche. Me siento... siento ansioso, Eddie, y tú sabes cómo me tranquilizan los paseos en coche. Por favor.

Y aquí fue donde O’Kane perdió la chaveta. Como no estaban todos los empleados, un paseo sólo incluiría a Roscoe delante, y a la enfermera Gleason atrás, junto con él y el señor McCormick, y aún así era arriesgado, sobre todo teniendo en cuenta el jaleo que había armado el señor McCormick por la mañana. Pero estaría bien salir un poco, ver el cielo arenoso, grisáceo, cargado de nubes preñadas de lluvia —más lluvia, suponía— y también podrían parar para comprar unos bocadillos y quizá algún refresco y, ya de paso, para hacer que sus tres mil quinientos dólares llegaran cuanto antes a su destino, precipitando su futuro, pues podría echar la carta furtivamente en algún buzón, porque si algo estaba claro era que aquel talón no hacía nada en su bolsillo. Kempf no estaba en la mansión. Mart tampoco. La Reina de Hielo ni siquiera andaba cerca.

O’Kane le sonrió radiante a su patrón:

—Vale, de acuerdo —dijo—. ¿Por qué no? Vamos a dar un paseo.

Llovía cuando salieron por la verja de la finca, las montañas eran sólo un rumor en un cielo tan bajo que empezaba en la copa de los árboles, todo brillaba heroicamente mientras la carretera se alargaba como una lengua negra y mojada, lamiendo la siguiente carretera y la otra de más allá. El señor McCormick, apretando los labios y con los ojos brillantes, iba sentado entre O’Kane y la enfermera Gleason, con un impermeable amarillo, encapuchado. La enfermera Gleason no dijo nada —no le gustaba aquello, en absoluto—, pero a Roscoe le daba igual, era lo mismo de siempre. Y entonces apretó la lluvia, unos perdigones gordos reventando en el capó y resbalando hacia atrás por las ventanillas como las lágrimas de Dios, como decía la madre de O’Kane, según la cual, cuando llovía, era que estaban llorando los ángeles.

Compraron unos refrescos y unos bocadillos en una tienda del centro de la ciudad. Mientras Roscoe hacía las compras, O’Kane y la enfermera Gleason se quedaron rígidamente en el coche, a ambos lados de su patrón, y qué diablos, pensaba O’Kane, es mejor sacarlo a pasear que tenerlo allí enjaulado en aquel salón todo el día, sobre todo sintiéndose como se sentía, tan agitado e inquieto; y Kempf era un necio si creía que el señor McCormick no sabía exactamente lo que estaba sucediendo. Comieron en el coche, entre las ventanillas empañadas por el vaho de la humedad, y el señor McCormick dio cuenta de dos bocadillos de atún y una gaseosa de jengibre, mientras O’Kane desenvolvía su emparedado —de rosbif con salsa de rábano picante— con el máximo aspaviento, haciendo el mayor ruido posible con el papel encerado, para ocultar el hecho de que estaba mezclando subrepticamente su gaseosa de jengibre con una buena dosis de la botella que Roscoe había hecho el favor de comprarle.

El almuerzo pareció mejorar el humor de todos, y se dirigieron al este del pueblo, hacia Ojai, y después dieron la vuelta por la avenida litoral. Ya había empezado a

escampar cuando de pronto la lluvia arreció otra vez para luego convertirse en una llovizna atomizada.

—Va... vamos a ir por el Bilt... Biltmore —dijo el señor McCormick—, dobla a la izquierda aquí, Roscoe. —Y Roscoe obedeció, porque el señor McCormick era el jefe. En cierto sentido.

El Biltmore estaba en Channel Drive, cerca de Olive Mill Street, y lo habían construido hacía dos años para solaz de los empresarios itinerantes después de la incineración del Potter y la destrucción del Hotel New Arlington durante el terremoto. Era el hotel de moda, ciento setenta y cinco habitaciones de lujo, sala de baile, restaurante, pistas de tenis y todo lo demás, y en primera línea de playa, por si apetecía bañarse en el océano o pasarse un rato sin nada que hacer en la orilla de arena blanca como azúcar en polvo. Por supuesto, el señor McCormick nunca había entrado allí, ni siquiera había puesto un pie en los jardines, pero a menudo pedía pasar lentamente por delante del hotel, para mirar a los que entraban y salían, incluyendo a las mujeres, especialmente a las mujeres. Lo cual no estaba mal, siempre que no intentara bajarse del coche, pero aquel día en particular se encontraron con el paso a nivel cerrado, porque estaba a punto de pasar el tren que iba al sur, a Los Ángeles, y habían bajado la barrera. La lluvia formó una neblina alrededor, los árboles, las plantas carnosas y los exóticos arbustos de hojas puntiagudas brillaban bajo las gotas. Había ocho coches haciendo cola delante de ellos. El tren pasó chirriando y vibrando, con las bielas gimiendo, y esa ilusión de las ruedas enlentecidas, girando al revés, atrapadas y suspendidas en el tiempo.

Fue entonces cuando O’Kane vio el buzón, allí mismo, al otro lado de la calle, a menos de veinte pasos.

—Sólo tardaré un minuto —dijo, buscando el sobre en el bolsillo mientras bajaba a la calle brillante que olía con la tenaz fetidez de los botones de eucalipto mojados y aplastados en el asfalto.

Cruzó la calle, introdujo el sobre en el buzón y ya había dado media vuelta para regresar corriendo al coche cuando vio el perro. Era marrón claro con una estrella blanca en el pecho. Empapado y trémulo, levantaba el negro y brillante carbunclo de su hocico hacia el resquicio de la ventanilla, por donde salía la mano del señor McCormick con las sobras de atún y de pan destinadas a la boca ansiosa y rosada del perro. Y eso estaba bien, no era ningún problema, no había ninguna prisa, incluso el trueno del tren pasando inspiraba a la reflexión en una tarde de cielo nublado, fuera de la jaula que era Riven Rock, lo cual hacía que a veces uno se preguntara quién era realmente el prisionero y quién el carcelero.

¿Cómo no? Pero entonces O’Kane vio cómo el perro se apartaba retrocediendo mientras la portezuela se abría violentamente y el zapato izquierdo del señor McCormick aparecía posándose en el asfalto, y luego el otro, y después sus pantalones con pliegues, y ahora la puerta estaba completamente abierta y el señor McCormick medio-dentro y medio-fuera, revolviéndose a puñetazos contra una

sombra, un bulto que se agarraba a él desesperadamente: la silueta de la enfermera Gleason. O’Kane echó a correr hacia el coche, pero era demasiado tarde, el señor McCormick ya estaba en la calle, el sombrero por el suelo como una cosa muerta, la expresión salvaje y el impermeable ya ondeando detrás de él. Se había fugado, corriendo con el trote espasmódico y zigzagueante que O’Kane conocía tan bien, los codos como émbolos, la cabeza bamboleándose entre sus hombros como si fuera una cosa añadida, pero ¿qué perseguía...?, ¿al perro? Sí, al perro, que huía de él corriendo en dirección al tren, las ruedas brillantes del tren girando vertiginosamente hacia atrás en medio de un estrépito manufacturado, y «Ven aquí, perrito, ven aquí, perrito, vamos, venga».

O’Kane hizo el máximo esfuerzo, no había tiempo para pensar en el peligro ni en las consecuencias, y se concentró únicamente en la silueta loca y retorcida que iba dando zancadas, esa espalda detrás de la cual se había pasado la mayor parte de su vida corriendo, la forma con la que estaba casado, a la que estaba acostumbrado, totalmente soldado, pero su rodilla no quiso cooperar. El señor McCormick corría a toda leche, agachándose y zigzagueando en su intento de coger al perro, y ahora había dejado atrás la fila de coches, las cabezas se asomaban por las ventanillas para verlo —un hombre con un puro, una mujer con un sombrero— hasta que llegó a la barrera... y entonces, sin detenerse, en una simple compresión del espinazo que duró una diástole y media, pasó por debajo.

Era casi inevitable que el perro muriera. Una flecha marrón disparándose entre las ruedas que chirriaban, los vagones tambaleándose, el tren más lento del mundo, y aquél fue el último momento del perro en este mundo, no se oyó ningún sonido excepto el chirrido de las ruedas, y cuando O’Kane alcanzó al señor McCormick, tenía una larga raya de sangre pintada verticalmente en la frente, una raja roja que pasaba entre sus ojos acongojados hasta llegar al cinturón amarillo del impermeable.

—Eddie —dijo, pero apartó el brazo violentamente cuando Eddie trató de agarrarlo, y el tren seguía pasando por allí, tan estruendoso como el mismísimo fin del universo—, Eddie, quiero morir —dijo—. Eddie, déjame morir.

O’Kane recordaría ese momento el resto de su vida, la vida que pasaría respirando el aire y comiendo la comida y compartiendo el sofá con el señor Stanley Robert McCormick, una vida en la que no tenía ni un ápice de elección, porque no permitió que el señor McCormick muriera debajo de aquellas ruedas que vibraban ruidosamente, ya ensangrentado, ya liberado, sino que lo sujetó con fuerza por los brazos y lo estrechó en un abrazo tan feroz que ninguna fuerza en el mundo podía aspirar a romper.

---

## ENTRA CONMIGO, JACK

Rígidamente sentada en uno de los bancos de respaldo alto del juzgado del condado de Santa Bárbara, Katherine McCormick estudiaba los murales pintados en las paredes con una concentración tan vehemente que todo desapareció a su alrededor. Estaba impecablemente vestida, con una expresión neutral en el rostro, y el cabello recogido con alfileres debajo del sombrero. Su madre, con talante dulce y decidido, estaba sentada protectoramente a su lado, y Jane al otro. Sobre todo, se decía para sus adentros, no debía dejar traslucir ninguna emoción. Aquellos tipejos eran como perros de caza, toda una jauría aullando, el mundo de los hombres desfilando contra ella una vez más: los periodistas gritones dándose empellones groseramente, aquel juez tan paleta de acento gangoso, los McCormick y sus matones contratados y hasta Bentley, su viejo adversario, acechando entre bastidores con una sonrisa burlona. Pero esta vez ella tenía a Newton Baker de su parte, y dudaba mucho que hubiera otro hombre en todos los Estados Unidos con más prestancia en un juzgado o con una reputación mayor, exceptuando al mismísimo Clarence Darrow. Por eso no perdería aquella batalla.

Así que estudiaba los murales como si estuviera en el Prado o en el Rijksmuseum, y trató de controlar la respiración y las salvajes palpitations de su corazón. El juzgado era de reciente construcción, en reemplazo de la vieja estructura que se había derrumbado con el terremoto, y era un edificio grande y alto, imitando el estilo hispanoárabe, con azulejos pintados a mano importados de Argelia, un kilómetro de hierros forjados, una oleada de arcos y amplios peldaños de piedra y una atalaya blanca que habría hecho que el mismísimo Don Quijote se sintiera como en casa. Los murales eran obra de un escenógrafo holandés normalmente contratado por Cecil B. DeMille, y no había la menor posibilidad de confundir a su autor con una reencarnación de Rembrandt. El mural que Katherine estaba examinando en ese momento reproducía un grupo de nobles salvajes con su perro, pasmados ante un puñado de españoles empuñando alabardas que se acercaban a ellos procedentes del galeón que se podía ver como a través de una neblina en lontananza. En la leyenda debajo del mural se leía: «1542. Cincuenta años después de Colón, Juan Rodríguez Cabrillo desembarcó en Las Canoas con la bandera de España».

Bueno, al menos era una distracción. Y ella necesitaba una distracción, porque Oscar Lawler, el abogado de los McCormick, ayudado por sus tres asistentes y los recursos de dos bufetes de abogados de Los Ángeles, estaba liando a un médico inculco, equivocado y muy pagado de sí mismo para que hablara de los peligros del tratamiento endocrino.

—Y lo que es más, en general —decía el doctor monótonamente—, ahora se admite que los casos de catatonía inactiva no dependen de la insuficiencia de las glándulas tiroides, pituitarias ni gónadas... En algunos casos, la administración de sustancias tiroideas ha traído como consecuencia una exacerbación de los síntomas y realmente se ha desarrollado un agudo frenesí.

Y bla, bla, bla. ¿Por qué no se ponía en pie Newt para protestar? ¿Por qué no pegaba un puñetazo en la mesa para poner fin a esta farsa interminable? ¿Cuándo llegaría el turno de interrogar al testigo de la parte contraria?

Después del almuerzo, al parecer. El médico, un memorión que repitió todo lo que los McCormick le habían embutido en la cabeza, regresó a la sala de justicia con una mancha de mostaza en el cuello de la camisa, y Newton Baker se puso de pie y empezó a interrogarlo severamente.

—¿No es verdad, doctor Orbison —preguntó Newt—, que es un ejercicio completamente inútil esperar que un hombre con la enfermedad del señor McCormick se cure únicamente por medio del psicoanálisis? ¿Más aún si, como algunos de sus distinguidos compañeros de trabajo han afirmado en esta sala, el señor McCormick padece obviamente de una disfunción de la pituitaria, de modo que la administración de extractos de glándula tiroidea podría resultar enormemente beneficiosa, incluso quizá podría ser su cura definitiva?

El doctor Orbison, con la mancha de mostaza en evidencia, lo negó. Él creía que el paciente había mejorado notablemente bajo el régimen del doctor Kempf y reiteró que la administración de extractos de glándulas era peligrosa, y una irresponsabilidad en un caso como el del señor McCormick.

—¿Pero no es el caso, doctor, que el «tratamiento» del doctor Kempf consiste solamente en contarle historias perversas a su paciente dos horas al día, y todo a cubierto de la autoridad médica, la cual lo hace tanto más perjudicial, por no decir reprensible, y que ese «tratamiento» ha tenido el efecto de despertar en el señor McCormick una antipatía hacia las mujeres... y en particular hacia su esposa?

El señor Lawler protestó. El señor Baker estaba insinuándole la respuesta al testigo. El juez Dehy admitió la protesta y la pregunta se suprimió de la transcripción, pero no sin que antes el médico la negara.

—Muy bien, señor —dijo Newt solemnemente y con una indignación apenas reprimida—, entonces niégume esto: ¿no es cierto que el señor McCormick está loco de remate y que el tratamiento de su médico de cabecera no es nada más que una sarta de jerigonzas y mistificaciones?

Katherine dio un respingo, y todos en la sala la vieron, los presumidos McCormick, los periodistas que escribían enloquecidamente, los tres ayudantes del señor Lawler y los espectadores y los curiosos de caras pálidas que sólo deseaban oír los detalles más degradantes de la vida privada de ella y de su marido: Newt se había pasado. Sí, ella sabía que intentaba exponer un argumento, intentaba sugerir que el psicoanálisis tenía sus límites en casos como el de Stanley, ¿pero loco de remate? ¿Él

no creería eso, verdad? El médico, el hombre de paja de los McCormick, igual hubiera creído que el sol giraba alrededor de la tierra y que Dios y sus ángeles habían establecido un campamento de verano en Plutón, pero negó que su marido estuviera loco de remate, y por un minuto ella olvidó de qué lado estaba.

Hubo más de lo mismo al otro día, y el siguiente, y el tercer día, médicos y más médicos, médicos para Lawler y los McCormick, médicos para ella y Newton Baker, y ninguno tenía nada que decir que no hubiera podido escribirse en una tarjeta postal. Y luego Katherine tuvo que soportar el testimonio de los enfermeros: Edward James O’Kane, tan guapo como el pecado aun en su decadencia, subiendo al estrado para decir que sí, que el doctor Kempf había hecho maravillas, ¿y qué forma era aquélla de mostrar su gratitud? Y lo peor de todo: Lawler llamó a ciertos testigos para poner en tela de juicio su carácter, como si ella fuera totalmente incapaz de tener la tutela de su propio marido. Ella era una radical, una feminista, una militante de la Liga Americana del Control de Natalidad, y cosas aún peores que sólo podían insinuar, porque no se atrevían a decirlas abiertamente, y tuvo que hacer de tripas corazón para quedarse en el banco tapizado de cuero y escuchar como cubrían de obscenas calumnias a Jane Roessing, cuando no había un solo hombre ni una mujer en toda la sala de justicia dignos de lavarle a ella los pies...

Sí. Y entonces la llamaron a ella, a Katherine Dexter McCormick, y subió al estrado.

¿Juraba decir la verdad, toda la verdad, y etcétera?

Lo juraba.

Y paseó su mirada serena por la sala, pasando por las caras indecisas de Kempf, de Cyrus, de Harold y de Anita, contemplando la muchedumbre que parloteaba, formada por periodistas y chismosos; miró a los abogados y a los peritos agrupados en los rincones, separados como equipos sin uniformes, y por último, miró a su madre y a Jane, ahora sentadas juntas, más cercanas, ocupando el espacio que ella había desocupado. Les dedicó una sonrisa breve y tajante, y luego le sostuvo la mirada a Newt Baker. *Ahora*, pensó, *ahora* todos escucharían la verdad, ahora se enterarían de cómo una familia avariciosa y vengativa intentó desde el principio aislarla y excluirla con el único propósito de separarla de su marido y preservar la fortuna de los McCormick a toda costa, ahora sabrían que Kempf era simplemente el último de una larga serie de curanderos y charlatanes contratados para apartarla no sólo del cuidado de su marido, sino de sus aposentos, de su casa y privándole de su presencia. ¿Y quién había salido perdiendo en todo eso? Ella. Y Stanley, nunca olvidaba a Stanley, privado de su apoyo moral y de su presencia física durante todos estos años crueles e inexorables que giraban en espiral hacia el caos. Oh, sí, ella tenía una historia que contar.

Newt Baker la guio a través de esa historia paso por paso, en la medida de lo posible, pero por supuesto las buenas intenciones allí no eran admisibles salvo por inferencia, y cada vez que empezaba a contar toda la verdad y nada más que la



verdad, Oscar Lawler pegaba un brinco cual resorte, como un muñeco saliendo de una caja de sorpresas, para protestar. A pesar de todo, Newt consiguió guiarla para que pudiera ventilar totalmente la cuestión central que se debatía allí: la capacidad profesional de Kempf.

—¿Cuándo empezó a sospechar de la eficacia, o de la ineficacia, de los métodos del doctor Kempf, señora McCormick? —le preguntó Newt en su voz más suave, como una brisa flotante.

—Cuando me informó, muy en serio, que los dientes de mi marido, que están en un estado deplorable, se curarían milagrosamente de resultados del psicoanálisis freudiano.

—¿Sus dientes?

—Sí, verás, mi marido le tiene un miedo irracional a los dentistas, porque el día de su ataque de nervios, es decir, de su crisis definitiva, hubo un dentista implicado. Y estamos ante un caso evidente en el cual el paciente influye al médico, como si las palabras bastaran para corregir un problema físico, un mal que está en nuestras manos reparar, pues existen los medios de la cirugía dental. Es una cuestión de dientes podridos, no de manipulación mental.

Newt miró al juez un momento, entonces se apoyó en el estrado acercándose más a ella. Su pelo era ahora plateado, sin ningún rastro del color que ella recordaba de los años de la guerra, y se conservaba a fuerza de unos cuidados excesivos que sugerían cierta fragilidad, el primer susurro ineluctable de la vejez —aunque no podía tener más de sesenta años.

—¿Y fue entonces —dijo— cuando empezó a sospechar que el tratamiento del doctor Kempf, aunque lo hemos escuchado pavonearse irresponsablemente aquí, en esta sala de justicia, fue entonces cuando sospechó que esa terapia podría ser algo así como un método de autosugestión mental o algo parecido a las curas espirituales de la Ciencia Cristiana?<sup>[26]</sup>

—En efecto —dijo Katherine endureciéndose, buscando los ojos de Kempf, y luego le dirigió una mirada al juez como para estar segura de que estaba escuchando, y de nuevo se volvió a Newt, quien esperaba allí como un receptor agachado detrás de la meta en el estadio de béisbol de Fenway Park, como si ella fuera la lanzadora preparándose para lanzar la pelota—. Le dije que eso era absurdo, anticientífico e ineficaz, y que existían tratamientos físicos para tratar problemas físicos como el de mi marido: la administración de glándula tiroidea, por ejemplo. Entonces él me dio una larga explicación de su nueva teoría, a la cual ha contribuido con una monografía que se titula «El sistema autonómico» o algo así. Él se cree que es alguien muy importante en este campo, y me explicó que esta nueva teoría suya estaba siendo gradualmente aceptada y que influiría ampliamente en el psicoanálisis. Pero nada de eso, ya sea terapéutico o simplemente perjudicial y enajenador, puede curar una enfermedad física.

—¿Y el doctor Kempf insistió en aplicarle esa «teoría» a su marido, a pesar del

hecho de que médicos tan notables como el doctor R. G. Hoskins, de Harvard, diagnosticaron que su marido era un caso «indudablemente endocrinopático», si no me equivoco en el término?

—Sí.

Newt se dedicó un momento a caminar de un extremo al otro del estrado. Había llegado su momento y parecía hincharse para ponerse a la altura de las circunstancias.

—¿Y fue entonces cuando el doctor Kempf, que a pesar de sus protestas fue contratado por los otros dos tutores de su marido, Cyrus y Anita McCormick, por la asombrosa cantidad de diez mil dólares al mes, se opuso a usted y la desterró de la casa de su esposo?

El señor Lawler se levantó para protestar. El juez Dehy, que parecía estar durmiendo o en un estado de animación suspendida, armó un aspaviento al moverse en su silla antes de murmurar:

—Protesta denegada.

Katherine se volvió hacia el juez, con todo el dolor apuñalando sus ojos, el crimen, el abuso, la indecencia y la injusticia. Sintió cómo le temblaba la voz.

—Sí —dijo—, sí. Así. Así ocurrió exactamente.

Entonces le tocó el turno a Lawler, y no pudo hacerla vacilar, aunque para él no había ninguna acusación demasiado escandalosa ni irresponsable, ninguna herida demasiado abierta que no pudiera refregar, y fue a por ella con todo lo que tenía en su arsenal de mercenario. Cuestionó su aptitud como tutora, sus conocimientos científicos, su compromiso con las causas «radicales», su amistad con la señora Roessing, pero nada, nada pudo amilanarla. Y así se pasó toda la tarde y la mañana siguiente, respondiendo: «Sí, señor Lawler» y «No, señor Lawler».

—¿Acaso no es evidente que su marido ha mejorado de manera impresionante, y que ello se debe al trabajo del doctor Kempf?

No, insistía ella, no era así. Su marido simplemente se había tranquilizado un poco debido a la edad.

—¿Pero no es cierto que usted quiere su dinero para donarlo a sus causas radicales y al movimiento impío que lidera la señora Margaret Sanger para prevenir la concepción natural?

No, ella no quería su dinero. Solamente quería controlar el cuidado de su marido viendo el desastre en que los McCormick lo habían transformado. Ella amaba a su marido. Quería verlo mejorar.

Y entonces, a las once de la mañana, y con Juan Rodríguez Cabrillo y sus indios y su perro adulón, todos iluminados por el fulgor del sol que se filtraba por las ventanas, Oscar Lawler apoyó los brazos en la barandilla del estrado y la fulminó con sus ojos odiosos de color hígado. Había caspa en los hombros de su traje marrón, caspa en sus cejas; tenía las uñas completamente mordisqueadas. Estaba tan cerca de ella que podía olerlo.

—Entonces usted *no* cree —dijo irónicamente—, en contradicción con su propio

abogado y su largo desfile de «peritos», que su marido esté loco de remate. ¿Es correcto?

—Sí, así es —dijo ella apenas en un susurro—, no lo creo.

Pero Newton Baker se levantó para protestar o pedir un descanso, o salir corriendo al exterior y subirse al mástil y aullar al cielo, pero en realidad ella ya no estaba allí, ya no. La frase que Lawler había usado —la frase que Newt había usado, sólo para exponer su argumentación— volvió a ella una y otra vez, golpeándola como un marejada encrespada, *loco de remate, loco de remate*, y Katherine se dejó llevar por los recuerdos y ya no estaba en la sala de justicia mirando a aquel roedor que chillaba embutido en su traje marrón de picapleitos con sus lustrosos zapatos de abogaducho..., no, ahora estaba en Boston, hacía veintitrés años, y era la mañana del día que Stanley salió de su órbita para siempre.

La noche había transcurrido en la espesa urdimbre de lo conocido y lo acostumbrado, Stanley yacía como un cadáver en la cama de la habitación de los invitados, Katherine estaba acostada pero despierta, mirando la oscuridad de su alcoba que se prolongaba en el pasillo. La despertó el olor a beicon y bajó para desayunar, sintiéndose tan vacía y exhausta como si llevara cien noches sin dormir: el profesor de alemán había escapado ileso, pero ¿quién sería el próximo y cómo acabaría todo aquello? Stanley ya estaba sentado a la mesa, con un periódico pulcramente doblado a su lado y ante una pirámide de salchichas, beicon, huevos y tomates fritos. Parecía *duro pero quebradizo*, fresco y crujiente con su camisa recién estrenada, recién afeitado, el pelo todavía húmedo y escrupulosamente peinado hacia atrás, partido por la mitad con una raya impecable.

—Buenos días, Stanley —murmuró ella, y él la miró rápidamente, frunció el ceño y volvió a enfrascarse en la lectura del periódico.

Josephine aún no había bajado, y Katherine se sentó frente a su marido, pidió té y una magdalena tostada con mermelada. No tenía mucha hambre, no después de lo que había sufrido la víspera, pero siempre había creído en las virtudes del ejercicio y de la buena alimentación, y mal que bien se esforzaría en comer algo. En silencio, untó la magdalena con mantequilla, esperando que Stanley rompiera el hielo, y entonces extendió la mano para coger la mermelada y vertió un poquito de nata en su té, removiéndolo. El corazón le latía tan fuerte que quería salirse del pecho. Tenía que decir algo.

—Parece que será un día agradable —dijo—, para ser enero, quiero decir. No creo que pueda seguir aguantando este tiempo sombrío, si al menos el sol brillara una vez...

Dejó de hablar.

Stanley la miró, estaba ojeroso, con los ojos saltones, brotando de la cara, como si detrás de ella hubiera un cadáver clavado a la pared.

—Yo... Katherine —dijo de repente—, a propósito del, eh, del profesor de alemán...

—¿Sí?

—He decidido que no voy a estudiar alemán, no..., no por ahora. Quizá más adelante. A lo mejor el mes que viene. O dentro de dos meses. Son..., son mis dientes, verás, quiero decir mi muela, verás, yo..., pues, me duele mucho y creo que mi mal genio de ayer...

Eso la ablandó. Seguía esperanzada, tontamente, pues ¿acaso no sería fantástico que todo aquello no fuera más que una especie de intoxicación del sistema nervioso por culpa de una muela cariada? ¿No le había dicho ella ayer mismo a su madre que Stanley tenía mal aliento?

—Pobrecito —dijo—. ¿Quieres que te eche un vistazo?

—No.

—Bueno, ¿y qué tal si vamos a un dentista? Si te duele la muela, deberías visitar a un dentista, especialmente teniendo en cuenta tu estado de nervios y todo lo que pasó anoche. —Y entonces no pudo contenerse—. Francamente, Stanley, no quisiera echarte un sermón, pero no puedes ir por ahí liándote a tortazos con la gente en los muelles, ni *secuestrando* a profesores de alemán. Has ido demasiado lejos, esto ya pasa de castaño oscuro. En serio. Necesitas ayuda, Stanley, ayuda profesional, y tendrás que dejarte llevar a algún lugar donde puedas recibir la clase de cuidado y el descanso que te hace falta..., sólo hasta que tus nervios se tranquilicen. —Trató de esbozar una sonrisa—. ¿No te parece que es lo mejor que podemos hacer?

Súbitamente Stanley se levantó recogiendo de un zarpazo lo que quedaba en su plato y metiéndoselo de golpe en la boca. Meneaba la cabeza automáticamente, con los carrillos hinchados, y unos ojos famélicos y lastimosos que parecían pedir auxilio, así que ella también se puso de pie y le tendió las manos.

Separados por la mesa donde los huevos fríos, las salchichas y el beicon se hundían en una piscina de grasa solidificada, Stanley no dejaba de masticar, estremeciéndose de dolor a cada mordida.

—Mi, mi *muela* —dijo escupiendo trozos de comida a medio masticar—. Ten... tengo que ir a ver a un dentista...

—Llamaré al dentista de mi madre..., es realmente muy bueno y tratándose de una emergencia, estoy segura de que...

—¡No, no y no! —gritó Stanley, siempre masticando, ahora con restos de huevo triturado manchándole la pechera de la camisa—. Ten... tengo que ir. —Y salió corriendo por la puerta del comedor, enfilando el pasillo, y bajando las escaleras hasta el zaguán donde, tras recoger el sombrero y el abrigo, desapareció en el cubo de luz de la puerta que daba a la calle abierta de par en par.

Vale, está bien, se dijo ella en un intento por calmarse, tratando de dejar de temblar y de rabiar cada vez que él entraba o salía de la casa. Había ido al dentista para que le vieran una muela cariada. Era la cosa más normal del mundo. Sacudió la

cabeza como si quisiera despejarla, reprimió sus preocupaciones y presentimientos, y volvió a la cama.

Cuando despertó eran más de las diez y advirtió que iba a llegar tarde a su cita con el profesor Durward, que estaba llevando a cabo una interesante serie de experimentos sobre la naturaleza de la sexualidad símica junto con un psiquiatra joven de Harvard llamado Hamilton. Esperaba aprender algo bajo su magisterio con vistas a su propio futuro en el instituto; ardía en deseos de trabajar con animales más grandes, ratas, conejos, simios y monos, en vez de los microbios y las moscas de la fruta que todo el mundo parecía preferir. Pero tendría que llamar para cambiar la hora de la cita —si pudiera ponerse en contacto con él por teléfono— o quizá todavía podía llegar a tiempo, si se daba prisa.

Al final, cogió un carruaje hasta el instituto, donde consiguió encontrarse con el profesor Durward, quien parecía haberse olvidado de ella por completo, y se quedó allí toda la tarde examinando algunos de sus animales: doce monos rhesus recién llegados de la India. La miraban desde las jaulas en un revoltijo de pelambres y miembros amarillos, con sus caras paródicas, y esos dedos que parecían tan humanos cuando se agarraban a las telas metálicas de las jaulas, se acicalaban a sí mismos o despiojaban a sus crías. Había allí dos crías, unas cosas diminutas aferradas a sus madres. Habían nacido en el barco, según le dijo el profesor Durward.

Mucho más tarde, cuando regresó a casa, se encontró a Stanley esperándola en la escalera del porche, la mar de agitado. Aparte del cuello de la camisa desgarrado, tenía un corte profundo encima del ojo izquierdo, y una postilla en el labio inferior, que se le había puesto amarilla. Evidentemente había tenido una pelea con el dentista o con la secretaria del dentista, o con otro paciente en la sala de espera, o con el taxista que le había llevado hasta el consultorio, una más de tantas peleas, peleas que seguirían teniendo lugar hasta que alguien le parara los pies. O lo matara. Se acercó para echarle un vistazo y hubiera querido pasar de él totalmente, estaba hasta la coronilla, lista para decirle que todo había acabado, y enviarlo de vuelta con su madre, cualquier cosa, pero la elección no estaba en sus manos, no esta vez.

En cuanto la tuvo cerca, Stanley se levantó de un salto y la cogió por el brazo.

—Tú... tú no me puedes dejar así —dijo, incapaz de respirar, mientras las venas se hinchaban surgiendo del desgarrado cuello de la camisa—. ¿Con quién estabas? —la amenazó forzándola a subir por la escalera y arrinconándola contra la puerta—. ¿Con uno de tus novios? ¿Con But... Butler Ames? ¿Eh? ¡Dime!

—He estado en el instituto —dijo ella.

—¡Mentira! —escupió—. ¡Todo es mentira!

Ella le dijo que le estaba haciendo daño —y se lo estaba haciendo, apretándole el codo—, pero él simplemente seguía repitiendo «¿Con quién estabas?». Entonces ella sacó la llave y entraron en el vestíbulo, forcejeando, mientras la criada asombrada se escondía detrás de unas plantas de interior. Katherine se zafó de su garra y subió corriendo las escaleras, con Stanley pisándole los talones. Subiendo sin parar, sin

tiempo para detenerse, mucho menos para hacerle entrar en razón, Katherine corrió por el pasillo hasta su habitación, donde se encerró echando todos los cerrojos, dejándolo fuera, en el pasillo, aporreando la puerta.

—¡Déjame entrar! —gritó enfurecido—. ¡Déjame entrar!

Al cabo de un minuto dejó de golpear la puerta, y la furia desapareció de su voz.

—Por favor —rogó—, por favor, déjame entrar. Me... me portaré bien, te lo juro. —Ahora sollozaba, pasando del agua caliente a la fría, ¿y dónde estaba el grifo para cerrarlo de una vez, dónde estaba?—. Yo... yo te amo, Katherine. No me dejes.

Aferrada al marco de la puerta, ella descubrió que también estaba llorando, una escofina seca en la garganta, el escozor de las lágrimas. En eso se había convertido su vida, su matrimonio: un loco en el pasillo y una lámina de caoba de cuatro centímetros de espesor entre ella y el peligro, sí, el peligro, porque de repente Stanley empezó a rabiar de nuevo, empujando la puerta con el hombro, el cerrojo estremeciéndose, el marco temblando y gimiendo.

—¡Vete! —gritó ella.

No hubo ninguna respuesta, al menos durante un largo rato, y ella aguantó la respiración y escuchó, aguzando tanto el oído que podía escuchar cómo los pensamientos chocaban en la cabeza de Stanley y cómo la sangre corría vertiginosamente por sus venas, hasta que se produjo un estrépito repentino y la madera cedió por donde era más delgada, justo en medio del panel, y entonces pudo ver su cara a través del agujero, gruñendo, todo ojos, nada más que ojos, buscándola.

—¡Te ma... mataré, puta! —rugió.

Katherine se apartó de la puerta retrocediendo hasta el fondo de la alcoba donde estaba la cama, y él empezó a gritarle a alguien que sólo él podía ver.

—¡Jack! —llamó—. ¡Jack London! ¡Entra conmigo, Jack, vamos a cogerla entre los dos!

Entonces ella siguió retrocediendo hasta meterse en el armario empotrado, el último reducto que le quedaba, y cerró la puerta por dentro, sumiéndose en la oscuridad, a solas con su miedo, el miedo y el odio, porque ahora le tenía miedo a él, y eso hacía que le odiara más allá de todo perdón o consuelo. Stanley. Stanley Robert McCormick, el loco, el lunático, el chiflado, el neurasténico hipocondríaco sexual. Y con esa imagen se quedó cuando llegaron y lo cogieron y le pusieron una camisa de fuerza y lo liaron con sábanas y emplearon a fondo sus indignados músculos masculinos para reducirlo.

Pero no era así como ella quería recordarlo, al menos no ahora, en las escaleras del juzgado, rodeada por las caras morbosas de los periodistas, no ahora que Newt Baker la llevaba por el mismo codo que otrora Stanley le había lastimado, Newt Baker cuya mano era tan suave como firme. Eso no era justo. Aquél no era Stanley. No, prefería recordarlo aquella noche en Chicago, con la tierra congelada y dura, en el carruaje, cuando Nettie se entrometió, como una especie de tumor, insistiendo para que llevaran a la señorita Dexter directamente a su casa: «¿A Rush Street? ¿Te has

vuelto loco?».

Aquel día Stanley había luchado por ella. Se había enfrentado a su madre, había hecho su elección. Y cuando regresó al carruaje, medía tres metros, su Stanley, todo suyo. Un silencio, la portezuela cerrándose, el espacio íntimo predestinándolo todo, los ladrillos calentitos en sus pies, bajo la manta de piel, la pálida luz desapareciendo, los caballos adentrándose en la neblina preñada de posibilidad. Era tímido y quería hablarle de Debs, «De Debs y lo que decía en el periódico el otro... el otro, bueno, el otro día. Es la cosa más trascendental que he...».

Nunca pudo terminar aquella frase, como si eso importara, porque Debs sólo podía ayudarlo a uno hasta cierto punto, y ahora Debs ya no importaba, nunca volvería a importar. Ella le puso una mano en el pecho y sintió los latidos de su corazón, allí, debajo del abrigo, debajo de su traje, de su camisa.

—Chitón, Stanley —le dijo, y acercó su rostro al suyo en medio de la atmósfera cargada y la grave complejidad del amor—. Ahora ya no tienes que hablar —le susurró—. Ya no. Sólo bésame, Stanley. Bésame.

EPÍLOGO

1947

Un mundo sin muros



---

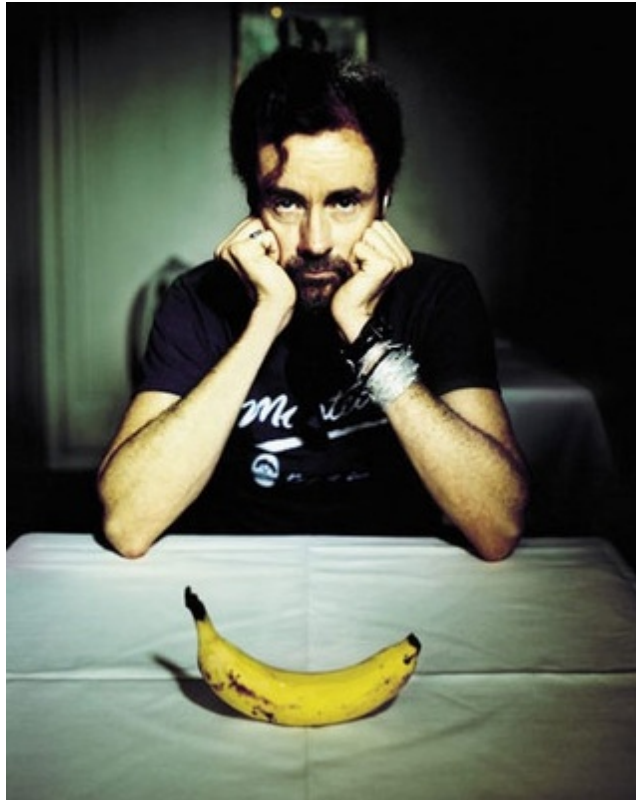
Y así murió Stanley Robert McCormick, como un prisionero, a los setenta y dos años, con el pelo blanco como el hueso, guapo, alto y desolado hasta el último suspiro. La enfermera Gleason, con sus robustos encantos, se había ido, y Muriel dejó de visitarlo para salvaguardar su propia vida, y aunque el nuevo médico —el doctor Russell— tenía una secretaria que era un refulgente botón de oro y había una dietista con un buen par de tetas vagando por la casa y una italiana, la esposa de Eddie O’Kane, trabajando en la cocina, Stanley jamás las tocó, ni las abrazó de la misma forma que lo abrazaba a él su madre, ni tampoco como lo hacía Katherine. Ella iba a visitarlo casi a diario, Katherine, o cada dos días, porque a veces él no quería verla, se negaba, rotunda y categóricamente, y nadie conseguía que cambiara de opinión, así que ella hacía el viaje en vano, obsesionada durante todo el recorrido desde su casa, en el centro de Santa Bárbara, con sus amplias y modernas habitaciones y el gimnasio que había mandado construir para que él lo usara cuando la visitara, pero nunca la visitó.

Tampoco podía tocarla a *ella*, porque él andaba lejos, por allá arriba, en el territorio del Yukón, con Sitka Charley y el Malemute Kid y un tiro de perros arrastrando el trineo, y, además, ella no era lo bastante mujer para él, qué va, era una vieja dama, típicamente envarada, que se sentaba a leerle el periódico y lo obligaba a besarle la mejilla cada vez que llegaba y se iba. Entonces enfermó de neumonía y todas las caras rojizas, todas las cosas informes regresaron para habitarlo, atormentándolo con un coro de escalofriantes aullidos, y allí también estaban los jueces, con sus togas negras ondulantes, y aquello era lo de nunca acabar. Tenía treinta y un años cuando sufrió un bloqueo mental por primera vez, y tenía una fortuna de seis millones de dólares y todo eso lo sabía porque él era el interventor, y podía sumar dos columnas de cifras mejor que cualquiera, incluso mejor que un matemático. Y cuando finalmente falleció y quedó liberado en un mundo sin muros, ni barrotes, ni sábanas restrictivas, dejó una fortuna de treinta y cuatro millones o más, porque no era su dinero lo que habían encerrado, sino su cuerpo. Y su alma.

Katherine heredó ese dinero, íntegramente, y todo lo demás también: las propiedades en Chicago que valían un potosí, los valores y las acciones, y ocho mudas de calzoncillos —una para cada clima distinto, desde el algodón hasta la lana—, y la mansión de Riven Rock con los barrotes en las ventanas y las treinta y cinco hectáreas con sus vistas de las deslumbrantes islas bruñidas por el mar y los

enfermeros que ya no tenían a nadie a quien cuidar. Ella vendió la finca para pagar el impuesto de transmisiones patrimoniales, y lo que sobró lo usó para fomentar las causas y las instituciones en las que creía: el MIT, la Liga de Mujeres Votantes, el Museo de Arte de Santa Bárbara y las investigaciones del doctor Gregory Pincus, un viejo amigo de Roy Hoskins, que desarrolló una píldora amarilla basada en la progesterona que liberaría para siempre a las mujeres de las restricciones sexuales. Todo eso estaba muy bien, pero perdió el caso en los tribunales, a pesar de lo que decían los periódicos. A Kempf le habían despedido, algo era algo, pero los McCormick seguían allí en toda su obstinación, inamovibles, y el juez había incluido tres médicos en el consejo de tutores, tres hombres que no dejaban de acariciarse sesudamente las patillas, y toda la discusión siguió y siguió y siguió. Para ella fue una victoria parcial, en la que encontró poco consuelo. Porque nunca recibió lo que más deseaba —a su marido—, no hasta que murió.

Y ya para entonces era demasiado tarde.



THOMAS CORAGHESSAN BOYLE está considerado uno de los más importantes narradores americanos del momento. Nació en Peekskill, Nueva York, en 1948.

Se licenció en Inglés e Historia por la Universidad de Nueva York en Postdam, y se especializó en Literatura del siglo XIX en el Taller de Escritores de la Universidad de Iowa, donde terminó su primer libro de relatos, *Descent of Man* (1979). Más tarde publicaría *Greasy Lake* (1985), *If the River was Whiskey* (1989) y *Without a Hero* (1994). En 1999 recibió el premio Pen/Malamud por su volumen de relatos *T. C. Boyle Stories*. Entre sus novelas cabe destacar *Música acuática* (1981), que narra las aventuras del explorador escocés Mungo Park, descubridor del curso del río Níger; *El fin del mundo* (1987), que le valió el premio Pen/Faulkner; *El balneario de Battle Creek* (1993), exitosamente adaptada a la gran pantalla; *The Tortilla Curtain* (1997), galardonada con el Prix Médicis Étranger a la mejor novela publicada en Francia ese año; *Drop City* (2003); *Las mujeres* (2009), que narra la vida del arquitecto Frank Lloyd Wright a través del testimonio de cuatro de las mujeres que pasaron por su vida, o *El pequeño salvaje* (2010), *nouvelle* que recupera la historia del niño salvaje de Aveyron, que, conocedora de numerosas adaptaciones, puede considerarse un relato mítico de la narrativa moderna. Actualmente es profesor de literatura en la Universidad del Sur de California. Sus obras han sido traducidas a más de una decena de idiomas, y sus relatos han aparecido en las más prestigiosas publicaciones del género en lengua inglesa, como *The New Yorker*, *Harpers Bazaar*, *Esquire*, *The Atlantic Monthly*, *Playboy*, *The Paris Review*, *GQ*, *Antaeus*, *Granta* y *McSweeneys*. Actualmente vive cerca de Santa Bárbara con su mujer y sus tres hijos.

Notas

[1] *Bohunks* en el original, vocablo peyorativo formado por *bohemios* y *húngaros*. (N. del T.) <<

[2] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[3] A veces el autor escribe *Big Sister*, en lo que parece ser una alusión al *Big Brother*, el Gran Hermano de la novela de Orwell. (N. del T.) <<

[4] Boxeador famoso también apodado el «Chico fuerte de Boston». (*N. del T.*) <<



[5] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[6] «Mente dividida», definición que enlaza subterráneamente con el título original de la novela, *Riven Rock*: ‘roca rajada, hendida, escindida, dividida’. (N. del T.) <<

[7] Se llama así a las personas nacidas en la zona este de Londres y a la jerga tan peculiar que hablan. (*N. del T.*) <<

[8] Instituto Tecnológico de Massachusetts. (*N. del T.*) <<

[9] *Wickets* en el original, pero esta palabra pertenece al críquet. (N. del T.) <<

[10] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[11] La mayoría de estos nombres figuran en castellano en el original. (N. del T.) <<

[12] En español en el original. (*N. del T.*) <<



[13] Alusión a uno de los cuentos de horror de Bram Stoker. La doncella de hierro es un instrumento de tortura. (*N. del T.*) <<

[14] Referencia a la novela homónima de Nathaniel Hawthorne. (*N. del T.*) <<

[15] ‘Calcetines rojos’, equipo de béisbol de Boston. (*N. del T.*) <<

[16] Alusión a un poema infantil tradicional. (*N. del T.*) <<

[17] Violentos disturbios que tuvieron lugar en Chicago el 4 de mayo de 1886 durante una manifestación obrera que reclamaba la jornada laboral de ocho horas .(*N. del T.*)

<<

[18] *Pore as a church moose* en el original. Con su habitual ortografía, Rosaleen escribe *pore* ('poro') en vez de *poor* ('pobre'), y *moose* ('alce') en lugar de *mouse* ('ratón'). (N. del T.) <<

[19] Primera batalla de la guerra civil estadounidense, el 21 de julio de 1861. (*N. del T.*) <<

[20] *Groundhog Day* en el original. Es una tradición estadounidense, según la cual se puede predecir la duración del invierno por la conducta de la marmota. Supuestamente este animal sale de su madriguera el 2 de febrero. (N. del T.) <<



[21] Juego de palabras entre *butters*: ‘mantequilla’, y *butler*: ‘mayordomo’. (*N. del T.*)

<<

[22] *Chuckwagon* en el original. Comida de carromato, forma parte de la atmósfera tradicional de los vaqueros en el oeste. Hoy es una atracción turística. (N. del T.) <<

[23] Juego de palabras poético entre *sole* ('suela') y *soul* ('alma'). (N. del T.) <<

[24] *Tar baby*: personaje de un cuento infantil. (N. del T.) <<

[25] Juego de palabras intraducible entre *El rey Lear*, de Shakespeare, y *leer* (‘mirada impúdica’). El chiste consiste en que *Lear* y *leer*, en inglés, son palabras homófonas. (N. del T.) <<

[26] Religión fundada por Mary Baker Edy en 1866, quien sostenía que las enfermedades se curaban por medio de la oración. (*N. del T.*) <<